

UN BEST SELLER MADE IN SPAIN QUE HA ROTO MOLDES



LEIA VALENTI

"Un fenómeno para adultos repleto de
mitología, valores y emoción. La última
heredera de Stephen Meyer"
Duro EL MUNDO

EL LIBRO DE LA ALQUIMISTA

SAGA VAMPIR, VI

• Si no puedes proteger a tu corazón, véngalo •

UN BEST SELLER MADE IN SPAIN QUE HA ROTO MOLDES



LEIA VALETTI

"Un fenómeno para adultos repleto de
mitología, valores y creencias. La última
hermana de Stephanie Meyer"
Duro EL MUNDO

EL LIBRO DE LA ALQUIMISTA

SAGA VALIR, VI

◀ Si no puedes proteger a tu corazón, véngalo ▶

Lena Valenti

EL LIBRO

DE LA

ALQUIMISTA

SAGA VANIR, Vi



Primera edición: noviembre 2012

Diseño de la colección: Valen Bailon
Corrección morfosintáctica y estilística:
Miriam Galán Tamarit
miriamgalanpc@hotmail.com

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:

Shutterstock y Fotolia (© Serguei Kovalev)

Del diseño de la cubierta: ©Lorena Cabo Montero, 2012

Del texto: Lena Valenti, 2012

www.sagavanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2012

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 978-84-939338-9-0

Depósito legal: 5.756-2012

Impreso y encuadernado por: NoVaGràFIK SL

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Gracias

Ya tenemos el sexto. Por favor, si hace dos años me dicen que iba a escribir seis libros de más de quinientas páginas en tan poco tiempo, no me lo hubiera creído. Pero así es. Nada de esto sería posible sin vuestro apoyo y sin vuestras ganas. Creo que vuestra «ansia» es contagiosa, porque mis dedos no pueden parar de vanirizarse día a día. Gracias a mi editor, Valen Bailon, por ilusionarse conmigo, por vivir nuestro sueño con tantas ganas. Es un orgullo y una alegría formar equipo contigo. Gracias a mis «Panteritas», que han hecho que este último año fuera muy divertido, lleno de deporte y risas. Gracias de corazón. A Cris y Anabel, mis «Rafaella y Anabella... ¡Eheheh!», por esas pedazos de noches apoteósicas, y por ayudarme a desconectar. Gracias a todos mis lectores, porque vuestro aliento me da alas: nonnes, cotorras, talifans, vanirizados... ¡A mis niñas del foro Vanir! ¡A todos, mi más sincero agradecimiento! Mis malignas: En esta vida uno tiene que posicionarse y no verlo todo igual de bonito, porque no lo es. Gracias por haber visto la realidad y haberme elegido. Os llevo en mi corazón, siempre. Y muy especialmente, gracias a mis Bad Girls, por todo lo que me aportáis, que creo que es más de lo que yo os apporto. Os quiero, chicas. A Dunia y a Lorena: es imposible expresar lo importantes que sois para mí. Esas llamadas a tres bandas no tienen precio, como no tiene precio el valor de vuestra amistad. Os adoro.

En fin, aquí llega el playboy, el vanirio más torturado y rencoroso... El más divertido y ligón. No os diré nada de él ni de ella. Un druida y una científica están a punto de hacer colisionar sus mundos de magia y de ciencia. ¿Se tratará del mismo mundo en realidad? Disfrutadlo, llorad y reid. ¡Eso es la vida! ¡Mordiscos!

«La ciencia humana consiste más en destruir errores que en descubrir verdades»

SÓCRATES

«El que no cree en la magia nunca la encontrará»

ROALD DAHL

«Allá donde no llega la ciencia, empieza la magia»

THOR HEYERDAHL

*AMANEZCO HOY,
POR LA FUERZA DEL CIELO,
LA LUZ DEL FUEGO,
EL RESPLANDOR DE LAS LLAMAS,
LA VELOCIDAD DEL VIENTO,
LA RAPIDEZ DEL RAYO,
LA FIRMEZA DE LA ROCA,
LA ESTABILIDAD DE LA TIERRA,
LA PROFUNDIDAD DEL MAR,
AMANEZCO HOY,
POR LA FUERZA SECRETA Y DIVINA QUE,
ME GUÍA,*

Oración Celta

PRÓLOGO

Dice la profecía de la vidente:

«Habrá una batalla final entre las fuerzas celestes y las del Inframundo. Será una lucha encarnizada que dará origen y final a los tiempos conocidos. Ésta será la última guerra en la que los dioses llegarán a su ocaso y donde demonios y humanos perecerán en el día llamado “El final de los tiempos”, el Ragnar k».

En la visión de la v lva, Odín, conocido como «el Padre de todos», moría a manos del lobo Fenrir, liderado por Loki. Se desataba el caos y la humanidad desaparecía. De los dioses escandinavos, sólo Nj rd regresaba a Vanenheim de nuevo. El resto moría en la guerra contra las fuerzas del Mal.

Después de tan oscuro presagio, la v lva hablaba del resurgir de un nuevo amanecer. Un futuro más brillante en un nuevo mundo.

El Ragnar k se origina cuando Loki, hijo de los gigantes Farbauti y Laufey, que una vez había sido proclamado hermano de sangre por Odín, más tarde declarado enemigo acérrimo del mismo y nombrado «El Traidor» por todos los dioses, se niega a arrodillarse ante la raza inferior humana. Odín quiere que los humanos evolucionen y lleguen a convertirse en maestros de sus propios maestros, pero Loki se niega a dar una oportunidad a la humanidad, pues, según él, no merecen tal misericordia.

Cuando el dios Aesir escuch  de boca de la vidente el poema profético sobre su destino, decidió tomar cartas en el asunto para que aquello no sucediera. No podía permitir que la profecía se cumpliera, él no podía desaparecer, la humanidad no podía ser aniquilada, así que secuestró a Loki, «el Origen de todo mal», del Jotunheim, y lo encarceló en el Asgard en una cárcel invisible de rocas de cristal. Odín ya sabía que nadie podía fiarse de Loki pues era un timador, un dios transformista que adoptaba mil caras distintas cuando mejor le convenía.  l mismo había sufrido de la peor manera las artimañas de tamaño engañador y su querido hijo Balder había perdido la vida debido a sus maquinaciones.

Sin embargo, Loki, a través de uno de sus famosos engaños, se escapó de la cárcel y descendí al Midgard, la Tierra, para reírse de la humanidad y truncar el proyecto de Od n.

Fue entonces cuando las dos familias del panteón escandinavo que habían vivido enemistados en otros tiempos, los Aesir, liderados por Odín, y los Vanir, liderados por Freyja, unieron sus fuerzas de nuevo y crearon a los berserkers y a los vanirios para proteger a la humanidad de las fechorías de Loki, el hijo de los Jotuns.

Odín fue el primero que escogió a sus guerreros einherjars, vikingos inmortales, y los tocó con su lanza otorgándoles el Od, la furia animal, convirtiéndolos así en guerreros berserkers con semejanzas genéticas e instintivas a la de los lobos, su animal favorito. Los hizo descender a la Tierra con el objetivo de mantener a Loki a raya, y durante un tiempo fue posible; pero las mujeres humanas eran muy atrayentes para ellos, así que mantuvieron relaciones sexuales e hibridaron la raza pura berserker.

El dios gigante Loki consiguió llevar a su terreno a algunos de los híbridos, ya que al ser de naturaleza semihumana eran mucho más débiles y susceptibles a las promesas y a los deseos que él les ofrecía a cambio de unirse a sus filas. Transform  a todos los que se fueron con él en lobeznos, seres abominables y sedientos de sangre que podían parecer humanos, pero que, al mutar, se convertían en auténticos monstruos asesinos, los llamados hombres

lobo. Loki conseguía de esa manera mofarse de Odín y de su creación.

El Midgard entonces se descontroló. Cada vez eran menos los berserkers hibridados capaces de ignorar y negar a Loki. La Tierra entraba en una época convulsa de oscuridad y guerra donde no había cabida para la luz ni la esperanza.

Fue en aquel momento cuando los Vanir, al ver el escaso éxito que había tenido Odín para mantener a Loki a raya, apoyaron al dios Aesir y crearon una raza propia de guerreros que además les pudiera representar en la Tierra. Sin embargo, los Vanir no tenían conocimiento sobre manipulación de armas ni tampoco sobre guerra. Ellos eran los dioses de la belleza, el amor, el arte, la fecundidad, la sensualidad y la magia: no sabían nada de destrucción. Así que hicieron una criba con los guerreros humanos más poderosos de la tierra y los mutaron, otorgándoles dones sobrenaturales.

Los dioses Vanir Njörd, Frey y Freyja escogieron a miembros de algunos clanes humanos que entonces poblaban la tierra, y a cada uno les otorgó dones fascinantes. Pero también, temerosos de que alguna vez pudieran sobrepasarles en poderes, les dieron alguna que otra debilidad.

Así nacieron los vanirios, seres que una vez fueron humanos y a quienes los dioses añadieron una fuerza sobrenatural convirtiéndolos en hombres y mujeres inmortales. Eran telépatas, telequinésicos, podían hablar con los animales, podían volar y tenían colmillos como sus creadores Vanir; pero no podían caminar bajo el sol y además soportarían el tormento de la cruz del hambre eterna hasta que encontraran a sus parejas de vida, hombres y mujeres especiales capaces de entregarles todo aquello que sus corazones anhelaran. Pero Loki, concedor de la insaciable sed vaniria, también les tentó ofreciéndoles una vida en la que el hambre podría solventarse sin remordimientos de conciencia. A cambio, ellos sólo tendrían que entregarle su alma y unirse a su ejército de jotuns. Los más débiles, aquellos que se plegaron a su oferta, aceptaron el trato y se convirtieron en vampiros, seres egoístas que absorben la vida y la sangre humana. Asesinos.

Ahora, ante el refuerzo y la ofensiva de Loki y su séquito, los vanirios y los berserkers que no se han vendido a él se verán obligados a aparcarse todas sus diferencias y a permanecer unidos para luchar contra todos aquellos que se han confabulado para conseguir que el Ragnarök llegue a la Tierra y se pueda destruir así a la humanidad.

No obstante, en la lucha encarnizada contra el Mal, ni siquiera la ayuda de estas dos razas de seres inmortales es suficiente para la causa. Los vanirios y los berserkers son fuertes, pero necesitan aliados ahora que se acerca el ocaso de la Tierra.

Muchos humanos de almas oscuras que están a la orden de Loki han unido sus fuerzas, sabedores de que el Ragnarök se aproxima; según ellos, la Tierra se rige por ciclos, y el ciclo final debe llegar cuanto antes para que su dios, Loki, haga llegar un nuevo día. Durante siglos, han creado sectas y organizaciones que estudian, secuestran y maltratan a seres como los vanirios y los berserkers, y no conformes con eso, intentan provocar esa apertura dimensional, esa puerta a través de la cual Loki podría entrar a nuestro mundo y sumirlo para siempre en la oscuridad. Organizaciones como Newscientists, la Secta Lokasenna, brujos y hechiceros, lobeznos, vampiros y escoria humana han decidido provocar ese parto planetario antes de tiempo a través de la manipulación de mentes privilegiadas de geólogos y físicos cuánticos. Y es algo que Odín y Freyja han decidido evitar a toda costa.

Hasta ahora, los dioses no podían interceder directamente en el plan evolutivo de la humanidad y esperaban una señal, un acontecimiento, la llegada de un nuevo guerrero que

desencadenara la jugada maestra y empezara a mover las fichas.

Ese momento ha llegado.

La diosa Vanir y el dios Aesir enviarán a la Tierra a todos los ejércitos del Asgard y del Vanenheim, en un intento desesperado de igualar las fuerzas y echar una mano a vanirios y berserkers.

Freyja dará carta blanca a sus valkyrias para que por fin desciendan a la Tierra e implanten su ley. Estas mujeres guerreras son despiadadas, caprichosas y letales, y han permanecido en el Víngolf junto a Freyja desde el momento en que fueron concebidas y dotadas de sus dones. La diosa les va a dar la oportunidad de liberar su frustración y abrazar de una vez por todas su ansiada libertad, aunque para ello tengan que arriesgarse y dejar atrás la protección que los muros del Valhall les había dado.

Odín, a su vez, enviará a sus einherjars, aquellos guerreros inmortales que no ha transformado en berserkers. Estos guerreros habían sido una vez humanos, y entregaron su vida honorablemente en defensa de los suyos y de los dioses. Ahora son hombres poderosos, con grandes dones, y están dispuestos a todo con tal de luchar en nombre de Odín.

El destino de la humanidad está en manos de estos seres, y ni siquiera el tapiz de las normas en el que se lee el destino es claro en cuanto al final que de la raza humana se refiere. No obstante, los dioses saben que si el ser humano pierde esta batalla desaparecerán con ellos, y eso no lo van a permitir. Hay demasiado en juego.

Pero ni siquiera estos guerreros que van a luchar por la humanidad están a salvo de la energía de la Tierra. Una energía que se mueve a través del amor, el odio, la rabia, la compasión y el sexo. El ser humano es visceral, igual que la realidad en la que vive. Valkyrias y einherjars bajarán de los cielos para defendernos, pero ¿cómo se defenderán ellos de un planeta tan cargado de emociones? ¿Protegerán sus corazones?

El tapiz del destino no está acabado, y cada movimiento que se haga en la Tierra lo transforma y le da nuevos colores y nuevas formas. Cada acción tendrá una reacción. No hay mayores estrategias que los dioses, pero incluso ellos no están seguros de ganar la partida contra Loki porque: ¿Qué importan los planes cuando estás en una realidad tan imprevisible y voluble como la nuestra?

Unos nos defienden, los otros nos atacan.

Unos esperan nuestra aniquilación, y los otros se sienten obligados a defendernos y luchar por nuestra salvación, sin ser conscientes de que mientras nos salvan, alguno de nosotros también puede salvarlos a ellos.

Los humanos somos la raza débil, estamos justo en medio, viviendo nuestras propias vidas, ignorantes de aquello que nos rodea. Pero incluso la raza menor puede dar lecciones a las razas superiores, como por ejemplo que en la guerra y en la venganza el más débil es siempre el más feroz.

La batalla final entre el Bien y el Mal lleva labrándose desde hace tiempo, pero esta vez, las pasiones, los anhelos, la amistad, el corazón, el amor y la valentía, serán factores decisivos en su desenlace.

El Ragnarök se acerca.

Y tú, ¿de parte de quién estás?

En el corazón de la Saga Vanir, una nueva raza de guerreros llega al Midgard. No existe la luz sin la oscuridad. No se concibe el bien sin el mal. No hay perdón sin ofensa. No hay redención sin rendición. En un mundo de opuestos en el que vivimos, unos seres inmortales

vienen a protegernos no sólo de Loki, sino también de nosotros mismos.

La línea entre lo que es bueno y lo que no es muy subjetiva, demasiado fina para nosotros, pero invisible para seres que desde hace milenios están luchando por una raza humana que demuestra muy pocos escrúpulos en todas sus acciones y decisiones. ¿Merecemos ser salvados?

Todo es posible.

Todo está permitido.

Y todo es más real de lo que creemos.

Ésta es la Saga Vanir.

Bienvenidos al mundo de Lena Valenti.

Noche de Imbolc

Año 60 a.C. Al norte del río Támesis

El plenilunio alumbraba el rostro aniñado de un joven celta llamado Cahal.

Sus padres habían vaticinado con éxito el nacimiento de una estrella entre los humanos.

Se trataba de Daanna, la hermana de Caleb McKenna.

Menw, su hermano pequeño, se había quedado prendado de ella nada más verla y a Cahal le había parecido muy divertido ver a su pacífico hermano tan entusiasmado con un bebé que no pesaba más de tres kilos y era solo ojazos verdes. Su hermano Menw estaba obsesionado con las hadas y las diosas.

>A Cahal, en cambio, le hablaban las estrellas. Todo el universo hablaba con él; la naturaleza se comunicaba en su propio idioma y le sobrecogía su claridad y la poca maldad que había en ello. El cielo era único y no juzgaba a nadie.

Eran los humanos los que destrozaban la tierra y peleaban. La Madre Tierra solo estaba ahí de cuna incondicional, esperando a que la respetaran, pero no estaba nada orgullosa de que sus hijos batallaran de ese modo tan fiero. Sus hijos le hacían daño, pero, ¿a qué madre no le dolían sus hijos?

El niño rubio alzó sus ojos claros hacia el techo estelar. La cúpula le dejaba sin respiración. Las estrellas titilaban, advirtiéndole que le estaban observando.

Leía mensajes en todo, por eso sus padres le decían que sería un excelente druida cuando por fin tomara la decisión de serlo. Solo él decidiría si ese don, ese instinto mágico, estaba en su alma. Todos daban por hecho que sí, pero él era muy respetuoso con esa decisión y esperaba el momento adecuado para tomar el relevo de su padre.

El druidh era el hombre más respetado del clan y él se ganaría ese respeto.

>A lo mejor un día, cuando fuera mayor, podría encontrar a una dryade (druidesa), y juntos podrían obrar magia buena y llena de luz para todos. Como esas leyendas faes que tanto le gustaban a su hermano pequeño.

Sonrió pensando que Menw era muy tonto. Pero, en el fondo de su corazón, Cahal también quería creer. Su padre le había explicado que las estrellas cumplían deseos si se pedían con honestidad y no hacían daño a nadie.

El pequeño se levantó, alzó el brazo y señaló con el dedo índice una de ellas. Estaba en una parte del cielo que su padre llamaba la Osa Grande. Movi6 el dedo como si la pudiera tocar y sonrió.

—Cuando sea mayor, yo también quiero un hada como mi hermano.

Su padre le explicó que había una leyenda en dos de esas estrellas. Eran de las más

brillantes de la Osa Grande. Él decía que eran una pareja de enamorados. Que vivían siempre el uno al lado del otro. Eran poderosos, por eso brillaban tanto.

Cahal sonrió, cerró los ojos y dijo:

—Yo también tendré a una estrella a mi lado. Moronnag (mi estrella).

Londres

Año 1990

La pequeña O' Shanne sonreía a su padre, George O' Shanne, un reconocido astrofísico inglés, cuyas pasiones eran su ciencia y su familia, en especial aquella pequeña y diminuta superdotada a la que le estaba contando un cuento antes de irse a dormir.

Solo tenía cinco años, pero era tan despierta e inteligente que le asombraba su capacidad para entender todo aquello que la rodeaba. —Cuéntamelo otra vez, papi —le pedía la cría abrazando su conejito de peluche, con un botón azul por ojo—. ¿Por qué me llamo así?

Su padre sonrió y le dio un golpecito en la nariz.

—Porque me recuerdas a Mizar, la estrella más brillante del carro de las estrellas, que está en...

—La Osa Mayor.

—¡Eso es! —La animó su padre.

La niña rubia y con el pelo despeinado sonrió con los ojos iluminados, como si fuera la primera vez que le contestaba a aquel juego que cada noche padre e hija repetían.

—¿Quién cuida de Mizar? —preguntó su padre poniéndola a prueba.

—Su estrella gemela, Alcor. Es un poco más pequeña, pero se quieren mucho y bailan juntos cada noche. Ella y Alcor están enamorados —contestó dando un bostezo.

—Sí, se quieren mucho. Como yo te quiero a ti, pequeña Miz.

La pequeña abrazó a su conejo y empezó a cerrar los ojos.

—Papi, yo también te quiero mucho.

—¿Cuánto?

—De aquí a la luna, papi. Y a mamá y a Hannah.

—¿Les has dado las buenas noches y se lo has dicho?

—Claro, papi. Cada noche. Os quiero a los tres.

George sonrió; no había una persona más cariñosa y dulce y a quien le gustara más decir «te quiero» que a su hija menor. Besó en la frente a su niña, que iba a ser una de las mujeres más inteligentes de Inglaterra.

Pero la chiquilla no solo era lista, era un caramelo. Tan tierno y tan dispuesto a dar amor que la gente se enamoraba de ella en cuanto la conocían.

George la protegería siempre que pudiera. Porque las mentes como las de su adorada hija, sin maldad y sin inquina, cuando eran tan inteligentes, eran siempre codiciadas por los demás. Él se encargaría de llevarla siempre por el buen camino.

George salió de la habitación, apagó la luz y murmuró:

—No cambies nunca, corazón.

Esa misma noche, unos gritos que venían de la habitación de su madre la despertaron. La pequeña agarró a su conejo y, todavía adormecida, vestida con su camisón rosa, salió de la habitación para ver qué pasaba.

Su madre corrió hacia ella, con Hannah agarrada de la mano, y la tomó en brazos. Estaba llorando y tenía sangre en el camisón. Su madre tenía sangre en el camisón...

—¡Ven, mi niña! —le gritó mientras las guiaba a ella y a Hannah al estudio superior. —
¿Qué pasa? —preguntó Miz llorando y abrazando a su conejo con fuerza. Hannah hundía el
rostro en el estómago de su madre. No podía parar de llorar. Era rubia como ella y tenía solo
trece años. —Niñas, escondeos ahí —les señaló la parte baja de la cama—. ¡Ahora! Alguien
estaba aporreando la puerta que su madre luchaba por mantener cerrada.

—Cariñooooo —decía una voz fría sin vida detrás de la puerta—. No te escondas... —
canturreó provocando las risas de otros hombres que lo acompañaban.

—Miz, corazón, ve debajo de la cama —suplicó su madre rota y en un mar de lágrimas—.
Tú también, Hannah.

—¡No! —gemía Hannah.

—Por favor, Hannah... Por favor —suplicaba su madre mirando a su hija mayor—. Cuida
de tu hermana, ¿sí? Escondeos debajo de la cama. Miz, haz lo que te digo. Escóndete. La cría
corrió con Hannah de la mano, pero la puerta se abrió de golpe e hizo que su madre cayera al
suelo. Miz se escondió y hundió la carita en la barriga del conejo; estaba en shock.

Pero a Hannah no le dio tiempo de esconderse con ella y la arrastraron por los pies hacia
afuera. La librería se cayó cuando el menudo cuerpo de su hermana impactó contra ella. La
lámpara se rompió. Los libros salieron volando.

Y luego solo hubo gritos.

Gritos de dolor, de agonía, de desesperación...

Y ella estaba tan asustada... Los números la protegerían.

—Tres punto uno, cuatro, uno, cinco, nueve... —susurraba con las
pupilas dilatadas y el cuerpo envuelto en sudor.

Miz temblaba, no podía cerrar los ojos. Vio todo lo que le hicieron esos hombres con
colmillos a su hermana y a su madre. ¿Y su padre? ¿A él también le habrían hecho lo mismo?
Él ya no estaba.

Los hombres con colmillos sanguinolentos se agacharon para mirar a la pequeña
superviviente, y le sonrieron maliciosamente.

—Te toca a ti —dijo uno de ellos con ojos inyectados en sangre.

>Y justo cuando creía que iban a hacer lo mismo con ella, un príncipe moreno, vestido de
negro, y de pelo liso y largo la defendió y ahuyentó a los hombres con colmillos. Los mismos
que habían asesinado a su familia.

El príncipe le ofreció la mano y la sacó de ahí, de ese infierno.

—Yo te protegeré, pequeña.

Ella se encomendó a él y aceptó su mano fría.

No sabía si ese hombre la protegería o no, pero entendió de una manera cruel que querer
mucho a las personas hacía que estas desaparecieran.

Nunca más volvería a querer.

Y jamás dejaría que un hombre la tocara.

Días atrás Black Country. Horas después del rescate en Capelle Ferne

«Invoca. Invoca. Invoca, hijo mío. Ábrela».

Cahal abrió los ojos que había cerrado durante poco más de una hora. Aquella frase lo acompañaría siempre, tal y como había hecho cada uno de los días de sus dos mil años de inmortal vida.

Fijó su mirada azul en la mujer que tenía al lado.

Su pelo, una cabellera larga, lisa, dorada y suave.

Su olor a fresón, a algo succulento y sabroso.

Su rostro..., maldito fuera su rostro. Aquella joven tenía unas pestañas tan largas que parecían abanicos. Tupidas, espesas y de un color rubio más oscuro que el de su melena leonada.

Sus cejas perfectamente arqueadas, con un arco desafiante e inverosímil que enmarcaban a la perfección sus ojos verdosos. Un tono de verde único, con pequeñas motitas castañas y amarillas en su interior. Una mirada que lo desarmaba y a la vez lo ponía en guardia.

Sus labios..., labios levemente fruncidos como los de un bebé. Esa chica tenía unos morritos que él podría estar comiendo a todas horas, y una barbilla decidida, con un pequeño hoyuelo, que deseaba morder desde que lo vio.

Ella. Toda ella era un plato hecho solo para su paladar, sazonado con el aroma que a él lo perdía, cubierto de una esencia que solo él saborearía de arriba abajo.

Sus manos, unas manos que le habían hecho sentir después de siglos de insensibilidad. Sentir dolor. Mucho dolor.

¡Jodidos dioses! Siglos atrás, justo después de que lo transformaran en vanirio, un grave error le había supuesto que los tres dioses Vanir le castigaran con el entumecimiento de todos sus sentidos hasta que encontrara a su verdadera cáraid. Ella le devolvería el tacto, ella se convertiría en su razón para vivir. Frey le dijo: «Tu cáraid será la que te devolverá las emociones, pero también será la que más daño te hará». Dicho y hecho.

Su letargo había sido infinito. Él era el druida del clan vanirio keltoi, un hombre que siempre había tenido mucho poder y había disfrutado de él. Pero Cahal, mejor que nadie, sabía que, desde que los dioses lo maldijeron con la insensibilidad, su amor por la magia y su sabio conocimiento por las fuerzas naturales habían dejado de importarle. Desapareció como si nunca hubiera vivido para ello. Porque ya no sentía, ya no disfrutaba de su preciado don, y se había vuelto un ser apático que fingía disfrutar de la vida cuando lo único que hacía en realidad era buscar a todas horas un chispazo de felicidad. Algo que le recordara que estaba vivo.

Era el resultado de la apatía. Cuando dejabas de sentir, ya no tenía importancia todo lo demás. Sí, era un vanirio y tenía poderes telequinésicos y telepáticos; su voz podía emitir pulsaciones que obligaban a las personas a hacer lo que él quisiera; volaba y podía hablar con los animales. Y era inmortal. Pero aquella conexión con su mundo interior y con el hermetismo

y los acontecimientos mágicos del universo, todo aquello que lo hacía sentir en armonía con su espíritu, todo, había desaparecido.

Intentó pelear por no perder esa parte espiritual de él. Meditó, viajó, fundó varios centros de meditación y espiritualidad pensando que, al menos, aunque él estuviese muerto por dentro, podía hacer que unos cuantos de esos seres inferiores que él protegía se iluminaran por el camino. Que algún humano hiciese algo bien y encontrara el camino del despertar espiritual.

Pero las cosas no sucedían como él quería. Los humanos no creían en la espiritualidad ni en la meditación, y él empezaba a dejar de tener fe en ellos y también en sí mismo. La iluminación, el nirvana que él alcanzaba antes de ser vanirio, se le había escapado de entre los dedos el mismo día, siglos atrás, en que cometió aquel error y se dejó llevar por la venganza. Y desde entonces, todo cambió a su alrededor.

Nadie le negaría que había luchado por cambiar su sino: su destino, ese destino que las nornas creían que estaba dado. ¡Pues a las tres mujeres del Asgard les iba a dar una lección! Su lema era que si el destino estaba escrito, él lo modificaría con tippex.

Tanto tiempo..., tantísimos años fingiendo que se divertía, que experimentaba placer con tantas mujeres... Tantos siglos buscando a alguien que lo despertara y le demostrara que aquella vida en el Midgard valía la pena... Todo había sido en vano.

Al menos, había intentado ser positivo al respecto. Su cruz particular, el castigo que le había, impuesto los dioses, le había ayudado a resistir el hambre vaniria porque, con sus sentidos aletargados, su sed había desaparecido. Era como un hombre sin alma, muerto en vida. Con una sonrisa perpetua, pero también falsa. No sentía deseos de nada. Por no sentir, no tenía ni ganas de entregarse al sol.

Pero eso se había acabado. Su respuesta a su ansia, a su no vida, estaba ahí. Y él la tomaría porque estaba harto de sentirse hueco y vacío.

Un día, en el Ministry of Sound en Londres, esa mujer que ahora tenía en su cama le dirigió una sola mirada entre la multitud. Un único cruce de ojos y ¡bang! Cahal cazado. Había sido tan insultantemente sencillo...

Ahora, el vanirio observaba a la joven que yacía estirada entre las sábanas negras con un deseo tan fuerte que incluso le costaba respirar.

Él la había estado toqueteando durante toda la noche. Calentando, poniendo su motor en marcha. Sabía lo que ella estaba sufriendo. La había mordido y manipulado mentalmente para que bebiera de él. Ella había estado consciente y con los ojos abiertos. Había tragado su sangre a regañadientes mientras le había tirado del pelo rubio, intentado apartarlo y arracándole mechones. Jodida bruja. Solo sabía hacerle daño. Quería que esa joven sintiera todo el dolor y la agonía sensual que su menudo cuerpo pudiera experimentar, porque deseaba hacerla suplicar por su toque. Quería que llorara por él, que le rogara.

Ya habían hecho un intercambio. El primero, y la científica nunca se acordaría de eso porque él había manipulado un poco sus recuerdos actuales.

Ahora, el cuerpo todavía humano de la científica de Newscientists se retorció y clamaba por más. Su sangre corría por sus venas y la de ella por las de él.

Quiero más. Cahal ladeó la cabeza fríamente y se colocó de rodillas sobre el colchón. Retiró la sábana azabache poco a poco y descubrió su curvilíneo y níveo cuerpo desnudo. Iba a morderla por todos lados otra vez. Iba a convertirla costara lo que costase, porque los dioses se habían reído de él; y ella, sin más, se había unido a sus carcajadas.

Resultaba que, después de siglos de abulia e indolencia, aquella mujer que encontró en el

Ministry of Sound y el flechazo instantáneo que sintió por ella, fueron una maldita trampa. Lo cazaron de verdad, como a un animal. Ella y dos chicas más se lo llevaron a las instalaciones subterráneas de su organización, Newscientists, en CapelleFerne, y lo torturaron durante días.

Y, maldita sea, ¡cómo dolía todo lo que le habían hecho! Hacía tanto tiempo que no sentía ni placer ni dolor que el recordar el calvario físico al que le sometieron le hacía sudar y lo ponía nervioso. ¿Por qué ahora podía percibir el dolor? ¿Por qué ahora sentía de nuevo? Porque esa mujer rubia y bella, fría y sádica, joven e inteligente... Esa mujer malvada, era su verdadera cáraid. Esa mujer le había devuelto todo y él se encontraba en un mar de contradicciones.

No sabía si la odiaba, pero estaba seguro de que sentía mucho resentimiento hacia ella. Le repugnaba todo lo que representaba, eso sí. Newscientists: poder, ambición, inhumanidad... Porque, ¿cómo una mujer, fuera de la naturaleza que fuese, seguía haciendo daño a un hombre que suplicaba y medio lloraba a causa de todo lo que ella infligía? ¿No tenía escrúpulos? ¿Era maligna? ¿De qué demonios estaba hecha? Las mujeres de su clan, las vanirias keltois, eran todaspreciadas y guerreras, pero también eran misericordes, y eso que ya no eran ni humanas ni mortales. Sin embargo, aquella maldita humana a quien él tenía que proteger, aquella mujer inferior en naturaleza, era la más mala de todas las hembras que había conocido en su vida.

En esos túneles en los que él había permanecido secuestrado bajo tortura también yacían muchos niños, y sabía por lo que ellos habían pasado. No se podían comunicar mentalmente, algo impedía que sus ondas mentales circularan libremente, pero Cahal, gracias al contacto de la científica, sentía a la perfección lo que habían estado haciendo con ellos. Oía las lágrimas, el sudor, la desesperación y la humillación... Eran niños, maldita sea. Sacudió la cabeza, incómodo. Quería olvidar esas cosas pero nunca podría.

Antes de conocer a su cáraid no se habría atormentado por ello. Su sensibilidad y sus emociones estaban muertas. Pero, al ser ella quien lo secuestró y quien le obligó a despertar, lasoleadasdeindignaciónlebarrieron y lo habían hecho temblar reiteradas veces. Porque él sentía el dolor y la pena de esos niños. Ahora sí. Y lo sentía cada vez que ella lo había tocado.

La rubia había participado de algún modo en todo eso y ese detalle la convertía en un monstruo a sus ojos.

Ella formaba parte de Newscientists. Era la hija adoptiva de Patrick Cerril, uno de los magnates que encabezaban, por parte de los humanos, la secta mundial Lokasenna, y que estaban bajo las órdenes de los jotuns de Loki. Samael, Strike, Seth, Lucius. Y ese tal Hummus que irradiaba tanto poder. ¿Quién coño era?

Arrugó la sábana en un puño y se inclinó a oler la cadera desnuda de la rubia. La cadera de su insensible pareja.

Al beber de su sangre por primera vez, no había prestado atención a ninguna de las imágenes que cruzaban su mente y que provenían de ella, de sus recuerdos, de todos esos recuerdos adheridos a su ADN. Sería mucho más fácil si pudiera leer sus pensamientos, pero Newscientists la había educado muy bien y esa chica tenía unas aptitudes mentales que dejarían en evidencia al maestro Einstein. Era superdotada, sin duda. Y él había estado tan sediento de ella que le había dado igual lo que había visto; solo recuerdos actuales inconexos, aunque algunos muy reveladores. Por ejemplo:

Lucius había intentado hacer un intercambio de rehenes en el bosque de Tunbridge Wells.

Había querido hacer un trueque: ella a cambio de él. Pero la ratita de laboratorio se había dado cuenta de que el intercambio no era legal, ya que Lucius se había servido de un clon idéntico a Cahal. Su mujer había notado que no se trataba del verdadero vanirio y había avisado a Caleb, Menw, Aileen, Ruth y Adam para que supieran que era una maldita trampa. Después, en el coche, estando con Lucius y otro tipo, el vampiro le había clavado un puñal en la muñeca izquierda y le había sacado un localizador que Caleb había insertado mientras la tuvieron en su poder en la cueva del hambre de la BlackCountry. En la cueva del hambre la habían interrogado, a ella y a la otra sádica de Newscientists de aspecto masculino. ¿Se llamaba Laila? No importaba.

Laila había hablado como una cobarde, pero la rubia no había soltado prenda. Era dura y muy valiente, reconoció Cahal.

El vanirio se relamió los labios y se centró de nuevo en su olor, en ella. Repasó mentalmente todo lo que había hecho hasta entonces con su presa. Primero la había desnudado y se había limitado a lamer todas las heridas que Lucius le había infligido. Tenía desgarros por todos lados y él había odiado cada corte, porque estaban hechos por los colmillos de otro macho, y no uno cualquiera, sino los del peor. Cuando la joven despertara, le dolería. Igual que le iba a doler la incisión de la muñeca. Le habían cortado las venas los muy hijos de perra, pero Cahal había vendado su muñeca y cosido la herida. Él intentaría amortiguar su dolor, él lo intentaría controlar hasta que despertara a su nueva naturaleza. Cuando se transformara en vaniria, sus heridas sanarían y cicatrizarían por dentro. Mientras tanto, el mejor analgésico era su saliva y su unión mental. Había lamido y succionado todas las heridas para extraer la posible ponzoña que le había quedado de los mordiscos de Lucius. Si Lucius había bebido de ella, el vampiro dispondría de la información que necesitara, y eso lo llenó de rabia.

Pero, ahora, ella descansaba como mejor podía, sumida en un frenesí de deseo que él mismo le había infligido. Entre parejas, el cuerpo y la necesidad de ser tocado y acariciado despertaba a la vida. Mientras la científica pensara en el deseo y en el ardor de su sexo, no pensaría en el dolor de su cuerpo.

Mientras la desnudaba, le había mordido y había puesto su marca en ella.

Mientras la duchaba, le había mordido de nuevo. No sabía si había sido rudo o no pero, al menos, no le había dejado heridas. Solo pequeñas incisiones que él se había encargado de cerrar con la lengua. Después, Cahal se había cortado en el pecho y mientras le acariciaba la espalda, la había obligado a beber de él bajo el chorro caliente de la ducha. Ella había sorbido como una gatita y había lamido su cicatriz de un modo tan innato y sexy que le había hinchado la polla como nunca.

Mientras la metía en la cama, la había vuelto a morder. Y ninguna de esas veces había prestado atención a la información pasada de su sangre, solo a los acontecimientos más inmediatos. ¿Por qué no se había centrado en obtener información de su cáraid? ¿En saber de su pasado? Porque resultaba que toda su sangre se había aglomerado en su miembro. Solo pensaba en meterse entre sus piernas. A los vanirios, como a los humanos, también les pasaba eso.

Pero aquello tenía una rápida solución: volvería a beber de ella y esta vez se concentraría más. Sabría quién era la ratita de laboratorio en realidad.

Su cáraid lo había cazado como el gato al ratón, y en las instalaciones de Newscientists lo había abierto en canal y le había revuelto los órganos con las manos. Le había martirizado con

sus bistorías, y le había atormentado con su mirada indiferente y su comportamiento altivo para con él. Fue tan fría, tan metódica y rauda..., que él se había negado a creer que aquella hermosura de Satán fuera su pareja de vida. Pero lo era, por tanto y sumando dos más dos, ambos se joderían mutuamente.

Ella había despertado a la bestia, y el bárbaro interior reclamaba su castigo, su justa venganza, su trofeo.

Todo lo que sucediera a partir de ese momento sería consecuencia de los actos de esa chica. Sus instintos habían despertado, espoleados por una puta mirada de aquella diosa.

Y él se moría de ganas de demostrarle que no había ni un ápice de divinidad en ella; que era solo una humana y que él era el verdadero elegido por los dioses.

De ahora en adelante, su dios.

La mujer abrió los ojos con un suave aleteo de sus pestañas. Sentía su cuerpo en llamas, como si el mismo Infierno la reclamara. Le escocían algunas partes del cuerpo y la piel le hormigueaba como si las puntas de varios dedos le acariciaran y le hicieran sutiles cosquillas.

Estaba en una habitación totalmente a oscuras. Se oía el suave deslizarse del agua fluir, como si hubiese un río cerca. Focalizó la mirada al frente y supo que no estaba sola. Oía una profunda respiración acompañada del ronco ronroneo de un pecho masculino.

Él. Él estaba ahí con ella. Lo sabía porque... Bueno, no sabía por qué. Pero era él.

Se incomodó y volvió a ponerse nerviosa. Después del terrible suceso que vivió de pequeña, nunca más había sentido nervios por nada, pero desde hacía unos días, aquel parecía ser su estado natural.

¿Y acaso importaba? ¿Le importaba a ella sentirse así? No. Le daba igual.

Solo quería morir. Quería que la mataran, que alguien acabara con su vida. Su mente intentó buscar una excusa para no vivir ese destino, pero no encontró ninguna. La física cuántica y los principios universales por los que se regía el universo te aseguraban que cada acción propiciaba una reacción. Sus acciones no iban a pasar en balde.

Todo lo que ella había hecho para Newscientists, todo lo que ella creía defender y por lo que ella creía luchar, todo, era una farsa. Una maldita farsa.

Las personas en las que ella había confiado: Patrick, su padre adoptivo; Laila, su mejor amiga y alguien muy especial para ella; Lucius, Seth, Strike, Brenda..., no eran lo que aparentaban ser. La habían engañado miserablemente.

Su vida se centraba en el descubrimiento de otros espacios, otras realidades, universos paralelos. Se había concentrado día a día en el estudio de los quarks y había colaborado con esa gente que ella había considerado no familia, porque ella era muy mala para los vínculos afectivos, pero sí personas de confianza, de su círculo. Les había ayudado en sus averiguaciones, creyendo que sus descubrimientos ayudarían a detener a esa plaga de vampiros que asolaba su mundo. Le habían asegurado que esos seres venían de otras dimensiones y se habían colado desde un agujero cósmico, un portal, yendo a parar directamente a la Tierra. El objetivo de ella había sido hallar ese portal y dinamitarlo para que esos asesinos chupasangre nunca más salieran de ahí. Por eso trabajaba con aceleradores y quarks.

Su odio tenía una razón de ser.

Cuando era pequeña, esos vampiros mataron a su padre, su madre y a su hermana; las habían violado y maltratado para luego desangrarlas y acabar con sus vidas. Ella lo había visto todo y se había atrincherado en su cabeza, en un lugar en el que las secuencias numéricas y

los valores de Pi la alejarían de todo el horror y el miedo. Pero cuando pensó que correría el mismo destino y que aquellos engendros también acabarían con ella, un hombre guapo, moreno y fuerte con halo de príncipe y ojos claros, la rescató y la llevó con él. Era Lucius. Aunque temía a los hombres y le daban asco, él se convirtió en su héroe, en el hombre que ella siempre veneraría y admiraría por encima de todas las cosas, porque la había salvado y porque, junto con todos los demás, luchaba por salvar a la Tierra de esas abominaciones. O eso creía.

Lucius le dio un hogar y un padre adoptivo: Patrick Cerril.

Patrick era cariñoso y, aunque guardaba las distancias porque ella odiaba el contacto con el sexo opuesto —no le gustaba que la tocaran—, su padre adoptivo siempre fue respetuoso con ella.

Durante años, décadas, pensó que aquella era su realidad. Tenía de todo, vivía bien, gozaba de un círculo de amigas femenino en el que se sentía parcialmente segura y, además, aprendió técnicas de lucha y de defensa, programación neurolingüística y métodos de torturas contra los vampiros. Estaba preparada para vengarse en todos los ámbitos: en el mental y en el físico. Patrick no escatimó en gastos para su formación. Ella tenía un cociente intelectual altísimo y le fascinaba la física. Se licenció precozmente a los veintidós años con el Summa cum laude en Física Cuántica y desde entonces, día y noche, trabajaba en la organización que se suponía que cazaba vampiros y estudiaba el portal cósmico a través del cual esos monstruos de «otras razas» llegaban a la Tierra.

Todo mentira. Falso.

Era cierto que ella trabajaba en eso, pero la finalidad de sus estudios no se iba a utilizar para ese objetivo que ella consideraba tan noble y en beneficio de la humanidad. Se utilizaría para todo lo contrario.

Cuando la secuestraron días atrás, Menw, el hermano del vanirio — porque así se llamaban los seres que ella, en realidad, había torturado—, la había interrogado, a ella y a su compañera Laila.

En ese interrogatorio en una especie de agujero subterráneo, conoció a una chica de pelo caoba y ojos ambarinos que materializaba flechas de energía azuladas y blanquecinas en sus palmas. La cabrona le había clavado una en su muslo, y le había dolido y escocido como el demonio, además de que una explosión emocional la había convertido en un manojito inestable de lágrimas. Sin embargo, le había dolido más el desmoronarse emocionalmente que el dolor físico que la flecha le había causado. Luego había dos chicas más, morenas y con melenas espectaculares. Una tenía los ojos lilas, y la otra, verdes eléctricos. Ambas eran hipnotizadoras. Ah, y también había conocido a otro hombre de melena negra y ojos igual de verdes que la otra chica.

Para ser sincera, ella y los hombres tenían un problema, porque ella les temía y les odiaba a partes iguales. No obstante, ese vanirio peligroso era un espectáculo: un cruce entre modelo italiano, asesino a sueldo y guerrero celta. Para ser una mujer que apenas miraba a los hombres debía reconocer que aquel era especialmente hermoso.

Los cinco seres que la interrogaron tenían algo en común: eran muy bellos, como sacados de revistas tipo GQ. Además, eran seres mentalmente poderosos y con dotes que ella no comprendía, pero que, en otro tiempo, hubiera ansiado descifrar y desglosar. Los creyentes e ignorantes dirían que se trataba de magia. Ella no. Ella sabía que era ciencia evolucionada.

En la interpelación a la que fueron sometidas, descubrió que Laila la había traicionado.

Aquella chica sabía toda la verdad sobre Newscientists, sobre quienes eran realmente y se lo había ocultado; nunca le habló sobre ello ni le dijo la verdad, y quedó destrozada al descubrirlo. Laila había sido su compañera, su amiga, alguien con quien había compartido mucha intimidad. Y la traidora la había estado engañando con su silencio. Al parecer, todos en Newscientists sabían lo que estaban haciendo. Todos menos ella, claro. Y le escocía haberlo descubierto así. Con lo inteligente y fuera de serie que era, la habían engañado como a una niña. Para más inri, Laila servía de alimento a Brenda y a Lucius. Les daba su sangre.

Sintió que se le retorcían las entrañas. Ella había besado a Laila, le había dado cariño y se había dejado querer por ella, y ahora sentía asco al recordarlo. Laila sabía todo lo que ella había vivido de pequeña con los vampiros, lo que ellos habían hecho con las personas que más quería. ¿Y le había importado a la zorra cuando se alió con ellos? No. Por supuesto que no. Esa chica nunca había sido su amiga, nunca la había querido de verdad.

Brenda, Lucius, Seth, Samael... Eran vampiros. ¡Vampiros!

Se cubrió la cara con las manos y se frotó los ojos. Al hacerlo, descubrió el vendaje en su muñeca. Recordó el maltrato al que Lucius y Patrick la habían sometido en el Rodius; y luego, en CapelleFerme, los mordiscos del vampiro en su cuerpo... Se puso a temblar, y se obligó inmediatamente a permanecer serena. No perdería los nervios.

En ese momento parecía estar a salvo. ¿El vanirio rubio le había vendado? ¿Se preocupaba por ella? ¿La había curado? Sacudió la cabeza desechando ese pensamiento.

¿Por qué iba a hacerlo? Ella no sería misericordiosa si se hubiera dado el caso contrario. Joder, ella había colaborado con el enemigo.

«Mamá, lo siento. Lo siento tanto...». Había insultado el recuerdo de su madre y de su hermana. Había vendido su memoria. Las había abandonado al unirse a aquellos que habían acabado con sus vidas, y aunque ella desconociera para quien trabajaba en realidad, la verdad era que las había traicionado.

Un sollozo desgarró su pecho. Cruzó sus antebrazos sobre su rostro para cubrir sus ojos llorosos. Nunca lloraba, pero ese detalle la mataba y la hería de formas indecibles. La rebajaba. Su madre y su hermana... Ellas habían sufrido tanto y..., maldita sea. Ella lo había hecho todo por venganza, había trabajado duro por ellas..., y, sin saberlo, les estaba siendo desleal.

No obstante, lo peor fue descubrir todo lo demás. Tenían a niños en esas instalaciones, hacían hibridaciones con ellos. Saberlo le había destrozado el corazón. Ella misma había estado presente en las torturas a unos cuantos hombres de esas razas sobrenaturales pensando que eran vampiros, pues mostraban sus mismas debilidades y sus mismas características: tenían colmillos, se alimentaban de sangre, tenían poderes mentales, exponerlos durante un minuto bajo la potente luz del sol podía acabar con sus vidas... (eso y arrancarles el corazón, por supuesto). Pero aunque ella había disfrutado viendo la tortura a esos hombres pensando que se trataba de nosferatus, ¡eran hombres y no niños inocentes! Imaginarse a seres tan pequeños en manos de científicos sin emoción que solo abrían, estudiaban y experimentaban con sus menudos cuerpos la ponía enferma. ¡Y ella había formado parte de eso! Y, joder, estaba avergonzada por ello.

Golpeó el colchón con el talón de su pie desnudo.

«Maldita sea, cerebritito —se dijo—. Cómo la has cagado»"

Nunca había experimentado tanta impotencia. Nunca se había sentido tan mal consigo misma.

Otro sollozo doloroso atravesó su pecho y reverberó en aquella habitación.

Y ahora estaba en manos de un hombre vanirio que ella misma había maltratado y martirizado. Y él..., él iba a castigarla de la peor de las maneras.

Ella lo haría si estuviera en su lugar. Pensó que sería su justa sanción por lo que había hecho. Sufriría las vejaciones que ese hombre tan guapo iba a cometer contra ella. ¿Por qué no? Se lo merecía.

Ya la había mordido, ¿no? Por casi todas las partes de su cuerpo, además.

Ya la había tocado, ¿no? Por todos lados. Y ella, para su propia degradación, había reaccionado bajo su toque. Era él por supuesto. Se negaba a creer que podía disfrutar con el tacto de las manos de un hombre. Él la obligaba a sentir placer. Lo había hecho durante toda la noche. La había sumido en una neblina de deseo, y la había impelido a sentir su toque y a desearlo con la misma intensidad.

Obviamente, ella no quería. Pero no podía negar que ese macho era espectacular. Muy atractivo y peligroso. Era un ser bello. Al menos, antes de que ella pusiera las manos en él, lo era.

Cuando lo vio en el Ministry of Sound no pudo hacer otra cosa que sonreírle y reconocer que era tan sexy que dolía verlo. Él cargaba con la chica de las flechas sobre el hombro, que acababa de cantar el Shook me all night long para poner cardíaco al personal junto con otra mujer morena un poco más mayor. Pero entonces, el vanirio miró entre la multitud y la encontró. Y, madre del amor hermoso, esa mirada la había tocado por todas partes. Se había sentido muy incómoda por tener tales sensaciones, por ser receptiva de ese modo ante él. Pero así había sido.

Cuando lo secuestró, lo más curioso fue comprobar que él solo era receptivo en la tortura cuando ella le tocaba. Solo con ella. El vanirio no sufría con nadie hasta que ella empezó a tocarlo y a hurgar en su cuerpo. Habían intercambiado todo tipo de comentarios e insultos, y a ella cada vez le costaba más hacerle daño. No sabía por qué, pero en ciertos momentos su dolor incluso le había hecho daño, como si hubiera un tipo de conexión entre ambos. Inexplicable, porque nunca se habían visto, porque no se conocían y porque no existía ningún vínculo entre ellos. Pero algo raro había tirado de ella.

No podía pensar así, porque... Ese ser inmortal era un hombre, ¡maldita sea! ¡Era un vanirio! ¡Y encima la odiaba! Y ahora no podía hacer nada contra alguien tan poderoso mentalmente, por mucho que Newscientists le hubiera enseñado a protegerse. Estaba vendida, y él había bebido de ella. Si el funcionamiento de beber sangre era el mismo que el de los vampiros, tarde o temprano él podría manipularla y ella perdería su inteligencia. Porque era algo que les sucedía a los vampiros. Así que tendría que esforzarse y tener los ojos muy abiertos para pelear hasta el último segundo para que no la obligara a beber de él. La sed de sangre les convertía en marionetas y solo obedecían órdenes. Dejaban de ser independientes mentalmente, sus hemisferios cerebrales se bloqueaban y su funcionamiento se detenía para que solo el impulso y la ansiedad les guiara.

No, por Dios. No... No quería llegar a eso. Su cerebro era lo más importante que tenía. Era su todo, sin él no sería nada. Y si moría, quería morir siendo consciente de lo que había hecho. Por eso, después de que la rescatara, le había rogado al vanirio que la matara. Se lo había suplicado porque ella misma no quería seguir viviendo con la cruz de saber que se había involucrado en un genocidio contra seres inocentes. Pero el rubio de ojos azules se lo había negado. Y sabía perfectamente por qué: la venganza era un plato frío, y ese guerrero iba a

cobrarse todas las afrentas.

No sabía cuál iba a ser su destino, pero encontraría el modo de acabar con su vida. Lo haría antes que compartir algo con ese tipo que la menospreciaba, antes que recordar todo lo que había hecho, antes que seguir viviendo en su propia piel. Una piel que ella habitaba y desconocía y que ahora, más que nunca, odiaba.

Si había un castigo para ella, que lo cobrara rápido. Además, muerta no les serviría de nada ni a Lucius, ni a Sebastian, ni a Patrick... Y lo que ella sabía quedaría siempre oculto en su memoria y se iría con ella.

—¿Estás asustada, nena?

Se descubrió los ojos y parpadeó repetidas veces para eliminar las lágrimas y focalizar la mirada en ese hombre. Nena. Mientras estaba bajo su tortura él la había llamado así y ella le había dicho que no volviera a hacerlo. Ahora estaba a su merced. Los papeles se habían intercambiado.

—¿Me ves bien? —preguntó el vanirio.

La joven lo veía recortado bajo la luz modulada de aquella habitación circular. Joder, era una habitación redonda, sin esquinas. Las paredes eran de cristal y, a través de ellas, corrían cortinas de agua iluminadas por luz azulada. ¿Estaban bajo tierra o había algo más que se pudiera ver a través de aquellos paneles transparentes? ¿Era un jardín lo que había detrás?

La cama estaba ubicada casi en el centro de la esfera y era un lugar más bien de descanso, sin muebles ni nada que pudiera estorbar a ese hombre tan grande. Unas cuantas plantas se colocaban estratégicamente siguiendo el Feng Shui, y había una alfombra oscura en el suelo y un sofá con chaise longue en el lado opuesto a la cama. Al lado del sofá había una librería. Su mente analítica procesó toda la información para analizarla detenidamente.

—Te he preguntado si me ves bien, mujer. Responde.

Ella clavó sus ojos verdosos en el vanirio. Nunca le había gustado que la hablaran en según qué tonos y, aunque se encontraba en condiciones muy perjudiciales, no le importó desafiarlo con la mirada.

Lo miró de arriba abajo. Su cuerpo se perfilaba a la perfección. Músculos delineados en la semioscuridad, puños cerrados a cada lado de sus caderas, muslos poderosos y explosivos... Caderas estrechas y torso en forma de uve, con hombros marcados e hinchados, como los cuerpos de superhéroe de MARVEL y DC Cómics. Sí, ella adoraba esos cómics, y era la única frivolidad y licencia frikie que se permitía. Y era un secreto. Laila se había reído de eso a menudo. Apretó los dientes porque acordarse de esa mujer traidora la hería.

El vanirio que tenía ante ella mostraba una postura amenazadora que expresaba un anhelo instintivo de cazar a la presa. La presa era ella y estaba tan aterrorizada que apenas podía moverse. Ese hombre no tenía ni idea de su miedo, o tal vez sí la tuviera, y de eso se trataba. De asustarla.

—¿Dónde estoy? —Su voz sonó irreconocible.

—A salvo. Conmigo.

Mizar tragó saliva y lo miró a la cara. «A salvo» podía significar algo muy diferente para ella. Debido a la poca iluminación, no le veía bien los rasgos. Pero tampoco le hacía falta porque los tenía grabados en su mente: cejas muy rubias y varoniles, pómulos altos, ojos muy azules y grandes, nariz recta, labios muy besables, mandíbula cuadrada y una barbilla con un surco que la dividía en medio. Y su pelo tan rubio y liso que... Un momento. ¿Dónde estaba su pelo? Se fijó en su cráneo rapado y se sintió perturbadoramente ofendida al ver que su melena

ya no estaba ahí. Aquel hombre tenía un pelo precioso y ahora ya no lo tenía. ¿Cuándo se lo había afeitado?

—¿Y tu pelo?

—Ya no está.

—¿Por qué?

—Me he hartado de que me lo arranques.

Ella intentó recordar un momento en el que había hecho eso, y no vino nada a su mente. En realidad no debía importarle pero, misteriosamente, lo hacía. Nunca le había arrancado el pelo. ¿O sí?

—Tienes ganas de vengarte, ¿me equivoco? —dijo con voz llana, sin ápice de alma. Ah, pero tenía miedo de verdad. No quería correr la misma suerte que su madre y su hermana. No quería estar bajo un hombre nunca en la vida; se lo había jurado y perjurado cientos de veces. Pero ahí estaba. Y después de todos los errores que había cometido, puede que se mereciera correr esa suerte.

Cahal alzó la comisura del labio en una sonrisa diabólica.

—Me dijiste que era basura. Que no era un hombre, ¿recuerdas? — Se llevó las dos manos a su entrepierna, que ella no veía bien porque estaba entre las sombras. Observó cómo ella estudiaba angustiada el movimiento de sus bíceps y los músculos de sus antebrazos—. Voy a demostrarte que sí lo soy.

La chica levantó la barbilla. ¿Después de todo lo que ella le había hecho, ese ser inmortal solo estaba preocupado por su hombría ofendida? ¿El guerrero se estaba acariciando a sí mismo?

—¿Vas a violarme y después me matarás? —preguntó con desdén—. ¿Por qué no me matas y acabas con esto antes?

Cahal se detuvo y su cuerpo se quedó inmóvil.

—Estás loca si crees que voy a matarte. Sería demasiado fácil —se burló él.

—Entonces, ¿vas a torturarme?

—Oh, sí. Voy a torturarte una y otra vez.

Los ojos le escocieron y se le llenaron de lágrimas. Se lo merecía. Iba a hacerle daño. Iba a humillarla... Se esforzó por impermeabilizar su mente, sus pensamientos. No conocía la naturaleza real de esos vanirios, pero tenían poderes mentales como los vampiros y, seguramente él estaba hurgando en su cabeza. Le dolían las sienes y eso era señal de intrusión mental.

—Nena, no sirve de nada que te cierres. Voy a dinamitar esas barreras tan débiles que tienes. No pude hacerlo antes. En el Ministry me drogaste; en las cuevas también lo hiciste, y además teníais esas frecuencias que anulaban las ondas mentales... Pero ahora —se lamió el labio inferior y alzó una mano hasta colocarla en su suave vientre. Ella se tensó al instante e intentó alejarse de él—... Ahora estás en mi poder. He bebido de ti — Pero no le diría que ella había bebido de él. La mujer era inteligente y sabría sumar dos más dos, con lo cual entendería que tarde o temprano su cuerpo iba a cambiar.

—No me llames

«nena»

. —Te llamo como a mí me da la gana, nena. Y si valoras tu vida, no me llevarás la contraria. Ella tensó

la mandíbula. Ese iba a ser el juego. No importaba nada ya, así que se limitó a ser sincera y honesta.

—¿Qué te hace pensar que valoro mi vida? —preguntó aburrida de sí misma—. ¿Qué te hace pensar que me importa algo de lo que puedas hacer conmigo de aquí en adelante?

Cahal se tensó. —Me merezco tu desprecio por lo que te hice —continuó ella—. Te aseguro que fui una ignorante, no sabía que me tenían engañada.

—¿Te tenían engañada? ¿Entonces me torturaste porque te tenían engañada? ¿Disfrutabas de ello porque te tenían engañada? Pobrecita rubia que no sabe lo que hace... —se burló.

—Me da igual si no me crees —aseguró—. Pero creo que será mejor para todos si me matas —admitió con valentía—. Yo dejaría de sentirme mal y nadie utilizaría la información que solo yo poseo. Ellos vendrán a por mí, me buscarán —explicó con voz temblorosa—. Las... Las fórmulas están incompletas. Yo las borré de los discos duros y de los programas, y ni siquiera las vi. Quería salvaguardarlas para que nadie las pudiera manipular antes que yo. Y si me mantienes con vida, les darás la oportunidad de encontrarme y obtener esa información. Y me encontrarán. Yo... no creo que eso os interese.

—Ah, pero me interesa —sonrió, pero el gesto no le llegó a los ojos—. Debo señalar que la información que puedas tener ahora es mía, ¿entendido? Pero hablaremos de ello más tarde. Lo primero es lo primero. Lo que sea que averiguaste ahora no importa.

La científica se angustió. Genial. Toda una vida dedicada a la investigación y ahora ese hombre diabólico menospreciaba su talento. Ella estaba muy orgullosa de su trabajo, ¿y ahora ni siquiera le daban la valía que merecía? Menudo zoquete que no apreciaba el descubrimiento más importante de la historia.

—¿No importa...? —repitió consternada por aquel insulto—. ¿Y qué es lo primero? —preguntó tragando saliva con dificultad.

—Que quiero matarte.

—Pero has dicho que no...

—A polvos.

Ella abrió los ojos asustada, negó con la cabeza y se relamió los labios reseca. Pero su cuerpo, su traicionero cuerpo, se humedeció. Sus pezones se erizaron, y no debido al frío inexistente de esa habitación. Maldita sea, eso no podía ser así. Ella no respondía nunca a un hombre. ¿Qué le pasaba?

—Oye, no me hagas esto... —susurró entre estremecimientos. Eso sí que no se lo iba a permitir—. No hagas que me rebaje de esta manera. Me estás obligando a responder, a sentir...

—¿A sentir qué? —Cahal la miró con interés, de arriba abajo, y levantó una ceja rubia.

—Esto. —se llevó las manos a su entrepierna mojada y las apretó contra ella, avergonzada. ¿Pero qué estaba haciendo? ¿Cómo se atrevía a hacer eso delante de él? Definitivamente, estaba perdida. Se dio la vuelta con las manos entre las piernas y se colocó en posición fetal, dándole la espalda. A ella no le gustaban los hombres. Le aterraban. Entonces, ¿por qué estaba sintiendo ese despertar en sus partes íntimas tan brusco y frenético? ¿Sería el shock? ¿La adrenalina? ¿Lo hacía él?

Cahal veía sus mejillas sonrosadas y su mirada llena de lujuria. Sí, esa mujer respondía a él. Y era normal, porque era su pareja. Su reacción nada tenía que ver con su interacción mental.

—¿Por qué me enseñas tu trasero, rubia? ¿Me estás dando ideas? ¿Sugieres algo? Soy un maldito perverso y tomo lo que me ofrecen, bonita —advirtió divertido por su incomodidad.

Ella negó azorada y luchó por cubrirse todo el cuerpo con las manos. Pero había demasiada piel expuesta. —Por favor, no sé qué quieres de mí, pero sealo que sea, está equivocado. Esto es de locos, no lo entiendo... No está bien. Y no debes hacerlo. —Huelo tu deseo. Estás empapada por mí... Quiero lo que tu cuerpo pide a gritos, ni más ni menos. Y aquellas palabras eran tan ciertas que la ofendieron, pero se negó a claudicar. —Eres tú el que lo provocas. ¡No me gustas! —gritó con la cara sepultada en la almohada.

Cahal la observó entrecerrando los ojos. Después de su transformación y de la posterior intervención de los dioses en su contra, ver a una mujer llorar nunca le había golpeado el pecho. Y ella estaba empezando a llorar. Siempre había sabido que estaba mal, que era triste que una chica derramara lágrimas, pero ver a esa ratita de laboratorio sucumbir a la desesperación le hizo sentir mucho peor de lo que se imaginaba. Le puso una mano en la cadera desnuda. Apretó los dientes y una inesperada amabilidad surgió en forma de palabras.

—No tengas miedo de mí. No va contigo.

Ella tembló y se secó las lágrimas disimuladamente. Que un hombre como él dijera «no tengas miedo de mí» era igual a que el lobo le dijera a Caperucita «No te quiero comer». O sea, una gran mentira y algo imposible. Aceptando ese hecho, la rubia se rindió y dijo:

—Tú no me conoces. No sabes lo que va o no va conmigo. Pero supongo que te da igual —Miró a su alrededor y tomó una decisión con valentía—. Mira, acabemos con esto ya. Hazme lo que te dé la gana, pero luego me tienes que matar.

Una mano dura la tomó de la barbilla y le dio la vuelta bruscamente, obligándola a mirar al frente. Los ojos peligrosos y desafiantes de Cahal la taladraron con odio y desesperación.

—¿No valoras tu vida, mujer? Escúchame bien, ratita —ordenó colocándose encima de ella y apretándole los dedos en las mejillas—. Tú no vas a morir porque a mí no me da la gana. Llevo años, años —recalcó—, esperándote, como para que ahora pidas ese tipo de misericordia. No morirás. Eres mi alimento, ¿entendido? Eres mi energía vital. Y voy a utilizarte como me plazca. Tally como tú has hecho conmigo en esos laboratorios. Tu cuerpo y tu piel son míos, y voy a hacer que ruegues por mí a cada instante.

—¡No me obligues a sentir ese tipo de deseo por ti! —gritó desesperada, con las pupilas dilatadas, negando con la cabeza—. ¡Lo odio! Tú... Tú no lo entiendes.

—No te obligo a nada. Es tu cuerpo el que responde a mí.

—¡Mientes!

—¿Sientes deseo? —Cahal le arrancó las sábanas de las manos al ver que ella quería cubrirse ante él—. ¿Sientes que ardes, ratita? ¿Notas un calor y un picor insatisfecho entre las piernas? Pues adivina qué: es tu cuerpo esperando por mí. Quieres que te folle. —Ella intentó pelear para sacárselo de encima, pero él se lo impidió, aplastándola contra el colchón y colando una rodilla entre sus piernas. La obligó a abrirse y a aceptar el contacto con su pubis. Por Morgana... Ella ardía y su sexo lloraba por él. La humedad de la mujer manchó la parte baja de su ombligo.

—¡No! ¡No! —gritó ella con todas sus fuerzas. Se movía como una leona y su melena rubia daba bandazos de un lado al otro. ¿Por qué demonios no podía quedarse en shock? ¿Por qué su cabeza incluso tenía que analizarlo todo en ese momento? ¿Por qué tenía que ser tan fuerte y no una de esas mujeres que se desmayaban bajo la presión?

Cahal le cubrió la boca con la mano y dirigió los dedos de su mano libre a la entrepierna de la joven. Ella le golpeó los hombros con los puños cerrados, pero eso le abrió la herida de la muñeca y gimió de dolor.

Cahal gruñó y le enseñó los colmillos en señal de advertencia. Colocó la palma de la mano posesivamente sobre su suave vello púbico y presionó contra su parte más íntima.

La rubia abrió los ojos mientras las enormes lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Deja de golpearme. Te estás abriendo las heridas —pidió Cahal transmitiéndole calma con su voz—. No quiero hacerte daño —le aseguró en voz baja y ronca—. Te estoy dando más clemencia de la que en realidad te mereces. Déjame tocarte, no te lastimaré. Sabías que esto iba a pasar.

Ella negó con la cabeza y cerró los ojos. Él decía que no quería hacerle daño, pero se lo haría. Le haría daño si la trataba así. Había momentos en los que odiaba ser mujer porque, en corpulencia, siempre sería del equipo del sexo débil.

—El único hombre que he podido ver en tus recuerdos ha sido Lucius. Tienes su imagen anclada en la cabeza como la de un hombre modélico, como un príncipe para ti. —Masajeó su sexo haciendo círculos con la palma de la mano. Estaba hinchada y blanda—. ¿Sabías que él te deseaba? Te dije que te engañaba, tonta. No me hiciste caso —achicó los ojos y la miró con rabia—. ¿Tú querías acostarte con él? ¿Era tu deseo?

La joven gimió, negó con la cabeza y la retiró para liberar la boca de su mano y así poder hablar: —No sé qué me hicieron. No entiendo por qué no podía ver la realidad tal como era. Pero me engañaron y yo caí.

Él la miró con atención.

—No eres muy inteligente.

—Dijo el que solo tiene una neurona —contestó sarcástica.

Cahal sonrió, y esta vez sus ojos brillaron con desafío y algo más. Vaya, tenía garras. —Pues esa única neurona es calva, muy grande y está apuntando al drarte entre las piernas.

Ella se estremeció y decidió no entrar en sus provocaciones.

—Sé que quieres avergonzarme, pero no podrás avergonzarme más de lo que ya lo hago yo, te lo aseguro. Sé que me he equivocado. Me engañaron, me manipularon mentalmente. Lucius me secuestró cuando era pequeña y me dejó en manos de Patrick Cerril porque vio un potencial en mí fuera de lo común. —Ella luchaba por entender todo el croquis mental que tenía en su cabeza.

—No iban desencaminados. Torturas muy bien. Sin emociones. Ya sabes: fría y tenaz —aseguró Cahal acariciándola de arriba abajo con el dorso de los dedos, como una pluma. Quería tratarla con rudeza y descargar su ira, pero había algo en los ojos verdosos de esa chica que se lo impedía. Era como una extraña inocencia, como si hubiera una ignorancia negada premeditadamente sobre su sexualidad, sobre lo que era ella. Y él odiaba todo lo que ella representaba pero, al mismo tiempo, le llamaba mucho la atención. Lamentablemente, la chica fría había ido a parar a manos de un vanirio sexualmente activo que viviría para los intercambios de su pareja. Aprendería muchas cosas con él. Y él la llevaría al límite una y otra vez hasta que reconociera qué era lo que quería. Él también sabía torturar. Y la torturaría hasta hacerla suplicar.

—También me enseñaron a controlar mi cabeza, a manipular los cuerpos y reducir al enemigo... —continuó ella. Un momento, ¿qué estaba haciéndole ese hombre ahí abajo? Intentó cerrar las piernas a su intrusión, pero no pudo. Sus caderas se lo impedían—. Deja de

tocarme —espetó con frialdad.

—Nena —dijo mientras deslizaba el dedo corazón por su sexo—, ¿has estado alguna vez con un hombre? —No es asunto tuyo —se mordió el labio cuando notó el dedo instigador rozándole el clítoris. Resbalando de un lado al otro. —Sí lo es —gruñó amenazante—. Vas a estar conmigo. Contéstame, maldita sea —la acarició gentilmente.

—¿Por qué lo quieres saber? ¿Eso hará que seas más suave? —preguntó incrédula—. Toma lo que estás deseando —gruñó furiosa y llena de rencor—. No me vas a engañar, sois todos iguales. Saqueáis y tomáis sin permiso. No importa que os digan que no.

Cahal se encogió de hombros y, sin avisar, introdujo el dedo en su interior; y no notó resistencia alguna, pero sí una gran estrechez. Su miembro palpitó y lloró líquido preseminal. Quería estar ahí, sacudiéndose.

Ella abrió los labios y gimió al notar la quemazón. Ese hombre tenía unas manos grandes y unos dedos muy gruesos, y...

—¡No!

—¿No?

—¡No! —sollozó ella.

—Solo es una prueba. ¿Cómo puede ser que estés tan apretada, nena? Me deseas, lo sé. Deberías estar más dilatada.

—¡No me gustan los hombres! ¡No me gustas tú ni lo que eres! — ¿Cómo iban a gustarle después de lo que vio cuando era pequeña? Puede que él no fuera un vampiro, pero era un hombre y tenía colmillos. ¡No podría soportar que él la tocara!—. ¡Me das... Me das asco! Y esto será una violación en toda regla si continúas. ¿Los vanirios sois así? ¡Entonces no os diferenciáis de los vampiros en nada, y me alegra haberte hecho todo lo que te hice en el laboratorio!

Cahal la miró a los ojos, vidriosos de placer y deseo. Ah, esa joven estaba muy confundida. ¿Cómo no iba a gustarle él si era su cáraid?

—Soy un vanirio. Somos guerreros de honor creados para proteger a los humanos. Pero resulta que tú has intentado matarme y encima has trabajado con aquellos que nos exterminan y que quieren aniquilar a la humanidad. Puede que yo no sea el mejor hombre de todos, pero tú tampoco eres un ejemplo como humana. Y eso, en mi clan, y bajo nuestra ley, me exime de todos los pecados y de toda culpa. Puedo hacer lo que quiera contigo. De hecho, estoy convencido de que el Consejo está deseando que acabe contigo.

—¿Consejo? ¿Exime? ¿Acaso sabes lo que eso significa, playboy? Vas a hacer que vomite. —Había limado ese aspecto intrépido de su personalidad que la obligaba a decir siempre lo que pensaba sin preocuparse de si sus comentarios sonaban ofensivos o hirientes a oídos de los demás. En su trabajo se había inhibido muchas veces, porque siendo amable y mostrando deferencia la gente podía quererle más. Pero ya no lo iba a hacer. No tenía por qué caerle bien a ese vanirio. Y su sinceridad era un rasgo de su personalidad que moriría con las botas puestas. Así que sería todo lo mordaz y honesta que pudiera.

—Acabas de recordarme a la cáraid de mi brathair Caleb. Ella me dijo lo mismo una vez —sonrió y se extrañó al sentir un extraño calor templado en su pecho. Era el calor de la amistad. Hacía tanto tiempo que no sentía nada por los demás...

—No sé quién es, pero seguro que es una mujer muy observadora. Ya me cae bien. Cahal sonrió sin dejar de tocarla.

—Ella fue una de las que te interrogó. Apuesto a que ahora no te cae tan bien.

Miz apretó los dientes. No. La interrogación no fue amable, ni mucho menos una de las mejores experiencias de su vida.

—Es una perra. La odio —rectificó, como si nunca hubiera dicho lo contrario.

Él se relamió los labios y asintió.

—¿Así que no te gusto ni siquiera un poco? —sin avisar, introdujo el dedo hasta el nudillo y lo curvó en el interior. El clítoris de la joven se hinchó y salió al exterior. Cahal miró hacia abajo y sonrió—. ¿No te gusta esto, nena? Estás teniendo una erección.

—No —lloriqueó ella. —Eres muy mentirosa. ¿Eres capaz de decirlo mientras te corres? ¿La ratita de laboratorio está asustada de su cuerpo?

—Eres incapaz de hacer que me corra —le aseguró ella, cayendo en el juego de Cahal—. Nadie de tu sexo logrará nunca una respuesta en mí de ese tipo. Me interesarás cuando no tengas pene.

Cahal levantó las cejas. ¿La mujer creía que era lesbiana? Esa chica no era lesbiana. Menudo chiste.

—Pues tengo pene, guapa. Y uno enorme y preparado para ti.

—¿Del tamaño de tu inteligencia? Entonces fóllate a una muñeca Barbie, que está hecha a tu medida. Aunque puede que Ken la tenga más grande que tú.

—Ratita, tú no sabes lo que yo soy capaz de hacerle a este cuerpecito delicioso tuyo. Estás bien hecha. Aunque tienes poco pecho pero... —se encogió de hombros, como si aquello no fuera importante—. Los pechos son pechos, al fin y al cabo. Y creo que sí —dijo como si acabara de decidirlo—. Voy a machacarte entre las piernas tan duro y profundo, nena, que no podrás caminar en una semana.

Ella se mordió el labio inferior y luchó contra un rebelde puchero.

—Que te jodan, monstruo —¿Pero qué se había creído ese tipo? A lo mejor no era un vampiro, pero era igual de arrogante y manipulador. Utilizaba su belleza para ganar terreno y su tono de voz para atontar, pero con ella no le iba a salir bien.

Cahal se tensó pero no se apartó de ella. Llamarlo monstruo no era un piropo, precisamente.

—No eres muy diferente de mí. Primero voy a demostrarte que te engañas a ti misma. —Movié el dedo con fuerza en su interior, rotándolo, sacándolo y metiéndolo sin dejar de tocarle el clítoris con el pulgar. Sonrió al ver que la piel de la científica se sonrosaba y que sus pupilas se dilataban por la impresión—. ¿Notas la ola de calor?

—No, no, no... Espera... —Repuso ella, asustada ante las sensaciones. Con la mano de la muñeca vendada lo agarró intentando detener sus profundos envites. Aquello no dolía, pero era muy contradictorio y aterrador. Sentía que el vientre le ardía y que los músculos internos de su vagina se movían involuntariamente. Pulsaban alrededor de su dedo. Su cuerpo estaba loco—. Por favor, para.

—No me supliques, nazi. No te voy a dar tregua. —Empezó a mover el dedo con más brío y energía, y a frotarle el botón de placer con más insistencia. Sus dedos se mojaban de flujo. Su cáraid estaba tan excitada que iba a experimentar un orgasmo brutal—. ¿Sientes eso? ¿Notas mi dedo más grande de lo normal? Es porque estás hinchada; toda la sangre se está concentrando entre tus piernas. ¿Te imaginas que en vez de mi dedo es otra cosa la que te llena? ¿Algo que empieza por po y acaba por lla?

Ella luchó por coger aire, por mantener el control, pero le fue imposible. Iba a perder la batalla en un parpadeo. Y lo peor era que no solo cedía ante un hombre, sino ante uno que

hacia juego de palabras con dos sílabas. Menuda desgracia.

—Córrete, chica. Córrete bien fuerte —Cahal le rodeó la cintura con el otro brazo, introdujo el dedo todo lo que pudo y lo sacudió, acompañando el orgasmo de la joven.

Mizar gritó al notar la explosión en su interior. Se sintió tan derrotada que dejó que sus piernas se abrieran por sí solas, sin mostrar ni un ápice de oposición a esa mano instigadora que seguía alargando el orgasmo hasta límites dolorosos.

No lo entendía. No entendía nada. Nunca había estado con ningún hombre; los evitaba. No se fijaba en ellos. Y ahora, en ese momento, el hombre que más debía asustarla, el peor, acababa de introducir su dedo en ella y le había dado un orgasmo.

Consternada y cansada, desvió la mirada verdosa porque le avergonzaba enfrentarlo. Le avergonzaba incluso enfrentarse a sí misma. Su alma y su amor propio habían sufrido una gran afrenta.

—Eh, mírame —Cahal la tomó de la barbilla y movió el dedo en su interior, para asegurarse de que ella era consciente de lo que había pasado, para que sintiera que aún seguía dentro de ella, acariciando sus paredes húmedas, su llorosa carne y su zona más sensible—. Ahora ya sabes que no me puedes comparar con nadie. Nunca te has corrido con un tío, ¿verdad? —La chica no le contestaba. Estaba sorprendida y abrumada—. Yo no soy un tío normal. No soy un hombre común, nena. Recuérdalo. No sé qué tipo de paranoia tienes en la cabeza, pero nos encargaremos de ello. Juntos. Sin embargo —la miró de arriba abajo y chasqueó la lengua—, ahora estás demasiado débil para tomarte.

—Me repugnas —escupió, intentando recordárselo a ella misma—. Odio lo que me has hecho —su voz tembló por la indignación.

Cahal estudió la convicción de su mirada. Sí, esa chica podía odiar la relación que iban a tener, pero tarde o temprano cedería, porque él no iba a dejarla en paz. Sería suya.

—Tú y yo vamos a tener una relación longeva, rubia. No voy a matarte. No voy a pegarte ni a maltratarte. Estoy enfadado, me disgustas y, sin embargo, eres mía, ¿sabes? Y no importa lo mucho que te resistas. Eres mi juguete. —No le dijo que era su pareja, ni tampoco que iba a convertirla. Ella no se merecía saber nada de eso—. Asímelo.

Mizar cerró los ojos para no ver los suyos, tan azules y vivos. ¿Cómo podía creer lo que decía? Era una locura. —No soy tu juguete, gilipollas. No soy nada que tenga que ver contigo.

Las palabras de la joven le dolían. La vinculación seguía su curso y las reacciones no se hacían esperar. Ellos se pertenecían. Y lo que él iba a hacer y tenía pensado para ella les iba a doler, a los dos. Pero antes de volver a estar con la científica, tenía que hacerle entender que la necesidad entre ellos no era nada que se pudiera explicar, nada que se asemejara ni al toque de una mujer humana ni al toque de un hombre humano.

Era distinto. Superior. Divino. —¿Ah, no? Niégalo cuanto quieras. Voy a dejarte unos días para que lo pienses —sacó el dedo de su interior y se lo llevó a la boca para lamerlo como un helado. Sabía tan bien que su pene tembló de gusto. Fresón jugoso.

—¿Me dejarás tranquila? ¿No me tocarás? —¿Estaba chupándose los dedos? Su útero sufrió un espasmo.

Cahal sonrió con tristeza. ¿Si la iba a dejar tranquila? Esa chica estaría desesperada por su toque. Era un castigo merecido por todo lo que él había sufrido en sus manos.

El mejor modo de hacer entrar en razón a una mujer que no creía en el sentimiento vanirio era que experimentara la ausencia de él, su falta de contacto, por muy doloroso que fuera. Se habían intercambiado la sangre, él la había tocado... Los lazos se reforzaban, y los instintos

despertaban con la fuerza de un río desbordado.

—Cuando baje de nuevo, serás capaz de arrancarte un brazo solo para llamar mi atención. Las ganas de verme y de tocarme te consumirán.

—No sé de qué me hablas pero, sea lo que sea, no esperes a que permanezca a tu lado. Me quitaré la vida mucho antes. No quiero esto. No quiero estar a tu lado. No quiero —miró a su alrededor— esta... vida —aseguró con desprecio—. Esto no es vida... Te prometo que no duraré mucho contigo. No quiero vivir. —Su vida no valía nada, solo sus hallazgos científicos, y a él no le importaban. Nadie la esperaba. Nadie lloraría por ella. Se sacrificaría antes que rebajarse a esa extraña relación; antes que compartir la vida con un ser que no la quería y que pensaba que podría manipularla como le viniera en gana. Lucius y los demás la habían manipulado. Cahal tenía un rostro más agraciado, era bello, pero su comportamiento era el mismo.

El vanirio se levantó de la cama enfurecido por esa respuesta. Mizar estaba echando un vistazo al estudio subterráneo para localizar algo con lo que poder acabar con su vida. Esa mujer estaba decidida a suicidarse, y saberlo no le gustó nada al druida.

—No deberías decirme eso —clavó su mirada en su entrepierna húmeda y brillante.

—No tienes poder sobre mí. Eres ridículo si crees que lo tienes —espetó, apoyándose en sus codos con dificultad y cerrando las piernas—. No soy una descerebrada y soy mucho más inteligente de lo que piensas. Mi voluntad es mía, no tuya. Me enseñaron a defenderme de tus intrusiones mentales.

—Claro, nena. Lo que tú digas. —La ratita ni siquiera se acordaba de que ya la había obligado a beber de él en la ducha. No lo recordaba porque él había borrado el recuerdo.

—Eres tan vanidoso... ¡Que te follen! —Odiaba esas respuestas que daban la razón como a los tontos. Y también odiaba ser malhablada pero, ¿qué importaba ya? Estaba tan enfadada por lo que habían hecho con ella, por el modo en que la habían engañado, que solo tenía ganas de ofender.

—Espera unos días, y tú estarás más que dispuesta a hacerlo. —Cahal abrió un pequeño armario empotrado que había en la pared de las escaleras que subían a la planta de arriba. Sacó unas esposas recubiertas de piel negra y se dirigió a ella. No iba a correr el riesgo de que ella hiciera ninguna tontería. No iba a permitir que se hiciera daño.

—Ni se te ocurra acercarte a mí con eso —Miz no tenía fuerzas para moverse pues estaba llena de marcas y moretones, así que intentó arrastrarse por la cama hasta el otro extremo, alejándose de él—. ¿Eso es lo que utilizas para someter a los hombres que llevas a tu cama?

El druida abrió las esposas y se cernió sobre la joven. Se echó a reír y negó con la cabeza.

—¿Me acabas de llamar gay?

—Mejor sodomizador —contestó fríamente—. Te gusta soplar nucas.

Un músculo palpitó en la viril mandíbula del vanirio. Era una inconsciente. No entendía que estaba en inferioridad de condiciones. Pero prefería verla peleona que asustada y sin ganas de luchar por su vida.

—Vas a formar parte de mi mundo —le juró él—. Pero muerta no me sirves de nada, por eso te voy a esposar a la cama. No quiero que hagas ninguna tontería, no voy a estar aquí para vigilarte.

No iba a arriesgarse. La científica tenía que aprender a obedecer. Él nunca le haría daño,

pero antes de volverla a tocar necesitaba hacerle comprender qué era lo que había entre ellos.

Era su cáraid, ambos eran pareja. Y no encontraba un modo mejor de demostrarle que esa vinculación no tenía nada que ver con las relaciones entre humanos. Ella todavía lo era, y lo que estaba a punto de experimentar rebasaba los límites de la ciencia a la que solía recurrir para explicar todo lo que no podía tener sentido. Era una mujer empírica, y no había nada mejor para hacer crédulo a un empírico que obligarlo a experimentar.

Las esposas hicieron clic alrededor de sus delgadas muñecas y las pasó alrededor de uno de los barrotes metálicos del cabezal de la cama. Ella lo miró con odio y él la repasó de arriba abajo. Miz nunca se había sentido tan vulnerable en su desnudez.

Cahal sonrió. Iba a convertir a la humana. Su cuerpo empezaría a cambiar, respondería a su cercanía y desearía cada centímetro que él pudiera ofrecerle. Puede que no reclamara su corazón, pero la necesidad de su cuerpo y de su sangre la iba a desquiciar.

II

En la actualidad

Piccadilly Circus

Menw abrazaba a Daanna con la suavidad y la reverencia de aquel que sabe que tiene lo más preciado de su vida entre sus manos. La vaniria apoyó la mejilla sobre su pecho mientras bailaban semidesnudos en el salón de su casa de Piccadilly. I shall believe de Sheryl Crow sonaba en su equipo musical.

Hacia pocos días que se habían comprometido en una fiesta que tuvo lugar en la casa de campo de As, el líder del clan berserker; justo el mismo día en que apareció Gabriel como líder de los einherjars y les explicó todo lo sucedido con el robo de los tótems de los dioses.

Gabriel, que una vez había sido un adorable humano, mortal y dócil, se había convertido en un importante guerrero para Odín y Freyja, y comandaba un equipo formado por valkyrias y einherjars de lo más curioso. Su misión en la Tierra era la de recuperar esos objetos y, por lo que sabían, ya habían logrado hacerse con el martillo Mjölfnir. Ahora solo necesitaban rescatar la espada de Frey, Seier, y Gungnir, la lanza de Odín, para que los jotuns y Newscientist no pudieran acelerar el Final de los Tiempos.

No obstante, los clanes de la BlackCountry intentarían echarles una mano, pero poco podían hacer, ya que ellos libraban sus propias batallas en sus territorios. En Birmingham, la situación con nosferatus y lobeznos se había descontrolado: cada vez eran más humanos los que se veían tentados por la inmortalidad y el vampirismo, y el número de siervos de sangre aumentaba. Sí, Menw había volado las sedes de Newscientists y habían logrado rescatar a muchos rehenes de los clanes en CapelleFerme, pero prepararles de nuevo para la guerra costaba mucho, y aunque había hecho estallar sus bases, no había desaparecido la organización, que trabajaría desde otros puntos a partir de ahora.

Los rehenes, guerreros inmortales de los dioses, estaban heridos y recelosos, y el ansia de venganza les movía; y, lamentablemente, la venganza cegaba al guerrero y no le dejaba observar con objetividad. Necesitaban recuperarlos plenamente para que contaran en su equipo, en vez de que restaran y expusieran a todos a peligros mayores.

Caleb y Noah habían viajado a la isla de Man para recoger en Lynague Caves a los rehenes que Newscientists había tenido en Chicago, y ahora estaban todos mezclados en el RAGNARÖK. Aileen, Ruth, Rise e incluso Daanna intentaban hablar con ellos y hacerles ver que estaban a salvo, que era la oportunidad de sanar y enfrentar la guerra desde otra perspectiva. Pero era una ardua tarea. Y Daanna no podía recriminarles nada. Ni ella, ni nadie.

Y, sin embargo, en aquel salón, Menw y Daanna disfrutaban el uno del otro al margen del conflicto y del caos. Ese era su pequeño universo, un lugar en el que se sinceraban y nada podía arrebatárles la magia.

La vaniria sacudió la cabeza y cerró los ojos mientras él pasaba las manos por sus

caderas y doblaba las rodillas para amasar los globos de sus nalgas, cubiertos por unas pícaras braguitas rojas. Él llevaba solo unos calzoncillos negros ajustados.

—Adoro tocarte, princesa —murmuró, pegando su boca a su garganta—. Adoro abrazarte sabiendo que llevas a mi hijo en tu vientre — pasó la palma de su mano caliente por su barriga todavía plana—. No tengo palabras para expresar lo que me hace sentir.

Sí. Daanna y Menw iban a ser papás de un niño muy especial al que iban a llamar Aodhan, que quería decir «nacido del fuego». Y no cabía duda de que había nacido del fuego de su pasión; de un amor tan tormentoso que había estado a punto de destruirles pero, a la vez, uno tan puro y auténtico que había sobrevivido a dos mil años de soledad, despecho y tristeza. Ambos habían luchado el uno por el otro y al final habían ganado.

Las cosas tomaban otro rumbo. Daanna y Menw conocían cuales eran sus respectivos papeles en aquel desaguizado de los dioses llamado Ragnarök, y su pequeño renacuajo, que nacía cobijado en la crisálida del cuerpo de aquella espléndida mujer, era una pieza importante en el posible desenlace del ocaso universal.

La Elegida se colgó de su cuello y le pasó los dedos por su pelo rubio. Ella amaba tantas cosas de él... Todo. ¿Cómo no iba a amarle después de lo que ambos habían sacrificado? Nunca lo había dejado de hacer, incluso cuando más le odiaba.

Tiró de su trenza bicolor y guió su rostro hasta sus labios.

—Me gusta que me las digas, mo priumsa.

Él fijó sus ojos azules claros en aquella boca roja, hecha para besar y complacer. Los labios de su cáraid eran fascinantes. Y sus ojos verdes eléctricos inspiraban al dios del pecado.

—Me dejas sin respiración.

Ella se alzó de puntillas y lo besó en la boca. Amaba hacer el amor con él. Se sentía eufórica cuando sus cuerpos se tocaban, cuando sus pieles hablaban su propio lenguaje y sus lenguas se unían con tanta ansiedad.

Ella pegó sus pechos a su torso y acarició sus brazos tatuados con esclavas sánscritas. Un tatuaje por cada siglo que había pasado sin ella, por cada aspecto que él se había tenido que trabajar para no decaer y entregarse a la oscuridad. Daanna siempre lloraba cuando pensaba en eso. En su Menw sufriendo tanto como ella lo había hecho.

—Aodhan está dormido —susurró Daanna, quedándose sin aire cuando él pasó sus dedos entre sus nalgas. Al ser vaniria, y al tratarse de un bebé tan especial como Aodhan, Daanna y Menw podían comunicarse con su hijo telepáticamente. Ahora, el pequeño descansaba, y la Elegida quería aprovechar ese momento para seducir a su pareja y borrar la mirada de preocupación de su rostro. Al estar tan conectados a niveles emocionales, Daanna sabía que Menw pensaba en su hermano Cahal. No había dejado de pensar en él desde que el druida se había ido con la científica de Newscientists. Y ya había pasado casi una semana desde eso.

—Bien —Menw sonrió y bajó sus braguitas con lentitud, sin dejar de observarla. Ella tenía ese efecto en él. Cuando la tocaba, su alma encontraba la paz que necesitaba. Su piel era un bálsamo para su ansiedad.

La cogió en brazos y se dirigió al sillón orejero que había en el salón, enfrente de las amplias cristaleras que daban a su terraza chill out y a unas inmejorables vistas de Piccadilly. La besó como si fuera su aire para respirar. Daanna gimió, lo abrazó con fuerza y pegó sus pechos desnudos a su pectoral.

No había nada mejor que hacer el amor con la persona que se amaba. Ella deslizó la

mano entre sus cuerpos y apoyó la palma en su paquete. Mirándolo fijamente, la deslizó dentro de sus calzoncillos y agarró su dura y suave erección.

Menw se mordió el labio inferior, y agradecido por recibir sus caricias, apoyó la espalda en el respaldo del sillón, acariciando los pechos, las costillas y las nalgas de la Elegida. Quería estar dentro de ella ya.

Daanna sonrió y sacó su miembro de la restricción de la tela elástica y, con más suavidad, hizo lo mismo con sus testículos.

Él gruñó. Su mujer era como una pantera de pelo negro y ojos increíblemente verdes. Era sigilosa y elegante, pero también muy fiera con los suyos. Y estaba tan enamorado de ella que a veces le entraban ganas de llorar.

Daanna se colocó en posición; abrió bien las piernas, anclando las rodillas en la superficie blanda del sillón, y dejó caer su cuerpo hasta empalarse en el de su guerrero. Abrió los ojos con sorpresa y expuso sus colmillos. Menw levantó su mano y coló un dedo en la boca de ella, a lo que la joven respondió mordiéndolo y luego sorbiéndolo con dulzura.

—Maldita sea, amor. Cada vez es mejor que la anterior.

Daanna no pudo responder. Lo sentía duro y profundo en su interior. Y ella estaba suave y húmeda para él. Dejó que Menw la arrollara con sus envites y su pasión desbordada. Su príncipe de las hadas la volvía loca.

Se mordieron y bebieron el uno del otro, alimentándose y entregándose sin reservas. Cuando ambos se corrieron a la vez, Daanna abrazó a Menw y lo besó en la cabeza. Él tenía el rostro hundido en su pecho, y a veces lo besaba y lo lamía con creciente abandono.

—Mo duine, Cahal es un guerrero responsable —musitó ella sobre su pelo—. Debes dejar que sea él quien decida acercarse a nosotros.

—Se siente avergonzado por todo lo que sufrió en manos de la hija adoptiva de Cerril. El destino le ha traído a su pareja bajo la forma de una serpiente —gruñó lamiendo una gota de sudor del canalillo de Daanna—. Pero soy su hermano, y él debe aprender a apoyarse en mí. Puedo ayudarle. No tiene por qué unirse a alguien como esa zorra. Las pastillas Aodhan ayudan a...

—No digas tonterías —lo cortó Daanna, pasándole los dedos por el pelo—. Si es ella y él ya la ha tomado, será imposible que la rechace. A mí tampoco me convence la científica. Ella lo torturó, pero también os ayudó en el bosque de Tunbridge Wells. Por eso espero que tu hermano sea inteligente y decida lo mejor para él. No puede estar sin su cáraid.

—Yo estuve dos mil años sin ti —replicó él.

—No habías bebido de mí, Menw —justificó ella con una sonrisa de sorpresa—. Las pastillas son supletorias, no sustitutivas. La ansiedad y el dolor siguen ahí, bajo el efecto de la química.

—No quiero que esté con ella.

—No nos cae demasiado bien, es verdad. Por si no lo recuerdas, me atreví a tocar una flecha de la Cazadora solo para removerla en su pierna. ¿Crees que fue agradable? —preguntó arqueando las cejas—. No lo fue. Ruth me echó una mano, pero ni siquiera así dejé de sentir sus estragos. Sientes un dolor insoportable, parece que te mueras... —Se echó a reír cuando él tomó su mano y besó su palma.

—Pobrecita...

—Pero estaba llena de rabia hacia ella y Laila, y odiaba que Cahal estuviera en manos de su gente... Yo quería darle una paliza. A las dos —especificó—. Tampoco quiero que se

anude a ella. Pero es su decisión. Y la chica tiene mucha información sobre Newscientists. Tiene que servirnos.

—La va a transformar. Ella estará entre nosotros y no me hace gracia.

—La obligará. Y ya veremos cómo va a reaccionar esa mujer.

—Espero que él le de una lección. No merece misericordia. Y espero que ella nunca se encuentre cara a cara con Beatha y Gwyn, porque ellos tienen muchas ganas de conocerla.

La envidia. La envidia era otro de los sentimientos, otra de esas emociones viscerales, que le corroían la sangre desde que había probado a la rubia. Sentir de nuevo, experimentar el despertar de su ser emocional se estaba convirtiendo en toda una tortura.

Sí. Tenía envidia. Envidia de su hermano Menw y del amor tan puro y auténtico que existía entre él y Daanna.

Ellos no sabían que había ido a visitarles, y que ahora estaba en su ático de Picaddilly, en el balcón, acechando cual tigre, vigilándoles como un auténtico voyeur. Al menos no había visto todo el espectáculo y toda la sesión apasionada de sus cuerpos entrelazados; y mejor para él, porque de haber vislumbrado un centímetro de la piel nívea de la Elegida, su querido hermano le hubiera rajado los huevos sin compasión.

No obstante, tras ese recelo, tras ese resentimiento por ver a una pareja tan bien avenida y con una aceptación total de su deseo y sexualidad, también había auténtica alegría. Su querido hermano, el curandero, por fin había limado las asperezas con Daanna McKenna, y ahora estaban juntos.

Caray, cómo habían cambiado las cosas en pocas semanas desde que le secuestraron. Necesitaba ponerse al día. Y, ante todo, necesitaba que alejaran la necesidad de regresar a su casa y convertir a esa rubia insoportablemente sexy en un maldito colador. Porque lo que le apetecía de verdad era comérsela y acabar con el maldito martirio que había obligado a ambos a experimentar.

La verdad era que, después de interminables días, necesitaba salir de su casa y hablar con alguien. La noche y su oscuridad le darían la calma que necesitaba.

El olor de aquella mujer, sus gritos de dolor y su llanto..., le estaban haciendo polvo. Él se había prometido no tocarla hasta que la chica cediera y entendiera que no actuaba ni en su cuerpo ni en su deseo. Eran pareja, y las auténticas parejas se deseaban con locura; y más después de intercambiar la sangre, hecho que él no tenía ninguna intención de revelar. Había perdido la cuenta de las veces que se había empalmado y masturbado pegado a la puerta de su habitación mientras la escuchaba gemir y sollozar por el ansia insatisfecha. Estaba siendo duro para ella y también para él, y el castigo iba a ser para los dos. Al menos, él podía calmarse con las manos, y no así ella, porque seguía esposada a la cama.

Cahal había evitado el contacto con su clan porque no quería que nadie influyera en ninguna de sus decisiones. No quería escuchar palabras benevolentes hacia su compañera, ni tampoco palabras de redención promiscua. Pero, por lo que acababa de escuchar entre Menw y Daanna, ellos estaban tan ofendidos como él por todo lo sucedido.

Bien. Las afrentas debían cobrarse. Y él se las estaba cobrando con intereses, y no quería oír ningún sermón de nadie. Además, necesitaba sanar sus heridas, las que esa mujer que seguía esposada en la cama le había hecho a niveles mentales y emocionales. Joder, lo había destrozado. Ella le había torturado sin piedad y se había reído de él, así que ¿cómo se suponía que debía actuar? ¿Debía perdonar sin más? ¡Los cojones! No lo haría. Miz era de él, y ella aprendería a no volver a tratarlo así.

Ahora, todos querían saber su paradero. La científica era una pieza clave para los clanes y estaba en su poder. Era suya. Suya para matarla o para darle la inmortalidad. Suya para castigarla o para perdonarla. Y nadie iba a interceder en ninguna de sus decisiones para con ella. Había llegado la hora de poner su vida en orden y de contactar de nuevo con todos. Y aprovechó el comentario de Menw sobre Gwyn y Beatha para entrar en escena y sorprender a la pareja de enamorados.

—Os aseguro que esa mujer no tiene ningunas ganas de encontrarse con ninguno de vosotros tampoco —dijo, entrando en el salón con una sonrisa de oreja a oreja, pero sin poder disimular sus ojeras ni las leves arrugas de sufrimiento de su rostro.

Menw cubrió a Daanna con los brazos. Esta gritó asombrada y Cahal se tapó los ojos con la mano.

—¡¡¿Cahal?!! ¡No mires! —Le advirtió ella.

—¡No he visto que estáis desnudos en el sillón! ¡Lo juro!

—¡Joder! —Menw se levantó con Daanna, sonrojada hasta la raíz del cabello—. ¡Date la vuelta, capullo! —Feliz por verte yo también, brathair —Cahal se dio la vuelta y les dio el tiempo y el espacio para que pudieran cubrirse. Daanna se cubrió con una bata de seda negra y Menw se colocó los pantalones. Sheryl Crow todavía seguía cantando, pero su guitarra tocaba los acordes finales.

—Estáis muy tiernos, ¿no? Prefiero el Sweet Harmony. Let's come together, right n... — Cahal detuvo su canción al sentir los brazos alrededor de él: un caluroso abrazo en grupo de su hermano y su cuñada.

Aquello era muy extraño. Podía sentirles a ellos también. Podía recibir sus emociones y entender toda la preocupación que él les había causado. La ratita de laboratorio no solo haría que él volviera a sentir; su sangre procuraba que pudiera contactar y conectar con todos de nuevo, no solo con ella. Saberlo lo llenó de temor y de angustia.

Al fin y al cabo, puede que se viviera mejor sin emociones. Daanna se apartó con una sonrisa tímida y Menw carraspeó, peinándose el pelo hacia atrás.

—¿Dónde demonios has estado? —El sanador lo miró de arriba a abajo. Llevaba una camiseta blanca por fuera de los tejanos, unas botas militares desbrochadas y una cazadora de cuero negra. Su pelo ya no era largo, era muy corto, casi al estilo militar. Parecía agotado.

El druida se encogió de hombros.

—En mi casa de Chrishall Common.

Chrishall Common estaba ubicado en Essex, cerca de Langley, al este de Londres. Era una zona ubicada unos cientos de metros sobre el nivel del mar. Era una zona verde no metropolitana, llena de bosques atestados de flores de lavanda y campiñas inglesas.

Cahal tenía una propiedad allí. Una secreta que nadie conocía y que él utilizaba como retiro espiritual. Una parte de la casa estaba construida sobre el bosque y las otras dos plantas estaban bajo él, aunque daban a espacios abiertos de diferentes niveles. Menw no había ido nunca ahí, y Cahal sabía que su hermano se sentía un poco desplazado por eso. Bueno, lo empezaba a saber ahora que sus sentidos y su empatía despertaban a la vida. Antes, nunca se hubiera imaginado que alguien pudiera molestarse por algo.

—¿En Essex? —preguntó Daanna mirando a Menw—. ¿Tú lo sabías?

—Nop —contestó el sanador.

Los vanirios tenían muchas propiedades, ya que eran seres inmortales que habían logrado adquirir mucha riqueza con el paso de los siglos. —Pensé que volverías a Dudley —comentó

Menw—. Contacté con tus centros de spa y meditación esperando que alguien me dijera algo.
—Menw, nadie me conoce. No saben quien es el dueño de la cadena.

Menw apretó los dientes.

—Busqué en muchas de tus casas, y no te encontraba. No te pusiste en contacto conmigo ni una sola vez.

—Pues estoy bien, hermano —Cahal quiso tranquilizarle—. Tenía que serenarme antes de verte. Antes de veros —rectificó, disculpándose con Daanna. Observó el modo en que la pareja entrelazaba sus dedos—. Y me alegra saber que vosotros por fin os entendéis. Habéis tardado un poco, ¿cierto? Así como... Dos mil años —bromeó él sin darle importancia.

Daanna puso los ojos en blanco.

—Ven, siéntate —le guió hasta el sofá chaiselongue—. Cuéntanos cómo estás. ¿Y tu bonito pelo? —Me lo rapé. Aunque le había dicho a la rubia que se lo había afeitado porque estaba harto de que ella se lo arrancara, la verdad era que lo había hecho en honor a sus «cabezas rapadas». Todos esos hombres y niños vanirios que habían sufrido esos aberrantes maltratos. Ahora, él era uno de ellos. —También estás guapo así —aseguró Daanna con sinceridad.

—Gracias.

Se quedaron en silencio unos instantes, hasta que la vaniria volvió a iniciar la conversación. —¿Está ella...? ¿La rubia ha...? —¿Te has cargado a la científica? —preguntó Menw de sopetón.

Daanna bizqueó y Menw puso cara de no entender—. Esesoloquequeremos saber, ¿no? Cahal apoyó los codos sobre las rodillas y clavó sus ojos azules claros en el parqué.

—Yo estoy bien —no les dijo que en realidad se sentía desbordado por todo lo que estaba experimentando en los últimos días—. Y ella sigue viva. Es mi pareja. No la puedo matar. No la voy a matar.

Daanna asintió y miró a Menw con cara de «tengo razón».

—Puedo darte las pastillas —sugirió el sanador.

Cahal sonrió y miró a su hermano con admiración.

—¿Lo has logrado, brathair? ¿Has logrado crear unas pastillas contra la sed vaniria?

—Sí. Son efectivas. Al menos te ayudarán a sobrellevar el mono de beber de ella o de...

Cahal sacudió la cabeza.

—No las quiero. —No le desagradaba beber de ella, quería volver a hacerlo. Su problema radicaba en la imposibilidad de separar a la científica, la sádica torturadora, de su cáraid, la mujer indefensa que tenía atada en el sótano y que era su pareja de vida. No sabía cómo debía reaccionar ante ella. Tan pronto tenía ganas de bajar al sótano para hacerle el amor y beber de ella, como tenía ganas de alargar su tortura y hacerla suplicar. Llevaba siglos sin experimentar la contradicción. Antes, le venía un pensamiento a la cabeza y él ejecutaba la orden sin juzgar si estaba bien o no. Ahora empezaba a recordar lo incómodo que era dudar—. Debo solucionar esto por mí mismo.

—Lo entendemos —dijo Menw—. Pero solo quiero que comprendas que tienes otras alternativas antes de anudarte a esa... Esa... —¿Serpiente? —apuntó Cahal frotándose el brazo izquierdo. El tatuaje que se había hecho hacía dos días ya había cicatrizado plenamente.

—Sí —aclaró Menw—. Tienes que pensar lo que vas a hacer con ella, Cahal. El Consejo Wicca quiere conocer lo que sabe esa chica y tendrás que presentarla ante ellos. Lo han reclamado. La petición es formal.

—Gwyn y Beatha están deseando ponerle las manos encima, ¿verdad? —preguntó

entretenido—. He oído que lo decíais.

—No los puedes culpar —Menw se cruzó de brazos—. De un modo directo o indirecto, ella ha estado relacionada con Newscientists. Y el clan de Wolverhampton también quiere conocerla.

—Mi chica es muy popular —CahalguiñoeljoaDaannayselevantó del sofá—. Sea como fuere, nada de lo que ellos le harían sería peor de lo que yo ya le estoy haciendo.

Daanna tragó saliva y dio un paso hacia él. Era una guerrera y soportaba el dolor; pero también era una mujer y, del mismo modo que había estado en contra de su hermano Caleb por lo que había hecho con Aileen al secuestrarla, también se veía en la obligación de advertir a Cahal sobre la necesidad de no ser cruel ni violento.

—¿Qué le estás haciendo?

—Nada en realidad. La noche en que me liberasteis intercambié mi sangre con ella. Luego le borré el recuerdo y ahora está sintiendo en su cuerpo el azote del anhelo de los vanirios por su pareja. Yo también —levantó la mano y abrió y cerró los dedos como si los tuviera entumecidos—. También lo estoy sobrellevando como puedo. Me duele la cabeza, tengo palpitaciones, los músculos me tiemblan y me hormiguea la piel —y otras cosas que no iba a mencionar.

—¿Desde entonces no le das de beber? —preguntó Menw muy serio—. Es una humana todavía. ¿Quieres volverla loca?

—Sí. Ella ha sido una ignorante todo este tiempo —se justificó el rubio rapado—. Se ha dejado llevar por los malos y se ha ido a su bando. No lo ha hecho con pleno conocimiento, pues ha sido engañada durante muchos años, pero creo que la ignorancia es uno de los mayores pecados del ser humano. Y también se debe de castigar.

—Sobre todo si has sido tú quien ha sufrido con ello —murmuró Daanna en desacuerdo—. ¿Desdehacevariosdíasesachicaestádesesperada por ti? ¿Eso no le provocará daños cerebrales?

Menw negó con la cabeza.

—No. Solo la desequilibrará un poco.

Daanna se angustió al imaginarse lo que sentiría una mujer humana ante la energía y la dependencia de los vanirios, y al no poder cubrir esa necesidad.

—Estaba bajo un hechizo de Strike, ¿eso lo sabes? —argumentó Daanna rompiendo una lanza a favor de la científica—. Y Lucius había anclado ideas y recuerdos en su cabeza. Strike había visto en sus adivinaciones que ella era especial para Newscientists. La manipularon. En la habitación del hambre, Menw utilizó los puntos sipalki con Laila, la otra compañera que trabajaba con tu científica... La chica lo largó todo.

—Lo que Strike había visto —explicó Menw— era que tú ibas a sucumbir a tu... cáraid. Lucius quería tu don, te quería a ti. Por eso la chica sirvió de señuelo. La colocaron en el Ministry of Sound la noche en la que María y As se comprometieron y nos tendieron una emboscada. Tú pusiste los ojos sobre ella, la seguiste y entonces te secuestraron.

—¿Cómo sabían que íbamos a estar ahí? —preguntó Cahal, pensativo. —Margött. La berserker que quería emparejarse con Adam estaba aliada con ellos.

Cahal recordó aquella noche. Le vino a la cabeza el momento en el que Ruth lloró abrazada a él. La Cazadora le caía muy bien; era una chica muy bonita y divertida, y él se prestó a coquetear con ella para darle celos a Adam.

—¿Ellos dos...?

—No —contestó Daanna—. Adam está muy enamorado de la Cazadora —sonrió risueña—. La zorra de Margött murió. Ella... —Se mordió el labio inferior—. Ella quiso secuestrar a Ruth y a los niños. Pudieron escapar gracias a la intervención de Gabriel pero... Margött lo mató.

—¿A Gabriel? ¿El humano? —Cahal abrió los ojos impresionado—. ¿Murió?

Menw y Daanna hicieron ambos un gesto de pena.

—Sí. La palmó —explicó el sanador.

—Joder... —Cahal se pasó las manos por el pelo rapado—. Qué putada —lo lamentaba por él. Era un humano de los que valía la pena.

—Estuvieron a punto de matar a Ruth —continuó Daanna—. Pero Adam y Noah llegaron a tiempo y la salvaron, a ella y a los niños. Ellos son importantes, Cahal.

—¿Los sobrinos de Adam? ¿Por qué?

—Adam es el Noaiti del clan berserker; y después de que todo el peligro pasó, recibió una profecía de Skuld, una de las nornas. Habla del futuro y del papel que nos toca jugar a nosotros.

—¿Cuál es esa profecía?

Menw se dirigió al chifonier del salón y abrió el primer cajón. Sacó una hoja de papel y se la dio. —Lee esto. Cahal los miró con curiosidad y se dispuso a leer lo que había escrito en el papel.

Soy Skuld, la voz de profecía, la voz que habla antes del día.

Dos almas iguales y puras están en el Midgard. Dos brújulas. Él descubrirá la fractura por donde se abrirán las puertas del Ragnarök. Los jotuns por ahí saldrán. Ella podrá ver dónde se encuentra el dios jotun.

Cuidadlos, son vuestra salvación. Cuidarlos es vuestra obligación.

Llegó el momento de que la velge despierte de su letargo, solo si deja atrás su dolor. En la batalla final, un alma nonata podrá escudar al Midgard, solo si se aceptan los dones y los errores.

El amor y el perdón abrirán los ojos a las almas heridas, y el humano conocedor de vuestro mundo se pondrá de vuestro lado. Solo si el magiker expulsa el veneno que hay en su corazón.

El dios dorado regresará y con él en la Tierra llegará la venganza, solo si los pecados de los padres son perdonados.

Morirán muchos. Vivirán los justos.

Recordad que la luz solo brilla en la oscuridad.

Llegó el momento de la redención y la rendición. Aunque nadie lo crea, solo los valientes se arrodillan.

—¿Qué coño es esto? —preguntó, frotándose la barbilla.

—Ya hemos descubierto algunas claves —anunció Daanna—. Las dos almas iguales y puras son dos niños. Ella y él, ¿verdad? —le hablaba como si fuera un niño pequeño—. Se trata de Nora y Liam. Liam ve puntitos brillantes en sus sueños. Viaja astralmente y observa la Tierra. La Tierra está llena de portales electromagnéticos que esperan a ser activados, están llenos de energía. Liam los puede ver. Por eso la profecía dice que él podrá ver el portal por donde se abrirán las puertas del Ragnarök. Y Nora ve a Loki en sueños. Ella lo localiza. Bueno, no estamos seguros de si lo ve a él o se trata de una proyección de él o de algo suyo. Pero

también ve a los practicantes de seidr, ¿entiendes?

—Sí. Continúa.

—Ella dibuja lo que ve en sueños. Tiene mucho talento. Gracias al don de Nora encontraron a Ruth en New Forest, antes de que Strike y Lillian hicieran un ritual de muerte con ella. Incluso los padres de Ruth, que pertenecían a una secta evangelista, eran partícipes activos de ese ritual. Pero al final, entre todos, la salvaron. Y, gracias a Nora, pudieron averiguar donde estabais vosotros: en CapelleFerne. Ella me dibujó a mí en un acantilado, mirando a un montón de cabezas rapadas que salían de detrás de las rocas. Y a mi espalda dibujó una sombra alargada: era Hummus. Nora detectó a Hummus, por eso pudo descubrirme en esa imagen. Y gracias a ello, mientras algunos se quedaron en Tunbridge Wells luchando contra los clones, Menw se dirigió a CapelleFerne. Y el resto ya lo sabes. Él me rescató, te rescató y... —Miró a su pareja con adoración.

—Precioso. Voy a llorar —gruñó Cahal—. Así que los gemelos son una piedra angular.

—A su manera, sí —asintió Menw.

—Y... ¿La velge? —preguntó el druida haciendo cábalas. Miró a Daanna—. Déjame adivinar.

—Es mi cáraid —contestó Menw orgulloso—. Ella es la Elegida de los dioses. Ella detecta a los miembros de los clanes que están desperdigados por el mundo, lejos de nuestro contacto. Gracias a su don hemos avanzado mucho y estamos conociendo a muchos guerreros nuevos. Se biloca.

—¿Te bilocas? —repitió Cahal patidifuso.

—Me biloco —confirmó ella, levantando una ceja vanidosa.

—Joder...

—Sí. Mi cáraid se biloca y se presenta a los guerreros. Suele hacerlo cuando está en un estado de relajación profundo. La primera vez que se bilocó viajó a Chicago. Allí conoció a Miya, un vanirio samurái, y por ello estamos en contacto con los clanes de vanirios y berserkers de Chicago y Milwaukee.

—Alucinante...

—Él me dio una katana. ¿Sabes? —añadió Daanna orgullosa—. Puedo llevarme cosas de los lugares a los que me biloco. Solo tengo que agarrarlo entre mis manos.

—Envidio mucho tu don —aseguró Cahal—. Me encantaría llevarme algunas cosas.

—La segunda vez viajó a Escocia —Menw pasó sus dedos por la larga melena azabache de Daanna—. Allí había un hombre llamado Ardan, un highlander.

—¿Vanirio también?

Menw y Daanna sonrieron.

—Es un einherjar —contestó Daanna arqueando las cejas.

—¿Un einherjar? —Cahal agrandó los ojos—. ¿Un einherjar de los de Odín? ¿Odín hizo descender a sus einherjars? ¿Ya?

—Sí, eso parece —afirmó la Elegida—. Ardan tiene a un grupo de vanirios, einherjars y berserkers a su cargo. Él me dijo algo que fue clave para todo lo que vino después. La tercera vez que me biloqué —recordó nerviosa—, fui en busca de los guerreros que me pedían ayuda, no sabía quiénes eran, pero me presenté ante ellos. Eran los niños de los clanes que estaban secuestrados en CapelleFerne. Contigo.

—¿Por eso estabas ahí? —inquirió Cahal—. Tú los sacaste de ahí. ¿Estaban...? ¿Estaban muy mal? —La ansiedad le corroía. A veces los sentía, igual que los sintió en su

confinio. Todos los días. Todavía oía sus gritos.

—No, no estaban demasiado bien, Cahal. Pero son niños fuertes, algunos de ellos adolescentes, y les estamos ayudando a recuperarse — explicó Menw intentando tranquilizar a su hermano.

Cahal hizo un movimiento conforme con la cabeza. Necesitarían mucha ayuda. Y él estaba dispuesto a echar una mano en lo que hiciera falta.

—¿Qué fue lo que te dijo el highlander, cuñadita? —apoyó la cadera en el respaldo del sofá de piel blanca—. Has mencionado que te dijo algo clave para lo que sucedió después.

—Él me dijo que había conocido al Engel.

—¿Y quién es ese?

—El líder de los einherjars de Odín. Le conocí en mi cuarta bilocación, durante la mascarada que organizamos en Wiltshire, en casa de As. Menw y yo nos comprometimos de nuevo.

—¿De nuevo? Venga ya, lleváis dos mil años comprometidos.

—Bueno, pues hicimos una reafirmación de nuestro compromiso. ¿Conforme? —Daanna tenía una mirada bromista en sus ojos verdes—. Estaba bailando con él en el jardín, y me relajé tanto en sus brazos que me biloqué. Viajé de nuevo hasta Chicago y de repente llegué a una habitación de hotel en el que se hallaba Gabriel.

Cahal tuvo un espasmo ocular. Levantó el dedo índice.

—Perdón. Gabriel estaba muerto, ¿no?

—Sí, cuñadito —Daanna se lo estaba pasando en grande revelando toda la información a su adorado cuñado—. Pero en su entierro, descendió una valkyria de los cielos, lo cogió en brazos mientras la pira ardía y se lo llevó al Valhall.

—Y me he perdido todo eso... —silbó con tristeza—. Y esa valkyria se lo llevó al Valhall y... ¿Allí qué? ¿Sacó un número y le tocó ser el líder de los einherjars?

—No. Gabriel había sacrificado su vida por salvar a Ruth y a los sobrinos de Adam. Él había luchado valientemente y se había puesto de nuestra parte. Odín necesitaba a un líder así, alguien que, desinteresadamente, entregara su vida a cambio del plan. Un sacrificio en nombre de la humanidad. Y por esa razón el dios Aesir lo reclutó como líder de su ejército.

—Entonces, el principito es un inmortal —el druida ataba cabos—. ¿Y qué hacía Gabriel en el Midgard?

—Ahora viene lo fuerte —señaló Menw con la mirada velada por la preocupación—. Alguien abrió un portal en la Tierra y ascendió al Valhall. El intruso se hizo pasar por Freyja y robó los tótems más preciados de los dioses: el martillo de Thor, la espada de Frey y la lanza de Odín. Este hizo descender a una representación de sus guerreros, liderados por Gabriel, con el objetivo exclusivo de recuperar los objetos para que no adelantaran el Ragnarök. Con el Engel viajan tres valkyrias, una de ellas es su pareja. Se llama Gúnnr y es hija de Thor.

—Vaya con el ricitos... No ha perdido el tiempo —añadió asombrado.

—Ya han recuperado a Mjólnir y, por lo que sabemos, están en Escocia tras los pasos de Seier y de Gungnir —Menw intentó no sonreír ante el comentario de Cahal. Bien sabía que a Daanna no le gustaba que nadie se metiera con Gabriel—. Hace un par días, Caleb y Noah fueron al encuentro de los rehenes de los clanes que rescataron de Chicago. Estaban en Lynague Caves, en Irlanda. Son guerreros que no habíamos visto nunca, Cahal. Los trajeron aquí para que nosotros cuidásemos de ellos y les ayudásemos a sanar mientras Gabriel y los demás se centran en la búsqueda de los tótems.

—Esperamos noticias de ellos en breve.

—¿No os habéis aburrido en todo este tiempo, eh? —dijo Cahal, impresionado por todas las noticias que había escuchado—. Llevo algo más de un mes desconectado de todo y me encuentro con todo este percal. Valkyrias, einherjars, ricitos de oro resucitados...

—El tiempo se acelera —le explicó Daanna—, y Loki y sus jotuns hacen lo posible por desestabilizarnos. Lo que está claro es que tienes en tus manos a una mujer que era importante para Lucius y que sabe algo que nosotros desconocemos. Está en tu poder averiguar qué es; y cuanto antes sepamos lo que ha descubierto, mucho antes podremos adelantarnos a los pasos de Newscientists y Loki. Haz que la chica hable. Y considera que a ella la tuvieron engañada. No hizo lo que hizo por placer.

No iban a convencerle respecto a Miz. Ellos no habían estado en sus manos mientras lo abría y lo rajaba como a un bistec. No habían sentido lo que él al ver que su cáraid lo torturaba y lo maltrataba de ese modo. Sí. Ella era importante y la necesitaban y él ardía en deseos de saber qué era eso tan valioso que ella ocultaba. Pero lo lograría según sus métodos. Nadie iba a interceder en sus decisiones.

—No me importa —contestó cortante—. Guárdate la misericordia. Recuerdo su sonrisa mientras me torturaba. No vio que yo era diferente. —Le habían enseñado a no verlo —la excusó Daanna, intentando suavizar el rencor de Cahal por la científica. —Era mi pareja. ¡Tenía que sentirme! —Se golpeó el pecho, y se quedó asombrado de su reacción visceral.

Daanna lo miró comprensiva.

—Lo sé, Cahal. Por eso te entiendo a ti también. Lo único que te pido es que no le hagas un daño que luego te cueste reparar —le rogó la joven—. Si sois pareja...

—Lo somos.

—..., tendréis que vivir juntos y entenderos.

—Yo soy un angelito —asintió él medio en broma, recuperándose de su anterior respuesta—. Conmigo no tendrá problema —dejó caer sus furiosos ojos azules sobre Menw, advirtiéndole que no hiciera ningún comentario más respecto al trato que debía dispensarle su mujer.

—Yo estoy contigo, brathair. A mí no me mires así —levantó las manos en señal de indefensión—. ¿Has averiguado algo sobre lo que ella sabe? —preguntó Menw, estudiando el comportamiento de su querido hermano recién recuperado.

—Esa mujer es una especie de Albert Einstein sexy y con piernas interminables —se guardó la hoja de la profecía en el bolsillo trasero del tejano—. Es superdotada. Dice que ha dado con una fórmula muy importante, pero que ella misma la salvaguardó de todo y de todos.

—¿Por qué hizo eso? ¿Empezaba a dudar de para quiénes trabajaba? —preguntó Daanna interesada.

—No. Es muy celosa de sus descubrimientos y de su trabajo. Lo hizo por no poner en peligro su propio hallazgo. Ella misma se prohibió ver la fórmula final... Pero tiene que estar relacionada con la apertura de puertas dimensionales.

—Sí, eso mismo nos comentaron durante su interrogatorio en la cueva del hambre —Daanna sintió un ligero pinchazo de culpabilidad.

—Esta noche voy a hacer el segundo intercambio —reveló el druida abrochándose la cazadora de piel—. Ella no sabe lo que le va a pasar. La voy a convertir, y va a ser mía. Avisa a todos los miembros del Consejo Wicca, Elegida. Mañana quiero que me informen sobre todo lo que ha pasado, necesito ponerme al día. La chica me acompañará.

—Eres responsable de ella, hermano. Beatha y Gwyn estarán ahí —avisó Menw—. Daimhin y Carrick fueron torturados por ellos, así como los demás guerreros, niños, hombres y mujeres que había bajo los túneles de CapelleFerne. Espera un recibimiento muy hostil, Cahal. Tendrás que posicionarte.

Daanna asintió y rodeó la cintura de Menw con un brazo.

—Todo el clan está enfadado con Newscientists, y esa mujer es el objetivo de toda la ira —susurró Daanna—. Si al final decides quedártela, tendrás que dejarles claro quién es ella para ti.

—Lo haré. No tengo más remedio —aseguró Cahal dirigiéndose al balcón. Su sangre lo reclamaba y, además, se había sentido un tanto angustiado sobre el comentario de Daanna sobre los daños cerebrales que podía sufrir su «esposada» cáraid. Ella era una mente brillante con brazos y piernas. No se podía echar a perder tanta inteligencia—. Un momento —se giró para mirarlos por encima del hombro—. La profecía menciona a una alma nonata, a un humano sabedor de nuestro mundo, a un magiker ya un dios dorado. ¿Sabemos de quiénes se trata?

La pareja negó a la vez con la cabeza.

—Solo sabemos quien es el alma nonata —Daanna cruzó sus manos y las colocó sobre su vientre. Levantó una perfecta ceja negra para ver si Cahal entendía su gesto.

—¿Cómo lo sabéis si es un alma que no ha nacido todavía? —Cahal frunció el ceño.

Menw sonrió. Daanna miró a Menw y se mordió el labio inferior con emoción.

—El alma nonata es un ser especial —Menw alzó la barbilla con los ojos brillantes y con un orgullo difícil de disimular—. Un ser que ha esperado dos mil años para que sus padres se redimieran y se rindieran al amor y al perdón. Es una alma única que, incluso Freyja, ha querido reclamar. Se llama Aodhan —puso su mano enorme sobre el vientre plano de su mujer—, y es nuestro hijo. Tu sobrino.

Cahal tragó saliva y no pestañeó. Sus ojos iban de la barriga de Daanna, a la mano de Menw, y de ahí a la cara de ambos alternativamente.

—¿Voy a ser tío?

—Sí —dijo Daanna sonriente y limpiándose una pequeña lágrima rebelde de las pestañas—. Y vas a ser el mejor. El druida se aclaró la garganta. Su hermano se acercó a él y le puso una mano cariñosa y también segura sobre su nuca.

—Escúchame. Eres mi hermano. Y te he echado mucho de menos. Me alegra saber que estás bien, pero quiero recuperarte del todo, Cahal. Aodhan necesita a su tío a su lado. Lo necesita para que le enseñe los secretos de la magia y del espíritu de la naturaleza, algo que solo unos pocos elegidos conocen; y lo necesita también para que lo proteja. Nos protegemos entre nosotros, la familia se protege. Cuida de nosotros, y nosotros cuidaremos de ti —el rubio rapado asintió a modo de promesa—. Tú eres de mi sangre, eres mío. Y te quiero, tío —lo abrazó con fuerza, pero Cahal se quedó de piedra, todo tieso, sin saber cómo responder. Menw lo entendía. Debía de estar bloqueado por muchas razones—. Sánate. Utiliza la sangre de tu cáraid para que te sane y te cure el alma. Y vuelve con nosotros al cien por cien —lo miró fijamente, juntó su frente a la de él, y le dio una cachetada cariñosa en la mejilla—. Eres el puto druida. No hay nadie más poderoso en nuestro clan. Solo tú. Y te aseguro que hemos echado mucho de menos tus dones. ¿Los vas a recuperar?

Cahal parpadeó. Sentía los ojos húmedos y una congoja extraña en el pecho. ¿Menw sabía que con el tiempo los había ido perdiendo?

—Estoy en ello —contestó con voz ronca. Se sacó de encima al sanador, como si la

situación le incomodara, y volvió a subirse a la barandilla de la terraza. No miró ni una sola vez hacia atrás.

—Bien. Así me gusta. Suerte, brathair. —Menw alzó una mano en señal de despedida y observó cómo su hermano saltaba al vacío y alzaba el vuelo en la oscura noche.

—Está perdido —aseguró Daanna con tristeza—. No lo quiere admitir, pero está perdido. —Lo sé —Menw la abrazó con fuerza y se quedó mirando el pequeño punto que era ahora el cuerpo de su hermano entre las nubes.

Cahal era un druida lleno de poder. Era un hombre lleno de magia. Y hacía siglos que Menw no veía ese brillo lleno de interés por lo que le rodeaba en sus ojos. El descubrimiento de su pareja lo estaba trastornando, pero también lo resucitaba; porque si había algo que Menw sabía sobre su hermano era que, aunque intentaba fingir lo contrario, durante dos mil interminables años Cahal había estado tan muerto en vida como él.

La irrupción de su torturadora cambiaba las cosas, y ni Menw ni Daanna sabían si aquello era para bien o para mal. Solo el destino lo diría.

III

Locura.

Desesperación.

Eran dos términos que bien podían definir lo que la científica estaba experimentando desde que «el rubio afeitado hijo de la gran puta% la había dejado esposada a la cama y se había ido.

Ella, que siempre había sido una mujer racional y poco dada a dejarse llevar por las situaciones extremas; ella, que siempre había creído tener un control meticuloso de su propia vida y, sobre todo, de sus emociones; ahora, ella, esa misma persona que había creído que era, estaba sintiendo un anhelo fuera de lo común. Una necesidad febril y dolorosa por el incongruente contacto de su propio carcelero.

¿Cómo podía ser? ¿Cuántas horas llevaba ahí? ¿Cuántos días?

Había perdido la cuenta de las veces que se había despertado llorando, con el cuerpo en llamas, la piel dolorida y roja a causa del bombeo desesperado de su corazón, de su propia sangre, que rugía por que algo la apaciguara. Se sentía como una manada de caballos trotando a la desesperada y sin ningún control; sin nadie que la guiara, sin un líder que la domara.

Cuando empezó ese calvario físico, luchó por analizar físicamente lo que le estaba pasando a su cuerpo. Ella no había bebido sangre de él; de eso estaba convencida, o de lo contrario se acordaría, ¿no? Además, sería algo de lo que él disfrutaría muchísimo, echándoselo en cara y torturándola, así que era imposible que no recordara ese momento. Sin embargo, los sensores de su lengua, las papilas gustativas, habían detectado un sabor metálico, un retrogusto persistente que todavía podía paladear. Podía ser su misma sangre, porque la tensión a la que estaba sometida provocaba que apretara los dientes y la mandíbula, y puede que, debido a eso, le sangraran un poco las encías después de tanto estrés. ¿Podía ser eso?

El tipo había bajado unas cuantas veces para que ella pudiera hacer sus necesidades (pocas) y para instigarla. Le había traído comida, pero ella lo había enviado directamente a la mierda. ¡No tenía hambre! Quería otra cosa, algo que calmara el fuego en su interior. Solo había bebido agua, porque tenía sed, pero tampoco la había saciado mucho. Mientras ella había dado unos sorbos, le había mirado fijamente a los ojos y él en ningún momento apartó la mirada. Al contrario; Cahal, tan alto, fuerte y orgulloso, había sonreído y le había dicho algo en gaélico:

—Beil aid a' taitinn riut, mo dolag? ¿Lo estás disfrutando, mi muñequita? —susurró. Acarició su mejilla y le retiró un mechón de pelo rubio de la cara.

Miz, incomprensiblemente, se encontró moviendo la cabeza para buscar más caricias de aquella mano. Lo mejor de ese estado y de ese extraño frenesí era la pérdida total de la vergüenza y de la coherencia. Te subyugabas y punto. Pero seguía sin entender a qué se estaba sometiendo. ¿Cuál era la necesidad primordial de su cuerpo, convulso e implorante?

—¿Si estoy disfrutando el suplicio? ¿Tú qué crees, tarado con colmillos? Y no me hables en gaélico, duine diablhlaidh. Hombre del diablo. Ya te dije que no me gusta —No le gustaba porque había creído que era la lengua original de los antiguos vampiros. Ahora se preguntaba: ¿cómo había creído aquella estupidez a pies juntillas?

—Claro... —murmuró él—. Pero lo hablarás. Hablarás mi lengua conmigo cuando esté tan a dentro de ti que me sientas hasta en el estómago.

Ella gimió. Eso no iba a pasar. Para su vergüenza, sus pezones se erizaron y se endurecieron. ¿Por qué la tenía que dejar desnuda y desvalida? ¿Así sentiría que tendría más poder? Y, ¿por qué no se quitaba él la maldita ropa?

—¿Qué me has hecho? Acaba con esto, por favor... —Atinó a preguntar mientras alzaba las caderas y sollozaba debido a la tristeza y a la insatisfacción. Si no tuviera las esposas, se tiraría del pelo y se rasgaría la piel.

No obstante, después de aquella pregunta él se había ido otra vez, dejándola sola y aislada. Según su percepción, la de ella, pasaron dos días más hasta que regresó gloriosamente desnudo, como un dios griego y desvergonzado. Maldita sea. La luz en la habitación circular seguía siendo demasiado oscura y no podía verle bien, pero lo olió. Olió algo por primera vez.

Algo que antes no estaba ahí o bien ella no había podido detectar. Se trataba de un olor a canela. La canela era afrodisíaca al máximo. Eso le hizo pensar que, a lo mejor, él le había dado una sustancia de ese tipo sin que se diera cuenta y, por ese motivo, se sentía palpitante y húmeda. Una sustancia de canela destinada a enardecerla y a hacerla desesperar. Estaba hinchada, excitada y necesitaba que alguien llenara su vacío interior. Puede que le hubiera echado algo en el agua. Después de esa conclusión, tomó la decisión de no beber nada más que él le trajera.

Cahal, el desnudo, la había devorado con los ojos azules y brillantes. Tenía ojos mágicos, con motitas interiores que brillaban como estrellas. Ella podía contemplarlos horas y horas sin cansarse. Pero lo más demoledor no había sido la mirada. Lo realmente impactante llegó cuando él se agarró lo que tenía entre las piernas y se masturbó a dos manos delante de ella. Y ella no había encontrado las fuerzas para retirar la mirada. Las sombras ocultaban su erección y no podía observarla como ella quería hacerlo.

—Necesito estar dentro de ti —había gruñido él—. Me estoy matando a pajas por tu maldita culpa. Estoy sufriendo tanto como tú — realmente se veía torturado, y sus palabras sonaban atormentadas y veraces—. Pero necesitas experimentar esto, bruja. Te has merecido cada minuto de este castigo.

La científica no iba a dudar de que él sufría. ¿Por qué sufría? Y peor aún, ¿por qué sabía que él sufría? Pues, exactamente, desconocía la razón. Sin embargo, ella sufría más. Eso seguro. Cerró los ojos, apretó los dientes y dejó que el olor a canela se le metiera bajo la piel. Por Dios, si hasta parecía que la estaba tocando con las manos. Y sabía que no era así: estaba inmovilizada en la cama, le dolían los hombros, los brazos y las muñecas. Su cuerpo era una olla a presión. Necesitaba explotar, recibir un alivio o algo que la hiciera descansar durante unos segundos. Algo para reponerse y darle una nueva tregua para aguantar aquella tortura a la que estaba sometida. Era tan cruel.

¿Se merecía eso? Seguro que sí. Allí, en CapelleFerne, había niños de otras razas. Niños... Indefensos; y ella, gracias a su ignorancia, había formado parte indirectamente de su maltrato.

—Joder... —gimió Cahal moviendo las manos más rápidamente—.

No puedo más...

Salió de la habitación a trompicones, y aquella fue la última vez que lo había visto. Ella se echó a llorar en el momento en el que él volvió a desaparecer. No quería que la dejara sola ahí otra vez. Bueno, sola y con todas esas

sensaciones que estaban barriendo su mente y su razón. Se iba a volver loca. La oscuridad, la inmovilidad y aquel vacío emocional que sentía la afectaban de maneras que nunca había imaginado.

Cuando Ruth le había clavado aquella flecha en la pierna, se había sentido terriblemente mal, como si se encontrara frente a un espejo que mostraba todas las carencias de su alma. Pero ahora... No, amigo. Ahora era un sentimiento de pérdida absoluto que rallaba la depresión. La sensación era la de haber tenido algo que te completaba o te complementaba a la perfección y, de repente, sentir esa valiosa pérdida. Como si le faltara una parte de su cuerpo. Y se negaba a creer que aquella merma estuviera relacionada con el vanirio.

No lo conocía de nada. No era tierno ni amable. No era suave. Era amenazador, salido del mismísimo fuego de los infiernos y, otro detalle insignificante: era un hombre. Por tanto, era imposible que ella sintiera nada por él y, fuera lo que fuese, había sido provocado. El rubio se había metido en su cabeza y estaba manipulando sus hemisferios y sus sinapsis para crear una sensación de dependencia en ella.

No había otra explicación posible.

Había hecho algo con ella y la quería convertir en una yonqui. Primero le hacía experimentar el dolor y el sufrimiento y luego, probablemente, le daría algo que lo hiciera desaparecer y que la elevara a una especie de limbo extasiado. Ahí se crearía la dependencia y ella nunca se podría desenganchar de él.

Dependería de él durante toda su vida y le sucedería lo mismo que pasaba entre los vampiros. En Tunbridge Wells, el hermano de Cahal, un hombre muy apuesto y muy inteligente, le había asegurado que Lucius no la había transformado porque era útil para él. El vampiro se convertía en un animal con una única pulsión: beber sangre. Sus cerebros mutaban y se producían cambios importantes y fisiológicos en ellos, hasta perdían la capacidad de razonar, los dones y la inteligencia por el camino. Y ella, sin su cerebro, no era nadie. Por eso Lucius no la había matado ni transformado. La necesitaban para sus investigaciones.

Pero en ese preciso momento, estaba en manos de un hombre que la podía convertir en cualquier momento en uno de esos seres criminales sin vida. A lo mejor no era un vampiro, de acuerdo. Pero se asemejaba indudablemente a uno de ellos. Lucius era igualmente muy inteligente. Y eso quería decir que, entre aquella especie, podía haber maestros originarios, y luego esbirros (humanos donantes y proyectos de vampiros), que eran convertidos y que se transformaban en meras marionetas. Los listos y brillantes, y los no listos.

No quería ser una descerebrada. No lo podía permitir. Sus conocimientos debían quedar a buen recaudo porque había trabajado mucho para ello. Y ese hombre rubio que la tenía secuestrada no se lo iba a borrar todo de un mordisco. Ni hablar.

Lucius no había podido con ella. Cahal tampoco podría.

Lo odiaría de por vida. Por hacerla sentir impotente y débil. Por exponer su vulnerabilidad y reírse de ella. Por hacer que lo deseara como una posesa. Y por querer arrebatarle lo que ella más valoraba: su cabeza.

Sin embargo, la puerta se abrió. La rubia clavó sus ojos verdosos y dorados en las

escaleras. Unas anchas piernas enfundadas en unos tejanos, con los bajos metidos dentro de unas botas militares Armani desabrochadas, bajaron los escalones lentamente. Cuando él quedó recortado por la luz de la entrada, oscuro, grande e intimidante como nunca, con su perfecta cabeza rapada, mirándola con aquellos ojos mágicos y llenos de hechizos, la mujer dejó de cavilar. Y todas esas convicciones de odio eterno se debilitaron cuando su cuerpo y su corazón se dispararon al verlo de nuevo. ¿Qué había dicho sobre luchar contra él?

La puerta se cerró sola mediante una clara orden mental del vanirio. Él acabó de bajar las escaleras, se acercó a ella y se colocó a los pies de la cama. Las botas resonaban amenazantes sobre el parqué, como el ritmo y el sonido de la muerte.

La joven sollozó y culebreó luchando por liberarse de las esposas. Necesitaba huir; no podía enfrentar ese deseo tan humillante. Pero él estaba ahí. ¡Estaba ahí y era incapaz de dejar de mirarlo!

El rubio rapado se quitó la cazadora negra y la dejó caer al suelo. Estaba decidido a hacerle algo. Lo decían sus músculos, su cuerpo en tensión y aquel destello diabólico de sus colmillos superiores.

La científica negó con la cabeza y sus pupilas se dilataron por el frenesí que experimentaba, y también por el miedo a perder el control. Estaba perdida.

Aquel hombre era el demonio.

Ella era su presa.

Y esa habitación se había convertido en el mismísimo infierno.

Cahal se quitó la camiseta blanca. Su cuerpo no dejaba de temblar. Había decidido que el castigo de la joven finalizaría en ese momento. Al menos, la primera parte.

El esbelto cuerpo de la mujer estaba cubierto por una fina capa de sudor que hacía que brillara y marcara todas sus deliciosas formas. Su cuerpo, lejos de ser explosivo, era sensual, delicado y esbelto, suave y con sutiles curvas donde debía haberlas. Sus pechos eran adorables y él solo pensaba en comérselos y darle mordiscos. El pelo rubio, aunque estaba algo enmarañado, brillaba como el sol, incluso con el poco reflejo lunar que entraba por los ventanales que daban al bosque nocturno interior de Crishall Common. Tenía los ojos hinchados de llorar, las pestañas largas húmedas y la mirada verde llena de pura lascivia. Un contraste que estaba a punto de hacer que se corriera como un niño inexperto.

Su superdotada y maligna cáraid.

Dioses, cómo lo miraba. Seguramente, la científica no era nada consciente de la expresión de sus ojos, pero eran la nueva imagen del porno. Su mente, en cambio, sería un hervidero de contradicciones, pero Cahal ya contaba con eso.

Su inesperada cáraid era racional e inteligente, además de bella, y había estado buscando todas las explicaciones posibles a lo que le estaba sucediendo. Él, que estaba en su cabeza, se había descubierto sonriendo ante algunas de sus ocurrencias, admirando otras y frunciendo el ceño a las que lo ponían a la altura del betún. Porque él no era ni hijo del demonio, ni hijo de una puta, ni un híbrido entre enano y gilipollas y, ni mucho menos, un descerebrado macho cabrío comepollas a punto de desgarrarla.

Él era su duine. Su hombre. Pero estaba enfadado y disgustado; y con una mujer tan poderosa intelectualmente, lo mejor era hacer las cosas rápido y sin darle opción a presentar batalla ni resistencia.

Ella entendería su relación. Lo desearía y, con el tiempo, lo amaría. Pero Cahal necesitaba reivindicarse, y necesitaba convertirla en vaniria. Primero, para darle una lección. Y,

segundo, para no dejarla marchar jamás. Ya tenía el plan estudiado.

Se necesitaban el uno al otro, y él era un tipo fácil al trato. Seguro que se llevarían bien. Todas las mujeres lo deseaban, y ella no sería la excepción, porque tenía encanto. Encanto vanirio a raudales.

Con esa idea, se desabrochó los tejanos y los deslizó por sus caderas. Podía oler su miedo y también lo caliente que ella estaba.

Ella tragó saliva y apretó las piernas, pero los pezones se le erizaron.

—¿Vas a violarme ahora? —preguntó, intentando ocultar su vulnerabilidad. Cahal negó con la cabeza mientras se sacaba los pantalones con dos patadas.

—¿Vas a matarme?

—No. Ya hemos hablado de eso. Te necesito viva.

Como Lucius, pensó. Tragó saliva.

—Y... ¿Por qué te estás quitando la ropa?

—Vamos a ducharnos.

Ella fue quien negó con la cabeza esta vez. ¿Ese hombre quería desquiciarla? ¿A ducharse? ¿Iban a ducharse? —Explícamelo —ordenó ella de repente, gimiendo y mordiendo el labio inferior. Cahal detuvo los dedos que hurtaban dentro de sus calzoncillos. Ladeó la cabeza y sonrió malignamente.

—¿Que te explique el qué?

—Explícame lo que me has hecho. ¿Qué me provoca este dolor? —Sacudió las manos y tiró de las esposas—. Explica... Explícamelo para que lo entienda. —Somos tú y yo. Es la energía vaniria. Tú no lo comprenderías nunca, cuatro ojos.

—Claro que no, friqui de la genética. Soy científica. No creo en las energías místicas —replicó cogiendo aire—. Háblame de las moléculas y de los cambios químicos en los átomos de mi cuerpo. No me hables de nada más porque no te creo. La magia no es más que ciencia.

—La ciencia no es más que magia —repuso él—. No puedes pensar así. Te han dicho que Strike te manipuló mediante un hechizo; que Lucius te ha controlado mentalmente; has visto a una chica agarrar flechas iridiscentes que te han devastado el alma; y has creído a pies juntillas en seres que vienen de otras dimensiones, aunque te has puesto de parte de los malos —especificó para sacarle los colores—. No eres tonta, así que, ¿qué otras pruebas necesitas para creer, sabionda? No hay ninguna sustancia. No te he hecho nada —cosa que no era del todo cierta—. Somos tú y yo y lo que hay entre nosotros. Llevas varios días deseándome. Pensando en mí. Ahora mismo debes sentir alivio por verme. Y mejor te sentirás cuando te toque. «Y cuando beba de ti».

—No me vas a tocar otra vez.

—Sabes que me deseas. Sabes lo que te pide el cuerpo.

—Hay... —Miz hizo un esfuerzo por coger aire. Hacía tantísimo calor...—. Hay una droga para excitar a las mujeres. ¿Me has dado eso? Yo no te deseo. No naturalmente. Cahal alzó una ceja rubia y viril y miró directamente al amasijo de rizos de oro pálido que había entre las interminables piernas de la chica. —Estás tan húmeda que veo tu deseo desde aquí —gruñó—. No me mientas.

Ella se tensó e intentó incorporarse para chillarle. Se sentía incomprensiblemente herida por su abandono y, a la vez, indignada por el trato al que la estaba sometiendo.

—¿Que no te mienta? Pero tú... ¡¿Quién te has creído que eres?! ¡¿Por qué me has

dejado tantos días así?! ¡Me estaba volviendo loca! —gritó de repente, con las lágrimas rodándole por las mejillas—. ¡Eres peor, mucho peor, que Lucius! Él fue gentil. ¡Él no dejó que sufriera en ningún momento de los veintiún años que he estado con él! ¡Tú sí!

Cahal saltó sobre la cama y se estiró sobre ella, enseñándole los colmillos, visiblemente enfurecido por el nombramiento de Lucius.

Apunte mental: ella tenía veintiséis años humanos. Era una cachorra.

—Tú y yo tenemos muchas cosas que decirnos, y otras muchas que no comprendemos el uno del otro. Pero nunca más vuelvas a nombrar a Lucius, ¿me has oído?! ¡Jamás! Yo soy un vanirio y él es un puto vampiro. ¡Él te engañó! ¡Te utilizó! ¡Es mi peor enemigo, joder!

—¡No le estoy defendiendo, capullo! —Miz inhaló el aroma a canela y deseó rodear las caderas de Cahal con sus piernas. No quiso analizar ese pensamiento—. A ver si sabemos diferenciar entre comparación y afirmación. Lo que estoy diciendo es que sois iguales; ni mejores ni peores. Ambos mentirosos.

—Cállate. Estás tan equivocada...

—¿Crees que esta sensación de desespero absoluto es normal? ¿Piensas que voy a creerme que lo que me pasa me lo produces tú?! ¿Tú y no sé qué magia que dices que hay entre parejas?! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me interesas?

—Sí te intereso. Admítelo, científica. No pasa nada porque una de tus convicciones se eche por tierra. Es un golpe para tu ego de listilla, pero no es nada que no puedas superar.

—A mí no... —luchó por no escupirle—. No me gustan los hombres.

—Claro que no te gustan, porque solo te gusto yo. —A esa mujer le gustaban los hombres. Pero el trauma que sufrió desde niña le pasó factura. Sonrió y alzó las manos hasta tocar las esposas con los dedos. Luego resiguió con el dedo índice la muñeca malherida y comprobó, orgulloso que su sangre la había ayudado a cicatrizar perfectamente, más rápido y mejor de lo que creía. Solo había una leve ondulación rosada en su nivea piel.

Ella gimió y apartó la cara por no ver aquel rostro de estructura ósea perfecta. Claro que lo deseaba. No era tan tonta como para pensar que aquello no era deseo físico, entre otras cosas. Lo que no entendía era cómo fulgurantemente había despertado en ella algo que, durante tanto tiempo, se había negado a sí misma. Se había obligado a no sentir nada hacia el sexo opuesto. Había convivido con mujeres; sus amigas eran chicas y su poca experiencia carnal había sido con cuerpos femeninos. Exactamente, solo con Laila y de modo experimental. Ella y los hombres tenían problemas, porque siempre que miraba a uno con algo de interés, le venían a la mente los cuerpos maltratados de su madre y su hermana; y enseguida le entraba el sudor frío y se cerraba a cualquier tipo de acercamiento. Con las chicas no pasaba nada de eso. No había ningún trauma recurrente que la bloqueara.

Pero con él, con ese vanirio, no era así. Le daba miedo, de acuerdo. Era enorme y tenía el poder de aplastarla como a una colilla; pero había algo entre ellos, algo tan extraño como incomprendible, algo que le había hecho llorar en su prolongada ausencia; y ahora, hacía que su sexo diera palmas nada más verlo. ¿Dónde había quedado todo el resentimiento por esos días de confinamiento solitario? ¿Había desaparecido? ¿Así? ¿Tan fácil?

¿Era debido a la droga? ¿Eran efectos de su manipulación mental? No podía ser. Había aprendido a protegerse mentalmente y ahora no notaba nada al respecto. ¿Por qué?

Se oyeron dos pequeños clics y, al momento, Cahal la liberó de las esposas y empezó a masajear con ternura sus muñecas. Ella movió los hombros y él le ayudó a bajar los brazos.

—Siento que te duela el cuerpo porestaposición—sedisculpóél—. Me alegra anunciarte

que tu encierro ha terminado.

—No voy a darte las gracias —susurró rabiosa.

—Al menos no te he abierto en canal, ni he hurgado en tus entrañas, ni jugado con tus órganos reproductores tal y como tú hiciste. ¿Recuerdas? Ella cerró los ojos y disfrutó del pequeño masaje que infligía Cahal a sus hombros y también a sus antebrazos.

Claro que recordaba. Ahora no estaba orgullosa de ello, ni siquiera mientras lo hacía. Hubo un momento en que la mirada implorante de aquel hombre la dejó congelada; y ella pidió a Lucius y a Brenda dejar de proceder con él. Pero no se lo permitieron.

—Te enseñaron a torturar tan bien...

—Sí —contestó ella tragando saliva—. El conocimiento es poder.

—Además de física y verdugo, ¿eres algo más? —preguntó él, frotando con suavidad las articulaciones dañadas por el largo tiempo en la misma posición. Pero su rubia no le contestó. Se quedó mirando los enormes dedos

de Cahal, que estaban tratándola con delicadeza. El contraste entre ellos era exagerado, y eso que ella nunca se había considerado una chica pequeña. Pero era obvio que al lado de ese hombre una se sentía plenamente femenina. Centró sus ojos verdosos en la muñeca que Lucius había abierto con crueldad, y se dio cuenta de algo fascinante: había cicatrizado a la perfección.

—Tengo la carrera de medicina, también —frotó la casi invisible cicatriz—. No puede ser... —susurró asombrada—. Mi muñeca. Esto es físicamente imposible.

—Estás sanando. Es mi proximidad, que lo cura todo —anunció petulante. No era eso; era su sangre que ahora corría con fuerza por el torrente sanguíneo de la humana. Su cuerpo se estaba preparando para la inmortalidad.

—No es verdad —aseguró ella—. ¡¿Qué me has dado?! —exigió saber—. Los cuerpos humanos no se regeneran así. No recuerdo que me hayas inyectado nada, y solo he bebido agua desde que me dejaste en esta habitación.

—Sí. Has perdido peso —meditó pasándole las manos por las caderas desnudas—. Tengo que darte de comer, huesos.

¿Era gesto de arrepentimiento eso que cruzaba su rostro?

—¡No tienes que darme de comer! —Y esa negación la hizo mientras Cahal la levantaba y la sentaba sobre sus piernas como a una niña pequeña—. ¡¿Qué me has dado?! ¡Exijo saberlo! ¡No hagas esto! —Intentó zafarse de sus brazos.

—No te he dado nada —mintió. Solo su sangre.

—¡Me estás mintiendo! —Odiaba que le tomaran el pelo.

Cahal la obligó a apoyar la cabeza en su hombro.

—Tsssss —susurró intentando tranquilizarla—. Tienes que calmarte y tienes que dejar de pelear. No voy a hacerte daño.

Dios mío, pensó ella, era el mismísimo cielo. ¿Acaso los demonios tenían las llaves del paraíso? Entre sus brazos y sobre sus rodillas se sentía a salvo. Enfermizamente a salvo y jodidamente caliente.

—¿Calmarme? Esto es de locos... Tienes que darme ropa. ¿Por qué me tratas así? —Se observó, sentada sobre sus rodillas, y pensó que era una situación incongruente—. Tú... tienes que sacarme de aquí y dejar que me vaya. No sé qué quieres de mí... —Sus labios se fruncieron y hundió el rostro en su hombro. Cansada. Abatida. A punto de rendirse. Estaba harta—. Esto es incomprensible para mí.

—Ya te lo dije —Cahal la abrazó, y le vino una punzada de culpa al ver la confusión de su ignorante pareja—. Eres mi juguete.

—Yo soy demasiado valiosa para ser un juguete —aseguró ella con total convicción y sinceridad—. Soy un genio, ¿no lo sabías? Tu amigo Lucius lo tenía muy claro.

—Yo no soy Lucius.

—Pero me odias.

El druida se encogió de hombros. No la odiaba. No como él desearía hacerlo. —Tenemos que limar asperezas. Eso es todo. —No te creo. —Ah —Cahal se mordió la lengua para no echarse a reír. Él sabía

cómo limar asperezas, y pronto le enseñaría a hacerlo—. A ver, no quieres ser mi juguete... Entonces, ¿prefieres ser mi esclava?

—Ni una cosa ni la otra. ¿Estás intentando bromear conmigo? — Levantó la cabeza de golpe y lo contempló como si tuviera cuatro cabezas—. No lo intentes. No tengo sentido del humor. Y esta conversación está fuera de lugar. Maldita sea, eres mi carcelero. ¡Déjame ir!

Vaya. Una confesión. Pequeña, pero confesión al fin y al cabo. El druida pensó que sería divertido ver a la joven admitir cada uno de sus defectos y sus virtudes de esa manera tan infantil.

Pero Miz tenía mucha razón. No tenían tiempo. Necesitaban descansar. Ella necesitaba recuperar algo de calma y seguridad después de que él la obligara a sentir el anhelo de las parejas vanirias. Él necesitaba dormir después de días sin hacerlo. Al día siguiente tendrían una prueba definitiva ante el Consejo Wicca. Iba a ser duro para los dos, sobre todo para ella; pero después de eso no habría marcha atrás.

—No quiero bromear contigo. Solo quiero que veas lo que yo. No tenemos mucho tiempo por delante... Mujer, eres especial para mí. Me perteneces. Eres mi pareja.

—Estás mal de la cabeza... No tengo tiempo para esto —juró ella agrandando los ojos, incrédula ante aquellas palabras—. No tengo tiempo para juegos. O acabas conmigo o me dejas libre. Pero no puedo quedarme contigo.

Él la fusiló con sus ojos.

—¿Por qué?

¿Por qué? Porque sabiendo lo que sabía, Newscientists iría tras ella y entonces pondría a todos los vanirios en peligro. Y suficiente había hecho ya como para que también por su culpa ahora los mataran a todos. No quería valorar lo que había dicho respecto a ser su pareja. Eso, definitivamente, era imposible.

—¿Temes por nosotros? —preguntó asombrado.

—Me pesa la conciencia por lo que he hecho en esos túneles — admitió, moviendo la cabeza de un lado al otro, buscando una salida por la que escapar corriendo.

—Ah, ¿pero tú tienes de eso?

Miz obvió la puya.

—Sé que eres mi secuestrador y me doy cuenta de que me quieres hacer pagar por lo que te hice. Pero te lo digo en serio —alzó los ojos y los clavó en los de él; tan bonitos que por un momento perdió el hilo de lo que iba a decir—. No... No deberías quedarte conmigo. Deberías decidir qué hacer lo antes posible. O me matas o me dejas libre, pero lo otro no.

—¿Y si lo otro es exactamente lo que voy a hacer? Miz entrecerró los párpados hasta que sus ojos fueron dos pequeñas líneas verdes.

—Aparte de absurdo, no deberías elegir esa opción —aclaró—. Las fórmulas están

incompletas y no las van a poder desentrañar sin mi ayuda. Soy la única que ha descubierto el elemento que falta. La única —¿Por qué se sentía tan bien ahí con él?—. Seguro que estoy en busca y captura, y que llevan días buscándome.

Sí, esa era una de las razones por las que él la había mantenido oculta.

—¿Qué estudias, exactamente?

—Si te lo dijera, tendría que matarte —espetó, presa de uno de los múltiples estremecimientos que recorrían su cuerpo—. ¿Y... qué es ese olor? A Cahal le dio igual que ella no se lo dijera. Ya sabía que tenía que ver con la formación de los portales. Esa misma noche lo descubriría. Ahora. Justo en ese momento. Hacía días que las defensas mentales de la humana no eran un impedimento para él. Hoy bebería de nuevo de aquel fresón rubio y leería todo lo que necesitaba saber, eso si los anclajes que había puesto Lucius durante tantos años se lo permitían. Caleb los había volatilizado en la habitación del hambre, pero no todos. Después de tantos años de represión, a los circuitos mentales les costaba recobrar la normalidad.

—¿A qué hueles? —preguntó él con una medio sonrisa. ¿Lo olía a él?

—A canela. —A algo tan ridículo, prohibido y delicioso como el mismísimo pecado original—. Me gusta mucho la canela, y me extraña tanto olerla aquí...

Al druida se le endureció la polla bajo los calzoncillos. Quería hacerla suya inmediatamente, pero algo le empujaba a ser paciente. No quería destruir a su cáraid tratándola mal. No quería asustarla. No quería que lo comparara con los vampiros que la habían engañado durante tanto tiempo. Pero era el druida del clan vanirio, tenía una responsabilidad para con su clan, y eso le obligaba a comportarse de una forma determinada y a tomar unas decisiones respecto a ella que a la joven no le gustarían nada. Hasta que se acostumbrara a su situación y a su nueva realidad.

Su voluntad había cambiado. Después de salir del ático de su hermano y su cuñada, estaba decidido a acabar con todas las tonterías: iba a tirársela y a demostrarle quién era él para ella. Pero, de repente, había bajado a su chakra, su casa, a la cama en la que estaba esposada, y la honestidad con la que ella le habló lo había dejado indefenso. Esa mujer no se ponía histérica, no lloraba ni rogaba por su vida. Analizaba la situación e intentaba no perder los nervios, y aquel comportamiento era digno de admirar.

Nunca había hecho daño a una mujer; ellas se postraban a sus pies. Eso sí, pensar en Miz le giraba el cerebro y le provocaba ganas de darle palizas. Palizas sexuales. No quería ser bueno con ella. Quería mostrarse tal cual era, con todos sus instintos y sus necesidades. No encontraba un motivo por el que ser amable. Ella le había enseñado su peor cara, ¿no? Él era un hombre y ella era su mujer. No había querido caerle bien, no pretendía ser el perfecto príncipe azul que había sido para todas las demás. No obstante, la tenía delante, sobre sus piernas, sincera y despierta, observando todo a su alrededor con aquellos ojos verdes gatunos que la naturaleza le había dado... Joder, ¿cómo iba a asustarla otra vez? La chica seguía cuerda después del anhelo vanirio continuado al que la había sometido. Cinco días. Cinco. Y ahí estaba, intentando buscar una respuesta al frenesí de su malestar. Tenía un autocontrol envidiable.

No. Ni hablar. No había manera de que él fuera cruel con ella.

Con esa decisión, sonrió con tristeza.

—¿A canela, mo dolag? —¿Así olía él para ella?

—Sí.

Cahal podría explicarle tantas cosas sobre los vanirios y sus parejas. Pero sentía que sería gastar saliva en balde. Esa chica no creía en la magia, estaba cerrada en banda respecto a sus convicciones. No creía en lo que él era y, además, tenía muchos reparos. Lo más adecuado sería seguir con su plan y que ella entendiera, mediante su propia experiencia, qué tipo de magia era la que se desarrollaba entre ellos.

—Estás exponiéndote al peligro. No estás siendo razonable —murmuró Miz, sin tocarlo con sus manos en ningún momento. Estaba ahí sentada, sobre sus piernas, como si él fuera Papá Noel y ella una niña tímida que no supiera qué pedirle para Navidad. El dolor y la agonía habían desaparecido, y estaba dispuesta a arrancarse una pierna para no volver a sentirse así de mal nunca más—. Vendrán a por mí. Tienen muchísimo poder —dijo en voz baja y afectada—. Sabrán donde estoy y os matarán a todos.

—Chist... Conmigo estás a salvo. Conmigo. —La tomó de la barbilla y la alzó para que viera que en eso no mentía. No del todo. Él era el lobo más territorial, el chico que las madres de todo el mundo no querrían como yerno. Él era lo más peligroso en su vida y, a la vez, lo más protector—. Ellos deben temerme a mí, pero tú no.

—Pero es que no lo comprendo. No comprendo esto —señaló sus cuerpos y se tocó la cicatriz del interior de la muñeca. —Escucha. Lo que has experimentado estos días es solo una señal de lo que tú y yo significamos el uno para el otro.

—¿La desesperación? ¿La locura? —preguntó negando con la cabeza—. ¿Crees que soy estúpida? Puedo provocarte lo mismo si te inyecto heroína y luego te dejo sin ella durante unos días. No me lo creo.

—No es cuestión de creer o no creer. Solo es cuestión de experimentar. De sentir. —El rubio deslizó una mano por su espalda y luego por encima de su nalga y su muslo. Intentó abrirla las piernas, pero ella las cerró con fuerza.

—Por favor, por favor... No lo hagas —pidió con la cabeza gacha y su pelo rubio y enmarañado cubriéndole el rostro como una cortina de rayos de sol. Una simple caricia y ya estaba perdida. Su heterosexualidad había despertado como un maldito huracán, pero se sentía muy rara con esos nuevos pensamientos, porque llevaba años negándose los.

—Te puedo hacer sentir tan bien, científica... —susurró rozándole el lóbulo de la oreja con sus labios—. Ahora no te preocupes por los malos. Estás conmigo. Descansaremos juntos, y verás que no me aprovecharé de ti. Solo hasta donde tú me dejes.

—Esa propuesta no la puedo valorar. Tú quieres castigarme... Me tienes retenida. ¿Cómo voy a confiar en ti?

Él negó con la cabeza rápidamente.

—Permíteme que sienta un poco de rencor por lo que me hiciste; estoy en mi derecho, ¿no crees? Ella apretó los labios hasta dibujar una fina línea con ellos. —Bueno, sí —afirmó Miz sin poder negarlo—. Creí que hacía lo

correcto. Te hice mucho daño... —Sí. Lo hiciste. Pero la verdad es que ahora no tienes a nadie, mujer. Estás sola.

—¿Quieres hacerme sentir mal? —levantó la barbilla, llena de un amor propio que no sentía—. Sí, estoy sola, ¿y qué? Pero no necesito a nadie.

Cahal sonrió con sinceridad y deseó poder hacer que ella se enamorara de él al instante. Pero todo tenía su tiempo, aunque él no era paciente. —Solo hago una observación sincera. Tengo algo que proponerte, ¿me vas a escuchar? Miz no entendió la pregunta. No tenía adonde ir, ni

podía huir. Le escucharía, lo quisiera o no.

—¿Acaso tengo otra opción?

—No. Eres un cerebro brillante que atrae a los nosferatu y a los lobeznos. Lucius y los vampiros te quieren, y Newscientists y tu padre adoptivo van detrás de ti por lo que sabes. Yo odio a Lucius, y mis enemigos son los mismos que los tuyos, y también nos hacen falta tus conocimientos. No valores esto como un secuestro. Piensa en lo nuestro como un rescate. Te liberaré de Capelleferne, ¿no?

Ella se lamió los labios secos y parpadeó un par de veces. ¿Ese vanirio quería hacerle creer que la había rescatado? En realidad, no era tan descabellado, ¿no?

—Quiero vengarme —prosiguió Cahal al ver que la chica valoraba su proposición—, y los miembros de mi clan también. Unámonos, científica. Deja que yo te proteja. Acepta mi protección y colabora conmigo. No lo veas como un confinamiento ni como un secuestro.

La mente racional de la científica meditó la posibilidad que aquel hombre le ofrecía: ¿Protección y no encierro? No podía verlo de esa manera, ¿no? Era un hombre de otra especie que la deseaba y querría algo a cambio. Y ella..., ella no sabía qué era eso que sentía en el estómago y en el pecho, pero se acercaba mucho a la curiosidad. Una curiosidad que nunca antes había sentido hacia nadie.

—¿Esto tiene trampa?

—No.

—¿Me quieres proteger?

—Eres valiosa, y lo que sabes, seguramente, ayudará a despejar muchas dudas que los clanes tenemos. ¿Por qué no?

Miz se mordió el interior de la mejilla y movió el pie compulsivamente, dejándose llevar por un tic nervioso, sin ser consciente de que estaba dando golpes en el enorme gemelo desnudo de ese hombre.

—A ver, ¿qué quieres a cambio?

—¿A cambio de qué? —Cahal no entendía nada. Iba a protegerla porque ella se iba a convertir en su vida y moriría si alguien le hiciera daño. Todo lo demás era una pantomima; pero se lo debía explicar así o provocaría el rechazo de ella.

—Tú me proteges y yo te doy algo a cambio, ¿no? ¿No funciona así la cosa entre mercenarios, traficantes, vampiros y todo eso?

—Esto no es la mafia italiana, nena. ¿Quieres darme algo a cambio?

—No, yo no. Pero supongo que todo trato conlleva un sacrificio.

—Está bien —Cahal sonrió y le enseñó los colmillos sin pudor—. Sí quiero algo a cambio.

La joven se quedó sin respiración y esperó con paciencia fingida:

—Dime.

—Llámame por mi nombre.

—Mmm... ¿Cahal?

—Sí. Siempre. No soy ni monstruo, ni vampiro, ni rubio de los cojones, ¿de acuerdo?

Ella se tensó y se cogió el puente de la nariz con el índice y el pulgar. —Me has leído la mente. ¿Cuántas veces? ¿Cuándo? —Eso no importa. Además, apenas he podido hacerlo porque sabes

protegerte muy bien —mintió él. Era una humana y no tendría nada que hacer contra un druida vanirio. El problema era que, para acabar de derribar esas pequeñas murallas que Lucius había erigido en su cabeza, tenía que beber de su sangre y realizar la anudación mental

definitiva; porque la primera vez había estado tan concentrado en su sabor y en su excitación que había obviado todo lo demás. La segunda vez no sería así. Pero, mientras tanto, tenía que hacerle creer a la joven que ella tenía algún control sobre la situación, aunque fuera una soberana mentira.

—Sí que importa...

—No —la cortó él súbitamente—. Y quiero algo más: quiero que me dejes tocarte siempre que yo quiera. Nuestros cuerpos lo necesitan, y me gustaría instruirte un poco en el arte de las parejas. Creo que te has perdido todo un mundo.

La sangre se le heló. Sabía que ese ser se saldría por la tangente de los favores sexuales; pero, por otra parte..., ¿qué tenía que perder? Hacía tantos días que no la tocaba... Y mentiría si no reconociese que se había encontrado deseando esas manos todos y cada uno de los días que había sufrido esa extraña abstinencia. Una abstinencia enfermiza.

—Solo tocarte. Yo a ti —puntualizó Cahal. El sudor frío recorrió su nuca. Cuando Miz descubriera su ardid lo mataría, pero sería divertido verla estallar. Para entonces, ella estaría feliz del don que él iba a regalarle.

—¿Tocarme? Pero, ¿cómo?

—Solo deja que te toque.

Ella se quedó cabizbaja, pensativa. ¿Qué importaba que él la tocara? Era un hombre y, a la vez, no era un hombre cualquiera. Además, ella necesitaba su protección. ¿Se podría fiar de él? ¿Podría confiar?

—¿Me... me prometes que no me has drogado? ¿Me he pasado tantos días tan mala en esta cama sin droga? ¿Seguro?

—Sí.

—Ha sido eptoso. Todavía me duele el cuerpo. No quiero volver a pasar por eso.

—No pienso pedirte perdón por algo que es natural entre nosotros; y mucho menos después de que jugaras conmigo a los médicos en CapelleFerne.

—Insistes en que esto es natural, pero no lo es. Y no te he pedido que te disculpes.

—Bien.

—Bien.

Se miraron el uno al otro, como dos titanes midiendo quién tenía los huevos más grandes. Pero, de repente, Miz sacudió la cabeza rubia.

—Esto es una locura... ¿Qué estoy haciendo? No quiero que me conviertas en un vampiro —gimió, tapándose el rostro con las manos. De repente se derrumbó y arrancó a llorar, desolada—. Sé que es eso lo que quieres hacerme. Cuando ya no te sirva, eso es lo que harás. ¡No confío en ti ni en nadie! ¡No quiero, te lo ruego!

Cahal apretó los dientes. —No te convertiré en vampiro, joder. Te lo prometo —Claro que no. Los vanirios no eran vampiros.

—Júramelo —cuando se destapó la cara, estaba decidida a arrancarle un juramento de fidelidad hacia su deseo—. Júrame que mientras esté contigo, no me arrebatarás nada de mi vida. Ni el sol, ni la capacidad de decidir, ni me obligarás a beber sangre, ni manipularás mi cerebro de ninguna manera, ni violarás mi intimidad. Esperarás a que yo te cuente las cosas antes que extorsionarme. No me engañes. ¿De acuerdo? Júramelo.

—¿Te das cuenta de que podría obligarte a que me obedecieras? ¿Que podría manipularte para que te metieras ahora mismo mi pene en la boca o te abrieras de piernas para mí solo para comerte entera? ¿Y entiendes que tú no podrías hacer nada para evitarlo?

Miz no se amilanó, pues sabía perfectamente que eso era lo que él quería. Había sido tan gráfico que se había sonrojado.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que me puedes exigir todo eso, que me puedes dar órdenes?

—Nada. Pero yo no quiero ser tu juguete. Tienes razón: necesito tu protección. No sabía que tendría esta opción; la verdad es que me has sorprendido. Pero esta es tu oportunidad para que me demuestres cuáles son las diferencias entre un vampiro y un vanirio. Y, por ahora, estáis a la par.

—Ya. ¿Y qué te hace pensar que me importa tanto lo que tú pienses de mí? Que yo sepa, y como bien tiendes a pensar, a mí también podría interesarme solo lo que tienes en esa cabecita. Nada más.

Ella sonrió sin ganas.

—Crees que soy tu pareja. —Ahí lo había pillado—. Hace un momento me lo has dicho. A tu pareja nunca la tratarías tan mal. Tienes la oportunidad de convencerme.

Cahal sintió una oleada de orgullo hacia ella. Tan metódica. Tan práctica. Y le ponía todo burro con esa actitud de sabelotodo impertinente. Iba a disfrutar de ella, de sus discusiones y también de su cuerpo. De todo. La arrasaría sin compasión.

—¿Me lo vas a jurar o no? —preguntó ella impaciente, mirándolo de frente.

Cahal arqueó las cejas. Todo eso que Miz no quería que hiciera ya había empezado a hacerlo. Y se cortaría la polla antes que privarse de lo que su pareja tenía para él. Dos mil años de espera y un mes de torturas en manos de su mujer no iban a doblegarse por un ruego lleno de miedos infundados. Ni hablar. Mentiría. Mentiría como un truhán; y esperaría a que una joven tan inteligente como ella supiera a ciencia cierta, nunca mejor dicho, que su transformación en vaniria iba a ser lo mejor que iba a sucederle en la vida. Algo realmente mágico. Algo que la ciencia nunca podría explicar con palabras adecuadas que no fueran magia, genética divina y vinculación de pareja. Y eso era como sánscrito para su chica rubia, escéptica y temblorosa.

No iba a ser fácil. Bueno, la vida no lo era tampoco.

Iba a ser un caos; pero el orden no existía sin él, por tanto, bienvenido fuera.

—Te lo juro —repitió él agrandando su mentira.

—¿Por Dios?

—¿Por Dios? —Se echó a reír—. ¿Eres creyente?

—Es una expresión.

—No. Te lo juro por Ceridwen.

Miz frunció las cejas.

—No sé quién es. Júramelo por Newton. O por Einstein. ¿Sabes quiénes son?

Cahal comprendió entonces que Miz pensaba que él era un lerdo integral, y que la muchacha no tenía ni idea de quiénes eran los de su clan keltói: seres con culturas ancestrales a sus espaldas y conocimientos versados en todo tipo de ciencias. La joven iba a sorprenderse mucho cuando la instruyera en su mundo.

—¿Son pasteleros? —preguntó él serio—. ¿Diseñadores? A los vanirios nos encanta la moda, guapa, pero a estos no los conozco.

Ella no demostró ningún sentido del humor ante su pregunta.

—Bromeas, ¿verdad?

—¿Bromeabas tú? —rebatió él destilando encanto por todos los poros de su piel. Ella negó con la cabeza, pero la comisura de su labio se estiró imitando el amago de una sonrisa.

«Estoy loca si confío en él, pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? De todos modos, mantén los ojos abiertos, cerebritito», se dijo a sí misma. Levantó la mano y se la ofreció. Cahal se encontró salivando por meterle la lengua en la boca; pero no lo hizo y aceptó su mano como un experto negociador.

—Trato hecho. —Bien. Pero no harás nada que yo no quiera. Última cláusula del contrato. Él sonrió y asintió con la cabeza. Pinocho a su lado era un maldito Santo. —De acuerdo —

«Lo llevas claro, muñeca»

—No me beses en la boca. No quiero —señaló sus colmillos vanirios retráctiles—. Yo no... no me fío de esos. No me gustan.

—¿No quieres que te bese? —¡Pero si él se moría de ganas!

—No. Es demasiado... Demasiado personal. Y los colmillos en una boca no son de fiar. Si vemos esto como una transacción de intercambios comerciales, será mejor, ¿no crees? Tú me proteges y yo a cambio os ayudo con la información que poseo. Pero los besos sirven para las vinculaciones emocionales, y tú y yo no tenemos de eso. Ni lo tendremos, claro.

—Es imposible que no te bese.

Ella se tensó ante el comentario rotundo.

—Si lo haces, romperé el trato.

—Igualmente no podrías ir a ningún lado. No tienes ese poder.

—Me decepcionarías y no podría confiar en ti otra vez. De hecho, es de revisión médica que yo intente confiar en ti de alguna manera, pero me la juego. ¿Cómo se pronuncia Cahal?

—Keijjal.

—Me la juego contigo, Cahal —y lo pronunció tan bien que ella saboreó la canela en su boca y a él por poco le saltan lágrimas de emoción. En ese momento, se creó un ambiente eléctrico entre ellos, pero hizo bien en evitarlo.

El druida valoró la oferta. Bueno, eso era mejor que nada. Perfecto. La tenía justo donde la quería: en la cama, más accesible de lo que había estado en más de un mes, desnuda por completo, sin ninguna vergüenza, y dispuesta a colaborar con él en todos los caminos que iban a explorar juntos. Los humanos eran tan tontos por no creer en la magia ni en las parejas eternas... ¿Pero qué culpa tenían ellos si los educaban así?

Nunca había negociado nada con una mujer. Él mandaba, pedía y exigía, y todo le salía a pedir de boca. Todas querían lo que él tenía para dar, aunque él nunca había disfrutado de ello. Nunca había recibido nada que le hiciera sentir bien.

Pero con Miz... Con ella no.

Ella le había enseñado lo que era el dolor y la amargura.

Ese pacto entre los dos, más falso que una libra triangular, iba a dejar que la tocara sin sentir ni un gramo de culpabilidad y sin pensar en que se estaba comportando como un mentiroso abusador. Iba a permitir que

recibiera, por primera vez, algo bueno de ella que no fuera solo su sangre. Miz, buena o mala, estúpida o inteligente, era de él. Y ya era hora de que tomara lo que tenía para dar. —

Bien —Cahal la miró de arriba abajo—. ¿Tenemos los conceptos

claros? —Sí. Creo que sí. —Yo digo cuándo empezamos. Empezamos ahora mismo —

Cahal

se levantó con ella en brazos—. En la ducha. —¿Cómo? Espera, no... —Sí. Ya he cedido demasiado, rubia. Y vamos a remojarnos un poco. Miz quiso desmayarse en ese preciso momento. Estaba desnuda con él, pero no era su desnudez lo que la preocupaba. Era la enorme erección que tenía ese hombre entre las piernas.

IV

En realidad, Miz no había visto nada más de la casa en la que estaba que aquella sala circular en la que el vanirio la había tenido retenida durante tantos días. Ya había advertido que era parcialmente redonda y que no tenía esquinas, pero no recordaba que el baño también era así. Había estado tan nerviosa al estar con él, se había sentido tan mal y le dolía tanto el cuerpo, que no pensó en observar lo que la rodeaba cuando, días atrás, la había metido en aquella ducha, manoseando todo su cuerpo a libertad. Desnudos. Sabía que la había mordido, de eso se acordaba. Y también recordaba su piel bronceada, su cuerpo: casi dos metros de músculos y largas extremidades; y sus ojos: esos ojos azules, inhumanos y llenos de secretos.

Pero cuando, esta vez, Cahal encendió la luz del baño y entró con ella en brazos, su cerebro pareció registrarlo todo por primera vez: los inodoros, el lavamanos, las cabinas de hidromasaje y el jacuzzi estaban diseñados para adaptarse a paredes curvas. El baño era muy masculino: gris y blanco, pero con accesorios de colores rojos que le daban un aire un poco más alegre. El suelo liso era de gres porcelánico gris oscuro y estaba impoluto. El jacuzzi y la cabina de hidromasaje daban ambos al ventanal de cuerpo entero, igualmente curvo, que ofrecía unas vistas mágicas y místicas de un bosque interior. Uno que ella no acababa de ubicar. Tenía la impresión de que aquella casa era como una especie de ovni, como una nave espacial, y que además, parte de esa casa debía de estar bajo tierra, aunque todas las ventanas daban a una zona exterior. No entendía nada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —curioseó ella mientras la dejaba tocar con los pies en el suelo de la cabina. Estaba frío y su piel se erizó.

Entraron los dos, y Cahal cerró la puerta de cristal para que el agua no salpicara. No tenía ni idea de cómo iba a aguantar sin morderla en un espacio tan reducido. Se estaba desquiciando por momentos. Aquella física tenía el poder de convertirlo en un amasijo de deseo sin pizca de razón.

—Dime —dijo él, mientras unas luces azuladas y amarillas emergían del equipo de hidromasaje. El agua emanó de los multichorros, y el impacto en el cuerpo de la joven hizo que se estremeciera y gimiera entre el placer y la sorpresa—. ¿Está fría?

—No. No... Está bien.

Cahal miraba a placer el cuerpo de la científica. Apretó los dientes, y chirriaron sus colmillos. Por Ceridwen, ya los tenía expuestos. Ella era deliciosa, y tenía la sensación de que ni siquiera era consciente de lo sexy que era.

—Date la vuelta y apoya las manos en la pared —ordenó.

Miz lo miró y frunció el ceño.

—¿Perdón? —Un chorro de agua caliente mojó su pelo y empapó sus hombros y su pecho. —Haz lo que te digo. Era una orden, no había duda. Pero estaba pronunciada con una voz

suave y moderada que la compelió a obedecerlo. —Me has prometido —le miró por encima del hombro— que no harías nada que yo no quisiera.

—Relájate. Solo voy a enjabonarte —«Y voy a intentar comportarme cuando, en realidad, lo único que quiero es hacerte agujeros por todos lados».

—Sí, claro. Ya me conozco yo tus enjabonamientos —gruñó para sí cuando él sonrió y se frotó las manos repletas de jabón hasta crear espuma con ellas. La ciencia y la sabiduría conllevaban sacrificios. Y si su expiación iba a ser dejarse tocar por un hombre como él, lo aceptaría. Aunque la quisiera tocar de ese modo... No importaba. La preservación y el buen recaudo de sus fórmulas, y también su integridad como física, bien lo valían.

—Dijiste nada de besos —recordó Cahal tragando saliva—. No te los daré. ¿Confías en mí?

—No. Pero no tengo otra opción —Cahal había tenido razón. Estaba sola. ¿Qué más daba?—. Esta situación es una locura y no puedo hacer nada para encontrarle sentido. Supongo que debo dejarme llevar.

—Haces bien —replicó él con una sonrisa, acercándose a ella y empachándose de su piel—. Yo cuidaré de ti y tú nos ayudarás, como Booth y Bones.

—Ya. Claro —¿Iba a ser así de fácil? ¿Y luego podría seguir con sus estudios y con una nueva vida lejos de allí? No. Lo dudaba muchísimo. Aun así, aquella era una oportunidad para seguir investigando a esos seres llamados vanirios. Ni Hawkins, ni Einstein, ni Newton habían tenido la posibilidad de estudiar a una especie distinta, claramente extraterrestre. Debería ser un buen estímulo para seguir adelante con su peculiar trato—. ¿Te gusta Bones?

—Me gusta todo lo que tenga largas piernas y sea inteligente. Pero tú no eres de esas —susurró, rozando su lóbulo con los labios, provocándola—. ¿O sí? Te voy a llamar Huesitos a partir de ahora. Huesos ya está agenciado por la doctora Brennan y ella me pone como un toro, así que sería injusto ponerte el mismo apodo. Huesitos es una buena versión. Ni tan guapa, ni tan inteligente como ella, ¿no crees? Una versión minimizada.

Miz miró hacia adelante, a la pared revestida de pequeños azulejos blancos. No le gustaban nada esos comentarios. Cero. De hecho tenía ganas de abofetearlo por decirle algo así tan abiertamente, más aún cuando se sentía tan vulnerable, desnuda y a su merced. Pero no iba a demostrarle que se sentía ofendida cuando ni ella sabía por qué. Desde luego, ese hombre era un auténtico ligón, y también un salido. Y volvería a tocarla otra vez; y ella enloquecería de nuevo. Y, ¿qué diría entonces? Gemiría otra vez, como ya había hecho antes. Apretó los dientes y sacudió la cabeza. Era incapaz de controlar a su cuerpo.

—¿Te sientes contrariada? —Cahal pasó sus manos por sus caderas, frotó su vientre y las subió hasta el abdomen. Él se sentía como un volcán—. Es normal que reacciones a mí. Es natural.

—Es normal en un país donde los conejos tienen relojes y los gatos son lilas y a rayas. —Esa la he visto. La Bella y la Bestia, ¿verdad? —dijo él haciéndose pasar por lerdo.

Miz puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Dime la verdad: ibas para ser inteligente, pero te quedaste encigoto.

Cahal la colocó a propósito bajo el chorro de agua más potente y disfrutó de la exclamación de sorpresa de la joven. —Eres muy sensible. —Escupió agua y se apartó el empapado pelo de los ojos.

—Y tú —volvió a arrinconarla, y aprovechó para masajear su abdomen—. Miénteme y dime que no te calman mis manos. Que no calman ese dolor enfermizo que sientes por todo el cuerpo —subió las manos un poco más y abarcó los pechos con ellas—. Te calman como me tranquiliza a mí tocarte.

—No me calman. Me... incomodan. —Pero estaba ardiendo. El corazón iba a salirse del pecho y le dolían los pezones—. Es tan extraño... Está tan fuera de lugar.

Cahal sonrió; apartó las manos de sus tetas, para dejarlas en sus caderas. Pobre ratita asustada. Si supiera que se la estaba imaginando haciendo todas las posturas sexuales que conocía...

—Me ibas a hacer una pregunta. ¿Cuál era?

Ah, sí. La pregunta.

—Eh... —Por Dios. Se le había ido el hilo de la conversación—. Eh... ¿Por qué las habitaciones circulares? ¿Es toda la casa así?

—Si te lo dijera —contestó él, frotando su garganta con la nariz y repitiendo lo que ella le había replicado anteriormente—, tendría que matarte.

En realidad, Cahal no tenía por qué ser amable con ella, pero pensar que no quería explicarle nada sobre quiénes eran o qué hacían ahí la frustró más de lo debido. Necesitaba investigar un poco y llevaba muchos días sin enriquecer su mente con otras informaciones que no fueran pieles desnudas, bíceps hinchados, ojos azules de demonio y hoyuelos en barbillas viriles. Necesitaba dejar de pensar en él, en su propia desnudez y en su piel resbaladiza por el agua. Una conversación la distraería.

—Seguro que con lo listo que eres confundiste el plano arquitectónico con la hoja de instrucciones de Simon. Por eso te salió la casa redonda. —En realidad, lo confundí con el tablero del Trivial, pero los arquitectos no dijeron nada. Ya sabes, quesito va, quesito viene...

Miz sonrió, pero lo hizo tímidamente.

—No voy a decírselo a nadie —aseguró ella, imprimiendo dulzura y tranquilidad a sus palabras—. Es solo que me interesa saber cosas sobre vosotros. Soy inofensiva y tú me vigilas. A lo mejor hablar hará todo más distendido.

Él sonrió para sí, la miró de reojo y asintió. Aquella chica era peligrosa. Sabía manipular a los demás. Su cáraid no era una tonta pusilánime. Y él se moría de hambre.

—Digamos que nos gusta el círculo.

La sonrisa de ella se hizo más abierta; miró al frente y dejó que él la enjabonara, con menos reticencias que antes. —¿Por qué? —Porque la energía fluye constantemente. No se estanca en

esquinas, como suele pasar en las casas cuadradas —deslizó la mano hacia delante y coló un dedo en su ombligo, rotándolo y limpiándolo con jabón—. Para mí es importante el caudal de prana y energía.

—Ajá... El prana... —Miz dio un saltito de sorpresa cuando Cahal presionó su ombligo—. ¿Crees... crees en la energía? ¿En el prana y todo eso?

—Eres física cuántica. ¿Soy estúpido por creer en ella?

—En realidad, el nombre correcto es astrofísica. Creo que —cerró los ojos y se mordió el labio inferior al sentir aquel incisivo dedo jugueteando con su ombligo. Le hacía cosquillas—... que tu concepto de energía es diferente al mío. —Abrió sus ojos verdes y los clavó en la pared. ¿Por qué? ¿Por qué sentía tan bien y correcto lo que ese ser le estaba haciendo cuando ella era plenamente consciente de que aquello estaba mal y era poco natural?

—Para mí es mejor vivir en un lugar en forma circular. Esta casa está alineada con las coordenadas de la tierra —pasó una mano entre sus nalgas y se endureció cuando la escuchó gemir. Joder, lo mataba. Estar cerca de ella iba a acabar con él. Le hubiera gustado sincerarse y abrirse a ella, pero la situación no era la idónea; y no le iba a decir que un druida

antiguo, versado en la magia Wicca, necesitaba terrenos circulares para sus protecciones y sus hechizos. Tampoco le diría que su don había permanecido dormido durante milenios, hasta que apareció ella. Ahora, ese caudal de magia y luz de los ancestros y la naturaleza empezaba a correr de nuevo por sus venas, con más fuerza que nunca. Y ella era la responsable—. Parte de la construcción está bajo tierra, aunque tiene luz exterior.

—El bosque que vemos desde aquí, ¿es real? ¿No es una imagen holográfica? —No —Cahal se echó a reír—. Es real.

—Pero... Vosotros sois débiles a la luz del sol, como los vampiros; y esta casa está abierta al exterior. No lo comprendo, te expones al peligro.

—Los cristales son de doble capa y están cubiertos por láminas de protección solar. La radiación no entra.

—Interesante... ¿Y no tienes miedo de que alguien te encuentre si te ve a través de los cristales?

—Nena, soy un vanirio. Yo no temo a nada.

—Oh, por Dios. Viva los machos... —susurró con aburrimiento.

—Aquí nadie me encontrará. Además, los cristales son retrorreflectores, se mezclan con el ambiente. Nadie ve lo que sucede en el interior, porque nadie ve los paneles de cristal.

—Camuflaje con el entorno.

—Sí.

—No eres tan tonto entonces. ¿Dónde estamos? ¿Seguimos en Inglaterra?

Cahal no podía ni siquiera entablar una conversación civilizada. Era un vanirio, y ella su cáraid. En lo único en lo que pensaba era en estar entre sus piernas y morderla hasta que gritara basta. Le dolía la cabeza de los esfuerzos que tenía que hacer para no manosearla a placer. ¿Le había prometido que la respetaría? Era un gilipollas.

—Sí. Estamos en una de mis casas. En Crishall Common.

—¿Una de tus propiedades?

—Todos los vanirios tenemos nuestras propiedades. Muchas — especificó. —¿Sois ricos? —No nos preocupamos por el dinero. Seríamos muy estúpidos si,

siendo inmortales como somos, no hubiéramos dado con el modo de crear una fortuna, ¿no te parece? —Apoyó la barbilla sobre su delicado hombro y miró hacia abajo. Por favor... Su pielera tansuavequesusdedossecorrían con solo rozarla. Deslizó la mano del ombligo por el vientre y la dirigió al sur.

—Oye... —Chist... Ya te he dicho que no voy a hacerte daño. Y este es el trato —gruñó desesperado. —Sí, pero es que... —Siguió su mano con la mirada. Aquella

enorme mano se posó sobre su sexo. Las palpitaciones no tardaron en aparecer, y sintió su cuerpo despertarse como el motor de un Ferrari: de golpe y a una velocidad de vértigo. Se hinchaba, se estaba hinchando y humedeciéndose. Su cuerpo se preparaba y saltaba de alegría por la cercanía de aquel guerrero que le hablaba de energía, casas redondas y del dinero que los de su raza habían conseguido reunir. Posó su mano sobre su ancha muñeca, como si quisiera apartarla de ella, pero se fijó en algo que no había estado allí cuando lo había torturado. El vanirio tenía una impresionante serpiente negra y roja tatuada en el brazo. El cuerpo de la serpiente se enrollaba desde el hombro hasta la muñeca, y la cabeza triangular se posaba en el dorso de la mano, con unos ojos verdosos y reptiloides que parecía que cobrarán vida. ¿Cuándo se lo había hecho?—. ¿Te has hecho un tatuaje?

—Sí —Cahal acarició sus rizos púbicos superficialmente. Ronroneó como un felino.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días. Conozco a una mujer que es una artista con las agujas. Está en el Soho. La confesión la indignó. Apretó los dientes y se le llenaron los ojos de lágrimas. Ese idiota se

había hecho un tatuaje mientras ella estaba muriéndose de dolor, esposada a su cama. ¡Había estado a punto de morderse la lengua y tragársela solo para dejar de sentir esa agonía! Y mientras, ¡¿el rubio se estaba haciendo un dibujito en el cuerpo?! Aun así, no tenía derecho a ninguna pataleta, porque su reacción bien podría asemejarse a la de una mujer herida o celosa, cuando entre ellos dos no había nada de eso. No había razón para comportarse así. ¿Qué le pasaba? Necesitaba tomar ansiolíticos urgentemente.

—¿Te gusta? —preguntó él sin dejar de observar su reacción. La leía. La estaba leyendo en cada gesto y en cada parpadeo metódico que ejecutaban sus ojos. Y estaba en su cabeza. Ella no lo sabía, pero estaba en su cabeza. Veía retazos de lo que estaba pensando. Y era muy interesante. Pensaba en la chica que le había hecho el tatuaje y se la imaginaba muerta. Vaya, vaya...

—¿Una serpiente? —Miz parecía hipnotizada por la mirada de aquel reptil.

—Sí.

—¿Por qué te la has hecho?

Cahal sabía el porqué, pero no se lo iba a decir.

—¿Por qué no?

—No me gustan los tatuajes. Me parecen frívolos y barriobajeros. ¿No tienes ninguno que ponga Amor de madre?

El druida se la devolvió colando un dedo entre sus labios vaginales y acariciándola perezosamente, lo bastante como para excitarla pero no lo suficiente como para que lograra una liberación.

—¿Te he ofendido? —lo miró por encima del hombro, respirando con dificultad y deseando que ese dedo no se detuviera por nada del mundo. Tenía las mejillas rojas, el pelo rubio mojado, echado hacia adelante, y los carnosos labios que le temblaban y estaban marcados por sus pequeños dientes. Estaba tan excitada y sorprendida por su reacción que se mecía contra su mano, incluso mientras intentaba desafiarle. Se había convertido en una fresca descocada. Iba a perder la cordura.

—No me ofendes, Huesitos. —Cuando la tuvo bien lubricada y temblorosa, dejó de tocarla. Así sin más. Ella frunció el ceño, pero logró normalizar su respiración y recobrar el sentido común.

El druida acabó de enjuagarla de un modo brusco e impersonal. Joder, sí que lo había ofendido. Resultaba que su vanidad había sufrido una afrenta. A cualquier otra mujer le habría gustado aquello; le parecería sexy y varonil que su hombre tuviera un tatuaje tan salvaje y desafiante como ese. Seguramente, cualquier otra hembra, en una ducha con él, habría tardado veinte segundos exactos en ponerse de rodillas. Pero la física no era así. Era una rara avis. Y él no era tan fuerte como creía y no iba a poder mantener su promesa. Con ella no. Con ella jamás—. ¿Qué voy a hacer contigo?

La científica tragó saliva. Necesitaba tomar aire. Se relamió los labios.

—No lo sé. ¿Qué es lo que vas a hacer? —se giró y lo encaró bajo el agua de la ducha de hidromasaje. No podía demostrar que estaba afectada por sus caricias, porque ella sabía que esas sensaciones no eran reales. No podían serlo—. Hemos dicho que me darías tu protección

a cambio de mi información —dijo con voz temblorosa. No miraría hacia abajo. No miraría su escultural cuerpo, ni aquella vara que tenía entre las piernas con un tamaño desproporcionado, estaba convencida de ello. Se limitaría a encararle y a demostrarle que no la podría intimidar. Ella le servía. Y, hasta que no supiera la verdad sobre lo que había descubierto, todavía tenía un poco de poder en aquella situación. Todavía tenían una tregua y sacaría provecho de ella.

Cahal ya no aguantó más. Se volvió loco. Tenía a su mujer desnuda ante él. Olía a fresón mojado por todos lados. Ella era un manjar brillante y enardecido por su toque. Dio un paso al frente, alzó una mano y la enredó en los pelos rubios de su nuca. Le echó la cabeza hacia atrás con fuerza y maldijo mil veces. ¿Por qué le había pasado eso a él? ¿Por qué su pareja tenía que ser así? Aunque se moría de ganas de dominarla, sabía que no podía hacerlo. No de esa manera. La científica necesitaba acostarse con él siendo una vaniria, no una humana. Solo entonces podría comprender la magnitud de sus emociones. Solo así podría creer en ellos. Y no quería cometer errores irreparables. ¿Qué debía hacer? ¿Entendía ella que no podía controlar el hambre vaniria estando el uno tan cerca del otro?

—Tú no tienes ni idea de lo que soy, ratita. Ni idea —le dijo admirando la belleza de su rostro alzado hacia él—. No tienes ninguna posibilidad de controlar nada, y lo único que puedes hacer es esperar a que yo me comporte honorablemente.

—Sí —murmuró ella.

—¿Y lo haces? ¿Lo esperas?

—No —contestó acongojada y a punto de echarse a llorar. Él le daba miedo del mismo modo que un halcón asustaría a un roedor en un campo abierto—. Pero me obligo a hacerlo. No tengo otra opción y quiero creer en tu palabra.

Cahal le acarició la mejilla con el pulgar. Quería besarla y tranquilizarla, pero no podía. Se lo había prometido. Nada de besos.

—Te diré lo que vamos a hacer —necesitaba decírselo, al menos una vez. Puede que así no se sintiera tan mezquino. Quería creer que él sí había sido sincero con ella, aunque luego le borrara el recuerdo.

—¿De verdad? ¿Serás sincero?

—Sí.

A la joven se le iluminaron los ojos de agradecimiento. ¿Había sido alguien alguna vez honesto con ella? ¿Podría serlo ese hombre que quería protegerla? ¿Por qué se emocionaba?

—Gracias —agradeció con humildad.

Él apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

—No me las des. Te voy a morder y voy a beber de ti. —Ella agrandó

los ojos y abrió la boca asustada—. Después tú vas a beber de mí... —¡No! —Miz intentó apartarse de él—. ¡Nada de intercambios! ¡Me has prometido que...!

—Tranquila, no te va a doler. —La miró a los ojos, reteniéndola del pelo. Sus pupilas se dilataron; su azul se tornó blanquecino y sus colmillos refulgieron blancos y afilados—. Deja de pelear y escúchame. —Bajó el tono de voz y ella se quedó lánguida en sus brazos. Cahal sabía que no recordaría nada de aquella conversación. Él se encargaría de ello—. Vamos a intercambiar nuestra sangre; con esta vez, llevaremos dos —especificó juntando su frente a la de ella—. Lo siento, ratita. Pero no te puedo dejar escapar. Mi intención es transformarte —secó una lágrima que caía por la comisura de su ojo derecho y se sintió como un mierda por verla llorar por su culpa—. Obtendré la información que necesito y, mañana, te presentaré al Consejo Wicca. No les caes bien a nadie. Joder —gruñó—, ni siquiera sé si me caes bien a

mí... Pero eres mía, ¿lo entiendes? Y no permitiré que te alejes de mi lado. Y para ello necesito anudarte a mí para toda la eternidad. Seguro que piensas que soy un despojo. —Se encogió de hombros—. Pero tú no has estado dos mil años sin sentir nada, nena. No quiero que tu mortalidad ponga en riesgo la permanencia del don que me otorgas; y si me odias por ello cuando descubras que te he engañado, no te culparé —inclinó la cabeza de su mujer hacia atrás, hasta exponer perfectamente su garganta. Se relamió los labios, abrió la boca y la mordió con ganas.

Ella gritó e intentó pelear contra él. Se lo quería sacar de encima. Cahal la abrazó con fuerza, piel contra piel, y la inmovilizó contra la pared. Sorbió de ella y se la bebió como si fuera una bebida refrescante. La sangre resbaló por el cuello de la joven y tiñó ligeramente el plato de la

ducha. El druida cerró los ojos, acompasó su respiración a la de ella y recopiló toda la información que había en su ADN.

Que Miz era superdotada, ya lo sabía.

Que la primera vez que había bebido de ella iba ciego de deseo y solo

le había servido para desquitarse y alimentarse, también lo sabía. Pero que estaba ante la mente más brillante, sexy, confundida y compleja de toda la historia, lo dejó abrumado.

Él era un hombre inteligente y sabio, no había la menor duda. Pero ella... Esa mujer humana, rubia y aturdida, tenía los hemisferios desarrollados al máximo, y unas sinapsis divididas casi en compartimentos y con postit por todos lados. Era pura organización y análisis. Y también era celosa de su conocimiento y había luchado por salvaguardar su información. Curiosamente, había protegido todo lo que ella sabía, y lo había hecho porque tenía una gran conciencia sobre lo que estudiaba y aquello que había descubierto. Pero, ¿qué era?

En su sangre vio los años trabajando para Newscientists y las cosas que ella había hecho. En realidad, no había torturado a nadie más; no se dedicaba a ser verdugo de nadie, pero sabía cómo hacer daño. El problema era que había utilizado ese conocimiento para dañarlo a él. Solo a él. Y eso le cabreaba soberanamente.

Lucius y Strike se dieron cuenta de que ella le afectaba y de que iba a ser importante para él, y la utilizaron. Malditos hijos de perra. Había sido todo una trampa, y nada odiaba más que caer en una de ellas y, encima a manos de su más odiado antagonista. Lucius... Lucius quería su don. Y quería saber lo que él sabía. El problema era que el vampiro no tenía ni idea de que llevaba dos mil años con su don dormido y tan apático como si fuera un vegetal. Creyeron que Miz lo despertaría. Obvio que lo habría hecho si hubieran intercambiado sangre. Pero conocía la mente de ese desgraciado, y sabía que, si tenía algún interés en Miz, no iba a permitir que nadie bebiera de ella.

Por eso su don no despertó delante de ellos; pero ahora había cobrado vida de un modo que a él le costaba controlar. Había pasado todos esos días solo para estudiar su nuevo poder y entender cómo manipularlo de nuevo. Debía recordar cómo hacerlo y, también, debía respetar su magia y su energía: no podía abusar de ella o se le volvería en contra. El druida albergaba un poder descomunal, pero los grandes dones conllevaban grandes responsabilidades. No debía olvidarlo.

Siguió bebiendo.

Mediante su sangre, empezó a conocerla. La chica se había resguardado en sus estudios. Era una ratita de biblioteca, ajena a su sexualidad e ignorante de su verdadera sensualidad. Siempre llevara ropas desenfadadas que no delinearan su cuerpo ni se aferraran a su piel.

Nada de tonos llamativos. Recogía su pelo en un moño bajo y utilizaba gafas de pasta negra para trabajar. Ella creía que eso la haría menos atractiva. Pero la pobre ratita no tenía ni idea de que la hacía muchísimo más sexy y que, querer apartar de ella las miradas masculinas con ese atuendo, provocaba, justamente, el efecto contrario. Los hombres eran unos pervertidos y adoraban a las profesoras.

Mientras bebía de ella, acarició la parte baja de su espalda y colocó una mano sobre su nalga. ¿Alguna vez había habido algo tan suave?

Miz no tenía contacto con hombres. Solo Lucius, Seth, Patrick y Sebastian estaban en su cabeza. Aunque claro, la imagen que tenía grabada en ella no tenía nada que ver con la realidad. Ese cabrón de Lucius había modificado sus recuerdos, pero poco a poco iban cayendo. De hecho, ella ya había podido ver cómo eran en realidad.

También estaban las dos chicas de aspecto masculino con las que trabajaba. Eran bonitas. No se maquillaban, tenían el pelo muy corto y ambas, las dos, eran planas como tablas. Una de ellas era Laila. Por todos los dioses, ¡cómo odiaba a la zorra! Por suerte, había muerto. Su hermano Menw la había matado en el interrogatorio en la habitación del hambre.

Intentó captar imágenes de ella y Laila en la intimidad porque suponía que habían mantenido relaciones. Pero solo podía ver una única imagen: ambas arrodilladas en la cama. Miz usaba una camiseta desgastada, ancha y de color rosa palo con el número 77 de color negro estampado en el frente. A su lado, Laila retiraba un mechón de pelo rubio de su rostro y le entregaba una carta con las palabras High Sky Boys Club. Esta vestía con ropa de trabajo, cosa extraña, como si acabara de salir de las instalaciones de Newscientists. Cahal no comprendía nada.

Se centró en la imagen. Aquella era la casa de su chica. Su habitación. ¿No iban a hacer nada? Miz no le dejaba ver nada más, hecho que le demostró que la científica no era tan débil como había pensado. Pero no era contrincante para él. Dio un empujón y pudo escuchar cómo se rompían las barreras. La mente era muy explícita y mostraba todo de manera muy figurada. Si había barreras que te impedían ver recuerdos, solo se tenían que dinamitar.

Esta vez, Huesitos estaba con Laila y unas cuantas chicas más. Estaban en casa de una de ellas, se suponía que era la de Laila. La rubia hablaba con ella de manera muy distendida y Laila la tocaba con familiaridad y confianza. Le ponía las manos en las caderas, le acariciaba la mejilla y ... ¡besaba! ¡La estaba besando, joder! Había algo erótico en ver a dos mujeres compartiendo sus labios; a él le encantaba, pero no le gustó ni pizca saber que su científica era una de ellas. La astrofísica le había prohibido los besos, pero no se los había negado a Laila. Estaba tan celoso que le dolía el pecho. ¡Celoso de una lesbiana!

El druida gruñó contrariado. Quiso descubrir más. Aunque le molestara, quiso sentir hasta qué punto Huesitos disfrutaba de aquello. Pero no vio nada más a excepción de algunas cenas en locales japoneses y rondas esporádicas de tequilas. Y luego trabajo y más trabajo: imágenes inconexas de probetas, charlas con Lucius, conversaciones con Patrick... Manipulación de ordenadores centrales, informes protocolarios... Todo muy impersonal y aburrido. E inútil para él. Si Miz había descubierto algo tan importante, si sabía algo tan relevante para la humanidad, ¿por qué no se manifestaba en su cabeza con carteles fluorescentes y fuegos artificiales? No le cuadraba. Aquello no le cuadraba. Debería verlo. Estaba bebiendo de ella, se hallaba en su cabeza... ¿Qué era lo que Huesitos no contaba?

También recibió fegonazos de recuerdos traumáticos. Una mujer y su hija acorraladas por un gupo de vampiros. Aquello iba a acabar muy mal. Se trataba de su madre y de su hermana.

Su familia había muerto de la manera más cruel, a manos de esos desalmados, y ella había intentado luchar contra ellos a su modo. Pero luchaba contra los vanirios sin saberlo. La manipulación era clara y concisa.

¿La científica era culpable de algo en realidad? Sí. Lo era. Había despertado a su animal interno, al ser desalmado y avaricioso que se hallaba en los de su raza. No la dejaría escapar. No ahora que la había encontrado.

La débil queja de la humana lo sacó de su cabeza. Estaba bebiendo demasiado y ella se quedaba laxa. Apartó los colmillos de su garganta y pasó la lengua por los orificios. Estos se cerraron al instante. Se quedó mirando los dos puntitos rojizos que había dejado y luchó contra la bestia del vanirio, ese animal interno que exigía convertirse en uno con su pareja de vida. Quería sexo. Sumisión. Pasión... Anhelaba el contacto más íntimo entre un hombre y una mujer.

No obstante, ya le haría demasiado daño convirtiéndola como para también tirársela en la ducha sin que ella lo recordara. No era tan malo, joder; por tanto, se aguantaría y no lo haría.

Huesitos ya no se tenía en pie. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Estaba un poco pálida.

—Pobrecita —musitó, acercándose a sus labios. Aquella mujer tenía un pequeño surco que le dividía la barbilla. En cierto modo, ese mentón le recordaba al de Aileen por su simetría y su armonía facial. Se dio cuenta de que quería probar esa boca pero, si lo hacía, la traicionaría. Otra vez—. Bebe de mí, mo dolag. Te ofrezco lo que soy y lo que tengo —alzó una mano por encima de su cabeza, apoyándose en la pared, mientras con la otra sostenía el cuerpo pálido de su chica. Cerró los ojos y proclamó—: Cas na mo signe. Empuño mi puñal.

En ese momento, el puñal distintivo de los keltois se materializó en su mano. Acarició con el pulgar la empuñadura de marfil blanco en forma de oso levantado sobre las patas traseras. El oso tenía grabado en la barriga un triskel en todos los puñales de su clan, excepto en el suyo. En el suyo había un awen, el símbolo que se asociaba a los druidas originales. Y en la hoja del puñal había una inscripción en gaélico: An duine draoidheachd. El hombre mágico.

Llevaba dos mil años sin serlo, pero la sangre de su pareja había despertado su don dormido. Ahora podría invocar de nuevo, podría hablar con los elementos, podría comunicarse con la naturaleza y manipular su realidad. Huesitos llamaba a eso «interacciones de la ciencia con su entorno». Él lo llamaba magia. ¿Podrían llegar a un punto en común?

Deslizó la punta del puñal sobre su musculoso pecho e hizo un corte en horizontal. La sangre empezó a manar de la herida. Roja y llamativa, fluía por su piel y su torso.

—Bebe —le dio una orden mental.

La mujer parpadeó levemente y clavó los ojos en el líquido rubí. Con un ligero aturdimiento, colocó las manos sobre su pecho, rodeando la incisión. Apretó levemente la carne y eso hizo que la sangre saliera con más fuerza.

—Vaya... —susurró Cahal, mirándola con atención. Recogió su larga melena rubia en un puño y la apremió para que lo chupara.

Ella se relamió los labios y colocó su boca sobre la herida, bebiendo obedientemente y tragando, acompañándose de ruiditos que al druida le parecieron eróticos y, a la vez, muy tiernos.

—Eso es, muñeca. Eso es... —Caray, se iba a correr solo con eso—. Me cago en la puta... —susurró, moviendo las caderas hacia adelante y hacia atrás e impactando su desnuda erección contra el vientre de la astrofísica. Parecía que no se saciaba y seguía bebiendo; no solo por

su orden mental, que la obligaba a ello, sino porque, al parecer, su sangre le gustaba de verdad. Cuando hubo tomado suficiente, la apartó con delicadeza—. Ya van dos, nena. Una más y eres mía para siempre.

Miz seguía aturdida, con las pupilas claramente dilatadas, todavía bajo el poder mental del vanirio.

Ella no sería consciente del modo en que la arropó con una toalla negra. No notaría sus brazos rodeándola y alzándola contra él. Ni tampoco podría adivinar el momento justo en el que Cahal se metió con ella en la cama, la acercó a su cuerpo y los cubrió con la colcha.

—Duérmete, Huesitos —cuando vio que ella cerraba los ojos, añadió—. Mañana va a ser un día muy duro. Mañana entrarás de lleno en mi mundo.

Dudley

Cuando ella abrió los ojos, lo último que esperaba encontrarse era con un enorme cartel de bienvenida a Dudley. Estaba en el interior de un coche, y no uno cualquiera. Ese vehículo en especial tenía el tapizado de piel de color rojo y un bonito logo de Il Cavallino Rampante en el centro del volante. Ella nunca había prestado atención a las marcas de los coches, era algo que no le importaba en absoluto. De hecho, conducía su viejo escarabajo amarillo y le parecía tan funcional y útil como cualquier otro. Pero no era tan estúpida como para no saber que ese escudo era el de un Ferrari.

Un ordenador de a bordo GPS indicaba que se dirigían a la parte norte de Dudley. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Se puso una mano sobre la frente e intentó recordar. Lo último que recordaba era que se había duchado con Cahal y después se durmió a su lado. Los dos juntos en una cama.

Había dormido con él. Y jamás se había sentido tan bien y tan en paz, pero seguía aturdida. Como si hubiera algo más y ella no pudiera averiguar de qué se trataba. Dirigió sus ojos soñolientos a la ropa que llevaba. ¿Aquello era una túnica? ¿De verdad llevaba una túnica negra con capucha?

Miró a su derecha y se encontró con la sonrisa torcida de Cahal y sus ojos claros penetrantes.

—Duermes muy profundamente, muñeca.

La joven lo miró fijamente durante unos segundos. ¿Por qué olía el interior de ese coche a canela? ¿Era el desodorante? ¿De verdad era el olor de ese hombre? Señor... Así no se podía vivir. —¿Qué hago... —se aclaró la garganta y empezó de nuevo—: ¿Qué hago aquí? ¿Adónde vamos? —A ver a unos amigos. No te pude despertar, así que decidí vestirme y cargarte hasta el coche.

Ella arqueó las cejas sin comprender y se estremeció. El corazón se le aceleró. Jamás dormía tan profundamente.

Cahal agarraba el volante con fuerza, llevaba unos tejanos oscuros y una camiseta negra ajustada con las mangas arremangadas hasta los codos. La serpiente de su antebrazo se movía según lo hacían sus músculos. No le gustaba aquello. Ni pizca. ¿Le iba a presentar a unos amigos? Se vio en la obligación de decir:

—Yo no tengo amigos. —Mis amigos son tus amigos. Pórtate bien con ellos y ellos serán condescendientes contigo —le guiñó un ojo. —No. Ni hablar. En este caso, los amigos de mis enemigos no son mis amigos. ¿Comprendes?

Él sonrió y clavó la vista en la carretera.

—No soy tu enemigo y lo sabes. Esta noche te he respetado, nena. No he hecho nada que te haya puesto en un compromiso. —Mentira número ciento dieciséis, pensó Cahal.

—Discrepo sobre eso —se cruzó de brazos. Ese hombre se pensaba que manosearla y

meterle mano en sus zonas íntimas no era ponerla en un compromiso. Estaba loco—. ¿Qué hacemos en Dudley?

—Es nuestra zona.

—¿Vuestra zona?

—Sí. Dudley, Segdley, Walsall, Wolverhampton... La BlackCountry. El país negro. —Sé lo que significa. —Bien —señaló el cielo—. Ya sabes lo de las minas de carbón, las fundiciones de acerías y todo lo demás, ¿no? Creaban una polución atmosférica en forma de una capa permanente en el cielo que no deja que los rayos solares lleguen con la fuerza debida. Es perfecto para nosotros los vanirios —aclaró levantando una ceja rubia.

—Por vuestra aversión al sol.

—Sí.

—Pero esto es... —Agitó la cabeza, consternada—. Esto es... ¿De verdad este es vuestro territorio? ¿Cómo puedes pasar por Dudley con un Ferrari? No lo entiendo... Vas a levantar suspicacias entre los vecinos, llamas mucho la atención.

—Nop —aclaró él—. Les borro el recuerdo —se tocó la sien y sonrió—. Hacemos un barrido y modificamos ligeramente el contenido de lo que han visto los humanos de la zona.

Ella entreabrió la boca.

—¿De verdad tienes tanto poder? ¿Cuántas personas hemos visto a pie en Dudley desde que estamos hablando? ¿Sesenta? ¿Setenta? Eso sin contar los coches que van por la misma carretera... ¿Puedes con todos ellos?

El rubio hizo una mueca con los labios.

—No tiene importancia. No es tan difícil.

—¿Que no es tan difícil...? —Todavía con la boca abierta, miró al frente y comprendió que si Cahal podía hacer eso con normalidad, ¿qué no habría hecho en su cabeza?—. Joder —se cruzó de brazos—. Da miedo saber que existes.

—Gracias, supongo.

Ella se palpó disimuladamente los pechos.

—¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Claro que no.

—¿Se puede saber por qué no llevo ropa interior?

—Se me ha olvidado comprarte ropa, y esto era lo único que podía irte bien. Lo siento. Pero ya he encargado unas cuantas cosas para ti. No te quejes, porque tengo la máscara de *Scream* en el maletero. Si quieres te la pongo. Va con el disfraz —la miró de arriba abajo.

Ella resopló y movió los dedos desnudos de los pies.

—Ni calzado. Tampoco llevo calzado.

—Ups. Lo siento —contestó él sin sentirlo plenamente—. Pero pensé que te verías ridícula con un cuarenta y seis.

—Por Dios, no gracias. ¿Quién eres? ¿Big Foot? —Nunca había sido tan impertinente. De hecho, jamás había conversado con alguien de ese modo: sin diplomacia y con un recelo tan patente—. De todos modos, yo puedo comprarme mis cosas.

—¡Mec! ¡Error! —bociferó él—. Tú ya no puedes hacer nada, Huesitos —recalcó amablemente—. No puedes tocar tus cuentas corrientes, ni llamar a ninguna examiga, ni acudir a tu exgimnasio, ni a tu anterior supermercado, ni nada de eso... No puedes regresar a tu apartamento, ni a tu vida. Lucius y Patrick te vigilan; y si es verdad que ocultaste información —cosa que le encantaría averiguar porque en su mente no había visto mucho sobre eso—,

estarán deseando que saques la cabeza de tu nido para extraerte ese cerebro brillante que tienes.

—Ya... —Jugó nerviosa con la tela negra que cubría sus piernas. El vanirio estaba en lo cierto. Su vida ya no era suya como antes. Ahora su único valor era su conocimiento; no tenía nada más ni nadie a quien recurrir, por eso había aceptado desesperada el trato de aquel rubio enorme—. Sabes que tus amigos me odian, ¿no? No sé por qué me llevas ante ellos, pero... No creo que les haga ninguna gracia. A mí no me la haría.

—Tú sé simpática y muéstrate arrepentida por todo, y ellos te tratarán bien.

—Yo odio la condescendencia.

—¿Por qué?

—Porque es falsa. Me mirarán diciendo: «Sabemos que eres una zorra sádica que ha hecho daño a nuestro amigo, pero como tienes información que nos es muy útil, vamos a sonreírte como si nos cayeras bien y a perdonarte esa vida miserable que tienes». Eso es ser condescendiente. Y no lo quiero. Prefiero que me vayan de cara.

Cahal asintió con la cabeza. En realidad, noibanasercondescendientes con ella; él solo pretendía calmarla. Iban a ser muy crueles, sobre todo Maru Beatha y Rix Gwyn, miembros del Consejo Wicca.

Beatha había tenido a dos de sus hijos en esos túneles; y él no quería ni imaginar lo que habían sufrido. Los había sentido, a todos y a cada uno de esos niños. De hecho, formaba parte de ellos y se había creado un vínculo invisible. Y eso que no se habían visto las caras en ningún momento. No se habían comunicado telepáticamente, pero había un canal abierto entre todo ser vivo: el canal del corazón. Y aunque el de ellos estaba bastante maltratado, se habían encontrado y se habían hecho compañía en la tortura, en las lágrimas y en la vergüenza. Ninguno de ellos había estado en disposición de cambiar aquella horrible situación, pero sí que podían escoger la actitud con la que afrontar ese sufrimiento. Y habían decidido apoyarse los unos en los otros. Y a él, incluso estando en plantas diferentes, le había llegado ese apoyo invisible e incondicional. Y, de igual modo,

sabía que la energía que él les mandaba había abrigado el alma helada de esos críos. El vanirio la miró de reojo y captó sus nervios y su miedo. Un ser tan racional como ella debía temer el descontrol. —No permitiré que te hagan daño, ¿de acuerdo? Todo se arreglará —Oh, sí. Y él sabía cómo hacerlo. Ella tragó saliva, apoyó la cabeza en el respaldo tapizado de piel roja, y cerró los ojos. ¿De verdad se iba a arreglar?

—¿Ayer me mordiste? ¿Bebiste de mí?

Cahal activó el intermitente y giró a mano derecha.

—Sí. Lo hice.

Ella exhaló el aire con cansancio.

—Me siento rara. Estoy un poco mareada y tengo ganas de vomitar.

—Son los nervios —No. Era la transformación. La ingesta de sangre vaniria. —Llevo días sin comer... —No pasa nada. Cuando salgas de aquí, comerás —No. Otra trola.

No comería hasta después de la conversión. Su estómago debía de estar vacío, porque a su humanidad le quedaban unas pocas horas.

Ella lo miró de reojo.

—Suenas convincente... Pero no quiero ni imaginarme lo que has hecho conmigo ya. No soy estúpida —le miró por entre sus tupidas pestañas rubias—, y sé que me estás ocultando cosas. Nunca me había pasado con nadie; pero contigo, simplemente lo sé.

«Claro. Somos pareja, nena»

. A él le daba igual lo que ella opinara. No había vuelta atrás. Esa era su decisión y la iba a tomar por los dos. —No he hecho nada malo. No te he traicionado —otorgarle la inmortalidad no era traicionarla.

Ella sintió que el corazón se le encogía.

—Cahal... —susurró negando con la cabeza de un lado al otro.

¿Por qué estar cerca de él la calmaba? Era como un arrullo constante. Debería estar atacada de los nervios y, sin embargo, a su lado, no había ansiedad ni pánico. Y lo más inquietante: ¿Por qué razón no podía apartar sus ojos de él? Lo tenía que mirar de refilón para que él no viera la fijación que tenía con su cuerpo. ¿Quién se lo iba a decir? Su mundo se había resquebrajado, y ella estaba cambiando. Nunca en su vida había necesitado creer en alguien tanto como necesitaba creer en él en ese momento. Había crecido aprendiendo a creer solo en sí misma; pero ese vanirio se iba a convertir en su pilar, el único en el que ella podría apoyarse, el único clavo ardiendo al que cogerse cuando todo se derrumbara a su alrededor.

Lecreería. Sí. Creería en él, aunque su razón la advertía que se equivocaba. Pero algo en su interior, a la altura del pecho, la compelia a confiar casi ciegamente en el único hombre que debía odiarla más que nadie, y que, sin embargo, estaba siendo considerado con ella (a su manera) y le ofrecía su protección. Eso significaba algo, debía de significarlo.

Sí. Entraría allí, conocería a todos los que la odiaban y pagaría por sus pecados. Pagaría la deuda por haber hecho daño a seres supuestamente inocentes y también por haber traicionado el recuerdo de su madre y de su hermana. Les ayudaría, y si su mundo se iba a la mierda por ello, entonces, iría directa al infierno. Porque el infierno también debía existir en un Universo en el que habían vanirios y vampiros. Y el cielo estaba claro que no era para ella.

No creía en un debate abierto con los vanirios. Seguramente, querrían torturarla como ella había hecho con uno de los suyos.

—Nena, mírame —Cahal la tomó de la barbilla y le limpió una lágrima que se deslizaba por su mejilla—. No llores, no dolag. No llores, por favor —le pidió él con dulzura.

¿Estaba llorando? No se había dado cuenta.

—Estoy sola —murmuró limpiándose los ojos húmedos con el dorso de las manos—, pero te pido que me protejas de verdad. No me traiciones. Sé que tú, al final, harás lo que te dé la gana, pero déjame entrar ahí creyendo que no permitirás que me...

—No, chist... —Cahal paró el coche y le pasó un brazo por encima del hombro—. No lo permitiré. Soy un vanirio y, aunque no lo creas todavía, eres muy importante para mí. Sé que es difícil de comprender, pero no por eso es mentira. Es nuestra verdad. Confía en mí y todo saldrá bien.

—Lo que quiero decir es que, si no me vas a apoyar o a proteger, dímelo ya, y así me mentalizaré para enfrentarme a ellos —tenía los ojos rojos y brillantes.

—Te prometo que saldrás con vida de aquí y que podrás seguir con tu trabajo y con tus cosas, Huesitos. Pero será diferente. Estarás con nosotros. Tranquilízate —le acarició la mejilla. Odiaba verla así—. Necesitamos tu ayuda, no somos tan viscerales como para dejarnos llevar por la ira. ¿Confías en mí? —se le rompió el corazón al hacerle esa pregunta y ver cómo ella asentía y sorbía sus lágrimas por la nariz.

—Creo que sí.

«Soy un hijo de puta».

—Bien. Eso está mejor. Vas a conocer al Consejo Wicca de los vanirios —encendió el motor del coche, que ronroneó como un gato perezoso, y se dirigió al especial vecindario Vanir de Dudley.

El atardecer en Dudley dejaba el pavimento mojado por las recientes precipitaciones y un cielo grisáceo que amenazaba con tormenta. Atrás quedaban un museo, un cine, muchas fábricas y largos kilómetros de alfombras verdes y tupidos árboles. Hacía unos minutos que no aparecían las típicas casas inglesas de obra vista con ladrillo rojizo, y ahora se internaban por un camino rodeado de robles y olmos.

El camino pavimentado daba a una casa de diseño que nada tenía que ver con la arquitectura vista anteriormente. Lo bueno era que estaba oculta a los ojos de los vecinos, y para verla, solo podías hacerlo desde el aire.

La casa, de aspecto muy vanguardista y de estructura cubicular, no tenía buena iluminación. El olor a hierba mojada le hizo experimentar un estúpido sentimiento de familiaridad. Bueno, los campos de Inglaterra solían oler así, y los llevaba oliendo desde niña.

Cahal aparcó el coche en el garaje particular. Una vez adentro ni siquiera encendió las luces. En algún sitio, él vio una especie de pantalla táctil de reconocimiento. Posó la palma de su mano derecha y abrió los dedos. La luz roja del escáner se movió de arriba bajo y leyó sus huellas digitales. Y, entonces, una compuerta metálica se abrió. O eso intuyó Miz, porque a oscuras ni siquiera lograba atisbar lo que tenía enfrente. Su vista de por sí no era nada buena, por eso agradeció que la mano caliente de Cahal rodeara la suya y tirara de ella para guiarla.

El vanirio la guió a través de unas escaleras que descendían a una parte subterránea.

—Teine (Fuego) —dijo el druida.

Tras aquella orden, cientos de antorchas colgadas en la pared iluminaron un larguísimo pasillo. —En serio —la joven tuvo que apretar los dientes para que no le castañetearan—, me pones la piel de gallina.

Lo que apareció ante sus ojos la dejó sin habla. En esas paredes había inscripciones tan antiguas como el tiempo y símbolos grabados de una belleza cautivadora. Las cornisas de los techos eran de oro macizo y tenían incrustadas piedras preciosas que brillaban con soberbia y vanidad. El suelo de mármol era blanco y suave al tacto.

—Curioso —declaró la científica analizando lo ostentoso del lugar y quedándose con la sensación del frío suelo bajo la planta de sus pies desnudos.

Un pasillo, más ancho que los anteriores, daba a otro curvo con una puerta de madera de roble con empuñaduras de oro en forma de garras. Cahal se detuvo y empujó la puerta, pero antes de abrirla por completo, la miró por encima del hombro.

Miz observó su ancha espalda, embutida en esa camiseta negra pegada a su piel, y en su cabeza tan rubia, viril y rapada. Quiso abrazarse a él en un momento de desesperación. No las tenía todas con ella.

Podía ser que ese fuera su último momento de vida. En realidad, ella no sabía quiénes eran los vanirios, qué principios tenían ni cuáles eran sus costumbres. Había decidido creer a Cahal porque algo dentro de ella le decía que no se equivocaba; pero, ¿y si su nula intuición fallaba? Todo lo que había creído sobre ellos era falso y estaba infundado. Y eso se resumía en que no sabía nada. Cero.

Los vanirios podían ser diferentes a los vampiros, o muy parecidos.

—Pase lo que pase, recuerda mi promesa —ordenó Cahal mirándola sin parpadear—. Tú me perteneces. Yo te pertenezco. Y nadie puede decidir sobre ti. Nadie.

Aquello debería haberle sonado ridículo y ofensivo pero, en ese momento, necesitaba escuchar esas palabras exactas. Rozaba lo absurdo porque era él quien la llevaba a la cueva de los lobos, pero la protegería. Así iba a ser.

Miz asintió y le abrazó por la espalda. Era agradecimiento lo que barrió su cuerpo. Ese hombre debería matarla; debería haberlo hecho en el primer momento que tuvo oportunidad. Si ella se encontrara con los vampiros que violaron, torturaron y mataron a su familia, no dudaría en descuartizarlos nada más verlos. Pero ese vanirio no había hecho nada de eso. Le estaba dando la oportunidad de vivir.

Sollozó contra su espalda. La capucha se le cayó y descubrió su rostro. Era la primera vez que actuaba de un modo emocional y espontáneo, pero la impresión de esas palabras le hizo actuar impulsivamente. «Tú me perteneces. Yo te pertenezco». Qué bonitas afirmaciones. El cuerpo de ese vanirio que decía ser de ella le transmitió todo el valor que le faltaba para encarar aquella dura prueba.

Cahal se quedó de piedra al sentir que los delgados brazos de su chica le rodeaban la cintura y se pegaba a él por voluntad propia, con total confianza. Confianza.

Apretó la mandíbula y su mirada se llenó de reproches hacia sí mismo. Ella comprendería. Ella comprendería lo que iba a hacer. La débil confianza que se había forjado entre ellos iba a volar por los aires después de esa noche.

Pero Cahal le enseñaría.

Era el primer paso para que compartiera la noche eterna a su lado, y por su mente no pasaba que ella le rechazara. Era imposible negar a la pareja de vida, ¿no?

Miz se apartó dando un paso hacia atrás y levantó la barbilla como una valiente amazona.

—Venga, vanirio. Échame a los leones.

Cahal abrió la pesada puerta con un leve empujón de sus manos.

El Consejo Wicca, todos los miembros de los clanes berserker y vanir y los chicos y chicas que habían sido secuestrados por Newscientists y se estaban reponiendo de sus heridas físicas y psicológicas les estaban esperando con una promesa de fría venganza en sus ojos.

No. Mizar tuvo clarísimo que en aquella sala no habría perdón para ella. Y en cuanto vio las cabezas rapadas de todos los niños y la tensión y

el miedo con que la miraban, ella misma se condenó a esa igual suerte.

Deberían matarla. Por haber sido ciega e ignorante.

Pero no podrían, porque Cahal la protegería.

Estaban todos. Todos.

Cahal se llenó del olor a madera quemada de las antorchas y del perfume a incienso. Allí, en ese salón circular de enormes proporciones, él había dado su opinión cientos de veces sobre todos aquellos temas que preocupaban a los vanirios.

En el centro del salón había ocho butacas. Ocho tronos de bella manufacturación con símbolos celtas, los símbolos que representaban a su cultura. Frunció el ceño. Antes eran seis. Dos por cada pareja que lideraba cada uno de los tres distritos donde había representación vaniria. Hasta entonces, Wolverhampton no había tenido representación en el Consejo por ser territorio berserker; pero ahora había dos nuevos tronos, y Caleb y Aileen estaban sentados en ellos. De los ocho tronos solo habían dos libres, y esos sí que habían pertenecido a los dos traidores: Dubv y Fynbar del Consejo de Walsall. Alguien tomaría el relevo tarde o temprano.

Gwyn y Beatha, Inis e Ione y Aileen y Caleb los miraban fijamente. Estaban cubiertos con una sotana púrpura y sus rostros permanecían semiocultos, al resguardo de las holgadas

capuchas. Cahal observó cómo Caleb McKenna alzaba una comisura de su labio y sonreía con orgullo al verlo. Joder, Caleb era su brathair; no de sangre, pero sí de corazón y tenía ganas de volver a hablar con él. Aileen, su pareja, también alzó la barbilla y clavó sus ojos lilas en él y en su acompañante alternativamente. Parecía más angustiada que el resto. Su mirada reflejaba preocupación y compasión cada vez que recaía en la científica, y seguramente era así porque la híbrida había pasado por eso una vez; y fue muy traumático para todos. Pero ella, de todos los ahí reunidos, al menos de todos los vanirios, era la única que mostraba un poco de compasión.

Los demás habían dictado sentencia. Los hombres y las mujeres Vanir querían la cabeza de Miz. Daanna y Menw intentaban no reflejar muchas emociones, pero sabía que su hermano estaría más que de acuerdo en acabar con Miz, no obstante, no apoyaría la moción porque sabía que era su cáraid; y Daanna tampoco abogaría por la muerte de la ratita porque ella sabía lo mucho que sufriría él sin ella. Él podría perderse en la oscuridad.

Pero los otros estaban sedientos de venganza... Maru Beatha y Rix Gwyn sobre todo. Y lo demostraron cuando, a la vez, todos los vanirios alzaron las copas vacías de cristal de Bohemia y estas refulgieron con la luz de las antorchas. Exigían su sangre. Su vida.

Los berserkers, con As Landin y su kone María a la cabeza, también estaban resentidos con la humana. EnCapelleFernenosolohabíanguerreros y niños vanirios, también había berserkers.

Adam el chucho y la sexy Ruth estudiaban a Miz. El berserker moreno y con el piercing en la ceja inclinaba la cabeza y susurraba algo al oído de Ruth, que asentía con aquel amasijo de rizos caoba revoloteando a su alrededor sin perder de vista a la científica. Cahal tuvo ganas de echarse a reír. No la veía desde el Ministry. Al parecer, la Cazadora había puesto al lobo de rodillas. ¡Bien por ella!

Y Noah, el berserker rapado que tenía el pelo tan rubio que parecía blanco, estaba de brazos cruzados, analizando a cada uno de los seres que había en ese salón. Ese hombre sabía más de lo que callaba,;siempre le ponía los pelos de punta.

Joder, después de afeitarse la melena rubia que tenía, él mismo podría pasar por un berserker. Pues vaya.

Se detuvieron en el centro del semicírculo que creaban los ocho tronos y Cahal tiró del brazo a Miz y la obligó a arrodillarse ante ellos. Era una humana, una que había hecho mucho daño a los clanes, y lo mínimo que podía hacer era mostrar respeto.

Ella lo miró de reojo y apretó los dientes para luego agachar la cabeza y admirar el pentágono que había grabado en el suelo. Estaba postrada justo en el medio de esa estrella.

El druida dio un paso al frente y, justo en el momento en el que iba a hablar, un movimiento a su izquierda, entre la multitud vaniria, lo distrajo.

Cuando giró la cabeza y se centró en aquello que le había llamado la atención, se encontró con un par de ojos enormes y rasgados, entre azules y marrones claros. Su cabeza rubia y rapada emergía de entre la multitud como un destello de luz entre tanta túnica morada. Tenía agarrado de la mano a un pequeño cabeza rapada pelirrojo; era un niño extraño, pálido y de ojos azules como el cielo. El críolo miró con adoración como queriéndose acercar a él, y Cahal sintió simpatía por él al instante.

Alrededor de ese par de luchadores no tardaron en aparecer más cabezas rapadas, y todos, sin excepción, le miraban a él, y sentía que le traspasaban el alma; que ellos sabían lo que estaba experimentando. Eran berserkers y vanirios, hombres y mujeres, niños y niñas. Y

estaban en comunión entre ellos, porque habían pasado por lo mismo en los túneles de Chapel Battery.

Ojos grandes, la adolescente que había divisado primero, levantó una mano y cerró el puño para luego depositarlo sobre su corazón. Después de ella, un chico muy alto, ubicado a su lado, con mirada triste y acongojada hizo lo mismo. Se parecían mucho.

Cahal sintió un nudo en la garganta, uno que le impedía respirar. Era el saludo de honor, aquel que los celtas keltois, los vanirios como ellos, ofrecían al guerrero que había luchado hasta el final. Era también un símbolo de agradecimiento y de amistad. También había algunos guerreros maduros que mostraban su respeto hacia él, el druida de los keltois. Pero Cahal no creía merecer tal reconocimiento. Él no pudo hacer nada por ayudarles. Sin embargo, respondió a su saludo. Lentamente, alzó su puño derecho y luego se lo colocó sobre su corazón.

La comunicación que se estableció entre ellos fue patente por el silencio reinante, lleno de respeto y de emoción.

Miz miró a esos chicos tan jóvenes. Por Dios bendito..., ¿eran ellos? ¿Se suponía que eran los chicos que había en los túneles? Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sentía empatía pero también vergüenza. Vergüenza porque, aun siendo superdotada y teniendo un cociente intelectual como hacía tiempo que no se veía, no se había enterado de nada. Ni siquiera sabía que trabajaba para los que no tocaba.

Y, entonces, sucedió algo. Algo que la hundió en el lodo de la oscuridad y la autoflagelación. Aquella chica, aquella joven que miraba al vanirio y a ella alternativamente, abrió la boca y empezó a entonar una canción con una voz angelical.

—Fhir a'bhàta, na ho ro eile... Fhir a'bhàta, na ho ro eile...

El chico rapado que tenía al lado puso la mano libre sobre el hombro de la joven y acopló su voz más masculina a la de ella. Miz no entendía lo que estaba sucediendo porque ella había oído muchas veces esa canción. La había escuchado algunas noches cuando se había quedado trabajando hasta muy tarde en Newscientists. Era una canción a capella y ella siempre, siempre, había creído que era del hilo musical, porque eso mismo le habían dicho Brenda, Laila y Lucius.

¿Hilo musical? ¡Y una mierda! ¡Que le rajaran la garganta en ese preciso momento si la voz que oía en los altavoces de los túneles no era la de esa chica cantando! ¿Se podía sentir peor de lo que lo hacía?

Ahora todos los rapados, sin excepción, cantaban la canción, incluso Cahal.

—Mo shoraigh slàn leat 's gach àit'an téid thu...

Miz miró al frente, a esos miembros del Consejo Wicca. Los hombres escuchaban con consideración la canción gaélica que entonaba aquella gente.

La rubia encapuchada sentada en uno de los tronos, que tenía la misma complexión ósea que la joven que había iniciado el canto, tenía los ojos llenos de lágrimas; pero estaba centrada en ella, y transmitía tanto odio que Mizar supo que iba a ser su principal enemiga en aquel lugar.

A la morena de los ojos lilas la recordaba. Su actitud no parecía tan beligerante, aunque ya la había interrogado una vez en aquel agujero bajo tierra; y no se habían hecho amigos, precisamente.

Y luego estaba la otra vaniria de pelo castaño y ondulado, que también lucía el mismo desdén y aversión que la rubia. Se secó las lágrimas de sus mejillas con un manotazo y

carraspeó mientras movía la copa vacía de un lado al otro, sabiendo que ese movimiento pondría más histérica a la humana de lo que ya lo estaba.

—Is càch gu lèir an déidh a trèigeadh... Todos se callaron a la vez. Aquella había sido la última frase de la balada gaélica. Miz sabía que era una canción que hablaba de un enamoramiento.

Ella entendía ese idioma, lo había aprendido para protegerse de los vampiros; pero reconocía que era una lengua melódica y evocadora, sobre todo en ángeles de pelo rubio como esa joven.

Cahal bajó el puño de su corazón y asintió en agradecimiento a aquella muestra de cariño y de apoyo.

VI

Consejo Wicca

Dudley

—Eres un héroe para ellos, druidh —aseguró Beatha apartando los ojos almendrados del cuerpo de Miz y centrándose en él—. Celebro tu vuelta. Te necesitamos.

—Ellos son mis héroes, Maru Beatha. No yo.

La rubia negó con la cabeza y se descubrió el rostro.

—¿La reconoces? —preguntó mirando a la joven de pelo muy corto y claro que había iniciado el canto. Cahal miró a la chica de cabeza rapada y sintió una conexión muy personal con ella.

—Es Daimhin. Mi hija —resolvió Beatha. Al decir eso, sus ojos marrones se oscurecieron y se volvieron a centrar en Miz—. Y el de al lado es mi amado Carrick. Mi hijo mayor.

Por la Morrighan, pensó Cahal... Sí, eran ellos. Ninguno de los dos le retiró la mirada, pero se notaban nerviosos y ligeramente avergonzados.

—Todos ellos coinciden —prosiguió Beatha—, en que durante las últimas semanas de su confinamiento recibieron una energía sanadora, una que les hizo sentir mejor y con fuerzas suficientes como para continuar justo cuando las torturas de los guardias eran cada vez más severas. Admiten sin rodeos que eras tú quien les arropaba de ese modo, y yo... — Beatha apretó los labios y parpadeó para alejar su emoción—, yo, en nombre de todas las madres que se hallan hoy aquí, y no son muchas, te quiero dar las gracias por eso.

—Por eso —aseguró Gwyn levantándose. Caminó hacia Miz y hundió la mano dentro de su capucha negra para agarrarla del pelo y tirar de ella hasta levantarla—. Y por traernos a la humana. No creo que saciemos nuestra ansia de venganza, pero nos servirá para calmarla un poco.

Cahal no tardó ni dos segundos en amarrar el antebrazo del igualmente rubio Gwyn y apretarlo como advertencia.

—Traigo a la humana, es cierto, pero no para la finalidad que os imagináis.

—No hay otra finalidad posible —dijo Lone, con su barba castaña oscura y su pelo largo, colocándose al lado de Gwyn—. Vamos a matarla. Vamos a hacerle sufrir; y todos y cada uno de nosotros beberemos un poco de ella —Inis, como mujer vaniria que odiaba que su hombre bebiera de otra mujer, siseó y le enseñó los colmillos a Miz en advertencia— para averiguar todo sobre la organización.

—No servirá de nada —lo cortó Cahal—, ya lo he hecho yo. La humana no es tan culpable como creéis. —Debía defenderla ya—. Es verdad que me torturó, pero lo hizo solo conmigo. No lo hizo con nadie más. Nunca puso una mano sobre vuestro hijos.

—Pero sí que nos veía a nosotros —gritó uno entre la multitud. Tenía ojeras y cicatrices

por todos lados. Además, estaba muy delgado—. Y nunca nos ayudó. Se lo pedimos muchas veces, y no nos hizo ni caso.

—¡No sabía que érais lo que érais! —protestó Mizar agarrando la ancha muñeca de Gwyn, que todavía la tenía retenida del pelo.

—¡Cállate! —le gritó Gwyn.

—Suéltala. —Los ojos claros de Cahal fulminaron al Rix, pero este no se amilanó. — Suéltala inmediatamente —la voz de Caleb tronó en el salón y todos le escucharon.

Gwyn miró hacia atrás y negó con la cabeza.

—Eres nuestro líder, es cierto —dijo Beatha mirando a Caleb—, pero no puedes comprender lo que sentimos. No puedes entender que...

—¡Me es indiferente lo que sintáis! —gritó Caleb con voz más alta, impulsándose en su trono—. El dolor es el mismo venga de un padre o de una madre, o de una cáraid, o de un hijo... ¡Es dolor igual! Somos vanirios. Nos hacen daño como clan, no como individualidades. Siento lo mismo que vosotros, os lo aseguro —les explicó con voz calmada—. Pero tenemos que escuchar a nuestro druidh. Cahal ha regresado. Ha sufrido torturas y aberraciones de todo tipo. Y creo que si tus hijos opinan de él que es un héroe es porque son muy conscientes de a lo que ha tenido que sobrevivir.

Daimhin y Carrick asintieron. Y todos los demás también.

—Ahora suelta a la chica, Gwyn —ordenó el líder.

Gwyn la soltó a regañadientes y se dirigió a su cáraid.

—No puedo hacer este papel —expresó Beatha mirando a su marido—. Lo único que me apetece es arrancarle los ojos a esa zorra —gruñó. Gwyn obligó a Beatha a sentarse, y solo Caleb quedó de pie como miembro del consejo.

—Brathair —dijo el vanirio moreno de ojos verdes, saludándole con cariño y ofreciéndole el antebrazo—. No te imaginas la alegría que me da verte.

—Lo mismo digo, Rix Caleb —contestó Cahal mirando su atuendo aceptando su mano y alzando una ceja interrogante—¿Ahora eres Rix?

—Esto ya te lo contaré más tarde —le susurró el nuevo miembro del Consejo—. Ahora hay que aclarar el conflicto y solventarlo de un modo que nos deje a todos satisfechos.

—No sé cómo. El clan no aceptará otra cosa que no sea su sacrificio.

—Expón tus razones y explica quién es esta mujer a los miembros del Consejo. Después esperaremos el veredicto y veremos qué podemos hacer.

Cahal agarró a Miz del brazo y la colocó a su lado.

Explicó toda la historia de la humana tal y como él la sabía. Cómo Lucius, en vez de matarla, al igual que hizo con su hermana y su madre, decidió aprovecharla en su beneficio debido a su descomunal inteligencia..

—El vampiro modificó su cabeza mediante la manipulación mental con la ayuda de un hechizo de Strike, y eso hizo que ocultaran su verdadera apariencia a sus ojos humanos. Lucius le contó una milonga sobre nosotros y le hizo creer que éramos los malos, los vampiros —Cahal miró a Miz como si fuera estúpida.

Aileen se inclinó hacia adelante y prestó toda la atención posible en las palabras del druida. Beatha e Inis hacían lo mismo, pero con más reticencias. Ione, Gwyn y Caleb solo atendían.

—Fue adoptada por Patrick Cerril —continuó Cahal— de ahí su apellido. Patrick le dio la formación que una superdotada como ella necesitaba, y ella se encargó de graduarse con el

Summa cum laude en sus respectivas carreras: Astrofísica y Medicina. Trabajaba en Newscientists para el descubrimiento de los portales dimensionales.

—Portales electromagnéticos —le corrigió ella, siguiéndolo con seriedad.

Cahal la miró de reojo. Aileen y Caleb arquearon las cejas sorprendidos y se miraron el uno al otro con una sonrisa ligera de complicidad.

—No me interrumpas —gruñó Cahal entre dientes. Continuó—: La humana nunca había torturado a nadie ni ha formado parte de ninguna cacería, excepto conmigo. Strike vio a través de la magia seidr que ella podía afectarme de algún modo y, entonces, utilizando a la traidora de Margött, la coló en el Ministry of Sound el día en el que As y María se prometieron. Yo la vi y la seguí, y fue cuando me secuestraron. Me llevaron a CapelleFerne, y utilizaron a la humana para torturarme. Pero ella no sabía lo de los miembros de los clanes, y —se detuvo con una mirada de advertencia al mismo guerrero que se quejaba de que ella sí que los vio y no hizo nada—, si os veía, pensaba que érais justo todo lo contrario. Además, en su defensa, solo puedo decir que en el bosque de Tunbridge Wells ella nos ayudó. ¿No es así, Maru Aileen?

La híbrida entrecerró los ojos lilas y lo miró aprobatoriamente.

—El druidh tiene razón. En Tunbridge Wells ella fue la que nos avisó de que el intercambio que se estaba dando era falso. El Cahal que nos daban era un clon. Así descubrimos el Memory.

—¿Por qué te afectaba ella? —preguntó Beatha, cada vez más interesada en su historia.

—¿Cómo?

—Dices que Strike vio que ella te afectaba y por eso la utilizaron. ¿Cómo te afectaba, exactamente?

Cahal dio un paso al frente y se colocó delante de Miz. Llegaba el momento de la verdad. Sería el hazmerreír del clan por encontrar a una pareja que lo había torturado.

Miz se sorprendió ante aquel gesto. La estaba protegiendo tal y como había prometido.

—Es mi cáraid.

Los miembros del Consejo hicieron todos el mismo gesto: apoyaron las espaldas en el respaldo de las butacas y se miraron confusos. Todos menos Caleb y Aileen, que ya sabían la noticia por Menw y Daanna.

Adam soltó una risa ahogada, pero recibió el codazo de Ruth en las costillas, que no se podía creer lo que acababa de oír. Cahal entonces miró a la Cazadora y se encogió de hombros; y Ruth negó con la cabeza incrédula. «¿En serio?», decían sus ojos ambarinos.

Cahal asintió a aquella pregunta muda.

Miz los miró a ambos, y esa conversación privada le molestó. El vanirio estaba hablando con la de las flechas que emitían luz. Todavía le molestaba el muslo siempre que recordaba a Ruth.

Para más inri, los demás presentes murmuraron y la miraron con más desaprobación de la que habían demostrado. —¿Es tu cáraid? ¿Esta humana es tu pareja de vida? —Gwyn hizo un escáner de cuerpo entero a la científica.

Beatha se levantó y caminó hasta Cahal.

—Apártate. No la voy a morder —pidió la Maru del consejo de Dudley. —No podéis hacerle daño. Es mi pareja —advirtió el druida cuadrándose.

—Ha hecho daño a uno de los nuestros. Te torturó, Cahal. A nuestro Druida —puntualizó mostrando los colmillos—. Dices que es muy inteligente, ¿y la retrasada se cree que somos

vampiros? ¿Qué tipo de inteligencia es esa?

—Me engañaron —replicó Miz. Odiaba que la tomaran por estúpida, pero comprendía perfectamente la incredulidad de esa hermosa mujer—. Me manipularon.

Beatha la miraba como si no valiera nada. —A mí también me engañaron —dijo Aileen, intentando suavizar los ánimos.

—No fue lo mismo —Beatha se giró hacia ella con el rostro arrepentido—. Tú no sabías nada sobre este mundo. Ella sí —señaló a la astrofísica—. Pero eligió mal. Ahora, Cahal, deja que la humana se explique. Queremos oír su opinión.

Ah, no. Miz no podría hablar ahí. Con lo honesta que era no sabría mentir y, entonces, negaría muchas cosas que él afirmaba tan rotundamente como, por ejemplo, que eran pareja. Cahal se metió en su cabeza e intentó coaccionarla.

—Desvincúlate —ordenó Beatha—. Estás en su mente, siento las vibraciones —se quejó la rubia mirando a Cahal—. Creo que todos deseamos escucharla.

—No acepto órdenes. Soy el Druida, Beatha —esta vez, Cahal usaba un tono mordaz y agresivo—. ¿Estás en mi cabeza? —Miz se apretó las sienes—. ¿Cómo puede ser que no me dé cuenta? ¡Sal!

—Cállate —Cahal se giró y la encaró.

—Cahal —Caleb movió la mano y lo invitó a apartarse para que todos vieran a la humana—. Deja que la oigamos.

—Aparta, vanirio —le empujó Miz, pero este no se movió—. Yo... No estoy orgullosa de lo que he hecho —gritó por encima del enorme hombro de Cahal—. Pero... Cuando a una la engañan, tiende a confundir la realidad. De hecho, yo solo me limitaba a mi trabajo. A nada más. Y es verdad que torturé a uno de los vuestros, y... al principio lo disfruté —miró de reajo al susodicho, el cual tenía un músculo que hacía espasmos en su mandíbula—. Pero después dejé de gustarme.

—¿Por qué dejé de gustarte? —preguntó Aileen.

—¡No sé por qué! ¡Debía disfrutarlo y al final no lo hice! Pero quiero dejaros claro algo: no estoy aquí para suplicar por mi vida. Soy astrofísica y no tengo nada importante ni nada que perder, a excepción de mis estudios y mis descubrimientos. Nadie está más arrepentida que yo de lo que he hecho, y voy a tener que vivir con ello, o... —clavó sus ojos verdosos en los marrones de Beatha—, o morir. De hecho, prefiero esto último, porque así, todo lo que sé morirá conmigo y no os pondréis en peligro innecesariamente.

—Ya estamos en peligro, ¿no lo sabías? —Inis se retiró la capucha de la cabeza y la miró desafiante.

—Lo sé. La Tierra está en peligro —juró Miz—. Entiendo que lo estamos y es posible que yo no haya ayudado a suavizar la situación. —Ella había trabajado con los portales y Lucius había bebido de ella, pero sabía perfectamente que nadie podía leer lo que había aprendido. Tenía una técnica para ello, una que había perfeccionado a base de duras horas de trabajo—. Pero no sé quiénes sois... No sé qué sois exactamente. No entiendo vuestras costumbres, ni por qué bebéis sangre ni nada de eso... Ni sé por qué tenéis esos... poderes o dones, como los queráis llamar.

—¿Es tu cáraid y no le has explicado nada de nosotros? —Caleb le reprendió.

—Por supuesto que no. Me ha dejado casi una semana esposada a su cama —explicó ella con rabia. Todavía estaba herida por ese trato—. No hablaba conmigo.

—Al menos no te mató. Cosa que yo hubiera hecho —apuntó el castaño y alto lone.

Miz tragó saliva.

—Y eso de las cáraids... No sé lo que son. Pero no me lo creo. No... No lo siento como vosotros. Dice que soy su pareja de vida pero eso es absurdo.

Tras esas palabras se escuchó una exclamación de asombro. El druida no se podía creer que hubiera dicho eso públicamente. Le estaba avergonzando. Ahora ya tenían la excusa perfecta para hacerle daño.

Los miembros del Consejo hablaron entre ellos. El salón debatió qué era lo mejor que podían hacer con la intrusa.

Gwyn se levantó y habló ante todos:

—Tal y como yo lo veo, Cahal, eres nuestro druida, un miembro muy importante del clan, pero aquí hay tres inconvenientes claros. Dices que ya has encontrado a tu cáraid, aunque ella lo niega. Ella no siente nada de eso. Ni siquiera estáis anudados.

—No. No lo estamos.

—Ella es humana. No es una vaniria.

—Sí —apretó los dientes con frustración—. Es humana.

—Y, para colmo, no te ha revelado la información tan importante que dice tener. —Ni lo diré, si pensáis matarme —aseguró la científica valiente—. Nadie debe saber eso. Gwyn arqueó las cejas y todos los vanirios levantaron las copas en señal de desaprobación. Exigían su sangre. Esa humana era una inconsciente.

El Rix de Dudley levantó tres dedos:

—Humana —bajó un dedo—. No es tu cáraid —bajó un segundo dedo—, ella al menos no lo reconoce. Y no nos da la información que necesitamos —bajó el tercer dedo—. ¿Trabajabas en los portales, mujer? —intimidó a Miz—. Entonces, sabrás que abrieron uno en Colorado, en Las Cuatro Esquinas.

Ella abrió los ojos asustada y negó con la cabeza. Cahal no le había hablado de ello, no le había contado nada. De hecho, ¿de qué habían hablado? De casi nada. Ella era su rehén y él, su carcelero. Luego quiso hacer el trato absurdo de protección y establecer esa frágil tregua; pero ella estaba en serios apuros ahora, y parecía que ese que llamaban druida no tenía poder suficiente como para modificar su destino.

—No sabía lo del portal. Nono lo sabía... Si abrieron un portal, no pudo durar mucho. La fórmula es incorrecta.

Caleb sonrió sin ganas.

—Tienes razón. El portal no duró mucho, pero sí lo suficiente como para que robaran tres objetos. ¿Tú ayudaste a crear ese portal?

—Sí. Bueno, yo... he investigado sobre los quarks, las cargas de protones y la posibilidad de abrir agujeros de gusano. He trabajado en ello durante muchos años.

—Pues tu trabajo ha dado los frutos, pero en el bando equivocado.

—Lo siento... ¿Dices que han robado tres objetos? ¿De dónde?

—Tres tótems de los dioses.

Dios mío. ¿El portal había abierto un túnel dimensional y habían robado algo de otra realidad? ¿Insinuaba eso el morenazo de ojos verdes?

—¿De dónde, exactamente, han robado esos tótems? ¿Se ha... Se ha abierto una puerta en otro mundo? Dios... —repitió para sí misma—. Dios, esto cambiaría la historia y el concepto que tenemos de nuestro entorno. Es... increíble. Yo..., me encantaría poder verlo.

—¡Maldita sea, Cahal! —le gritó Caleb perdiendo la paciencia—. ¿En una semana no has

podido explicarle nada? Esta humana no tiene ni idea de lo que somos.

El vanirio lo fulminó con una sonrisa asesina.

—No eres tú, Rix Caleb, un ejemplo de comunicación. Aileen tampoco sabía nada de quiénes éramos. Y yo claro que no he conversado con ella sobre nada. Mis problemas son míos; y solo yo sé cómo solucionarlos. Tú no sabes cómo me siento respecto a ella.

—El portal que tú averiguaste cómo abrir, humana listilla —recalcó Beatha desde su trono—, puede traer con ello un Armagedon. El Ragnarök, ¿entiendes? El Final de los Tiempos; eso por lo que nosotros llevamos milenios luchando para que no se haga realidad. Han robado tres objetos de los dioses y con ellos pueden acelerar las cosas.

—Ya han recuperado uno —especificó Aileen—. Ahora solo falta Seier y Gungnir, la lanza de Odín.

—¿Odín? Pero..., un momento ¿de qué dioses estáis hablando? —preguntó Miz cada vez más confusa—. No tengo claros algunos conceptos —se retorció las manos.

—Tu supuesta pareja debió explicártelo —repuso Beatha.

—Él me odiaba. ¿Cómo iba a hacerlo? —la astrofísica abrió los brazos desesperada—. Creo que todavía me odia... —Silencio —le amenazó Cahal. —No me importan los problemas que hayáis podido tener —aclaró

Maru Beatha—. Por lo que a mí concierne, gracias a tus estudios han descubierto cómo abrir una puerta. Eres culpable de eso también. Podrán abrir muchas más.

—No. Maldita sea... Ellos necesitan mantener la puerta abierta —comentó Miz, limpiándose el sudor de las manos en la túnica negra—. Se suponía que querían estudiar esa realidad por donde salíais todos vosotros, suponiendo que veníais de algún lugar del cosmos... Y querían destruir vuestro mundo para que dejarais de llegar a la Tierra e infectar al ser humano. Yo trabajaba con eso, pensando que los vampiros, tal y como ellos me explicaron, eran razas alienígenas que venían del espacio exterior. Nada de hechizos ni brujerías, nada de esas leyendas urbanas que pueblan la tierra sobre los hombres con colmillos. Pensaba que erais vampiros, que vosotros lo erais. Trataban de demostrar que, si hay vida extraterrestre, no erais pacíficos precisamente. Empecé el proyecto privado pensando que estaba haciendo lo correcto, ¡pensaba que hacía el bien!

—En realidad, trabajabas pensando en tu ego como científica —la atacó Inis—. ¿No buscáis eso los humanos? ¿Hinchar vuestra vanidad y vuestra soberbia? ¡Os estamos protegiendo y vosotros nos atacáis! ¡Y tú querías abrir un portal en la Tierra, humana ignorante, sin ser consciente de lo peligroso que es eso!

—¡Eso no es verdad! —No del todo—. Trataba de abrir uno para controlarlo, y para vengarme también. La Tierra abre portales menores y lo hace naturalmente y de modo espontáneo. ¿Por qué no la pones en tela de juicio a ella también?

—No me cabrees, rubia estúpida —le gritó Inis—. No tienes ni idea de quiénes somos. Pero te aseguro que tú y los tuyos habéis colmado el vaso de nuestra paciencia. ¡No os vamos a dejar pasar ni una más! ¿Entendido? Y si tenemos que empezar contigo, ¡lo haremos!

—¡Mi familia murió a manos de esos seres! ¡Por eso os odiaba! —Miz debía defenderse. No iba a caer sin exponer sus razones—. Yo solo quería entender cómo funcionaban los portales, cómo poder romper la barrera de Kelvin, cómo interactuar con los algoritmos de rastreo... ¡No quería títulos honoríficos! ¡Quiero acabar con los vampiros tanto o más que vosotros! ¡Los odio!

—¿De verdad? Entonces, dinos ahora mismo lo que queremos saber —replicó Beatha—.

Dices que ese portal que abrió Hummus no era el correcto. ¿Qué es lo que sabes sobre ello y no dices? Es justo lo que necesitamos. Cuéntanoslo y puede que seamos benevolentes. Es tu oportunidad, humana.

La rubia agachó la cabeza y negó con la cabeza. No. No podía decírselo porque la verdad era que ni ella lo sabía. Era una información demasiado importante como para enseñársela a nadie. Sabía cómo dar con ella, claro. Porque se había encargado de guardarla. Pero también sabía que quien leyera en su sangre o en su mente no podría entender nada, no encontraría nada. Aunque la información estaba ahí, solo para que ella pudiera descodificarla. Solo ella.

—No lo sé. No tengo la información aquí mismo. Yo... la tengo aquí —se señaló la cabeza—. Pero está codificada. Lo hice así para que nadie pudiera leerme. Ni siquiera Lucius, Patrick, Seth y todos los demás lo averiguaron. Es una información en exceso peligrosa. No está bien que la gente la sepa.

—¿Y tú sí? ¿Eso es lo que me estás diciendo? —replicó Gwyn—. ¿Nos estás tomando el pelo? Yo creo que no necesitamos más —comentó mirando a todos los allí presentes—. Esta humana no nos va a ayudar. Pero nos lo dirás; nos lo dirás por las buenas o por las malas. Peanás Follaiseach!

En el centro del pentágono se abrió una compuerta circular en el suelo, y de ella emergió un tubo metálico con unas cuerdas desgastadas en la parte superior.

Gwyn e Ione agarraron a Miz por los brazos.

—No, por favor —Aileen se levantó y negó con la cabeza—. No hay razón para matarla ni para azotarla. Ella no sobreviviría a dos mil azotes.

—¡¿Dos mil?! —gritó la científica, pálida.

—Torturaste a un vanirio, guapa. ¿Cuántos años crees que tiene? Un azote por cada año de su vida —le explicó Inis. —Me niego —dijo Aileen. —¡Nosotros también! —exclamaron Daanna y Menw, dando un

paso al frente. —Las leyes del clan vanirio son claras, Maru Aileen —le explicó Beatha—. Esta mujer no nos sirve.

—¡Creo que no me habéis entendido! —gritó Cahal, exponiendo sus colmillos y empujando a los dos Rix de Dudley y Segdley. Liberó a Mizar y la cubrió con su cuerpo—. He dicho que es mi cáraid. Ella me está devolviendo mi don. Si la matáis, ¿qué creéis que me sucederá? Soy el druidh.

Ione dio un salto por los aires y se plantó delante de ellos.

—¿De qué hablas?

As Landin se adelantó a la multitud con su intimidante presencia y habló en voz alta: —El noaiti recibió una profecía que todos tenemos presentes. No podemos obviar lo que dice. Adam Njörd se colocó al lado del líder berserker y asintió. El moreno clavó sus ojos negros en Cahal y en Miz y recitó:

—El amor y el perdón abrirán los ojos a las almas heridas, y el humano conocedor de vuestro mundo se pondrá de vuestro lado. Solo si el magiker expulsa el veneno que hay replegado en su corazón. El magiker es el hombre de la magia. Cahal es un druida, ¿qué hay más mágico que eso? Estamos rodeados de dolor, de almas heridas —señaló a todos los miembros de los clanes, sobre todo a los rapados—. Ellos deberían tener la última palabra, si perdonar o no. El humano —señaló a la rubia con la cabeza—, conocedor de nuestro mundo, se pondrá de nuestro lado.

El silencio invitó a la reflexión. Los miembros del Consejo meditaron la profecía sin dejar

de observar al druida y a su supuesta cáraid.

—¿Te estoy devolviendo tu don? —preguntó ella en voz baja, sepultada bajo sus brazos.

—Hazme un favor, Huesitos: cierra la puta boca.

Ella se tensó y asintió temblorosa. Eso sí que le estaba dando miedo. No sabía lo que era ese palo que había salido del suelo, ni para qué servían las cuerdas... ¿Y qué era eso del Pene Follador? No había entendido lo que habían dicho. Rectificación: lo de «muerte» sí que lo había entendido. Y la profecía... ¿Esa profecía hablaba de ella?

—Estoy aterrada. Sé que no lo parece, pero son mis nervios...

—Lo sé —susurró en su oído—. Déjalo en mis manos. —Alzó la voz y decretó—: Mis cabezas rapadas decidirán qué hacer con ella. Se acatará lo que vote la mayoría. Pero si muere, sialfinaldecidísquehayqueeliminarla, yo me iré con ella.

—Eso es inconcebible —protestó Menw—. Tú no te irás, maldita sea. —Será mi decisión. ¡Yo os estoy ofreciendo un trato! Que decidan los que más ofendidos deben estar.

—Te escuchamos —Caleb no quería que aquello acabara así. Pero era la opinión pública y todos debían acatar lo que ordenaba la mayoría. La mayoría pedía la muerte de Miz y eso no era bueno.

—¡Castigo y muerte! —gritaban algunos berserkers maltratados que no entendían lo que era la cáraid para un vanirio.

—¡Callaos! —ordenó As alzando la voz.

Todos obedecieron al instante. María, como orgullosa mujer de As, sonrió a Miz y le guiñó un ojo, pero esta, que seguía sepultada entre los brazos de Cahal, frunció el ceño y hundió el rostro en el pecho del vanirio. —¿Qué trato nos ofreces? —Beatha no podía creer que se estuviera pactando sobre la humana.

—Necesito mi magia —explicó Cahal con serenidad—. Necesito mi don y ella es la única que me lo puede dar. Sé que queréis que ella pague sea como sea, aunque en parte sea inocente. Yo solo puedo hacer que cumpla su deuda convirtiéndola en aquello que ha odiado y ha ayudado a destruir indirectamente.

Miz palideció y levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué has dicho?! —gritó ella muerta de miedo—. ¡No! ¡No! ¡Eso no es lo que me has prometido!

Beatha alzó una ceja rubia platino y sonrió a Gwyn. Inis e Ione hicieron lo mismo. Sí, eso podía apaciguar las ganas de sangre.

—¡Pero lo haré yo! —aclaró Cahal.

—Aquí y ahora —ordenó Gwyn lleno de morbo—. Lo harás ante todos los miembros del clan. Será un castigo público en toda regla.

Caleb y Aileen miraron a la humana con preocupación. Una conversión. Iban a hacer una conversión ante todos. Nunca se había hecho algo así.

—¿Qué deciden los miembros de los clanes? —preguntó Caleb a los rapados. Los vanirios alzaron el dedo pulgar, Daimhin y Carrick a la cabeza. Los berserkers patearon el suelo conformes con aquella decisión.

—No hay más que hablar —Caleb cerró el debate.

Aileen se llevó una mano al corazón. No iba a ser agradable, y lo único que podía hacer por la humana era estar a su lado y mirarla para que supiera que no iba a estar sola. —¡No! — Miz lloraba como una Magdalena—. ¡No, Cahal! ¡Me lo prometiste! ¡Prefiero que me maten!

—¡Cállate! —le gritó él, controlando sus patadas y sus arañazos—. Ya te dije que eso no

era una opción para mí. Nunca lo fue. Tú eres mi pareja.

—¡No soy tuya! —gritó con las venas del cuello hinchadas—. ¡No lo puedo ser! ¡No lo seré jamás!

Miz estaba en medio de un ataque de pánico, apenas podía respirar. No podía sucederle. No podía... ¿Qué pasaría con sus conocimientos? ¿Adónde irían a parar? ¿Dejaría de ser ella? ¡Se quería morir!

Cahal le ató las muñecas con las cuerdas de la vara metálica y la colgó con los brazos extendidos hacia arriba. Los pies descalzos de Miz no tocaban el suelo, y su cuerpo se movía de un lado al otro, presa de mil temblores.

—¡No me puedes convertir! ¡Dijiste que eran tres intercambios! ¡Tres! —replicó, con las mejillas húmedas por las lágrimas y los ojos verdes llenos de desconsuelo—. ¡Os está mintiendo! ¡Yo no he bebido de él en ningún momento! ¡Está mintiendo!

Cahal apretó los dientes y su mirada azul se convirtió en eléctrica. Fue en ese momento cuando Miz vio en su reflejo que estaba ante un hombre que tenía el poder suficiente como para aplastarla como una colilla, y comprendió sin lugar a dudas, que la había engañado.

Los vanirios eran seres realmente poderosos, los vampiros también lo eran.

Los vanirios bebían sangre; los vampiros también.

Los vanirios tenían poderes telepáticos; los vampiros también.

Los vanirios eran débiles a la luz solar; los vampiros también.

Si los vanirios podían volar; los vampiros también, ¿no?

¿Entonces en qué se diferenciaban? ¿Unos eran buenos y los otros malos? Ella bien podría ponerlos a todos en el mismo saco. Cahal era el peor. —¿Me has mentado, verdad? —le acusó ella con la voz temblorosa. —Has bebido de mí dos veces. —¡Mentiroso! ¡Traidor y carroña! —Simplemente te he preparado para este momento, ratita. No debes temer. No...

—¡No me digas cómo debo sentirme, hijo de puta! —gritó, intentando darle una patada en el estómago. Cahal la esquivó y le agarró de la pierna—. ¡Ni se te ocurra hacerme esto! —Buscó a Beatha y a Inis con los ojos. Ellas la odiaban y seguro que querrían matarla. Buscó su conmiseración—. ¡Prefiero morir! ¡Matadme! ¡¿Me oís?! ¡Matadme!

Las dos vanirias apartaron la mirada y la ignoraron.

—Vaya. La humana es una fiera... —comentó Gwyn riéndose.

El druida le amenazó con los ojos y Gwyn levantó la mano en señal de disculpa.

La sala del Consejo Wicca observaba lo que allí iba a suceder. En silencio muchos, algunos con recelos; los maltratados con ansias de venganza; los más íntimos de Cahal, como Daanna, Menw y Caleb, con justicia; y otros, que comprendían al ser humano, como Ruth, María y Aileen, con palpable incomodidad.

Los berserkers estudiaban la escena con asco y repugnancia.

—Joder, ¿van a beber? —preguntó Adam haciendo una mueca—. ¿Nos tenemos que quedar, As?

El leder se encogió de hombros y asintió.

—Representamos a nuestro clan. Quedarnos es una prueba de que estamos de acuerdo y de que se ha saldado la ofensa.

—Yo no estaría tan convencida de eso... —dijo María observando la actitud de Miz—. Esa chica va a acumular mucha rabia, y dudo que se vaya a poner de nuestra parte tal y como dice la profecía. Las «almas heridas» están actuando desde la venganza, no desde el perdón

—apreció fijando los ojos en Daimhin y Carrick—. Y Cahal, si es el magiker, no es precisamente un remanso de paz; y la está convirtiendo sin su permiso.

—Bueno, kone —As se cruzó de brazos—. Esperemos que el tiempo lo cure todo.

—El tiempo no cura las heridas, As —vaticinó Noah moviendo el hombro herido. La valkyria Nanna le lanzó un puñal Guddine y desde entonces la herida no había cicatrizado—. Solo las oculta con el polvo. Estoy de acuerdo con tu kone. Solo queda esperar el desenlace de toda esta serie de despropósitos.

—¿Qué hubieras hecho tú? —le preguntó Adam a Ruth. La Cazadora se estremeció al escuchar los gritos de Miz. ¿Era un trato justo? No le gustaba ver a una mujer sufrir.

—Yo... No lo sé —sacudió la cabeza—. No sé cómo lo ha pasado Cahal, pero lo que está claro es que, si esa Einstein es su cáraid, no la va a dejar escapar. Y, desde luego, yo no veo amor por ningún lado.

—Bueno, el amor se tiene que pelear día a día —le susurró Adam dándole un beso en la mejilla—. Y estos dos pelearán mucho. Como esas novelas que tanto te gustan en las que los protas se discuten por sus diferencias y luego se reconcilian como conejos...

—Son las mejores, ¿acaso no lo sabes, lobito? La vida es caos. El amor también lo debe de ser, de lo contrario, sería falso.

—¡Tienes que parar, vanirio! —gritaba Miz, inmovilizada por los brazos de Cahal—. No me hagas esto... Te lo ruego —hipó como una niña pequeña.

Estaba desesperada y nadie la iba a ayudar. Seguramente, así se habían sentido esos chicos y guerreros maltratados en las plantas inferiores de donde ella trabajaba. Ella no los ayudó.

Se la estaban devolviendo. Ojo por ojo. Sintió las manos de Cahal en el interior de la túnica y notó cómo rasgaba parcialmente la parte que le cubría los pechos. El vanirio posó una mano abierta sobre su pecho izquierdo; y lo más humillante fue que este reaccionó, levantándose contra su palma. —¡Te odio! ¡Te odio, Cahal! —gritó ella, echando el cuello hacia atrás. — Tranquilízate, joder —gruñó—. Eres una mujer inteligente, Huesitos. Sabías que esto iba a suceder.

—¡No! ¡Yo confié en ti! —se le fueron las palabras cuando él levantó ligeramente su pecho y lo expuso solo a sus ojos—. ¡Suéltame, por favor! ¡¿Qué vas a hacer?!. —La gente les estaba mirando, pero nadie tenía pleno acceso a su parcial desnudez.

—Ya verás —Cahal se colocó entre sus piernas y le enseñó los colmillos—. Primero te muerdo yo. Luego tú beberás de mí.

—¡Que te den, cabrón! —sollozó ella—. No cuentes conmigo para nada, ¡¿me oyes?!. No voy a ayudarte. ¡No os pienso ayudar! —exclamó encarándose a la multitud. No podría hacerlo. Después de eso perdería su inteligencia; ella misma desaparecería.

Y entonces el druida abrió la boca y le clavó los colmillos en la parte superior de su cremoso pecho.

Cahal bebía sangre, sediento de la vida y de la luz que iba a darle su científica. La reunión con el consejo había sido violenta, pero finalmente había desembocado en lo que él quería. Perdonarían la vida de Miz, a cambio de convertirla en vaniria.

No obstante, aunque tenía la boca llena de fresa y el estómago a rebosar de vitalidad, estaba escuchando el llanto desgarrador de su pareja. Y odiaba ser él quien lo provocara. Lo odiaba de verdad.

La cubrió con su cuerpo para que nadie pudiera ver su agonía. Aquel era un momento muy

íntimo entre los vanirios, y estaba convencido de que más de uno tenía una erección. Pero también olía incomodidad y un fuerte resentimiento que venía de la esencia y del aroma de su mujer.

Se lo iba a poner muy difícil. Ella no le iba a perdonar fácilmente. Pero él aceptaba los obstáculos que la rubia iba a imponerle mientras ella fuera vaniria. Además, Huesitos reconocería el maravilloso don que él le otorgaba. Ahora se conectarían y ella por fin aceptaría que, aunque no habían empezado con buen pie, sus cuerpos se llamaban el uno al otro, se pertenecían.

¿El amor? Llegaría con el tacto.

El corazón de la humana se ralentizó y bombeó con debilidad.

Bien. Era el momento.

Cahal la soltó, sin dejar de cubrirla y resguardarla de los ojos de los demás, y sacó su puñal distintivo. Se hizo un corte en la yugular, a un lado de la garganta, y obligó a la joven a abrir la boca y beber de él, sosteniéndola por la nuca y con el otro brazo alrededor de su cintura.

—No —repuso ella débilmente.

Miz bebía, se ahogaba en su sangre, sorbía al intentar coger aire y, entonces, él la sumió en un ligero trance. La joven aceptó su sangre porque era suya. Todo él le pertenecía y debía comprenderlo con el paso de los días.

Estaba convirtiendo a su cáraid delante de todos. La estaba avergonzando, y también se humillaba él. Ese acto personal e intransferible debía ser privado, pero para calmar los ánimos de todo el clan se estaba exponiendo a ello. A ambos.

Cerró los ojos y echó el cuello hacia atrás, sin dejar de sostenerla.

Su pareja. Su cáraid. Su mujer. Siempre a mi lado.

Iba a ser eterna, como él. Dejaría de sentirse solo. Dejaría de pasar frío. —Nos llevaremos bien —susurró sobre su rubia coronilla—. Deja de beber —le ordenó suavemente.

Ella lo hizo y su cabeza cayó hacia adelante, inconsciente.

Caleb carraspeó a su espalda.

—Llévatela, brathair. —Se levantó y colocó una mano sobre la tensa espalda de Cahal. Él apartó el hombro y le enseñó los colmillos. —No la mires —graznó Cahal como un animal salvaje.

El líder de los vanirios levantó las manos para tranquilizarlo, sin sorprenderse por la actitud ácida y furiosa del druida.

—No lo hago, hermano. La conversión no es fácil y no tiene por qué ser un espectáculo. Les has dado a todos lo que querían. Está en paz. Ahora, ocúpate de que tu pareja pase el cambio lo mejor posible. Y, por todos los dioses, encárgate de que entienda quiénes somos.

—Creo que hoy lo ha entendido, y lo que ha visto no le ha gustado nada.

—Ahórrate el discurso moral, Cahal. Somos así, y lo llevamos siendo durante milenios. Lo hecho, hecho está. Ocúpate de ella, druidh — miró el rostro de la joven oculto tras su pelo rubio—. La necesitamos. Y a ti también.

Cahal escuchaba la voz de su amigo, pero estaba ocupado desatando las manos de su cáraid para cogerla en brazos. Cubrió su rostro lloroso y sus labios sanguinolentos con la capucha negra y la apretó contra sí. Después, se giró hacia el Consejo y dijo:

—A partir de hoy, ella será uno de los nuestros. No aceptaré ningún desplante ni ninguna ofensa contra ella. Si en algún momento tengo noticia de que la habéis increpado, me

encargaré de buscar al instigador y lo mataré.

—Pero... —dijo Beatha.

—Pero nada —la cortó con frialdad—. Me dará igual quién lo haya hecho. Nos movemos por el ojo por ojo, ¿verdad? Entonces, rezad porque no encuentre a nadie metiéndose con mi cáraid.

Dicho esto, se dio media vuelta y se dirigió hasta las puertas de roble que daban entrada al salón subterráneo. Las abrió mediante una orden mental y después susurró:

—Dorchadas. Oscuridad.

Las llamas de las antorchas que rodeaban aquel imperial salón circular y que iluminaban a todos los guerreros se apagaron de golpe y, seguidamente, la madera de estas se volatilizó en cientos de astillas que cayeron al suelo, creando pequeñas montañas de serrín.

Cahal dejó el salón a oscuras, tal y como él sentía su alma después de lo que le había hecho públicamente a aquella joven que le había devuelto supreciado y añorado don.

VII

Cahal conducía a toda velocidad por Dudley. Eran las doce de la noche pasadas. Muchos de los guerreros que había en el salón del Consejo se desplazarían a Birmingham y a otros distritos para hacer las pertinentes guardias. Los vampiros y los lobeznos acechaban y ahora, además, vanirios y berserkers tenían que lidiar con lo que fuera que había descendido del portal que se había abierto en Colorado.

Demasiado en lo que pensar, demasiadas contiendas. Las nubes tapaban la luna y teñían la noche de un color grisáceo y blanquecino.

A Cahal le gustaba ese lugar. Le tranquilizaba. El Claro de Dudd, significado de Dudley, todavía tenía reminiscencias de la villa medieval que había sido siglos atrás, aunque ahora las industrias y el comercio habían despertado y modificado a la localidad.

La villa de Dudley, con sus campos y bosques aceitunados, se adormecía pensando que sus días eran normales. Al día siguiente, se levantarían e iniciarían su monótona vida diaria, ajenos a la realidad que él conocía, ignorantes del mundo del que él procedía. Nunca sabrían que había seres como él que se encargaban de velar por sus sueños y su seguridad. Los vampiros y los lobeznos hacían y deshacían, mataban, convertían, manipulaban y aniquilaban a la raza menor, pero los vanirios solo intentaban defenderlos y preservar el secreto; y ni siquiera lo hacían porque era lo mejor. Lo hacían porque no se fiaban ya de los humanos. Esos seres imperfectos también se asustarían de ellos si descubrieran que existían esos guerreros inmortales. Prueba de ello era que habían organizaciones como Newscientists, formada en su totalidad por hombres y mujeres que trabajaban para Loki.

Cazaban a vanirios y berserkers y los convertían en conejillos de Indias. Ayudaban a los vampiros, consciente o inconscientemente, pero se callaban como putas respecto a sus investigaciones y descubrimientos para con la sociedad. Y ahí estaba el mundo en general: sumido en un nuevo oscurantismo, teñido de desconocimiento e ineptitud, subordinado a unos pocos que sí tenían el poder.

Un repentino sentimiento de rabia le azotó.

Pero, ¿los podía culpar por ser como eran? Su clan también había sentido miedo y resentimiento hacia la joven que lloraba a su izquierda.

Veinte minutos atrás, bajo tierra, ante el Consejo Wicca, le había faltado aire y le había hervido la sangre por hacer algo tan íntimo con público delante. Un castigo público. Morderla, beber de ella, transformarla, obligarla a beber su sangre... Afrentas y pecados contra la pareja de vida, y no se arrepentía de ninguno de ellos. Era necesario.

Todos deseaban la sangre de su rubia. Todos querían acabar con ella porque no se fiaban. Entonces, ¿había diferencias morales entre humanos, vanirios y berserkers? ¿O eran lo mismo maquillado de otra manera?

La hubieran matado y torturado, pero eso les habría convertido en aquello en lo que odiaban. Menos mal que había actuado rápido. Les había dado algo mejor: a una mujer llena de conocimientos científicos que se iba a convertir, transcurridas unas interminables horas, en

uno de ellos.

Y Cahal había ganado a una compañera eterna. Cuando ella abriera los ojos a su nueva naturaleza y a la mágica realidad que él vivía cada día, la necesidad febril y el reconocimiento de la persona que estaba destinada a ser para él la golpearía con fuerza y nunca más podría negar lo que existía entre ellos dos.

El castillo de Dudley, la ruina más famosa y célebre del distrito, se levantó majestuosa ante él. Cahal recordó lo sucedido siglos atrás en aquel mágico cónclave: en la revolución inglesa, fue el eje de una disputa entre los Royalists, que entonces ocupaban el castillo, y los Roundheads. Cuando los Roundheads, o Parlamentarios, sitiaron la fortaleza, el gobierno ordenó que fuera demolido. Y ahora era un recuerdo de los enfrentamientos y las diferencias que los humanos, siendo de la misma especie, tenían entre ellos.

Miró a su, todavía, joven humana.

Ella dejaría de pertenecer a ese reino mortal y lleno de miedos; y entraría por fin al suyo, uno en el que se luchaba solo por el bien de los demás, sacrificando, en ocasiones, su propio bienestar.

La conversión estaba en marcha.

Era un trance doloroso. El cuerpo se preparaba para ser inmortal pero, para ello, tenía que morir como humano. Y era exactamente lo que estaba haciendo la científica. Se moría. Una muerte agónica y angustiosa.

La ingesta de sangre vaniria removía el estómago y los intestinos. El corazón bombeaba al trescientos por ciento de su capacidad, intentando enviar oxígeno y plasma a todos los órganos que empezaban a fallar.

Los músculos, atrofiados, se volvían duros por los espasmos; los huesos dolían como si los resquebrajaran; la piel escocía y se tensaba. Las células del cuerpo entraban en necrosis, pero peleaban por superar el final, y eso elevaba la temperatura corporal alcanzando un estado febril inusual y del todo imposible.

Huesitos se removía en el asiento del Ferrari, que él había reclinado hacia atrás para que pudiera estar estirada. La científica gritaba y lloraba debido al suplicio físico que estaba experimentando. Dio varias patadas al salpicadero y al cristal delantero. Se incorporaba con tanta fuerza hacia adelante, sosteniéndose el estómago, doblada sobre sí misma, que en uno de esos impulsos se dio con la frente en la guantera del deportivo.

Cahal rugió como un salvaje porque sentía el dolor de la mujer; y esa conexión y el saber que no podía hacer nada para rebajar su calvario y estaban acabando con él.

Colocó una mano sobre el muslo de Miz, y a través de la tela negra pudo comprobar su alta temperatura corporal.

—Estás ardiendo. Pero esto pasará...

Ella, dolorosamente consciente de su estado en todo momento, intentó apartarse de su contacto. —Nunca —dijo ella con los dientes apretados—. Nunca te perdonaré... ¡Nunca!

Estaba más que preparado para oír esas palabras por su parte, pero aun estándolo, le dolieron igual. Ella era su cáraid. Y su cachorra lloraba, aguantando como podía el padecimiento al que él la había abocado sin su consentimiento. Era culpable directo de su tormento.

Pero Cahal también había sufrido en sus manos.

Después de eso, de ese trance angustioso, estarían en paz.

No se arrepentía. No se lamentaría nunca de su decisión.

Su chica despertaría a un nuevo mundo, uno fascinante y lleno de posibilidades. Y, con lo curiosa que era, iba a disfrutarlo como una condenada.

—Acaba... Acaba conmigo. No quieroro... ser como tú —dijo en medio de un desgarrador lamento—. Mátame...

Él la miró compasivo.

—Chist... La conversión no dura eternamente. Tu cuerpo se está preparando para tu nuevo don. La longevidad, científica —le hablaba con dulzura. Retiró de su rostro acongojado el pelo húmedo de sudor—. Llegaremos a mi casa. Yo te sostendré en todo momento y te ayudaré a superar el dolor. Nena... Siento verte así —susurró inclinándose sobre ella. Al vanirio le urgía protegerla y cuidarla.

Mizar no le dejó acercarse más. Levantó la cabeza justo en el momento que tenía su garganta a tiro y, entonces, ¡Ñam! Lo mordió con todas sus fuerzas hasta desgarrarle la piel.

—¡Joder! —gritó Cahal llevándose una mano al cuello sangrante y la otra al volante del vehículo. El culo del coche dio bandazos de un lado al otro. Él recuperó el control y, súbitamente, aunque distraído por los labios de Miz llenos de sangre y retraídos como los de un perro rabioso, alertó la figura de un hombre vestido con ropas oscuras y anchas parado en medio de la carretera.

El druida frenó con todas sus fuerzas. Las luces delanteras alumbraron un rostro serio y pálido, pero el morro del Ferrari golpeó en las rodillas de ese individuo inmóvil y este salió volando por encima del techo del vehículo. Los frenos chirriaron y las ruedas se deslizaron por la grava diez metros más allá de donde se había encontrado al viandante desorientado, dejando las típicas marcas de la goma quemada de los neumáticos.

Cahal miró hacia atrás y agudizó el oído. Se llevó una mano al cuello para taponar la herida. La condenada mujer le había abierto la carne y cortado un trozo de la carótida izquierda y estaba sangrando como un cerdo. ¡Era una salvaje!

Miz gritó presa de un nuevo espasmo. —¡Dios! ¡Dios! ¡Me duele! —exclamaba ella sin dejar de moverse ni de tiritar. Cahal clavó sus ojos azules y más claros en la carretera, ignorando las quejas de la joven. El cuerpo de aquel hombre al que había atropellado seguía desmade

jado y tirado como un muñeco de trapo. El vanirio achicó los ojos y gruñó.

El bulto seguía sin moverse.

Miz soltó un nuevo y atronador grito.

Cahal puso el coche marcha atrás y aceleró, dirigiéndose al hombre que había atropellado y sin pensar en ningún momento en frenar. El hombre, con una larga chaqueta de pana agujereada y desgarrada, no daba muestras de vida.

Cahal desatendió la siguiente patada que dio Miz al cristal delantero y, centrado en su objetivo, pasó por encima del individuo. El cuerpo de este rodó por la carretera y quedó en muy mala postura.

El Ferrari frenó y el morro delantero quedó a escasos veinte centímetros de la víctima. Esperó, pacientemente, mientras golpeaba el pulgar contra el volante, concentrado en mirar al frente.

¡Plas! Una mano blanquecina y diáfana, de largas uñas amarillas, se apoyó en el capó del Ferrari. Luego apareció la otra, con algunos dedos torcidos y rotos.

Cahal lo sabía en el mismo momento en que lo había atropellado.

Nosferatu.

El hombre se incorporó poco a poco. La noche se llenaba de los crujidos desalmados de sus huesos rotos peleándose por recolocarse uno a uno. El pelo negro y grasoso del hombre cubría sus ojos sin vida, pero no su boca de labios morados y colmillos puntiagudos.

—¡Vampiro hijo de puta! —musitó Cahal. Tenía que salir del coche.

Acababa de atropellar a un hijo de Loki en Dudley, bajo las ruinas del castillo, justo cuando su cáraid estaba haciendo la conversión. ¿Casualidad?

No podía ser.

Encendió el radar del monitor del coche. Este detectaría si habían más vampiros alrededor. Se distinguían por su color azul hielo, ya que los chupasangre tenían temperaturas corporales muy bajas. De ahí que a veces les llamaran «los helados».

No se sorprendió al comprobar que no había solo uno. Le acompañaban cuatro más. Conectó el manos libres de su iPhone para llamar al líder de los vanirios. El Consejo Wicca se ubicaba justo bajo el castillo de Dudley, y allí se encontraban todos los miembros de los clanes si no se habían ido ya.

—Cal.

—Cahal, tío... Te has cargado las antorchas —contestó Caleb malhumorado.

—Síp. Bueno, queríais joder a mi cáraid.

—Sabes que no lo hubiera permitido.

—Ya, antes tendrías que matar a la sanguinaria de Beatha. Escucha, no te llamo para hablar. —Me lo imaginaba. —En las afueras del castillo hay cinco vampiros. Acabo de atropellar

a uno. Conectad los radares de calor y que los chuchos afinen sus hocicos. —En ese momento, el vampiro sonrió diabólicamente y se relamió los labios, inclinando la cabeza para observar a Mizar—. Oye, este que tengo aquí está hambriento. Y la científica empieza a sudar sangre —lamentó el druida poniéndole una mano sobre la frente.

—¡No! —Lloró ella con los ojos rojos e irritados, mirándose las manos.

—Se llama hemohidrosis —le explicó Cahal, transmitiéndole tranquilidad—. Es normal, nena. Estás bajo la ansiedad, y la mutación del cuerpo te provoca...

—¡Hijo de la gran puta! —le insultó la chica haciéndose un ovillo.

—Vaya —murmuró Caleb—. ¿Te recuerda esto a algo? —A Caleb sí. Al momento en que se llevó a Aileen de Barcelona en su Porsche Cayenne. Su híbrida demostró tener grandes habilidades verbales.

A Miz le entró una arcada.

—Su olor les llama la atención —continuó Cahal

—¿Está haciendo la conversión? —preguntó Caleb.

—No, suda sangre porque está de moda. Joder, brathair, ¡claro que está haciendo la conversión! —No seas capullo. La hace muy deprisa. Puede ser muy traumático para ella. —No ha comido nada en cinco días, amigo. Excepto un poco de... Mí —espetó, estudiando la palidez de la joven y el contraste con las gotas

rojas que transpiraban por sus poros—. Mi sangre la está machacando, y no me siento orgulloso. Mierda —observó que las motas azules en el radar se multiplicaban—. Oye, hay muchos. Salid y echadme una mano.

—De acuerdo, estamos yendo para allá.

La comunicación se cortó.

Desde luego, no era el mejor momento para pelear. Prefería estar en su chakra, colmando

de atenciones a Miz, y ayudándola a sobrellevar el trance entre la mortalidad y la inmortalidad. Pero no podía porque ahora tenía que protegerla de los desalmados chupasangres.

—Ahora vuelvo, Huesitos —dijo abriendo la puerta del Ferrari que cual se abrió hacia arriba en vez de hacia afuera. Caminó hacia el vampiro. Este le sonrió y miró de reojo a la joven humana. —Huele bien —advirtió el nosferatu, intentando ver a través de los cristales reflectantes del Ferrari.

—Ya sabes lo que dicen: los ojos de cerdo no ven.

—Es una mujer. Es humana. Tengo hambre y es míaaaaaaa... — inclinó la cabeza hacia un lado y su cuello crugió.

El druida ni se inmutó ante sus palabras. Ese vampiro estaba loco, ¿qué hacía perdiendo el tiempo hablando con él? Se apoyó en los talones, dio un salto hacia adelante al tiempo que sacaba su puñal distintivo para clavarlo con toda su fuerza en el pecho del no muerto, que agrandó los ojos sorprendido por la velocidad de los movimientos del vanirio.

—¿No me has visto venir? —susurró en su oído blanquecino y puntiagudo—. En mi vida he sido más fuerte, rápido y poderoso de lo que soy ahora —extrajo el puñal y lo sustituyó por su puño para, seguidamente arrancarle el corazón. El cuerpo sin vida cayó como peso plomo sobre la carretera y empezó a descomponerse poco a poco.

Cuatro vampiros más cayeron de los cielos, dos de ellos sobre el Ferrari. —Tíos... — gruñó el rubio enseñándoles los colmillos—. Mi bebé... Eso ha sido un error.

Se lanzó a por ellos. Él era un druida, conocedor de los secretos de la naturaleza, invocador de otras realidades y evocador de conjuros. Después de que Freyja, Frey y Njörd lo maldijeran con la insensibilidad milenios atrás, en aquella noche que decidió seguir a Lucius y Seth, su poder había muerto con su pasión. Pero la sangre de su científica le había devuelto la vida y el interés por aquello que le rodeaba. Así sí podía interactuar con su entorno e invocar sus energías. Y aquellos miserables vampiros no serían rivales para él.

El druidh había regresado. Y venía para sumar y dejar de fingir que todo iba bien. Cinco vampiros más esperaban pacientes en el cielo, a unos veinte metros de su cabeza.

Interesante. Podían organizarse.

Sus cerebros no estaban tan fundidos, ni siquiera sus aspectos físicos eran tan deplorables. Podían pasar por emos sin ningún problema y no despertar suspicacias.

Pero él era un druidh gutuari. Un invocador por antonomasia.

—Venga a mí la magia. Dúisg mo geasa! Despierta, magia mía. — Las palmas de sus manos se iluminaron con un tenue fulgor azulado; un extraño viento se levantó a su alrededor y los vampiros se miraron incómodos los unos a los otros.

La energía que les rodeaba era patente: el espacio se llenó de electricidad.

Cahal se elevó unos metros sobre el suelo y extendió los brazos perpendicularmente al tronco de su cuerpo, haciendo una cruz. Abrió los dedos de las manos y desafió a los no muertos con una sonrisa diabólica de sus labios.

—Esto es algo que hacía siglos que no hacía. —Como humano había tenido poder. Pero como vanirio con acceso a sus poderes inmortales en todo su esplendor, aquello no tenía nombre.

En ese momento, llegaron Caleb y Menw preparados para echar una mano. Menw se detuvo en seco al ver a su hermano erigirse lleno de soberanía sobre sus enemigos. Hacía tanto tiempo que no veía aquella mirada de interés y auténtico desafío en sus ojos... El sanador se emocionó y se llenó de orgullo. El aire estaba a rebosar de esa energía única que

exclusivamente Cahal podía invocar. Solo él.

Joder, sí. ¡El druida del clan keltoi volvía a las andadas!

Cahal alzó la mirada sin perder la concentración y observó a su familia. Por fin sentía algo por ellos. Las emociones dormidas y extraviadas habían regresado. Ahora podía quererlos sin forzarse. Ahora les reconocía como lo que eran: una parte indivisible de su mundo mágico.

—¿Por qué nos pides ayuda, brathair?! —gritó Caleb con los brazos cruzados, con cara de satisfacción ante lo que contemplaban sus ojos verdes—. ¡Tienes la situación bajo control!

Oh, sí que la tenía. De hecho, solo quería jactarse de su don. Ellos debían ver lo importante que era su pareja para él y debían sentirse agradecidos por ello. Él había vuelto gracias a ella.

Cahal podía controlar aquello que le rodeaba. Los vanirios tenían poderes telequinésicos y se podían comunicar con los animales. Pero todos tenían un don específico. No obstante, Cahal gozaba del don supremo en los keltois: la magia druida. Y esa magia podía ser invocada por los elegidos como él, manipulada y moldeada según sus necesidades.

—¡Los he inmovilizado! —exclamó Cahal con la risa en la voz. Echó el cuello hacia atrás y emitió un aullido de alegría. Su magia, su poder, la naturaleza y la tierra le pertenecían. Y aquella mujer ovillada en el interior de su coche se lo había entregado. Y él iba a cuidarla tan bien... — ¡Acabad vosotros con el trabajo y dejadme ver como degolláis cabezas!

Caleb y Menw asintieron y procedieron a decapitar y a arrancar corazones. Se ocuparon primero de los del cielo. Había cinco vampiros que intentaban comunicarse telepáticamente entre ellos, pero el druida no se lo permitiría. Creó una barrera a su alrededor, una que imposibilitaba la circulación de ondas gamma. De ese modo, la telepatía dejaba de funcionar. Y no podrían comunicarse con las otras hordas o, en su defecto, con aquel que les convirtió. Nadie sabría lo que estaba sucediendo, y esos vampiros desaparecerían de la faz de la tierra, sin pena ni gloria, como si se los hubiera llevado el viento.

El líder de la BlackCountry y el sanador disfrutaban de aquel trabajo tan plácido. Los cuerpos de los nosferatu ni siquiera caían al suelo: se desmaterializaban en el aire, allí donde el druida los retenía.

—Ahora machacad a los que me están jodiendo la carrocería —siseó con rabia. —Yo me encargo de estos dos. —Se centró en los dos vampiros que, sin comprender lo que les sucedía, miraban aterrorizados al vanirio que flotaba como un dios delante de ellos. Él podía moldear los elementos. Se concentró en el corazón de los dos engendros de Loki y escuchó su bombeado acelerado. Decidió imprimir más velocidad a aquel asqueroso y antinatural ritmo. Eliminó el poco oxígeno que había en su sangre y llenó de presión las arterias de sus envejecidos órganos motores. La reacción no se hizo esperar. Los vampiros pusieron los ojos en blanco, sus cerebros estallaron y sus podridos corazones también. Cayeron de rodillas sobre el cemento y se desplomaron hacia adelante.

—Coño, tío —gruñó Caleb regocijándose—. ¿Te estás poniendo a prueba?

—Siempre —contestó Cahal orgulloso de su trabajo, pero manteniendo inmóviles todavía a los dos vampiros que estaban hundiendo el techo de su Ferrari.

Menw se echó a reír. Él y Caleb procedieron a arrancar los corazones de los vampiros y luego las cabezas. Rápidos. Eficaces. Precisos como cirujanos.

No obstante, a uno de ellos le dio tiempo a dibujar una mueca parecida a una sonrisa ladina antes de que Menw le separara el cráneo del cuerpo.

Cahal se lo quedó mirando con curiosidad. Los cuerpos de los vampiros se

descompusieron y empezaron a desmaterializarse. Y, en ese momento, algo pequeño y sólido cayó sobre el capó del deportivo. Algo inesperado e incomprensible.

Los tres vanirios lo miraron asombrados.

—¡No! —rugió Cahal.

Voló hacia el coche. Caleb se agachó alarmado para amarrar el objeto y Menw intentó golpearlo con el pie. Pero aquella cosa se activó. ¡Bum! Todo voló por los aires. Los vanirios salieron despedidos hacia atrás. El Ferrari reventó y ascendió cinco metros por encima de la carretera,

envuelto en una bola de fuego, con la joven humana dentro.

La bola de fuego se hacía interminable y al druida le parecía que le estaban arrancando la vida. ¡Su cáraid humana seguía ahí, en medio de la conversión, y ya no escuchaba el latir de su corazón!

El fuego. Él podría manipular el fuego. El control de los elementos requería energía y, siempre que lo pusiera en práctica, necesitaría reponerse luego. En el futuro ya sabría como dosificarse, pero en ese momento no.

Dando vueltas por los aires debido a la fuerza de la onda expansiva, cerró los puños y, tras ese movimiento, el fuego que rodeaba el coche se fue hacia él como una lengua satánica; rodeó sus manos y sus muñecas, hasta que se extinguió como si él fuera un dragón y se hubiera comido su propio aliento.

Caleb y Menw no perdieron el tiempo. Rectificaron en el aire y salieron disparados para coger el vehículo siniestrado antes de que impactara de nuevo contra el suelo.

Menw asomó la cabeza adentro. Ya no había cristales, y la pintura de la carrocería había desaparecido. El interior estaba quemado, igual que el cuerpo de la joven, que seguía ovillado de mala manera sobre el asiento. Muerta.

Miz no había salido disparada a través de las ventanas. La totalidad de la capa negra que llevaba se había desintegrado y solo quedaban algunos restos pegados a su piel chamuscada.

—¡Cahal! —gritó Caleb, preocupado por el estado de la cáraid de su amigo—. ¡Necesita tu sangre!

—No la necesita —explicó Menw tenso—. Su cuerpo ya está haciendo la conversión. Está muerta..., pero debe resucitar. Cahal ya ha hecho tres intercambios con ella.

—¡No la toquéis! —exclamó el rubio rapado metiéndose como un misil dentro del Ferrari y sacando a su chica con todo el cuidado que pudo. Pálido y sorprendido por cómo había acontecido todo, la cargó con mimo—. Menw... —susurró a su hermano. Él era el sanador, él había transformado a Brenda. Se comunicó telepáticamente con él, transmitiéndole lo perdido que se sentía—. Mi cáraid... —se le hizo un nudo en la garganta al ver el estado en el que se encontraba Miz. Su pelo rubio había sido consumido por las llamas y su piel lucía grandes quemaduras—. Ayúdame. Ven conmigo —le pidió humildemente—. Ella... ¿Va a sobrevivir, verdad? ¿Sigue viva, verdad?

El sanador se aclaró la garganta, afectado.

—Llévala a un lugar seguro. La conversión ya la estaba matando. El cuerpo humano tiene que morir para despertar a su naturaleza y ella ya se estaba muriendo, Cahal —intentó explicarle su hermano para tranquilizarlo. —¡Pero está muerta ahora! —lloró el druida sin pudor ni vergüenza—. ¡No lo soporto!

—Escúchame, brathair —Menw lo tomó del rostro y le obligó a mirarlo—. Lo que sientes ahora mismo es la pérdida de tu pareja. Es la desesperación vaniria. Tienes que mantenerte

cuerdo estas horas, hasta que ella pueda despertar y tú sientas que su corazón vuelve a latir.

—No... —negaba el druida histérico—. No puedo. No sé... ¡Está muerta! —miraba el cuerpo maltratado y sin vida que yacía en sus brazos.

Caleb se angustió. Su querido amigo estaba experimentando la muerte clínica de su pareja y eso, para un vanirio, era su propia muerte. Cahal querría inmolarsé en las siguientes horas si no lo remediaban. Era imposible hacer entrar en razón a un vanirio ante el nulo latir del corazón de su mujer.

—Nosotros te ayudaremos. —Me quiero morir —murmuró Cahal protegiendo el cuerpo quemado de Miz con el suyo propio.

—Te entendemos, pero tienes que comprender que ella abrirá los ojos de nuevo. Lo hará, Cahal —aseguró el sanador, ajustándose la goma que le sujetaba el pelo rubio como una diadema, e intentando controlar la situación. O lo hacía, o su hermano se largaba corriendo y se entregaba al sol—. Ahora, dámela —estiró los brazos.

—Ni se te ocurra —el druida le enseñó los colmillos y dio un paso atrás, como un animal amenazado. —Entonces, llévanos a tu casa, Cahal —ordenó Caleb sin ceder—. Nos ocuparemos de ella y de ti.

—¡No!

—No me desafíes —los ojos verdes de Caleb se aclararon.

Cahal vio en los ojos de su amigo los verdes más gatunos de Miz. Tal vez ella podría tener una oportunidad. Tal vez... ¡Pero estaba quemada! —Ahora la ves mal. Pero ya estaba haciendo el cambio, druidh.

Resurgirá de sus cenizas —anotó Caleb sin pretender ofender—. Nunca mejor dicho.

Cahal lo fulminó con sus ojos llenos de dolor y magia frustrada.

—Déjanos ayudarte. Confía en nosotros —repitió su hermano Menw.

Cahal, entre la bruma de su locura y su dolor, sintió aquellas palabras como verdaderas. Ellos eran sus amigos, su familia, ¿no? Le ayudarían; aunque lo único que quería él era ver llegar el amanecer con su científica en los brazos. ¿Qué sentido tenía todo si ella se moría?

—Os llevaré a mi casa —dijo finalmente—. Menw, tienes que hacerte cargo de ella, ¿me has entendido? —el sanador asintió conforme—. Y tú —miró a Caleb—, vas a tener que encerrarme —advirtió—. Y no me dejes salir.

—Te lo prometo, guerrero. Tendrás que pasarme por encima.

Los tres vanirios alzaron el vuelo.

Mientras Menw llamaba a Daanna y a Aileen para que les echaran una mano, Caleb se aseguraba de que la zona quedara limpia escondiendo el coche siniestrado. Después llamó al abuelo de su cáraid, As Landin, para que estuvieran alerta y desplazaran algún pelotón de guardia a Dudley y a toda la BlackCountry. El ataque había sido repentino y extraño. Pero en ese grupo de vampiros que habían atacado a Cahal, uno había hecho de suicida: llevaba un explosivo de detonación instantánea con él.

¿Qué habían pretendido con ello? ¿Les había salido bien la jugada?

Cahal rugió de pena y adquirió velocidad en el aire, atravesando las nubes inglesas y dejando que estas ocultaran sus lágrimas. Volaba con Miz muerta, y ni siquiera tenía fuerzas para levitar. No había nada peor para un hombre que había estado a oscuras

durante toda una eternidad que darle un chispazo de luz, porque eso le dejaba ciego. Si Miz no abría los ojos, él no podría ver nunca más.

VIII

El más absoluto de los silencios.

La nada. La oscuridad. ¿Cómo podía la conciencia estar presente en un estado como aquel?

Y, de repente, un pequeño zumbido en los oídos, seguido de una voz de hombre que no le parecía desagradable; el sonido de una silla chirriar al deslizarse por el suelo.

—Él tiene que notarlo —dijo la voz masculina. A continuación, escuchó unos pasos ágiles y nada pesados. Era una mujer. ¿Cómo lo sabía? Ni idea. —¿Le llamamos? —preguntaba la voz femenina con energía e impaciencia.

—No hará falta —contestó el hombre.

—¿No hará falta? Caleb está ahí abajo desde hace ocho horas con tu hermano, que se ha convertido en una mezcla entre suicida y Hulk. Créeme, sí que hace falta —decía la voz con urgencia—. No sé cuántas fracturas llevan ya.

Hulk. Ella conocía a ese héroe de MARVEL. De hecho, le encantaba. Un hombre inteligente, pero con una brutalidad incontrolable en su interior, luchando por manejar ese don y tener dominio de sí mismo. Sí, era un gran super héroe, sino el mejor.

—Él ya lo sabe. Es su cáraid. Tiene que sentirla —replicó el hombre.

—¿Y qué hace que no está aquí ya?

Bum. Bum.

El latido de un corazón.

Bum.

El suyo. Estaba escuchando el rítmico movimiento de su músculo motor.

Bum.

Inhaló el aire y, entonces, una increíble gama de diferentes olores la invadió. Había un olor especiado y sutil a su mano derecha, como a vainilla; y otro más frutal y dulce a su izquierda parecido a un pastel de queso y frambuesas. El aroma de un hombre y de una mujer.

Inseparable, a su alrededor, flotaba el olor a canela. Sí, señal de que había regresado a la cárcel de ese vanirio. Y luego olía algo más, como a fresas, pero era una esencia que parecía venir de su cuerpo. ¿Suyo? ¿Olía así? Qué raro...

La sangre recorría sus venas, sus músculos; alimentaba sus órganos. Su cerebro, incluso sin tener los ojos abiertos, estaba registrando todo lo que sucedía en su interior y, también, a su alrededor.

¿Su cerebro estaba trabajando? ¿Hasta cuándo? ¿Aquella era la mutación? ¿Pero no había muerto? Recordaba el fuego y la explosión. Y después nada más hasta ese momento.

La tenían en una cama, esponjosa y suave. Nada de camillas.

Oyó el sonido de una compuerta al abrirse y vino a su nariz un olor a cítrico, como a limón. Se trataba de una mujer, una mujer que no hacía ruido al andar. —¿Cómo está, mo priumsa? Oh, vaya... —Se detuvo frente a ella—. Es muy bonita, ¿verdad, Aileen?

¿Bonita? ¿De quién estaban hablando? ¿De ella?

—Ya era bonita antes, Daanna —aclaró la otra voz de chica—, pero el odio que inspira hacía que pareciera un ogro a tus ojos. —Sí, supongo. Pero ahora es... —¿Más? —Sí. La conversión la ha hecho... como radiante. Tenían que estar riéndose de ella. El hombre se inclinó hacia su rostro; era como si lo pudiera ver en

su mente. Permanecía con los ojos cerrados, pero era capaz de ver lo que ocurría en su entorno y cómo se desarrollaba todo.

—Su cuerpo ha cicatrizado a la perfección y me alegro por mi hermano —celebró él levantando uno de sus párpados—. La hemos traído hecha un desastre.

Así que ese hombre de voz profunda e inteligente era el hermano de Cahal: Menw. —Menos mal. Pobrecita, debió de sufrir mucho —dijo la pareja del líder vanirio.

—No se enteró de la explosión, y eso hizo que dejara de sufrir el dolor de la conversión —comentó el hermano de su carcelero.

—Mo duine, ¿insinúas que, después de todo, tiene que dar las gracias a que unos vampiros la hayan hecho volar por los aires? No la veo agradeciéndolo.

—Ni yo —la otra chica soltó una risita.

Ella intentó verlas. Sí, tenían que ser las dos morenas. La de ojos lilas y la de ojos verdes. Qué bien se lo pasaban a su costa, las muy perras. Las dos le caían como una patada en el culo; y ella a ellas suponía que también.

Sí que había sufrido. El dolor había sido corto pero intenso. Se había quemado, los cristales le habían cortado la cara y el cuerpo, y recordaba que uno largo le había atravesado el ojo... No. No se lo había pasado bien. Y, sin embargo, había agradecido su muerte, porque eso suponía no convertirse en nada que tuviera colmillos. ¿Y de qué había servido? Había sido inútil. Seguía viva y, seguramente, más ciega que Stevie Wonder.

—Al menos, ya es una de las nuestras.

«¿Cómo? ¿Ya?». Intentó mover las extremidades. Quería escapar de ese lugar, pero no lo podía conseguir: ni brazos ni piernas aceptaban sus órdenes. Se sentía entumecida y contrariada. Despierta a más no poder mentalmente, de hecho su cerebro captaba todos los estímulos, pero con su cuerpo tomándose unas vacaciones.

Sonó un teléfono con la canción de Buffy Cazavampiros, otra de sus series fetiche. La chica de ojos lilas contestó:

—Dime, Ruth. Está mejor. Sí, parece que sí... A ver cuando abra los ojos. Dispara —permaneció en silencio—. ¿Ahora? De acuerdo, vamos para allá. ¿Quiénes? ¿Otra vez? ¿Está Rise ahí contigo? Menos mal... ¿Y las humanas? Ay, por Dios, un día de estos se las van a cargar. Bueno, nosotras dos ahora vamos para allá. Hasta ahora, nena.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la pareja del doctorcito.

—Daanna, deberíamos ir al RAGNARÖK. Ha habido problemas otra vez...

—Perfecto —replicó la otra sin ganas—. Demasiados guerreros juntos. Demasiada rabia por salir.

Aquella mujer, que flotaba en vez de caminar, llegó hasta donde estaba su pareja y le dijo algo al oído.

—En cuanto suba Cahal quiero que te largues de aquí. Y me gustaría que dejaras de tocarla. —Le estoy haciendo un reconocimiento —contestó él sanador. —Yo la veo perfecta. —Eudmhor, Daanna (Celosa, Daanna) —susurró él con una sonrisa—. ¿Tienes hambre, princesa?

La energía se tornó espesa entre ellos y ¡Miz estaba en medio comiéndosela toda! Se

estaban mezclando sus olores como si de Ambi Pur se tratase. Justo cuando creía que la vaniria no iba a contestar a esa pulla, soltó un leve ronroneo panteril. Sexy. Oscuro. Pecaminoso.

—Me voy —se despidió la morena dándole un beso en los labios—. Cuidadito, príncipe. — Ten cuidado tú, amor. El sol está en lo alto. No bajas las ventanillas hasta llegar a la BlackCountry.

—Claro, amor.

Se abrió la puerta, señal de que las dos mujeres se iban; pero entonces, la que no estaba celosa dijo:

—En un par de horas traerán la ropa que hemos encargado por Internet para ella —sonrió maliciosamente—. Se sentirá más cómoda con el cuerpo cubierto. Y, por favor, Menw: haz que salga el código de miguerrero de ahí abajo, ¿de acuerdo? Que dejen de pegarse. Os esperamos en el Jubilee Park.

La puerta se cerró y ella se quedó a solas con el médico.

Las manos masculinas la inspeccionaron. Le realizaron la prueba de Babínski en la planta del pie. Como si fuera una recién nacida. —Tienes una estructura ósea muy buena, atharnehmhe. Serpiente. La había llamado serpiente. Qué simpático.

Y y creo, doctor, que tú no deberías de tocarme si no quieres que la diva que camina como Jesús sobre los mares te degolle. ¿Rubia?

Miz se quedó sin aire. El corazón se le detuvo de golpe, para luego latir acelerado. La puerta se abrió de par en par, y ella se alarmó al sentir su voz en su cabeza de un modo tan alto y tan claro. Era Cahal. ¡Cahal le estaba

hablando! —¿Está viva? —preguntó su carcelero, emocionado—. He... He escuchado su corazón. Por favor, se oía tan desesperado que incluso ella se sintió culpable de estar como estaba. La canela se intensificó. Unos pasos cojeantes y frenéticos golpearon el parqué. Era él. Era el vanirio. Acababa de entrar en la habitación, arrastrándose como si no tuviera fuerzas. Menw carraspeó, dio dos pasos hacia atrás y se bajó la camisa blanca que tenía arremangada sobre los antebrazos. —Joder, tienes un aspecto horrible. Ella está viva y despertándose. Estará hambrienta, brathair. Os dejo solos.

Antes de que Menw saliera por la puerta, supo que Cahal lo había abrazado y le daba golpes reconfortantes y llenos de cariño en la espalda. —Tha mo thaing agad airson na roinn thu, brathair. Agradezco lo

que has hecho. —No me tienes que agradecer nada, hermano. Me alegra poder ayudarte. —Bien. Te debo una. Y ahora lárgate de aquí. Quiero dar la bienvenida a mi pareja.

La puerta se cerró y Cahal quedó solo ante ella.

Solo ella, completamente diferente a quien había sido, ante Cahal.

Uno. Dos. Tres pasos. Y ese hombre, que olía de maravilla, estaba mirándola fijamente, apoyando sus manos sobre la cama, a cada lado de su cuerpo. Permaneció un par de minutos observándola. Lo notaba. Lo sentía. Sus ojos acariciaban su piel.

—No me puedo creer lo bonita que eres. Han sido las horas más largas de toda mi vida. Más, incluso, que las que pasé en tus manos mientras jugabas conmigo al Operación.

Miz tembló internamente. Su cuerpo. Su cuerpo estaba despertando. Nunca se había sentido mejor físicamente de lo que se sentía en ese momento. ¿Cómo era posible? La habían quemado casi a lo bonzo; había sufrido

do la conversión, y después de todo eso... Tenía la sensación de que era capaz de hacer

todo lo que se propusiera. Todo. No había ni un secreto para ella.

Ni un ligero dolor muscular, ni una migraña, ni un escozor, ni una quemadura... Nada.

Y lo más contradictorio era aquella emoción tan reconfortante al oír esa voz que ya conocía. Por favor..., estaba acabada, loca y desquiciada, ¿no?

Se sentía feliz, casi eufórica, por olerlo y por tenerlo tan cerca de ella.

Y tenía hambre. Y no hambre de comida física, sino, auténtica sed. Ganas de hincarle el diente. Era una necesidad repentina que había despertado en su interior como una supernova.

Abre los ojos, Bella durmiente. Déjame ver lo que han hecho los dioses para mí.

Esa voz en su cabeza otra vez.

Y entonces sintió algo esponjoso sobre sus labios. Algo cálido que la llenaba de muerte y de vida, de dolor y de pasión, de miedo y de valentía, de vulnerabilidad y de seguridad. Todo lo bueno y lo malo a la vez.

Nunca había sentido nada con los besos que le habían dado. Nunca. Y ahora, el guerrero la estaba besando, y ella tenía ganas de llorar y de que la abrazara.

Necesitaba eso. ¿Desde cuándo? No lo sabía. De hecho, no sabía cuánto lo necesitaba hasta que él la besó. Incluso le hormigueaban los dedos por las ganas que tenía de agarrarse a él, pero, para no hacerlo, se aferró a la sábana.

La sensación de dependencia le provocó vértigo e, igual que en el cuento, hizo que abriera los ojos como impulsados por un muelle.

Un beso de amor verdadero despertó a la princesa.

Pero aquello no era amor. Ella no sabía nada de eso, no tenía ni idea. Y no se creía lo de las parejas de vida, aunque era cierto que las reacciones de su cuerpo le demostraban lo contrario. Aun así, necesitaba comprenderlas. Era una persona racional y empírica y no le bastaba que le dijeran «así son las cosas en el mundo Vanir».

Él también tenía sus ojos azules abiertos, aunque un poco amoratados, mientras seguía besándola dulcemente, como una caricia.

Cuando el uno se vio en el otro, el tiempo se detuvo lo suficiente como para reconocer en ese silencio lo que ella nunca se había atrevido a aceptar y acababa de descubrir. La primera verdad universal que se le había revelado: le gustaban los hombres. O, al menos, le gustaba él.

Y quería que siguiera besándola siempre. Pero estaba dolida y se sentía traicionada por lo que le había hecho.

Ahora era una vampira, o una vaniria, porque él lo había decidido así. Y, con el paso del tiempo, perdería su esencia y su inteligencia. Gracias a él. Maldito capullo. Y no podía soportarlo. No podía. Se entregaría al sol en cuanto pudiera.

—Te odiaré toda mi vida, vanirio —susurró con los labios de él todavía pegados a los suyos. —Tienes los ojos más increíbles que he visto en todo el mundo. Increíbles.

—Te dije que no me besaras.

—Tu boca está hecha para eso.

—Te has reído de mí.

—No te imaginas lo espectacular que eres. No... No tengo palabras —le acarició el pelo largo con un cuerpo y un volumen lleno de vida. Como ella—. Me dejas sin respiración, nena.

Miz se incorporó de un modo innatamente seductor, como una bailarina de striptease. La sábana blanca que cubría su cuerpo desnudo se deslizó hasta descubrir sus pechos.

Miró hacia abajo para comprobar que no tenía ningún pudor con él. La había tenido

desnuda anteriormente y ahora no era diferente. Antes estaba encarcelada en su casa; ahora estaba atada a él de modos más duros y estrictos.

Cahal se relamió los labios reseco, admirando la increíble belleza de la joven.

Ella lo miró a su vez, y sus largas pestañas rubias aletearon con coquetería. Sus ojos eran de un verde que casi parecía amarillo. Eran más claros que los de Caleb o Daanna, pero los suyos tenían pequeñas motas amarillentas, como si el sol hubiera decidido dejar parte de su impronta en ellos. Las pupilas negras y dilatadas estaban fijadas en él, en su persona. ¿Era consciente de lo que estaba haciendo? La vanidad en ella había tomado el control; y la humana mojigata e insegura se había esfumado.

—Sé que me odias —dijo Cahal—, pero no está bien odiarme y mirarme de ese modo.

—Puedo ver. Puedo... Un cristal del tamaño de Inglaterra me atravesó la córnea... Y... —cortó su explicación—. Te han golpeado —apreció, viendo el rostro lleno de moratones y cortes del vanirio.

—Tenían que hacerlo. Pero el otro ha quedado peor.

—¿Puedo hacerlo yo?

Oh, ¡por todos los dioses! Incluso su voz ahora sonaba más dulce y sexy que antes, pensó Cahal. ¡Vivan Freyja y su vanidad! —No. Ya lo hiciste, ¿recuerdas? —En el Consejo me has traicionado, incluso cuando habías

prometido no hacerlo —Miz iba al grano, no se andaba con tonterías—. Y después me he quemado y he volado por los aires, incluso cuando habías jurado protegerme. No confiaré en ti, jamás. ¿Eres consciente de eso?

El guerrero ni siquiera se inmutó ante esa acusación.

—No volveré a engañarte, pero era necesario. Te necesitamos de nuestro lado. Yo te necesito. Cuando veas todo lo que puedes llegar a hacer siendo como eres, me lo agradecerás. Pretendía que fuera un castigo ante todos para que se les quitaran las ganas de vengarse y de acabar contigo; por eso te mordí públicamente. Pero verás que esto, tu nueva condición, no es un castigo, nena.

—Eres tan obtuso... ¿Una mujer como yo nunca se vanagloriaría de ser un vampiro? ¿Cómo? Voy a perder mi cerebro en cualquier momento... —sus ojos se enrojecieron por la pena.

—No, no lo vas a perder. —Sí lo haré —replicó ella—. Los vampiros envejecen a una velocidad inusitada y pierden la capacidad de razonar. Así son. Así sois.

—¿De verdad? ¿Y tú has estado en el Consejo Wicca, nena? ¿Has visto a alguien descerebrado, babeante y decrepito allí? Pensaba que eras más observadora. A lo mejor no eres tan inteligente como te crees. Soy un vanirio, joder.

Miz se calló y apretó los puños llena de rabia. Bueno, tenía razón. La verdad era que los vanirios eran hermosos y no se veían afectados mentalmente. Pero había visto otros que...

—Puede que os consumáis más tarde.

—Tengo dos mil años, muñeca. Creo que hace tiempo que debería haberme convertido en un puto Gollum y no lo he hecho.

—¿Puto Gollum? ¿Crees que estoy bromeando? —esa era la ira helada de Miz. No era volcánica, no era explosiva. Era cortante como una navaja y mucho peor que la ira temperamental, porque sus efectos eran más devastadores y más duraderos.

—Escúchame bien.

—No. Escúchame tú —lo empujó con tanta fuerza que Cahal salió disparado hacia atrás,

cayendo al suelo con una sonrisa. Se miró las manos con asombro. ¿De dónde había salido toda esa potencia?—. Oh, guau... —susurró.

Anonadada por su fuerza, aprovechó para mirar a su alrededor. Su visión se había rectificado. Ella necesitaba gafas para trabajar, tenía vista cansada; pero ahora veía a las mil maravillas, todo con un detalle preciso y exacto.

Aquella era otra habitación circular. Era de día. Aunque los rayos no entraban con naturalidad en el interior de la sala; sí se veía que las plantas y los árboles brillaban bañados bajo su claridad, creando entrañables sombras en el bosque. Era una habitación muy parecida a la especie de sótano natural en el que la había tenido encarcelada días atrás, pero no era el mismo. Ahí no había esposas en el cabecero. Pero sí una televisión de plasma de ochenta pulgadas delante de un sofá chaise longue de color beige para, al menos, ocho personas. Una alfombra blanca cubría el parqué claro.

—Oh, vaya —repitió él, apoyando un codo en el suelo y recostando la mano sobre su palma—. Vaya, vaya con la ratita... ¿Ahora eres fuerte?

—A mí no me hace gracia, memo —se lanzó sobre él como una gata.

Cahal soltó una carcajada llena de vitalidad. La agarró al vuelo y la inmovilizó, levantándose con ella en brazos y caminando hacia el espejo que había en la pared.

Miz estaba cubierta con la sábana blanca, y los largos mechones rubios y brillantes le enmarcaban el rostro ovalado. El hoyuelo de su barbilla temblaba por la indignación, y al vanirio le entraron ganas de lamerlo y mordisquearlo. ¡Por Ceridwen! Se la quería comer entera. Pero lo mejor de todo era su boca. A través de su succulento labio superior se asomaban dos colmillitos blancos y puntiagudos, tan femeninos como su dueña.

—Mírate, muñeca —le ordenó Cahal por encima de su hombro, apretándola contra él para que no pudiera revolverse como una culebra—. Mírate, joder. Y no me digas que no eres lo más sexy que has visto en tu vida. ¡Los vampiros no se ven así! Es como si tuvieras luz...

Los ojos verdes y dorados de la científica se clavaron en el espejo. Se reconoció en él, en su reflejo, pero en realidad no era ella. Era una expresión de lo que ella había sido, elevada a una enésima potencia, como una raíz cuadrada.

Parecía que brillaba; era la misma persona, pero sus ojos tenían un color más claro y especial. Y aquel pelo... Hacía siglos que no iba a la peluquería. ¿De dónde demonios había salido esa melena de repente tan rubia y tan saneada? Y su boca. Le escocían las encías. Retrajo el labio superior y vio sus colmillos.

—Por Newton, Hawkins y todo ser superdotado... Mis ojos... Mimis colmillos... Tengo colmillos... ¿Qué es esto que me ha pasado?

—Te has transformado. Se llama: la conversión. Eres una vaniria, nena. No una vampira. Hay muchas diferencias. No tienes la piel translúcida, ni los ojos inyectados en sangre, ni pensamientos psicóticos sobre sangre, muerte y destrucción, ¿verdad?

Bueno, tenía pensamientos de sangre, pero tenían que ver con la sangre de ese hombre que tenía pegado a su espalda.

—No. No los tengo. Y tú estás asqueroso.

—Gracias. Resulta que estuve a punto de volverme loco porque pensaba que habías muerto, y tuvieron que ponerme a un guardián para que no me abriera las venas o me arrancase yo mismo el corazón. Aunque, conscientemente, sabía que no ibas a morir; pero no podía soportar vivir en un mundo en el que no existieras.

—Eso es de Crepúsculo. —Replicó ella anonadada por la increíble imagen que

presentaban ambos juntos. Rubios los dos, él hecho polvo y ella medio desnuda—. Incluso yo la he visto.

Cahal sonrió y se encogió de hombros sin avergonzarse.

—Digamos que no lo he pasado nada bien mientras tú estabas aquí arriba recomponiéndote. No aguantaba no oír el latido de tu corazón — «Buf. Estoy fatal. Yo nunca hablo así... Pero esta mujer me hace trizas la cabeza».

—¿Puedes oírlo?

—Sí.

—¡Por favor...! —Miz se cubrió el rostro con las dos manos—. ¿También sois medio perros?

—¡No, joder! —exclamó ofendido—. Ten cuidado con lo que insinúas. Los chuchos son otros, no yo. Mira, cachorra, tú no tienes nada que ver con los vampiros —le retiró las manos con suavidad—. El vampiro es un sociópata. El vanirio, si encuentra a su pareja y si es transformado por ella, es sociable con su entorno y es sano mentalmente, siempre y cuando se alimente solo de su cáraid —se miraron a través del espejo—. Yo soy tu cáraid —le guiñó un ojo—. Tienes el pack completo.

A ella se le puso todo de punta. Ese hombre guiñaba el ojo de una manera que hacía que se empapara entre las piernas. Y volvía a decir eso de los cáraids.

—No lo entiendo. Pero tú... me hiciste creer que... Nunca me has explicado las cosas, vanirio. Nunca —negó disgustada con la cabeza.

—No me apetecía mucho hablar contigo. Yo no te hice creer nada, ratita. Ni te expliqué ni te dejé de explicar. Tú y tus juicios lo habéis liado todo. No yo.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —lo miró con gesto asesino—. No has ayudado a solventar mis dudas ni mis miedos. Me intentaste intimidar, me asustaste. Yo no tengo ni idea de tu mundo; y has hecho que creyera durante estos días que o bien ibas a matarme, o al final ibas a pudrir mi cerebro. Tú no te imaginas... —murmuró mordiéndose el labio inferior y negando con la cabeza—. No te imaginas la ansiedad que he tenido pensando que me convertiría en una especie de analfabeta psicópata chupasangre que... —exhaló cansada y lo miró recriminatoriamente—. Ha sido angustiioso. Y tú has sido un cretino.

—Está bien, nena. Quiero que me escuches. No te lo voy a volver a explicar más. ¿Me vas a prestar toda tu superdotada atención? —pidió humildemente.

—Yo escucho a los buenos oradores —levantó la barbilla—, siempre y cuando mantengan mi interés. Espero que no tengas problemas para centrarte y que luego te vayas por las ramas.

—Eso sería una tonte... Uy, mira, una mosca.

Miz miró hacia otro lado y puso los ojos en blanco. Ese hombre nunca hablaba en serio.

—Somos vanirios, guerreros antiguos creados por los dioses escandinavos para proteger a la humanidad de las artimañas de Loki —le explicó al fin—. Freyja, Frey y Njörd, los dioses Vanir, mutaron genéticamente, si prefieres que te lo diga así, a los guerreros más importantes que han ido poblando la Tierra.

Ella arqueó las cejas y le obligó a detener su discurso con una mirada incrédula.

—Dioses... ¿Dioses de los de verdad? Es decir, Diosesdioses.

—Sí. Dioses.

—¿Sabes que lo que me estás diciendo puede cambiar la religión y la historia de la humanidad tal y como la conocemos?

—¿No la cambiaba antes, cuando creías que veníamos de algún lugar del espacio exterior para acabar con —se movió como un robot y habló con voz mecánica— el planeta Tierra?

Ella meditó la respuesta.

—Bueno, sí. Pero os puedo tratar como seres de otras especies... Es más sencillo. Darwin hizo su tratado de la Evolución de las Especies, ¿verdad? Y todos lo aceptamos. ¿Por qué no íbamos a creer en otras vidas fuera de nuestro sistema solar? Es lo más obvio, ¿no? Sin embargo, lo que me estás contando ahora... Me estás hablando de dioses. Plural. La idea, entonces, de un dios creador queda obsoleta... —susurró ensimismada con la mirada perdida.

—Pero es cierta. Ahí tienes la prueba —la señaló a través del espejo—. Moriste, sitíchean (hada). Los dioses nos dieron el don de poder convertir a la gente a través de nuestra sangre. Y gracias a mi sangre mágica — aclaró— estás aquí otra vez. No hay mayor confirmación, ¿no te parece?

—Está bien —se apretó el puente de la nariz—. Digamos que acepto tu teoría. ¿Por qué hicieron eso los Vanir? No conozco la mitología nórdica excepto —se sonrojó— por los cómics de Thor.

—¿No? Entonces no eres tan lista, ¿verdad? —«Por todos los dioses, esta mujer no acepta una provocación». Ante el gesto serio de ella, el vanirio continuó con su discurso—. Los Vanir hicieron eso porque Loki estaba ganando terreno. Existían los lobeznos, que eran la versión mala de los berserkers, y la época tenebrosa estaba arraigando con fuerza en el Midgard. Así que, si existían los berserkers, que representaban a Odín luchando en nombre de los humanos, también debía de haber una representación de los dioses Vanir. Mutaron a guerreros celtas, a samuráis, a highlanders... A todos esos humanos versados en el arte de la guerra; y lo hicieron porque ellos no sabían pelear. Los Vanir son los dioses de la belleza, la magia, la fertilidad, la riqueza y la cultura; no saben nada del arte de las espadas, ni de la lucha, ni de defensa, ni...

—Ya. Y a vosotros os transformaron.

—Sí, en Stonehenge. Somos celtas, guerreros keltois de la época de los casivelanos. Miz parpadeó lentamente, recibiendo esa información con asombro. —No puede ser... —Se giró y lo encaró con interés—. Tengo una

pieza viva de Museo frente a mí. Continúa, por favor —empezó a caminar a su alrededor.

—Los Vanir descendieron de los cielos y nos explicaron lo que debíamos hacer —la miró de reojo mientras ella lo estudiaba con creciente fascinación—. Nos regalaron la inmortalidad, muchos dones y, también importantes debilidades. Lo único que debíamos hacer era proteger a la humanidad y defenderla de los lobeznos y de Loki. Para ello no debíamos beber sangre, excepto la de nuestra pareja de vida; porque si bebíamos sangre y nos dejábamos llevar por nuestros impulsos, al final nuestra alma se oscurecía y Loki venía a tentarnos. Y casi siempre ganaba el Timador. El problema es que muchos vanirios llevaban siglos buscando pareja y no la encontraban. La sed de sangre sigue ahí, en nuestra modificación genética. Y la ansiedad y la desesperación pudo con algunos de nosotros; y de ahí surgieron los vampiros: como Lucius, Seth, Samael, Brenda... Ellos empezaron a beber sangre humana y decidieron entregarse a Loki. Odian defender a seres débiles como los humanos. Y se han rebelado, tal y como hizo Loki con el plan de Odín.

—Odín... Loki... Los conozco. Loki es hijo de Odín. Viven en el Asgard.

¿Por qué no entraba en catarsis con todo lo que le estaba contando? ¿Por qué su mente racional no reaccionaba rechazando toda aquella absurda y fantástica realidad?

Porque podía creer en ello sin problemas. ¿Por qué no? Había encontrado el modo de abrir portales dimensionales, y solo conseguirlo le demostraba que otros universos existían. ¿Y si el Asgard del que hablaban los cómics de Thor no se trataba exactamente de otro mundo superior tecnológicamente hablando? ¿De seres más avanzados con sus propios dioses?

—Error. Loki no es hijo de Odín; eso dice el cómic, pero no es la realidad. Loki es hijo de los Jotuns, no es ni hermanastro de Thor, ni hijo del tuerto. Odín desterró a Loki por rebelarse contra el plan de la humanidad.

—¿Odín tiene un plan? —Se detuvo delante de él, mirándolo de arriba abajo.

—Odín quiere que la humanidad abra los ojos y crezca espiritualmente. Y no deberías mirarme así...—Ella dio un respingo y Cahal sonrió—. El dios nórdico quiere que los humanos valoren lo que realmente importa, que se conviertan en maestros de sus propios maestros. Loki os detesta, detesta el planeta y la raza que lo habita. Cree que estáis destinados a servir, que la libertad que creéis tener y que exigís es efímera y falsa. Y para demostrarle a Odín que se ha equivocado con vosotros, quiere destruir vuestro mundo acelerando el ragnarök: la batalla de los dioses o el final de los tiempos. —Hundió el rostro en su garganta e inhaló profundamente—. Pero nosotros se lo estamos impidiendo como mejor podemos: luchando. Ratita, no me mires así... Me estás matando.

Miz se tensó, se dio la vuelta y clavó la mirada en el espejo. Le gustaba mucho mirarlo. —Así que los vampiros salieron de vosotros. Igual que los lobeznos salieron de los berserkers.

—Exacto. Y no, no somos extraterrestres.

—Pero los dioses que os crearon bien podrían entrar en esa catalogación. Son de un universo paralelo, del espacio exterior. Fascinante —murmuró, ensimismada con el pelo tan rubio y corto que tenía ese hombre—. Y también sois, de algún modo, culpables por la llegada de los vampiros y de los lobeznos. Como los Gremlins, ¿no? Gizmo era adorable, pero lo que salía de él, si se reproducía, era malo y asqueroso.

El druida asintió y se inclinó para rozar su cuello con la nariz. Bueno, podía aceptar esa comparación que echaba su hombría por tierra.

—Igual que hay humanos malos y animales depredadores, también ha habido berserkers y vanirios que se han hartado de defender al ser humano y que prefieren dominarlos y exterminarlos —dirigió los labios al lóbulo de su pequeña oreja y lo mordió ejerciendo una presión poco dolorosa—. El bien y el mal está en todos y en todo.

No... ¿Por qué la tocaba así? ¿Por qué le gustaba a ella?

—Yo... —Por favor... Su cuerpo se estaba preparando para él, pero no su conciencia, no su razón—. No quiero perder mi cabeza, Cahal. No quiero perderme, quiero seguir siendo quien soy. No sé si esto es bueno o malo. Me siento muy insegura ahora.

—No lo harás —murmuró sobre la piel de su hombro—. No te perderás porque yo no lo permitiré. Ahora tienes mucha más capacidad que antes para almacenar información, para aprender y para desarrollar nuevas ideas. Tu inteligencia será superior. Mi sangre te ha otorgado dones, Huesitos. ¿Entiendes eso? No te ha envenenado. No te he hecho peor. Tienes debilidades, de acuerdo —pensó en el sol que nunca más podría ver, y se entristeció por ella—. Pero comparado con tus nuevas virtudes, son irrisorias. Serás como siempre has sido, pero una versión mejorada. Huesitos 3.0.

Miz agrandó los ojos. Ella no esperaba nada de eso. No esperaba que Cahal le diera la oportunidad de disfrutar plenamente de todas sus aptitudes. Los días que la tuvo recluida, estuvo aterrorizada de perder su mente y su cabeza si él la transformaba. Había preferido

morir a ser la esclava de nadie.

Pero estaba frente al espejo, con ese guerrero antiguo tras ella, y su sangre mutada por los dioses había sido tan poderosa que incluso le había otorgado esos mismos dones a ella.

Aun así, todo iba demasiado deprisa. Había sido todo demasiado duro y traumático.

¿Se suponía que tenía que acceder a todo lo que ese hombre le pedía?

¿Se suponía que iba a amoldarse a su nueva vida y su nueva naturaleza así como así? Sí, era una mujer práctica que no había temido nunca nada, seguramente porque lo había perdido todo de pequeña y, después, mientras crecía y la manipulaban, nada le importó lo suficiente como para temer que eso también se le escapara entre los dedos o se lo quitaran. Excepto sus estudios y sus conocimientos, que era lo único valioso que tenía. Y había pasado unos días terribles pensando que eso también se lo iban a arrebatarse. Pero no había sido así. Miró al hombre increíblemente hermoso y corpulento que tenía ante sí y no supo qué decir ni cómo actuar.

—¿Qué dices, Huesitos? ¿Estás dispuesta a descubrir este mundo? ¿Eres de los nuestros?

¿Lo era? Ahora era una vaniria, pero no entendía todo lo que esa palabra comportaba. Necesitaría un maestro, y no sabía si Cahal sería el idóneo. Él la había traicionado; y saberlo le dolía mucho, le dolía a la altura del pecho. «¿Esto son los sentimientos? ¿Así son?». Maldita sea, le dolía tanto que tenía ganas de llorar. Pero no era mujer de ponerse a sollozar en una esquina culpándose por su buena o su mala suerte. Era una mujer que caminaba cada día con un objetivo; práctica y resuelta. Y ese objetivo todavía no se había perdido; y sentía que esta vez estaba en el bando correcto para poder ayudar.

—Cahal —se dio la vuelta y echó la cabeza hacia atrás para encararlo—, voy a ser te franca. Todavía no sé si salir corriendo de esta habitación y atravesar la primera ventana que vea para que me queme un rayo de sol y acabe con mi vida, o bien si aceptar lo que parece que soy ahora e intentar hacerme con mi cuerpo y mi entorno. No sé lo que hacer. No es fácil para mí.

El druida la entendió, pero para él solo había una salida posible.

—Acepta el hecho de que las cosas no suceden porque sí. Hay un motivo, una razón detrás de cada acto y suceso en nuestras vidas. Si eres mi vaniria ahora, será porque debes serlo. Los vanirios apreciaremos tu ayuda, científica. Valoraremos tus conocimientos. Y yo agradeceré que te quedes conmigo, porque así es como debe de ser —le acarició la barbilla con el pulgar.

—Yo quiero ayudaros —afirmó la joven pasándose la lengua por los colmillos. «Me apetece morderle. Me apetece mucho»—. Si antes lo he hecho mal, es mi oportunidad de enmendarlo; y no me importa que me odien mientras tanto. Quiero hacerlo porque es lo que debo de hacer.

—No te odian —repuso él.

—Me odian, pero quiero quedarme.

—Me alegra oír eso —reconoció con los colmillos expuestos como los de ella. «La cachorra se muere de ganas de morderme».

—Pero no creo que pueda dar más. No comprendo esta dependencia ni esa necesidad entre vuestras parejas, en términos... románticos. Y no... Yo no me desenvuelvo bien con eso —estaba nerviosa y, al mismo tiempo, cada vez se acercaba más a su cuerpo—. No me has respetado en ningún momento, me has engañado, me has traicionado —se acongojó y tragó

saliva—. No voy a darte más de lo estrictamente necesario, solo lo que nos haga falta para sobrevivir.

Cahal inclinó la cabeza a un lado y parpadeó solo una vez. Miz le estaba diciendo que podría compartir unas cosas con él, pero otras no. Es decir, que podía beber de él porque era lo que ambos necesitaban para continuar, pero no quería compartir nada más. Él comprendía su posición, pero no estaba de acuerdo. Miz era su pareja, nadie cuidaría mejor de ella que él. Pero sabía que le había hecho daño y que estaba resentida. Ya había sido un egoísta y un bárbaro al haberla mordido en público, así que, si ella se sentía mejor teniendo ese espacio ficticio entre ellos, como si fueran humanos, entonces él estaría de acuerdo en dárselo. Pero solo porque sabía que el tiempo que pudieran estar separados le haría darse cuenta de lo indispensables que eran el uno para el otro.

Ella todavía no lo creía.

Él sí. Porque estaba profundamente encaprichado de su mujer; y porque solo un vanirio entendía el tipo de vinculación única e inexplicable que existía entre parejas.

—¿Me estás insinuando que tú y yo solo tengamos una relación meramente alimenticia?

Había algo salvaje y animal en ella que se estaba moviendo inquieto y en desacuerdo por aquella pregunta. Nunca había sentido esa fiera interna que ahora despertaba como lo hacía la bestia de Hulk ante la rabia. Miz no sabía qué era lo que le sucedía, pero su cabeza quería seguir adelante con aquella proposición, aunque la fiera se negara de aquel modo tan vehemente.

—Sí. No te conozco. No confío en ti. Pero tengo mucha sed. La verdad es que quiero morderte... Explícame por qué.

A Cahal se le puso tan dura que creyó que iba a atravesar el estómago de Miz con su erección.

—Es porque somos cáraids. Ya te lo he dicho. Nos alimentamos el uno del otro y eso nos mantiene bien y saludables. Somos pareja, nena, aunque tú lo niegues.

—¡Yo no puedo ser tu pareja! ¿No lo entiendes? —Era la primera vez que perdía los nervios.

—¡Ya está bien! ¡Escúchame! —gritó, zarandeándola por los hombros—. ¡¿Crees que Strike vio lo que vio por diversión?! ¡Él podía ver el futuro y supo que tú me pertenecías! ¡Yo, sin saberlo, te vi en el Ministry y me volviste loco, por eso te seguí!

—Había muchas otras mujeres.

—No es verdad. Solo una para mí. Hacía dos mil años que no sentía nada, que no podía oler nada que me diera placer, que no sentía ni las caricias ni el tacto de nadie en mi piel. Cero, nena. ¡Cero!

Ambos se quedaron en silencio, mirándose fijamente.

—Cuando te vi, te olí por primera vez. En veinte siglos, el primer olor que me vino a la nariz fue el tuyo —le cogió por las muñecas y colocó sus palmas abiertas sobre su pecho—. Y fueron tus crueles manos lo primero que sentí en mi cuerpo. Tú me devolviste los sentidos y la vida, aunque solo me hicieras sentir dolor.

Ella cerró los ojos, consternada por lo que oía. Lamentaba muchísimo haberle hecho tanto daño. No sabía qué hacer para compensarle, pero él se había encargado de pagar esa deuda convirtiéndola y mordiéndola ante todos. Cuando recordaba ese momento, le entraban ganas de gritar por la impotencia.

—¿Dos mil años sin sentir nada? —repitió ella con tristeza—. Entonces, ¿ahora se supone

que me estás abocando a mí a una eternidad que yo no había elegido, por muy buena que pueda ser esa perspectiva para ti? Odiaré beber sangre —gruñó con lágrimas en la garganta—. No volveré a ver la luz del sol. Y la gente con la que voy a estar siempre me tendrán inquina. ¿Esa es una buena eternidad para ti? ¿Estás orgulloso de tu venganza?

Cahal negó con la cabeza. ¡Su mujer era muy testaruda y estaba ciega! Pero, ¡de acuerdo! ¿Ella quería eso? ¿Quería que vivieran separados? ¿Quería no tener nada que ver con él excepto para los intercambios estrictamente necesarios? ¡Pues bien!

—¡Maldita sea! ¡¿Estás segura de que quieres hacernos esto?!

—¡No estoy segura de nada! Pero me aterroriza lo que me has hecho y no estoy preparada. Necesito sentirme a salvo y recuperar un poco el control. ¿Tampoco vas a respetar esta decisión?

Cahal la miró y se rió sin ganas. Estaba pidiendo al ser más emocionalmente impaciente y arrollador que existía que tuviera paciencia y que le diera un espacio que él necesitaba invadir urgentemente, solo porque ella necesitaba recuperar el control.

—No lo vas a soportar. Ni tú, ni yo —le aseguró Cahal.

—Voy a intentar vivir con vosotros. Os lo debo —aseguró la joven temblando por energía que fluía entre los dos—. Voy a ayudaros en lo que pueda. Pero todos los seres debemos ser capaces de elegir nuestro destino. Tú me has obligado a convertirme en lo que tú eres porque estás seguro de que nos pertenecemos y porque querías vengarte de mí. Dijiste que yo te devolvía el don y, seguramente, ese fue tu principal motivo para hacer lo que hiciste. Bien, objetivo alcanzado. Pero a partir de ahí, yo decido si seguir adelante con esto o no.

Y lo peor, reconocía Cahal, era que esa chica tenía sus emociones y sus deseos bajo un control envidiable. Esa mujer tan mental acababa de decir una verdad universal. Y él, que además de haber sido arrogante con ella se creía que también podía ser un guía espiritual para todos los demás, estaba violando la ley más importante de todas: «Todos somos dueños y responsables de nuestra vida y de nuestras decisiones».

El vanirio quería pasarse esa ley por el escroto.

Pero el celta, el druida, el hombre sabio que él era y el que sus padres le habían enseñado a ser, solo podía ceder ante la decisión de su joven pareja. Aunque él no la había convertido porque ella le devolvería el don mediante su sangre.

Él la había convertido porque, gracias a ello, podría empezar a amarla más de lo que ya empezaba a hacerlo. —De acuerdo, Huesitos. No te voy a presionar. ¿Qué es lo que me pides?

—No te estoy pidiendo permiso —aclaró ella—. Quiero empezar a trabajar cuanto antes y asegurarme de que lo que yo descubrí es cierto. Y, después, quiero trabajar en un proyecto que contrarreste mi trabajo. Quiero vivir sola y en algún lugar seguro. Necesito mi espacio.

—Vivirás en un lugar seguro, pero tendrás vigilancia. Y, si lo deseas, hoy mismo puedes empezar a trabajar, pero en nuestras instalaciones — puntualizó él.

—Bien.

—Bien. ¿Algo más?

Ella no supo qué contestar. No tenía nada más que objetar. ¿Tan fácil había sido? —¿Ya está? ¿No hay un no? —Te he dicho que de acuerdo —repitió cansado. No tenían mucho más que decirse, pero había algo básico entre ellos

que sí que debía quedar claro. Cahal no iba a negociar con ello.

—Lo que estoy haciendo contigo es una excepción y me cuesta mucho aceptarlo —

expresó no sin dificultades—. Pero hay algo que es más importante que todo lo demás. Y si no lo hacemos con normalidad, ambos nos volveremos locos. Tú no podrás concentrarte, y yo tendré ganas de arrancarme las cuencas de los ojos. Lo has dicho antes. Hay algo que nos hace falta para sobrevivir.

A ella le picaron los colmillos con rabiosa urgencia y él se relamió los labios. —Beberemos el uno del otro tantas veces como deseemos. Siempre que nos lo pida el cuerpo —exigió él. — ¿No podemos normalizarlo? Dos veces al día. Me tengo que hacer a la idea. Al druida se le escapó la risa. Quería una rutina, la muy sádica, y ni ella iba a poder soportarlo.

«De acuerdo, ¿eso quieres? Eso tendrás»

—Perfecto. Debes de estar sedienta después de la conversión. ¿Quieres beber de mí ahora? Ya sabes, entra dentro de la toma mañanera, bebé —Cahal se quitó la camiseta por la cabeza y se quedó con su torso musculoso al descubierto.

¡De perdidos al río!

A la recién convertida vaniria le empezaron a sudar las manos ante tanta perfección física. «¿Qué pasa? ¿No te puedo morder con la camiseta puesta?»! preguntó al hombre con su nueva mirada.

No había nada más perfecto que él, incluso con los moratones. Pasó los dedos con suavidad por uno especialmente morado y verdoso. No le gustaba que le hubieran hecho daño.

—¿Quién te ha hecho esto? —preguntó preocupada—. ¿Quién era tu guardián?

—¿Te preocupas por mí, Huesitos? —Oh, lo estaba acariciando de verdad, y se sentía tan bien... Y eso que solo eran sus dedos rozando su piel; pero no había maldad ni saña en ellos, era una caricia real. Su cáraid —. No lo hagas. Muerde y calla.

Miz resopló ante la orden. Beber se había convertido en una urgencia para ella. ¿Le iba a gustar o no?

—¿Cómo... Cómo lo hago?

—¿Quieres que sea yo quien te muerda primero, listilla? Así ves el procedimiento —se pitorreó él, muerto de deseo. Ella echó un vistazo a su cuerpo semicubierto por la sábana. Tenía el cuello y los hombros al aire libre, podría morderla en la carne expuesta.

—Está bien —contestó echándose la melena rubia toda sobre un hombro. Era absurdo, porque él ya la había mordido otras veces; pero había estado tan asustada y nerviosa que no había prestado mucha atención y no había sido tan consciente como en ese momento.

—Te morderé donde yo quiera. No cederé ante eso. Es lo justo, ¿no te parece? —El druida agarró la sábana por la parte del pecho, ante la estupefacción de la joven, y la retiró con una lentitud que erizaba los nervios.

Él iba a morderla, ¿pero dónde? La iba a dejar completamente desnuda.

—Estoy muy desnuda —aclaró ella sin atreverse a mirarlo. Una intimidad así con un hombre, y esta vez de mutuo acuerdo, era rara, pero también... emocionante.

—¿Y eso me lo dices para que me eche atrás? —Cahal apartó la sábana de la parte frontal de su cuerpo y arremolinó los extremos alrededor de su propia cintura para tirar de ella como si se tratara de una cuerda o de un grueso cinturón.

El cuerpo de la joven dio un brinco hacia adelante y chocó contra el torso duro y caliente

del vanirio.

Él ronroneó de placer. «La piel. Siento su piel, siento su calor... Sus pezones se me clavan en el abdomen».

Miz no entendía lo que estaba pasando con su cuerpo, pero se había vuelto loco, no había duda. Se estremecía, temblaba, y se sentía hinchada por todos lados. La sábana que sostenía Cahal ahora solo cubría sus nalgas. Entonces, el druida ató los extremos a su propia cintura, y quedaron los dos pegados como lapas, rodeados por la tela blanca.

—Ahora ya no te escaparás —murmuró, hundiendo sus dedos en su pelo rubio. Ella gimió por la trivial caricia. Tenía el cuero cabelludo demasiado sensible. —No me voy a escapar. Tengo sed —contestó ella, inocentemente seductora.

«Será largarta», pensó él. Cogió su pelo en una mano y tiró de su cabeza hacia atrás. La rubia lo miraba con interés y con ojos curiosos, ojos de científica excitada. Él alzó las comisuras de sus labios con insolencia y le enseñó los colmillos.

—¿Los ves? Van a ir bien adentro, nena. —Luego me tocará a mí —replicó sin perderle la mirada, y prestando especial atención a sus colmillos, más gruesos que los de ella. Cahal pasó su lengua por su garganta y la lamió, dándole un anticipo del lugar en el que iba a sepultar sus caninos.

Ella se apoyó en sus hombros y se amarró bien a él.

Cahal le dio un ligero chupetón que la joven disfrutó con disimulo. Sí, le encantaba sentir sus labios ahí. Y también su lengua, húmeda y resbaladiza. Pero, de repente, Cahal abrió la boca al tiempo que la echaba más hacia atrás y le clavó los dientes con desesperación.

Ella abrió los ojos con sorpresa, pero luego se dejó llevar por la sensación. Desgarradora y extasiante. No había otra definición para aquello.

Esta vez sentía su mordisco diferente. Lo sentía puro y adecuado. Él sorbía con delicadeza pero sin perder ritmo ni insistencia. Mizar percibía la sangre como lava caliente y espesa. Le clavó los dedos en las clavículas y Cahal ronroneó.

Sintió toda una serie de espasmos vaginales que la hicieron sollozar y cerrar los ojos con fuerza; y después sintió cómo su útero se contraía. Por favor, necesitaba que algo la llenara o la tocara ahí.

Él la abrazó con más fuerza y ella se lo permitió.

Cahal desclavó sus colmillos, le pasó la lengua por las incisiones y la sostuvo con una mano para poder acariciarle el mordisco con los dedos de la otra. Al beber de ella, se vio de nuevo como el druidh que había sido en su aldea siglos atrás. Recordó su hogar, porque la sangre de su pareja era su casa, y los recuerdos le llenaron de melancolía. Joder, incluso había vuelto a recordar a sus padres. Hacía muchos siglos que ya no se acordaba de cómo eran.

—Eres deliciosa. Como un fresón jugoso y esponjoso, exclusivo para mí —explicó con la voz ronca.

Cuando ella abrió los ojos se quedó sin respiración.

Cahal no tenía un solo corte en su cuerpo. Los moratones iban desapareciendo, desvaneciéndose como si nunca hubieran existido. Sus ojos azules, llenos de risa y a la vez de malicia, brillaban provocando esos destellos inhumanos que le probaban que estaba ante un ser tan poderoso como Dios. Y ese Dios sonreía con ternura y con sabiduría, acariciando las marcas que los colmillos le habían dejado en la garganta.

—¿Te ha gustado? —preguntó él. Las pestañas de la joven aletearon nerviosas, pues no

comprendían la pregunta. Era obvio que lo había disfrutado. —Sí —carraspeó—. Me ha gustado mucho —contestó con franqueza.

Él sonrió más tranquilo. Eso era lo mejor de ella. No mentía. Era franca, honesta y directa; y lo que algunas tardarían en reconocer solo por hacerse las remolonas, ella no lo haría. ¿Por qué fingir que no sentía nada cuando lo sentía? El problema de esa chica tan fascinante era que, aunque hablaba sin rodeos, necesitaba comprobarlo todo. Como necesitaba comprobar que la separación entre ellos iba a ser inviable; y él, que era un sátiro y un juguetón muy cruel, iba a disfrutar de su rendición. No se lo iba a poner fácil. Pero era un desafío. Y estaba convencido que su decisión no iba a durar ni un día.

Ella caería. Igual que él.

—Te toca —adujo el vanirio, todavía paladeando el sabor de la sangre de su chica.

—Sí... Me toca —repitió hipnotizada por el pectoral de Cahal.

Miz actuó sin pensárselo dos veces.

Tenía una sed que se moría y ansiaba morderlo con desesperación. Fue directa, precisa y resolutiva. Lamió el pecho de Cahal, justo encima de su corazón y, sin mucha ceremonia, lo mordió. Hizo fuerza con la mandíbula, lo suficiente como para sentir que los colmillos agujereaban la curtida piel hasta atravesar el músculo; y después aprovechó para beber de la sangre que corría en su interior.

Cahal gritó y sostuvo su cabeza contra él mientras se endurecía bajo los pantalones.

Fue como quedar cegada por un rayo de luz después de vivir en la oscuridad. La sangre de ese hombre era fresca, sabrosa y con regusto a canela. Y ella bebía y no se podía saciar.

Sorbía una y otra vez, cada sorbo mayor que el anterior, moviendo sus caderas hacia adelante y hacia atrás, simulando el acto sexual. Gimió y succionó con tanta pasión que Cahal se volvió loco.

—Bebe, no dolag. Pero ven aquí. Voy a calmarte el dolor —mientras ella sorbía, él levantó una de sus piernas sosteniéndola por debajo del muslo, y la apoyó en su cadera—. Será mejor así para ti. —Entonces coló una mano entre sus cuerpos y la tocó en su centro.

Ambos se quedaron paralizados ante la sensación. Cahal inclinó la cabeza para asegurarse de que lo que tocaba era tan liso y suave como cualquier otra parte de su ser.

—¡Joder! —gritó él feliz—. ¡Freyja es mi heroína!

No puede ser. Negó ella, sonrojada.

—No hay vello, bebé —la frotó suavemente—. Me encanta.

Ella se lamentó por su divina depilación láser recién hecha y, también, por lo bien que sentía aquellos dedos en esa zona tan sensible. Se mordió el labio inferior y se entregó a la sensación de plenitud. La estaba acariciando, y ella bebía de él. No había nada más ideal y bonito que eso, pensó sin ningún tipo de duda.

Y quiso más, mucho más. Su sangre le daba una vitalidad y un amor que había decidido no recibir jamás. ¿Amor? ¿Podía ser amor entre un hombre y una mujer? Si el amor era así, ella lo querría todos los días.

Atrevida como nunca lo había sido, deslizó su mano también entre sus cuerpos y colocó la palma abierta sobre el impresionante bulto que había en los pantalones del vanirio. Jamás había hecho eso. Jamás pensó que llegaría el día en que tendrían que hacer eso. Y sucabeanorazonaba, no comprendía por qué se lo estaba haciendo a él. Pero sus manos se movían solas.

Ahí estaba. Metiéndole mano a un tío.

Ten cuidado, Huesitos. No empieces algo que luego no puedas acabar.

Ella lo apretó en respuesta. Sus movimientos eran inseguros y poco estudiados, pero eso le excitaba mucho más. Porque sabía que Miz no había tenido experiencia con hombres, y él sería el primero; pero no así, no en ese momento. Sin embargo, dejó que lo tocara y que jugara con él, porque le encantaba que lo acariciara.

Tú lo has empezado todo. Repuso ella. Ahora no te quejes, o haz algo para detenerme. No tengo ni idea de cómo dejar de beber.

El se echó a reír y gimió cuando ella le bajó la cremallera del pantalón.

Entonces Cahal contraatacó y la acarició con dos dedos, de arriba a abajo, para luego colarlos suavemente en su interior. Los movió profundamente, sosteniéndole la pierna con fuerza contra su cadera y estimulándola con su otra mano libre.

Cahal se iba a correr con solo verla beber; no se esperaba que Miz decidiera meter la mano en el interior de la bragueta y apresarla con dedos temblorosos.

Ella gimió de gusto con solo tocarlo.

Esto está tan duro...

Soy un puto hombre, Huesitos. ¿Ya no te doy miedo?

No lo sé. Pero no quiero parar.

¿Pararás si te lo pido?

Miz negó con la cabeza y se dispuso a masturbarlo mientras él se lo hacía a ella. ¡No iba a parar, ni hablar! No le daba miedo; lo estaba disfrutando, porque hasta donde ella sabía, no había peligro de hacerse daño entre ellos. Controlaba la situación.

Y ese intercambio se convirtió en una batalla de intenciones.

Ella bebía de su sangre y lo acariciaba. Él respondía con sus dedos en su interior y con su pulgar acariciando su clítoris. —Vas a perder, nena —gruñó, alzando más su pierna contra él—. Estás a punto.

Miz desclavó los colmillos, y sus ojos verdes y con rayos de sol se quedaron anclados en los de él, mucho más azules que un cielo de verano. Vaya... Pensó, se le habían aclarado.

—A ti también se te han aclarado—aseguró Cahal frotando el punto en el interior de su cuerpo que la lanzaría a las estrellas.

Dicho y hecho.

Miz abrió la boca y enseñó los colmillos al mundo. Se quejó al sentir el orgasmo azotar su cuerpo por completo. Soltó su erección porque necesitaba agarrarse a algo más alto. Su útero apretaba y soltaba los dedos del vanirio, pero este no dejaba de acariciarle aquel botón de placer sublime. Se agarró a sus hombros, y luego deslizó una mano a su nuca, y otra a la gruesa muñeca de la mano que había entre sus piernas.

El orgasmo la demolió.

Cahal ralentizó sus caricias. Al final sacó los dedos lentamente y volvió a hacer lo mismo que la vez anterior: se los llevó húmedos a la boca y los saboreó, cerrando los ojos con deleite.

Miz intentó recuperar la respiración y descansó la frente en el pecho del guerrero. Acababa de disfrutar, conscientemente, de las caricias de Cahal. Sin esposas, sin obligaciones ni intimidaciones. Acababa de echar por tierra veinte años confusos sobre su orientación sexual. ¿Cómo iba a pretender fingir que prefería a las mujeres después de eso? Y, lo peor, ¿cómo iba a acostarse con nadie más que no fuera él?

—¿Hemos... hemos hablado telepáticamente? —preguntó temblorosa, intentando poner orden en su caótica mente.

—Oh, sí —le dio un beso en la coronilla, retiró su pierna de su cadera y desató metódicamente el nudo de la sábana a su espalda. Eso hizo que ella diera un traspié hacia atrás y quedara desnuda ante él, con los muslos húmedos y el sexo liso y empapado.

Con el frío y la falta de contacto, llegaron sus reservas.

—¿Quieres hablar de lo que has experimentado?

—No... Mejor no —contestó seca y desorientada.

Los ojos de Cahal focalizaron en esa zona desnuda y la estudiaron con obsesión. Mizar se tapó su sexo con una mano, sin atreverse a mirarlo.

¿Lo había seducido? ¿Había sido ella o él? Daba igual. ¡Pero menuda convicción más chapucera la suya! No confiaba en él y se entregaba de ese modo a sus atenciones...

Cahal quería más. Estaba preparado para hundirse en ella, y ella también para recibirlo. Pero no iba a aprovecharse de su creciente deseo. —Podría abrirte de piernas, bonita, y llenarte por completo. Y los dos seríamos más felices de lo que lo hemos sido en nuestra puta vida.

Ella agrandó los ojos ante sus rudas palabras, pero se negó a mirarlo.

Cahal la comprendió. Tan solo acababa de empezar y la cachorra estaba superada por todo lo que había sentido al beber de él. Cuando ya no pudiera más, ella explotaría y le rogaría que la tomara, porque el deseo y la necesidad de tocar y de poseer a la pareja era tan enfermizo como el hambre de su sangre. Y no faltaba mucho para ese estado desesperado. El deseo era lo peor.

Sería paciente por ella.

Así que, en ese momento, hizo de tripas corazón, y se dirigió a la puerta de la habitación, pasando de largo y dándole el espacio que ella reclamaba.

—En cuanto llegue tu ropa —dijo con voz áspera—, te llevaré al RAGNARÖK. Allí han preparado una sala de trabajo para ti. Miz no tenía ni idea de lo que era el RAGNARÖK, pero estaba muy

familiarizada con la palabra trabajo.

—Bien —contestó ella sin darse media vuelta.

La puerta se cerró, dejándola a solas con su convulso cuerpo y su azorada mente. Cerró y abrió los dedos de las manos. Se apoyó en el espejo y dejó que su espalda resbalara por él hasta acabar sentada en el parque.

Ese mundo en el que se requería beber sangre, era pasional y visceral, y todas las sensaciones se multiplicaban hasta dejarla a una como un completo manojito de nervios.

¿Y alguien podría explicarle por qué tenía ganas de llorar?

¿Por qué se sentía abandonada desde que él la había dejado de tocar y se había ido de la habitación?

IX

Su vida ya no era como la había concebido veintiséis años atrás, pensaba Miz mirando por la ventana de otro de los múltiples deportivos que tenía ese hombre. La noche anterior, un precioso Ferrari había volado por los aires con ella dentro. Pero en esos momentos, estaba a bordo de un Porsche Cayenne negro, perfectamente equipado, con las últimas tecnologías, tal y como lo había estado el anterior vehículo italiano.

Sonaba la canción de *She doesn't mind* de Sean Paul.

Habían salido de la casa a través de un parquin, cómo no, circular, ubicado bajo tierra. Un túnel privado los hacía llegar al exterior y los ubicaba directamente en la carretera colindante.

Retomaba los pensamientos sobre su vida; pues sí, ahora había cambiado mucho. La seguridad de antes siempre fue ficticia, no era real. Ahora tampoco se sentía precisamente segura, porque no sabía ni quién era. Su metabolismo y su biología celular habían mutado. En esencia, en mentalidad, era exactamente la misma persona, aunque ahora se sentía mucho más poderosa y con más capacidad para adaptarse a los cambios repentinos. Sin embargo, temía a aquello que podría llegar a ser y le aterraba cometer algún error que la pusiera en peligro, a ella y a los que la rodeaban.

¿Por qué se arriesgaban a salir cuando el sol todavía estaba en lo alto? ¿Y, si los vanirios volaban, a qué venía esa manía de coger los coches? —¿En qué estás pensando? —preguntó Cahal, muy concentrado en la carretera.

—Como si no lo supieras.

Él sonrió aprobador. En realidad sí que lo sabía. Estaba ahí siempre, de un modo o de otro; y Miz entendía que por mucho que ella se lo pidiera, tampoco iba a ceder en darle esa libertad. Necesitaba esa conexión con ella y saber cómo se sentía a cada momento.

—¿Quieres que te conteste a tus preguntas? —Sí. Pero mi mente es mía. Podrías dejarme espacio. Ya sabes que no te voy a traicionar y que quiero ayudaros.

—No estoy ahí permanentemente —rectificó él—. No te lo tomes así. No voy a obligarte a pensar en nada, ni voy a modificar tus recuerdos ni tus experiencias. Solo estoy por ahí como un sensor. Si algo te asusta, si algo te hace sentir mal, yo también lo sentiré. Y, respondiendo a tu pregunta, te diré que intentamos aparentar normalidad. Volamos solo por las noches.

—Pero, saliendo como lo hacéis en horas en las que todavía alumbra el sol, os exponéis tontamente al peligro.

—Lo hacemos porque no queda otra. Vamos a un lugar que está bajo tierra; allí no hay rayos de ningún tipo, pero tenemos que ir hasta allí con nuestros coches equipados. Están blindados, los cristales son opacos y macizos, contra cualquier tipo de impacto. Vamos asegurados, y lo hemos hecho así siempre. Hay que sacar partido de nuestras debilidades, ¿no crees?

—¿Y por eso os compráis cochazos de miles de libras? ¿Para sacar partido? —Es un lujo que nos podemos permitir, nena. Si se puede, ¿por qué no?

Como ella nunca se había dejado llevar por los lujos no entendía ese modo de vida. Y eso

que su cuenta de ahorros no era nada desdeñable y que recibía un sueldo desorbitante; pero no entendía el lujo si no era para exponerlo o para seducir a los demás; y estaba poco interesada en eso.

Se estiró las mangas de la camiseta negra D&G con escote bastante pronunciado. Era sorprendente la cantidad prolífica de bolsas que Cahal le había entregado con el logotipo de PurseValley, una tienda en Internet de marcas exclusivas.

Y todos esos zapatos... Tan inverosímiles, por cierto.

Había ropa suficiente como para no ponértela toda en una vida. Pensar en el dinero que se había gastado la incomodó. Ella no era mujer de grandes marcas ni de ir muy a la moda. Prefería ser práctica y no comerse la cabeza combinando colores ni nada de eso... Una vez, solo una vez, había encargado unas Damier Azur de Louis Vuitton para Laila en esa tienda; ni siquiera las compró para su uso personal.

Pensar en su excompañera de Newscientists la amargó, porque descubrir que Laila lo sabía todo, alguien que había pensado que era su íntima amiga, fue tan decepcionante... La había traicionado de un modo tan ruin la muy...

—¿Te gusta la ropa, Huesitos? La han pedido las chicas para ti.

Y encima se la habían comprado las «chicas% vanirias... Ahora entendía lo de los zapatos. Todos tenían un tacón de infarto, ideal para tropezar y acabar con un trauma craneoencefálico. Apretó los dientes e intentó aparentar una absoluta indiferencia.

—¿Cómo sabían mis medidas?

—Yo se las he dicho.

—¿Cómo las sabías tú? No he llevado ropa desde que he estado contigo. Cahal levantó las cejas y luego soltó la palanca de cambios para alzar la mano izquierda, mostrándole la palma y girándola de un lado al otro. —Una ochenta y cinco —le miró los pechos— cabe perfecta aquí. Tengo ojo clínico para esas cosas, bonita.

—Por Dios...

—Y luego, solo hay que verte. Eres delgada.

Mizar echó un vistazo a su nuevo atuendo. Incluso la ropa interior le iba como un guante. Lo que no entendía era la fascinación que esas mujeres tenían por los tangas y los sostenes. Eran unas locas de la moda. Por lo demás, solo llevaba un tejano de la misma marca que la camiseta y esos peculiares Manolo Blahnik tuneados con estampaciones de calaveras.

Las iba a matar. Se suponía que iba a trabajar, no a un encuentro con los Ángeles del Infierno.

Ella nunca iba mal vestida, ni nunca había necesitado llevar cosas extravagantes como esas para llamar la atención. Y ahora la querían convertir en una fashion victim. No se veía capaz. Solo de pensarlo le daba migraña.

—Eres tan guapa, Huesitos, que no entiendo por qué no te has sacado más partido. Alta, rubia, con unos ojos de pecadora... —¿Ojos de pecadora? ¿Perdón? —Se echó a reír sorprendida por la observación.

—Y sexy como una amazona. Esos zapatos que llevas me ponen como una moto. Parece que tengas piernas interminables, de esas que rodean la cintura de un hombre mientras...

—Corta el rollo —inquirió ella, más afectada de la cuenta por sus palabras. Si oír su voz ya la hipersensibilizaba, escuchar que la elogiaba de ese modo la ponía frenética. Ya era suficientemente duro estar encerrada en un espacio tan pequeño con un bizcocho de canela al lado. «Esto no lo podré soportar. Ya tengo hambre otra vez». Pero tenía que disimular su

excitación. Giró la cabeza hacia él, estudiándolo como si fuera un ser extraño, que en realidad, lo era—. Creo que a los hombres os pone todo.

—A mí me pones tú —contestó sin dar especial énfasis a su afirmación—. Pero me gusta que seas dura —sonrió como lo haría el malvado de cualquier película que tenía la situación bajo control—. Eso hace la partida más interesante y tu rendición mucho más dulce.

—¿Mi rendición? ¿Podemos dejar este tema, por favor? —Esperaba preguntas, pero no esas. Desde que se habían tocado y habían bebido el uno del otro, su supuesto compañero no le había preguntado ni una vez cómo se sentía, ni lo que había experimentado en el intercambio. Ella nunca había bebido sangre, ni tampoco tocado a un hombre íntimamente con ese abandono; pero a Cahal, ese insignificante detalle, le daba igual, claro. Se había ido, y la había dejado sola en la habitación. Sola con sus pensamientos y con algunas imágenes que la habían bombardeado. Recuerdos de otra época en tierras verdes sin urbanizar; de niños hablando y comiendo alrededor de un fuego; tiempos de magia y de sabiduría, de caza y de clanes, de predicciones en las estrellas. ¿Eran los recuerdos de él? Tenía que ponerlos en orden y leer algún libro de cultura celta, porque necesitaba saber todo lo concerniente a su civilización y a ese hombre que le arrancaba la racionalidad de cuajo.

Cahal, por su parte, se sentía muy orgulloso de ella. Miz había pasado por una experiencia realmente traumática, no solo en su transformación. De pequeña, había visto lo que los vampiros habían hecho con su familia; cómo habían abusado de su hermana y de su madre y luego las habían matado. No le extrañaba nada las reservas y los miedos que había desarrollado hacia los hombres y, con todo y con eso, con él había respondido.

«Lo hace siempre», ronroneó internamente. Él era su hombre, su pareja: solo él podría estimularla así. Y la rubia a su izquierda se estaba dando cuenta. Debía de ser muy incómodo, para alguien que se había negado la posibilidad de enamorarse del sexo masculino, despertar a la vida y a la sensualidad animal con uno que tenía una polla entre las piernas.

No la presionaría mucho; debía ir con cuidado. Su conciencia y sus principios le impedían ser cruel con ella y obligarla a aceptarle. Ya lo había sido al principio, tocándola sin su permiso y llevándola al límite de la necesidad vaniria, pero su venganza había acabado. Ahora solo quería que ambos se reconocieran.

En otros tiempos, los guerreros antiguos ya la habrían reclamado a la fuerza. Antes se hacían las cosas así. Si querías a una mujer, te la llevabas. Pero él había evolucionado y nunca había tenido una naturaleza agresiva. Nunca. Sus padres, los únicos druidhs del clan keltoi casivelano, le habían dado unos valores que perduraban incluso en la eternidad. Era espiritual, y su esencia se centraba en trabajar con su entorno y con el respeto a todo ser viviente. Era un druida, no un guerrero vikingo.

Aun así, su bestia negra, la que todos los vanirios tenían en su interior, exigía la unión íntima con su otra mitad. Y él anhelaba esa unión. Llevaba siete días con ella. La había tenido desnuda, esposada y dispuesta. Y no la había poseído. Pero la bestia rugía cada vez con más fuerza. Debía aprender a domarla, porque lo último que deseaba era hacer daño a su ratita de laboratorio. Tenía que tener cuidado con ella; porque esa mujer, con aspecto de femme fatale, era mucho más vulnerable de lo que aparentaba ser. Y el hecho de que todavía levantara la cabeza y no se hubiera derrumbado ante los cambios y los giros inesperados de su vida le estaba robando el corazón y lo ponía de rodillas.

—Miz —pronunció su nombre con una dulzura hasta ese momento nunca demostrada. Y lo pronunció por primera vez en voz alta.

«¿Humph? ¿Miz?», ella se envaró. Era la primera vez que la llamaba por su diminutivo. Así la habían llamado siempre sus padres... Así la llamaba su hermana mayor, Hannah. Imágenes de ellas juntas, tiernos recuerdos de una época feliz y sin miedos la azotaron cruelmente, flagelando su corazón. Los vampiros le habían robado la piedra angular de su vida: su familia. Y por muchos años que pasaran, no se había podido reponer del golpe.

—Eres una mujer excepcional, y siento admiración por ti —afirmó rotundo.

Ella inclinó la cabeza, consternada por la sinceridad de sus palabras. Lo decía de verdad; era algo que ese sexto o séptimo sentido que desarrollaban los vanirios percibía como auténtico. No la engañaba ni lo decía por decir. Y saber que él pensaba eso de ella la llenó de luz.

—¿Por qué sientes admiración por mí? Te hice daño y he causado problemas.

—Siento admiración por ti por no sucumbir. Por no rendirte. Ni cuando fuiste pequeña ni ahora, después de todo lo que has vivido estos días.

Ella se sonrojó y el corazón latió desahogado. Súbitamente, tuvo ganas de desenganchar el cinturón de seguridad, sentarse sobre el regazo de Cahal y hundir el rostro en su cuello, buscando mimos, atenciones y cariño. Desde que habían salido de la casa, se sentía mal porque tenía la sensación de que, físicamente, él sufría mucho por ella, e incomprensiblemente, ella empezaba a sufrir por él.

No quería pelearse más; las cosas ya estaban hechas y no había manera de deshacerlas. Por tanto, solo le quedaba aceptarlas, y si con el tiempo no se acostumbraba a esa vida, tendría que encontrar un final, pero dejando sus cuentas pendientes solucionadas en tierra.

Respondió al halago, reprimiendo las ganas de tocarlo. —No... No sé cómo lo hago —suspiró cansada—. Pero siempre he crecido ante la adversidad. No me gusta compadecerme.

—Lo sé. He visto lo que los vampiros de Lucius hicieron con tu familia. Tú fuiste una víctima de ellos, y lamento mucho que murieras esa noche.

Ella no comprendió eso último.

—No morí. Lucius me...

—No. Sí que moriste, nena. Negaste una parte de ti, una suave y dulce. Y la otra la dedicaste plenamente a tus estudios, centrándote en el desarrollo de tu inteligencia y enterrando tu lado más emocional. Mataron a la Miz que podrías haber sido.

No lo pudo negar. Cahal tenía más razón que un santo. —La otra la dediqué plenamente a la venganza —reconoció sin rodeos—. Mis estudios siempre me gustaron, pero mi móvil no era otro

que ayudar a aniquilar a los vampiros; y si para ello había que abrir un agujero de gusano para llegar hasta su mundo y destruirlo, lo haría encantada. Esa ha sido mi misión. Pero... Lucius también me engañó, y mis esfuerzos han sido dirigidos para hacer el mal en vez del bien —añadió con voz temblorosa. Apretó los puños con frustración.

—Nos vengaremos juntos, Miz. Lucius es nuestro archienemigo — la miró fijamente, con una promesa en sus ojos azules—. Como en los cómics.

La joven sonrió débilmente y él añadió: —Te hizo daño y me lo hizo a mí —asintió con frialdad—. Morirá . Y punto.

Ella tragó saliva, insegura. Quería coger a Lucius y arrancarle la piel, esa era la verdad. Pero también le urgía asegurar la información y la fórmula final que había desarrollado.

Permanecieron en silencio. Cahal se movió incómodo en la silla y la miró de soslayo.

—¿Podrás vivir sin el sol?

¿Podría? No lo sabía.

—No lo sé —contestó serena. El amanecer formaba parte del ciclo de la vida, y ella ya no lo iba a poder ver. A partir de ese momento, vería el mundo a oscuras y bajo luz artificial. Eso deprimiría a cualquiera, ¿no?—. Me faltarán muchas cosas. Yo... he prometido ayudaros, y hasta que no lo consiga no tomaré mi última decisión al respecto de ser como vosotros.

—No hay decisión que tomar —gruñó él, irritado—. Si crees que voy a dejarte ir ahora que eres mía, que eres vaniria como yo, es que estás chiflada.

Algo punzó su corazón cuando pensó en abandonar a ese hombre. No lo comprendía. ¿Cómo podía sentir esas cosas por él? Era todo tan contradictorio que no quería buscar razones ni explicaciones a la relación que empezaban a desarrollar.

—Ya te he dicho que solo yo decidiré mi desenlace —contraatacó ella—. Hasta donde yo sé, los vanirios sois inmortales, pero tenéis puntos flacos. Podéis morir si os arrancan el corazón, os cortan la cabeza o bien os exponen al sol. Tres modos de morir que, bien ejecutados, acaban con esa longevidad que los dioses os han dado. Nada me va a obligar a llevar un modo de vida que no quiero, Cahal. Nada.

—Has disfrutado de lo que hemos hecho en la habitación. Me has tocado y he compartido mi sangre contigo. Hemos conectado. Nunca has conectado con nadie —le dijo herido por su rechazo—. Nunca a esos niveles; y tú y yo podemos hacerlo. Lo haremos. ¿Y crees que después de eso te vas a inmolar? —sonrió con desdén—. Escúchame bien, bonita — Oír que Miz todavía tenía ganas de arrancarse la vida le ponía de mal humor y lo convertía en un agresor verbal—: No falta mucho para que me ruegues que te toque otra vez y te posea. Mira. —Cogió su mano con rabia y se la puso sobre el paquete—. ¿Sientes lo dura que está? Está así desde que te conozco, Miz. Incluso cuando me cortabas y me abrías en canal como a un cerdo, yo estaba así por ti.

—Eso es enfermizo...

—¿Lo es? Tú eras humana y no podías experimentar como nosotros el amor y la atracción entre parejas. Pero ahora eres vaniria; y sabrás lo importante que es que nos toquemos y nos acariciemos. Esto va más allá de la química y de tu ciencia. Esto se llama destino.

—Es solo atracción sexual —gimió ella, con los ojos claros y descarnados llenos de interés. Se calentaba por el roce y por la testosterona del guerrero. No le daba miedo. Él no. Y eso era lo más terrorífico de todo.

—¡Y una mierda si lo es! —gritó sin mirar a la carretera—. Lo sabrás. Cuando te tome y me meta en tu cuerpo, cuando te posea, nunca más volverás a repetir esas palabras. ¿Me has oído? Te estás comportando como una cobarde; y debajo de esa fachada hay mucho más que eso. No me decepciones ahora.

Ella parpadeó relamiéndose los labios. Le dolía que él la riñera y le gritara. Y también le lastimaba sentir su dolor y su miedo. Vaya... él no la quería perder.

Se sintió más valiosa y valorada de lo que se había sentido jamás, y le gustó ser importante para él. No solo por su sangre, ni por el sexo, sino porque tras esas necesidades primarias, en su preocupación, había auténtico interés por quien era ella.

—No soy cobarde, druida —replicó intentando mantener las emociones a buen recuado—. Me estoy enfrentando a ti, a esto —intentó retirar la mano, pero él no la dejó—, yo... No me estoy escondiendo.

—Lo eres. No eres valiente por enfrentarte a mí, Miz. Serías más valiente si aceptaras tu

realidad y llevaras la verdad por delante. —¿Y cuál es esa verdad? Ilumíname. —No te pongas cínica conmigo —le advirtió, apretándole la mano

contra la polla—. Porque sé lo que te gusta, Miz. Lo he visto. Y lo ocultas. Estás ocultando esa parte de ti. Y no lo haces solo porque hayas sufrido un trauma. Lo haces porque no sabes cómo lidiar con ella, y te avergüenza pensar así. No la entiendes. Pero yo sí. Y cuando estés preparada, te enseñaré a jugar con tu fiera. Pero no me provoques mucho, porque mi paciencia y mi autodominio pende de un puto hilo.

Ella se estremeció. ¿De qué hablaba?

—Soy todo lo que has estado buscando. Todo, Miz. Aquello que no podías aceptar desear pero que tomaba vida en un rincón reprimido y prohibido en ti. Y si nos niegas, si me niegas, si tú entierras esa fiera que está desgarrándote el alma ahora mismo, nos destruirás. Así que no me jodas.

—Pensaba que estabas pidiendo eso a gritos, druida —replicó antes de pensárselo dos veces—. Estás desesperado por que te jodan, ¿en qué quedamos?

Él le apartó la mano del paquete, asombrado por su franqueza y su poca vergüenza. Sí, estaba desesperado por hacerlo con ella. Se inclinó y le susurró, enseñándole los colmillos:

—Estoy deseando estar contigo, nena. Aunque ya me has jodido suficiente. Pero no seré yo el que venga llorando desesperado porque necesita que lo follen. Recuerda esta conversación cuando vengas esta noche a por mí con un descomunal calentón.

Ella cerró los dedos de la mano, que aun le ardían por el contacto, y retiró la mirada, clavándola al frente de la carretera. Odiaba que la hablara así. Pero más se reprendía por haber sido ella la primera en atacar. Lo hacía cuando se veía amenazada; y Cahal era un aviso constante. Uno que le decía: «Si te hundes en él, si le dejas entrar, ¿qué será de ti?». Además, ella ya tenía un calentón. Entonces, ¿qué se suponía que iba a sentir pasado el tiempo?

Entraron en la zona del Jubilee Park, lugar en el que se encontraba ese local llamado RAGNARÖK. Un punto de unión, de trabajo y de recu-

peración de los clanes de vanirios y berserkers. ¿También les uniría a ellos?

Cahal nunca se hubiera imaginado que pudiera haber un cónclave como el RAGNARÖK para todos los guerreros. Tan diferentes como habían sido, con tantas rencillas, ahora tenían un club social en el que intercambiar información y crear nuevos vínculos.

En Tipton, había una solitaria cabina telefónica que te llevaba a otro mundo. Quería que Miz formara parte de ese mundo, que le gustara y viera lo que él veía.

La joven iba un paso por detrás, un poco cabizbaja. Estaba pensando en lo que le había dicho. Y eso no estaba bien. Cahal debía aprender a reprimir un poco a aquel macho que resultaba herido con tanta facilidad, y atacaba de modo reflejo ante una ofensa.

Arrepentido se detuvo y le ofreció la mano, ofendido todavía por lo que ella le había dicho, pero también culpable por cómo él había entrado en la provocación.

—Vamos, Miz —esperó con la palma levantada—. Entremos juntos. Cuanto antes vean que estás conmigo de verdad, antes te aceptarán. Eres una de los nuestros.

—No va a colar —contestó insegura.

Él le cogió la mano, y tiró de ella. Su cáraid estaba asustada.

—Sí colará. Te presentaré formalmente, como si te conocieran de nuevo. Y después te enseñaré tu lugar de trabajo. Con reticencias, entraron en la cabina roja. A Miz le vinieron imágenes de Clark Kent y Superman, todo muy surrealista. Cahal marcó el número secreto que

Caleb le había dado en el teclado. El suelo se abrió y una plataforma de cristal les llevó hasta un subterráneo. —Es raro, ¿verdad? —preguntó el druida suavizando un poco la tensión entre ellos.

—Raro no es una palabra que utilizaría para definir esto —contestó mirando a su alrededor. El insólito ascensor vidriado permitía ver la tierra y la piedra exterior que lo recubrían. Habían hecho un agujero en la corteza terrestre, uno que bajaba al inframundo. Sonrió al descubrir que la idea no le desagradaba, al contrario, era excepcionalmente curioso.

—No estés nerviosa. No te tratarán mal —intentaba tranquilizarla por todos los medios, pero se quedó pasmado al ver que Miz estaba más pendiente de la construcción de aquella caja cuadrada que de a quien se iba a encontrar abajo. La rubia era un bicho curioso al que le gustaba observarlo todo. No podía haber ninguna duda: el mundo Vanir iba a gustarle.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Miz se quedó de piedra. Había lagos iluminados en forma de jacuzzis naturales. El agua se filtraba por la roca y creaba formas maravillosas, llenas de fantasía.

Los techos y las paredes estaban revestidas con roca clara y marrón, y las luces que había en el interior de las lagunas eran blancas, naranjas y verdes.

A mano izquierda, tras una mesa de recepción que surgía de la misma piedra natural del suelo, un letrero grabado en oro con la palabra RAGNARÖK refulgía con orgullo. Y, entonces, una puerta corrediza ubicada bajo el letrero se abrió. Y de ella salieron cuatro chicas.

Chicas. No vanirias ni berserkers. Solo... chicas.

Cahal inhaló y Miz copió el gesto innatamente.

—¿Sois las humanas? —preguntó el druida. Le parecía sorprendente que cuatro humanas formaran parte de ese lugar y trabajaran rodeadas de todos ellos. Los tiempos estaban cambiando. Las cuatro chicas, al verlo, se quedaron mudas, como si les hubiera dado un derrame cerebral ipso facto. —Sí —contestó Luna nerviosa, mirando a uno y a otro—. Lamentablemente, ¿verdad? —añadió comiéndose con los ojos a Cahal.

Miz levantó una ceja rubia y entrecerró los ojos.

—Soy Cahal McCloud. Encantado —sonrió como había hecho siempre a las mujeres bonitas. El grupito de humanas, sin excepción, desencajaron las mandíbulas. —Me desalo... —Susurró Luna dando un codazo con disimulo a

Emejota.

—Ah... Sí —se apresuró a contestar Emejota—. Sí... Caleb nos ha dicho que vendrías... acompañado —añadió repasando a Miz con cara de pocos amigos y clavando sus ojos marrones en los Manolos de la vaniria.

Hizo un gesto de desdén con los labios, pero lo disimuló al dedicarle una mirada de adoración al hombre de al lado—. Os están esperando, guapo.

El druida asintió, le guiñó un ojo y entró con Miz agarrada de su mano.

La vaniria echaba miradas furtivas a esas cuatro mujeres por encima de su hombro; y su agudizado oído llegó a escuchar que la morenita con cola de caballo decía:

—Nenas, he mojado las bragas. —Tú y todas las mujeres de este planeta, Lourdes —contestó la más bajita de todas con el pelo castaño y ojos marrones. —¿Esto te ha pasado siempre, playboy? —preguntó la científica sin poder morderse la lengua.

Él se encogió de hombros y sonrió mirando hacia otro lado.

—Claro.

—Entonces ya lo entiendo.

—¿El qué?

—Entiendo por qué eres tan rico. Las mujeres pagaban por acostarse contigo. —Nena — contestó con arrogancia—. No te voy a decir que no. La joven se enfureció ante la respuesta, pero haría bien en no demostrárselo.

La recién convertida no se sorprendió al ver que las salas de ese lugar también eran circulares. Estaban salpicadas de mesas redondas blancas, equipadas con ordenadores Mac de última generación. Había bancos acolchados rojos y blancos, y pequeños rincones hechos para comer, estudiar o trabajar. Era como si el espíritu de las discotecas, las bibliotecas y los clubes sociales se hubieran unificado para crear el RAGNARÖK.

Los salones de las plantas superiores con balcones, que daban a la primera planta central, estaban acristalados, como los privados de los salones VIP.

Cahal silbó impresionado.

—El chucho ha hecho un buen trabajo —murmuró. Para él también era su primera vez en aquel lugar.

—¡Cahal!

De repente, una sonriente Ruth apareció en uno de los balcones, saludándolo con la mano. El druida no se lo pensó dos veces. C cogió a Miz en brazos, dio un salto y se encaramó a la planta superior para ir hasta la Cazadora.

Ruth siempre le había inspirado confianza, y habían desarrollado una extraña relación. Sentía cariño por la del pelo rizado y caoba y, también un gran respeto por ser quien era en los planes de los dioses.

La Cazadora, que vestía con un tejano y una camiseta blanca, tenía un aspecto natural y sexy. La vaniria, resentida por lo que le había hecho en el interrogatorio, la miró recelosa.

«Esta es la de las flechas».

—Déjame en el suelo, por favor —pidió Miz con educación. Tenía que aprender a hacer eso. A volar... Era un poco humillante ir cargada en brazos del druida, como si fuera una incompetente.

Cahal la obedeció, sin apartar la sonrisa y la mirada de Ruth. —¡Por favor, qué guapo estás! —exclamó Ruth dando un paso al frente y abrazándolo con fuerza—. ¡Me alegra tanto que estés de vuelta!

Cahal se sintió bien al recibir el cariño de Ruth y reconocerlo como tal. La alzó del suelo y la abrazó con fuerza, para acto seguido volverla a dejar en su sitio.

—¡Ruth! ¿Cómo está la chica más bonita del local? —preguntó él, zalamero. Sin embargo, a Miz aquella cercanía entre ellos no le gustó en absoluto. ¿La chica más bonita?

Cahal le había dicho que él tenía a un monstruo en su interior y ella a una fiera. Pues esa fiera estaba arañándole e instándole a que sacara los colmillos.

Ruth era muy guapa, menuda y con una fuerza y energía sobrecogedoras. Le caería bien si no la hubiera atravesado con una flecha y no estuviera manoseando a Cahal.

«No lo toques»

, rugió la fiera. Entonces, la Cazadora se apartó del vanirio y la miró de arriba abajo, sonriendo al ver sus zapatos.

—Vaya... Te queda bien la... ropa —alabó, no sin retintín. Esos zapatos los había elegido ella.

—Gracias. ¿Robin Hood y los demás están bien? —soltó de repente Miz.

Ruth parpadeó, agrandó los ojos ambarinos y soltó una carcajada.

—Oh, caray. Menudo humor ha sacado esta —la señaló con el pulgar, mirando a Cahal con diversión—. Robin está muy bien, guapa —respondió contestando a la pulla de la rubia—. De hecho me ha dicho que estaba dando caza a tu padre, el doctor Frankenstein.

Las dos chicas sonrieron falsamente, y Cahal disfrutó con el interludio. Miz estaba sacando las uñas y él lo percibía en su olor. Los celos tenían perfume a fresa ácida.

Las compuertas de la sala contigua se abrieron; y de ellas, un Noah y un Adam sudorosos, vestidos con sus ropas de capoeira, marcando los músculos de sus enormes cuerpos, emergieron resoplando y dirigiéndose a ellos.

—Procura no tocar mucho a Ruth, colmillos —le dijo Adam caminando hacia él amenazante y señalándolo con el dedo índice.

Ruth puso los ojos en blanco y Cahal lo miró indiferente.

—Vete a recibir profecías, y deja a la Cazadora tranquila, chucho. Ella no se merece cargar contigo —de todos los berserkers, Adam era al que más le gustaba provocar. Adam entrelazó los dedos con Ruth y la apartó de él de forma tierna y a la vez posesiva.

Ruth sonrió con tanto amor a Adam que Miz sintió que su mundo se resquebrajaba y no valía nada. ¿Eso se podía conseguir entre un hombre y una mujer? ¿Esa adoración perpetua y sin máscaras? Adam era un hombre amenazador, con ese piercing de ónix en la ceja y aquella mirada dura, excepto cuando miraba a Ruth. Entonces, el mundo a su alrededor desaparecía.

—Miz, Adam es el noaiti del clan berserker, es un chamán —le explicó Cahal, poniéndole una mano en la parte baja de la espalda—. Él construyó este sitio. Y Noah es un berserker que... ¿Qué coño eres tú, tío? —preguntó al de pelo platino, ojos amarillos y un pendiente en la oreja.

Noah sonrió con malicia y tomó la mano de Miz para darle un beso en el dorso.

—Soy un caballero —contestó—. Volvemos a vernos, científica. Pero tú has cambiado —dijo el berserker, consciente de la ira que estaba despertando en Cahal y muy entretenido con ello.

—No tanto. Me han salido colmillos. Eso es todo —contestó Miz. Con la mano todavía entre la de Noah, se giró hacia Cahal para preguntarle—: ¿Cuándo podré ponerme a trabajar?

Cahal tenía la vista azul y clara fija en las manos unidas de Noah y Miz. Ella estudió su semblante. Sí, estaba enfadado.

No lo toques. No soy yo. Ha sido él. Contestó interesada por su comportamiento neandertal.

Entonces, suéltalo. No quiero olerte y detectar olor a perro en tu piel.

—Ni yo quiero oler a zorra en la tuya —esto último lo expresó en voz alta, con tanta contundencia y espontaneidad que los dos se sorprendieron. Se sonrojó y apretó los dientes, frustrada con sus reacciones territoriales. Ello no era así. Aunque nunca había tenido nada por lo que sentirse realmente posesiva.

El resto carraspeó y Ruth se cruzó de brazos, entretenida con la situación.

—Ah, pues sí. Parece que sí que sois pareja —concluyó Ruth.

—Odio cuando os quedáis en silencio tanto rato y habláis mentalmente entre vosotros —intervino Noah picajoso—. Es como si os hubieran puesto en modo pausa. Pero ni Miz ni Cahal

se dieron cuenta de los comentarios a su alrededor. Aquel último intercambio era muy delatador en cuanto a los sentimientos posesivos que empezaban a nacer entre el uno y el otro.

Ruth los llevó a la sala donde estaban trabajando. Cahal sabía por boca de Caleb que había pasado algo entre los guerreros, pero todavía no había conocido el qué.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el druida con Noah y Adam caminando tras él. —Los guerreros están alterados y sienten impotencia —explicó Noah—. El tiempo confinados como animales les ha vuelto agresivos, y

ahora no saben luchar y defenderse a la vez. Es como si tuviéramos que enseñarles desde cero —explicó el empático berserker—. Cuando atacan, lo hacen sin protegerse. Están cegados por el rencor. Adam y yo acabamos de salir de una sesión con ellos.

Por eso estaban sudorosos, pensó Miz.

—Noah nos está ayudando mucho —añadió Ruth—. Su empatía hace que entendamos mejor por lo que están pasando y, de este modo, Aileen, Daanna, Rise, María y yo podemos saber cómo tratarles.

Noah les siguió explicando que, además de estar débiles, muchos no se sentían a gusto en sus pieles. Tenían ganas de venganza, pero también había mucho autodesprecio en ellos por no haber sido lo suficientemente competentes o combativos para vencer a aquellos que durante tanto tiempo les habían tenido cautivos.

La convivencia entre ellos y la necesidad de purgar sus almas de la suciedad que solo ellos veían estaba siendo más difícil de lo pensado. —Aileen y Daanna están entrenando en la sala de lucha. Ellas tratan a los más jóvenes.

Las palabras de Ruth tenían una tristeza tan palpable que cortaba a Miz por la mitad. Saber que ella había estado ahí y no se había dado cuenta de la verdad era una herida difícil de sanar. Un golpe duro y cruel a su ego.

—Caleb y As están preparando un nuevo plan de protección para Dudley. Ayer les sorprendió mucho recibir la visita de los nosferatus suicidas —añadió Adam.

—¿Y mi hermano? —preguntó Cahal interesado. Menw tenía que estar ahí si Daanna se encontraba en las instalaciones.

—Está en su sala. Está cerca de la de la científica —explicó Ruth mirándola por encima del hombro—. Ahora mismo trata a un niño vanirio. No está muy bien. Se encuentra débil y tiene vahídos; se desmaya a menudo. Menw está analizándolo.

Llegaron a otra sala circular con una compuerta metálica. Ruth puso la mano en el lector de infrarrojos y esta se abrió para reflejar un auténtico gimnasio de preparación física con potros, con tarimas de kárate y de boxeo, repletas de pesas y máquinas de entrenamiento. El Awake and Alive de Skillet sonaba con fuerza, como si fuera una discoteca. Su letra se coló bajo la piel de la científica.

En el centro de la tarima, objeto de más de veinte pares de ojos inocentes y castigados, se hallaba una deslumbrante Daanna agitando su katana de un lado al otro. Su melena negra y lisa se movía como un manto oscuro y uniforme, con elegancia y precisión.

Sus movimientos eran rápidos y premeditados, pero dotados de una plasticidad propia de una bailarina.

—Ella es Daanna McKenna —le dijo Ruth, forzándose por ser amigable e intentando olvidar que aquella mujer rubia, alta y de belleza ártica había sido artífice indirecta del robo de los tótems, además de la verdugo de su amigo Cahal. Perdonar no era tan fácil, pero ella lo

intentaría.

—La recuerdo —contestó crispada. ¿Cómo se suponía que tenía que mirar a la cara a las personas que le habían secuestrado y después le habían hecho daño? Daanna, y sobre todo Menw, estuvieron desesperados por conocer el paradero de Cahal. La habían odiado, era irreversible; y no podían, de repente, dejar de sentir esa ira hacia ella.

Yo lo hice, Huesitos.

Ella cerró los ojos, tocada por las palabras de Cahal. Sí, él lo estaba haciendo. ¿Pero se esforzaba mucho o sentía de verdad el perdón?

Lo hago porque me importas más tú que el dolor que me hayas podido infligir. Te estás portando muy bien, y eso me complace, Miz. Gracias.

Las palabras de Cahal eran como agua para su corazón marchito: podrían hacerlo florecer. Ellos también. No están siendo tan duros como imaginaba. Reconoció afectada. Al fondo, la morena de ojos lilas, la híbrida, enseñaba a los más pequeños a manipular los objetos sin tocarlos.

—Aileen es una híbrida, mi mejor amiga, y es la pareja del nazi de Caleb —narró Ruth resuelta—. Son los únicos que te defendieron en el Consejo Wicca, ¿lo recuerdas? —Miz ni siquiera contestó a la pregunta—. Es berserker y vaniria, y tiene un gran potencial para la lucha.

Miz pensó que ella misma podría escaparse en algún momento y aprender sus nuevas aptitudes con ellos. Seguramente, la morena disfrutaría dándole una paliza y ella se podría desfogar de la tensión acumulada esos días.

Miró a todos y cada uno de los chicos que había allí. Eran de diferentes edades, y todos tenían la cabeza rapada, incluso las chicas.

En una esquina, intentando desentramar una especie de puzle, había un par de gemelos muy concentrados. Entonces, se les acercó un chico rubio, algo mayor que el resto, tendría unos veinte años. Beatha había dicho que era su hijo. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí: Carrick. Carrick les animó a que continuaran mientras les acariciaba la cabeza con cariño. Los gemelos se sonrieron agradecidos. Ese chico también tenía cortes en el cráneo, como todos los demás. Sí, ella conocía esos cortes de cirugía. Sabía lo que hacían los cirujanos de Newscientists y los neurobiólogos con los vampiros. Se le llenaron los ojos de lágrimas al comprobar que nunca se trató de vampiros. No eran humanos, de acuerdo, pero eran buenos y no tenían nada que ver con los desquiciados de los chupasangre.

Tenía ganas de esconderse y echarse a llorar. Sentía que se iba a derrumbar.

Está bien, no dolga. Está bien. Respira y relájate. Tú no les has hecho nada.

Ella alzó los ojos llorosos, le miró y negó con la cabeza. No les había pegado, ni cortado, ni quemado, ni nada de esas cosas que sabía que hacían a los supuestos vampiros; pero su ignorancia había hecho el mismo daño o más, y ser consciente de eso la laceraba.

La hija de Beatha, la joven que se había puesto a cantar en el Consejo Wicca el día anterior, alzó la mirada de lo que estaba haciendo la Elegida y puso toda su atención en Miz.

Ella la miró a su vez, incapaz de apartarle los ojos y pensó: ¿había algo más hermoso que un animal salvaje resucitado de las cenizas?

Por Dios, esa chica no era una víctima, era una superviviente. Lo veía en el fuego de sus ojos claros y en el plomo y la gracia con la que se levantaba. Seguramente, tenía muchas heridas en su interior, pero no las mostraba. Estaban ahí, y eran de ella, y los demás no tenían por qué ser testigo de su dolor.

Daimhin se apartó de la tarima y caminó hacia ellos, con la katana que le había regalado la Elegida sostenida en su mano derecha y el filo de la hoja apuntando hacia el suelo.

Daanna y Aileen dejaron lo que estaban haciendo y siguieron la escena con curiosidad. Sabían que Daimhin no haría daño ni insultaría a la cáraid de Cahal; pero esa joven tenía la peculiaridad de ponerte los vellos de punta con solo una mirada.

—La más valiente —musitó Cahal con orgullo.

La científica carraspeó, tan tensa como lo podía estar una cuerda.

—Hola, druidh —lo saludó Daimhin.

—Hola, barda. Estás preciosa.

Lo estaba, pensó Miz. Se tenía que ser muy guapa para que el pelo a lo Sinéad O' Connor pudiera quedar bien. Daimhin tenía esa estructura ósea fina y elegante. Llevaba unos pantalones tejanos cortos con los bajos deshilachados y una camiseta negra de tirantes. Su rostro bien podría haber pertenecido a un elfo o a un hada y sus ojos, rasgados hacia arriba, eran grandes como los de un niño pequeño. Tenía ese tipo de labios por los que un hombre lloraría. Pero Daimhin, aunque no tenía una complexión voluptuosa, ya no era una niña, ni en espíritu ni físicamente, y harían bien en no tratarla como tal.

Ni corta ni perezosa, con un descaro que para nada quería disimular, la rapada hizo un escáner de su persona. Se entretuvo más de la cuenta en sus zapatos de calaveras, pero no los miraba con sorna. Al contrario.

—Maru Aileen y mo Daanna me han pedido que sea yo quien muestre a tu cáraid el lugar donde va a trabajar —dijo sin apartar los ojos de los tacones.

Cahal levantó las cejas rubias y miró a sus dos amigas. Las dos hicieron como que hablaban la una con la otra. Daanna y Aileen querían que Miz se sintiera culpable, y le ponían a Daimhin delante como un recordatorio de lo que ella no había visto en esos túneles de Chapel Battery.

—¿De verdad? —preguntó Miz echando un vistazo a las dos morenas. No era difícil saber lo que pretendían.

Ruth carraspeó a su espalda y Miz la miró por encima del hombro. Ella ya se sentía suficientemente mal como para que intentaran molestarla más de la cuenta. Pero ella no era mala. Se lo iba a demostrar a todos, sin importar si al final decidía quedarse con ellos o no.

—Seoll dhomh an taigh agad. Enséñame tu casa. —Decidió hablar en gaélico porque ese era el hogar de la chica, su territorio, y quería que Daimhin supiera que entendía su animadversión y que sabía que era consciente de que era una intrusa para ellos. Pero no venía a hacer daño, solo quería ayudar.

La joven vaniria no mostró sorpresa ante el dominio del gaélico de la científica. Solo asintió y contestó esperando a que la siguiera:

—Seolla mi dhut. Te la enseñaré.

Cahal, que en todo momento podía leer la mente de su pareja, sintió una oleada de orgullo por su cáraid. No se escondía, no se amilanaba, aceptaba lo que estaba pasando y quería ponerse a trabajar ya. Por ellos. La ratita se sentía tan culpable que le urgía sanear su conciencia; aunque ella, en realidad, había sido otra víctima más de las manipulaciones de Lucius y Loki.

Quiso sacarla de ahí y dejar de exponerla de ese modo. Deseó abrazarla y hacerla suya para demostrarle lo importante que era para él. Pero si Miz quería encontrar su lugar entre ellos, debía de hacerlo así: con un par de huevos.

Viendo que Miz seguía a Daimhin, el druida aprovechó y le dijo a Adam con seriedad:

—¿Están tus sobrinos, Liam y Nora, por aquí?

El berserker asintió.

—En la sala inferior, con las sacerdotisas y con Rise. ¿Qué quieres de ellos?

—Me gustaría señalar en un mapa cuáles son los puntos que Liam aprecia como posibles portales. Y también necesito el don del dibujo de tu sobrina Nora. Quiero que me escenifique una imagen.

Daimhin encendió las luces de su nueva oficina circular, cómo no. Miz no podía creer que tuviera su propia sala de trabajo bajo tierra. Pero no era una sala de trabajo cualquiera: era la mejor. Equipada con ordenadores nuevos, con las últimas tecnologías y toda el instrumental necesario para realizar divisiones atómicas.

Necesitaría ayuda para construir su acelerador de partículas de baja intensidad, probablemente de un microamperio, y hacer las pruebas pertinentes. Su sala era grande y tenía espacio suficiente para trabajar y moverse a sus anchas. Pero necesitaba su información. Le urgía para empezar a desarrollar su proyecto y comprobar que tenía razón, que había descubierto el modo de abrir un portal permanente entre universos. No obstante, ahora era diferente; y, aunque los seres que la rodeaban sentían hacia ella una creciente antipatía, no sabía para qué fin iban a utilizar ellos su información, tan peligrosa como conocer la invocación del demonio. Miz no se la quería dar a nadie, pero les ayudaría en intentar evitar que Lucius y los demás pudieran abrir otro portal inminente aprovechando otro punto electromagnético activo como el que se estaría creando en breve en la Tierra. Ella había hallado el modo de abrir las puertas; ahora debía encontrar el modo de cerrarlas. Lucius no cesaría en sus intentos. Él quería mantener la puerta abierta, aunque de momento, nadie sabía cómo hacerlo.

Debía intentarlo y ayudarles. Y luego ya decidiría qué hacer con su existencia. ¿Cómo habían logrado en tan poco tiempo reunir todo ese material científico para ella?

—¿Hablas en voz baja?

Miz dejó de acariciar un microscopio negro de efecto túnel y centró su atención en la joven que analizaba cada uno de sus movimientos, y que todavía sostenía la katana en la mano. ¿Seguía pensando en voz alta? La conversión no eliminaba viejos hábitos.

—Solo estoy pensando. Daimhin hizo un barrido de la sala y luego detuvo los ojos en ella, como si pudiera traspasarla con la mirada. —Esta sala la han ayudado a construir todos los miembros de los clanes, los cabezas rapadas como yo.

—Muchas gracias.

—¿Qué es lo que vas a hacer aquí?

Esa chica tenía una voz muy hermosa.

—Seguiré trabajando en mis investigaciones y...

—¿Buenas o malas, doctora?

—¿Cómo?

—¿Si se trata de investigaciones para hacer algo bueno o para destruir, como hacen los de Newscientists? Los ojos de ambas se midieron con desafío y también con algo de desconfianza.

Miz la comprendía, se podía poner en su piel. Esa chica no la conocía; solo sabía que había colaborado con su enemigo y que ahora era una vaniria como ella, con un salón propio en su club que ocupaba parte de su celoso territorio seguro.

—Quiero creer que es para algo bueno o, como mínimo, para evitar algo muy malo — asumió la científica con honestidad—. Aunque también pensaba que antes hacía lo correcto — se encogió de hombros, responsabilizándose de sus errores—. Trabajo a ciegas. Pero puede que a ti no te importe lo que yo pueda decir y hagas como todos: juzgarme.

Daimhin miró de refilón sus zapatos de calaveras y después apretó los dientes con frustración. Después de un interminable silencio la joven dijo:

—No. No te voy a juzgar. —Pasó un delgado y femenino dedo por encima de la mesa gris que había a su espalda.

Los hombros de Miz se relajaron y soltó el aire de los pulmones que no sabía que retenía. Esa chica tenía una complexión delgada, pero era muy femenina, y había una fuerza en ella que la abrumaba y la avergonzaba a partes iguales. El pelo le había crecido rubio y fuerte, pero las cicatrices en los laterales del cráneo todavía se podían ver.

—¿Tienes miedo de no estar con los buenos ahora? —Daimhin la miró con aquellos enormes ojos color caramelo y azulados, jugando con el mango de la espada.

Miz apretó los dientes. ¿Que si tenía miedo? Estaba acojonada. No quería volver a equivocarse.

—¿Es por eso que no le dices al druidh lo que sabes? —indagó Daimhin, tocando un aparato que parecía una impresora—. Él dice que que estás ocultando la información porque no te fías. ¿Qué es esto?

—Un espectrofotómetro. Mide la relación entre valores fotométricos y estudia las reacciones químicas que se producen en las muestras que analizo —tragó saliva—. Y sí a todo. A todo lo que me has preguntado. El druidh tiene razón.

—Si eres buena, nunca vas a estar más segura que con nosotros — dejó el aparato y se hundió la espada en la espalda—. El druidh sabrá qué hacer con la información que le des.

—No lo creo.

Daimhin se dispuso a abandonar la sala, pero cuando pasó por su lado, la rubia de pelo largo la agarró del brazo con suavidad. La hija de Beatha miró los dedos que la amarraban y sus ojos se aclararon, convirtiéndose en mares tormentosos de lava y hielo. Pero Miz no se amilanó. Veía en Daimhin a su hermana y a su madre; se veía a ella misma, y a todas esas mujeres que no habían podido luchar contra la fuerza bruta de aquellos que eran más grandes y poderosos.

—Siento mucho lo que te hicieron —las palabras heladas, pero también llenas de emoción, cayeron como un peso muerto entre ellas.

Un pequeño músculo tembló en la mandíbula de la joven.

—También te lo hicieron a ti —contestó Daimhin de forma letal—. Tienes tanto miedo a los hombres como yo —no se sintió mal cuando los ojos de Miz se llenaron de lágrimas sin derramar—. Hoy Daanna, Aileen y Ruth nos han explicado a todos lo que te pasó y por qué estabas tan confundida. Nos han explicado lo de Lucius y Strike. Sabemos que te manipularon. Y también sé que mataron a tu padre, a tu madre y a tu hermana delante de ti.

—No tienen ni idea. Ni idea —reafirmó con contundencia. Le daba tanta rabia que pudieran hablar de ello con esa frialdad. Se trataba de su familia. Ellos sufrieron durante horas un maltrato inclemente y cruel, y luego los mataron. El último recuerdo que tuvieron fue el de ella, bajo la cama, acurrucada y muerta de miedo, esperando a que aquella pesadilla llegara a su fin—. No saben lo que pasó. No saben lo que yo vi.

—Créeme, doctora —sonrió con un cinismo impropio de su juventud—. Nosotros sí lo

sabemos. Yo sí lo sé. Por eso me alegra que los tuyos murieran.

Miz apretó el brazo de Daimhin con fuerza, pero la joven no rectificó. Esas palabras fueron como una bofetada.

—Retíralo —gruñó a un centímetro de la nariz de la vaniria. No era agresiva, pero la normalidad con la que había dicho algo tan grave la desató—. Ahora mismo, Daimhin. Retíralo.

Ella negó con la cabeza. —No. No lo haré. Después de que te traten así, lo último que quieres es vivir con esos recuerdos. Yo vivo con ellos a cada minuto, doc

tora —aclaró más afectada de lo que deseaba—. No se lo deseo a nadie.

Tras esa confesión descarnada y sincera, algo se creó entre ellas. Un tipo de vinculación invisible que les demostraba que no eran tan diferentes como pensaban.

—Tenemos en común más de lo que te imaginas —aseguró Daimhin, mirándola sin hostilidad—. Pero yo sigo adelante; y en cambio tú, que no sufriste lo que ellos ni lo que nosotros, sigues empeñada en esconderte. Honra a tu familia disfrutando todo lo que puedas de aquello que te rodea y deseas. Si no lo haces, ellos habrán ganado. Y no queda mucho tiempo, doctora. Tarde o temprano todo volará por los aires; y no habrá nada que lamente perder porque no habrás vivido nada con la intensidad suficiente como para echarlo de menos.

Otra bofetada más. Una verdad que había silenciado.

Dos lagrimones imparables se deslizaron por sus mejillas.

—Te gusta mucho el druidh —confirmó Daimhin de repente—. Es un hombre de honor —añadió con admiración—. Pero tu corazón todavía no lo sabe. No todos los hombres son malos, ¿no?

—¿Me lo preguntas a mí? Yo no tengo ni idea —reconoció sin ánimos de limpiarse las gotas saladas en su rostro. Se sentó en una butaca blanca que había delante del monitor de infrarrojos. Se encontraba mal y tenía ganas de ver a Cahal; y tan solo hacía unos minutos que se habían separado. Qué ridícula.

—Eso quiero creer. Eso dice mi mamaidh. Del mismo modo que, al parecer, no todos los miembros de Newscientists que había en esos túneles del infierno eran malos. ¿Me equivoco?

Touché. Tanta sabiduría en un cuerpo tan joven no debía de ser bueno.

—¿Cuántos años tienes, criatura? —preguntó finalmente, asombrada por la madurez de la chica, por aquella clarividencia y serenidad en su mirada.

Daimhin sonrió con tristeza.

—Hoy cumplo dieciocho años —ante la estupefacción de la física, adujo—: ¿Qué? ¿Soy demasiado joven para dar consejos? Todos me tratan como si fuera a romperme en cualquier momento —explicó cansada— y me miran con condescendencia, como si todavía fuera pequeña. Tú no me conoces. No sabes cómo era antes de que nos cogieran. ¿También me vas a subestimar? —espetó hastiada—. No soporto que me compadezcan. Odio la condescendencia.

Ya eran dos.

¿Dieciocho? ¿Aquella niña tenía dieciocho años? Parecía más joven. Pero su imagen engañaba. En realidad, no había ni un ápice de vulnerabilidad en ella, no era frágil. La habían destruído y ella había renacido como un fénix, recubriéndose de cristales cortantes que debían limarse. Y Miz no dudaba que, con el tiempo, se convertiría en un diamante.

No. Definitivamente no la trataría con compasión ni sería condescendiente con ella. Daimhin le inspiraba respeto, no pena. Y ella, tal y como había pensado en el coche con Cahal, tampoco soportaba que la compadecieran.

Las dos querían lo mismo.

—No voy a tratarte de ningún modo. Ya eres adulta, ¿no?

Los ojos bitonales de Daimhin brillaron con algo parecido a la sorpresa.

—Me alegra, porque no aguanto que la gente camine de puntillas a mi alrededor —fijó, inevitablemente, la vista en aquellos increíbles y desafiantes zapatos, con una abertura en la punta, a través de la cual asomaban algunos dedos de los pies.

—¿Prefieres que caminen con tacones? —La mirada de interés y fascinación de la cabeza rapada por su vertiginoso calzado era imposible de ignorar—. ¿Te gustan?

—Sí —agrandó los ojos y sonrió sincera—. Van mucho con mi espíritu ahora mismo.

Miz soltó una carcajada, y se sorprendió de su reacción.

—¿Porque te sientes como muerta?

Esta vez fue Daimhin quien, después de ver el poco tacto y la espontaneidad de la científica, se rio con naturalidad. —No, novata. Porque quiero desafiar y dejar de inspirar cariño y protección. Estoy harta de eso.

Miz se descalzó y movió los dedos de los pies con gusto. La verdad era que le gustaban, pero ya se compraría otros. Era el cumpleaños de esa belleza de pelo corto y quería darle algo a cambio por tratarla con franqueza y por hablar con ella.

—Fantástico. Yo me siento igual —aseguró sarcástica. Agarró el par de zapatos y se los ofreció—. Para ti. —¿Me los das? —preguntó con sorpresa. —Es tu cumpleaños. Ya me compraré otros, iguales, y puede que de

otros colores... —Sí, lo haría porque le habían acabado gustando. Luciría esos zapatos de nuevo, sin necesidad de que eso fuera un símbolo de vergüenza para ella, tal y como habían pretendido el trío de sádicas—. He descubierto que tengo alma de Castigador.

Daimhin miró los zapatos, se mordió el labio inferior y los aceptó.

—No sé quién es ese, pero gracias.

—Es un personaje de MARVEL. Él es... —Al ver que la chica no le prestaba atención y que estaba hipnotizada por los tacones, dejó de hablar. —Es el primer regalo que de verdad me gusta, después de la katana que me regaló la Elegida.

Miz hizo una mueca comprensiva. La entendía. Por eso, ella nunca quería que le regalaran nada, porque la gente nunca acertaba. Seguramente porque nunca nadie la había conocido de verdad.

—No he querido fiestas ni nada por el estilo —murmuró tocando con el dedo índice una de las calaveras plateadas impresas sobre la piel negra—. No tengo ánimos para eso.

—Y eso que solo cumplés dieciocho. Cuando llegues a los treinta y te salgan canas seguro que quieres fugarte del país.

Daimhin sonrió y negó con la cabeza.

—Los vanirios no envejecemos. Pero puede que para entonces todos hayamos muerto —contestó con seriedad.

«Caramba, la chica es la alegría de la huerta»

, pensó la científica, dispuesta a empezar a trabajar.

Creyó que la joven se iría. Miz no era muy dada a entablar vínculos con las personas, pero

Daimhin se puso a observar todo el instrumental de la sala y a dar vueltas toqueteándolo todo.

—¿Me puedo quedar? —preguntó mirándola por encima del hombro mientras manoseaba un crisol de cristal transparente. —¿De verdad te quieres quedar? —replicó la otra con sorpresa. Se cruzó de brazos y apoyó la cadera en la plataforma central, justo donde empezaría a construir el pequeño acelerador.

—Sí. Quiero ver qué es lo que haces. Me gustan estas... cosas — acarició una de las piezas metálicas que supondría parte del proyectil atómico del acelerador—. Podría ayudarte —tanteó con disimulo.

—Y los dos rubios de ese Consejo, ya sabes, los que querían matarme —señaló sin darle importancia—, ¿no se enfadarán si te quedas por aquí?

—¿Mis padres? No —contestó resuelta—. Mi madre y yo necesitamos un respiro. No soporto ver que le come la ira por lo que me hicieron. Ella no puede cambiar el pasado — comentó con pesar—, pero parece ser que no está de acuerdo. Me vendrá bien estar por aquí cuando no esté en el gimnasio con los demás.

«¿Por qué no?», pensó Miz. Necesitaría ayuda para construir el piloto y para hacer las pruebas. Y la chica tenía ganas de distraerse y de pensar en otras cosas que no fueran los maltratos que le habían infligido.

Por otra parte, también era su oportunidad para sacar provecho de la situación.

—¿Y qué me darás a cambio de compartir una sala cuántica con una física tan brillante como yo? Los estudiantes pagarían por hacer prácticas conmigo.

—Ah, bueno. Pensaba que ya te había devuelto el favor al no degollarte nada más verte —sus ojos refulgieron llenos de inteligencia y buen humor.

—Me enseñarás a utilizar mis dones. Y también quiero aprender a usar eso —señaló el mango de la katana que sobresalía por su hombro derecho.

—Está bien. Pero el druidh debería hacerlo. Él es tu macho.

—El druidh no ha tenido mucho tiempo para enseñarme nada — «No. Prefirió utilizar ese tiempo para manosearme y excitarme como una burra»—. ¿Guim? Trato—le ofreció la mano.

Daimhin encogió sus delgados hombros y asintió.

—Guim.

—Aquí vamos a trabajar con cosas muy delicadas... ¿Sabes lo que es un acelerador de partículas? Daimhin frunció el ceño. —¿Algo que corre mucho?

Mizar arqueó las cejas y negó con la cabeza.

—Ignoraré que alguna vez has dicho eso. Por Dios... Vamos a salir por los aires —susurró encendiendo los ordenadores.

Daimhin se dio la vuelta para seguir curioseando con una sonrisa divertida en los labios. La novata no era tan seria como creía.

X

Cahal caminaba de la mano de Liam y Nora. Los gemelos de Adam eran tan adorables que nadie les podía negar nada. Habían cogido una pataleta porque querían ver la cueva secreta de la doctora Frankenstein, como él les había explicado.

Los niños tenían los ojos abiertos como platos, con aquella ilusión y ese especial hormigueo en el estómago, mezcla de miedo y de curiosidad.

Cahal tenía una conexión especial con los niños desde siempre. En cuanto lo veían y ellos le miraban, conectaban, y se convertía siempre en el principal cómplice de todas sus jugarretas.

Antes, jamás se hubiera imaginado que pudiera llevar de la mano a dos pequeños berserkers; pero, al unirse los clanes por un bien común, las diferencias entre ellos habían dejado de ser insalvables.

No podía sacarse de la cabeza a Miz. Habían pasado un par de horas desde que Daimhin se la había llevado y, desde entonces, un nudo de agonía había empezado a formársele en el estómago. La separación física entre las parejas vanirias no era fácil de llevar, y más cuando todavía permanecía el deseo insatisfecho en ellos, tanto en él como en ella.

Miz nunca podría negar que lo deseaba. No después de lo que había pasado en la ducha y, ni mucho menos, con una respuesta tan receptiva de su cuerpo a sus caricias.

Lo deseaba. Era tan normal y natural como respirar.

Y aunque él anhelaba con locura poder sucumbir a esa atracción física, no lo haría hasta que ella le implorara. Lo tenía muy decidido. Miz debía dar el primer paso para reclamarlo. Era ella la que no se creía que eran pareja. Era Miz la que se reía de la vinculación de las cáraids. Era Miz quien tenía miedo de amarlo o de depender de él. Pues sería también Miz quien exigiera su unión. Y mientras que ese momento no llegara, ambos se centrarían en sus

objetivos. Cahal miró a la cabecita rubia de Nora. Llevaba dos coletas con una goma roja, una más alta que la otra, un vestido de colores y unas botas granates. Sus ojazos negros lo miraron y sonrió enseñando sus muelas.

Agitó el dibujo que tenía en su mano libre y exclamó:

—La doctora no nos comerá si le gusta el dibujo, ¿a que no?

Él se aguantó las ganas de reír y negó con la cabeza. Miz no devoraba a los críos. De hecho, tenía ganas de verla en acción con ellos. ¿Cómo sería?

—La doctora no come, corazón.

—Sí que come —repuso Liam, moviendo la cabeza arriba y abajo y haciendo que su pelo negro se moviera de un lado al otro—. A los niños perdidos no les gusta, y eso es porque se come a los niños —concluyó con su lógica de cinco años.

Los niños perdidos eran los miembros de los clanes que habían rescatado en CapelleFerne. A ellos se les habían añadido más recién llegados de Chicago, del helicóptero que Miya y Bryn habían interceptado. Ruth y Aileen consideraron que sería un buen nombre para presentarlos a los niños de los clanes, de manera que no fuera ni demasiado agresivo, ni

demasiado traumático para ellos. Un niño inocente nunca entendería lo que les habían hecho y todo lo que habían sufrido a manos de Newscientists; así que el mejor modo de hablar de ellos era ese: niños perdidos, como la leyenda de Peter Pan. Ahora, esos niños, y no tan niños habían regresado a casa, cada uno con sus cicatrices, pero a salvo de los demonios.

Liam y Nora eran dos minipersonas increíbles; cada uno con un don maravilloso y ambos importantes e imprescindibles para la profecía del Ragnarök. Gracias a Nora podría arrinconar a Miz y presionarla para que le dijera exactamente todo lo que sabía. El dibujo que la pequeña berserker llevaba en la mano era mucho más importante de lo que los demás habían pensado mientras lo hacía. Cahal le había dicho cómo tenía que dibujar cada cosa, porque esa imagen en movimiento que Miz tenía grabada en la cabeza era esencial y le había asaltado cada vez que había bebido de ella. Tenía un significado.

Con ese pensamiento en mente, colocó la palma de la mano en el lector de reconocimiento. Las puertas se abrieron, y lo que vio le dejó anonadado y sin palabras.

Su cáraid estaba trabajando descalza, moviéndose con resolución por toda la sala, haciéndola su lugar de trabajo. A su lado, la hija de Beatha la seguía y escuchaba atentamente todo lo que ella le explicaba.

—Mira, ¿ves todo lo que he reunido aquí? —preguntaba Miz a la joven señalando una serie de objetos sobre la mesa de exploración—. Todo esto me servirá para medir los neutrones, los protones y los electrones: luz de arco, tubo de rayos X, batería de alto voltaje, gotasdeaceiteymicroscopio —enumeraba mientras señalaba cada objeto.

—Ajá —contestaba Daimhin con interés.

—Es un procedimiento que se llama Millikan.

Cahal vio el momento justo en que Miz inhaló su olor y se dio cuenta de que él estaba en la sala. La científica se dio la vuelta y sus ojos colisionaron. Los de ella tan verdes que Cahal tuvo que tragar saliva por la impresión.

La mujer apenas respiraba mientras lo observaba. Ni siquiera era consciente de que se lo estaba comiendo con los ojos, acción que complació al vanirio en demasía. Le encantaba ver que ella no tenía modo de camuflar lo que despertaba en todo su ser.

Después, sus ojos cayeron sobre los dos pequeños que, automáticamente se ocultaron tras las piernas del druida. El gesto de Miz se suavizó y sonrió con autenticidad. Le gustaban muchísimo los niños, pero nunca había podido disfrutar de ellos, bien por su trabajo o bien porque no conocía a nadie que tuviera y que fuera tan atrevido como para dejar que ella los cuidara de vez en cuando.

Sin duda, la imagen de ese ejemplar masculino, tan increíblemente hermoso y musculoso, con dos pequeños cogidos de sus manos la volvió literalmente loca. Algo se deshacía en su interior, algo que también suavizaba las esquinas de sus aristas personales.

—¿Te sientes cómoda aquí, Huesitos? —preguntó Cahal, entrando en su espacio laboral y haciéndose amo y señor de él. —Todo está perfecto, gracias. Me sorprende tener un lugar así solo para mí. No me falta de nada...

Cahal achicó los ojos añiles, dejándole claro que sabía que le hacía falta algo para seguir trabajando. Ese algo que no quería revelar por miedo a que lo utilizaran de forma contraproducente. Pero eso debía cambiar. El tiempo se les echaba encima y debían, por todos los medios, entender qué era lo que la científica sabía sobre los portales y, sobre todo, qué relación había con lo que veía el pequeño Liam. Porque había una relación.

—La estoy ayudando, druidh —explicó Daimhin impresionada y un poco incómoda por la

tensión entre ellos.

Cahal sintió que la barda parecía violenta, y modificó su actitud y también su pose ante ellas.

Miz lo captó todo, y eso hizo que se abriera un agujero a sus pies. Ella caería, y caería poco a poco, y lo haría por él; por un hombre que, viendo el temor de una mujer joven, podía reprimir su temperamento para no asustarla más.

—Te estoy muy agradecido, Daimhin —asintió como un caballero.

La chica se tocó el pelo nerviosa, con un gesto de coquetería, mirando de refilón los zapatos que había dejado bien colocados sobre uno de los taburetes blancos que ocupaban la sala.

Miz izó una incrédula ceja rubia. Le parecía inverosímil que incluso Daimhin, con todos sus traumas, pudiera sentirse cautivada por el sex appeal de Cahal.

—Miz, te presento a los gemelos, Liam y Nora —anunció el rubio.

—Te he hecho un bidujo —dijo Nora enseñándole la hoja y alzándola hacia ella. La chiquilla, con sus mofletes rojos, ni siquiera se atrevía a mirarla.

Miz se apoyó en sus rodillas, agachándose hasta la altura de Nora. Le dio un golpecito con el índice en la nariz y le dijo: —Se dice dibujo, cielo. —Tomó el regalo concentrándose en la pequeña. —Ah... —La miró de reojo mientras se agarraba con fuerza al tejano de Cahal—. ¿Me vas a comer ahora?

La científica miró a Cahal, a Daimhin, a la pequeña rubia y después seguidamente a Liam que, de vez en cuando, le echaba miradas furtivas, pero sin esconderse tras las piernas del druida. ¿Se pensaban que ella era un ogro? No le extrañaba nada, después de todo, había estado con los malos.

—Mmm... Depende, pequeña. ¿Sabes a chocolate?

Nora frunció el ceño.

—¿A fresa? —continuó Miz. La pequeña negó con la cabeza, más relajada, y una sonrisa empezó a emerger en sus labios—. Ah, ya lo sé... ¡Sabes a canela! —Alzó los ojos hacia Cahal y una corriente eléctrica circuló entre ellos. Los ojos de él se oscurecieron de deseo y los de ella chispearon con desafío. Aprendería a ser coqueta, como todas las demás.

—Sabo a piña —dijo la niña resuelta y echándose a reír.

—¿Sabes a piña? —Puso un dedo sobre su barbilla y se quedó pensativa—. Bueno, creo que tengo nata en esa nevera de ahí —le señaló un frigorífico congelador de átomos—. ¿Qué te parece si te unto de nata y empiezo a comerme esa naricita que tienes? —le pellizcó la nariz con las falanges del índice y el corazón.

Nora se moría de la risa.

—Entonces, ¿eres buena? —preguntó de repente, acercándose a ella y mirándola con atención, deseando que su respuesta fuera positiva—. No te pareces a una bruja que coma a niños.

—Nora no sabe a piña. ¡No digas eso, Nora! —se quejó Liam, dando un paso adelante para que la científica también le prestara atención—. Ruth nos ha dicho que no nos acerquemos —gruñó en voz baja, tirando de su hermana y pensando que lo hacía con discreción—. Dice que le salen cuernos en la frente y escrupe fuego por la boca.

Miz tuvo ganas de soltar una carcajada. ¿Cómo podía ser que existieran criaturas como esas, que no fueran humanas, y que otras personas intentaran hacerles daño y manipularlas genéticamente? Esos críos rebosaban bondad.

—¿Ruth ha dicho eso? Yo hago magia. Nome como a los niños como vosotros —replicó Miz, haciéndose la importante y removiendo el pelo negro del pequeño berserker.

Cahal observó que su mujer se incorporaba y miraba una vitrina llena de probetas de colores. En la balda inferior había una colección de láseres de fotones de luz de muy baja potencia que utilizaría para estudios atómicos de baja escala. No eran dañinos y seguro que a los gemelos les gustarían.

En ese tiempo que había estado familiarizándose con la sala, Daimhin y ella pusieron todos los aparatos en marcha y les habían tenido de sobra para que la vaniria enseñara a su novata parte de sus recién adquiridos poderes.

Durante una hora, habían ejercitado sus dones telequinésicos. Miz no había necesitado mucha práctica para controlarlos. La científica se alimentaba de la sangre de un druida, de un mago poderoso y, además, era una mujer que entendía los conceptos y el funcionamiento de las cosas de modo diligente. Daimhin, asombrada, no había dejado de felicitarla por sus logros, y repetía una y otra vez que era increíble lo rápido que controlaba sus dones.

—¿Os gustan las espadas de luz? —les preguntó Miz, haciendo que las puertas de cristal de la vitrina se abrieran sin que nadie las tocara. Después, dos pequeños punteros láser de mango cromo y goma negra levitaron y cruzaron la sala pasando por delante del rostro del druida, y deteniéndose sobre sus palmas. Miz miró a Cahal y sonrió orgullosa de sí misma. «Has visto lo que soy capaz de hacer, «listillo?»». —. Tomad —se puso de cuclillas y les dio un puntero a cada uno.

Cahal, impresionado y cautivado por la luz que reflejaba el rostro de su chica mientras usaba sus poderes, desvió la vista hacia Daimhin y esta hizo una mueca con los labios.

—Ya te lo he dicho, druidh. Ella me echa un cable y yo se lo echo a ella.

—¿Le has enseñado tú a hacerlo?

—No me ha costado nada. Es una novata muy aplicada —afirmó con maligna diversión—. Es muy inteligente. —¿En serio? —refutó él, levantando la comisura de su labio. Los niños observaban los objetos que habían flotado por la sala y que ahora podían tocar con sus propios deditos.

—¿Qué son? —Liam abrió los ojos moviendo el mango de un lado al otro. —¿Sabes quién es Luke Skywalker? Los ojos negros del niño chispearon y su boca se abrió formando una enorme «o».

—¡Yo soy Luke Skywalker, en serio! —exclamó eufórico.

—Sí, y Ruth es Leia y tío Adam es Han Solo —le contó Nora mucho más cómoda, observando apenada los pies descalzos de la física—. Y yo soy Meygan. —¿Quién es Meygan? —como buena friki había visto Star Wars, pero no sabía quién era ese personaje.

—Es una Bratz —contestó Liam aburrido.

—¿De verdad? —repuso Miz, mostrando interés por Nora.

—Sí —afirmó la pequeña sin dejar de estudiar los pies desnudos de Miz—. ¿A ti también te crecen los pies y te sudan mucho?

Cahal soltó una exclamación ahogada, y a Daimhin le temblaron los hombros de la risa. —¿A mí? —Miz movió los dedos de los pies y sonrió—. No. —A los niños berserkers les pasa eso —le contó Cahal—, por esa

razón a veces van sin calzado. Te ven descalza y piensan que es por eso. —¿Cómo va esto? —preguntaba Liam moviendo el aparato de un lado al otro.

—A mí me gustan tus zapatos que llevabas —Nora los buscó por toda la sala hasta encontrarlos sobre el taburete donde Daimhin los había dejado—. ¡Esos! —Los señaló—. Cuando has llegado te los he visto. Yo estaba escondida.

—¿Te gustan? Ahora son de Daimhin. Se los he regalado.

Las rodillas de Cahal cedían ante la actitud de Miz. No solo intentaba trabajar para ayudarles, sino que además, estaba con la hija de Beatha, permitiendo que se quedara con ella en el laboratorio; y encima, trataba a Liam y a Nora con un cariño que le calentaba la sangre y ponía su motor en marcha. Miz... Su ratita era toda una caja de sorpresas.

—¿Ah, sí? —Nora estaba sorprendida—. ¿Me regalarás unos a mí también? Madre mía. Miz regalaría a esos renacuajos todo lo que tuviera. Se había enamorado perdidamente de ellos.

—El mío no va —Liam continuaba enfurruñado con el puntor.

—Te he dicho que hago magia, ¿verdad? —Miz tomó el mango cromo de Liam y presionó el botón de encendido. Un haz de luz verde y de un centímetro de grosor salió del extremo del puntor e impactó en el techo, iluminando la sala con una tenue luz esmeralda.

—¡Wow! —gritó Liam dando saltos y moviendo las piernecitas como si corriera, pero sin moverse del lugar—. ¡Wow! ¡Dame! ¡Ahora yo! Liam se hizo con su nueva espada láser y eso provocó que Nora quisiera probar su puntor, de una luz más rosada, y jugaran a la Guerra de las Galaxias en una sala donde pronto se construiría un acelerador de partículas.

Surrealista, pensó Miz.

—No os apuntéis a los ojos —avisó entretenida, desdoblando el dibujo que había hecho Nora con mucho cuidado.

La científica no se lo podía creer. Los niños estaban jugando delante de ella, haciendo todo tipo de ruidos con sus bocas, dando saltos inhumanos de un lado al otro del salón... Qué sensación más extraña de normalidad.

Cahal fijó la vista en el dibujo que ella todavía sostenía en la mano y que aún no había mirado.

La astrofísica abrió el papel con una sonrisa, esperando encontrarse con un sol enorme lleno de flores con caras divertidas. Dibujos típicamente infantiles, claro. Pero nada más lejos de la realidad; no se trataba de eso ni por asomo.

El dibujo era como una broma de mal gusto.

Eran ella y Laila, dibujadas con una perfección que apenas se diferenciaba de una fotografía en blanco y negro. Estaba sonriendo, con una camiseta que tenía el número 77 en negro, relleno con las letras QR en gris oscuro, como si fuera una marca, estampadas en el frente. Laila le estaba dando ese sobre con las palabras High Sky Boys Club.

Laila parecía cambiada. Estaba más fea, con un extraño peinado a lo afro que nunca llevaba. Y no tenía apenas pecho; aunque era verdad que carecía de formas femeninas, pero no tanto como para estar completamente plana; su rostro ya no era dulce ni sexy, al contrario, lucía algo deformado y ojeroso.

Aquel dibujo era su imagen: la asociación de ideas que había creado en su cabeza como un criptograma. Una imagen en la que ella guardaba toda la información sobre sus descubrimientos pero que, debido a su cotidianidad, ni siquiera el mentalista más acérrimo podría haber desentrañado.

Y Cahal se la había robado.

Si había algo que aprendió con Lucius para protegerse de las intrusiones mentales de

cualquier ser poderoso era a engañar a la mente. Los recuerdos y las experiencias estaban clasificadas en la cabeza como meros fotogramas. El cerebro era como un archivador multidimensional. Cuando quería viajar al pasado recurría a las imágenes congeladas y les daba al play.

Ella había tenido demasiada información, muy exclusiva y peligrosa. Necesitaba protegerse incluso de lo que ella sabía, pero más importante era preservar su conocimiento hasta asegurarse de que aquellos para los que trabajaba iban a darle un uso adecuado a su revelación. Aunque trabajaba en Newscientists, tenía colegas demasiado ambiciosos y codiciosos. Y, en realidad, aunque había creído ciegamente en Lucius, ni siquiera se había fiado de él lo suficiente como para abrir su particular caja de Pandora y mostrarle el secreto mejor guardado de la historia de la humanidad. Y la verdad era que había hecho un buen trabajo. Prueba de ello era que en Chapel Battery, Lucius la había mordido y golpeado, exigiendo que le diera esa preciada información.

Y bien sabía que no la habían descubierto. Por eso, ese portal de cortísima duración en Colorado se cerró inesperadamente. Pero esta vez, Cahal había dado con la clave y la iba a poner entre la espada y la pared.

—¿Qué... —se aclaró la garganta—, qué es esto?

—Dímelo tú —El druida se sentó sobre la mesa de exploración y se cruzó de brazos—. Daimhin, ¿te puedes llevar a Nora y a Liam, por favor? Daimhin asintió. Se disculpó con Miz musitando algo en voz baja, y cogió a los dos pequeños espadachines de la mano. —¡Adiós! —Nora se despidió de ella agitando su manita libre—. ¿Te ha gustado el bidujo? —le preguntó mientras se abrían las compuertas. —Muy bonito, cariño. Lo pondré en la nevera —la pequeña no podía saber cómo le había afectado la ilustración.

Nora sonrió feliz y las puertas acorazadas se cerraron tras ellos.

Miz inhaló profundamente.

No habría modo de protegerse. El druida era muchísimo más poderoso que ella y quería algo que ella tenía. ¿Cómo se iba a defender? No podía.

Era su secreto mejor guardado. Un secreto que había tardado mucho tiempo en perfeccionar en sus sinapsis. En cubrirlo como un pensamiento sin importancia para que a nadie pudiera llamarle la atención.

Pero a ese hombre, que parecía un felino al acecho y que la miraba sin parpadear, no se le escapaba ningún detalle.

La había cazado, y ahora la obligaría a hablar.

La compuerta por la que habían salido Daimhin y los gemelos se abrió y entraron Menw y Daanna.

Cuando Miz los vio, admiró la excelente pareja que hacían. Tan diferentes el uno del otro: ella morena y él rubio; él alto, corpulento y bello, y ella tan sensual... Hermosos los dos, sin duda, y sincronizados incluso en su modo de caminar. La palabra «simbiosis» acudió a su cabeza.

Sin embargo, Menw le inspiraba mucho respeto. Los dos hermanos se parecían, pero tenían estilos distintos. Seguramente, la personalidad de Menw iría mucho más con ella que la de Cahal. Menw era un hombre de ciencia, un sanador decían. Pero sus dedos habían matado a Laila con una facilidad pasmosa. Su pelo largo y rubio estaba recogido hacia atrás con una diminuta cinta, y sus facciones masculinas se marcaban a la perfección. ¿Por qué estaba él ahí? ¿La iban a torturar?

¿Y qué iba a hacer Kill Bill? Esa mujer irradiaba tanta seguridad en sí misma que le ponía la piel de gallina. Daanna miró sus pies desnudos y arqueó una ceja negra. Miz arqueó la suya y se midieron como en un duelo de vaqueras.

—He visto a Daimhin con tus zapatos en la mano —la vaniria morena coló sus manos en los bolsillos delanteros de su pantalón negro y se apoyó en la mesa metálica central.

—¿Qué hacen ellos aquí? —preguntó la científica a Cahal—. No me gusta trabajar con espectadores.

El aludido no contestó.

—Mi hermano me ha dicho que puede necesitar mi ayuda en caso de que no colabores —precisó Menw.

Un jarro de agua fría no la habría impresionado más. Cahal había invitado a Menw para asegurarse de que ella iba a decir la verdad y a revelarlo todo. Entonces, ¿él no dudaría en torturarla para que le dijera todo lo que sabía? ¿Aunque hubiera afirmado y reafirmado que era su estúpida cáraid? ¿Así se trataban las parejas de vida?

Solo necesitaba tener las cosas un poco más claras, maldita sea. Y a la primera de cambio, ya la arrinconaba. No debería sorprenderle porque el día anterior ya la había mordido delante de todos, avergonzándola y humillándola delante de todo su clan.

—Explícame de qué va ese dibujo, Miz —exigió el druida.

—¿Y si no lo hago?

Cahal se encrespó por su respuesta. ¿Es que esa mujer no entendía lo importante que era su información para ellos? Menw y Cahal se comunicaron silenciosamente. —¿Permitirás que él me haga daño? —preguntó nerviosa y ofendida

por aquello—. Ya os he dicho que os ayudaré. Solo necesito poner mis ideas en orden y...

—Entonces, hazlo —ordenó Cahal, incómodo por la sensación de traición que estaba experimentando Miz—. No quiero hacerte daño, nena. No puedo...

—No me llames nena —conminó ultrajada, fulminándolo con los ojos verdesos.

—Lo que mi hermano quiere decir es que nos urge saber lo que tú sabes —aclaró Menw en tono forzadamente conciliador—, porque es el único modo de entender cuáles pueden ser los siguientes pasos de Lucius y los demás. Los estamos cercando poco a poco y no podemos permitir que abran otro portal para su uso, ¿entiendes? Si nos dices cómo lo abrieron y qué pautas siguieron, puede que logremos adivinar sus movimientos y encontrar un modo de resquebrajar sus planes. Queremos proteger la Tierra, atharneimhe. Sabes que no te engañamos.

Miz escuchó atentamente al sanador. Intentó alejar la sensación de sentirse vendida por Cahal y disfrutó del cambio de actitud de Daanna y el druida después de oír el apodo que le había puesto Menw. ¿Se suponía que estaba mal que él la llamara así?

Daanna miró de reojo a su pareja y Cahal frunció el ceño.

—¿Lo sé? ¿Sé que no me engaños? —repitió ella, ignorando a los otros dos y dialogando solo con el hermano de su carcelero—. Tú estás dispuesto a acuchillarme con tus dedos igual que hiciste con Laila. ¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque será el único modo de que te liberes y entiendas que puedes fiarte de alguien por una vez en tu vida —contestó Daanna, toqueteando el mismo microscopio túnel que había llamado la atención de Daimhin.

—Mi cáraid tiene razón. Ya la has cagado enormemente antes. Si lo haces esta vez, ¿qué importaría otra equivocación más? —Menw movió los hombros y crugió el cuello hacia un lado

— Pero decide rápido, porque si no lo haces, puedo hacerte mucho daño y devolvarte cada uno de los golpes que infligiste a mi brathair; y te aseguro de que me muero de ganas de hacerlo. Los puntos Sipalki te abrirán la mente, la sangre dejará de regar a tu cerebro y creerás que te va a estallar la cabeza. No lo soportarás y, al final, nos dirás todo lo que queramos. Te hemos dado la oportunidad de que seas tú quien lo haga, y mi hermano te ha dado días suficientes para que se lo cuentes todo. No lo has hecho y tenemos prisa. Ahora decide: por las buenas o por las malas.

El desánimo y el pesar invadieron el alma de Miz. No podía relajarse. Ni ahí ni en ningún lugar. Cahal estaba impertérrito, permisivo con la idea de que Menw le hiciera daño, y eso le dolía muchísimo. Y Daanna no parecía muy en desacuerdo.

Estaba sola otra vez. ¿Había tenido la sartén por el mango en algún momento? No. Nunca. Abatida, dejó el dibujo en la mesa central. Se recogió el pelo en un moño alto mal hecho y lo fijó atravesando un lápiz en él.

Se había acabado todo. Y no quería sentir más dolor físico. Llevaba días aguantando todo tipo de castigos; y si había una sola posibilidad de vengarse de los vampiros y de Lucius, aprovecharía esa única carta que le ofrecían los vanirios. Menw tenía razón, si se equivocaba de nuevo, ¿qué más daba? Otra cagada más en su historial.

Daba igual. Le iban a sacar la información de todos modos, ¿no? —Es una imagen asociativa, un mapa mental —explicó con voz llana y sin vida.

—Continúa —la animó Cahal exhalando el aire, destensándose lentamente. Odiaba presionarla así—. Y hazlo de un modo en que lo podamos entender todos.

—Claro, lo olvidaba. Tú no eres tan inteligente como tu hermano, ¿verdad, playboy? Se nota —añadió con veneno—. Él tiene la frente más ancha que tú.

Daanna apretó los labios sin saber muy bien qué hacer, si reírse o escandalizarse.

Cahal le dirigió una mirada asesina.

—Por favor, sigue —pidió Menw, carraspeando entretenido.

—Voy a empezar por el principio, para que aquí el cigoto no se pierda.

—No te pases, bruja —advirtió el druida con un gruñido. Respétame.

¿Como tú a mí? Contestó dolida.

—Durante mi etapa en Newscientists trabajé con muchos y muy

buenos astrofísicos —jugó con las esquinas del dibujo, ignorando a su supuesta pareja—.

Yo era muy consciente de la información que estábamos manipulando sobre las puertas dimensionales y, aunque confiaba en Lucius, Laila, Brenda y todos los demás, no me fiaba de la ambición de mis colegas. Lideraba los proyectos sobre la bilocación de los quarks y cómo influía eso en nuestro concepto de los universos. Me habían inculcado la idea de que los vampiros eran seres en realidad extraterrestres, de otra dimensión, y cabía la posibilidad de poder llegar a esa dimensión a través de un mapa intergaláctico. Es decir: abrir una puerta a otro mundo diferente al nuestro —susurró todavía maravillada por la importancia de aquellas palabras—. Poco a poco fuimos desarrollando un sistema parecido al de un acelerador de protones, con la diferencia que intentamos disminuir los riesgos y anulamos la variante que podía dar lugar a la destrucción del planeta.

—¿Los aceleradores de partículas son todos peligrosos?

—Tienen un riesgo —explicó mirando en todo momento a Menw, y negándose a mirar a Cahal o a Daanna—. En teoría están creados para entender la materia de la que está creada el universo, si existen otras dimensiones y si hay o no hay antimateria. Para ello, se aceleran

los protones casi un cien por cien más rápido que la velocidad de la luz a través de un túnel. El problema es que eso puede crear un agujero negro mucho mayor.

—Gabriel estuvo en Chicago, y detuvieron la posible colisión del martillo de Thor en el acelerador de partículas del Fermilab en Geneva — dijo Menw cruzándose de brazos—. Los jotuns intentaron poner en marcha el acelerador y sabían lo que iban a provocar al hacer impacto... Quieren destruir el mundo.

—Pero dudo que la intención de ellos sea esa —murmuró Cahal, intentando hilar los cabos sueltos—. Loki quiere este planeta para él. Quiere esclavizar a la humanidad, no quiere destruir su particular vergel.

—¿El martillo de Thor tiene algún tipo de energía electromagnética? —preguntó Miz, un poco perdida.

—¿Estás de broma? —Daanna arqueó las cejas negras y se rio—. El martillo de Thor puede convocar tormentas, incluso puede crear maremotos y terremotos. Es la herramienta de un dios.

Miz aleteó con las pestañas.

—¿Y se supone que yo tengo que saber eso? Por favor, si hasta hace unos días creía que érais extraterrestres que veníais del planeta Krypton o de Vampirolandia.

—¿Tus cómics no te hablan de eso? —inquirió la morena puntillosa. Miz se aclaró la garganta, y asesinó a Cahal con los ojos. El druida era un bocazas.

—El impacto del martillo de Thor en el lugar adecuado abría una puerta definitiva —el sanador las interrumpió—. Y eligieron el Fermilab, aunque este pudiera dejar la mitad del planeta sumido en la nada —murmuró Menw cavilando—. Pero Gabriel, sus einherjars y sus valkyrias les jodieron la misión. Después, Lucius y Hummus se dirigieron a Diablo Canyon con martillo en mano dispuestos a abrir otro portal, o a destruir el mundo, ya puestos.

Miz asintió con la cabeza.

—Diablo Canyon... El planeta entero está lleno de zonas altamente electromagnéticas propicias para utilizar su energía y abrir puertas dimensionales —señaló frotándose la barbilla—. Diablo Canyon es una de ellas, pero es muy peligrosa porque hay una central nuclear ubicada en su eje.

—Detalle que a los jotuns no les importó —inquirió Daanna.

—Incluso tengo pruebas de que la combinación de una serie de variantes abren esas puertas de manera espontánea, dependiendo de la actividad que tengan. Si decís que había un activador como ese martillo... — afirmó impresionada—. Ha sido un milagro entonces que no lo logran.

—No ha sido un milagro —contestó Cahal reclamando la atención de la científica—. Ha sido por el trabajo y el sacrificio conjunto de muchos de nuestros guerreros. Ha muerto gente buena por ello. Ya te lo he dicho, Miz. Defendemos a la humanidad y perdemos nuestras vidas por ello.

Miz bajó la vista hacia el dibujo. No era su culpa que muriera la gente, y le daba rabia que se dirigiera a ella en ese tono.

No te estoy culpando, maldita sea.

Olvídame.

—La pregunta que aquí nos concierne es si lograron abrir un portal en Colorado con el que pudieron llegar al Midgard, ¿por qué después no volvieron a utilizarlo para seguir con sus propósitos? —Daanna se posicionó al lado de Menw—. Ya saben cómo entrar; ya saben lo

que hacer. ¿Por qué decidieron luego que ese portal o ese artefacto no era bueno? ¿Solo querían robar los objetos?

—Querían los objetos para asegurarse la victoria en el Ragnarök — Cahal se pasó la mano por la cabeza. ¿Por qué sino?—. Mjöltnir, Seier y Gungnir —enumeró—. Los tres tótems más poderosos. Creo que quien subió al Midgard, ese tal Hummus...

—¿Hummus? —repitió Miz consternada. Ella no lo conocía demasiado, pero lo había visto alguna vez por Newscientists. —Sí. Ese tipo entró en el Midgard, se hizo pasar por Freyja y robó los tótems —dijo Daanna seriamente. ¿Que Hummus se hizo pasar por Freyja? ¿Pero qué demonios era ese hombre? ¿Un travesti?, pensó Miz.

—Como iba diciendo —continuó Cahal—, creo que su intención era conseguir algo más, y no lo hizo porque el portal se cerró inesperadamente. Y ahora, por fin, volvemos al punto de inicio. ¿Qué sabes tú sobre eso, Miz? ¿Qué fue mal en ese portal?

Miz sonrió sin ganas.

—Manipulé el acelerador que iban a utilizar —contestó finalmente—. No estaba muy segura de lo que iban a hacer, ni tampoco de su repercusión en nuestra realidad. Como era la jefa del proyecto, yo sabía perfectamente cuales eran los planos iniciales para la construcción del acelerador y cómo debían proceder con el experimento. Pero había algo en mí que no quería seguir adelante, porque no sabía si era o no era una buena idea ser tan curioso. Quería matar a los vampiros, quería exterminar el planeta del que creía que venían; pero tenía miedo de que al abrir esa puerta, hiciera daño a la humanidad. Toda acción conlleva una reacción, ¿no es así? Y yo temí esa reacción.

—¿Qué hiciste? —preguntó Menw con asombro—. ¿Les boicoteaste?

—Dejé la fórmula incompleta y añadí al proyecto una pequeña resistencia, una protección para cortar el cetro de energía del acelerador. Eso detendría el flujo con rapidez y el portal se cerraría prematuramente. Lo construyeron tal y como yo dije, y eso fue lo que sucedió. Por eso se cerró.

Daanna sonrió, pero ocultó su gesto. Miz era una mujer muy inteligente y les había ayudado inconscientemente. Puede que, después de todo, Cahal tuviera una cáraid en condiciones.

—Les jodiste el plan —Menw chasqueó la lengua—. Un punto para ti, serpiente. Cahal seguía estudiando a su chica con tanta atención que parecía que la estaba absorbiendo.

—Pero eso no es todo. Tú sabías algo más, ¿verdad? —la presionó—. Dinos ya lo que es. Ayer nos atacaron en Dudley. Era un grupo de vampiros suicidas. No sé si fue o no casualidad, ni para quién iba dirigido ese explosivo, o si te estaban buscando para llevarte ante Lucius y que él te abriera la cabeza para sonsacártelo todo. Ellos ya deben saber que si falló algo en Colorado fue por culpa de su astrofísica jefe. Te estarán buscando. Dinos lo que es de una puta vez.

Miz miró su propio reflejo en el papel.

—Descubrí la posibilidad de abrir un portal permanente y dirigirlo a cualquier parte del espacio. Cualquiera —repitió—. El proyecto original tenía el inconveniente del tiempo de duración que podía estar ese atajo interdimensional abierto. Ese fue el que utilizaron en Colorado y, además, yo lo manipulé para que se estropeará incluso antes de tiempo. Pero encontré el modo de crear un puente estable, y casi fijo, aprovechándome de la energía natural de los cónclaves de la tierra y añadiendo un elemento estabilizador, que era lo que le faltaba al acelerador. Pero no quería que nadie lo supiera, por esas dudas que mi conciencia me

planteaba. Algunos astrofísicos podrían robar la información y hacer auténticas barbaridades con ello. No sé... —musitó insegura—, dudé de la bondad y de la naturaleza de mis colegas.

—¿Dudaste sin más? —preguntó Cahal, puntilloso. Solo tenía que presionarla un poco más para que admitiera que empezó a dudar justo en el momento en que lo conoció. Ella sabía que lo que le hacía en Chapel Battery no estaba bien. Ella sentía cosas por él, incluso antes de saber que las sentía.

—¡Sí, dudé! —exclamó cansada—. Yo ya no sabía qué me pasaba y decidí proteger esa información... Me habían enseñado a proteger mi mente de vuestras supuestas intrusiones, pero pensé que nunca sería suficiente contra vosotros. Así que decidí codificar la resolución de mi proyecto en mi cabeza para proteger mi descubrimiento de todos. Lo anclaba cada día, trabajaba con esta imagen que veis aquí —señaló el dibujo—, día sí y día también. Y creé un mapa mental con algunas claves. Quien leyera mi mente no le prestaría mucha atención, porque parece una imagen sin importancia, pero... —Alzó los ojos verdes y clavó la vista en Cahal—. Pero me han pillado.

—Bien. Háblanos de esta imagen y descifra las claves que hay en ella.

—De acuerdo; pero que quede claro que ni siquiera yo sé cual es la fórmula final del experimento. Lo dejé todo preparado y lo guardé en una caja de seguridad. Pero disfracé esa información en mi cabeza y creé una IBO.

—Idea básica ordenadora —explicó Menw con mucho interés—. Es la base de los mapas mentales —adujo sonriendo y mirándola con admiración—. Tuviste que trabajarla mucho para que no se hicieran grietas en ella.

Miz sonrió con vanidad y asintió.

—Sí. Lo hice.

—¿Cuál es el centro definido de la imagen?

Cahal y Daanna se miraron el uno al otro sin comprender el tipo de conversación que estaban teniendo entre ellos sus respectivas parejas.

—Mi habitación y yo, ¿ves? —Pasó el dedo por su dibujo—. A partir de ahí agrupé la imagen y trabajé con varios subcentros; pero lo más importante ahí es lo que yo llevo puesto. En la imagen tengo esta camiseta con el número setenta y siete en negro y en grande, y tiene las siglas QR impresas en su interior.

—No conozco esa marca —Daanna se miró las uñas, incómoda con el colegeo entre Menw y la serpiente.

—Porque no es una marca —aclaró la rubia orgullosa de sí misma—. Si seguís la imagen, veréis que esta mujer con pelos a lo afro... Que nunca los ha tenido así, por cierto... —reparó a Cahal, sabiendo que él la había querido dibujar así de fea.

—Era tu amante, ¿no? —preguntó la vaniria desafiándola con aquellos ojos verdes llenos de electricidad—. No la recuerdo tan horrenda.

—No era así —miró de reojo a Cahal—. Y no era mi amante. Era solo alguien en quien yo confiaba. Laila me está dando un sobre con una frase grabada en él: High Sky Boys Club.

—No es ningún club. No existe —la interrumpió Cahal.

—Es verdad, no existe —aseguró Miz—. Todo lo que veis en esta imagen son claves mentales. Y tienen que ver con mi descubrimiento. Aquí está toda la verdad.

—Dínosla —se impacientó Menw.

—El agente estabilizador que le falta al acelerador y que abre el portal, es el número setenta y siete en la tabla periódica. Con él se romperá la barrera de Kelvin y quedará abierta

mientras esté en funcionamiento. El setenta y siete es el iridio. Es el metal más pesado conocido; forma antiprotones y, como es resistente a la corrosión, es ideal para trabajar con aparatos electromagnéticos. Añadiendo este elemento como base angular del acelerador tenemos sin duda un portal permanente.

Los tres oyentes la escuchaban fascinados. Era como asistir a una clase maestra de física. Cahal, sin embargo, al margen de haberla empujado y amenazado para que ella revelara lo que sabía, tenía un calentón descomunal.

Su sexy pareja, con su pelo recogido en ese moño del que se escapaban suaves mechones dorados; con aquellos extraños ojos de hada, dorados y verdes; con su sencillez para hablar de temas tan complicados, lo estaba matando.

—La fórmula final y concluyente está guardada en una matriz de puntos. No la vi en ningún momento, por eso soy incapaz de montar nada ahora —señaló la mesa central vacía—. Lo hice para asegurarme de que ni siquiera yo podría ser tentada por ello. La grabé en un código de barras de respuesta rápida o, como es conocido comúnmente: un código QR —señaló las siglas grabadas en el interior del número setenta y siete—. Una vez abra el código QR tendré el plano del acelerador y la cantidad exacta de iridio que necesitaré para mantener el portal abierto. Creo que funcionará perfectamente. Lo que no entiendo es por qué os podría interesar a vosotros abrir un portal ahora.

—A nosotros no nos interesa —aclaró Menw—. Los dioses intervendrán cuando sea el momento, no podemos abrir su mundo así como así. No queremos abrir un portal. Queremos aprender a cerrarlo. Y necesitamos que tú nos ayudes.

Miz se cruzó de brazos y echó un último vistazo al dibujo.

—Entonces, necesito la fórmula para encontrar una nueva que pueda contrarrestar la apertura, o sea, que la cierre. He decidido que no es buena idea jugar a ser dioses. Aunque sean vuestros dioses los que hacen y deshacen como les da la gana con nosotros. ¿Sabéis? No lo entiendo —afirmó disgustada—. Decís que los dioses intervendrán cuando sea el momento. ¿Ahora no lo es? ¿Y Loki sí que puede entrar al trapo, a sus anchas? —preguntó Miz—. Es un poco injusto, ¿no creéis?

—Nosotros nos regimos por otras leyes, por otros valores. Salvaguardamos y protegemos. No revelamos nada ni hacemos las cosas inconscientemente. Debemos mantener las puertas cerradas, ¿comprendes? Solucionar aquello que provoca Loki.

—Sí que lo comprendo —gruñó—. Pero no lo comparto del todo... Yo creo que es mejor que nadie sepa sobre esto. Ni siquiera yo. Mi ego científico me obliga a probarlo y a abrir un portal solo para vanagloriarme —se sinceró sin remordimientos ni vergüenza—, pero mi moralidad no me deja continuar.

—¿Dónde está ese código QR, ratita? —Cahal la miraba más tranquilo.

—En el High Sky Boys Club. El banco de seguridad HSBC.

El druida se echó a reír haciendo negaciones con la cabeza.

—Una caja de sorpresas, sí señor. ¿De dónde?

—En Coventry.

Miz le miró de reojo, todavía disgustada por el echo de que enviara al matón de su inteligentísimo hermano Menw para presionarla. Y encima tenía a la pantera de ojos verdes controlándola y estudiándola de arriba abajo.

—¿Qué probabilidades hay de que los demás hayan llegado a tus mismas conclusiones, nena?

—No lo sé. No son tontos, precisamente. Buscarán algo para estabilizar el portal y entenderán que debe ser un agente externo el que haga esa función. Pero seguirán sin tener la fórmula adecuada. Solo la sé yo —se corrigió rápidamente—, en cuanto la vea, claro.

Cahal sacó otra hoja del bolsillo trasero de su pantalón y la desdobló, colocándola en frente de Miz. —¿Y qué me puedes decir de esto? Es lo que ve Liam en sueños. ¿Tiene que ver con vuestros portales?

Miz clavó los ojos en el mapamundi que tenía enfrente. Había varios puntos marcados en algunas zonas y coincidían exactamente con los centros electromagnéticos que ellos habían estudiado durante años. Potenciales portales en la tierra.

—¿Cómo ha sabido Liam esto?

—Es su don. Magia —añadió Cahal—. Ya sé que no crees mucho en ella, pero vas a tener que empezar a hacerlo, o tu incredulidad te impedirá ver las cosas con objetividad.

Que un niño de cinco años, que se creía Luke Skywalker, fuera un detector exacto de vórtices electromagnéticos en el planeta era algo surrealista. Y que una niña, que decía que era una Bratz, pudiera dibujar de ese modo y ver a los practicantes de un tipo de magia relacionada con Loki, era del todo aterrador. Pero aquella era su nueva realidad, y estaba inmersa en ella. Después ya descifraría sus dones en términos científicos pero, por ahora, no podía hacer más que asombrarse. Y también maravillarse, ¿por qué no?

—Liam tiene marcados cuatro puntos con más fuerza que el resto —observó Miz—. Son los mismos que hemos estado vigilando desde hace algunos años, esperando el momento exacto para trasladar allí un acelerador y absorber su energía para abrir el portal con mucha más fuerza y a más velocidad. Veo que ha señalado un punto de Groenlandia, otro aquí en Inglaterra, uno más en Norteamérica y otro importante en España. Estos portales se activan solos, se retroalimentan y son básicos para que una acelerador funcione y abra una puerta. No sé cómo lo hacen —aseguró confusa—. Pero es así. Cuando se cerró el vórtice de Colorado, automáticamente, esa energía se trasladó a otro punto de la Tierra, donde ahora, en estos momentos, se está creando un nuevo vórtice electromagnético. Lucius no desperdiciará la oportunidad de trasladar un nuevo acelerador allí y utilizarlo.

—Bueno, esto sí que es interesante —Cahal por fin entendía por dónde iban los tiros—. Si sabemos donde se abre el vórtice, veremos claramente, donde se dirigirán ,Lucius y los demás. Intentarán abrir el Asgard de nuevo.

—Pero no es tan fácil —explicó Miz—. El problema es que son muy caprichosos e imprevisibles y, según pude observar, se comportan de un modo más activo dependiendo de las oleadas de energía electromagnéticas que lleguen a la tierra. Comprobamos que se despiertan y emergen cuando hay una alineación planetaria como, por ejemplo, la que hubo años atrás con Júpiter, Mercurio y Marte. Por alguna razón, la actitud de los planetas y su gravedad afecta a estos lugares.

—¿Y ahora están activos? —Cahal podía adivinar de qué puntos se trataba.

—Están en un proceso que llamamos recipiente. Esperan la recepción de energía. Y esa recepción podría estar al caer en unas cuantas semanas. Por ejemplo: abrieron la puerta en Colorado porque la zona es altamente electromagnética y, entonces, era el punto idóneo y más activo para hacer impactar ahí el haz del acelerador; pero no siempre está en ese punto álgido. Es como si la misma Tierra jugara al escondite. Los puntos se van activando y desactivando a su antojo, y algunos son más potentes que otros. En diciembre se espera una alineación planetaria brutal y única. Cuando estos lugares lleguen a su punto álgido de energía

acumulada solo necesitarán la ayuda de un activador para que abran portales por sí solos. ¿Pero hacia donde irán sus puentes? —preguntó a nadie en concreto—. Dependerá de quién y cómo lo manipule y quién llegue primero.

—Pero ahora mismo dices que podría estar preparándose un nuevo vórtice, ¿verdad? —Cahal miró su reloj digital.

—Eh, sí...

—Entonces, estos son puntos esenciales a vigilar a partir de ahora —Cahal se guardó el papel de nuevo y animó a Daanna y a Menw para que abandonaran la sala—. ¿Hay algún modo de conseguir esa información o de pronosticar cuál es el punto electromagnético más activo en la actualidad? Porque si se pudiera, ya sabríamos donde abrirían un nuevo portal.

—Los satélites nos dan la información de lo que sucede al momento. Pero no tienen modo de pronosticar el lugar, porque la energía electromagnética es caprichosa. Pero si ese niño, Liam, es un radar, él os podría ayudar mejor, incluso, que los satélites —observó el dibujo con atención—. Su precisión es asombrosa.

—Bien. Ha sido una clase muy productiva, profesora —Cahal hizo una reverencia.

—¿Seguro? ¿Has entendido algo de lo que te he dicho o te has quedado encallado en el momento de «Buenos días, la clase de hoy va de portales»? —preguntó provocándolo.

—¿De verdad ha habido clase? Pero si eres rubia... No has salido más allá del portal de tu casa —replicó con malicia y cara de asombro—. Además, te estaba mirando el culo todo el rato —contestó Cahal con una sonrisa fría.

Menw y Daanna, que miraban entretenidos los intercambios verbales de la pareja, se dieron media vuelta.

—¿No nos vas a necesitar más? —preguntó Daanna.

—No, gracias, cuñadita —contestó Cahal sonriendo a Miz.

—Nos vemos en un rato, Cahal —dijo Menw—. Voy a avisar a Gabriel sobre lo que hemos descubierto. —Nos vamos —Daanna alzó la mano y sonrió a Miz por encima del hombro—. ¿No te han gustado los zapatos? —Me encantan —contestó la científica—. Pero me gustan con más tacón. Daanna entrecerró los ojos y alzó la comisura de su labio. Miz hizo lo mismo. Bueno, no habían fumado la pipa de la paz, pero tampoco estaban con el hacha de guerra, pensó la rubia. Se giró para encarar al druida y recriminarle que la asustara trayen

do a dos matones para intimidarla; pero, antes de decirle nada, Cahal la agarró de la mano y tiró de ella para salir de la sala.

—¡Oye! —gritó a trompicones, queriendo liberarse de su mano—. ¿Qué haces? ¿Adónde me llevas?

—Tenemos cosas que hacer. Cuanto antes tengas la fórmula, antes crearás algo contra la apertura de los portales. ¿Verdad?

—Hum, sí, claro, pero...

—Después, nos vamos a tu nueva casa. Y por la noche, recibiremos a Menw.

Ufff, demasiada información.

Ordénala en tu cabecita, nena. Seguro que puedes.

—¡Voy descalza! —Se quejó ella, cruzando todo el RAGNARÖK, prácticamente llevada a remolque por Cahal—. ¡Y nos está mirando todo el mundo! ¡Y no me llames nena!

El druida se echó a reír y saludó a todos con toda normalidad, una que desmentía que estaba sacando a rastras a una rubia descalza, posiblemente, una de las personas más inteligentes que habitaban la Tierra.

Miz no tenía ni idea de que a él nunca le había importado lo que dijeran los demás. En cambio, a Cahal sí que le importaba lo que ella pensara de él, y no sabía si de verdad creía que era un zopenco o lo decía solo para enfadarle.

—¡Ni siquiera me habéis dado las gracias por ayudaros! —protestó ella, molesta por su falta de consideración—. ¡¿Tienes idea de los años de investigación que he invertido en este proyecto?!

—¿Qué proyecto? —contestó con fingido aburrimiento, abriendo la cabina que los subiría de nuevo al Jubiléé Park—. Ya te he dicho que es como si me hablaras en chino. —Sonrió a las cuatro humanas que lo miraban embelesadas desde la mesa de la recepción. Les guiñó un ojo a todas, y ellas hicieron como que se desmayaban.

Miz rechinó los dientes y palideció. No soportaba que tonteara con las demás; lo cierto era que, cuando veía que lo hacía, le entraban ganas de llorar y de pegarle. Definitivamente, no le gustaba. Estaba enfadada con él, para variar, y tenía alguna dificultad para ceder a la idea de ser su pareja, pero eso no quería decir que pudiera hacer lo que le diera la gana con las demás mujeres mientras estaba con ella.

Miz se concentró en la bola circular que hacía de lámpara de mesa. Apoyó la frente y las palmas en el cristal del elevador y miró a las chicas con una sonrisa un poco malvada.

«Soy una vaniria ahora, y vosotras no»

. ¡Zas! La luz de la lámpara reventó y el ruido asustó a las cuatro humanas, que le decían de todo menos bonita. Ella también sabía ser maligna.

Notting Hill

Ladbroke Road

A Miz le parecía un insulto a la vida y a las leyes físicas tener tanto poder de sugestión. Los vanirios como ella, podían manipular la conducta de las personas e inducirles para que vieran lo que ellos quisieran. Y eso era exactamente lo que había hecho Cahal con el director del HSBC en Coventry.

Veinte minutos. El rubio rapado necesitó solo veinte minutos para entrar y salir de la sucursal con un sobre blanco en mano. No había rellenado ninguna solicitud ni nada por el estilo porque temía que todas las cuentas y todo lo relacionado con Miz a nivel informático pudiera ser rastreado por Lucius y los suyos. No estaba dispuesto a arriesgarse; así que, sin más preámbulos y gracias a las discretas órdenes mentales que ejecutaba, lo habían guiado hasta la caja de seguridad de la joven.

En teoría, eran cajas de doble cerradura y doble llave. El banco daba una al cliente y otra se la quedaban ellos. Miz no tenía la llave encima, obvio, y no se la podía dar al druida. Aun así, ¿qué importaban las llaves cuando tenías el poder de dios en la cabeza?

La chica pensaba en ello cuando el Porsche Cayenne se detuvo en Ladbroke Road, frente a dos casas adosadas de cuatro plantas cada una, con las cornisas exteriores blancas y los ladrillos que las revestían de color mostaza.

Ambas tenían un pequeño patio delantero que llevaba hasta la entrada y estaba protegido por sus respectivas verjas negras. Miz se quedó mirando al druida, esperando una explicación. ¿Qué hacían en Notting Hill?

—Estas dos casas que ves son mías —anunció Cahal quitando el contacto de la llave del coche—. La mía es la de la izquierda y la tuya es la de la derecha. No tienes que temer por nada. Todo está perfectamente acondicionado para nuestro estilo de vida.

La científica miró el sobre blanco que tenía en las manos; después a su supuesta casa y, seguidamente, al vanirio.

—En serio, ¿quién eres? ¿Pero cuántas casas tienes? ¿A qué te refieres con que la mía es la de la derecha?

—Soy tu amo y señor, tengo muchas propiedades. Y lo que oyes. No querías vivir conmigo en la misma casa, necesitabas tu espacio. Pues aquí tendrás espacio de sobra. Esta casa es para ti.

—¡Pero si estás justo al lado! ¿Qué tipo de... de espacio es ese?

Cahal sonrió y salió del coche mientras decía:

—Lo sé. ¿No es genial? Imagínate qué bien nos lo pasaremos en la reunión de vecinos.

Ya había anochecido por completo. Eran las ocho de la tarde y Londres estaba a oscuras. Y, por lo visto, iban a vivir juntos, pues esa comunidad de vecinos solo estaba formada por

aquellas dos mansiones menores.

«A ver. Un momento». Miz salió del coche, descalza todavía. El ritmo de ese hombre era endiablado y, aunque ella era rápida de mente, no podía seguir sus pasos ni su modo de actuar.

—¡Cahal! —exclamó haciendo que se detuviera—. ¿Puedes parar?

Él se frenó delante del portal de su casa, la de la izquierda. Eran casas gemelas. Comprendía que Miz estuviera un poco perdida, pero no iban a discutir en el patio.

Abrió la puerta con llave, y la sostuvo para que la física entrara. Ella lo hizo a regañadientes. Dándose la vuelta se cruzó de brazos y lo encaró. —Te escucho —dijo Cahal dejando las llaves sobre el moderno mueble de la recepción—. ¿Qué te pasa ahora?

—Hemos salido de un local subterráneo donde tengo mi particular sala de trabajo, sin mencionar que habías traído a Menw y a Daanna para presionarme y torturarme si no hablaba...

—No lo hubiera permitido.

—¡No es verdad! ¡Claro que lo hubieras permitido! ¡Y estoy muy disgustada por eso! ¿Así vas a cuidar de mí? —Se detuvo unos segundos, luchando por ocultar su frustración—. Has corrido con el Porsche como un auténtico energúmeno hasta llegar a Coventry y entrar en el HSBC como alma que lleva el diablo. Sin ningún tipo de permiso oficial, has recogido lo que había en la caja de seguridad y te has largado de ahí tan ancho. ¿Y ahora me traes a Notting Hill y me dices que tengo una casa para mí? ¡Y encima solo tengo a un vecino: y eres tú! Empiezo a sentirme un poco superada por todo.

—¿Pero tú no eras superdotada? Tenéis otro modo de encarar las situaciones adversas. Las encajáis mejor, ¿no? —Hizo una mueca con los labios.

Miz se presionó el puente de la nariz.

—Sí, soy una genio, no lo vamos a negar. Pero... No sé si voy a poder... —No sabía si iba a poder con él. Ese era el problema. Su día estaba siendo insoportable porque, además de la presión y de todos los cambios que tenía que asimilar, él la desconcentraba continuamente. Con su olor, con su manera de mirarla, con su voz. Él era como una fórmula que la enloquecía. Y no había modo de detener los estragos que estaba provocando en su sistema emocional, ni tampoco en el físico. La arrollaba sin misericordia. Así era.

Cahal se aproximó a ella y le sostuvo el rostro con manos increíblemente dulces y llenas de calor.

—¿Crees que no entiendo cómo te sientes? —sus ojos azules rebosaban comprensión. Miz tragó saliva, ocultando un adorable estado de inseguridad—. Sé cómo te sientes porque experimento cada emoción que tienes —tomó su mano y la colocó sobre su corazón—. Aquí. La experimento aquí. Te juro que estoy intentando darte tiempo y espacio para que veas lo que yo. De hecho, estoy disminuyendo mis revoluciones porque no puedo atemorizarte y decirte qué es exactamente lo que yo quiero de ti ahora. Te asustaría. Y no quiero que tengas miedo estando conmigo.

—¿En serio? —contestó con ironía—. Pues no lo ha parecido. Desde que te conozco te he tenido miedo. —Sí —asintió él—. Pero ambos sabemos que no tienes miedo de mí, sino de lo que provocho en ti.

Miz no iba a ser hipócrita negando esas palabras. Sí. Cahal le abría un mundo que ella había cerrado a cal y canto. Y se sentía mal por desear conocer más de él, porque tenía la sensación de que, confiando en él, traicionaba a su madre y a su hermana. Él era un hombre, y

los hombres vampiro habían abusado y asesinado a su familia sin clemencia.

—Sí. Soy un hombre —gruñó, agotado por defenderse de los pecados que otros habían cometido—. Joder, claro que lo soy. Pero si no te das cuenta de las diferencias, Miz, es que o no lo estoy haciendo demasiado bien o tú estás echada a perder. Y eso es imposible, porque eres mía, eres mi cáraid —observó con orgullo que esas palabras provocaban un cambio en el olor personal de su mujer y también en su mirada. Sus ojos de oro y esperanza se fundían por el deseo, tal y como se deshacía él por tenerla delante y notar que ella empezaba abrirse a la posibilidad de pertenecerle. Esa mañana lo había sentido en la ducha, mientras bebían el uno del otro; y ahora, en ese momento, también lo experimentaba—. No hay nada más valioso para mí que tú.

Ella no sabía cómo responder a eso. Se relamió los labios y miró nerviosa hacia todos lados para no quedarse embobada con aquella boca que el demonio había otorgado a ese hombre. ¿Cómo sería besarle? ¿Qué sentiría?

Cahal, que leyó lo que ella estaba pensando, se estremeció por la fuerza de la tensión sexual que había entre ellos. No tenía ni idea de cómo decirle que quería arrancarle la ropa y aplastarla contra la pared. Pero, si lo hacía, no habría sido iniciativa de ella. Y él quería que Miz dijera lo que quería.

Se estaba poniendo duro solo de pensar que su cáraid jamás había estado con un hombre. Haría un esfuerzo y retomaría el control de su monstruo interior, el mismo sádico que le decía: «Fóllatela. Fóllatela. Es tuya».

—Está bien, nena —le colocó un mechón de pelo rubio detrás de la oreja y pegó su frente a la de ella, respirando forzosamente—. Está bien, calma... Mira, voy a enseñarte tu casa, a darte algunas cosas que necesitas...

«¿Por qué me pone tan en guardia? ¿Por qué parece que sus ojos sonrían y me traspasen...? ¿Que brillen como si tuvieran rayos X es normal? No. Por supuesto que no lo es. Tiene una de esas barbillas como los héroes de Marvel o DC CÓMICS, a lo Bruce Wayne. No, no... Mejor a lo Clark Kent. Y su boca... ¿Tengo hambre?».

—¿Miz?

—¿Hum? —contestó sin dejar de mirar sus colmillos.

—¿Me dejas que te enseñe tu casa?

—Ah... —parpadeó repetidamente. No estaba siendo nada discreta—. No hace falta. Dame las llaves —liberó la mano que retenía sobre su corazón.

—¿Te gusta mi barbilla?

—Oh, por Dios, déjame tranquila, ¿quieres?

Cahal se apartó halagado, intentando no oler el aire viciado con perfume a fresas. Pero era imposible. Su olor rodeaba todo.

—En la primera planta te he dejado la ropa que compraron para ti. También hay un teléfono con toda la información que necesitas y todos nuestros contactos. Ah... Y me he permitido la licencia de traerte unas cuantas cosas que espero que te gusten.

—¿Y cuándo has hecho todo eso? Se supone que has estado tan ocupado como yo... — Un móvil y la tecnología 3G hacen que tengas el mundo en tus manos, nena.

Miz entornó los ojos.

—Claro, cómo no. De todos modos tengo mi propio dinero —se atusó el pelo con la mano izquierda y resopló—. Me siento como una mantenida.

—No te sientas así. Me da placer poder regalarte cosas. Y ya no puedes utilizar nada de

lo que tenías, nena. Intentaremos que Caleb hackee tu cuenta bancaria sin que se registre en tus movimientos, pero mientras tanto, esto es lo que hay. Ya sabes que van detrás de ti.

—O de ti —repuso ella—. Lucius quería tu don. Algo tuyo. Recuerdo todo lo que dijo sobre ti mientras me mordía. No lo he olvidado —asumió con seguridad—. ¿De qué se trata?

Cahal todavía no sabía lo que quería Lucius de él porque, hasta entonces, sus verdaderos dones vanirios no habían despertado; pero no había olvidado su interludio con el vampiro. ¿Cuál era su don real? Solo la sangre de Miz podía dárselo, y ya se lo había hecho. Le había devuelto la capacidad de sentir.

¿Era eso lo que quería Lucius?

—Todavía no lo sé. Noah y Adam están siguiendo el rastro de los vampiros de ayer noche. Quieren saber de dónde vinieron. Lo que está claro era que querían eliminar a alguien, por eso tenían el explosivo. No venían solo a buscar sangre. Sea como sea, no voy a perderte de vista. Yo te protegeré. En realidad, tú tienes que vivir junto a mí, nos necesitamos; pero no quiero presionarte más, por eso quiero que estés a gusto en esta casa, aunque me vas a tener al lado. Cuando me necesites, cuando te haga falta —bajó el tono de voz y la desnudó con la mirada—, solo tienes que venir a por mí y pedirme lo que quieras.

Miz asintió, pensando que no necesitaba nada de él con tanta desesperación, pero siendo consciente de lo mucho que se engañaba. Movi6 los dedos de las manos, y esper6 a que el druida colocara las llaves sobre su palma.

Cuando lo hizo, se dio media vuelta y sali6 de la casa para entrar en la que supuestamente iba a ser su nuevo hogar.

Cualquiera de las casas de ese hombre era digna de una revista de arquitectura y dise1o. Miz nunca se hubiera quejado de su funcional y c6modo apartamento en el Soho. Lo haba pagado con su esfuerzo, al igual que su coche, que ya nunca podrfa conducir de nuevo. Patrick querfa que ella viviera en su mansi6n y siempre estuvo dispuesto a darle lo mejor, el muy hijo de puta; pero ella nunca cedi6 a ese tipo de facilidades.

No obstante, no era tan est6pida como para no valorar que esa casa que Cahal le haba dado era una loa al buen gusto y a la calidez. El parqu6 claro y pulido, las paredes blancas y amarillas, el mobiliario en colores tambi6n claros... Y, Dios... Olfa a 6l. Y ella no podfa evitar sentirse como si la estuviera arrullando con una manta a todas horas.

Se estaba tomando un ba1o de agua caliente en la ba1era blanca con pies de garras de oro, y con el dedo gordo del pie jugaba con las gotas de agua que, perezosas, cafan del grifo.

Haba dejado un libro de mitologfa n6rdica y otro celta sobre el inodoro. Los tom6 de la biblioteca. Cuando saliera de su peque1o par6ntesis los leerfa. Y sabfa que lo iba a hacer muy r6pido. Del mismo modo que en su nueva sala de trabajo lo haba preparado todo a una velocidad inhumana.

La conversi6n era maravillosa.

Naturalmente, ya no era como los dem6s.

La casa tenfa cuatro plantas. En la primera habfa una cocina office, un inmenso sal6n con varios ambientes que daba, a trav6s de un escaparate de cuerpo entero, al jardfn trasero, no muy grande pero muy chillout. A ese hombre le encantaban los Budas, y en ese jardfn dotado con chispazos Zen, habfa uno enorme: un Buda de Kamakura de piedra caliza. Precioso. Y, a mano izquierda, una piscina cubierta y climatizada. Parte de ella entraba en el sal6n, como si no estuviera del todo invitada.

En la segunda planta habfa tres habitaciones suites con ba1o y ducha incluidos, y un

descomunales vestidos en el que Cahal había dejado todas sus bolsas de PurseValley. Se había permitido la licencia de colocar la ropa en cada percha, cajón o estantería. En la tercera, encontraba un gimnasio con las últimas maquinarias en aeróbico y, al lado, aquella asombrosa biblioteca con varios niveles que había cotilleado con satisfacción. Y la cuarta y última planta tenía una terraza de unos cincuenta metros y un estudio en el que podría trabajar horas y horas y morirse de gusto por ello.

Esa era su vida ahora. Era la misma persona que días atrás, a excepción de que tenía dones y sabía en qué bando trabajaba. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y suspiró, clavando sus extraños ojos en el techo.

Cahal quería que estuviera bien. Pero ella solo estaría a gusto cuando Lucius y Patrick murieran. Así de sencillo. Sentía tanto rencor hacia ellos, que la rabia, en ocasiones, no la dejaba respirar. Pero procuraba mantenerla bajo control. Del mismo modo que siempre luchó por controlar su temperamento. Cahal y los demás podrían opinar de ella que era fría, pero la lava corría por debajo de su piel como veneno; y con sus cambios biológicos y neurológicos ya no le parecía tan mal sacar a pasear su carácter. Él se lo había dicho: se estaba reprimiendo.

Se acabó la represión.

Exhaló y cerró los ojos. No acababa de relajarse. No podía.

Al día siguiente construiría el acelerador. Si funcionaba, ella misma querría cruzar al otro lado para descubrir ese mundo que la humanidad se estaba perdiendo por culpa de la ignorancia popular. Pero no lo haría; al contrario: intentaría encontrar el modo de cerrar los portales.

Menudo estigma acarrea la especie humana. Miedo, ignorancia y falta de curiosidad, tres defectos imperdonables. ¿Cómo se suponía que iban a evolucionar como civilización si, durante milenios, se habían creído el ombligo del universo? Si supieran la verdad, ¿qué sucedería?

¿La vida seguiría igual en la Tierra?

Mec mec.

El sonido de los mensajes de su nuevo iPhone retumbó.

De" Consejo Wicca! Rix Caleb

Ayer el Engel y los suyos recuperaron a Seier!

Ahora solo queda Gungnir!

Siguen en Escocia y esperamos nuevas noticias!

Genial. Ahora ya estaba incluida en los contactos de todos y podría informarse de lo que acontecía en relación a los tótems y todo lo demás, como si formara parte del grupo de «vanirios, berserkers, híbridos y amigos».

Habían recuperado el martillo y una espada. Una noticia genial. Echó una mirada de reojo a los libros que había cogido de la biblioteca y salió de la bañera, con su cuerpo regalimando agua por todos lados.

Se cubrió con una toalla y tomó las enciclopedias en sus manos. Sí.

Empezaría a leerlos, se documentaría; y después, con una base más aceptable, podría interrogar a Cahal sobre todo lo que había leído en su sangre al beber de él.

Era un vanirio. Pero era un druida celta casivelano.

Quería saber.

Y qué mundo tan fascinante era. Sin darse cuenta, en poco más de una hora, se había leído los dos libros y había aprendido más de celtas y noruegos que en una de esas clases

avanzadas universitarias de Historia. Asombrada por lo rápido que asimilaba todo lo que leía, soltó una carcajada repentina.

—Esto es la leche —susurró acariciando el lomo de Celtic Mythology de Ward Rutherford—. Estoy con un keltói con colmillos y yo tengo superpoderes. Alguien de MARVEL tiene que explicar esto.

Su cerebro se había superdesarrollado y ahora se daba cuenta de que podía aprender todo lo que quisiera y más. Su miedo inicial a ser una zombi sin capacidad de razonar se había disipado y, por primera vez, disfrutó del echo de sentirse y saberse diferente. Finalmente, comprendió que podría conseguir todo lo que se propusiera, pero nunca podría jugar a ser Dios.

Esa era la diferencia entre los buenos y los malos. La diferencia principal entre vampiros y vanirios, o entre los jotuns de Loki y los asgardianos de Odín y Freyja.

Sí. Esa batalla entre ellos, ese famoso conflicto, estaba registrado en los libros como si de leyendas se tratase. Pero no lo era. Ahora lo comprendía, aunque tendría que hacer alguna pregunta a Cahal para aclarar algunos términos.

Y supo, en un momento de iluminación y de verdad, que ella sería de los buenos para siempre, y aunque había dudado de la naturaleza de su especial vecino, Cahal también era noble y bondadoso. Prueba de ello era que, siendo un druida, uno respetado en su clan, todavía no había utilizado sus dones para hacer daño a nadie ni para someter a los humanos bajo su poder. Y podía. Daba igual si manejaba la física cuántica o la magia; albergaba en su interior una fuente inconmensurable de conocimiento, y ella estaba deseosa de saberlo todo y conocerlo a fondo.

La científica se giró y estudió su reflejo desnudo en el espejo. Ella era una mujer. Nunca había sentido deseo por ningún hombre, se había negado a ello, pero con el vanirio era diferente e incontrolable. ¿Cómo podía sublevarse a su sensualidad? ¿Cómo podría no hacerlo?

Y peor todavía. Sabiendo que la estaban buscando, que ya había sufrido un ataque por parte de los vampiros y que el bien de la Tierra dependía mucho de esos vanirios y berserkers de los que ella ya formaba parte, ¿por qué su único pensamiento era el de ir a por el rubio y morderle hasta dejarlo seco?

Lo cierto era que se sentía cansada de sí misma y de sus reservas. Y ya estaba bien. Él la había convertido en vaniria y la había forzado a ser su pareja; y por su culpa se sentía tan desesperada y vacía. Ahora, que se atuviera a las consecuencias.

No le habían gustado las mujeres, pero se había sentido segura con Laila y había realizado sus primeros pinitos sexuales con ella. Se había dejado querer porque era agradable recibir la atención de alguien, aunque siempre le había dejado claro que no quería nada serio con ella y que solo era su amiga.

Ahora sabía que sus hormonas, las de verdad, las instintivas y salvajes, se disparaban por Cahal; y ya no la asustaba como antes, al contrario. Ese hombre era un imán para su progesterona.

¿Y no iba a probarlo? Debía hacerlo.

Al menos, si iba a morir y estaba en peligro, quería saber lo que era la intimidad con un guerrero de más de dos mil años de edad. Quería dejar atrás su trauma y descubrirse a sí misma.

Como Daimhin lo estaba haciendo.

Y como todos esos guerreros que habían rescatado intentaban hacer día a día. Ya no se iba a esconder más. ¿Dolería? ¿Le haría daño? ¿Cómo sería? Una imagen inesperada de ellos dos desnudos con todo detalle,

entrelazados en una cama, practicando todo tipo de posturas le atravesó fugazmente.

¡Cahal, salte de mi cabeza!

¿Qué? Ni hablar, nena. Te huelo desde aquí, y te juro que como cruces mi puerta, voy a acabar enterrado en ti hasta la empuñadura, ¿me has oído? ¡Me estás torturando, joder! ¿No te doy pena?

Puedo sacarte de mi cabeza. Sé muy bien cómo hacerlo. He aprendido y puedo...

Sí, bla bla bla... Soy superdotada bla bla bla... Pues hazlo, y procura que no reciba ni una imagen más de lo que estás imaginando o de lo contrario también te mostraré lo superdotado que soy.

El cretino le estaba hablando de su polla. Miz se imaginó una puerta mental y la cerró de golpe. Sí, la mente respondía a las imágenes figuradas. Precavida, cerró esa puerta con varios cerrojos y la aseguró con una mesa metálica.

«Por Dios, este hombre va a acabar conmigo».

Deja de escaparte, ratita. Me gustaría que te reunieras conmigo.

¿Por qué?

Mi hermano trae a un niño vanirio que está muy enfermo. Le cuesta recuperarse.

Pero tu hermano es el sanador. Si él no puede, ¿qué le hace pensar que otros tienen la solución?

Cree que puedo ayudarle, tiene fe en mí. Y yo quiero que tú nos ayudes en su diagnóstico. Conoces las sustancias que aplicabais en Newscientists, ¿verdad?

Sí. Pero no sé si utilizaban otras cosas. Comentó preocupada por el crío que no conocía. Recuerda que he vivido engañada durante... ¿Toda mi vida? Solo sé que no sé nada.

Oh, nena, cómo me pone que parafrasees a Elvis.

Miz soltó una carcajada y tosió por la falta de práctica. Jamás se había reído así. Se miró en el espejo. Estaba cambiando.

Ven cuando puedas, ratita, y ayúdame con el pequeño.

Claro... Dame unos minutos y bajo.

Y, Miz...

¿Sí?

Después comeremos. Aseguró con voz innegablemente seductora.

Miz no contestó a su último mensaje telepático.

Cerró los ojos y suspiró.

Nada, ni siquiera los quarks, la habían estimulado más que ese hombre. De Cahal no solo le gustaba su físico, sino también su sentido del humor y su agudeza mental. Y su olor... Joder, su olor era, definitivamente, lo que la mataba poco a poco.

El druida era una fórmula que no tenía resultado todavía. Al menos, no uno comprensible. Le afectaba a niveles que no comprendía. ¿Y eso no era lo mejor para una investigadora?

Sí. Estaba decidido.

La ciencia se basaba en las observaciones empíricas, y no en la fe ni en las suposiciones. La ciencia, al igual que las matemáticas, nunca engañaba. Y ella quería saber si el sexo entre un hombre y una mujer era una fórmula perfecta repleta de química incontestable.

Bien, intentaría por todos los medios darle un respiro a su hambre y a su cuerpo, e iría a

por el vanirio esa misma noche.

Ella era valiente, aunque él creyera lo contrario.

Con ese objetivo, salió del baño y se metió en su vestidor.

¿Qué se pondría?

Cahal estaba sirviendo la mesa. O hacía algo como cocinar para ella, o se iba a buscarla y le arrancaba la ropa.

Miz era una de esas mujeres excepcionales que hacían que un hombre enloqueciera y la temiera por partes iguales. Sí, era hermosa. Muy hermosa para él. Pero no era esa cualidad la que lo ponía tan nervioso y lo excitaba tanto. Eran su inteligencia y aquella fachada de frialdad y autodominio. Las mujeres que había conocido, todas aquellas que él se había follado y se habían abierto de piernas a la primera de cambio, eran complacientes y sumisas.

Pero la astrofísica no era de esas.

Sus protecciones, los escudos punzantes de su alrededor, hacían imposible que un hombre se le acercara. Se la podía admirar de lejos, pero ella nunca te daría bandera blanca para tocarla. Bien por sus miedos, bien porque no encontraba a una persona que la enriqueciera lo suficiente o que pudiera darle lo que ella necesitaba, la joven rubia de ojos de hada era inalcanzable para todos los mortales, excepto para él.

Porque él era un sabio inmortal y un demonio viejo. Y el demonio sabía más por viejo que por demonio.

¡Y qué rápido aprendía la condenada! Su vaniria superdotada iba a reírse de todos los que intentaban incomodarla. Había plantado cara a Daanna, a Ruth, a Beatha... No se cortaba ni un pelo. Contestaba a todos con esa elegancia helada y esa honestidad que sorprendía a los demás; y a él lo ponía cachondo.

Y aun así, estaba preocupado y no se engañaba; Miz era una piedra angular para Lucius. La estaban buscando y querían lo que ella tenía: su sabiduría, su fórmula para abrir portales permanentes. Los vanirios y los berserkers debían protegerla y matar a Lucius y a Patrick antes de que estos dieran con ella.

El timbre de la puerta sonó.

Cahal sonrió y miró la mesa que había decorado con velas, flores silvestres y un delicioso menú. A su chica le gustaría y él era un conquistador.

Abrió la puerta y se encontró con el sanador. Su hermano Menw traía en brazos al pequeño de tres años que habían rescatado de CapelleFerne y que no parecía recuperarse de sus heridas ni tampoco de aquella constante debilidad.

Menw lo miró con preocupación.

—¿Esta casa es segura?

Cahal se echó a reír.

—Por supuesto. No sale en los radares, la protege una cúpula antimisiles y además tiene un sistema de reconocimiento muy avanzado. Espera —le detuvo antes de que cruzara el marco de la puerta. Abrió una pequeña caja metálica empotrada en la pared y tecleó la pantalla táctil—. Déjame desconectarlo un momento o se dispararán las alarmas. El niño no está insertado en la tarjeta visual del sistema.

—Me tienes que decir cuántas casas tienes, tío. No pienso perderte de vista otra vez.

—Relájate, brathair. Ya puedes entrar.

Menw cargó con el niño y entró en la casa diciendo:

—No se recupera. Sus constantes caen en picado. No sé qué mierda le sucede y me

estoy frustrando.

Cahal tomó al pequeño de brazos de Menw. Era el crío pelirrojo de ojos azules claros que lo había mirado en el Consejo y que estaba agarrado a la mano de Daimhin.

—¿Cómo se llama?

—Eon —contestó Menw tomándole el pulso con la muñeca—. Es la tercera vez que se desmaya en el día de hoy: se queda como muerto, como si no tuviera batería.

Cahal lo colocó sobre el sofá marrón. El crío estaba tan pálido que su piel parecía transparente.

—Le he hecho transfusiones y le ha dado vitaminas. No tiene nada roto, y sus heridas han cicatrizado, pero —explicó frustrado— se desconecta. Y no soporto verlo sufrir.

Cahal asintió y acarició la cabeza afeitada del niño.

—¿Y por qué crees que puedo ayudarlo?

—Porque donde no llega la ciencia, empieza la magia. Tus dones han despertado, druidh.

Cahal meditó sus palabras.

Sí. Sus dones habían despertado, pero ni siquiera él sabía cuánto poder tenía ahora.

—¿Te acuerdas de la flor? —preguntó Menw sentándose al lado del cuerpo inconsciente de Eon. El druida evocó ese recuerdo y sonrió con melancolía. Eran pequeños y estaban en el poblado casivelano, cerca del río

Támesis. Menw y Daanna admiraban la belleza de una magnolia cuando Seth llegó con todo su ímpetu y su soberbia y la pisó con fuerza hasta aplastarla. Daanna se había quedado muy triste al ver la ira de Seth y el destrozo de la flor, y Menw no sabía cómo consolar a la pequeña. Entonces llegó él.

—Seth la aplastó —explicó Menw—. Pero tú llegaste y te acuclillaste a nuestro lado, mirando el tallo partido y los pétalos quebrados. Daanna parpadeaba para detener sus lágrimas y tú le sonreíste. Colocaste las manos alrededor de la flor, cerraste los ojos y susurraste: tha l falláinn dharíridh. Ella está sana. Y así, ante nuestros ojos, la flor revivió: su tallo se unió y los pétalos se llenaron de vida y de color, como si nunca hubiese sido pisada.

—Sí. Lo hice —reconoció Cahal—. Ese día le dije a athair que aceptaba mi don y que sería el druida del clan. Cuidaría de todos para siempre.

—Lo sé. Padre estaba tan orgulloso... ¿Sabes? Lo recuerdo a menudo, ese momento no se va de mi cabeza —juró apasionado—, y siempre he creído que, si pudiste hacer eso con la flor, ¿qué te impide hacer lo mismo a una escala mayor? Estabas lleno de luz en ese momento, tío. Todo tú transmitías poder. Yo puedo sanar, me gusta la medicina. Pero creo que hay unos límites en ella. Y donde yo no llego con mis conocimientos, puedes llegar tú con los tuyos. Y no me importa no comprenderlos si dan resultados.

Su hermano era un hombre sincero y noble. Y Cahal siempre lo había querido, incluso más que a sí mismo. Ahora sabía por qué: Menw siempre había sentido que su capacidad de sanar era menos importante que la de ser druida del clan y aun así, jamás lo envidió. Siempre le animó a que intentara todo y a que siguiera ejercitando su magia. Amor incondicional, eso era Menw para él.

—Aquella noche...

—¿Cuál?

—La noche que la jodimos, Cahal. La noche de Caledonia.

—Yo la jodí —replicó el druida—. Tú no hiciste nada. Yo fui quién reventó a los romanos con Lucius y Seth. Tú solo entraste al poblado para ver si había alguien con vida. Yo no. Yo

bajé a matar.

—No importa —aseguró su hermano—. Nos afectó a los dos por igual. Yo estuve dos mil años separado de Daanna; y a ti también te hicieron pagar. Soy tu hermano y sé que hicieron algo contigo; algo relacionado con tu pasión por la magia porque, después de esa noche, nunca fuiste el mismo.

—Sí. Me jodieron —apretó la mandíbula. Joder, se lo habían quitado todo.

—¿Qué te hicieron?

—Digamos que dejé de sentir pasión, en todos los sentidos. Perdí las emociones y también mi facilidad de convocar mi don. Cada vez era más difícil —se observó las manos—, hasta que, al final, desapareció. La magia en mí... se fue. Frey me dijo que mi don regresaría en el momento en que encontrara a mi cáraid. Durante todos estos siglos, usé rituales y conocimientos; sin embargo, mi don natural estaba muerto. Fingí que todo iba bien. Pero no era así. Nadie se dio cuenta de lo que me sucedía.

—Yo sí —aclaró Menw—. Tu mirada se apagó.

No se podía engañar a un hermano.

—¿Y ahora es diferente? —inquirió Menw—. ¿Esa mujer te ha cambiado en algo? Claro que sí. Miz le había devuelto las sensaciones y el interés por aquello que le rodeaba. Ella era su magia y la amaría eternamente por ello.

—Por supuesto. Ahora mi poder ha regresado.

—¿Pero...? —Menw sabía que su hermano tenía miedo de algo y no sabía de qué. —Pero... No sé cómo soy de poderoso. Ya lo había dicho. Sí, su principal miedo era sobrepasarse y provocar

que los dioses volvieran a putearlo por abusar de su poder. Y tenía tanto que no sabía cómo no explotaba. Su pareja le había dado una brutal fuente de energía interna. Lo notaba en el temblor de su cuerpo y en la electricidad de su piel.

—El druidh siempre mira por el bien del pueblo —lo tranquilizó—. Nunca harías nada que nos pusiera en peligro.

—¿Por qué estás tan seguro? —él no estaba tan convencido. El poder conllevaba responsabilidad, y superado como estaba por todas las emociones que provocaba su mujer en él, no sabía si llegaría el momento en que la euforia y la preocupación por ella le hiciera perder el control—. Soy una especie de condensador. Como una puta dinamo. Desde que bebo sangre de Miz, mi poder aumenta, y también mi deseo por ella. Y no sé cómo rebajar esa energía que crece y crece —apretó los puños—. Es como si necesitara descargar adrenalina constantemente. A veces, incluso veo borroso, como si los objetos se desdoblaran. Hay algo en mi interior que se calienta y quiere estallar. Sin ir más lejos: la otra puta noche, cuando nos atacaron. Menw, tío... Creo firmemente que podría haber volado Dudley con un barrido de energía. Y me asusté.

—¿En serio? —Menw arqueó las cejas—. Bueno, es normal; me ha pasado lo mismo cuando Daanna ha estado en peligro. Sientes que te vas a morir...

—No, joder... No se trata de eso, no de la relación de cáraids. Es otra cosa que no sé explicar.

Su hermano lo estudió y asintió con incomodidad. No sabía lo que la sangre de Miz provocaba en Cahal, pero siempre podría estudiarlo. Los dioses habían castigado a su hermano con la insensibilidad y la apatía. Podría ser que, ahora, esas emociones durante tanto tiempo dormidas estuvieran sobrepasándolo.

—Si te quedas más tranquilo, mañana podemos hacerte unas pruebas para medir tu energía y analizar tu sangre. Mientras tanto, ¿por qué no probamos con ayudar a Eon? Él te necesita.

Por supuesto. El niño necesitaba su ayuda, y nada le gustaría más que ver cómo abría esos ojos azules de nuevo. Era un druida. Tenía el poder de evocar la energía y manipularla a su antojo. ¿Podría equilibrar la del chiquillo?

Se arrodilló frente a Eon y se concentró en su débil corazón. El pequeño vestía con un chándal gris y se veía diminuto al lado de ellos.

Cahal se apenó por él. Ahora no le era difícil conectar con los demás y por eso sentía la fragilidad de aquel pequeño de tres años como si fuera suya. Focalizó en sus constantes vitales, en su respiración y en la circulación de su sangre. Las cicatrices de su cabeza le debilitaron las piernas y su estómago se encogió, pero eso no impidió que conectara con su esencia más pura.

Frunció el ceño.

Eon estaba agotado. Su energía vital se apagaba, y cualquier agente externo agresivo podía poner en peligro su vida. No sabía por qué, ya que, en principio, ni los vanirios ni los berserkers enfermaban. Pero aquellos niños habían estado expuestos a todo tipo de experimentos y sustancias y, seguramente, una de esas sustancias químicas estaba provocando aquel desbarajuste en su cuerpo.

—Hay algo alrededor del pequeño. Algo que intenta agredirle. No sé lo que es.

—¿Un virus? —preguntó Menw.

—¿Un parásito? —la suave voz de Miz atravesó la sala.

Apareció en el portal del salón, con una camiseta negra de tirantes que ponía: «Según Einstein soy relativamente sexy». Llevaba unos pantalones cortos de algodón del mismo color que le quedaban como un guante y unas zapatillas playeras negras. Se había pintado las uñas de las manos y de los pies de negro, escogido de entre la gama de lacas que le habían comprado las tres psicópatas.

Quería mostrarse tal y como ella era. Era una mujer sencilla a la que no le gustaba mucho llamar la atención. Ese atuendo, en teoría, no debía hacerlo. Pero parecía todo lo contrario, a tenor de las miradas que le echaban los dos vanirios.

Cahal tragó saliva al verla, y Menw se mareó al inhalar el perfume de la atracción entre su hermano y la científica.

—Yo... —Confundida y extrañada por la escena que veía frente a ella, señaló con el pulgar a sus espaldas y dijo—: He entrado por una de las puertas comunicantes entre tu casa y la mía —explicó acercándose a ellos y arrodillándose al lado de Cahal para inspeccionar a Eon—. ¿Se pondrá bien? —le levantó los párpados y palpó sus pulsaciones.

Cahal y Menw la miraron con sorpresa, el primero sobre todo. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Habían estado tan concentrados en el poder que evocaba Cahal que no se fijaron en si tenían o no observadores.

—Está muy mal —Cahal intentó no prestar atención al pelo suelto y rubio de su mujer, ni al sobrecogedor olor a fresas. Así que, concentrándose de nuevo, se hizo uno con la esencia del pequeño. Podía aliarse con él.

—¿Le habéis realizado análisis toxicológicos? —la rubia alzó la cabeza, esperando la respuesta de Menw.

—Sí. No hay ni rastro de drogas —contestó el sanador.

Mientras tanto, Cahal cogió el dedo índice de Eon y lo mordió ligeramente, solo para que una gota de su sangre cayera en su lengua y él pudiera discernir lo que realmente ocurría con su organismo.

—¡No puedes beber de él! —exclamó la chica, aterrorizada.

—No te preocupes. Deja que haga su trabajo, es solo una gota de sangre —sostuvo Menw—. Eso no le hará nada. —Pero... —Deja que haga su trabajo, atharneimhe. Cahal cerró los ojos y dejó que la hemoglobina de Eon hablara por

él. No era suficiente como para ver nada del pasado del crío, ni siquiera un destello; pero sí que podía dar un diagnóstico perfecto sobre su estado de salud. Y no porque supiera más que el sanador, sino porque él tenía el don de trabajar la energía de todo ser viviente y había desarrollado durante mucho tiempo la capacidad de trabajar con los olores y los sabores corporales, técnicas aprendidas en Oriente.

—Su sangre tiene metal —gruñó abriendo los ojos—. Está intoxicado.

Menw asintió con tranquilidad.

—Eso hace que tenga graves daños en el cerebro; de ahí que sufra esos vahídos. No le llega suficiente oxígeno ni a los órganos ni al corazón.

—Pobre criatura... Todo su sistema inmunológico debe de estar por los suelos —anunció Miz—. Es un niño de cristal; necesita desintoxicarse y descansar en una cámara de aislamiento. ¿Qué tipo de metal tiene?

El druida palpó el paladar con la lengua.

—Esa una aleación extraña. Parece platino y oro, pero no lo admito con seguridad. Y mercurio. Mercurio seguro.

—Por eso tiene el hígado y los riñones en mal estado —se lamentó Menw—. ¿Cómo se ha intoxicado por metales pesados? No lo comprendo —miró a Miz esperando una respuesta.

—No sé si en Newscientists utilizaban o no otro tipos de tratamientos para torturar a sus rehenes —se defendió ella. La miraba acusatoriamente—, pero sabiendo lo dolorosa que es la intoxicación por metales en la sangre, no dudo que no lo hubieran puesto en práctica con el niño. Solo para experimentar.

—Claro —se mofó el sanador, mirándola con desprecio—. Solo para experimentar.

Miz se levantó, con los puños apretados a los lados de las caderas.

—Estoy harta de esto. Escúchame bien, doctorcito —lo fulminó con los ojos—. Nunca en mi vida he puesto la mano sobre un niño. ¡Jamás! Y no lo hubiera hecho aunque se hubiese tratado de niños vampiros. No soy un monstruo.

La pasión con la que se defendió dejó al vanirio sin palabras.

—No he dicho nada —replicó Menw con los ojos entrecerrados.

Aun así, el daño ya estaba hecho; y no conocían las auténticas consecuencias del envenenamiento del pequeño. Pero si había alguien que podía aislar a Eon de toda la agresión externa que su cuerpo sin defensas iba a sufrir ese era Cahal.

—Eon tiene el aura muy fisurada —Cahal acarició la carita del vanirio—, y su energía electromagnética está cayendo en picado debido a la misma agresión y atracción que provocan los metales con todo tipo de radiación a su alrededor. No va a morir, porque no lo voy a permitir —aclaró con seguridad.

—Pero Miz tiene razón —afirmó el sanador a regañadientes—. Ahora mismo es un niño de cristal. Cualquier amenaza en forma de bacteria, virus, parásito o germen puede hacer que lo pase todavía peor. Necesita recuperarse. ¿Puedes ayudarlo, brathair, sí o no?

Cahal sonrió altivo. Claro que podía. El problema era que la forma etérea de Eon, su auténtico ser, que era como un halo que rodeaba a todo ser vivo, estaba completamente difuminada. Perdida y bloqueada, como si no se pudiera llegar a ella de ninguna de las maneras.

Pero en cuanto el pequeño se empezara a encontrar mejor, seguro que el aura surgiría de nuevo, se reconstituiría y él podría ayudar a equilibrar a Eon por completo, otorgándole su estado original, el más puro.

—Voy a protegerlo y a crear una cúpula a su alrededor. De ese modo, ningún agente externo podrá debilitarlo más y su sistema inmunológico se recompondrá poco a poco.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —preguntó Miz abriendo los ojos como platos. —Con las manos, listilla. Y con mi don. Observa y verás —Por Ceridwen, mataría por ver cada día esa mirada de admiración en Miz.

El druida cerró los ojos y pasó las manos abiertas por encima del cuerpo de Eon sin tocarlo en ningún momento. Se concentró en su respiración, decidido a cuidar de Eon, a crear ese cobijo para él.

—Camaigeoil Eon. Inaccesible Eon —decretó en voz baja. Sus manos se iluminaron y la luz que irradiaban entró en el diminuto cuerpo del enfermo—. Nada ni nadie tendrá acceso a ti ni a tu vulnerabilidad. Te cuido y te oculto para que sanes. En tu cúpula estás a salvo.

Miz parpadeó para entender lo que sus ojos tan críticos y científicos estaban viendo. Y no tenía palabras. No tenía palabras para describirlo. Cahal era un vanirio que podía manipular el campo energético cuántico de los seres vivos. No había otra explicación a lo que estaba presenciando.

Él lo había llamado aura. Ella lo llamaba el campo electromagnético cuántico. Y verlo en acción era como ver actuar a Dios; en caso de que Dios existiese, claro.

Ese hombre tan grande y poderoso estaba tratando con tanto cuidado y mimo a Eon que sintió, vergonzosamente, que se le empapaban las bragas, que por cierto, no llevaba. Y también quiso esa atención para ella.

—Ya está —finalizó Cahal incorporándose con orgullo—. ¿Listilla, qué te ha pare...? —No pudo continuar la pregunta. La mirada que le dirigía Miz lo inmovilizó. Tenía los ojos muy claros, no parpadeaba, estaba sonrojada, sus colmillitos asomaban brillantes por su labio superior y respiraba con la boca abierta. Estaba tan excitada que el olor invadió el salón—. Joder, ¿Menw?

—¿Sí? —el sanador era plenamente consciente de lo que estaba pasando, pero le divertía ver a su hermano tan descontrolado.

—Desaparece.

—¿Y Eon?

—Se queda conmigo —en ningún momento perdió la mirada de Miz, tan salvaje y descarnada que parecía una fiera.

—¿Seguro?

—Que te vayas. Ahora —ordenó seco y con la voz ronca.

Menw se dio media vuelta y, con una sonrisa, huyó de la casa que apestaba a vinculación vaniria.

XII

—¿Estás bien, nena?

Miz no se atrevía a moverse. Quería arrancarle la ropa a ese hombre que había hecho magia con sus manos y había cuidado de un niño pequeño y enfermo. Había algo demoledor en la imagen de un guerrero protegiendo a un crío; era algo romántico y platónico que estaba en la psique femenina, como si fuera uno de los estereotipos ideales para una mujer.

Y ella no era indiferente a esa imagen.

Le arrancaría la camiseta negra y esos pantalones negros holgados que le caían por la cintura y marcaban sus caderas. Iba descalzo, y sus pies eran tan sexys que hasta le apetecía lamerlos. La serpiente que le rodeaba el brazo cada vez le gustaba más. ¿Qué más había en él que la abrumaba? Ah, sí: todo.

Ahora lo veía como un héroe, muy diferente de cómo lo vio días y semanas atrás.

Sí. Era un héroe que había sufrido en sus manos y que, lejos de vengarse de ella haciéndole un daño irreparable, le había dado una nueva oportunidad; otro modo de vida, de existencia.

El mundo se abría ante ella con otro prisma. Y, gracias a eso, había asistido a algo tan increíble como la manipulación natural de los campos cuánticos. Cahal podía hacerlo sin máquinas, sin aceleradores, sin medidores... Él podía, y eso la puso tan a cien que la ropa le molestaba.

Pero ni siquiera eso era lo mejor. Lo mejor era saber que ese guerrero celta, un druida de pies a cabeza, podía llegar a pertenecerle.

Nunca había sido dueña de nada. Ser o no ser dueña de algo era, incluso, un término demasiado posesivo como para apreciarlo. Pero creer que Cahal podía ser de ella, y darse cuenta de que ella, por primera vez, quería ser de él, estuvo a punto de ponerla de rodillas.

«Sí. Quiero probarlo. Quiero que me valore y que me pertenezca». Pero, ¿cómo se suponía que lo iba a lograr? No tenían mucho en común.

Sin embargo, tenía mucha sed y poca idea de seducir; y Cahal era tan grande, tan enorme y tan llamativo... Él afirmaba que la deseaba. Pero no la trataba de diferente manera que a las demás mujeres con las que se había cruzado. Y eso le había puesto tan celosa...

«¿Le gusto de verdad? ¿Le gusto solo porque le he devuelto su don? Le gusto porque soy su despensa».

—No pienses más —él dio un paso hacia ella, obligándola a mirarle, a que no retirara esos hermosos ojos llenos de curiosidad, miedo y deseo—. Déjate llevar ahora mismo, Miz.

—No sé cómo acercarme a ti —confesó, llenándose de su olor a canela—. Nunca me he interesado por un hombre. Apenas controlo mis reacciones y...

Él emitió un sonido de satisfacción e incredulidad.

—Yo te diré cómo. No te apartes.

Cahal se inclinó poco a poco y descendió la cabeza hasta colocar sus labios en un ángulo idóneo para besarla.

Era un corderito un poco contradictorio. Por un lado estaba insegura y asustada pero, por el otro, en cuanto supiera y entendiera de verdad que él jamás le haría daño, esa mujer iba a soltar a la leona interior, la que él sabía que amarraba con todas sus fuerzas y, entonces, que todos los dioses celtas lo cogieran confesado. Porque Miz iba a ser igual de metódica y apasionada en la cama como lo era fuera de ella, con todo lo que le gustaba. Miz era cazadora, tanto o más que él.

—¿Vas a huir, gallina? —Su boca estaba a un centímetro de la suya—. Se acabaron los rodeos, Miz.

—No quiero huir.

—Entonces, ¿quieres probarme?

—Cahal... —Los párpados le pesaban, sus palabras la avergonzaban y su piel ardía—. Deja de presionarme, por favor... Yo... no entiendo lo que me pasa...

—Si quieres probarme, dilo. Pídemelo. Ahora.

«¡Claro que quería probarlo!»

. Entendía la actitud de Cahal. Quería asegurarse de que lo que iban a hacer iba a ser de mutuo acuerdo. —Quiero... Quiero probarte —afirmó acercando su boca a la de él. —Acércate más.

Ella lo hizo.

—¿Has dado alguna vez un beso vanir?

Miz negó con la cabeza. Temblaba de excitación.

—Bien —gruñó Cahal—. Pruébame. Enséñame cómo besas.

Y no se lo pensó dos veces. Se acercó a su viril y sensual boca y rozó sus labios delicadamente. Giró la cabeza y se colocó de puntillas para acceder mejor al beso. Cuando los esponjosos labios de ambos se unieron, Miz sintió que moría y revivía en un mismo instante. La lanzaban por los aires y caía al vacío. Ese hombre era el fruto prohibido.

Sus labios insistieron, esperando una respuesta de Cahal que no llegó. Impaciente, se apoyó en sus extraordinarios hombros y disfrutó del tacto de su piel. Incluso sus manos sentían placer al entrar en contacto con su cuerpo. Sus dedos querían hacer una ola y correrse a la vez.

Gimió impotente, anhelante por que él colaborara y demostrara que le gustaba lo que estaba haciéndole. Le besó tentando sus labios superior e inferior. Quería que él abriera la boca, pero permanecía impertérrito.

—¿Cahal? ¿No me vas a besar? —murmuró sobre sus labios, observando sus ojos azules entrecerrados. ¿Qué le pasaba? Se lo estaba poniendo difícil el condenado. Juraría que estaba tan excitado como ella.

—¿Quieres que te bese?

—Sí.

Alzó una ceja y esperó a que Miz entendiera lo que eso implicaba. La joven parpadeó y sus ojos de oro y esperanza se llenaron de clarividencia. —¿Te lo tengo que pedir todo? —preguntó insegura y herida. —Por supuesto, nena. No quiero que haya ni un puñetero mal

entendido entre nosotros porque, si me das luz verde, no podré detenerme. Y quiero que lo tengas claro. Esta noche follamos sí o sí.

Miz asumió todas las consecuencias del acto. Follar era una palabra que no le gustaba, pero Cahal era franco y directo cuando se sentía ansioso. Y ella también lo era. Las facciones

del rubio estaban endurecidas por la tensión.

La científica nunca hubiera podido negarse, aunque lo deseara. Su cuerpo estaba activado y solo el druida sabía cómo apaciguarlo. Y quería. Vaya si quería.

—De acuerdo. Bésame. Dame un beso Vanir, Cahal.

Una hada rubia de ojos verdes y que olía a fresas le estaba pidiendo un beso Vanir. Y los besos Vanir eran su especialidad. Él los había inventado, joder.

—Mo dolag... —ronroneó agradecido y relajando los músculos—. Por fin. Ven aquí.

Todo el control y la precaución se perdieron en el arrollador beso que le dio Cahal. El druida hundió las dos manos en el pelo de Miz y la retuvo, profundizando en su boca, mordiéndole los labios y luego lamiéndoselos para calmar el escozor.

—Dame tu lengua —le introdujo la lengua y se conmocionó cuando Miz le obedeció. Con timidez al principio, y con más entusiasmo después.

Qué bien sabía. Qué caliente y suave era su lengua.

La joven se abandonó a su abrazo, al modo que tenía de dominarla, y cedió gustosa a la sensación. Había pensado que le daría miedo, que la asustaría estar con alguien mucho más fuerte que ella, pero descubrió que lo que más le gustaba de él era eso.

Su poder. Su fortaleza. Su físico. Tan duro y compacto en los lugares en los que ella era delgada y suave. Te sublevabas porque así lo decidías, y porque confiabas en la otra persona. Eso era el sexo entre un hombre y una mujer. Pero aunque ella no tenía confianza en Cahal, su cuerpo pensaba lo contrario.

Cahal succionó su lengua varias veces, y Miz sintió que sus pezones se ponían en guardia. Le dolía la piel... bendita naturaleza llena de opuestos.

—Te tengo, Miz —la cogió en brazos, y la obligó a que le rodeara las caderas con sus largas piernas. La colocó de modo que su pene rozara su sexo.

La rubia cerró los ojos y se mordió los labios con los colmillos. —No puede ser... —susurró impresionada—. Mi cuerpo se calienta cada vez más y más. Y más que se iba a calentar, pensó Cahal. La besó de nuevo, y rozó su garganta con la nariz.

—¿Y qué hacemos con Eon? —preguntó ella para coger aire.

—Eon está descansando. Dormirá un buen rato. La pregunta es: ¿qué voy a hacer contigo?

Caminó con ella hasta la cocina y la colocó sobre el islote central, tirando de un manotazo los utensilios metálicos y algunos de los platos que había preparado. Se ubicó entre sus piernas, ejerciendo presión y rotando las carreras. Los pantalones de algodón de ambos no eran muy gruesos y permitían que el roce fuera hipersensible.

Cahal la retuvo por los pelos de la nuca y lamió sus labios perezosamente. Miz sollozó, luchando por recuperar el contacto, por probar su lengua y comerse su sabor; pero él no se lo permitía.

—Quieta. Ahora, dime: ¿qué quieres que te haga?

Miz apenas oía su voz. Su sexo palpitaba y sabía que se estaba preparando para su invasión. Ese desenfreno vanirio era un cúmulo de despropósitos. Pero, ¿a quién le importaba? —Házmelo todo —contestó desinhibida—. Pero quítame esta locura de encima. Es insoportable. Cahal sonrió y le bajó los tirantes de la camiseta hasta que asomaron sus pechos. —¿No llevas sujetador? ¿De dónde coño has sacado estas camisetas? —rozó las letras blancas. —Tus amigas. Han creído que —se detuvo a sentir que él le magreaba los senos—. Oh, por favor...

—¿Qué han creído?

—Que... que me iba a molestar llevarlas. Pero me gustan.

—¿Einstein piensa que eres relativamente sexy? —leyó excitado.

—Sí. Eso piensa.

—Einstein no tiene ni puta idea. En ti no hay nada relativo. Toda tú eres una apabullante realidad. Y estás condenadamente buena.

El druida movió las palmas de las manos sobre ellos y meció las caderas como si ya estuviera dentro de ella. Le gustaban mucho sus tetas. Eran preciosas.

—¿Te sientes mal por actuar así conmigo? —le presionó los pezones con fuerza y los rotó con el índice y el pulgar. Ella se quejó, pero disfrutó de la particular caricia.

Miz no entendía la pregunta. ¿Así cómo?

—¿Como si fuera una fresca? —La respuesta hizo que Cahal se inclinara y se metiera un pezón en la boca. Y ella perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Le sostuvo la cabeza para asegurarse de que no dejara lo que estaba haciendo. Él succionó con fuerza y torturó el sensible brote durante minutos, y a ella se le saltaron las lágrimas. Cuando acabó con él, miró el otro con anhelo—. Cahal...

—No eres una fresca por querer estar con tu pareja y aceptar lo que yo quiero darte —juró, metiéndose el otro pezón en la boca. Lo dejó rojo e hinchado, y tan estimulado que incluso palpitaba—. No me gusta que infravalores esto. No es ningún calentón.

—Podría decirte que discrepo, pero... Ahora mismo no sabría argumentar mi postura —reflexionó con su aplastante lógica.

—Qué fría eres... Me partes el corazón —bromeó él—. Tu postura es la correcta, ¿ves? —Le abrió más las piernas y se frotó contra ella, con fuerza y golpeando el punto exacto—. ¿Quieres correrte, Miz?

La rubia intentó abrazarse a él, ocultar su rostro para paliar su sensación de exposición; pero el druida lo quería todo, y no iba a permitir que se escondiera.

—Ni hablar —volvió a tirarle del pelo y le inclinó la cabeza hacia atrás—. Llevo siglos esperando esto. No me retires la cara —con la otra mano le bajó los shorts de algodón y la dejó completamente desnuda. Su sexo brillaba por los jugos de su excitación.

Los ojos azules de Cahal se clavaron en su entrepierna lisa. Sus colmillos explotaron en su boca y las aletas de su nariz se dilataron por el afrodisíaco olor.

—¿Miz? —Esperó su invitación haciendo circulitos sobre el inicio de su raja.

—Maldito seas —la iba a hacer suplicar—. Sí. ¡Sí, tócame!

Cahal la besó y, al mismo tiempo la acarició entre las piernas.

—Oh, joder —lamentó ella, presa de temblores que avecinaban un éxtasis atronador. Se dio cuenta de que tenía una convicción paupérrima. Esa misma mañana le había dicho que no iba a lograr sacar de ella más que su sangre y que su relación no podía ser sexual; incluso había asegurado que no le iba a gustar beber de él. Ahora estaba abierta de piernas, muerta de ganas por clavarle los colmillos; y lo mejor era que jamás se había sentido tan bien. Sentía en lo más profundo de su ser que eso era lo correcto. ¿Cómo podía ser?

Cahal le introdujo dos dedos sin avisar. Ella le clavó las uñas en los hombros y lanzó un grito de placer y de sorpresa.

—Abre los ojos y mírame —ordenó con voz dura.

Ella lo hizo y... ¡Pam! Se corrió. Así, sin más. Como si ese hombre supiera lo que tenía que hacerle y en qué lugares debía presionar para que llegara al clímax en un santiamén.

Perdida, se balanceó contra su mano, adelante y hacia atrás, y disfrutó del roce de los dedos de Cahal en su interior. Cómo los movía, cómo la apretaba...

Dios. Qué liberador era aquello.

Él los extrajo de su interior y se bajó los pantalones hasta media pierna. Tampoco llevaba ropa interior, así que su erección salió propulsada hacia adelante.

Miz todavía se estremecía por el orgasmo cuando sintió que algo enorme la tanteaba en sus partes más íntimas. —No, no... Espera un momento —intentó apartarlo, pero él era demasiado fuerte.

—Te he dicho que no me detuvieras.

—¡No quiero detenerte! —gritó asustada—. Pero es que... ¡Eres muy grande! Y eso no puede... Es que no puede... Es imposible que entre, Cahal. En serio —negó con la cabeza. Recordó la película absurda que vio una vez, la de La cosa más dulce, y le vino a la mente el estribillo de la canción: «No, no puede haber aquí... No puede haber aquí...». Imposible.

El druida se enterneció por ella. Esa Miz dubitativa e insegura era nueva para él. Estaba tan guapa ahí sentada, húmeda, sonrojada y llena de sus marcas en los pechos, que no quería perder más tiempo. Necesitaba introducirse en su cuerpo.

Cahal la empujó suavemente para que se estirara sobre la mesa, muy fría al tacto, sensación que Miz agradeció.

—¿Me vas a hacer daño, druida? Yo nunca...

—¿No eres virgen, verdad? No tienes himen...

—¡No! No lo soy. Yo hacía hípica y... Bueno, a las amazonas les pasa eso. A veces, el himen se rompe solo.

Cahal lo sabía. Había visto a Miz cabalgando.

—Pero nunca he estado con un hombre. Y mucho menos he probado algo así. —Descendió los ojos por su musculoso cuerpo hasta depositarlos en su verga. Madre del amor hermoso, no podía ser real. Era gruesa y larga, muy grande, muy... hinchada.

—Nena, me matas si me miras así.

Miz observó que tenía el prepucio húmedo y rosado.

Cahal se cogió el tallo y volvió a colocarlo en el portal. Tenía ganas de llorar de alegría. Milenios sin disfrutar del sexo, follándose a toda mujer que tuviera delante, esperando que, por un milagro, encontrara a su cáraid entre ellas. Ninguna le había servido.

Excepto Miz. La más mala. La más lista.

La rubia oscureció la mirada y sonrió con malicia.

—¿Has estado con tantas mujeres? —gruñó repentinamente. Eso la mataba. Le ofendía y la hería—. No has perdido el tiempo. —Te buscaba. —¿Entre las piernas de otras? —Rodeó su cintura con los muslos y

clavó los dedos en sus prietas nalgas. Odiaba eso. Sentía rabia e ira al saber que Cahal había estado con otras mujeres; pero no imporaba, ¿no? Ahora estaba ahí con ella.

—Tú también has estado con otras mujeres, nena, y no estoy celoso por ello. —Sabes perfectamente que no es lo mismo. Es ridículo que hagas esa comparación. Y lo que yo haya hecho con Laila...

—No importa. No sabes cómo me gusta oler los celos en ti. Pero no tienes que temer a nada, Miz —se impulsó hacia adelante y se empaló poco a poco, centímetro a centímetro—. Solo existes tú de ahora en adelante. ¿Lo sientes? ¿Sientes cómo me meto en ti?

Miz alzó una mano, lo cogió de la nuca y lo inclinó hacia ella.

¡Sí que importaba!

Cahal iba a besarla en los labios, pero ella le hizo la cobra, y aprovechó para morderle, abrir la boca y clavarle los colmillos en la yugular. Bebió hasta hartarse y acompañó los sorbos con las punzantes estocadas de Cahal.

Sí que importaba. Otras mujeres lo habían tocado y manoseado. Los celos y ella no eran compatibles. No sabía cómo manejarlos porque nunca había experimentado esa sensación de propiedad hacia alguien. Y aunque sabía que no iba a hacerle ningún bien, sí que quería leer en su sangre lo que el druida había hecho antes de conocerla. Porque era una masoca.

No tenía mucha experiencia. Cahal la estaba penetrando sin remisión, y le ardían los músculos internos. Pero eran un dolor y una sensación bienvenida. Nunca había albergado nada tan grande. Los escarceos con Laila habían sido superficiales y no incluían penetraciones. Ni mucho menos como esa que estaba sufriendo su pobre sexo en ese momento.

Por favor, ese hombre se metía tan adentro que lo sentía hasta en la garganta.

Cahal y ella eran muy parecidos. Ambos habían anhelado algo que no encontraban en nadie. Pero había una gran diferencia en el modo de proceder de cada uno: él se había tirado a un ejército de mujeres solo con el objetivo de encontrar a aquella que le devolviera el don, sin importar si sentía o no sentía algo por esa persona.

Mientras Miz bebía, veía a cada una de esas mujeres. Cientos y cientos de hembras pasaban por su cama. Las cosas que les hacía... Lo que a él le gustaba... Y aunque sentía que él no había sido feliz con aquello, no le dolía menos. La laceraba ver todo eso. Tantas mujeres desnudas; algunas contra una pared, otras en la cama, atadas, en el suelo, colgando de... ¿Eso era una vara? En todos lados, en miles de posturas. Y todas le besaban. Y él aceptaba sus besos.

Sin poderse controlar, se le llenaron los ojos de lágrimas y se insultó mil veces a sí misma por ser tan estúpida. ¿Qué esperaba? ¿Que ese playboy inmortal que estaba entre sus piernas tuviera tan poco recorrido sexual como ella? ¿Por qué sentía que la había traicionado?

Ofendida por sus recuerdos, desclavó los colmillos.

Cahal había actuado así. Era una realidad que no podía borrar.

Pero ella no había obrado igual.

Había optado por compartir su tiempo con mujeres, porque los hombres le daban miedo, no porque no le gustaran ni le fueran atractivos. Ahora lo entendía. Pero Laila siempre había querido más que roces y caricias, y ella nunca había cedido porque no quería herirla. Jamás se hubiera enamorado de Laila, sobre todo porque, químicamente, su cuerpo no reaccionaba a ella. La había querido como amiga, eso sí. Pero después de todo, ni siquiera su amistad había sido real.

En cambio, lo que estaba haciendo el vanirio en su cuerpo sí que lo era. Miz veía las estrellas, por el dolor y por el placer. Jamás pensó que se excitaría con la sensación de ser estirada de ese modo. Pero lo hacía. Y cuanto más penetraba él, más se humedecía ella.

—Miz... Eres pequeña. Estás muy apretada.

—No me digas... —gruñó contra su hombro—. ¡Oh, por favor! ¡No pares!

—¿No quieres beber más?

—No. Ya he tenido suficiente —Sí. No quería ver esas cosas que la molestaban. Ella no tenía nada que hacer contra los siglos de soltería del vanirio, ni tampoco tenía ningún derecho a recriminarle nada. Cahal sonrió secretamente. Le retiró el pelo rubio del cuello, y lo expuso a

sus ojos. —Voy a meterme muy profundo. Por completo, nena. Te vas a volver loca. ¿Estás preparada?

—¿Para qué?

—Para esto.

Él la mordió y la penetró con fuerza y hasta el fondo. Miz intentó relajarse, pero no podía: era como si le estuviera haciendo un lifting vaginal. Si ese hombre le hubiera ordenado que se moviera, ella solo podría haber movido las pestañas. El mordisco y el ardor entre las piernas la volvieron loca y la convirtieron en gelatina, en una muñeca sin voz ni voto que únicamente aceptaba todo lo que él pudiera darle. Encadenó un orgasmo tras otro mientras bebía de ella, y por un momento creyó que iba a morir. La pequeña muerte lo llamaban. Cahal sentía que le oprimía. Le oprimía el pene, el alma y parte del corazón. Miz no se estaba entregando a él, no como él deseaba. Pero se estaba ofreciendo como nunca lo había hecho y eso lo satisfizo mucho.

La tomó de las caderas y se abandonó al placer, pistoneando su cuerpo como una máquina. La cocina se llenó de olores mezclados. El sexo tenía uno especiado, muy particular, que los excitaba más.

Cahal levantó las caderas de Miz y empujó hacia adentro al tiempo que dejaba caer la cabeza hacia atrás, rugiendo como un animal, disfrutando de un increíble y eterno orgasmo. El mejor y más especial que habían tenido nunca.

Sus cuerpos sudorosos seguían pegados. Él la aplastaba contra la mesa y ella luchaba por respirar, todavía rodeando su cintura con sus piernas. Las ingles le ardían, y se sentía magullada internamente.

Cahal acariciaba su pelo, y respiraba con la nariz pegada a su cuello. Lamió las incisiones del mordisco y notó cómo su útero era víctima de nuevos espasmos.

El cuerpo de su pareja. El cuerpo de una diosa.

Su vaniria neonata era increíble.

Miz tenía los ojos dilatados y llenos de lágrimas clavados en el techo. Intentó hacer un repaso de lo que era la copulación entre ellos, entre vanirios. Pero no encontraba palabras para describirlo.

Si creía en la magia, no iba a ser ni por la historia de los dioses, ni por el hecho de que Cahal pudiera manipular los campos cuánticos, ni por los dones que pudieran tener... Creería en la magia por el modo que tenían los vanirios de conectar, de hacer el amor. Uno era parte del otro. Nada se le ocultaba a la pareja, todo se veía en el intercambio. Las almas y la energía de ambos se entrelazaban, construyendo una conexión única e indefinible.

Estaba tan sobrecogida que se sintió humilde por primera vez. Era una mujer superdotada, pero permitir que Cahal le hiciera el amor le había revelado que no sabía nada. Nada de nada.

Liberó sus nalgas poco a poco. Le había clavado las uñas, y menos mal que no las tenía largas. Él contrajo el trasero y ella siseó al notar su enorme miembro salpicando de nuevo en su interior.

—Cahal.

—Hum.

—El techo está lleno de cosas.

El druida levantó su adormecida vista y sonrió al darse cuenta de que absolutamente todos los utensilios que había sobre el mobiliario estaban imantados al techo. Su energía, la energía de la copulación, había provocado un vacío de gravedad; por eso sartenes, ollas, platos de

comida, cucharones, cuchillos y todo lo que no estuviera conectado a una fuente de alimentación, había salido disparado y había perdido gravitación, como si se tratara de una cámara espacial.

—Somos dinamita, nena. ¿Te has dado cuenta? Hacemos que todo a nuestro alrededor salte por los aires. —Eres tonto... ¿Cahal? —acarició su espalda. Ni siquiera se había quitado la camiseta. ¿Tanta prisa habían tenido?

—¿Hum?

—Has eyaculado dentro de mí.

—Uf, sí... —Se incorporó, apoyándose en un codo. Le acarició el vientre con un dedo y lo coló en su ombligo—. Un montón de esperma para ti, nena. Pequeños mini vanirios revoloteando por tus trompas. Imagínatelos: mi inteligencia suprema y tu cuerpo de Barbie. — A Cahal le encantaba provocarla y tomarle el pelo.

¡Ja! ¡Qué bonita respuesta! Miz le tiró del lóbulo de la oreja con fuerza.

—¿Hola? Eso no es sano. Nada sano —¿Un mini vanirio? Con los ojos de Cahal, el pelo rubio, un hoyuelo en su barbilla, su sentido del humor y su cerebro... El de ella, claro. Se enterneció al pensarlo. ¡Con lo que le gustaban a ella los niños! Siempre había querido tenerlos... Pensaba tenerlos cuando fuera un poco más mayor. Se había marcado como fecha los treinta y cuatro. Y se lo habría hecho in vitro, claro, porque con la poca gracia que le hacía que un hombre la tocara... Menos él. Menos Cahal. Por favor, ya no razonaba bien. ¿Cómo iba a querer tener niños con él?

El sonrió con más ganas. —Los vanirios no enfermamos ni contagiamos nada. No te preocupes.

—No lo digo por eso, cigoto. Es una falta de consideración a tu pareja; ni siquiera me has preguntado. Menos mal que hoy no es un día probable para un embarazo...

—No hilabas más de tres palabras seguidas y apenas me oías. Estoy convencido de que si te hubiera propuesto ponerme un gorrito, tú lo habrías asociado con una boina.

—El lerdo en este equipo eres tú, no yo.

Cahal soltó una carcajada y le retiró dulcemente un mechón de pelo rubio de los ojos.

Se quedaron en silencio.

El druida lo supo. Nunca había sido más feliz que en aquel momento, sepultado hasta la empuñadura en el interior de su mujer. Y también supo la verdad de Miz: quería tener bebés en un futuro. Y él no le había explicado que a las vanirias les costaba procrear. Podían quedarse embarazadas, pero el estrés al que eran sometidas por parte del hambre vaniria les pasaba factura. Como había pasado con el bebé de Iain y Shenna hacía unas semanas. Su hermano Menw había estado en el parto y se lo había explicado. Deirdre había muerto en la barriga de su madre.

Ese hecho sería otro inconveniente más para su relación. La había convertido sin su permiso, le había quitado el sol y, además, posiblemente, nunca podría concebir. Miz siempre le echaría en cara esas cosas. Y él reconocía sus errores, pero no quería ser el culpable de su tristeza. Y lo sería.

Ahora, había logrado que cediera a la intimidad con él. Pero anhelaba algo más. Anhelaba que también le abriera su corazón. Que se mostrara tal cual era.

Todavía no les había salido el nudo perenne. Los dioses no les habían anudado. Lamentándose por la situación, se retiró para dejarla respirar y colocó una mano a cada lado de su cabeza.

—¿Te he hecho daño, muñeca?

Miz lo miró con curiosidad. Había una expresión muy tierna en su rostro. —¿Estás dentro todavía? —Joder, claro que sí —echó las caderas hacia adelante y se excitó de nuevo.

—Entonces me has dejado insensible —sonrió. Le estaba tomando el pelo.

Cahal arqueó sus cejas y curvó los labios hacia arriba.

—La científica sabe hacer bromas.

Miz se encogió de hombros.

—Pse.

—¿Te ha gustado hacerlo conmigo? —preguntó, sabiendo la respuesta de antemano. No obstante, quería oírsele decir.

—¿Tú qué crees? Además, seguro que te has metido en mi cabeza y lo has averiguado. Él la tomó de la barbilla y la inmovilizó, cansado de esa contestación. —No importa. Eso no importa, Miz. Lo único que eso garantiza es que no me puedes engañar. Pero quiero oírtelo decir.

—Tienes demasiado ego —replicó ella.

—Solo quiero que me lo admitas. Dejaré de preocuparme cuando me lo digas. Ella parpadeó y sin apartarle la mirada dijo: —No sé si siempre es así, pero... Oh, Dios del falo, me ha gustado

mucho —se incorporó poco a poco y lo acarició con sus paredes internas. Echó el cuello hacia atrás y miró el techo, curiosamente decorado—. Estoy convencida de que los hombres no tienen eso que tienes tú entre las piernas. Pero también sé que no es todo tuyo y que es un atributo de los dioses —clavó la mirada en un par de cucharones metálicos.

—A mí no me trataron. Yo ya era así —le apretó las nalgas. Quería hacerle el amor de nuevo. —Oh, venga ya —lo empujó para que se saliera de ella—. Eres tan presumido... seguro que las tenías a todas locas. —Existen dos tipos de mujeres, nena: las que me aman y las que todavía no me conocen.

—Qué pena que no recuerdes el nombre de ninguna de ellas — espetó. Si volvía a hablar así, le iba a cortar los huevos. Así de claro. Seguro que muchas lo adoraban por gamberro y descarado. Pero dudaba que todas las mujeres a las que se había beneficiado le recordaran con cariño. No había aprecio en un corazón roto, solo resentimiento—. ¿Eso que hay ahí es una pizza? —Señaló un amasijo de masa y tomate que había ido a parar al lado de un ojo de buey.

Sí. Era una pizza. Pero él no quería hablar sobre lo que reposaba en el techo. Él quería volver a hacer que se corriese. Y quería hacerla gritar de verdad.

—Sí, lo es.

—La quiero.

—Después.

—Pero yo tengo hambre ahora —protestó, mientras la estiraba otra vez en el islote. Quería hacerlo otra vez. Lo querría hacer siempre, pero tampoco quería parecer una desesperada. Debía mostrar un mínimo de dignidad y domar a esa novata fiera ninfómana que le rasgaba la piel. Sería una adicta de por vida en caso que, finalmente, aceptara quedarse con él.

—Yo también tengo hambre. Por eso puedes morderme tantas veces como quieras, que yo —la penetró con fuerza y la mordió en el hombro— haré lo mismo.

Lo hicieron dos veces más, las dos sobre el islote. Miz no podía, ni quería, detenerlo. Cahal era un hombre muy grande, muy bien dotado, y hacer el amor con él era un poco incómodo al principio. Pero después... Después era como estar en otro mundo.

Todo la enloquecía: su olor, su modo de besarla, su manera de acariciarla, su dolor... Y lo intenso que era. Cómo la miraba, como si no hubiera nadie más en el universo. Solo ella y su cuerpo.

Desconocía la fuerza de esas emociones, la pasión de sus instintos... pero estaban ahí. En él. En ella. Cuando estaban juntos. La tercera vez, después de que llegaron al clímax, Cahal la cogió en brazos y la llevó a la chaise longue marrón que había al otro lado del salón.

—Quédate aquí. Yo me encargo de todo.

Miz no tenía fuerzas para protestar, así que se abandonó a sus cuidados. Observó todos sus movimientos con atención. Él se subió los pantalones, miró todo a su alrededor y empezó el espectáculo.

Se movía a una velocidad supersónica: cubrió a Eon con una manta roja; se dirigió a la cocina, y allí ordenó y limpió todo; preparó unos platos de comida en tiempo récord y sacó un par de bebidas del frigorífico.

—Esta casa no era circular —apuntó Miz—. Pero has rebozado las esquinas y las has hecho curvas.

Cahal cargaba los platos como un camarero especializado. De su antebrazo colgaba un trapito azul oscuro. Se sentó a su lado y puso la bandeja sobre la mesa que había al lado de la chaise longue.

La miró fijamente y ella sonrió confusa.

Con toda naturalidad, abrió las piernas de Miz suavemente y le pasó el paño húmedo entre las piernas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó azorada.

—Estoy cuidando de ti, mo dolag —dejó el paño unos segundos sobre la carne hinchada y rojiza, y esperó a que ella se relajara—. Eso es.

—Me da vergüenza —era demasiado íntimo.

—Acostúmbrate. Me gusta cuidar de lo que es mío. Y esto es mío —apretó el paño contra ella, y ella tembló.

Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y lo miró entre sus tupidas pestañas. Palabras como mío y tuyo no habían tenido significado anteriormente, pero ahora cobraban fuerza dentro de ella, se asentaban en su mente y también en algún lugar cálido de su corazón. Se dio cuenta de que quería algo único para ella. Ser necesitada de un modo loco, como parecía que Cahal la necesitaba. Como sabía que ella iba a necesitarlo si seguían estando juntos.

¿Era bueno o malo? ¿Sería peligroso dividirse de ese modo para querer al vanirio de ojos mágicos? No sabía lo que era el amor. No tenía ni idea. Pero podría parecerse al anhelo que sentía cuando no estaba cerca de él y a la plenitud de la que gozaba cuando él la tocaba o hablaba mentalmente con ella.

—Los celtas keltois como yo, los que seguimos arraigados a nuestros ancestros, seguimos creyendo en la naturaleza del círculo. Los planetas, nuestra tierra, nuestras células y los astros que nos rigen son circulares. La naturaleza nos dice que las formas deben ser suaves. Y yo escucho a la naturaleza. Mi hermano, por ejemplo, tiene muchas casas, como yo. Pero no todas son circulares en su interior. A él no le importa. A mí sí —retiró el paño húmedo, se inclinó y le dio un beso dulce y consolador en su sexo. Ella gimió y se apartó intimidada. Y

él supo que esa mujer iba a gozar tanto del sexo oral como él lo haría con ella—. Siento mucho haberte hecho daño.

Miz parpadeó. Cuando Cahal hablaba, ella se idiotizaba y se dejaba envolver por su masculina voz. —No te preocupes. Estoy bien. —Tenía tantas ganas de preguntarle cosas sobre su pasado, sobre su cultura, que no sabía por donde empezar.

—Pregúntame lo que quieras, Miz —cogió la bandeja con pizza y se llevó una porción a la boca.

—Cuando bebí de ti conscientemente —recalcó puntillosa—, vi un poblado con chozas redondas. Había un río cerca y muchos críos jugando alrededor. Después, vi también a una pareja, creo que eran tus padres. Ellos... Ellos eran importantes en el pueblo. Muy respetados. Me... Me gustaría que me contaras de dónde vienes. No en quién te convertiste después de la llegada de los dioses Vanir. Quiero saber cuáles son tus raíces.

A Cahal ese interés le dio alas. Se sentía feliz.

—Sí —le dio parte de su pizza y esperó a que ella mordiera. Cuando lo hizo continuó—. Lo que viste fue mi poblado. Antes éramos trinovantes, pero con la llegada del rey Caswallawn, el hijo de Beli Mawr, nos convertimos en casivelanos. Nuestro poblado estaba al norte del río Támesis, muy cerca de él. —Agarró un par de tomates rellenos de queso de untar con unas tiras de zanahorias y le ofreció uno a Miz, que devoraba el trozo de pizza como si fuera el fin del mundo—. Mi madre era sanadora y mi padre era el druidh. Ambos eran la base del clan, como unos guías espirituales.

—¿Cómo se elige quién es druida y quién no? —masticó el tomate con gusto y se recogió las rodillas, mirándolo con atención—. ¿De dónde viene tu don original?

—Senaceconeldon—llevólamanoalpechoylafrotócontraél—.Tenemos la geasa, la magia dentro; a unos les sale y a otros no. Mi hermano Menw se decantó por la sanación y yo me decanté por la magia. Antes de que nacieran mis padres, las personas con dones mágicos se hacían llamar filidhs; mis tatarabuelos eran uno de ellos. Tenían mucho poder, conocían todas las leyes, recopilaban la historia de los clanes y ejecutaban magia. Pero algunos de esos filidhs de los clanes britanos exigían privilegios por ello, y el Rey Conor Mac Nessa les privó de sus poderes y les inhabilitó para utilizar la magia, pues temían que hubiera una rebelión. Y los obligaron a dividirse en tres castas: los filidhs, los brehons y los druidhs.

—He leído un trozo del libro de Ballymote —reconoció lamiéndose una pizca de queso que se le había quedado en el índice. Cahal se adelantó, agarró su mano y se llevó su dedo a la boca—. Ah... El libro se llama Agallam an da Suadh, el diálogo de los sabios.

—¿Te has documentado, listilla? —le devolvió la mano y atacó otro trozo de pizza.

—Claro, me mata la curiosidad. En él dice que los brehons administraban las leyes y los druidhs manipulaban la magia y las ciencias ocultas. ¿Tus tatarabuelos fueron druidhs puros?

—Sí. Y los tatarabuelos de Beatha fueron brehons. En cambio, los de Gwyn eran filidhs relegados solo a la transmisión oral de su cultura. Eran poetas. O bardos, como prefieras —se apoyó en el sofá y exhaló—. Escuchar a Gwyn cantar me entusiasmaba.

—Por eso su hija Daimhin tiene su don. De ahí su nombre: barda —asimiló—. Yo también la escuché cantar en el Consejo, y su voz me destrozó —se rascó la rodilla y apoyó la barbilla en ella. Mirándolo de soslayo preguntó—: ¿Y cómo... ? ¿Cómo... —Movié la mano esperando que él entendiera la pregunta—. ¿Cómo sale tu don? Ahora eres vanirio, pero antes no. La geasa de la que hablas... ¿Cómo salía? ¿De verdad los druidas erais mágicos? —sabía que la

pregunta picaría a Cahal y por eso la hizo. Le gustaba que él replicara.

—Con los sacrificios, por supuesto —contestó solemnemente—. Sacrificábamos a mujeres y niños, ejecutábamos a los machos cabríos y a nuestros animales —sonrió inclemente— y nos bañábamos con su sangre. Así nos venía la geasa. Eso pone en el libro que has cogido de la biblioteca y que has leído en menos de media hora.

Claro. Cahal había visto ese recuerdo reciente en su sangre.

—Ah, ¿no es verdad? Pues menos mal, porque pensaba que tenía a un vecino sádico. Cahal se echó a reír. —La geasa... No te lo puedo explicar, porque no lo sé: puedo encontrarla en mi reflejo en el agua, en las nubes, en el lenguaje de los pájaros, en las plantas, en lo que me dice el viento... Simplemente, viene a mí. Me rodea.

—Te rodea ahora, porque antes le has dicho a Menw que se te había ido el don.

—¿Has escuchado todo lo que le he dicho a mi hermano?

—Sí. Soy investigadora; tengo alma de cotilla. ¿Por qué te sucedió eso? ¿Qué hiciste para que Frey te quitara los dones?

El druida asintió y alargó el brazo para coger una botella de cristal con una etiqueta negra que pendía del cuello. En el frontal lucía una boca abierta estampada en un escudo negro y rojo. La boca tenía colmillos superiores y sacaba la lengua a lo Rolling Stone.

—¿No has visto en mi sangre nada de lo que pasó? —El tapón de corcho hizo ¡plap! Y, seguidamente, bebió a morro de la botella. —Tengo muchas imágenes en mi cabeza y las estoy ordenando poco a poco. Me vienen en tropel y me confunden.

—Está bien, mo dolag —le acarició la mejilla y dio otro sorbo. Se limpió el líquido dorado de la comisura de los labios y le ofreció la botella a Miz, manteniéndola en alto hasta que la aceptó—. Nuestro poblado fue atacado a traición por los centuriones romanos. Mis padres predijeron el ataque mediante las runas, pero no pudieron ver el momento exacto en el que iba a suceder. Uno de los miembros de nuestro clan nos traicionó y entró al poblado engañando al vigía del pueblo, que era Caleb McKenna, el cual sustituía a su padre porque no se encontraba bien. Nos emboscaron —susurró con rabia contenida. Aún recordaba la mirada de su padre clavada en él. Le atormentaba el modo en que sus ojos iban perdiendo la vida. Y le perseguían sus últimas palabras—. Quemaron nuestros chakras, y mataron a todos los guerreros del clan. A nuestros padres... Los asesinaron delante de nosotros. Se llevaron a las mujeres para prostituir las y entregarlas a las tribus y los clanes que rindieran pleitesía a Roma. Y esperaban llevarnos a nosotros con ellos... Pero, gracias a los dioses, logramos escapar. Thor MacCallister nos lideró y huimos a los bosques.

—Lo siento mucho —dijo afectada—. Por todos.

—Pasó hace mucho tiempo. Muchísimo.

—Pero la memoria no olvida. Yo no hay día que no recuerde cómo mataron a mi familia. Y ya han pasado muchos años de eso —reconoció con sinceridad—. Somos la suma de las experiencias que vivimos y todo nos afecta, de un modo o de otro.

—Sí. Es cierto. Luego les dimos caza y los matamos, Miz. Y, aunque estaban muertos, todavía tenía ganas de volver a arrebatárselos la vida.

—¿No te sentiste mejor?

—Sí. Por supuesto que sí. Pero me hubiera encantado alargarles la agonía. El problema es que la ira, cuando arde, es destructora y arrasa con todo. Matas y punto. —Había disfrutado matando a todos los romanos del clan de Gall. A todos y cada uno de ellos. Pero, si hubiera sido más metódico, podría haberlo disfrutado más.

—No hay placer en provocar la muerte, Cahal. No lo creo así.

Ambos se quedaron mirando en silencio. Un silencio espeso lleno de verdades y de reconocimiento. Él la había matado para que reviviera convertido en algo diferente. Cahal apretó la mandíbula, sintiéndose culpable por ella. Miz carraspeó y dio un sorbo a la botella. Cerró los ojos y alargó el sorbo más de la cuenta. ¿Qué tipo de bebida era esa?, pensó estudiando la etiqueta negra.

—Es hidromiel —contestó Cahal—. Vanir D'Mellis. —Hidromiel Vanir D' Mellis —repitió. Agrandó los ojos y sonrió—. La bebida de los dioses y de los celtas. —La bebida de los Vanir, guapa... Y de los vikingos, que nos robaron la receta. Este hidromiel lo fabrico yo y lo vendo en todo el mundo.

—¿De verdad? Está muy rico.

—Sí.

Miz curioseó el logo con la boca abierta y los colmillos relucientes.

—Cómo no... Una boca vaniria.

—Es un modo de decirle al mundo que existimos de verdad. Que estamos ahí, aunque ellos ni siquiera lo imaginen. —Sí. El mundo compraría y bebería algo que un vanirio inmortal elavoraba. Esos humanos que él odiaba y amaba a la vez, vivían en un oscuro túnel en el que ellos mismos estaban encantados de conocerse. Tan egocéntricos que no veían el universo lleno de magia que les rodeaba. Eran estúpidos.

Miz le devolvió la botella. —He visto que os tatuabais los cuerpos y os embadurnabais de barro.

—Nosotros dimos origen a la leyenda de los pictos —Cahal dio otro sorbo—. Somos los pictos originales. Dicen las leyendas que eran guerreros que se acompañaban de la magia negra. No fue así. El druida más puro del clan era yo; yo era el único que conocía las artes mágicas. Pero en los bosques teníamos aliados que eran algunos de los descendientes de los filidhs originales que se negaron a prescindir de sus poderes, desafiando la orden de Connor Mac Nessa, y convirtiéndose en proscritos. Coincidimos con una tribu de trece caledonios adolescentes. Los filidhs de los bosques estaban con ellos; nos ayudaron y creamos una tribu única.

—Allí os encontrasteis con Lucius. Él era el líder de ese grupo —entendió cuadrando todos los recuerdos que iban llegando a ella—. Un año después de la emboscada, Caswallawn murió a manos del ejército de Roma, pero los romanos no pudieron con una parte de Britania. Vosotros.

—Exacto. Los rebeldes —arqueó las cejas pagado de sí mismo—. Vivimos en los bosques muchos años; pero un día, el druida del clan recibió un mensaje —explicó sin sentirse muy orgulloso de ello.

—Tú lo recibiste —no era una pregunta—. En tu sangre he visto imágenes de runas; siempre caían las mismas. Estabas sentado frente a un fuego y...

—Sí. Siempre que tiraba las runas me salía el mismo mensaje. El viento me hablaba de cambios, y la naturaleza me decía que iba a ser más eterno que ella. Y yo no entendía a qué se referían. Hasta que las runas me indicaron lo que tenía que hacer. Recibí el mensaje y lo di al clan: treinta y tres pictos se dirigirían a Stonehenge para contactar con los dioses. Allí nos transformaron y nos dieron dones y debilidades porque, al igual que Connor Mac Nessa y Beli Mawr, no les interesaba tener a seres casi tan poderosos como ellos, no fuera a ser que un día se rebelaran en su contra. La única orden que debíamos obedecer era que nunca

intercediéramos en la vida de los humanos, pues todo tenía su curso y su razón de ser. Nosotros nos encargábamos de velar por ellos en las sombras, en el anonimato. Los dioses nos hicieron débiles al sol y nos mataron de hambre, hasta que encontrásemos a nuestras cáraids, nuestras parejas de vida. Ellas serían la solución a nuestro conflicto.

Él odiaba en gran parte haber sido el receptor de esa información, porque les cambió la vida a todos; y nunca sabría decir si había sido para bien o para mal, porque era cierto que eran inmortales y tenían poderes. Pero la inmortalidad conllevaba muchos sacrificios, consecuencias irrevocables y la cruz del hambre eterna.

—¿Y durante tantos siglos tú has aguantado esa sed que decís tener? —No, exactamente. Yo no tenía sed porque los dioses decidieron castigarme por algo que hice.

—¿Te dieron el don y te lo quitaron?

Bebió otro trago más de hidromiel.

—La misma noche que nos transformaron, Seth, Lucius, Menw y yo fuimos a Caledonia, que había vuelto a ser asaltada por el ejército del César, y decidimos tomar la ley por nuestra mano. Se suponía que debíamos ejercitar nuestros recién adquiridos poderes, pero decidimos emplearlos de otro modo. Éramos keltois todavía, y odiábamos a los romanos. La transformación no suprimió las ansias de venganza y, por eso, masacrarnos a todos los soldados que estaban ahí presentes. Ellos habían hecho daño al que había sido nuestro pueblo y no podíamos permitir más crueldad.

—Y pagaste crueldad con crueldad. Sí. Aquello era ojo por ojo. Pero, pasado el tiempo, todavía no se sentía culpable de aquello.

—Supongo que sí. Lucius y yo éramos los más beligerantes. Seth nos seguía y Menw, simplemente, quería vigilarme y sanar a todo el que estuviera con vida —sonrió con tristeza—. Todos pagamos por nuestro error. A Menw le hicieron una grandísima putada con su cáraid, Daanna. Y a mí me quitaron la capacidad de emocionarme y apasionarme por algo. Me arrebataron la sensibilidad emocional y física. Y, por ese motivo, mi don druidh menguó y desapareció. Porque mi don va íntimamente relacionado con mi pasión y mi sensibilidad. Sin eso, estoy perdido. Y así he pasado más de dos mil años. Lo mejor de todo ha sido que la insensibilidad ha hecho que no sufriera la sed de la que todos hablaban, aunque tuviera que fingir que también la pasaba.

—¿No sentías el tacto? ¿No sentías nada? —¿Y entonces qué había hecho con todas esas mujeres?—. Todas las mujeres con las que te acostaste... —murmuró jugando con la piel del sofá.

—Mi cuerpo se excitaba y no sabía por qué. Pero no sentía nada, Miz. Cero. La científica se alegró al oír eso. Ellas no pudieron darle lo que su cuerpo y su sangre daba al druida. Pero seguía molestándola igual. —Pero todo eso cambió cuando me encontraste, ¿no? —preguntó directa. —Sí —la miró buscando algún reproche en ella; pero en sus ojos tan

verdes y dorados no había ni un reproche, solo una inteligencia intimidante y, a la vez, cautivadora. A veces, su Miz podía desnudarlo sin necesidad de utilizar las manos—. Aunque ambos sabemos que fuiste tú en mi busca.

Miz puso los ojos en blanco.

—¿Y qué castigo les infligieron a Lucius y Seth?

—Eso no lo sé. Pero sí sé que Lucius y Seth se entregaron a Loki. Decidieron convertirse en vampiros. —¿Y cómo se hace eso? ¿Se decide así, tal cual, de la noche a la mañana?

—Loki descendió a la Tierra de un modo onírico, astral y mental. Él busca a los vanirios

que están entre la línea del bien y del mal, a aquellos que quieren ceder a la sed, y les ofrece otro tipo de inmortalidad. Hace lo mismo con los berserkers. Les abre la veda a un mundo sin reglas y sin leyes, una realidad sin honor, llena de genocidios y en la que la sangre y las almas son gratuitas. Lucius y Seth se agotaron de esperar a sus cáraids, y tardaron muy poco en aceptar el trato de Loki; pero mantuvieron todo lo que pudieron y más de su naturaleza vaniria.

—Loki hace un pacto con ellos. Como un pacto con el Diablo. Y él se queda su alma o algo así, ¿verdad? —Por Dios, que una astrofísica pudiera hablar de estas cosas sin ni siquiera ponerlas en duda, decía mucho de lo que había llegado a afectarla su transformación.

—Sí. O algo así —se echó a reír y la miró de arriba abajo.

—Lucius, Hummus, Seth, Brenda, Patrick y todos los demás... Trabajan para Loki, que es como una especie de voz en off maligna. —Eso es. Me alegra que lo entiendas, listilla. —Créeme, lo intento. —Sí, lo hacía, y en realidad no le era muy

difícil—. He visto a los dioses transformándose. Parecían humanos como nosotros... No entiendo la complexión humanoide que tienen. La dimensión de la que provengan, sea cual sea...

—El Asgard, nena. El Asgard. —Da igual lo que sea, ¿es como otro tipo de Tierra con las mismas características que nuestro planeta? —No lo sé. Según tengo entendido, Daanna y la Cazadora han estado con Freyja y con Odín. Pregúntales a ellas. —Sus manos la echaban de menos, así que la cogió y la sentó sobre sus piernas—. Hola —sonrió y le dio un suave beso en los labios.

—Hohola —contestó, todavía pensando en sus teorías sobre el tipo de naturaleza del Asgard. No estaba incómoda del todo, pero esa cercanía era muy íntima y no se familiarizaba con ello. Cahal le había explicado cosas que necesitaba comprender y era un gesto que agradecía.

—Voy a querer tocarte siempre, Miz. Y tú vas a querer tocarme a mí. Tienes que acostumbrarte a esto; aunque seré bueno y esta noche te dejaré tranquila, ¿de acuerdo?

Sintió una incomprensible punzada de decepción que luego fue sustituida por la cautela. Bueno, mejor que no volvieran a tener sexo esa noche o Cahal le fundiría el cerebro; y mañana necesitaba trabajar.

La conversación había sido constructiva e interesante. Y aunque la joven seguía teniendo muchas preguntas, también necesitaba cerrar los ojos y hacer descansar al cerebro, su herramienta de trabajo más preciada.

—Me gustaría irme a dormir —propuso con la vista fija en el pequeño Eon—. ¿Él se va a quedar aquí?

—Sí. Como tú. Vamos a dormir aquí mismo. Así —rodeó su cintura con ambos brazos y la pegó a su cuerpo—, abrazados como un par de tortolitos.

Ella se tensó un poco, pero luego se relajó sobre él.

—No es buena idea. Yo no he dormido nunca con nadie.

—Lo sé.

—Solo con mi hermana Hannah —apoyó todo su peso sobre el de él y alzó la vista a su cara—. Solo con ella.

—También lo sé —aseguró con suavidad—. Pero si quieres dormir bien, tenemos que estar cerca, en contacto. Yo me relajaré con tu olor a fresa y tú, lo harás con el mío a canela.

—¿Cómo sabes que te huelo así? —preguntó asombrada. —Porque es tu olor favorito, Miz. Y te gusta su sabor, tanto como te gusta el mío.

Increíblemente, la científica se encontró dando un bostezo cual tigresa saciada, estirándose sobre él en el sofá. ¿Por qué estaba tan bien eso? ¿Por qué? Tantas preguntas que no tenían respuesta... Tenía que dejar de pensar. Cerró los ojos y suspiró.

—Esto es una locura —susurró abatida.

—No es verdad. La locura es lo que hay ahí afuera. Lo que existe entre nosotros es otra cosa que no tiene nombre, listilla —murmuró sobre su cabeza, acariciando sus largos mechones, rubios y suaves—. ¿Empiezas a confiar en mí?

Miz se tomó su tiempo para responder. —Me siento bien aquí. Así, de este modo —se acomodó entre sus brazos y coló una pierna entre las de él, belludas y mucho más musculosas.

—Suficiente, por ahora. —Abrió la parte inferior de la chaise longue y sacó una manta de color azul. Los cubrió a ambos y dejó que ella se moviera contra él tanto como deseara—. Mañana abrirás el código QR desde uno de los ordenadores del RAGNARÖK. Quiero ver qué es eso que tu mente ha inventado y me gustaría ayudarte a hallar la contraparte a tu proyecto.

—Es algo demasiado complejo para ti —musitó sobre su pecho, hundiendo el rostro en él y relajándose poco a poco. A Cahal el pecho le tembló de la risa y se pasó uno de los mechones de su largo pelo por los labios. Le hacía cosquillas demasiado estimulantes.

—¿Druidh?

—¿Sí, nena?

—Lo que dijo Beatha en el Consejo... ¿Los arrullaste? ¿Cuidaste de ellos?

Él parpadeó y entendió al instante a quién se refería. Hablaba de Daimhin, Carrick, los gemelos, los guerreros adultos y todos los que habían estado a punto de romperse en Capel Battery. Inhaló su mechón y cerró los ojos.

—Sí. Lo hice. No hay nadie más valiente que ellos. Sobrevivieron: y esa es la prueba de su valía. Mientras estuve ahí —recordó amargamente—, quise transmitirles que no estaban solos, y les ofrecí parte de mi energía que tú, con tu presencia, despertaste.

—Por eso te admiran tanto. Por tu compasión. Por lo que les diste.

—Pero no me compadecí de ellos —replicó con seguridad—. Los veneraba, por eso les protegía. Mi energía salió hacia ellos en forma de veneración, no de compasión. Los admiré —añadió desviando la vista al pequeño bulto pelirrojo que había en el otro extremo del sofá—, por mantenerse en pie tanto tiempo.

Algo dulce rozó su pecho. Eran los labios de Miz que, con sutileza, le habían dado un beso tan dulce y suave como el roce de las alas de una mariposa.

—Gracias —dijo ella cerrando los ojos y cayendo en un sueño reparador.

Cahal tragó saliva y hundió la nariz en su pelo. Sabía que debía dejarla descansar, que no la podía tocar y que no podía abusar de su tregua. Pero Miz era suya. Y despertaba todos sus instintos, y estaba en su derecho de disfrutar de ella... Sería una noche muy larga.

XIII

Escocia

Lucius se miró al espejo.

La terapia Stem Cells que habían creado funcionaba. Los cuerpos de los vampiros que no habían entrado en descomposición podían regenerarse y dejar de consumirse tal y como hacían en el momento en que empezaban a abusar de la sangre. De este modo, los vampiros podrían adaptarse mejor a la sociedad, y convertirse en un clan estético y sibarita y no decrepito como siempre habían sido.

La terapia Stem Cells estaba teniendo éxito con los vampiros de Chicago y Escocia. Y sucedería lo mismo a niveles generales. Los vampiros se integrarían en los círculos de más poder, tal y como ya hacían, pero esta vez no provocarían rechazo; porque al ser humano le atraía lo hermoso, y esa targeta de presentación era más aceptable y atractiva.

Su piel rejuvenecía, ya no era translúcida. Su pelo volvía a ser negro, y no entrecano. Sus ojos seguían siendo excesivamente claros, pero no lo suficiente como para parecer los de un invidente. Ya no. Sin embargo, seguiría siendo un vampiro. Y, debido a ello, todos sus dones se habían ido al carajo.

Frey le dijo que dependería de él seguir manteniendo su poder. Con el tiempo, descubrió que el dios le había tendido una trampa. Frey ya había visto la sed de sangre en él, el ansia de poder del que no se arrepentía. Pero sabía que había sido instruido por un filidh original, uno completo y poderoso al que no le había importado desafiar las leyes del rey. ¿Por qué debía respetarlo si era más poderoso que todos los reyes juntos? Siendo humano ya pensaba así. Pero cuando lo transformaron en vanirio y recibió más dones de los que jamás pudo imaginar, su creencia se reafirmó: nunca, jamás, se sometería al ser humano. El tiburón se alimentaba de los peces menores, no al revés. Y él era un tiburón.

Por eso, cuando Loki lo visitó en sueños, no dudó en irse con él.

Su decisión fue irrevocable, y estaba orgulloso de pertenecer al bando al que pertenecía. Porque era mucho más divertido ser un hijo de puta, que intentar comportarse honorablemente durante toda la eternidad.

Igual que el desaparecido Seth.

No obstante, estaban a un paso de obtener la venganza deseada. Loki renacería de sus cenizas. El universo se aliaba para empezar un fin de ciclo, un final de los tiempos, la oportunidad perfecta para abrir el portal definitivo y dar la bienvenida al Jotunheim. Y debían aprovechar la ocasión. Pero los vanirios y los berserkers, y ahora esas zorras que lanzaban rayos, y esos guerreros alados, les estaban jodiendo todo el plan. La lucha era encarnizada, y todo movimiento en falso acarrearía consecuencias que no se podían arreglar.

Primero habían sido Samael y Mikhail. Después Strike y Lillian. La Elegida y el puto sanador se habían cargado a Sebastian y Seth. Bajas considerables, sobre todo la de Strike, un auténtico brujo seidr que les había ayudado mucho, y la de Lillian, una falsa luz para las

almas, que habría destrozado el plan de la reencarnación, y habría hecho que toda alma que llegara al plano de la Tierra no tuviera nada de buena ni de bondadosa. Durante ese tiempo habían volado varias sedes de Newswcientists, echado por tierra sus laboratorios de clonación, su proyecto del Memory, sus planes de hibridación y aniquilado a varios de sus líderes vampiros y lobeznos.

Aun así, la guerra era una jugada de ajedrez, y siempre podía haber muertes; pero todo seguía una estrategia. Si fallaba un plan, habría otro preparado.

Todo estaba cuidadosamente planeado. Habían trabajado durante años con Newscientists, investigando sobre la creación de los portales. Ya tenían el aparato preparado. Miz había dado sus frutos, finalmente.

Pero el acelerador dejó de funcionar y cerró el portal antes de tiempo; incluso antes de que Hummus pudiera dar el aviso a todos los clanes del Jotunheim, incluyendo a los elfos oscuros y los demonios de fuego. Ellos deberían haber descendido con Hummus, pero el recipiente solo había podido llevarse los tres tótems sagrados de los dioses. Hummus no consiguió matar a Heimdall, el guardián del puente dimensional Bifröst, tal y como hubiese querido; ni tampoco se había podido llevar su preciado cuerno, aquel que avisaba a todos los guerreros del Asgard y del Midgard a luchar en nombre de los dioses y de los humanos. Resultado: Heimdall estaba desaparecido, y Gjallarhorn también.

En Chicago, habían intentado activar a Mjöltnir y crear vacíos dimensionales en la Tierra. Pero un guerrero alado y rubio y esa escupe rayos hija de Thor le habían frustrado los planes: una vez en Chicago, la otra en el Fermilab de Geneva y después, otra más, en Diablo Canyon. Khani, el líder de los vampiros de Norteamérica, había muerto.

Sin embargo, habían secuestrado a la valkyria con el don de la psicometría. Seiya, uno de los vanirios rebeldes que se había pasado al lado oscuro sin renunciar a su naturaleza, recibió astralmente órdenes precisas por parte de Loki: su cáraid era una de las valkyrias que descendían para recuperar los tótems robados. Y su sangre, la sangre de Róta, le permitiría manipular la espada de la victoria, Seier; y con él liderando los ataques, nada podría vencerles. Además, Seiya quería que Róta le dijera donde se ocultaba Heimdall, ya que, aunque Hummus no había podido arrebatarse el cuerno, sí que había logrado extraer un trozo de su marfil. Seiya solo tenía que convertir a Róta y despertar ese lado oscuro que Loki afirmaba que tenía. No obstante, el hermano gemelo de Seiya se había interpuesto entre ellos. La valkyria lo había elegido a él en vez de al hermano corrupto. Y en una batalla apoteósica en el mar del Norte que había acontecido el día anterior, Seiya había muerto.

Ahora solo quedaban Hummus, Patrick, Cameron y él como líderes natos de los jotuns en el Midgard. Pero tenían recursos todavía, y los iban a agotar para que la balanza se inclinara a su favor en la batalla final.

Su teléfono sonó y lo cogió sin perder de vista su reflejo en el espejo. —¿Señor? —Una voz suave y aguda emergió al otro lado de la línea—. Soy Goro.

Lucius sonrió. Bingo.

—¿Tienes más noticias, Goro? —Era uno de los informadores que le avisaba de los movimientos de los clanes. Lo había hecho la noche anterior, cuando avisó de que Cahal, el druidh keltoi, había convertido a Mizar ante el Consejo Wicca. Lucius había ordenado mentalmente a sus vampiros neonatos que viajaran a Dudley, así que había ordenado a un grupo de los suyos a hacer el trabajo sucio. Él no se podía desplazar porque estaba acabando de perfilar el ataque de Cameron en Escocia. Quería, como mínimo, acabar con Cahal. Y, si

no podía, dejarle lo suficientemente lisiado como para llevarse a la científica, y que la joven le explicara exactamente qué había pasado para que el acelerador se apagara inesperadamente. Cuando pillara a la zorra, iba a darle un par de lecciones. Se relamió los labios y apartó su ira para escuchar las palabras de Goro.

—Así es. La mujer sigue viva y ya ha hecho la conversión.

—¿Y el equipo que envié ayer noche?

—Todos muertos, señor.

Lucius hizo rechinar los dientes.

—Está bien. ¿Algo más?

—Sí, señor. El acelerador no funcionó porque le faltaba un estabilizador. —¿Cómo dices?

—La cantidad correcta de iridio, señor. La mujer dejó la fórmula definitiva del acelerador en un banco de seguridad. El HSBC de Coventry.

El vampiro se dio la vuelta. Con el móvil pegado a la oreja, caminó por una de las habitaciones del castillo de Cameron y se plantó frente a la ventana, que ofrecía unas vistas formidables de la noche de Edimburgo.

Iridio. La joven apoderada, su protegida, le había engañado incluso antes de que él la traicionara. «Chica lista». La chica siempre había sido demasiado inteligente para su bien.

Avisaría a Patrick y hablaría con los pocos astrofísicos que le quedaban. Obviamente, ella era mucho más competente que ellos, pero tres cerebros inteligentes también podían trabajar como uno superdotado. Los pondría a funcionar esa misma noche. Mientras tanto, él viajaría a Londres y daría un golpe sobre la mesa. Si Cahal, el niño guapo del clan keltói, pensaba que iba a llevarse el pastel con tanta facilidad, lo tenía muy crudo. Cahal y él habían sido muy buenos amigos cuando eran humanos; de hecho, se llevaban tan bien que llegó a pensar que acabaría posicionándose de su bando.

Pero el druida le dio la espalda y se quedó con su hermanito Menw, Thor, y Caleb.

Cuando lo tuvo en sus manos en Chapel Battery lo torturó y lo forzó para que le cediera el don. Solo tenía que ofrecérselo voluntariamente mediante sus palabras; ambos sabían que aquello era posible, pero el druida se negó mientras veía cómo torturaba a la que parecía que era su cáraid por derecho propio.

Lucius había aprendido las artes drúidicas en los bosques britanos. De hecho, él había recibido su don porque el filidhs de los bosques que lo instruyó, uno muy ambicioso, se lo legó voluntariamente antes de morir. Como vanirio era muy poderoso pero, cuando empezó a beber sangre, el dios Frey lo castigó anulando su don por completo. Esa sería su penitencia por pecar aquella noche. Por eso, hacía siglos que ya no tenía su poder filidh. Pero Cahal se lo podía dar, él era un vanirio todavía. Sin embargo, el cabrón orgulloso no había cedido ni un ápice.

—Está bien, Goro —Sonrió. Ya no le hacía falta, Mizar. Sabiendo lo que sabía sobre el iridio, bien podría matarla. Pero eso sería muy fácil. Ahora la perra era el salvavidas de Cahal. Si se traía a la rubia con él, Cahal la seguiría, porque no podría vivir sin ella. Pero eso no era divertido. Prefería que Cahal se convirtiera en vampiro por la desesperación de ver morir a su pareja: era más trágico y dramático.

Sí. La mataría, pero antes intentaría sonsacarle toda la información sobre la fórmula final del acelerador, porque no tenía ganas de perder tiempo en pruebas fútiles.

—¿Tienes las balas de luz diurna?

—Sí, están escondidas, señor.

—¿Sabes ya dónde os ocultan?

—No, señor. Estamos en Inglaterra, pero no sé el lugar exacto. Hemos salido para entrar en contacto con el exterior, pero no hemos visto carteles ni nada por el estilo. Ahora mismo estamos en un bosque. Había un hombre acampando a un par de kilómetros y...

—Bien. Mañana acaba con la científica, Goro. Conviértela en un colador, pero quiero que le extraigas antes toda la información. Envíamela inmediatamente. Yo estaré en Inglaterra en breve.

—Como desee, señor. —Loki está orgulloso de ti, Goro. Te guardará un lugar en su paraíso. Bjarkan's laufgroenstr lima. El abedul tiene ramas de verdes hojas.

—Loki far flaerdar tima. Loki lleva el tiempo del engaño.

Goro cortó la comunicación. A los vanirios desesperados, a aquellos que habían sido quebrados mediante la tortura, el hambre y la sodomía se les podía comprar con la libertad. Si se entregaban a Loki, el sufrimiento desaparecía.

Ese guerrero roto era uno de ellos. Una vez había sido un hombre honorable, pero el dolor lo había anulado, comiéndose toda la benevolencia que pudo tener tiempo atrás. Ahora, Goro era una marioneta, un suicida que haría cualquier cosa por acabar con su agonía y convertirse en un siervo de Loki.

Lucius marcó un número de teléfono y esperó a que descolgara.

—Espero que me molestes para algo útil, Lucius. Intento percibir a Heimdall, y me resulta jodidamente difícil si me incordias. Necesito concentración.

Heimdall era muy importante. Si era cierto que el hijo de Odín estaba en la Tierra, lo principal era encontrarlo, robarle el cuerno y matarlo. Sin guardián en el Asgard, y sin cuerno que pudiera dar la voz de aviso a los guerreros de Odín en el Ragnarök, la guerra estaba ganada. Pero también era importante lo que iba a decir, porque él era igual de importante que Hummus.

—Hummus, tengo noticias —le haría saber. Haría saber a ese engendro de la magia seidr que lograba más resultados de lo que él pudiera hacer con su poder.

El hijo de Loki era un divo.

Londres

Notting Hill

«Invoca. Invoca. Invoca, hijo mío. Ábrela».

Cahal abrió los ojos. Su padre. Sus últimas palabras eran como un maldito despertador. Tan grabadas como un mantra, tatuadas a fuego en su piel. ¿Por qué? ¿Qué quería decirle?

Día tras día oía aquella frase. Una orden imperativa. Una súplica llena de confianza.

Tanteó con la mano buscando a Miz, pero ella ya no estaba a su lado. Se incorporó y desvió la vista hacia Eon, esperando encontrárselo acurrucado bajo las mantas. Tampoco estaba.

El olor a café que salía de la cocina se filtró en el salón.

¿Café? Miz estaba utilizando la cafetera italiana de diseño que había en la cocina, cuando él en la vida la había utilizado y la había comprado más por la estética que por otra cosa. Se moría de ganas de verla en acción. A ambas.

Escuchaba risas, música, palabras dulces y ruiditos de asombro infantiles. Y todos venían del mismo lugar. Se dirigió hacia aquel pequeño recoveco familiar y único que se había creado en su propia casa; y lo que vio le dejó mudo. Sin palabras. Eon no se soltaba de la pierna de Miz. Ella tarareaba y él se reía y movía la cabecita siguiendo el ritmo.

—Eon, ¿qué sigue ahora? —Mientras untaba las tostadas con mantequilla y mermelada cantaba—: Cuz we belong together now. Forever united here somehooooow. You got a piece of me, and honestly, my life would suck withooooou... —Señaló a Eon y este se echó a reír, enseñándole sus diminutos colmillos y apoyando su mejilla contra su muslo, como un adorable cachorrito falto de mimos y cuidados—. Toma, pequeño. Esta es para ti. ¿Quieres probar?

Eon aceptó la tostada con timidez y le dio un mordisquito.

Cahal se apoyó en la puerta, sin saber si debía entrar o no. Y ahí, sí, en ese momento, se enamoró por completo de Miz. No porque se pertenecieran; no porque estuvieran destinados, ni porque no sobrevivirían el uno sin el otro. No porque fuera su cáraid.

Se enamoró de ella, sencillamente, porque Miz era todo amor. Amor reprimido, amor bondadoso, amor altruista y generoso. Y habían querido matar ese amor, enterrarlo mediante el miedo y los secretos. Su misma inteligencia, el respeto que infundaba a los demás, a todos aquellos que temían parecer demasiado estúpidos al hablar con ella, habían creado un muro de protección a su alrededor. Era introvertida por naturaleza, pero si le daban una oportunidad, podría dar una lección de honestidad a todos. Y ahí estaba su mujer, cantando con voz ronca, haciendo reír al muy recuperado Eon, que mordía la tostada con apetito, mientras ella servía

las rebanadas en un plato.

Ella y el niño crearon una imagen de portada y se convirtieron en una fotografía en movimiento que querría enmarcar para siempre.

Un hogar. Un auténtico hogar.

Joder, se estaba emocionando. Querría amanecer con ella entre música y risa. Querría hacerle el amor todos los días, a cada momento que tuvieran libre. Querría saber por su boca lo que le gustaba y lo que no, lo que le asustaba, lo que le inquietaba. Todo. Él se convertiría en su caballero de brillante armadura y alejaría todos sus demonios a espadazos. Porque Miz se lo merecía: se merecía que lucharan en su nombre.

Ella podría haberse llenado de rencor hacia él; podría relegarse a una esquina, encerrarse en su habitación y limitarse a trabajar; podría no haber ido a RAGNARÖK ni enfrentar a ninguno de los de su clan que la odiaban; podría haber dejado de lado a Eon y Daimhin, a Liam y a Nora y, en cambio, les había ofrecido su amistad y su cariño en cuanto ellos le habían dado la oportunidad, cosa que no había hecho con ningún adulto todavía. Y podría haberlo mantenido a raya a él, haberle negado todo y, aun así, ella se lo había entregado, reconociendo abiertamente lo que deseaba.

Por todo eso pero, sobre todo, por todo lo que todavía Miz no se atrevía a enseñar al mundo, estaba perdido, absoluta e irrevocablemente enamorado de ella. Ella era su mitad, la que lo devolvía a la vida, y la que le demostraba que los prejuicios, los que habían tenido contra ella, él y todos, eran solo la razón de los tontos.

Caminó hacia ellos, movido por el magnetismo que ambos irradiaban.

Miz se había recogido el pelo en una coleta alta. Tenía la cara limpia y lavada. Y todavía llevaba ese conjunto negro que lo había puesto tan cachondo.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta.

Miz dejó los platos sobre el islote y acercó los taburetes para que pudieran comer los tres. Tres. Cahal observó, hecho un flan, que la joven contaba con él y estaba tan concentrada en sus labores que no se había percatado de su presencia.

Entonces levantó la cabeza y observó cómo caminaba hacia ella. Lo veía casi a cámara lenta. La joven se quedó sin respiración cuando vio que se dirigía hacia su persona con tanta decisión. ¿Qué le pasaba?

Se plantó ante ella, la cogió por la cara y pegando su nariz a la de ella dijo al son de la canción:

—Cuz we belong together now. Forever united here somehow. You got a piece of me, and honestly, my life would suck withoooooout you. Mi vida apestaría sin ti, nena.

Y la besó. Le dio un beso de esos que la dejaban a una con los ojos vueltos. Sus brazos se quedaron lánguidos a cada lado de su cuerpo, y disfrutó de sus labios y de la pasión y la ternura que le estaba dedicando. Los besos de verdad eran así. Una mezcla de vida, luz y chispa eléctrica. Y si no lo eran, entonces, no valían.

Se quedaron los dos mirándose fijamente, sin parpadear. Cahal le pasó la mano por la coleta y después la deslizó por su espalda, acariciándosela lánguidamente.

—¿Eso es un beso Vanir de buenos días? —preguntó mareada. Quería que la besara otra vez.

—No. Es un beso de vanirio loquito por los huesos de su cáraid.

—Entonces, aceptamos beso de tornillo como saludo matutino — sentenció, levantando una ceja rubia y limpiándose las manos en el pantalón.

—Acepta lo que te dé la gana, nena. —Le agarró la muñeca y la besó en la palma de la mano—. Te besaré así siempre que quiera. ¿Qué hay para desayunar? —Cogió a Eon en brazos y lo alzó por encima de su cabeza—. ¿Cómo estás, campeón? ¿Te recuperas rápido, eh?

Eon lo miró agradecido. De algún modo, sabía que él lo había ayudado. La energía de ambos había conectado.

Miz se dio media vuelta y soltó una risita ilusionada e infantil.

Por Dios. El corazón le latía descontrolado. Se llevó una mano al estómago y se sostuvo con la otra en la encimera. ¿Se estaba enamorando? ¿Estaba encaprichada?

Desayunaron los tres juntos, en un ambiente relajado y alegre. Eon tenía mucha mejor cara que la noche anterior, y Miz se asombraba de su rápida recuperación. Cahal había creado algo en su campo cuántico, una especie de protección contra la atracción magnética de los metales. Eon tenía metal en la sangre: y el metal atraía al metal. Cuanto más expuesto estuviera a ese tipo de radiación, peor se pondría. De ahí que Cahal creara aquella burbuja para el niño. Y cómo lo admiraba por eso... No había nada más sexy para ella que un hombre inteligente.

—Hoy toca trabajo, Miz —le dijo el druida, mirándola por encima de la taza.

—Lo estoy deseando —aseguró emocionada. Necesitaba ponerse a trabajar, comprobar cómo de fiable era su acelerador y el modo de revertir su poder.

—Cuando acabemos de desayunar, nos iremos. Eon vendrá con nosotros.

—Respecto a Eon... —Lo miró muy seria y acarició la cabeza afeitada del pequeño. Ya le empezaba a salir el cabello pelirrojo—. Tengo una pregunta: está solo, ¿verdad?

Cahal desvió la vista hacia el pequeño, que devoraba la leche con cacao, y luego la detuvo en la ansiosa mirada de Miz.

—Sí. Fue rescatado de Capelleferne.

—Ya... Pero no tiene a los padres por aquí, como Daimhin y Carrick, ¿me equivoco? —No. No los tiene. Seguramente, sus padres murieron bajo esas celdas. Hubo niños que nacieron allí.

Trabajaba sobre un infierno, pensó Miz. Menos mal que ya había salido de ahí.

—¿Y los niños se van a quedar en el RAGNARÖK para siempre?

—Vivirán juntos, de momento. Estarán bien acompañados, no estarán solos.

—Ya, pero... Si nadie se hace cargo de Eon... ¿Podría hacerme cargo yo de él?

Cahal dejó la taza de café sobre el islote y apoyó la barbilla sobre sus manos entrelazadas, mirándola con fascinación.

—¿Te gustaría hacerte cargo de él, Miz?

La mujer observó al pequeño con tanta dulzura que no hizo falta que respondiera y, aun así, lo hizo: —Se merece otra vida. Merece que lo cuiden y lo quieran, Cahal. Y a mí me gustaría hacerlo. El anhelo de querer y ser querida se reflejó en esas palabras. Ella necesitaba dar tanto amor como anhelaba recibirlo.

Cahal sonrió y le acarició la coleta rubia. Él no quería cargar con un niño tan pronto. Necesitaba disfrutar de Miz tanto como pudiera. A solas. Pero la joven estaba demasiado emocionada con la idea, y no podía decirle que no.

—Claro que puedes hacerlo, Miz. Si quieres, hoy mismo se lo podemos decir a Aileen y Daanna.

—¿Hay que pasar por ellas? —preguntó a regañadientes. No quería deberles nada. Ni

tampoco quería que fueran ellas quienes decidieran si darle o no el mejor regalo de su vida. Cuidaría a Eon. Él sería de ella. Solo de pensarlo, se emocionaba. ¡Ser mamá! En cuanto había visto al pequeño, se lo quiso quedar. Pero, entonces, sus planes de tener un hijo a los treinta y cuatro, se habían ido al garete... Bueno, bien mirado, tampoco pensaba que a los veintiséis la convertirían en vaniria. Así que, ¿por qué no?

—¿Quieres ser la mamá de Eon?

—Sí. Me gustaría —contestó resuelta.

—Entonces, yo seré el papá. El niño necesita un padre.

Ella agrandó los ojos y negó con la cabeza.

—No, no. Espera, yo no quería forzarte a esto.

—¿Forzarme? ¿Quién dice que me estás forzando a nada? Me encantaría formar parte de vosotros. Lo que es tuyo es mío.

—Es mi decisión. No tienes por qué formar parte de ella.

—Esa es una respuesta muy incorrecta; pero solo porque estás muy guapa por las mañanas, lo pasaré por alto.

¿En serio? ¿De verdad el playboy de Cahal quería cargar con un crío de apenas tres años? Una cosa era aguantar a un niño unas horas, sanarlo y hacerle tres o cuatro carantoñas; pero la otra, más diferente, era tenerlo de por vida. ¡Venga ya! Si hasta hace un mes y medio ese hombre se estaba tirando a dos mujeres bajo el Tower Bridge. Cahal era un ligón empedernido, un mago que encandilaba a todo el mundo, tal y como la estaba encandilando a ella. Y nada le gustaría más que creer en que él estaría ahí a su lado, en todo momento, y que compartirían muy buenos momentos juntos, pero no iba a constriuir castillos en el aire.

Un viento frío que provenía del cuerpo del druida la barrió y la dejó tan helada como las palabras que lo siguieron:

—¿Prejuicios, Huesitos?

—Constato hechos —parpadeó muy digna—. Los que he visto en tu sangre. No te acuso de nada, no te lo tomes a mal, pero no creo que sirvas a tiempo completo. Se trata de ser fiel, tanto a mí como al crío. Y he visto todas las mujeres con las que te has ido a la cama... ¡Miles! —exclamó enfadada por ello—. ¿Cuántas? ¿Cuántas habrás dejado embarazadas? Puede haber muchos Eones por ahí sueltos —se cruzó de brazos y lo encaró con decisión.

—¿De verdad crees que he sido tan descerebrado como para no usar protección con ellas? —Bueno, si dicen que los hombres pensáis con la polla, será por algo, ¿no? Además, el pene no tiene manos para ponerse una fundita. Él abrió la boca como un pez y se quedó sin palabras. ¿Qué concepto tenía esa mujer de él? ¡Él no tenía la culpa de atraer a las mujeres! —¿No soy demasiado bueno para ti? ¿No soy demasiado bueno para Eon? Miz parpadeó sorprendida por el dolor en las recriminaciones del vanirio. Se descruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Yo no he dicho eso...

—¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¡Desde que caíste en mis manos tienes en mente la idea de acabar con tu vida si esta realidad no te acaba de convencer! ¿De verdad te crees tan capacitada para tener bebés pensando de esa manera? ¿Para qué quieres a Eon si piensas así?

Ella se ofendió y se levantó del taburete porque se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Debo suponer que ya no quieres arrebatarte la vida? ¿Serías fiel a Eon? ¿Por él sí

que te quedarías? No pongas esa cara de me han pillado, porque lo he sabido en todo momento. ¿Por él sí y por mí no? Porque espero que, si te quedas con Eon, sea para siempre, ¿entiendes? Siempre es una palabra que hasta ahora no estaba en tu diccionario —escupió con rabia—. Me he acostado con miles de mujeres, Miz. Antes de conocerte. Ya lo sabes y sabes por qué.

—Sí. Menuda excusa —agitó los brazos—. Me buscabas desesperadamente.

Cahal apretó la mandíbula.

—No te he ocultado nada.

—Cahal, reconócelo. De entre los McCloud, el más serio y responsable siempre ha sido tu hermano. Tú has brillado por otras cosas, pero no precisamente por esas.

—Menw y yo somos diferentes. Pero eso no me convierte en un playboy descocado. Soy el druidh de los vanirios, joder. —Se levantó del taburete y se fue de la cocina refunfuñando—: Y soy responsable. Ah, y si tanto te gusta Menw, olvídalo. Él ya tiene mujer y, además, está embarazada.

—A mí no me gusta tu hermano, no digas estupideces. ¡Y me alegro por Daanna! —le gritó. Así que la morena de ojos esmeralda esperaba un bebé... Interesante. No se le notaba nada—. Solo he señalado algo obvio, Cahal. No creo que debas ofenderte.

El vanirio se detuvo en el umbral de la puerta y la miró por encima del hombro.

—¿Tú te ofendiste cuando creían que eras una asesina?

Miz detuvo su retahíla en seco. Avergonzada, se dio cuenta en seguida del error que había cometido. Estaba juzgándolo como habían hecho con ella. —Pues eso. A veces eres demasiado honesta, Huesitos. Tienes el tien

to de un cactus —se largó de la cocina, dolido por sus palabras.

Miz y Eon se quedaron sentados, observando cómo Cahal se iba cabreado. El niño la miró a ella con consternación.

Miz no solo estaba arrepentida por lo que le había dicho, sino además, esperaba poder beber de él esa mañana.

Pero, por lo visto, no habría toma matutina.

El trayecto hasta el RAGNARÖK fue tenso y silencioso. Miz estaba sentada en el asiento trasero con Eon. Y Cahal apretaba tanto el volante que parecía que quería arrancarlo de cuajo.

Ninguno de los dos tuvo ganas de romper el hielo. Cahal se cuidó de proteger sus pensamientos, y Miz hizo lo mismo.

Eon dormía apoyado sobre las piernas de la astrofísica, que le acariciaba el cráneo con suavidad. La joven pensaba en lo que le había dicho al druida y cada vez se sentía peor por ello. Lo había acusado de ser infiel y de no tener madera de padre, solo por ser como era: sexy, playboy y un ligón empedernido. Bueno, ¡pero es que no le gustaba eso! Despertaba una inseguridad en ella con la que no se sentía nada cómoda y no sabía lidiar con ello. Pero eso no justificaba lo que había salido por su boca, cada vez más incontrolable.

Cahal la miró disimuladamente por el retrovisor. Su capullo interior se sonreía al verla tan afligida por lo que le había dicho. Pero él, su vanirio digno, no iba a permitir que su pasado manchara su presente. Miz no sabía que nunca se había corrido con ninguna mujer. Mantenía la erección, pero nunca eyaculaba, porque su cuerpo no la reconocía como suya. En cambio, con ella era todo explosivo y fuera de control. Las emociones les abrasaban y sus cuerpos entraban en una especie de frenesí que no podía dominar.

¿Esa mujer tan inteligente de verdad se pensaba que podría hacer el amor con otras como lo había hecho con ella?

Pobre ratita perdida. Le iba a dar una lección.

Pero es que estaba tan guapa que no sabía ser cruel con ella; aunque tenía ganas de serlo. Llevaba unos tejanos de pitillo negros y unos zapatos rojos con plataforma estilo pinup, de lamarcalronFist. Alfinal,sinquererlo, Daanna, Aileen y Ruth habían dado con su estilo. Cahal se sonrió al verlos; no solo porque tenían un tacón bastante pronunciado y porque eran rojos, sino porque tenían piedrecitas incrustadas en tono rubí oscuro que simulaban calaveras. Eran zapatos inspirados en los cómics de El Castigador, porque la calavera era la misma. Como los del día anterior. Además, estos tenían una cremallera negra lateral cuyo dibujo era también otra calavera plateada. Que una chica tan guapa y sexy como Miz llevara ese calzado era muy contradictorio. Pero, al parecer, ella se sentía muy a gusto con ellos. Y al final, iba con su personalidad: sexy, desafiante y esquiva.

La chaqueta de cuero negra de cuello alto y corte entallado le daba un aspecto todavía más peligroso.

Cuando llegaron al exclusivo local del Jubilee Park, Miz cubrió a Eon con un pequeño chubasquero plateado. A las siete de la mañana, la Black Country se llenaba de niebla espesa. Aun así, la joven quiso ser precavida con el pequeño, todavía convaleciente.

Se metieron en la cabina roja; Cahal introdujo el código y descendieron al subterráneo. En la entrada, Caleb conversaba con Menw y Daanna, y estos, cuando los vieron llegar, los miraban intrigados; la Elegida parecía descansada al saber que seguía viva. Y Menw, aunque estaba preocupado por la noticia que le acababan de dar, miraba con orgullo y picardía a su hermano.

—Y yo que pensaba que íbamos a ser los más madrugadores — exclamó el druida.

Caleb se giró y los encaró sin más dilaciones.

—Ha pasado algo.

Cahal se tensó y se acercó a ellos.

—¿El qué, líder?

—¿Recibiste el mensaje?

—Sí. Los dos —miró a Miz, y esta asintió muy seria.

—El Engel y los suyos han recuperado a Seier y han volado los laboratorios de trabajo que tenía Newscientists en el bosque de Galloway. Han descubierto que, además de las clonaciones, las hibridaciones y los grupos de esclavos de sangre que están utilizando, han creado una especie de terapia de rejuvenecimiento con células madre de vanirios y berserkers; y de ese modo frenan su descomposición y mejoran físicamente. Incluso mantienen sus dones.

—Porque el cerebro no envejece ni se deteriora —dijeron Menw y Miz a la vez.

Ambos se miraron y asintieron, reconociéndose como dos eruditos en la materia. Parecía que aquel recelo inicial iba desapareciendo poco a poco.

Cahal apretó los dientes y gruñó. «Entre los McCloud, todos sabemos que Menw es el más serio y responsable», recordó celoso. Y Miz miraba a Menw con una admiración que no le dirigía a él. Empezaba a cansarse de eso.

—¿Y qué podemos hacer nosotros para detenerles?

—Investigar y matarlos a todos —contestó Menw llanamente.

—Seguir haciendo lo que hacemos. Pero eso no es lo importante — dijo Caleb—. Una de las valkyrias que acompaña a Gabriel y su pareja, vienen hacia aquí. Al parecer, hay algo

importante que nos quieren decir, y solo ella sabe de qué se trata. Vendrá en persona a explicárnoslo.

—¿Cuándo?

—Entre hoy y mañana estarán aquí.

A Cahal no le parecía tan importante esa información y sin embargo, valoraba mucho más lo que habían logrado el Principito y su ejército. Él solito se estaba encargando de recuperar los tótems. Gran revelación había sido Gabriel.

—Oye... —Caleb miró a la astrofísica, que dejaba a Eon en el suelo y le quitaba el chubasquero plateado. El crío en seguida se agarró de su pierna, controlando atentamente a Caleb y a la otra pareja que parecían juzgar a su protectora—. Miza...

—Miz. Llámala Miz —lo corrigió Cahal. El líder de los vanirios frunció el ceño, y estuvo a punto de soltar una carcajada. Se aclaró la garganta. —Eon se está recuperando —Menw sonrió a su hermano—. Lo sabía, Cahal. Le haremos unos análisis para ver cómo va su intoxicación.

—¿Necesitas ayuda con tu acelerador..., Miz? —preguntó Caleb.

La astrofísica negó con la cabeza.

—Ya tengo a Daimhin. Se lo pediré a ella.

—Beatha se lo ha prohibido —la interrumpió Daanna, incómoda.

Miz se afligió ante la respuesta. Daimhin le gustaba; ellas se entendían. ¿Por qué esa gente se lo ponía tan difícil?

—Si necesitas ayuda, yo podría hacerlo —la Elegida se ofreció con humildad.

Miz la miró de arriba abajo. Sabía que Daanna estaba embarazada y no era un buen lugar para ella. Los láseres podrían resultar peligrosos y la radiación cuántica podría no ser buena para el feto.

—Creo que podré sola —dijo levantando la barbilla. No la querían demasiado, pero no importaba. Era una profesional y tenía un trabajo que hacer allí—. Gracias de todos modos. Pero es mejor que solo yo sepa cómo se crea el aparato y cuál es la fórmula correcta. Cuantas más personas la sepan, más riesgo habrá de que los demás puedan descubrirla.

—¿No te fías de nosotros? —preguntó Caleb levantando una ceja negra.

—No se trata de eso. Pero si lo sabéis, habrá más riesgos de que vayan a por vosotros, y no es necesario. En fin, no puedo perder el tiempo —miró a Caleb—. Intentaré tener el aparato construido para hoy.

—Oh. De acuerdo —asintió Caleb con asombro—. Cahal me dijo que necesitabas iridio para ello. Te he dejado una caja preparada en tu sala, espero que tengas suficiente con eso.

—Ya te lo diré.

—Y, por cierto —se llevó la mano al bolsillo—. Trabajas para nosotros y supongo que te gustaría cobrar por ello. Aquí tienes tus honorarios —le dio un sobre blanco.

Miz tenía mucha curiosidad por ver cuánto creía ese hombre que ella cobraba por su trabajo. No pretendía pedir nada a cambio porque quería hacerlo por ellos, por la injusticia que ella misma había cometido en contra de Cahal y, sobre todo, por vengarse de Lucius y Patrick. Lo haría gratis y lo haría encantada. Pero la pequeña fiera vaniria, la rebelde interior, quería darles una lección a todos, así que abrió el sobre y miró el cheque. Arqueó las cejas y sonrió.

Caleb y Cahal se miraron el uno al otro, sabiendo que ella estaría impresionada, pues le estaban remunerando muy bien. En cambio, la joven rubia dijo:

—Voy a probar un acelerador que puede abrir una puerta al Asgard. A este cheque le

faltan muchos ceros —le puso el sobre en el pecho y se lo devolvió—. Con vuestro permiso —miró a Cahal de reojo y pasó de largo. Eon no se quiso separar de ella y la acompañó todo el trayecto, mientras ella murmuraba—: Collach ri ealladhà. Parece un chiste.

—Joder —susurró Caleb con una sonrisa de admiración—. ¿Y esa es tu pareja? —le puso una mano en el hombro—. Te acompaño en el sentimiento.

—Que te follen, Cal —Cahal se puso las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón militar. Esa actitud le volvía loco, le encantaba que no tuviera miedo de nada. Solo de él y de depender de sus cuidados. Y sí, esa era su cáraid.

Daanna apretó los labios y le dijo a Menw: —¿Por qué no puedo ayudarla yo? Esa chica es muy estirada —miró a Menw con resentimiento.

—Porque la serpiente está trabajando con aceleradores de protones y un error puede resultar fatal. Y tú, mo ghraidh, estás encinta —la besó en la mejilla—. No quiero que estés ahí. Y ella ha pensado justo en eso.

—Miz es una increíble científica, pero tiene mucha conciencia, más de lo que os imagináis. No permitiría que Daanna se pusiera en peligro —la defendió Cahal, orgulloso de que ella fuera suya.

La Elegida se quedó mirando el lugar por el que había desaparecido la astrofísica. Le alegraba saberlo. Puede que Miz fuera una buena chica, después de todo. Y había puesto en su lugar a su hermano, cosa que le hubiera divertido si antes no la hubiera rechazado para ayudarla. Pero, si en realidad, Miz lo había hecho porque se preocupaba por ella, puede que llegara el momento de que le dieran una oportunidad.

Miz cogió el escáner de códigos QR que iba conectado al Mac y pasó el dibujo cuadrado por el lector, el mismo que había guardado con tanto celo en el HSBC y que, una vez abierto, la llevaría al mundo de los quarks, los protones y las puertas dimensionales. Por fin podría ver la información que necesitaba. Ahí estaba la fórmula final. Todos sus años como astrofísica cuántica se veían reducidos a una simple fórmula y a un mapa de construcción.

El lector emitió una luz roja parpadeante y, al momento, en la pantalla de su Mac de veintisiete pulgadas apareció el resultado. Aquello que se había negado a ver para preservar la información se abrió ante ella como una especie de arcoíris.

Miz se sentó en la butaca y sonrió a Eon, que miraba la pantalla como si estuviera viendo unos dibujos animados.

—¿Has visto, Eon? Qué bonito es... Es como un cuadro de dibujos vectoriales. —Miró el reloj digital de su muñeca, uno que estaba entre todas las bolsas que le habían traído. Era un iWatch, un concepto de reloj único con la correa roja que todavía no había salido a la venta; y no entendía cómo ellas le habían conseguido uno—. Te toca comer, renacuajo. Y Cahal me ha dicho que, de momento, te quiten las dosis de hierro. Debes mantener una dieta baja en oxalatos para que la intoxicación remita —le dio un golpecito en la nariz—. Por supuesto, no tienes ni idea de lo que te digo, ¿verdad? No importa. Tú haz que me escuchas. —Cogió su bolso negro y metió la mano hasta sacar una bolsa con el desayuno del pequeño. Yogures, zumos de manzanas, gelatinas y unas barritas de cereales de arroz blanco.

Quería a la chica del pelo rapado. El día anterior había estado muy a gusto con la presencia de Daimhin, y ahora volvía a estar sola.

Con su fuerza, sus dones telequinésicos y su velocidad, podría construir el acelerador más rápido de lo que se imaginaba, pero un par de manos más la ayudarían a acabarlo antes.

—Buenos días, novata.

Miz se dio la vuelta y abrió los ojos con sorpresa.

—¿Daimhin?

La joven entró en la sala blanca y sonrió a Miz. Se había puesto sus Manolos, un tejano stretch y una camiseta negra de tirantes. Con la cabeza rapada y lo alta y esbelta que era, se presentaba como una adolescente inquietantemente bella.

Iba a compañada de otro guerrero alto y rubio, muy fibrado e igual de rapado que ella. Carrick. Sus ojos eran exactamente los mismos.

—Daanna me ha dicho que tu madre no te dejaba venir —Miz miró al joven con un poco de desconfianza, y él hizo lo mismo con ella.

—Mi madre ha olvidado que desde ayer soy mayor de edad. No puede prohibirme nada. Ah... Te presento a mi hermano: Carrick.

Carrick no la saludó, pero hizo un ligero movimiento de cabeza, dejándole claro que la tenía en cuenta. La mirada de ese chico era mucho más profunda y rabiosa que la de los otros, pero no era a ella a quien odiaba. Era un resentimiento hacia la vida o, incluso, hacia su propia existencia.

—Él me ha dicho que quería venir a ayudar. Y pensé que tú agradecerías la ayuda — repasó su atuendo y fijó la vista en sus zapatos rojos y tuneados—. Aunque mis padres no están muy de acuerdo con ello.

—Se preocupan por vosotros —explicó Miz conciliadora. —Por eso los queremos tanto — Daimhin no apartaba sus ojos del calzado de la científica. —No voy a molestarte —añadió Carrick—. Tú dime qué necesitas que haga y lo haré. Miz inclinó la cabeza y estudió al joven. Sabía lo que le pasaba. Eran los efectos de los traumas graves.

—¿Demasiados fantasmas, Carrick? —preguntó con suavidad.

El rapado parpadeó y arrugó el ceño.

—La novata no tiene ni un gramo de delicadeza en su lengua, ya te darás cuenta —le explicó su hermana con un gesto de su mano que restaba importancia a sus palabras—. Por eso me gusta. No te va a tratar como un lisiado ni nada de eso.

—No es mi intención parecer desagradable —Miz se defendió sin entender a qué se refería.

Carrick resopló y sonrió sin ganas.

—Bien, porque estoy de la compasión hasta la polla. Suficiente tengo con lo que cargo.

Miz lo comprendió a la perfección. Seguramente, Carrick sufrió lo mismo que Daimhin en Chapel Battery. Mucho más, y con más ensañamiento, si era el tipo de protector que indicaba la posesión que adoptaba con su hermana. Los brazos a cada lado de su cuerpo, unos centímetros más adelantado que ella, y una mirada que era un radar que detectaba bombas enemigas. Y la medía a ella, valorando si era o no era de fiar.

—Me irá bien tu ayuda, Carrick. ¿Vas a intentar matarme en algún momento? No intentarás clavarme una probeta en cuanto me dé la vuelta, ¿no?

—No eres rival para mí. Sería demasiado fácil.

Miz asintió. Una respuesta un poco ambigua, pero la aceptaría como pacto de no agresión. Mientras tanto, Daimhin sonreía al mirar las calaveras de sus zapatos. —Olvídalo — Miz se desabrochó la cremallera de la cazadora y se dio media vuelta—. No te los pienso regalar.

—¿No? Había que intentarlo —la chica chasqueó la lengua y se encogió de hombros. Seguidamente, se dirigió a darle un abrazo cariñoso a Eon—. ¿Se ha vuelto a desmayar?

—Desde que lo trató Cahal, no.

—Bien. ¿Esto es lo que tiene que comer?

—Sí.

Carrick acarició la cabeza del pequeño y Eon lo miró con curiosidad.

—Entonces, novata —dijo Daimhin—. ¿Por qué no empezáis a hacer magia con todas las piezas que tienes ahí mientras yo doy de comer al pequeño pelirrojo?

Miz sintió adoración por Daimhin. Era una joven mamá, una mujer adolescente más sabia y madura que muchas mayores de veintiséis, como ella. Y cuidaba de los demás. Le gustaba cuidar de los otros. Deseó que un día alguien la pudiera querer con la misma fuerza y atención que ella había prodigado a los demás.

—Eso mismo haré. Y aquí, la que da las órdenes soy yo, skinhead — la señaló con un dedo y se dirigió al equipo de música táctil en la pared. Miró a Carrick, a sabiendas de que el chico estaba ahí porque quería ocupar su mente con otras cosas que no fueran los recuerdos vividos en aquel infierno, y le preguntó—: ¿Cómo de alta la música, Carrick?

El vanirio la miró de reojo y contestó:

—Dale caña, novata.

Miz puso el equipo musical a toda pastilla, y el What doesn't kill you makes you stronger de Kelly Clarkson puso ritmo a su trabajo.

—Cahal, eres como una unidad electromagnética —dijo Menw asombrado por lo que decía la gota de sangre que se hallaba en el crisol de su microscopio. Se encontraban en la sala de análisis de la planta inferior del RAGNARÖK—. Las células de nuestro cuerpo son unidades electromagnéticas, y las tuyas están a un rendimiento superior, muy, muy superior a la media de los vanirios, tío. Son potenciales campos magnéticos. Los electrolitos de tu sangre trabajan a un doscientos por cien.

Caleb y Daanna los miraban con interés mientras se bebían el café de Starbucks que traían las humanas a primera hora de la mañana. Era un ritual. Muffin y café, y así los días empezaban con buen pie.

El druida se quedó mirando a su hermano. Sí, se sentía poderoso. Seguramente debido a esa alteración en su campo electromagnético. Y eso se lo daba la sangre de su pareja. Miz era su fuente de poder.

—¿Cómo te sientes? —Menw se sentó frente a él y le miró las pupilas.

—Perfecto. Excepto por lo que te dije ayer: creo que si me descontrolo o algo me pone realmente violento, podría explotar y volar todo por los aires. He estado meditando, intentando controlar esa energía interna que tengo. Me siento como Hulk.

—¿Te vas a transformar en un feo de color verde? —preguntó Daanna divertida, soplando sobre el café humeante.

—Qué graciosa —Cahal se levantó y le quitó un cacho de la Muffin de chocolate que tenía en la mano—. No deberías comer eso, hermanita mía —le dio un mordisco—. No queremos que a Aodhan lo pesen nada más nacer y en la báscula ponga «continuará».

Daanna se echó a reír y se tocó la lisa barriguita.

—No hagas caso a tu tío, cariño. Se cree tan guapo que a veces hasta se disculpa. Él le guiñó un ojo y se bebió el café de golpe. —Me voy con mi fascinante, reservada e insoportable cáraid. —¿Con... Miz? —preguntó Caleb—. ¿No había otro apodo? Cahal miró a Caleb con hastío. —Cómeme el capullo, líder. —Me parece un nombre un poco curioso —lo ignoró por completo y siguió con sus pullas—. Por cierto, lo que me recuerda, Daanna.

—¿Sí, Caleb? —dijo ella dando un sorbo al café.

—¿Dónde están «miz» gafas?

Daanna escupió el café, y Menw se partió delante de su hermano.

Cahal puso los ojos en blanco.

—No te lo tomes a mal, brathair —dijo Menw—, pero reconocerás que la chica no ha entrado con tan buen pie como para ganarse el título honorífico a «Miz Zimpatía».

Daanna se dobló sobre sí misma ahogándose en sus propias carcajadas.

—Está bien, chicos —Caleb levantó una mano y se limpió las lágrimas de la risa—. Vamos a tener un poco... un poco de... —le faltaba el aire—, de «mizericordia».

—Qué cabrón —murmuró Cahal con una sonrisa—. Que os den a los tres. Iba a salir de la sala, cuando en ese momento entraron Aileen y Noah con cara de preocupación.

Caleb siempre se tensaba cuando Aileen y el berserker de pelo platino y ojos amarillos estaban tan cerca. Él vestía con ropas de entrenamiento, y ella iba más casual. Se llevaban muy bien y eran buenos amigos, y eso era algo que Caleb tenía que tragar, aunque no le hacía ninguna gracia. Pero sabía, al final del día, que era él quien se la comía y no el chucho que la había pretendido.

El moreno de ojos verdes se acercó a su chica y le dio un beso en los labios. Ella le acarició la mejilla y saludó a todos con aquel especial carisma que tenía.

—¿Qué ha pasado? —A Caleb no le hacía falta adivinar que algo había sucedido. — Estábamos viendo las noticias antes de empezar a preparar las rutinas de hoy cuando han emitido una noticia de última hora —explicó ella.

—El banco de HSBC de Coventry ha sido asaltado hace un par de horas —narró Noah—. Ha habido varios muertos, y todas las cámaras de seguridad han acabado destrozadas. No han podido registrar nada de lo sucedido.

A Cahal le recorrió un sudor frío por la nuca y la espalda.

—Eso es imposible. No puede ser casualidad —dijo Caleb poniéndose en alerta.

—Nadie más sabía el secreto de Miz. Nadie —aseguró Cahal—. Nunca ha habido ningún problema allí; y, después de que ella nos dijera lo de su caja de seguridad, ¿hoy mismo lo desfalcan?

—¿Cómo se han enterado? —preguntó Daanna preocupada.

—¿Dónde está Miz? —Noah miró al druida. La ansiedad lo estaba recorriendo y el berserker empático sabía por qué, estaba intuyendo lo mismo que él.

—En su laboratorio. Con... —Cahal salió disparado de la sala, con el miedo en el cuerpo y una sospecha abierta sobre algún miembro del clan. ¿Quién? No lo sabía, pero había algo muy claro: el enemigo había trabajado desde dentro y todavía seguía ahí; porque nadie, excepto Menw y Daanna sabían del código QR, y ellos no habían dicho nada. Si los jotuns no habían encontrado nada en la caja de seguridad, ordenarían al traidor que sonsacara la información directamente de la fuente. Y la fuente era Miz.

—¡Vamos! —le apresuró Noah.

La astrofísica observaba el acelerador con ojos maravillados.

Su creación. Su bebé. El niño de sus ojos había tomado forma y ahora solo necesitaba que lo encendieran. Como en realidad era un acelerador de baja energía, no había necesitado mucho iridio para estabilizarlo.

Toda pieza estaba en su sitio. Los componentes de generadores, los dipolos, los multipolos, los blancos para que colisionaran las partículas, y los detectores que visualizarían

las partículas generadas en el impacto. Una construcción metódica y perfecta que hubiera necesitado meses de supervisión, pero ya no. Como vanirios, y ella en especial como vaniria superdotada, podía asegurar el éxito de un micro acelerador en un par de horas, que era lo que había necesitado para llevar su invento a cabo.

Carrick y Daimhin le habían ayudado mientras Eon jugaba con los crisoles de colores y se comía todas las barritas de cereales que encontraba a su paso.

Hacía cinco minutos que les había mandado a por café y algo comestible, pues el ejercicio, aunque trivial, les había despertado el apetito. Aunque ella estaba hambrienta desde que se había despertado, y al no beber de la vena de Cahal, los efectos de su abstinencia se pronunciaban más.

Eon se acercó a ella y la cogió de la mano, y los dos se quedaron mirando el aparato que había sobre la mesa de prácticas y análisis. Miz puso el micro acelerador en marcha.

—Fíjate —se agachó, rodeó su cinturita con un brazo y señaló el proyector del acelerador—. De ahí sale un haz de luz tan potente que impactará en ese plato de cristal —señaló el blanco—. Y, después, ese grupo de detectores, mis pequeños mini Atlas —les había puesto ese nombre en honor a uno de los detectores más conocidos construidos para la detección de partículas—, nos dirá qué es lo que se está creando. Si crea un patrón uniforme de antimateria, tendremos la solución para crear una puerta dimensional segura. —El potente haz de luz salió controlado a través del puntor del tubo acelerador, impactó sobre el blanco y creó una partícula de luz perfecta, cuya energía quedó subyugada y controlada sobre la superficie del plato—. Oh. Sí —susurró Miz, emocionada por el buen funcionamiento de su creación científica—. Oh, sí... Eso es. Fíjate —se levantó y caminó con él para mirar de cerca aquel cúmulo dorado y esférico de moléculas perceptibles compuestas por antiátomos, positrones, antiprotones y antineutrones. En definitiva, un vacío dimensional llamado antimateria que podía abrir una puerta a cualquier parte del universo conocido, siempre y cuando se dirigiera al lugar adecuado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción. En ese momento recordó su graduación y la falta que le hicieron su madre y su hermana. Recordó las horas de vida invertidas en su trabajo, todo el tiempo que ella había sacrificado por sus estudios, y reconoció que no había sido tiempo perdido. Miz O'Shanne, y no Miz Cerril, había logrado controlar la fuerza de un acelerador de partículas y había anulado la capacidad de destrucción del aparato gracias al elemento estabilizador: el iridio. Los aceleradores podían crear materia oscura y destruir la tierra. Era una gran verdad, pero si se controlaban bien y se utilizaban para descubrir otros universos, en vez de averiguar el origen de ese en el que vivían, se podría avanzar mucho más en la ciencia, en la Física Cuántica y en la historia de la humanidad, no valorándonos como única civilización, sino como una de las muchas razas planetarias que podrían existir.

Y ahora, después de todo, después de ver que su invento era fiable al cien por cien, tenía que encontrar el modo de revocar todo ese poder, de originar una fuerza contraria.

Eon se apoyó en ella y dio otro mordisco a la barrita.

—Mmm... —dijo el niño.

—Eh —exclamó sonriente secándose las lágrimas—, ¿te gusta? ¿Ya no estás tan cansado? Eon negó con la cabeza. Las compuertas de la sala se abrieron y Miz se levantó entusiasmada

para recibir a Daimhin y Carrick: —¡Mirad qué maravilla! —se calló cuando vio que no era ninguno de ellos dos quien entraba.

El individuo que tenía enfrente era un cabeza rapada adulto. Vestía con ropa de capoeira azul oscura, tenía las manos tras la espalda y sonreía de un modo que no transmitía ninguna confianza.

Eon se puso delante de Miz y le enseñó los colmillos al hombre.

Miz frunció el ceño y colocó al crío detrás de ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven.

El guerrero moreno y asiático, lleno de cicatrices y de mirada oscura clavó la vista en el acelerador.

—No puedes entrar aquí —profirió ella alarmada—. La pantalla táctil de la entrada solo reconoce a las personas con acceso permitido. Tú no eres...

—Es obvio que te equivocas —la interrumpió el guerrero con voz ártica. Cerró la compuerta y la bloqueó presionando el teclado interior de la sala.

Miz seguía los movimientos de ese hombre con creciente confusión. ¿Quién era él para modificar las claves de la compuerta? ¿Cómo sabía cómo hacerlo?

—Me llamo Goro —el guerrero se giró y la apuntó con una pistola—. Y Lucius te manda recuerdos. —La disparó. Miz cogió a Eon en brazos y se saltó de un salto a la espalda del acelerador, pero no fue lo suficientemente rápida como para que la bala no se incrustara en

su nalga. A duras penas logró quitar la fuente de energía del aparato, y el rayo de protones cesó la emisión. Lanzó un convulso alarido mientras abrazaba con fuerza a Eon y lo cubría con su cuerpo. Miró a su alrededor. Necesitaba escapar de ahí, pero no podía, la única salida estaba bloqueada. El trasero le dolía, le quemaba de dentro hacia afuera. La bala se había introducido en el músculo y actuaba como si fuera ácido.

Eon temblaba en sus brazos.

—Tiene que dolerte científica —dijo Goro, caminando a paso lento hacia ella y rodeando la mesa de prácticas—. La luz diurna de las balas te está quemando por dentro, ¿cierto? Pero te aseguro que no es nada comparado con lo que me hicieron a mí.

Miz necesitaba salvar a Eon. Ese tipo iba a matarlos a los dos, y Eon era un ser inocente. Ella tendría pecados que purgar, pero el pequeño no.

—¡Deja que se vaya el niño! —gritó hacia el techo.

—¡No! ¡No! —intentaba gritar el pequeño con la fuerza de sus diminutos pulmones. —¿El niño? —Goro dio un salto sobre la mesa y se acuclilló delante de ellos—. Ah, no... El niño se queda.

Miz le dio una patada en la cara y Goro salió propulsado hacia atrás. Se estampó contra la pared pero mientras lo hacía, apuntó de nuevo a la joven que, esta vez, buscaba un sitio mejor en el que esconderse, pero estaba vendida por completo. No había escapatoria.

—¡Eon, escóndete debajo de la mesa! —el impacto de otra bala en el estómago la hizo trastabillar y caer de espaldas al suelo. Se hizo un ovillo. La luz de las cápsulas la estaba matando y poco podía hacer para paliar la agonía. ¿También podía morir por las balas? Esa inmortalidad era un poco relativa.

Goro se detuvo frente a la pantalla del Mac y memorizó todo lo que había en el monitor.

—¿Puedo enviarle esto por correo a mi señor Lucius? —hizo crujir el cuello y se sentó en la butaca—. Él agradecerá esta información, aunque ya sabe la parte más importante. Cuando le lle...

Miz lo cogió por los hombros y lo tiró al suelo. Las heridas eran mortales, y la luz en su interior estaba causando estragos; sin embargo, no iba a morir poniéndole las cosas tan

fáciles. Le dio varios puñetazos en la cara, pero Goro se reía, como si en realidad lo estuviera acariciando.

El vanirio desequilibrado clavó los dedos en la herida de su estómago y los retorció. Ella gritó y sollozó, pero no cesó en sus golpes hasta que notó algo largo y afilado que se colaba entre sus costillas. Algo tan condenadamente cortante que la dejó sin respiración. Se desplomó en el suelo, ahogándose.

Goro tomó asiento de nuevo y prosiguió con su labor informática. Miz sentía que se le escapaba la vida. Eon la miraba bajo la mesa con los ojos como platos, asustado y en shock. No podía ser. No podía morir así.

Cahal. Cahal.

Quería verlo de nuevo. Quería que la abrazara, que la alimentara y que le hiciera experimentar el amor otra vez. Pero, si moría, no podría conseguirlo y les daría la victoria en bandeja a Lucius, Loki y sus jotuns.

La joven se centró en el acelerador. Goro seguía tecleando, abriendo el correo. Miz concentró su poder en algo que pudiera extraer y utilizar contra el traidor.

¡El blanco! El blanco era cortante y liso en su forma. Visualizó que los tornillos del soporte que lo sostenían se aflojaban hasta que el accesorio quedaba suelto.

Miz inspiró con fuerza. Goro estaba a punto de enviar el mensaje con la captura de pantalla de la lectura del código QR.

O ahora o nunca. La vaniria novata exhaló y el blanco salió disparado con una fuerza asombrosa, y rodó hasta cortar la garganta del vanirio, que se llevó las manos al cuello, y cayó de forma antinatural hacia atrás. La sangre salía a borbotones del corte horizontal.

La valiente mujer se arrastró como pudo por el suelo hasta llegar a Eon. Aunque las cámaras estaban insonorizadas, se oía la débil voz de los gritos de Daimhin y Carrick.

—¡Miz! ¡Miz! ¡Novata! —gritaban.

Miz cubrió a Eon con su cuerpo y este se hizo un ovillo con ella.

Goro se arrodilló en el suelo, con los ojos sanguinolentos abiertos como platos y la garganta completamente abierta, mirándola incrédulo, apuntándola de nuevo con la pistola de balas de luz artificial.

Miz no pensó en ella. Cubrió a Eon todo lo que pudo, para evitar que no le diera a él. — Vas a morir —dijo Goro. —Tú también —repuso ella sin poder respirar. Invocó mentalmente el plato volador asesino. Se estaba debilitando; no le quedaban muchas fuerzas. Lo que tenía en su interior la mareaba y la estaba dejando sin conciencia. Pero tomaría un último impulso. Hizo levitar el blanco hasta acabar de cortar por completo la cabeza de Goro.

¡Zasca! El tronco sin vida del infiltrado se desplomó hacia adelante.

Ella, temblorosa, besó la cabeza de Eon y observó el cuerpo sin vida del traidor. ¿Se había acabado? Cerró los ojos, pues ya no tenía fuerzas para mantenerlos abiertos. Y, entonces, las puertas de la sala se abrieron por la fuerza bruta de

cuatro manos morenas y grandes. Una de ellas con la cabeza de una serpiente en su dorso. Miz vio a Noah, el del pelo platino, mirar el cuerpo degollado de Goro; y después se encontró con la cara de Cahal a milímetros de la suya.

Todo se volvió oscuro. No pudo sentir nada más, excepto los brazos protectores de su guerrero, que los cogía a ambos y se los llevaba a morir al cielo.

—¿Miz? —Cahal la colocó sobre la camilla que había preparado Menw—. Ya estamos, cariño. Miz, escúchame.

El druida no sabía qué hacer. Su mujer seguía viva, pero el traidor le había hecho mucho daño; y si no fuera porque su cuerpo seguía descomponiéndose, él mismo se habría asegurado de cortarlo en rodajas bien finas.

—Daimhin —dijo Menw—, sosténle las piernas. La joven apoyó todo su peso sobre las rodillas de la astrofísica, cuyo cuerpo no dejaba de sangrar. —Esto te va a doler, nena. Mírame, mo dolag. Mírame —le ordenó Cahal agarrando sus muñecas por encima de su cabeza.

—Inmovilizadla bien —clamó su hermano.

—Joder, ¡ya lo estamos haciendo! —exclamó Cahal irritado, con la vena del cuello hinchada—. ¡Es mi pareja la que está sufriendo, brathair! ¡Date prisa, maldita sea! —¿Eon? —preguntó Miz entre tosidos, expectorando brotes de sangre coagulada por la luz diurna de las balas.

—Tssss... Eon está con Aileen y Ruth. Está bien, le has salvado.

—El acelerador... El ordenador... Lucius...

—Está apagado, nena. Y el correo no salió de la bandeja de salida. —Le acarició la mejilla y puso su frente contra la de ella, dándole un beso inverso en los labios.

—Lo he matado —sentenció incrédula—. Lo he...

—Oh, sí —dijo orgulloso Cahal—. Le has cortado la cabeza al topo.

—Lo hehe sentido por él. Haha sufrido mucho.

—No lo sientas —ordenó Daimhin censurándola—. Novata, no la cagues y retira lo que has dicho. Menw llamó la atención a la joven rapada, y esta se mordió la lengua y se calló. —Cahal... Ven —gruñó Miz intentando mover las piernas, lev

tando su cuerpo vanirio cada vez que hacía ese movimiento.

—¡Sostenla bien! —advirtió el sanador—. Voy a extraerle el punzón de las costillas; no quiero hacerle más daño.

—¡Ya lo hago! Pero no es fácil. ¡Es fuerte! —se quejó Daimhin poniendo todo su empeño en ayudar a Miz.

—Yo te ayudaré —Carrick apareció por detrás y apoyó sus manos sobre los muslos de la herida, deteniendo sus movimientos.

—Ven —repitió Miz a Cahal, mirándolo con los ojos entrecerrados, ajena a las discusiones que había a su alrededor. Apenas sentía su cuerpo.

—Dime, nena. —El druida se inclinó todo lo que pudo.

—Acércate más... —susurró mareada.

Él tragó saliva y colocó la oreja cerca de sus labios. Nunca hubiera imaginado que nadie en el RAGNARÖK pudiera traicionarlos. Habían querido matar a su ratita.

—Mo dolag, lo siento...

¡Ñam! Miz lo mordió en la garganta mientras él la inmovilizaba de las muñecas y Carrick y Daimhin por las piernas.

Cahal sacó toda su fuerza de voluntad para apartarse, porque nada le gustaba más que sentir sus colmillos perforando su piel, pero no era bueno permitir que bebiera en ese momento, así que se retiró y, al hacerlo, rasgó la piel del cuello.

—¿¡Por qué te alejas?! —le gritó ella con lágrimas en los ojos—. ¡Quiero beber de ti! ¡Ven aquí! ¡Quiero que me alimentes! —exigió desesperada, sin importarle si había gente presente.

—No puedes beber de mí ahora, nena —graznó Cahal como un salvaje—. Cicatrizarían tus heridas, y tenemos que extraerte las balas de luz.

Ella iba a protestar. ¿Cómo que no le podía morder? Era lo que necesitaba, no podía pensar en otra cosa. Se estaba muriendo, y su último pensamiento había sido que no iba a volver a verlo; y esa idea lacerante, la había demolido más que las heridas. Ahora quería que la esencia de Cahal recorriera su cuerpo; y necesitaba que la abrazara, no que la inmovilizara con sus manos como grilletes.

—¡Cahal, me duele! ¡Aarrgh! —curvó todo el cuerpo hacia arriba, levantándolo de la camilla de modo que incluso Carrick y Daimhin se elevaron. El alarido que desgarró su garganta se tuvo que oír en medio continente.

Menw extrajo el punzón, de unos quince centímetros y, seguidamente, se dirigió a la herida de su estómago. La bala le estaba quemando los músculos y los órganos. Introdujo dos tenazas y, con la ayuda de las herramientas, logró arrancarla. Menw aplastó la bala con el pie, y su luz se fundió.

Miz quería liberarse y que dejaran de hacerle daño, pero era imposible.

Le dieron la vuelta para extraerle la bala que se hallaba alojada en su trasero. Sabedora de que no podía hacer nada para evitar el dolor, hundió el rostro en la camilla y dejó de pelear.

—Está bien, novata —susurró Daimhin, calmándola con voz dulce—. Estás siendo muy fuerte y lo estás haciendo muy bien. Menw iba derecho a bajarle los pantalones, pero Cahal le agarró la muñeca y negó con la cabeza.

—Solo queda esta —señaló el sanador, mirándolo con comprensión.

—Yo la extraeré, brathair.

Menw y Cahal se intercambiaron las posiciones. Carrick y Daimhin continuaron sosteniendo las piernas de la científica, que no podía tenerlas quietas, ya que la bala estaba quemando toda su musculatura desde el trasero a la cadera y hacia abajo hasta el tobillo.

Cahal le bajó parte del pantalón y expuso su nalga maltratada. Apretó los dientes con rabia y profirió un juramento. —Nena, voy a ser rápido. —Le introdujo las pinzas, rasgando parte de su carne. Miz clavó las uñas en los brazos de Menw. Cerró los ojos con fuerza; mordió la sábana que cubría la camilla y la rasgó con los colmillos.

Finalmente, el druida se llevó la bala consigo, la tiró al suelo y la sangre salpicó alrededor. Después, la pisó con fuerza hasta reventarla y la diminuta luz diurna que en el interior de un cuerpo vanirio tanto daño hacía se apagó inofensiva en el exterior.

Miz desclavó las uñas de la piel del sanador y se relajó cuando se dio cuenta de que ya no había dolor. Nada la abrasaba en su interior; el suplicio, el maldito calvario había pasado. ¿Cómo una balas tan pequeñas podían ocasionar tanto daño a unos seres tan poderosos?

Cahal sonrió y le acarició el pelo.

—Porque siempre tienen que inventar algo nuevo para jodernos, mo dolag —contestó Cahal, limpiándose el sudor de la mejilla y la frente con el antebrazo. Lo pasaba tan mal

cuando Miz sufría... Él había sufrido una vez en sus manos, pero no quería que ella lo hiciera jamás. Su dolor le dolía más que el suyo propio—. Dejados solos —pidió el druida a sus compañeros.

Menw se inclinó hacia Miz y le susurró:

—Eres una serpiente valiente. Gracias por lo que has hecho hoy.

Miz se tensó al oír sus palabras, más por la sorpresa que por otra cosa. Menw McCloud le había dado las gracias. ¿Por qué? ¿Por matar a Goro? ¿Por proteger a Eon? ¿Por no dejar que la fórmu

la saliera delRAGNARÖK? Los demás podían valorar lo que ella había hecho, pero no se sentía nada bien.

Menw asintió con la cabeza y le dijo a su hermano:

—Toda tuya, brathair.

Cuando Daimhin, Carrick y el sanador se fueron de la sala de curas, Cahal acarició la espalda de su chica, que se levantaba rítmicamente, cogiendo aire con suaves pausas. Estaba agotada; tanto, que apenas podía moverse.

El druida se sacó la camiseta y la tiró al suelo. Tomó a Miz en brazos y, con su poder telequinésico, acercó una silla acolchada negra que había cerca del escritorio de la consulta, y tomó asiento con su valiente joven sobre sus rodillas.

La abrazó durante un par de silenciosos minutos que jamás habían dicho tanto. El silencio era parco en palabras, pero el lenguaje no se expresaba solo mediante vocablos. Hundió el rostro en su pelo para rozarle el lóbulo de la oreja.

—¿Me das un mordisco, banpriunnsa. Princesa? —murmuró con ternura, aunque la tensión de su cuerpo hablara de otros anhelos más primitivos.

Miz sorbía por la nariz, apoyó la mejilla en su hombro y pasó su mano manchada de sangre por el torso de Cahal. Lloraba porque ahora sabía que no quería volver a pensar en dejar de verlo. Cuando estaba en la sala, herida, creyendo que Goro iba a acabar con ella, descubrió que no quería morir.

Su proyecto, su invento, funcionaba y eso era algo que ya sabía; un escollo menos y otra medalla para su inteligencia y su ego. Pero ya no importaba.

Entonces, estaba con Eon y quería protegerlo; al crío no le podía pasar nada, no se lo perdonaría y, aun así, protegerlo no fue lo más importante.

La única verdad en esa sala era que no quería morir porque se perdería a Cahal, a ese druida vanirio que poco a poco, y debido a la intensidad de los momentos que estaban viviendo juntos, se estaba colando bajo su piel.

Cahal hacía que la ciencia no fuera lo más excitante en su vida.

Ahora empezaba a serlo él: un hombre sin fórmula, un corazón sin desentrañar. Un reto para su curiosidad y para su alma. Y aquella mañana lo había herido con sus palabras. Era cierto que su personalidad distaba mucho de ser sutil. Decía las

cosas sin ánimo de ofender, pero sin ser muy precavida. Lo peor era que quiso hacerle daño, porque él le había hecho daño a ella al haber estado con tantísimas mujeres, al ser un peligro para todo aquello que llevara faldas o tacones. Los celos la destruían y la quemaban como el fuego, pero no lo podía evitar.

Desesperada por aquel pensamiento, perdida por la conmoción al entender lo que aquello significaba, se removió contra él y hundió su nariz en aquel músculo hinchado que tenía ese hombre entre el cuello y el hombro: el trapecio. Solo los hombres en tan buena forma como su

druida podían tener aquel cuerpo y marcar ese músculo insolente con tanto orgullo.

La canela persistía; lo haría siempre. Miz lamíó el músculo de un extremo al otro y se agitó sobre su cuerpo hasta que se pudo poner a horcajadas sobre sus piernas sin dejar de hacer lo que hacía. Lo lamería siempre. Le encantaba el tacto de su piel contra su lengua.

Él clavó los ojos en el techo, asombrado. Sus pupilas brillaban, desprendían luz a través de la tenue luz de la sala. El pelo rubio de Miz cubría la expresión de su rostro, pero Cahal sabía que estaba alterada. Él la ponía en ese estado, y nada le alegraba más. El frenesí del ataque había descontrolado por completo su adrenalina, y ahora necesitaba desahogarla.

—No voy a dejarte sola nunca más, nena —aseguró poniendo una mano sobre su nuca, animándola a que lo lamiera y lo mordisqueara justo como estaba haciendo—. Muchos te quieren para ellos, pero no tienen ni idea de que tú no eres para ninguno. Solo para mí. Ahora bebe y recupérate.

Miz no esperó más. Le mordió en el cuello y bebió. Su sangre era indispensable para ella, sabrosa, reconfortante y única. La canela tenía un punto más picante debido a la ansiedad que el vanirio había pasado al verla en peligro.

Eso la contrarió y también le agradó. Cahal tenía que pasarlo tan mal por ella como ella empezaba a pasarlo por él, sino no sería equitativo. No sería justo.

Le sostuvo el cráneo rubio y rapado y le echó el cuello más hacia atrás. Se contoneó sobre él, meciéndose contra su entrepierna, deseosa de que él la hiciera suya. Era la unión más completa: sangre y sexo. No obstante, tenían demasiado ropa por delante para alcanzar lo segundo.

Nunca te lo he dicho, pero me encantaba tu pelo largo, druidh.

Él gimió ante el mensaje telepático, le abrió más las piernas con las suyas, le puso las manos en las nalgas, y empujó hacia arriba para rozarse contra su entrepierna.

—Joder, Miz —ronroneó bajándole los tirantes de la camiseta negra, cuyo mensaje frontal estampado en dorado decía: «Cedo mi cuerpo a la ciencia». Pero la o de cuerpo y la primera e de ciencia estaban agujereadas por las balas y el punzón. Con un gruñido, tiró de la camiseta y se llevó con ella los tirantes del sostén y también las copas. La piel blanca de sus pechos se había teñido de rojo, recuerdo de las heridas sufridas que ahora, gracias a su sangre, cicatrizaban rápidamente. Heridas de guerrera, pensó él con orgullo. No podía hacerle el amor ahí, pero quería, quería...

Miz siguió bebiendo hasta que se le pasó el miedo, hasta que el calor de Cahal llegó hasta ella. Fue consciente del pene grueso que se hinchaba cada vez más bajo el roce de su entrepierna y, también, del olor corporal de ambos, el que exudaban sus cuerpos cuando querían aparearse como animales. Como la noche anterior.

Pero nada parecía suficiente, ella no tendría suficiente. Necesitaba más. ¿El qué? No lo sabía, pero desde luego era mucho más. Desclavó los colmillos y recostó la frente en su hombro, sacudiéndose encima de él, buscando el contacto en ese punto que le haría ver las estrellas.

—Quiero hacerlo —gimoteó soltando las riendas de su control—. Necesito hacerlo contigo.

Claro que necesitaba hacerlo. Un segundo más y Goro podría haber cortado la cabeza de Miz. Una décima más y él habría perdido a la persona más importante en su vida. Maldita sea, ese pensamiento lo estaba matando.

Cahal se incorporó un poco y la colocó sobre sus piernas de modo que ella pudiera apoyar la parte trasera de sus rodillas sobre sus hombros, y su espalda sobre sus fuertes muslos.

Coló los dedos en la cinturilla de los pantalones y se los deslizó hasta las rodillas, llevándose las braguitas negras con topitos blancos en ese movimiento.

Miz le lanzó una mirada lánguida y se pasó la lengua por el labio superior y luego por el inferior.

—¿Quieres que te pruebe aquí? —preguntó él, deslizando lentamente el dedo índice por su raja suave y lisa. Ya estaba húmeda para recibirlo.

Ella entreabrió los labios, mostrando sus colmillos. Sus pestañas aletearon ante la repetitiva caricia y tragó saliva.

—Sí.

—¿Te lo han hecho alguna vez? ¿Te han lamido?

—Sabes que no.

Él sonrió con malicia y llevó la otra mano, que no estaba tocando su sexo, al pecho derecho de Miz. Le pasó el pulgar por el pezón, que se irguió sensible a su roce.

—¿Cahal?

Él ni siquiera sabía lo que estaba haciendo, pero le tapó la boca con la mano porque oír su voz lo enloquecía; y necesitaba mantener el control para no poseerla ahí mismo. Ella abrió los ojos sorprendida y, entonces, sintió algo que la ensanchaba por dentro. Cahal metió tres dedos enteros en su interior hasta

los nudillos, observando en todo momento cómo su sexo se abría, se sonrojaba y se estiraba por lo que él le hacía.

La joven movía la cabeza hacia un lado y hacia otro, pero no podía oír sus propios gritos porque su mano se lo impedía; y eso la excitaba, la ponía frenética.

Cahal sabía quién era Miz, sabía lo que ella necesitaba; pero a la ratita todavía le faltaba dar un paso para llegar a su plena conciencia sexual, para conocer sus verdaderos gustos en la cama. Si el destino se lo permitía, él se los enseñaría todos.

Amar a una mujer era una sensación poderosa; porque saber que Miz dejaba que él le diera placer le llenaba de poder y de humildad. Introdujo los dedos más profundamente y observó como su clítoris se hinchaba y salía a saludarlo. Entonces empezó a rotar los dedos, a sacarlos y a meterlos como haría con su miembro, pero no tan profundamente y, después inclinó la cabeza y, sin pedir permiso a nadie, lamió el clítoris perezosamente, impregnando su lengua y su paladar del inconfundible sabor de su mujer. No se lo haría como él sabía, pero le daría lo suficiente para que la próxima vez le pidiera más.

Ella tenía los ojos vidriosos. Movié las caderas arriba y abajo y dejó caer los brazos para sostenerse en los gemelos del druida, cuyas botas negras y desabrochadas los cubrían parcialmente. La imagen, llena de decadencia y abandono, bien podría haber sido la de una película porno. Pero ahí había más que sexo, y ambos eran conscientes de los símiles y las diferencias entre una cosa y la otra.

Cahal curvó los dedos en su interior, dio un último y suave lametazo al clítoris y frotó el punto G de Miz, que cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás hasta que su pelo largo y rubio cayó como una cascada sobre el suelo, y gimió abriendo las aletas de la nariz.

El orgasmo fue infinito. Una oleada de placer que pasó por su entrepierna y llegó hasta sus pechos, palpitando a cada espasmo y creando pequeños epicentros por todo su cuerpo.

Una sensación pura, loca de libertad y gusto supremo, igual que la extraña y dependiente relación empática que se gestaba entre ellos a cada minuto que pasaba.

Y esa sensación era, definitivamente, lo contrario a la muerte que ambos habrían

encontrado si Goro hubiera acabado con la vida de Miz.

Todavía le temblaban las piernas.

Miz salía de las duchas de las instalaciones del RAGNARÖK y se secaba el pelo con una toalla oscura. Cahal la había llevado hasta allí para que ella misma se aseara y se sintiera más cómoda. Mientras reordenaba sus ideas, sabía que estaban recogiendo su sala de trabajo; que había un grupo del clan limpiando los suelos, las paredes y la mesa de las salpicaduras de sangre. También había oído, por boca de Cahal, que Adam y Noah iban a salir a Coventry para investigar sobre el paradero de aquellos que destrozaron el banco HSBC.

Lucius buscaba su fórmula porque no quería perder tiempo en descifrarla y, al no hallarla, decidieron arrojar al traidor para que él mismo solventara el problema.

Malhumorada por la falta de respeto y consideración hacia su persona y su labor, se colocó una camiseta blanca que Daimhin le había traído, un par de tejanos azules oscuros y se sentó en la banqueta de madera para calzarse sus preciados zapatos rojos tuneados con calaveras.

Estaba sola en las duchas; los compartimentos eran individuales, cubiertos por cristales opacos, pero luego había una zona común con banquetas de madera, varios lavamanos, espejos, secadores y botiquines. Como si se tratara de los vestuarios de un gimnasio de lujo.

Pero ni siquiera el RAGNARÖK era tan seguro como parecía. La habían intentado matar, rodeada de guerreros que debían protegerla y, aun así, habían burlado su seguridad desde dentro, infiltrando a un traidor.

Se pasó las manos por el pelo húmedo y clavó su vista verde y amarilla en el espejo.

Habría movimiento en el clan.

Ahora, todos sabían que Lucius conocía lo del iridio; y aunque Goro no había logrado enviar la fórmula final, Newscientists tenía buenos científicos que tardarían poco en resolver la ecuación y utilizar la cantidad necesaria de iridio puro para estabilizar el acelerador. Y, si sabían eso, abrirían una puerta en cualquier lugar y todo el trabajo se iría a la mierda.

—¿Te encuentras mejor? —Cahal entró en el vestidor y se paró tras ella. El druida le alzó la barbilla, ahora mucho más sereno que cuando le había puesto las manos encima en la sala de curas. Más controlado, sin duda.

Ella asintió y lo miró fijamente a través del cristal. Él no había bebido de ella, no lo había hecho. Ella, en cambio, sí. Y mucho además. Se fijó en que Cahal tenía los nudillos ensangrentados y le agarró los dedos para inspeccionarlos.

—¿Qué has hecho? ¿Qué te ha pasado? —preguntó preocupada. El druida miró hacia otro lado, como un niño al que había pillado con las manos en la masa.

Miz pasó el pulgar por las rascadas, dirigió sus labios a las heridas y las lamió con cuidado y pericia, esperando a que estas se cerraran ante su caricia. No pensó en lo que hacía; solo sintió que debía de hacerlo, porque Cahal cuidaba de ella, y ella también quería cuidar de él.

—¿Con quién te has peleado?

—Con la pared del gimnasio —explicó, encogiéndose de hombros.

Miz agitó la cabeza sin comprender la contestación.

—¿Por qué?

—Me he imaginado que era Goro. Necesitaba descargar la furia que siento adentro, Miz. Me... Me está matando —gruñó desesperado—. Ese hijo de puta estaba aquí, esperando el momento para... Para engañarnos y hacerte daño. Odio no haberme dado cuenta.

El rostro de la joven se suavizó. Por Dios, ¿porqué era así con ella? ¿Por qué se sentía

tan responsable de todo lo que le sucediera? Y, ¿por qué le gustaba tantísimo saber que eso era así?

—No lo puedes saber todo, druida. No lo puedes controlar todo.

—Sí. Debería. Debería hacerlo por ti.

La científica inclinó la cabeza a un lado y, todavía con los dedos entre los suyos, le dio un beso en el dorso de la mano. —¿Eres así de verdad? ¿No es una pantomima para alelarme? —preguntó más para sí misma que para él.

Cahal no comprendió la pregunta y arrugó el entrecejo.

—Eres dulce, Cahal —era un rompecabezas para ella—. Me dejas perdida.

—Y una polla soy dulce. Soy un cabrón egoísta, y deberías saberlo.

—No —replicó Miz, conmocionada por la preocupación en los ojos del druida. Hacía un momento le había regalado un orgasmo maravilloso y la había alimentado. Y después de ocuparse de sus necesidades, se encargó de su propia frustración golpeando la pared del gimnasio hasta abrirse la carne. Era único y adorable; y Miz caía y caía en un pozo profundo de sentimientos hacia él, a una velocidad que podía matarla. No. Ya estaba en el pozo—. Esta mañana no quise decirte lo que te dije...

—Oh, sí que quisiste. Pero es normal que pienses así. Estás asustada y te cuesta creer en los demás.

Miz asumió la veracidad de lo que decía Cahal. Tenía razón.

—¿Te encuentras mejor ahora? ¿Le has dado su merecido a la pared?

Cahal resopló y negó con la cabeza.

—No. Siento que voy a estallar... Mi hermano me ha dicho que soy como una especie de condensador. Algo está pasando en mi sangre y en mi cuerpo. No sé lo que es. Pero pasa algo y está todo relacionado contigo. Con tu sangre.

Ella le acarició el surco de la barbilla y se puso de puntillas hasta casi alcanzar la misma altura de sus ojos.

—¿Te molesta? —alzó una ceja con diversión.

—No. Pero es una sensación extraña. Es como si tuviera más poder del que estoy dispuesto a asimilar.

Ella pensó en sus palabras. Cahal era un druida; su poder y su magia eran indivisibles de su persona. Pero, por algún motivo, su nueva energía lo sobrepasaba. Igual que la sobrepasaba a ella el tenerlo delante, verlo tan hermoso, turbado e intranquilo por ella.

—Druidh.

—¿Sí?

—¿No tienes sed? Antes no... No has bebido.

Él le levantó la barbilla, le puso el pelo rubio detrás de su oreja y le acarició el pómulo con el pulgar.

—No te preocupes por mí. Hoy no he sido yo el que ha luchado, sino tú. Y me honra poder alimentarte. Pero no puedo beber de ti ahora. No aquí.

Miz estaba sensible y susceptible; y no sabía controlarse.

—¿Por qué me rechazas otra vez? No lo comprendo... —rezongó cabizbaja, empujándolo y apartándolo de ella.

Cahal la rodeó por la espalda y la inmovilizó para contestarle al oído.

—Ata en corto a esa fiera vaniria, Miz, porque tiene muchísimo

carácter. Ella ya lo empezaba a adivinar, pero le gustaba que saliera. Su nueva esencia

estaba ahí, dispuesta a dejar sentado a todo el que la desafiara. —Si no me vas a dar lo que quiero, deja de provocarme —contestó arisca—. ¡Y deja de oler así!

—¿Cómo? ¿A canela? —El río por lo bajini—. Me gustas tanto, rubia... Me encanta tu honestidad y lo franca que eres. Dices las cosas como las sientes; y no maquillas nada, no hay filtros. ¿Me preguntas por qué no bebo de ti? —pasó la lengua por su garganta—. Porque no me fío de mí mismo, Miz. En cuanto te muerda voy a querer algo más, y no puedo hacerlo aquí.

Y a ella le honraría que él la mordiera, que se lo hiciera ahí en «modo descontrolado»; pero aunque a la fiera y a su parte sexual no le gustaba ese control, su parte racional entendía que había cosas más importantes en las que pensar.

—No hay nada más importante para mí que tú y tus necesidades. Nada, Miz —giró su cara de hada entre sus manos y la besó en la comisura del labio—. Pero no quiero acostarme con mi cáraid aquí. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó con voz débil.

—Porque tu olor es mío —sus ojos azules se aclararon y la desafiaron a que lo negara—. De nadie más. Y tus gemidos también son míos. De nadie más. No estoy dispuesto a compartírselos con otros.

Ella exhaló más descansada al oír eso. Su lado perverso, ese que no sabía que tenía, la fiera atrevida y sensual que moraba en su interior se levantó para husmear con el hocico y se relamió, esperando el momento para atacar.

—Y además tenemos que salvar el mundo —añadió ella para quitarle intensidad a sus palabras. —Salvaremos el mundo mientras esté en nuestras manos. Pero entre el mundo y tú, te aseguro que te elijo a ti. Ella no supo qué contestar. La fuerza de sus emociones se aglutió en

su garganta.

—Mi Huesitos —la abrazó, cubriéndola compasivamente con sus enormes brazos—. Me vuelves loco. Es demasiado para ti, pero eres fuerte y lo estás asimilando todo muy bien —le dijo al oído—. Cuando por fin comprendas que nadie va a quererte y cuidarte como yo quiero hacerlo, podrás rendirte y entregarte a mí como en realidad deseas. Vamos avanzando como las hormiguitas, ¿verdad, nena?

—No me gusta que me hables como si fuera una niña pequeña.

—Eres mi niña pequeña y quiero tratarte como nadie lo ha hecho — la besó en la otra comisura—. Como a mí me dé la gana. Entrégate a mí, Miz. Hazlo de verdad y podremos luchar juntos sin tener que pelear contra lo que despertamos el uno en el otro. Pero hazlo, porque no tengo paciencia —la amenazó suavemente.

Ella no contestó y se apartó sutilmente. ¿Rendirse? ¿Es que no lo había hecho todavía?

—¿Estás preparada para venir conmigo? —preguntó.

—¿Adónde?

—Vamos a preparar una ofensiva; y tenemos que hablarlo entre todos. Quieren que estés ahí. —¿Yo? ¿Por qué? —preguntó confusa. —Porque ahora eres de los nuestros. Porque hoy te has ganado el respeto del clan.

Ella no quería el respeto de nadie. Solo que dejaran de señalarla con el dedo y de juzgarla. Si la actitud hacia ella cambiaba, lo agradecería. Pero tampoco buscaba la aprobación de los demás ni el caer bien.

—Quiero ver a Eon antes —repuso seria. Eon la había intentado proteger en cuanto Goro entró a la sala, y solo tenía tres años. La aceptación de los demás podía esperar.

—Él estará ahí. No ha dejado de llorar desde que lo apartamos de tus brazos. Tiene unos pulmones increíbles. Ruth y Aileen han considerado que, por el bien de sus tímpanos, es mejor que tú te hagas cargo de él. Así se tranquilizará.

Miz bajó la cabeza y sonrió con sutileza. ¿Ruth y Aileen habían pensado eso? ¿Tan pronto habían olvidado que ella era como una versión femenina de Loki?

—Está bien.

—¿Seguro?

—Sí.

Cahal entrelazó los dedos con ella y la llevó de la mano por todo el local, sacando pecho como si fuera un trofeo, presumiendo de cáraid. Los guerreros estaban alterados y más de uno se había quedado muy afectado al saber que Goro había decidido pasarse al bando equivocado. Él había sido un guerrero maltratado, un cabeza rapada; y aunque muchos estaban quebrados en el alma, la palabra y el honor en ellos seguían intactos. Por eso lamentaban la actitud del fallecido vanirio.

Los guerreros jóvenes y adultos miraban a Miz entre sorprendidos y cautos; pero ya no había nada de recelo. La científica había protegido con uñas y dientes a uno de los suyos y, además, había evitado que Goro tuviera éxito en su misión. Y lo había hecho sola, sin poder reclamar la ayuda de nadie.

—No me gusta que me miren —dijo en voz baja, con las mejillas sonrojadas—. Me da vergüenza. —No te miran. Te admiran, que es diferente —le apretó los dedos de un modo reconfortante y sonrió—. Vamos, banpriunnsa.

La sala en la que les esperaban Caleb, As, María, Aileen, Ruth y Beatha parecía más bien una sala de cóctel. Pero le gustó ese aspecto desenfadado, porque era mucho más relajante que la sala del Consejo en la que se le había juzgado y donde Cahal le había dado el mordisco de gracia para transformarla.

Las paredes eran de piedra natural, propia del interior de la tierra. Las luces azuladas y naranjas los iluminaban desde el suelo hacia arriba. Las mesas eran blancas y los sillones de piel fina y blanca estaban acolchados por si alguien quería estirarse y tomarse un descanso.

Las humanas traían bebidas en una bandeja plateada y seguían sonriendo a Cahal y a todo guerrero que se moviera. Miz lanzó una mirada fulminante a la que tenía el lunar en la barbilla, sin duda, la más descarada; y esta, ni corta ni perezosa, le dirigió una sonrisa maligna y se alejó con la zafata vacía.

Eres increíblemente celosa. Ronroneó Cahal.

No soy celosa. Soy detectora de zorras.

Cahal se echó a reír y retiró una silla caballerosamente para que tomara asiento.

Todos la miraron y ella no supo dónde meterse. Odiaba esas inspecciones, pero no tenía nada que ocultar, así que no bajó la cabeza en ningún momento.

—Gracias, Miz —Caleb le hizo una reverencia con la cabeza—. Con tu acción de hoy te has ganado todos los ceros de más que me pedías.

Ella lo miró a su vez, sin saber si sonreír o no.

—Lo que he hecho hoy podría incluirse como un extra en la paga doble. No está incluido en el sueldo. Caleb se rio y la astrofísica quedó noqueada. Madre mía, ese hombre era arrebatador cuando sonreía.

—No intentes sacarle ni una libra más —intervino Ruth con un tono mucho más afable del que había utilizado anteriormente para dirigirse a ella—. Es un tacaño.

Aileen se cruzó de brazos.

—Ya estamos.

Beatha no apartaba sus ojos marrones de Miz. Pero no había prejuicio en su actitud, ni tampoco acritud; esta vez había interés y curiosidad.

—En serio —continuó Caleb—. Agradecemos que protegieras a Eon y que hicieras lo posible por salvaguardar esa fórmula tan preciada que tienes en tu poder.

—No creo que sirva de mucho ya—confesó ella—. De algún modo Lucius ya sabe lo del iridio. No sé cómo lo han averiguado...

Caleb sacó un diminuto micro y lo dejó encima de la mesa.

—Estaba en tu sala, en la base de uno de tus microscopios. Tiene un alcance muy grande y registraba todo lo que decías. Al saber que Goro era el topo de Lucius hemos rebuscado entre sus cosas y hemos dado con esto otro. —Mostró un pequeño receptor grabador de ondas y lo dejó al lado del micro—. Goro tenía acceso a todo lo que se decía ahí.

Miz miró a Cahal alarmada. —Pero si Goro tenía acceso a todo, puede que también le dijera a Lucius la ubicación del RAGNARÖK y cómo llegar hasta vosotros.

—No, no es posible —explicó As—. Somos conscientes de lo que puede llegar a ocasionar el maltrato en un guerrero, y no podíamos arriesgarnos a insertarlos en el clan de nuevo tan abiertamente. Los trasladamos desde el helicóptero a un autocar con cristales tintados y desde ahí los llevamos al RAGNARÖK sin que supieran en ningún momento donde estaban. Temíamos que algo así pudiera pasar; aunque no pensamos que después de todo lo que les habían hecho, uno de los nuestros se pasara al bando de Loki; pero era una posibilidad. Les hicimos tests previos para comprobar su verdadero estado mental y, al margen de los traumas que puedan tener, no había nada por lo que sospechar. Goro, simplemente, nos engañó.

—Pero no lo entiendo... ¿No los registrasteis al recogerlos del helicóptero? ¿No visteis el microtransmisor ni el receptor?

—Esos microtransmisores son nuestros —explicó el líder berserker—. Los tenemos en la sala de armas. Les estamos enseñando a cómo funcionar. Muchos de estos guerreros tienen que empezar de cero, sobre todo los más jóvenes. Nosotros los formamos. Goro ayudó a colocar todas las pantallas táctiles de acceso en casi todas las salas.

—Incluida la mía —entendió Miz. Por eso el vanirio había sabido entrar. Él mismo se había registrado para que tuviera acceso directo a su sala.

—Sí, nena —afirmó Cahal poniéndole una mano sobre la rodilla—. Aprovechó y colocó el transmisor. Sentimos no habernos dado cuenta de ello.

—Yo también. Pero, ¿cómo ha podido Goro comunicarse con el exterior? ¿Cómo pudo transmitir lo del HSBC y lo del iridio?

—Los clanes pensaron que sería buena idea que los guerreros volvieran a interactuar con el ambiente —dijo Cahal—. Y han empezado a salir con guías desde hace tres noches, fuera de la Black Country. Los ordenadores están preparados para que no se emita ningún tipo de información saliente. No se pueden mandar correos, ni conectarse con cuentas a páginas de Internet, ni nada de eso. El foro es lo único que permanece abierto. Pero entre las posesiones del traidor hemos hallado este móvil —dejó una Blackberry negra sobre la mesa—. Es de un humano. No sabemos qué haría con él, pero se quedó con su teléfono. En su registro de llamadas salientes hay solo dos llamadas: una antes de ayer, después de tu juicio, y otra ayer

por la noche, cuando salimos de aquí en la dirección Coventry. Todo cuadra. Por eso nos atacaron en Dudley y, por esa misma razón, hoy de madrugada han atracado el HSBC. Han seguido nuestros pasos.

Miz apretó los dedos de las manos, y Cahal le acarició el dorso con el pulgar para que se relajase. Ya no podían arreglar lo que había pasado, ni tampoco cometer los mismo errores.

—¿Habéis localizado el teléfono? ¿De dónde es? Es Lucius quien está al otro lado de la línea —afirmó convencida—. Si lo registráis...

—Ya lo hemos hecho, nena —contestó Cahal—. La llamada se hizo a Escocia; esa era la ubicación del teléfono al que llamó. Ahora ya no lo podemos localizar porque está fuera de servicio. Han extraído la tarjeta y se han deshecho del móvil.

—No podemos hacer más por el momento. Daanna y Menw están introduciendo anclajes mentales en los chicos, para que esto no vuelva a suceder —Caleb apoyó los codos y se inclinó hacia adelante—. No queremos más enemigos en casa. No obstante, nos hemos deshecho de un traidor y, a cambio, hemos ganado un aliado —la miró con orgullo y reconocimiento—. ¿Eres de los nuestros, científica?

La pregunta trivial más importante que le habían hecho en su vida.

¿Era una vaniria? Sí.

¿Trabajaba con ellos? Sí.

¿Le caían bien? Asombrosamente, y aunque todavía había algunas diferencias, la respuesta era afirmativa. Entonces, ¿se quedaba en ese bando? ¿Con el druida y aquella locura inencontrable que sucedía cada vez que estaban solos? ¡Sí!

¿Se arrepentiría? ¡Sí!

Pero ya estaba hecho, así que echó los hombros hacia atrás y con serenidad respondió:

—Lo único que sé es que nunca he formado parte de los otros. Y si estar contra ellos es estar a vuestro favor, entonces sí: estoy de vuestra parte.

Cahal sonrió y tuvo unas ganas locas de besarla delante de todos, pero en vez de eso, miró a Ruth y le guiñó un ojo. Y Ruth se echó a reír feliz por él. Cahal necesitaba a alguien íntegro a su lado; y la Cazadora, aunque nunca había conocido a ninguna mujer con la personalidad de la científica, sabía que Miz O' Shanne tenía un par de huevos y no era fácil de doblegar.

—Miz, ¿funcionó tu microacelerador? —preguntó As, siempre haciendo preguntas directas y sin rodeos. —Sí. Perfectamente —contestó Miz, todavía ofuscada por los errores cometidos y por la decisión que acababa de tomar. —La pregunta es: ¿pueden construir un acelerador y abrir una puerta permanente? —Formuló la pregunta mejor.

—Si dan con la cantidad de iridionecesariasí—contestósinmás—. Y lo harán. O serían muy estúpidos si no lo logran. El dibujo de Liam indica que el vórtice más activo ahora es el de Inglaterra. La energía electromagnética así lo indica. Cuando llegue a su punto álgido, si tienen el iridio disponible, podrían abrirla sin problemas. Pero tienen que encontrar cuál es la ubicación real del vórtice.

—Vaya... eres un genio de verdad —dijo la Cazadora con admiración.

Miz no contestó. No hacía falta. Era obvio.

—Y necesitan iridio puro y mucha cantidad. Lo que me has facilitado hoy es algo irrisorio para la cantidad de metal que a ellos les hará falta. Lo mejor es que dudo que puedan conseguir el material en tan poco tiempo; eso es algo que cuenta a nuestro favor. Lo más probable es que el centro electromagnético no tarde en activarse; y dudo que tengan el metal

necesario para entonces.

—El iridio que te facilité lo extraímos de las bujías de los coches — explicó Caleb.

Miz sonrió y arqueó una perfecta ceja rubia.

—Muy ocurrente. Aunque para un acelerador de ese calibre necesitaréis extraer el iridio de, al menos, cien mil bujías. Seguro que hay fábricas de extracción en Inglaterra... Actúan bajo encargo pero, aun así, necesitan tiempo para purificarlo. Sea como sea, si Lucius pretende aprovecharse de este vórtice que se está abriendo en Inglaterra, es porque tiene pensado conseguir el iridio. Podría haber demorado su ataque contra mí. Pero les corre prisa y no quiere margen de error. Por eso quería asegurarse la fórmula. Se enteró de lo del iridio ayer por la noche. No podrá conseguirlo tan rápidamente, y menos purificado. El vórtice se activará totalmente antes de que ellos puedan conseguir el metal. A no ser, como ya he dicho, que Lucius haya encontrado el modo de dar con él.

—Iridio puro... Un momento... —Aileen se levantó y abrió los ojos como platos—. ¡Un momento! ¡Por Dios! ¿Cómo no he pensado en esto antes? ¿Sabéis quién es Christian Bolsöm?

Todos la miraron extrañados. ¿De qué hablaba la híbrida? —No os lo vais a creer pero... Es un diseñador noruego de esculturas —explicó, mirándolos como si fueran unos ignorantes. —¿Y qué, nena? —preguntó Ruth atuzando su pelo caoba con las manos—. Habla rápido o calla para siempre.

—Esta noche se preestrena en el cine IMAX de Londres la película de Los vengadores. Christian Bolsöm ha decidido participar en el evento legando una estatua que represente a Iron Man y que se convierta de modo perpetuo en el guardián de la plaza de la calle Waterloo en Lambeth. La cede a Londres permanentemente.

—¿En serio? —preguntó Miz emocionada—. Me gustan los Vengadores —los héroes de Marvel. Sus héroes—. Pero no entiendo qué tiene que ver con esto.

—Yo ya sabía lo de la fiesta de Marvel —asintió Ruth.

—La cuestión —continuó la híbrida— es que Christian Bolsöm hace sus estatuas con una mezcla de... ¡Osmio e iridio! Dicen que la estatua medirá varios metros de altura —Aileen se cruzó de brazos con orgullo y sonrió con sus ojos lilas haciendo chiribitas—. Tienen pensado hacer una exposición espectacular. Como es la película de LosVengadores, Marvel organiza una fiesta temática cuya premisa principal es ir caracterizado de uno de sus personajes de Marvel.

Caleb y As se miraron y parpadearon incrédulos. Aileen acababa de darles la primera pista sobre el paradero de Lucius.

—¿Acaso no leéis los periódicos? —les recriminó.

—Pues mira, precisamente hoy no nos ha dado tiempo —contestó Beatha, fijándose en los zapatos rojos de Miz. Sabía que le había regalado unos negros y espectaculares a su hija Daimhin. ¿Debería darle las gracias? —Es una Landin, mi nieta, ¿qué esperabas? —apuntó As iluminado

de ego.

Caleb la acercó a él y le dio un rápido y duro beso en los labios.

—Es una McKenna. Hermosa y lista. No se puede pedir más.

—Hay para todos —contestó Aileen, poniendo paz y aceptando el beso de su macho.

—¿Esta noche nos vamos de carnaval? —Preguntó Cahal, excitado. Necesitaba acción. Le urgía una buena pelea en la que poder sacar toda la ansiedad que había sentido esos días.

—Esta noche —prometió Caleb— vamos a robar a Iron Man para que Lucius no lo haga. Seguro que ellos también se han percatado de la noticia. Les corre prisa por encender el acelerador antes de que el vórtice se active y se apague; y no vamos a ponerles las «piezas» fáciles.

—¿Hay algún modo de contrarrestar la energía del acelerador? — preguntó As—. Si dan con el iridio y deciden abrir un portal en algún sitio, ¿cómo podemos detenerlos?

Miz movió los labios de un lado al otro y pensó en la respuesta más aclaratoria:

—No lo sé. Llevo un par de días pensando en ello, y creo que puede haber un modo pero... No estoy segura. La puerta dimensional es una escalera al cielo creada de antimateria, formada por antiátomos que, en vez de estar cargados por electrones negativos y protones positivos, los hallamos al revés. Si la misma cantidad de materia y antimateria colisionan, se produce un fenómeno de aniquilación y crearía unos rayos gama que se convertirían en la llave para abrir esos mundosparalelos. El haz del acelerador debe impactar contra el vértiz o la matriz de un campo cargado de energía electromagnética. Por eso Lucius y Hummus trasladan los aceleradores a esos cónclaves de la Tierra activos; pero no los pueden escoger al azar. Lo llevaron a Colorado porque entonces era el campo más fuerte despierto y lo hicieron impactar sobre su superficie, o sobre la fuente de energía. Cuando el haz y la superficie colisionan se abre una puerta dimensional al universo, pero, ¿qué se puede hacer para cerrarla? ¿Qué se puede hacer para invertir la energía de la antimateria? Supongo que cargar el ambiente de protones y electrones con su carga adecuada; pero para eso se necesitaría una energía descomunal. Y esa energía podría tener los efectos de una supernova. Si la ponen en marcha en el vórtice de Inglaterra mientras el acelerador está en plena colisión, podría arrasar con todo Londres.

La verdad era que Miz tenía el don de explicar las cosas con sencillez para que todo el mundo pudiera entenderla, pero no dejaba de ser fascinante lo fácil que le resultaba hablar de temas que la humanidad tenía casi vetados.

—Hablaré con Adam —decidió As—. Liam y Nora nos tienen que echar una mano en esto cuanto antes. Tenemos que adelantarnos a sus movimientos y cogerlos desprevenidos; y el pequeño sobrino de Adam nos puede ayudar con ello. Si sabemos cuál es el punto más activo de Inglaterra, también sabremos hacia donde se dirigirán.

María entró en la sala con Eon cogido de la mano. La mujer lo miraba con cara de adoración y sorpresa. El pequeño tenía el rostro lleno de churretones y los ojos azules enrojecidos de llorar.

Cuando vio a Miz, se soltó de la mano de María y, corriendo con sus pequeñas piernas cortas, se dirigió hacia ella y hacia Cahal. Miz abrió los brazos y lo estrechó con fuerza, al tiempo que Cahal le acariciaba la cabeza.

—No sé lo que le has dado al pequeño —confesó María hablándole con respeto—, pero Eon no puede vivir sin ti. —Ha sido un mar de lágrimas desde que le sacaron de tu sala — explicó Ruth, enternecida por la imagen. Miz escuchaba a todos pero solo prestaba atención al diminuto vanirio al que decían que había salvado la vida. —Solo necesita cariño. Es un niño muy bueno —contestó besándolo en la coronilla—. Y está mejorándose, ¿verdad?

Eon asintió con la cara hundida en el pecho de Miz.

Ruth y Aileen se miraron de reojo, comunicándose con el pensamiento, y María se sentó al lado de la científica, estudiándola con su característica madurez y viendo mucho más allá de lo que la joven quería mostrar.

Eon alargó la mano y la puso sobre la de Cahal, levantando la mirada y sonriéndole con complicidad. El druida se extrañó al ver ese gesto, pero su pecho se llenó de luz y de comprensión. Una imagen valía más que mil palabras. Todo. Todo lo que podía desear, aquello que le emocionaba y le hacía sentir bien, lo que su alma y su cuerpo necesitaban, estaba frente a

él bajo la forma de una mujer rubia y un niño de cabeza afeitada y pelirrojo.

Abrió y cerró los dedos de las manos, que volvían a arderle y a quemarle sin remisión. Desde que había visto a Miz ensangrentada, no se había podido quitar esa sensación de encima. Ni siquiera ahora que estaba a salvo.

¿Qué mierda le pasaba? ¿Tan jodido y sufrido era tener una cáraid?

No. Iba más allá de eso. Algo sucedía con su cuerpo y todavía no sabía de qué se trataba. Abrió y cerró los ojos porque su visión se tornaba borrosa de nuevo.

Todos tenían ese halo alrededor, como si se desdoblaran.

En ese momento entró Daimhin, con su katana a la espalda y Daanna y Menw detrás, que ya habían acabado de realizar anclajes mentales en los guerreros y de asegurar que no había ni uno más como Goro; y lo que Cahal vio le dejó anonadado. Daimhin tenía un halo alrededor de la cabeza, como algo dorado y largo. Y Daanna emitía una increíble luz a la altura del vientre y un doble halo más potente que el de los demás.

Y entonces, sorprendido, empezó a comprender lo que le estaba sucediendo.

Aquello que de humano solo podía adivinar e intuir, ahora, gracias a la sangre de Miz, también podía verlo con los ojos físicos. El vanirio druida había despertado finalmente.

Se frotó los párpados, obligándose a concentrarse y a aceptar aquel don, y esperó a que la sensación de mareo desapareciera y deseó que no siempre viera su mundo bajo aquel nuevo prisma, porque de lo contrario, menuda putada sería.

—Esta vez nos toca mover a nosotros —Caleb observó a As—. Debemos avisar a las patrullas y prepararnos para estar en unas horas en Waterloo Road. Esta noche nos encontraremos cara a cara con Lucius y ese cabrón no puede salir vivo de ahí.

—Bien —As sonrió a su kone María y le ofreció la mano para que le acompañara—. Llévame con Liam y Nora, amore.

XVI

El día en el RAGNARÖK se vivió con mucha intensidad. As y Caleb informaron a los clanes sobre lo que había sucedido.

Las sacerdotisas calmaron los nervios de los niños más jóvenes, pues sabían de lo ocurrido y estaban muy afectados.

Miz entró de nuevo en su sala de trabajo, impoluta y en orden, como si unas horas atrás no hubieran intentado matarla y no se hubiera teñido todo de rojo.

Cahal la acompañó, controlándolo todo con ojos de halcón. Eon era como una especie de paparra enganchada a su pierna, pero al druida no le molestaba. Los niños eran su especialidad, aunque Miz dudara de ello.

—Me quedaré contigo —dijo sentándose en una butaca y observando el modo de trabajar de la científica.

Miz asintió conforme, pues le necesitaba cerca para sentirse mejor y más segura. No es que estuviera asustada, ni tampoco que el ataque hubiera mermado su confianza; pero, aunque lo hubiera hecho, no tendría tiempo para la autocompasión, pues necesitaba encontrar un bloqueo para aquello en lo que durante tantísimos años había trabajado para crear y poner en marcha.

Encendió los ordenadores y le preguntó a Cahal:

—Caleb es hacker, ¿verdad?

—Sí. El mejor —contestó sentando a Eon sobre sus rodillas.

Miz se quedó sin respiración al verlos juntos. Eon parecía diminuto al lado del druidh, pero ambos encajaban a la perfección. Carraspeó para salir de su aturdimiento y añadió:

—Necesitaríamos varios monitores para controlar los campos electromagnéticos: y para ello nos haría falta entrar en el programa de la Nasa. Debemos ayudar a Liam y confirmar que lo que él ve puede ser una realidad y no una intuición. Contrastaremos la información.

Como si sus palabras fueran órdenes, Cahal desapareció con Eon, y al poco tiempo, volvió con el líder del clan keltói de la Black Country.

—¿Qué necesitas, Miz? —preguntó Caleb.

—Necesito que te conectes a los satélites de teleobservación de la NOAA —contestó revisando el microacelerador y recolocando el blanco, ahora más conocido como «Degollador»—. Detectan la radiación electromagnética y nos ayudarán para tener todos los puntos controlados en Inglaterra. El vórtice que utilizarán se está creando aquí, pero necesitamos saber con exactitud cuál de esos puntos, que tanto Liam como nosotros controlamos, es el que más energía cuántica está creando.

Caleb sonrió y se frotó la barbilla con el pulgar.

—Ahora mismo lo preparamos.

—¿Tardarás mucho? —preguntó insolentemente sin apenas mirarlo.

El líder se envaró y le lanzó una mirada de perdonavidas. Cahal miró al techo y cogió aire para no reírse de su amigo en su cara. —¿Sabes quién soy, científica? Miz levantó la vista de

su aparato y parpadeó sin comprender la pregunta.

—¿Es una pregunta trampa?

Los ojos verdes de Caleb chispearon con desdén y la señaló con el dedo.

—Tú puedes construir aceleradores y lo que te dé la gana, Einstein; pero yo voy a hacer algo mejor. No solo voy a dirigir los satélites cómo y cuándo yo quiera; además, voy a crear una aplicación para incluirla en nuestros teléfonos y tendrá una alarma de aviso que nos informe del punto electromagnético con más actividad.

—Oh, ¿de verdad?

—Sí.

—Sería genial que pudieras hacer eso —se agachó de nuevo para que no viera la sonrisa que se estaba dibujando en sus labios. Era tan fácil provocar a los hombres. Solo hacía falta poner en duda su competencia—, en menos de dos horas.

El vanirio sonrió abiertamente y le enseñó los lustrosos colmillos.

—No necesito tanto.

En décimas de segundo, Caleb desapareció a la velocidad del rayo.

Cahal observó a Miz complacido y la repasó de arriba abajo. Era una hermosa manipuladora. Había picado a Caleb de forma maestra.

Ella lo miró por encima del proyector del acelerador y sus ojos verdes y llenos de luz sonrieron, concedora de lo que estaba pensando.

—Los hombres sois sencillos —añadió con diversión.

Cahal se encogió de hombros y meditó sobre lo que podría suceder esa noche.

Miz debía luchar con las mismas opciones que los demás; por tanto, esa misma tarde la instruiría para que se supiera defender. En Newscientists le habían enseñado a defenderse; pero la guerra también se versaba en saber atacar.

Al final, Caleb McKenna convirtió la sala central del RAGNARÖK en un observatorio de la Nasa. Había instalado tres pantallas de plasma casi tan grandes como las de un cine, en las paredes de roca del local. En ellas, la Tierra aparecía extendida en un mapamundi y había pequeños puntos de actividad electromagnética reflejados en ella. La mayoría coincidía con el dibujo de Liam. Esta vez los más llamativos estaban en Inglaterra, tal y como había dicho Miz, aunque el pequeño había visualizado más puntos marcados de los que salían en la pantalla.

Noah y Adam habían llegado de su barrido de Coventry, pero no habían hallado el paradero del grupo hostil que había desarmado el HSBC.

Adam tenía a Liam a horcajadas sobre sus hombros y Cahal hacía lo mismo con Eon. El pequeño de tres años apoyaba una mano sobre la cabeza afeitada del druida, y la otra sobre la del berserker de pelo platino que, al lado de ellos, sonreía y los miraba de reojo.

El berserker moreno explicaba a su pequeño sobrino lo importante que era él para el plan y lo que tenía que hacer en su siguiente viaje astral. La cabeza morena asentía y escuchaba a su tío. Y María y As hacían lo propio con Nora. La pequeña rubia adoraba a los líderes del clan berserker y escuchaba atentamente lo que decían sus mayores. Jared, uno de los hijos de Inis e Lone, molestaba a Nora haciéndole burlas con la cara, pero la cachorra lo ignoraba.

En una esquina, Miz observaba curiosa a aquellos guerreros con los niños pequeños. Cruzada de brazos y apoyada en la pared, disfrutaba de una imagen única que nada tenía que ver con las pantallas.

Daanna y Ruth se colocaron cada una a su lado y copiaron su gesto.

Miz se incomodó y se preparó para cualquier ataque verbal o mirada desdeñosa, pero, en

vez de eso, le hicieron compañía en silencio hasta que Daanna dijo:

—Incluso en el mundo de guerra en el que vivimos, hallamos destellos de luz, ¿verdad?

Ella miró a la vaniria, la Elegida, y supo que tampoco hablaba de lo que reflejaban las imágenes del mapamundi. Hablaba de ellos. Los que eran como Cahal, Adam, Noah, Menw, Caleb, As... Hombres que protegían y cuidaban. Que eran inmortales en la lucha, pero para los que el amor y el respeto hacia los suyos les llenaban de debilidades y de mortalidad.

Se maldijo por haber sido tan recelosa en cuanto a los hombres. Había perdido la fe en ellos, pero su druidh le estaba abriendo los ojos, al principio con crueldad, y después con un amor y una sensibilidad espectacular. Una que la hacía ponerse de rodillas.

No todo estaba perdido.

—Adoro a tu pareja —dijo Ruth con sinceridad—. Él me ayudó a conquistar al hombre que me vuelve loca y al que amo. —Sí, Cahal es mi cuñado favorito —añadió Daanna. —¿Me estáis advirtiendo sobre algo? —preguntó sin mirar a ningu

na de ellas—. Ahora viene cuando decís, «¿si le haces daño, te matamos?». Ruth se giró hacia ella y esperó a que Miz la mirara. La científica lo hizo y Ruth arqueó las cejas. —Ahora viene cuando te digo que esta noche yo voy de Viuda Negra, Aileen de Electra, Daanna de WonderWoman y tú... —No me lo digáis: voy de la Muerte —contestó cínica—. Y estáis mezclando personajes de Marvel con DC Cómics. No está bien.

—No nos importa.

—Ya veo.

La Cazadora le dirigió una mirada a sus zapatos.

—Bueno, al parecer, te van las calaveras, ¿no?

Esa chica era insultantemente directa y tenía un sentido del humor muy agudo. —Tranquila, Dr. Jekyll, vas a ir de Ms. Marvel —dijo finalmente. Miz se descruzó de brazos, ofendida.

—No. Yo quiero a Catwoman —protestó seria e inflexible.

—No puedes. Beatha es Catwoman. Los trajes ya se han comprado —contestó Ruth echándose a reír, disfrutando de la contrariedad de Miz.

Miz no entendía por qué la habían elegido como Ms. Marvel. Era un personaje demasiado exhibicionista, y encima Beatha era quien tenía a la mujer gato. No iba a poder cambiárselo sin que le sacara las uñas.

Lo más impactante era que estaban contando con ella, incluyéndola en su plan de acción para esa noche. Esas chicas eran chicaschicas. Las mujeres con las que Miz solía ir antes eran más bien masculinas y serias, seguramente, debido a su profesión y al ambiente en el que trabajaban. Pero ellas... Daanna, Ruth, Aileen... Le recordaban a su querida hermana Hannah. Femeninas y con otra esencia.

—Aquí hacéis las cosas demasiado rápido —opinó molesta por el disfraz, pero secretamente agradecida por que contaran con su ayuda.

—Sí, el fin del mundo pide, exactamente, medidas extremas y desesperadas —contestó Aileen caminando hacia ellas con cuatro bolsas en cada mano—. ¡Vuestro atrezzo!

Daimhin observaba a las chicas y deseó poder luchar con ellas, ser tan apta y fuerte como para enfrentarse al mundo.

Su madre, Beatha, se colocó tras ella y apoyó las manos sobre sus hombros. Sentía el pesar de su hija y estaba cansada de ser prohibitiva con ella. Pero se la habían quitado cuando era muy pequeña... ¿Cómo no iba a querer cuidarla ahora y cobijarla de todo el mal que había

visto?

—Con esos tacones eres altísima —le dijo suavemente.

Ella se encogió de hombros. Sus tacones de calavera eran su propia bandera. Como la que sacudía la novata, que no dejaba que nadie la pisara.

—Nunca me cansaré de protegerte, Daimhin —le dijo mientras miraba cómo abrían las bolsas—. Sé que estás cansada de que te trate así —susurró con dolor en su corazón. Pero ella era su madre, y la habían privado de su compañía demasiados años—. Pero no sé hacerlo de otro modo. Perdí la práctica cuando os arrancaron de mi lado.

Daimhin colocó una mano sobre la de la mujer que más quería en todo el mundo. La entendía, comprendía el amor de madre, y sabía lo culpable que se sentía por ello. Sin embargo, había pasado demasiado tiempo encerrada con personas que la maltrataban como para sufrir otro encierro con personas que la amaban.

—Y yo siempre querré que me quieras así, mamaidh —contestó. Sus ojos desprendían tristeza—. Pero no sé cuánto tiempo nos queda. Y tú lo sabes también. El cerco se estrecha y, aunque van tapando flecos, la maldad nunca se acabará de erradicar. Me... me mataron una vez y me ocultaron en un agujero oscuro bajo tierra. No quiero seguir muriendo en otro —aseguró apretándole los dedos—. Quiero pelear, con mis heridas y con todo lo que acarreo. No quiero seguir oculta.

—Daimhin —la abrazó por los hombros y pegó su mejilla a la de ella—. Mi pequeña barda... —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Tú eres la más fuerte de todas las mujeres que conozco —le aseguró—. Y me siento orgullosa de que seas mi hija.

Miz, que estaba valorando los accesorios de su disfraz, alzó los ojos y las miró. Otra hubiera apartado la mirada de una escena tan íntima, pero la científica no lo hizo, hipnotizada por la emotividad y lo descarnada que era la escena. Daimhin y Beatha eran muy parecidas. Y las dos sufrían la una por la otra.

Beatha se arrepentiría cada segundo por la decisión que iba a tomar, pero el respeto que tenía hacia su hija le obligó a tomar esa postura. No quería ver a su pequeña infeliz, y no quería ser ella el motivo de su recelo:

—Para mí no hay mejores guerreros que Carrick y tú, porque peleasteis y sobrevivisteis en inferioridad de condiciones. Ahora, puede que llegue el momento de que luchéis contra ellos de igual a igual.

Daimhin abrió los ojos como platos y encaró de golpe a su madre, como si no hubiera oído bien. Ambas se miraron y reconocieron su misma sangre en el brillo de su mirada, en sus rasgos, en su constitución, en el amor que reflejaban la una en la otra.

—Lucharé en tu nombre, mamaidh —prometió emocionada—. Y en el de mis hermanas. —Lo sé, mo leanabh —tocó sus mejillas y sonrió al ver la libertad en sus ojos rasgados y tan parecidos a los suyos. Lo haría porque Gwyn y ella

lucharían en nombre de sus hijos. En nombre de Daimhin, en el de Nayoba y Lisbet. Y en nombre de su hijo Carrick.

—No quiero luchar para vengarme. Lo hago para proteger a los que quiero y para vengar a aquellas que no pudieron sobrevivir como yo —dijo con la garganta atorada.

—Lo sé, cariño —Beatha la abrazó con fuerza—. Sé que lo harás por eso. Pero a mí me gustaría tenerte siempre protegida... —murmuró acongojada—, porque eres mía y no... No quiero que nadie vuelva a hacerte daño.

—Mamaidh...

Y así, madre e hija se fundieron en un abrazo que cerraba una diferencia. Aunque los recuerdos permanecieran, la vida seguiría adelante; y Beatha esperaba que por cada corte que su hija infligiera con sus espadas, una cicatriz de su alma se cerrara.

La Maru de Dudley alzó los ojos hacia su hijo Carrick, el cual vestía de negro, apoyado en la pared contraria a la que ellas estaban, observándolas con ojos atormentados. Él era más difícil. No dejaba que lo tocara; le costaba horrores acariciarlo, pero lo amaba igual que a ella.

Su hijo asintió y dibujó un símil de sonrisa que no llegó a sus ojos de Peter Pan, porque su niño mayor era un hombre perdido robado cuando era un crío. Carrick era un guerrero como Gwyn, tan letal y audaz que esperaba que en sus ansias de venganza encontrara parte de la paz y la dulzura que le habían arrebatado.

Beatha y Gwyn lo tenían decidido: podría luchar cuando quisiera, porque a Carrick ya no lo podían controlar, ni tampoco a Daimhin.

Nadie tendría derecho sobre sus hijos nunca más, ni siquiera ellos.

Ya eran adultos. Y eran libres.

Beatha cogió la mano de su hija, y caminó con ella dirigiéndose a Cahal. —Es toda tuya —le dijo. La joven miró a su madre sin comprender. Cahal se giró con Eon subido a coscoletas sobre sus hombros. Sonrió con dulzura a Daimhin y miró con orgullo a Beatha.

—¿Qué pasa, mamaidh? —preguntó la barda.

Adam y Noah miraron la escena extrañados. Y Beatha contestó a su hija con calma y serenidad:

—Una vaniria necesita su sello de identidad para luchar, mo ál leanabh. Mi hermoso corazón.

—Toma —Cahal pasó el crío a Noah, y el berserker lo agarró como un saco de patatas. Eon gorgojeó feliz.

El druida frotó sus manos frente a Daimhin y cerró los ojos.

—Barda, hija de mis amigos brehons Gwyn y Beatha.

—¿Sí? —preguntó nerviosa.

—¿Te gustaría recuperar tu pelo?

La joven parpadeó sin comprender y después abrió los ojos con sorpresa y esperanza.

—¿Mi pelo? —Se tocó la cabeza inconscientemente, como si todavía pudiera acariciarlo. Sus cicatrices todavía se veían, pero con el tratamiento hemoglobínico y el hierro que les facilitaba Menw, poco a poco las señales iban desapareciendo. ¿Su pelo? Su hermoso pelo tan rubio que parecía blanco... Todavía lo recordaba. Y recordaba las trenzas que de pequeña su madre le hacía. Ella las adoraba.

Cahal asintió y la miró, viendo aquello que nadie más que él podía ver. Su auténtica geasa se estaba manifestando.

Todos y cada uno de los días que había investigado en la Tierra, sus ansias por meditar, sus ganas de conocimiento, su pasión por las artes orientales, por el kundalini y su profunda espiritualidad... Todo había dado sus frutos. Y su cerebro ahora procesaba la información haciéndola palpable a su visión. Todo había tenido un sentido, una razón de ser. Él había sido así, el más metafísico y espiritual de todos, no solo por su alma de druida y sueños, sino para que un día, un día como aquel presente que vivía, pudiera comprender el don que Miz le había dado y ayudar a los demás.

—Relájate, barda —susurró, adorándola con los ojos—. Cierra los ojos e imagina tu larga melena hecha de rayos de sol —alzó sus manos y las colocó sobre su coronilla—. Evoca cómo

eras antes de que los malos te cogieran, Daimhin. Tu esencia fuerte y pura sigue ahí, en un lugar de tu corazón.

A Daimhin le tembló la barbilla, pero obedeció las directrices de su druida Cahal. ¿Cómo no iba a obedecer al hombre más mágico del clan? —Imagínate rodeada de sol, iluminada. La chica se imaginó alumbrada por el sol que tanto daño le había

hecho en Chapel Battery. Los hijos de perra los habían sacado varias veces durante el día, como si fueran fruta que madurar, para que el sol les quemara y después estudiar su rápida recuperación, que a causa de su debilidad, ya no era tan acelerada.

Se imaginó con un vestido blanco, sobre lo alto de una montaña, rodeada del poblado que tantas veces había visto en sueños, descrito por las palabras de sus padres. El sol le daba en la cara y su vestido se mecía por el viento; los rayos del astro rey no la lastimaban, las mariposas agitaban las alas a su alrededor, y ella sonreía y recitaba palabras que hacía que todo a su alrededor reverdeciera y floreciera.

En su visión, alguien la miraba. Alguien apoyado en un árbol, con una pierna musculosa cruzada delante de la otra. Tenía los bajos de los pantalones negros arremangados y los pies descalzos. Llevaba una camiseta blanca de manga corta y una sonrisa impertinente en los labios. Sus ojos eran amarillos por completo y tenía una cresta pelirroja en su cabeza. Era muy guapo. Enorme, mucho más alto que ella.

El chico de la videoconferencia. El que estaba en Escocia y tenía al híbrido Johnson sobre sus rodillas. Steven se llamaba. Lo había visto hacía tres días y no había vuelto a aparecer.

¿Estaría bien?

En su ilusión ella lo miraba por encima del hombro y le sonreía con confianza, porque era un pensamiento y porque, en su cabeza, ella era como Dios.

Cahal sonrió al ver que los labios de Daimhin se estiraban para dibujar una tímida pero auténtica sonrisa. Los allí presentes no verían lo que él. No podrían ver cómo el cuerpo de la joven vaniria se iluminaba y cómo se formaba extrasensorialmente el campo cuántico que la creaba. El original. Su estructura inicial. Había un halo maravilloso que reseguía su cuerpo; un halo con pelo largo y rubio, sin cicatrices. Esa era Daimhin antes de que la secuestraran. Su esencia pura. Y él podría reestructurarla. Porque ese era su don. No se trataba del éter. No se trataba del aura. No, no era eso.

Cahal no se atrevía a decir lo que era realmente, pero lo podía ver alrededor de toda forma vida. Era como una especie de polvillo dorado lleno de luz.

Y le gustaba. Le encantaba verlo.

Sus manos ardieron y sintió una presión en el pecho.

Las sensaciones estaban ahí y debía aprender a sobrellevarlas. Por lo visto, él atraía esa energía; y si la acumulaba demasiado tenía contraindicaciones. Debería aprender a dosificarla y encontraría un modo; pero, mientras tanto, Daimhin se merecía su melena. —Lo que fuiste, permanece, Daimhin —evocó con el don de invocación. Beatha se llevó la mano a la boca abierta ante lo que estaban viendo sus ojos.

Cahal reseguía la figura de Daimhin, dibujando la forma luminosa que aparecía ante sus ojos: desde la cabeza hasta los hombros, continuando por los brazos y llegando hasta las muñecas, sin tocarla en ningún momento.

Para estupefacción de todos, el pelo de la chica creció con fuerza, dibujando una gama de colores rubios increíbles; algunos mechones parecían casi blancos. Su pelo llegó hasta los

omóplatos y las puntas se curvaron ligeramente hacia arriba.

—Por Brigit... —musitó Beatha con asombro y emoción. Cahal exhaló el aire que retenía en sus pulmones y valoró lo que acababa de hacer.

Daimhin era una hermosura, un auténtico caramelo. Sus pestañas, largas y rubias, le rozaban los pómulos; sus labios sonreían por el pensamiento que mantenía en su cabeza, tenía unos ojos grandes y sutilmente rasgados hacia arriba y unas cejas finas muy rubias y arqueadas. Pero esa chica tenía una mirada que evocaba el vacío y a la venganza, y sabía por qué era así. Él solo pasó unas semanas en Newscientists. Ella años.

—Abre los ojos, Daimhin —ordenó con convicción.

Ella lo hizo. La habían rodeado creando un círculo a su alrededor.

Daanna, Aileen, Ruth, Noah, Adam, incluso las sacerdotisas estaban apoyadas en las barandas de las plantas superiores, con todos los niños perdidos mirando estupefactos lo que acababa de suceder. Los guerreros, no todos, al escuchar el silencio reinante, también dejaron sus entrenamientos para ver lo que sucedía.

María y As, que estaban separando a Nora y al vanirio Jared de una nueva discusión, se unieron al asombro general. Jared le había quitado la goma de una de las coletas y ahora tenía el peinado mal, ¡y Meygan nunca iba mal! Pero Nora parpadeó con toda su inocencia, y le importó bien poco la goma robada, porque su amiga Daimhin había recuperado su melena y ahora parecía una princesa. A la niña le hicieron chiribitas los ojos.

—¡Su pelo! —exclamó Nora liberándose del amarre de María y corriendo como una cachorrita desaforada hacia Daimhin. Se coló entre los adultos, haciéndose hueco con su diminuto cuerpo y, parándose enfrente de Daimhin, repitió señalándola—: ¡Tu pelo, Daimhin! ¡Tu pelo! ¡Tu pelo! ¡Lo veo!

Daimhin se llevó la mano temblorosa a la nuca y se estremeció cuando en vez de piel lisa y pelo pincho, acarició algo largo, liso e hiloso, suave como el satén. Se cogió un mechón, sin atreverse a parpadear por miedo a que la sensación desapareciese, y lo llevó ante sus ojos. Sus puntas rubias y largas estaban ahí. Rozó el mechón con el índice y el pulgar y se lo llevó a la nariz. Lo olió y cerró los ojos, llenos de lágrimas de agradecimiento e incredulidad. Dos gotas saladas resbalaron por sus mejillas, pero Cahal se las limpió con los pulgares.

—Taing dhut. Gracias —agradeció la chica con voz ahogada. Cahal negó con la cabeza, como si no le diera importancia a lo que acababa de hacer.

—Guerrera Daimhin. —La saludó y proclamó ante todos. Alzó los ojos y miró a todos los que se congregaban a su alrededor, en las plantas superiores, en todos lados—. ¡Estoy dispuesto a hacer lo mismo a quien lo desee!

Miz, que había presenciado todo desde la pared en la que seguía apoyada, se sintió absolutamente perdida por las emociones. Feliz por Daimhin, por Beatha... Y agradecida; agradecida por primera vez con la vida por haberle dado la oportunidad de ver aquello en directo. Un acto desinteresado y altruista, un gesto sanador tan hermoso que, sin querer, había hecho que llorara. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

Cahal era increíble. Hoy le estaba demostrando lo diferente que era de todo aquello que había temido. Solo habían hecho falta unos días con él para darse cuenta de que las convicciones y los miedos creados durante años no valían nada ni tenían ninguna base.

Tenía que aceptarlo. Sí. Se estaba enamorando de él y estaba loca por sus huesos. Porque si esas sensaciones que desbordaban los latidos de su corazón no eran las del más purísimo amor, entonces, ¿qué lo era?

No era el hambre, no era la necesidad, sino esa amalgama de sentimientos que florecían en su pecho como una flor. Miz nunca había creído en aquello que no podía ver. Pero había llegado el momento de creer y de aceptar quién era ella y qué papel jugaba ese hombre, druida, guerrero y vanirio en su vida. Sin importar el tiempo que hacía que lo conocía, sin considerar si era pronto o alocado considerarlo como su única y auténtica pareja. Las emociones, los sentimientos y la vinculación estaban ahí, y no podía negarlo.

Cahal le había repetido una y otra vez que era su cáraid. Suya. Y ella ahora estaba descubriendo que quería serlo de verdad. Y pensó en gritar: ¡mío!

Y sí, eran guerreros y estaban en una lucha permanente e interminable. Pero los vanirios y los berserkers tenían destellos de amor y cariño, como había insinuado Daanna, en su día a día, no siempre estaban con el hacha de guerra alzada.

Y mientras pudiera, quería disfrutar de esos destellos con Cahal. Y haría lo posible por demostrarle qué era lo que necesitaba de él, aunque ni ella sabía ponerlo en palabras, ni tampoco en hechos... Dios, estaba tan asustada de sus sentimientos...

Quería su fidelidad; que nunca jamás volviera a engañarla, y que cuidara de ella como nadie había hecho.

Porque ella se moría de ganas de cuidar de él, por muy ridículo que eso sonara. Y ahora necesitaba ofrecerle su sangre, pues sabía que el vanirio estaba hambriento por ella. Miz quería abrirse las venas... Laideadehacerlo

la excitaba y la sometía. Pero se las abriría para él. Solo para él.

Se abrazó a sí misma y miró las bolsas de los disfraces que debían ponerse esa noche para infiltrarse en la fiesta. Sería la pareja del druida. Ahora, lo único que tenía que hacer era demostrarle lo mucho que

le importaba; pero aquella era la tarea más difícil, porque tenía habilidades sociales cero; y solo le había dicho a tres personas en toda su vida lo mucho que las quería.

Las tres estaban muertas, se los arrancaron de su lado, y decidió no decir a nadie más esas palabras, por miedo a que alguien viniera y también se lo arrebataran.

Pero Cahal y su benevolencia le estaban devolviendo la esperanza. ¿Sería lo suficientemente valiente como para admitirlo? Aileen se alejó de la multitud e igualmente emocionada por el detalle del druida y el renacimiento de Daimhin, se acercó a Miz. —Vamos a necesitar otro traje para Daimhin. Cuantos más guerreros seamos, mejor. Necesitamos toda la ayuda posible. Miz intentó ocultar sus lágrimas y carraspeó. Odiaba parecer débil ante esas mujeres.

—Ah... —atinó a decir.

Aileen la estudió con sus ojos intimidantemente lilas y dio dos pasos hacia ella. Le levantó la barbilla y le dijo: —Así que es verdad. —¿El qué? —preguntó asombrada por aquel gesto de la híbrida. ¿Es que no sabía lo que era el espacio personal? ¿Por qué la tocaba?

—Que eres capaz de llorar. Que no eres tan mala.

—No soy mala —replicó ella—. Son leyendas urbanas.

Aileen se echó a reír; y su risa sonó a música y a confianza.

—Eso parece —murmuró mirándola de arriba abajo y liberando su barbilla—. Cahal me ha dicho que eres una friqui de los cómics. Miz gruñó y puso los ojos en blanco. —¿Cahal te ha dicho eso? —contestó entre dientes y fulminando al

druida con los ojos—. Cahal no sabe lo que es la intimidad. —Síp —Aileen sintió simpatía por la científica. Ellas eran muy parecidas. Su conversión fue traumática en todos los sentidos,

tenían a un

vanirio poderoso e importante con ellas, y no era fácil despertar a una nueva vida con pasión desaforada, dones y sangre. Sentía la necesidad de ayudarla—. Quiero hacer un trato contigo.

—¿Un trato? —se encogió de hombros—. ¿Cuál?

—Tú me ayudas a decidir un traje para Daimhin y yo te ayudo a entender la relación de pareja de los vanirios y a controlar tus dones. Te lo explicaré todo —arqueó las cejas negras repetidas veces—. ¿Qué me dices?

—Eso suena a excusa para ayudarme. ¿Tan perdida me ves? —a Aileen la llamaban Maru, como a Beatha y a Inis. Era una mujer con peso en el clan y era la nieta de As. Toda ella exudaba poder y distinción. Y esa mujer quería ayudarla.

—Nena, tienes los colmillos expuestos, la mirada tan clara que demuestra lo turbada y excitada que estás y las mejillas rojas; no dejas de mirar a Cahal como si fuera un helado, y matas con los ojos a cualquier mujer que se le acerque.

—Yo no hago eso —explicó frustrada—. Simplemente, él no debería sonreír, ni coquetear tanto.

—Tiene alma de playboy —replicó sin darle importancia.

Miz resopló molesta.

—Eso mismo le he dicho yo.

—En cualquier caso, nos sorprende que no te hayas echado sobre él y le hayas arrancado la ropa aquí mismo. Por tanto, sí: te veo descontrolada. La rubia sonrió sin ocultar su vergüenza. ¿Les sorprendía? ¿En plural? —Así que soy popular... —se mordió el labio inferior y miró de reojo al druida—. ¿Habláis de mí?

—Mucho. Eres un enigma para nosotras. Te queremos odiar, pero hay algo que... —chasqueó la lengua—, nos lo impide. Y lo que has hecho hoy ha decantado la balanza a tu favor.

—¿Y qué os hace pensar que necesito vuestra compañía?

Aileen suspiró y negó con la cabeza.

—¿Ves? Esa es la actitud que hace que queramos odiarte. ¿Sabes? Yo también empecé con muy mal pie en el clan; pero luego descubrieron que no era lo que ellos creían y, ahora, me adoran —aseguró—. Te podría explicar más cosas, pero si no me necesitas... —Hizo el amago de darse media vuelta para irse.

Miz divisó a Daimhin y después al motivo de su descontrol, que se estaba dejando achuchar como un peluche por las vanirias a quienes estaba ayudando a recuperar su aspecto. Sin pensárselo dos veces, agarró a Aileen por la muñeca y contestó:

—Daimhin debe ser Supergirl. No es de Marvel... Pero como a vosotros eso os da igual... —siempre había sido una apasionada por aquello que le gustaba. La física y la ciencia se habían llevado su tiempo, y su cerebro. Pero ahora quería invertir su pasión en escuchar a su corazón. Necesitaría toda la ayuda posible.

Aileen sonrió, achicó los ojos, le pasó un brazo por encima de los hombros y exclamó: —Tengamos una charla entre mujeres, científica. Te voy a explicar el ABC de los cáraids.

Y se llevó a Miz a una mesa aparte de la sala de reuniones del RAGNARÖK, en la que hablaron largo rato sobre el mundo de los vanirios y sus hembras. Mientras, Cahal obraba su magia con aquellos cabezas rapadas que deseaban su antiguo yo.

En el tiempo que estuvo con la morena de ojos lilas, la científica se sorprendió por muchas

cosas y se entristeció al oír otras que Cahal no le había dicho. Preguntó y solventó dudas; y se maravilló ante la facilidad de palabra que tenía Aileen, lo sencillo que era hablar con ella y lo que había sufrido con Caleb al principio.

Después de su larga y fructífera conversación, un nuevo vínculo nació entre ellas. Y esperó que fuera uno que construyera los cimientos de una nueva amistad.

Una que nunca había tenido.

XVII

A Cahal no le hacía gracia separarse de Eon. El pequeño despertaba sus instintos protectores, y no solo eso; parecía que los había elegido, tanto a él como a Miz, como sus nuevos padres.

Pero la hora de prepararse se acercaba. Los críos se ocultarían en el RAGNARÖK y se quedarían a cargo de las sacerdotisas y de las mujeres berserkers que habían decidido ayudar en sus cuidados. Los guerreros recuperados que estuvieran dispuestos a luchar, lucharían, pues ya no podían negarles nada.

Si todo salía como ellos vaticinaban, Lucius estaría en el IMAX, esperando la oportunidad para llevarse todo aquel cargamento de iridio y osmio en forma de Iron Man. Y ellos debían impedir que la empresa del vampiro se llevara a cabo.

Por lo que Cahal sabía, el Asgard ya no tenía guardián. Heimdall se hallaba en paradero desconocido; y si abrían una puerta hacia el reino de Odín, nadie podría barrarles el paso. El Asgard estaba vendido sin su amo de llaves. La situación no solo era crítica; era además, espeluznante.

Con todo lo que se les echaba encima, su inexperta pero audaz mujer necesitaba un curso acelerado de habilidades vanirias, y decidió que era el momento de instruirla. Por eso se encontraban en el ascensor que los dejaría en el Jubilee Park, en pleno atardecer inglés.

Miz parecía nerviosa por su presencia. Como si no supiera lo que le esperaba. Y así quería que se sintiera; porque a su lado, cada hora, cada día, sería una aventura que debía merecer la pena. Porque habría momentos desagradables como los que había vivido esa mañana. Habría dolor, heridas, sufrimiento y guerra; por todo eso los momentos en los que no estuvieran luchando debían de ser memorables. Lo mejor para su cáraid, siempre.

Entrelazó los dedos con los de ella y caminó por el césped, húmedo de la suave lluvia que se había precipitado durante el día. Inglaterra: tierra de agua y paraguas, pensó.

Miz miró a su alrededor y se chocó contra su espalda cuando él se detuvo en seco. Cahal la tomó por la cintura y alzó el rostro hacia el cielo. Todavía caían gotitas, recuerdos de las lágrimas del cielo.

—Entonces, ¿por fin me vas a enseñar cosas de tu mundo? —preguntó ella con inconfundibles ojos curiosos.

El druida bajó los ojos hacia su boca y sonrió con indulgencia.

—Veo que has estado con Aileen y que te ha contado todo lo que necesitabas saber.

«Uy, todo y más»

, pensó ella, enigmática. —Sí, me ha explicado amablemente todo lo que tú no me has dicho

—se lo soltó sin preámbulos. Como a ella le gustaban las cosas.

—Y me alegra, preciosa. Me hace feliz que te intereses lo suficiente por mí y por nosotros

como para interactuar con los demás. Era justo lo que quería —explicó guiñándole un ojo—. Eres de los nuestros y necesito que te relaciones con los demás.

—No tengo habilidades sociales, por si no te has dado cuenta.

—Sí las tienes, nena. Solo que eres inquietantemente distinta. Pero eso te hace única. No obstante, cerebritito mío —le acarició el surco de la barbilla con el dedo índice—, Aileen no te puede enseñar todo —aseguró resuelto.

—¿Y me lo vas a enseñar tú?

—¿Quieres?

Miz quería. Se moría de ganas de pasar un rato a solas con él. Alejados de todos. —Sí. —Agárrate bien fuerte, Huesitos. Te voy a enseñar mi mundo tal y

como yo lo veo. Con esas palabras, Cahal se impulsó hacia arriba y se elevaron varios metros sobre el cielo. —¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Miz, cogiéndose a sus hombros y deformándole la camiseta que llevaba.

El druida se echó a reír pero, sin hacer caso de sus gritos de miedo y excitación, siguió tomando altura hasta alcanzar las espesas nubes grises y rojas del atardecer. A sus pies, Tipton y Jubilee Park eran un pequeño revoltijo de luces titilantes.

Miz tragó saliva y hundió su rostro en el pecho del vanirio.

—No... ¡No me gustan las alturas!

—Te gustan, pero no lo sabes —susurró él abrazándola con fuerza—. Ratita, abre los ojos.

—¡No me sueltes!

—No lo haré.

—Me... Me va a dar algo. Un ataque al corazón, o... Me impresionan las vistas de este tipo. Volar, los aviones, los rascacielos... Esas cosas que a otros os fascinan, a mí no —explicó con franqueza.

Cahal sonrió y negó con la cabeza, acunándola contra su cuerpo.

—Nena, tan valiente y tan miedica... —gruñó con cariño—. No te va a pasar nada. Abre los ojos y mira lo que te estás perdiendo. Tienes miedo a volar porque en los aviones no eres tú quien lleva el control; y eres una mujer diabólicamente controladora. Pero ahora es distinto. Eres una vaniria, y las vanirias, sencillamente, vuelan.

Ella negó con la cabeza rubia y los pelos alborotados por el vuelo. Cahal se los agarró en un puño y rodeó su muñeca con ellos.

—Disfruta esto conmigo. Abre los ojos. Hazlo por mí, mo dolag.

Tal vez fue el tono, ese ruego humilde y suplicante. O puede que fuera el modo en que la arrullaba y la manera que tenía de apropiarse de su pelo, como si fuera también suyo... No importaba el porqué, pero cedió a su pedido, y los abrió.

Estaban entre las nubes. La ciudad rugía en movimiento. Divisaba Londres, el parque Greenwich, Waterloo, la Isla the Dogs y el río serpenteando y cruzando el centro de Inglaterra... La BlackCountry, formada por Wolverhampton, Segdley, Walsall y Dudley... Y escuchaba el silencio. Un silencio que abajo era imposible de disfrutar, ahí, en el cielo, entre los brazos del vanirio, la rodeaba y la estimulaba como solo la ausencia de ruido podía hacer. Y le encantaba.

Cómo le gustaba estar ahí. Las vistas intimidaban, pero puede que Cahal tuviera razón y ese fuera el hábitat natural de su nueva naturaleza, ya que no la asustaba tanto como cuando era humana.

—Estamos volando... —murmuró Miz impresionada, mirando hacia abajo. El rubio sonrió con insolencia, le enseñó los perfectos dientes blancos y rectos y le dijo:

—Yo vuelo, preciosa. Tú no —y la soltó; porque molestar a Miz era algo único y maravilloso; y porque sabía que, en cuanto Miz diera la orden mental de sostenerse y levitar, iría a por él, directamente a descuartizarlo.

La científica caía, moviendo brazos y piernas, con cara de pánico y terror. Su grito se hizo interminable, como el que emitían los humanos en las montañas rusas.

—¡Vuela, nena! ¡Vuela! —Le gritaba siguiendo su caída y volando a su lado, pero sin dejar que ella lo agarrara.

—¡Perro!

—¡Vuela, Miz! —gritó en medio de una carcajada.

—¿¿Cómo demonios hago eso?! ¿¿Cómo, patán?! ¡Ruín!

Visualízate volando y creyendo firmemente que puedes hacerlo, nena. Hazlo. Ahora.

La urgía al ver que poco a poco se acercaban a tierra y que la mancha verde que formaba el Jubilee Park desde las alturas era cada vez más grande.

—¡Vuela o tendré papilla de científica para cenar! —gritó él apartándole la mano que quería cogerse a su pierna.

—¡No! ¡No... no puedo!

—¡Vuela, maldita sea! ¿¿O es que acaso no eres tan lista como creías?!

Justo en la diana.

La pregunta, tan insultante para la rubia, cumplió su propósito. Cahal se alejó por precaución y, de repente, ¡fum! El cuerpo de la vaniria levitaba entre las nubes. No se movía, solo estaba paralizado, logrando detener la caída libre.

—¿Qué. Acabas. De. Decir? —articuló cada palabra con la precisión de un cirujano—. ¿Que no soy tan lista como creía? ¿Eso me lo pregunta un cerebro con una única neurona como tú?

Los ojos dorados y verdes de Miz se clavaron en Cahal. Estaba asombrosamente bonita, con su melena azotada por el viento y las mejillas rojas de la rabia; la mirada desafiante y los labios dibujando una línea fruncida de disgusto.

Él se detuvo a varios pies por encima de ella.

Cahal parpadeó, aguardando su ataque. Miz también.

Él sonrió como un pirata malvado, un auténtico truhán conquistador.

Y ella le enseñó los colmillos. Lanzando un alarido, se visualizó persiguiéndole; y moviendo el cuerpo justamente del modo en que quería moverlo. Este la obedeció y empezó a perseguirlo por los cielos.

Cahal se reía con ganas, llenando el cielo de carcajadas. Miz quería alcanzarlo para darle una lección. Primero lo ataría y después le arrancaría la piel, milímetro a milímetro.

—¡Sádica! ¡Eres una sádica dominatrix, Huesitos! ¡Y todavía no lo sabes!

—¡Y tú, un —se internó dentro de una nube, disfrutando del frío y la humedad de su interior, y salió por el otro extremo—... cara polla! ¡Eso eres!

—¿Qué has dicho? ¿Que quieres polla?

—¡Para cortártela y venderla en la charcutería como el pene de un conejo enano! —replicó, dejando ir una risa inesperada. Nunca había reído tanto como estaba riendo esos días con Cahal. Él la había hecho llorar y la había intimidado... Pero con el paso de los días, le

estaba devolviendo las sonrisas que su rostro había perdido hacía años, muchos años atrás.

El druida se detuvo en seco y esperó el impacto de Miz, que llegó como un jugador de fútbol americano, colisionando con el hombro justo en el estómago.

¿Cuándo admitiría que se estaba enamorando de él? ¿Por qué tenía tantas ganas de oírsele decir? La rodeó y la apretó contra su cuerpo, duro por la persecución y anhelante por la sangre de su mujer.

—¿La polla de un conejo enano? —le enseñó los colmillos y enredó los dedos en su pelo, tirándole el cuello hacia atrás.

—Sí, cretino. —Miz seguía sonriendo, pero esta vez, se contagió de las hormonas que exudaba el vanirio, y sus ojos se aclararon por el deseo. La tensión sexual crecía entre ellos a cada segundo.

—Pues el conejo enano te ha dejado bien escocida, mo dolag — gruñó inhalando su olor a fresas.

Ella cerró los ojos y su corazón se saltó un latido. Cahal iba a morderla entre las nubes, rodeados de colores eléctricos y de hermosas estrellas terrenales que no dejaban de centellear. Y ella volaba con él; por increíble que fuera, volaba con él.

En medio del caos en el que se hallaban, ambos surcaban los cielos ingleses juntos. Supo que siempre sería adicta a él, a aquellas sensaciones, al desear y ser deseado, y al jugar y ser provocado como hacía con ella. Las emociones la estaban superando.

—Cahal... Estoy volando.

—Sí, ratita. —Lamió su garganta y la mordisqueó, lanzando cientos de pinchazos eléctricos directamente a su vagina y a sus pezones—. Haces que me sienta tan ridículamente orgulloso de ti... Haces que quiera hacer magia continuamente. Y un druida como yo no puede abusar de su poder.

Ella gimió cuando tiró de su pelo con más posesión.

—¿Vas a morderme?

—Joder, sí. Pídemelo —gruñó con los dientes apretados.

Miz estudió sus palabras. Las demás chicas siempre le habían rogado. Ese pensamiento atravesó las nubes y se coló en su mente: «Dame más. Por favor, cómeme entera; te lo ruego, haz que me corra... », recordaba lo que su sangre le había revelado. ¿Por qué ella tenía que hacer lo mismo? ¿Por qué seguían quemándole esos recuerdos? Hubiera preferido no verlos nunca. Y, después, estaba el tema de su accesibilidad y su simpatía con todo aquello que tuviera tetas. No le gustaba. No le gustaba en absoluto.

—¿Por qué quieres que te suplique? ¿Por qué te gusta avergonzarme así? —pero mientras decía esas palabras, rodeó su nuca con los brazos, entregándose a él. Quería que fuera exigente; y a cada mirada, cada orden, cada sonrisa, cada toque de su lengua sobre ella le estaba arrancando las capas de su vergüenza tan bien construida. Con las demás siempre fue un caballero, siempre las trató con dulzura y consideración. A ellas sí, pero a ella no. No era amable, siempre la presionaba. ¿Por qué?—. ¿Quieres que te lo pida? ¿En serio?

Cahal sintió que su olor cambiaba. Sus palabras tenían un tono reprobatorio muy marcado. —Muérdeme, Cahal, por favor. —Lo miró con los ojos semicerrados,

con burla, torciendo el cuello a un lado, esperando que él le clavara los dientes.

El rubio la miró con cinismo. No era una postura sumisa. En absoluto. Ni tampoco se lo estaba pidiendo con sinceridad.

—Hasta que no salga tu verdadero yo, Miz, seguiré provocándote — confirmó con sus ojos

azules fijos en su yugular—. Deja que la fiera salga, muéstramela; y entonces puede que yo me descontrole también. Ahora — pegó su frente a la de ella—, pídemelo con el corazón.

Ella parpadeó furiosa y confusa a partes iguales. ¿Quién se había creído que era? Sus ojos se tornaron más claros de lo habitual.

—No soy yo la que tiene sed. Si quieres algo, tómallo, vanirio ególatra y vanidoso. —No le parecía justo que la empujara de ese modo. Ella era su cáraid. ¿Por qué no le ponía las cosas más fáciles?

—Uy... ¿Y ese cambio de actitud?

—No pienso ser como una de tus conquistas que prácticamente se arrancaban las bragas por estar contigo. ¿A ellas también les exigías que te lo pidieran? ¡Te estoy ofreciendo mi sangre —replicó humillada y contrariada—, y tú no la quieres tomar si yo no...!

Desfallecido por beber de ella, cortó su retahila con un mordisco furioso y castigador. Los colmillos se internaron en su piel y su sangre fluyó de las heridas. Miz no lo sabía todavía. No sabía que su sexualidad era mucho más potente que su sangre, más que cualquier droga. Pero seguía domándola. No acababa de dejarla salir. Y él peleaba para que ella la mostrara. Joder, sería tan liberador para los dos... Él podría tratarla como en realidad quería. Y ella se descubriría al fin como una mujer de grandes pasiones, una fiera; una maravillosa y fría cazadora.

La empujaba. Sí. Y la empujaría hasta que le dijera lo que de verdad sentía, por muchos miedos y muchos traumas que ella pudiera tener. La paciencia no era su mayor virtud.

¿Es esto lo que quieres? ¿Tú y yo entre las nubes? ¿A mí bebiendo de ti como si fueras un puto fresco?

Miz gemía y le rodeaba la cabeza con las manos.

Sí. Sí. Así... Sollozó, incapaz de rechazarlo.

Abre las piernas.

Miz lo hizo; y Cahal desenredó una mano de su pelo y abarcó todo su sexo con ella. Introdujo una mano por dentro de la cinturilla de su pantalón y metió los dedos por debajo de las braguitas.

Tan suave y ardiente... Ronroneó mientras seguía bebiendo y colando un dedo entre sus labios más íntimos. Necesitaba empujarla un poco más. Solo un poco más. Miz la dominatrix se ocultaba, pero él la sacaría de su madriguera; puede que no en ese momento pero, al final lo lograría, porque él no sería feliz sin la total y completa entrega de ella.

Esa noche pelearían y se pondrían en peligro.

Ambos se merecían ese intercambio antes de que alguien les hiriera. Se situó sobre una nube y desclavó los colmillos de la garganta de la joven, que permanecía con los ojos cerrados. Un hilito de sangre caía desde el cuello hasta resbalar por su preciosa y marcada clavícula.

Cahal tocó una nube y juró:

—Tú me sostienes —la nube adquirió una consistencia esponjosa y sólida. Como una cama celestial. Tumbó a Miz sobre el cumulonimbus, y lo hizo con delicadeza. Los colores rojizos del atardecer se hicieron más intensos y tiñeron sus pieles de un color más oscuro y misterioso.

—Ese don que tienes va a poder conmigo —gimió tirando de su camiseta para acercarlo a ella, a su boca—. ¿Acabas de preparar una nubecama para nosotros?

—¿Te pone mi don?

—Hace que piense en algoritmos haciendo striptease —murmuró levantando el rostro para besar su mandíbula—. Puedes modificar el estado de las cosas. Tienes el don de decretar. Tus palabras influyen en la materia de un modo que no comprendo, pero... Pero me gusta y es un desafío para mí.

Cahal apoyó los codos en la improvisada nube acolchada y la miró a los ojos con gesto impertérrito. Su azul se oscureció y, de repente, se mostró ante ella sin máscaras, sin socarronería. Solo Cahal. Cahal McCloud en el cielo con su pareja de vida, la única que podría conmoverle y compartir su eternidad. Su don era un desafío que desentramar para ella. ¿Y acaso no quería descubrir lo que sentía?

—¿Tengo el poder de decretar? —preguntó con solemnidad.

Ella se relamió los labios y asintió.

—Sí. Lo tienes. Es obvio, ¿no?

Un músculo palpitó en su mandíbula.

—Entonces, quiéreme.

—¿Qué?

—Quiéreme, Miz —ordenó, decretando cada palabra desde el fondo de su corazón.

La joven se quedó en shock. Sus pulmones no reaccionaban y se olvidó de respirar. Que ese dios pagano celta le ordenara que lo quisiera, la afectó más de lo que estaba preparada a admitir. Carraspeó, y sus pestañas aletearon; confundida, insegura. ¿Qué se suponía que debía decirle?

Las únicas personas a las que había dicho «Te quiero» estaban muertas. Después de ellas, no hubo nadie tan importante como para crear un vínculo de ese tipo; ni hombre ni mujer. Pero Cahal era diferente. Y ella estaba tan asustada...

Él cerró los ojos y sonrió agitando su cabeza, como si quisiera salir de un estúpido espejismo, de una ensoñación. ¿Qué se pensaba? ¿Que después de todo, ella iba a decirle que sí? ¿Que lo quería? Estaba ansioso por oírle pronunciar esas palabras, pero había cosas que su don no podía controlar, y una de ellas era la más importante de todas: no podía obligar al corazón de Miz a que le correspondiera. Tenía decisiones propias y no podía cambiar su estado.

Cuando abrió los ojos, su ternura y su súplica habían desaparecido, sustituidas por algo mucho más carnal que sí que podía obligarla a entregarle. Un orgasmo. La rendición de su cuerpo, a cambio de la no rendición de su corazón.

—¿Demasiado para ti, nena? Tienes una raíz cuadrada por corazón, ¿sabes? No puedes buscar fórmulas a todo, porque hay cosas que no las tienen, joder —gruñó enfadado, bajándole los pantalones con un tirón duro de su mano.

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado por tal de no encarar sus reprobatorios ojos azules. Había cosas que no se podían resolver, misterios indescifrables, eso ya lo sabía. Pero Cahal no podía presionarla de ese modo. No así. Tenía que comprenderla.

—Me vas a romper los pantalones —siseó ella.

—Bien —contestó, bajándose los hasta las rodillas y dándole media vuelta para dejarla boca abajo.

Miz se excitó al sentir las manos bruscas y ardientes del vanirio sobre su piel. Estaba enfadado porque no podía decirle lo que él quería oír.

¿Pero cómo? No... No se atrevía.

Cahal le pasó la mano por las nalgas y sonrió.

—Tú, pequeña ratita, me fríes el cerebro.—Le bajó las braguitas hasta los tobillos y después le subió la camiseta hasta los hombros para dejar toda la curva de su espalda descubierta. Miz aguantó la respiración. La nube estaba helada y parecía húmeda, aunque la sensación era muy estimulante.

—Estás disgustado —lo acusó.

Él apretó los dientes, obligándose a mantener el control. Pero, ¿para qué? Si esa chica parecía estar hecha de hielo, ¿de qué servía el control? No reaccionaba como él deseaba; no se abría como él esperaba, pero no podía culparla tampoco, ¿no?

Cahal inclinó la cabeza y le pasó la lengua entremedio de los omóplatos, para reseguir su columna vertebral y después besarle y mordisquearle los huesos del sacro.

—Es mi problema, Miz —concedió él—. Quiero tu rendición y no me la das. Pero no quiero perder la esperanza; espero que algún día reacciones a mí como quiero que lo hagas.

—¡Ya reacciono a ti! —Se apoyó en los codos y levantó la cabeza cuando sintió la intrusión de la lengua de Cahal entre las nalgas. ¡Entre las nalgas!

—No... —susurró él besándola en lugares oscuros y prohibidos—. Los vanirios somos seres muy posesivos y pasionales, Miz. Anhelamos la rendición de nuestras parejas porque nosotros queremos rendirnos también a ellas. Es una relación de complicidad y honestidad. Te tenía por una persona honesta...

—¡Esto no está siendo fácil para mí! —protestó; pero se le cortaron las palabras cuando él levantó sus caderas y la colocó de rodillas, mirando al horizonte de colores eléctricos que ya no desprendían rayos solares; por eso no le escocía la piel, no le quemaba. Miz miró su posición y notó la boca de Cahal lamiéndola alrededor de su zona trasera, más oscura. Después sintió una cachetada que le escoció y un mordisco en la nalga contraria, aunque sin llegar a clavar los colmillos, le estaba pellizcando la piel con fuerza.

Sus ojos se oscurecieron. ¿Qué era aquella sensación? ¿La estaba provocando? La fiera vaniria le miró por encima del hombro y le advirtió con un siseo:

—No juegues conmigo. —Sus pelos rubios bailotearon alrededor de su cara—. Ni se te ocurra, vanirio. El druida se colocó de rodillas tras ella y la acarició entre las piernas con sus dedos.

—¿Ni se me ocurra? —la miró a los ojos y levantó una ceja rubia. Ahí estaba la fiera, la cazadora, lo que él quería ver en ella; la mujer que no temía ni a sus instintos ni a sus necesidades. ¿Por qué era tan duro para Miz dejarla salir?

Lo intentaría un poquito más. Jugó con sus dedos en su entrada, húmeda y llena de crema femenina. El pene se le puso duro y tuvo hasta ganas de eyacular, incluso sin penetrarla.

Miz gimió cuando los dedos de Cahal apresaron su clítoris y lo pellizcaron con fuerza. Abrió las piernas todo lo que pudo y permitió que el druida siguiera tocándola de ese modo, hasta que sintió la otra cachetada.

—Vamos, tigresa —murmuró rozándole las nalgas rojas y escocidas con los labios—. Enséñame tus colmillos y te daré algo bueno de verdad. Ella se giró y clavó sus pupilas dilatadas por el placer en sus ojos azules.

—No lo haré. No te voy a suplicar más —aseguró ella, seria y afectada por su toque—. No soy como ellas, druidh —añadió con voz ronca—. Tómallo o déjalo —lo desafió. Por Dios, ese hombre le gustaba demasiado, se estaba enamorando de él. ¿Es que acaso no lo veía? Pero si la conocía como decía, debía comprender que no sabía darle lo que él quería. Demasiados años tras una coraza.

Cahal introdujo dos dedos en su interior y la modeló por dentro. Seguía siendo estrecha, pero estaba tan lubricada que las falanges entraban sin compasión hasta los nudillos. Frustrado por el control enfermizo de esa chica, sacó los dedos y dirigió la mano a su pubis.

—Voy a follarte, Miz. Tan duro, tan profundo y tan frenéticamente, que haré que llores de placer.

Ella apretó los dientes y se mordió la lengua para decirle que no le gustaba esa palabra, ni tampoco ese trato. Pero él se sentía derrotado porque las cosas no salían como quería, y ella se sentía mal porque era una auténtica incompetente emocional. Miz tocó su mente voluntariamente. Lo hizo para calmarlo.

Hazme el amor. No me folles. Dame tiempo y hazme el amor, Cahal.

¿Amor? Tú no sabes lo que es eso. Para amar hay que dejarse ir, nena; y tú tienes tu corazón en una jodida camisa de fuerza. Estoy cansado. Y no estás valorando el tiempo que nos dan.

Eso la hirió en lo más profundo. Puede que no lo supiera. Puede que la aterrara quererlo demasiado para luego perderlo a manos de Lucius y los demás.

El druida se cerró en banda; se posicionó detrás de sus nalgas e impregnó el miembro con la humedad de la joven. Dos mil putos años esperando, para encontrar a una cáraid que se lo iba a hacer pasar peor que cuando no sentía nada. ¿Qué broma era esa? Le acarició el clítoris, empalándola poco a poco con su enorme verga.

Ella se quejó y hundió el rostro en la nube. La sensación de él entrando en su cuerpo era asombrosa e intimidante en esa postura. Parecía que no se iba a acabar nunca. Ocultaría sus lágrimas, no se las mostraría.

—¿Lloras? —preguntó él tirando de su pelo hacia atrás y colocándola de rodillas. Lamió sus lágrimas y murmuró todo tipo de palabras tiernas e implorantes mientras la penetraba hasta el fondo—. Así. Sí, eso es... —emitió un rugido, obligándole a torcer la cabeza y mirarlo a la cara—. ¿Me sientes, Huesitos? —Impulsó sus caderas hacia adelante y ella apretó los dientes, tensa por las sensaciones—... ¿Sientes eso? —Rotó las caderas provocando que su vara acariciara las paredes internas de su sexo, y las obligara a relajarlas y a estirarlas—. Te estoy follando —acompañó cada sílaba con una estocada de su miembro.

Miz siseó y le abofeteó la cara. No supo cómo lo hizo. En un momento estaba sosteniéndole la muñeca de la mano que la acariciaba entre las piernas, y al otro le había dado una hostia. Pero se lo merecía.

¿Qué pretendía?

—Te estás humillando —contestó ella con fingida frialdad—. Suplicas que te quiera como un pobre animal apaleado. Soy tu pareja. Respétame.

Eso lo desató. ¡Esa mujer estaba ciega! La ayudaba a liberarse, no la obligaba a sentir placer. Cada orgasmo de Miz, cada hora con él, era otro cerrojo más que se abría en ella. Pero para ayudarla a encontrarse necesitaba, sobre todo, su total entrega y lucha.

—¿Eres mi pareja? —La acarició con más fuerza entre las piernas—. ¿De verdad lo eres? —Le mordió el labio inferior con fuerza y ella lanzó un grito desolado.

Se estaba corriendo, dominada por el vanirio poseedor de la magia más pura. Alcanzaba el éxtasis cuando él la estaba castigando de algún modo que ella todavía no alcanzaba a comprender. Y, después, el cielo se abrió definitivamente cuando él la mordió en el hombro, inmovilizándola como un animal, obligándola a recibir sus envites y su furia.

Miz cerró los ojos, le rodeó el cuello con una mano y lo besó. Lo besó porque comprendía

su resentimiento y su incomprensión hacia lo que ella le pasaba, y no quería herirlo.

Cahal aceptó el beso pero no permitió en ningún momento que ella descansara. Miz no quería ser valiente por él. Todavía no lo quería y eso lo entristeció mucho. Pero, al menos, haría que recordase durante toda la noche quién era el hombre que le hacía sentir ese placer doloroso entre las piernas, volviéndola gelatina y haciéndola llorar como una niña.

«¿Y si no me llega a querer nunca?» Ese pensamiento lo alarmó.

Había algo que estaba seguro. El uno no viviría sin el otro. Todavía no les había salido el comharradh, el sello de los dioses, y puede que a ese paso nunca les saliera; pero, si eso era así, ¿quería decir que se había equivocado con Miz?

¿Se había equivocado?

La joven cayó hacia adelante y se colocó a cuatro patas, mientras seguía corriéndose con Cahal. Él eyaculó en su interior y Miz tuvo otro orgasmo continuado y largo; uno que lo dejó agotada y semiestirada sobre la nube, a excepción de su culo en pompa, que sostenía el druida con una mano.

Ambos lucharon por recomponerse.

Miz respiraba profundamente, llenando de aire sus pulmones.

Con su rostro oculto tras su melena dorada preguntó:

—¿Puede... puede pasar eso? —preguntó con voz consternada.

—¿El qué? —Cahal se salió de ella y sin limpiarse apenas se subió los pantalones y los calzoncillos a la vez.

—Lo he oído, druidh —confesó reprochándole su actitud con aquellos ojos de hada—. ¿Crees que te has equivocado conmigo? Cahal se pasó la mano por el pelo rapado y se encogió de hombros. —Creo que si el destino ya está escrito, Miz, y tú eres de verdad mi pareja, entonces, yo tengo typpex para rectificarlo. No quiero a mi lado a una mujer que no acepta su naturaleza, que se reprime y que duda de lo que siente por mí. ¿Qué más necesitas para darte cuenta de que estaré a tu lado siempre? ¿De que soy lo que te hace falta? Solo te estoy pidiendo que te dejes ir, que dejes de desconfiar de mí. Solo eso. Y no lo haces —le recriminó—. Entonces, yo tampoco quiero estar contigo.

Ella se puso de rodillas y lo miró entre asustada y ofendida. ¿La estaba rechazando? ¿Le estaba diciendo que no la quería? —Hace un momento has dicho que estabas orgulloso de mí, ¿y ahora me estás negando?

—Sí —se abrochó el botón del pantalón y se relamió la sangre de las comisuras de los labios—. Y lo estoy, nena. Estoy orgulloso porque eres valiente, decidida e inteligente. Pero los cáraids no viven del orgullo. No viven de eso, Huesitos. Hay algo básico entre nosotros, y no se trata solo de la atracción y de lo importante que es nuestra sangre. Se trata del amor, de la conexión de las almas afines. Sí, sé que no crees en eso —se acuclilló delante de ella y la miró con compasión, sabiendo que eso era lo que ella más odiaba; la compasión y la condescendencia. Necesitaba que la joven reaccionase y esperaba jugar bien sus cartas—. Pero es nuestra base. Y si no funciona contigo, si no está funcionado contigo, entonces, puede que nos hayamos equivocado en algo —sonrió con desinterés—. Aileen y Caleb lo lograron. Daanna y Menw también. Iain y Shenna, Gwyn y Beatha... Contigo algo va mal. Pero al menos, nuestros cuerpos tienen mucha química, eh, nena. Te acabo de echar un polvo tan bueno que has visto el mismísimo cielo —dio una vuelta a su alrededor y abrió los brazos intentando abarcar las nubes y todo el horizonte.

Miz agachó los ojos y se levantó con lentitud, con tanta dignidad que parecía una reina.

¿Sabía que la estaba hiriendo con sus palabras? Seguro que sí. Seguro que esa era su intención. El muy cabrón. En silencio, se subió las braguitas y los pantalones, y cubrió su sujetador con la camiseta blanca. Se retiró los mechones rubios de la cara y levantó la barbilla temblorosa.

—Estás enfadado porque no te he dicho que te quiero. Qué ridículo —espetó con falsa sorna, empleando la frialdad tan bien aprendida desde que se quedó sola y huérfana—. Eso es todo.

La frustración se reflejó en la mandíbula del druida.

—¡Estoy enfadado por equivocarme! —gruñó mirándola con desdén—. ¡Me cabrea que mi cuerpo reaccione a ti cuando tienes escarcha en las venas, mujer! Me cabrea que seas mi cáraid. Por eso repito que, si es así, voy a cambiarlo.

¿Escarcha en las venas?

Ella abrió la boca y no supo cómo replicar. Escarcha en las venas... cuando sentía que se deslizaba su semilla entre sus piernas..., ¡Qué hijo de perra! Las palabras eran como puñales. Si daban en el centro de la diana, lo único que podías hacer era tener la misma puntería. Pero ella no sabía lidiar con él, ni tenía demasiada puntería; y la verdad era que le había hecho daño con sus acusaciones. Sus ojos se llenaron de lágrimas de tristeza. Con él podía estar tan bien que sentía que volaba, igual que podía sentirse como una desgraciada falta de amor y de comprensión. El cielo y el infierno en una sola palabra, en un solo roce, en un solo gesto de Cahal. Por eso, sabía que estaría perdida si reconocía lo que sentía por él.

Se sintió ridícula por quererquelaabrazaracuandolaestabarechazando tan abiertamente. ¿Y su orgullo dónde estaba? Ah, sí: lo había perdido en su orgasmo múltiple.

—Conmigo estás aprendiendo mucho, Miz.

Ella se limpió las lágrimas con un manotazo rabioso de su mano.

—Sí. Estoy aprendiendo que los vanirios solo follan, no hacen el amor; estoy aprendiendo que convierten a mujeres sin que sean sus cáraids; ¡que las engañan para que se relajen con ellos y luego se la puedan meter doblada! Sí, rubio, tómatelo en el sentido literal, porque me la has metido muy bien —aseguró llena de rencor—. Y también me ha quedado claro que lo único que les interesa de sus parejas es su sangre y que tengan una buena cueva entre sus piernas. No les dan tiempo para que se aclimaten aunque las hayan convertido a la fuerza, ¡aunque este sea un mundo completamente nuevo para ellas! ¡Lo quieren todo y al momento! ¿Y sabes qué he aprendido?

—¿Más cosas? Increíble. Dio dos pasos hacia él e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo directamente a la cara.

—Que puede que me hayas dejado embarazada, aunque a las vanirias les cueste concebir. ¿Qué? ¿Sorprendido? Cierra la boca, druida. Aileen me ha hablado de todo, cosa que tú no has hecho. Y, aún sabiendo que puedo llevar a un niño tuyo en mis entrañas, me desechas como un trapo sucio.

—Eso es altamente improbable.

—¡Cállate! ¡Me tratas como a una cualquiera! Como a una de esas miles de mujeres con las que te has acostado, ¡porque no me encontrabas! ¡Y ahora que me encuentras, me pones a cuatro patas, y me haces mirar el atardecer para echarme un polvo y luego decirme que no soy tu cáraid!— Intentó tranquilizarse, pero el dolor estaba arrasándola como una supernova—. ¡Estás jugando conmigo y no me dá la gana! ¡Hijo de puta!

—Respeto a mi madre —respondió él sintiendo su dolor, pero fingiendo indiferencia. Tenía

que interpretar su papel hasta las últimas consecuencias.

—¡Respétame a mí! ¡¿No soy tu mujer?! ¡¿No soy tu pareja?! ¡¿Acaso no te he devuelto el don?! —Las lágrimas surcaban su cara como cascadas de agua salada. Lo empujó con todas sus fuerzas, pero lo hizo tan mal que se resbaló y chocó contra su pecho. Odiaba hacer el ridículo. Odiaba que, incluso, odiándolo como hacía en ese momento, le escocieran los colmillos por volver a beber de él. Se envaró cuando él le puso unas repelentes y consideradas manos sobre los hombros, y dio un salto hacia atrás, apartándose de su cuerpo.

A Cahal le picaban los dedos por atraerla y abrazarla; para decirle, justamente, que le molestaba tanto precisamente porque era su pareja y porque no estaba bien que ella no reconociera los sentimientos que tenía hacia él. Quería a la Miz apasionada. Quería que ella dejara de temer al amor. Que dejara de esconderse de él y de lo que los dos eran el uno para el otro.

—No me toques. Cuando acabes con tu tippex y me borres de tu destino, préstame un poco para borrarte a ti del mío. —Contraatacó ella con un pundo único.

El druida sonrió agradecido, haciendo una reverencia, inmerso en su papel desinteresado y apático. —Será un placer, listilla. Ahora, no perdamos más tiempo. Tenemos que arreglarnos y ponernos guapos para joder a Lucius. Miz no esperó a que le diera ninguna orden. Saltó al vacío, poniendo en práctica su nuevo don. Cahal observó el esbelto cuerpo de la científica dirigiéndose al Jubilee Park, y rezó por no haber ido demasiado lejos con sus palabras. ¿Miz se recluiría o, finalmente, reclamaría el trono que le pertenecía?

Waterloo Road

IMAX

El IMAX de Londres, concretamente el que había en la calle Waterloo, era un anfiteatro circular espectacular. Estaba ubicado en una rotonda en la que confluían la calle York, Waterloo, Tenison y ST Stamford.

Lo rodeaba un jardín ascendente y se había construido a un nivel superior que las carreteras y las autopistas que lo rodeaban. No obstante, debido a la magnificencia del evento, habían vallado la rotonda, y en su interior habían colocado las carpas en las que se iba a celebrar la fiesta de MARVEL. Los londinenses iban a acabar de Iron Man y Thor hasta las mismísimas narices.

El IMAX estaba cubierto por unos paneles reflectantes que emitían imágenes. En ellos se veía el cartel de la película y el patrocinio de MARVEL en la fiesta temática.

Cahal se sentía como una auténtica mierda. Esa era la realidad.

Hablarle de ese modo a su pareja había estado muy mal; él nunca debió decirle esas cosas pero, a lo mejor, su ataque, su ofensiva, daba resultado esa misma noche, y él al final, podría tener su sello en su piel. Uno como el de Caleb, Menw, Gwyn... Los envidiaba en secreto. Se sentía feliz por ellos. Pero también él codiciaba aquella marca que lo proclamaba como un ser realmente amado y no solo deseado.

Dos mil años sin sentir nada era demasiado tiempo. Y, ahora, después de probar a Miz, ya no se conformaba con el cariño y el deseo. Todas las mujeres lo deseaban, pero él quería más. Quería lo otro también. El plato grande. El amor.

Y Miz no podría amarlo hasta que se diera cuenta de cuánto amaba él todo de ella. Incluso esa parte oscura y dominante que no quería sacar a relucir. Ah, pero lo haría. Lo haría porque él había dado en la llaga. Y la científica tenía un amor propio de cojones. Esa noche, o lo enviaba a la mierda, definitivamente, o decía alto y claro ¡aquí estoy yo, cigoto! De momento, no dejaba que entrara en su cabeza, la muy arpía. Sabía protegerse muy bien.

Sonrió ante aquel pensamiento.

La joven creía que las miles de mujeres que se había llevado a la cama significaban algo para él. Pues no. ¿Era un cabrón? Seguramente sí. Pero cada una de las mujeres a las que había satisfecho, era una búsqueda desesperada por encontrar a Miz.

Hasta que ella lo encontró a él.

Las luces de los helicópteros, que surcaban el cielo y alumbraban la rotonda y la multitud disfrazada que salía del cine. Lo enfocaron levemente. Estaba apoyado en una farola, esperando el momento en el que esa figura de iridio y osmio hiciera presencia.

—Se va a liar una bien gorda, colmillos. Cahal miró por encima del hombro y saludó con un

gesto de la cabeza a Noah, que en esos momentos era Capitán América. —Soy Thor para ti, chucho —contestó cruzándose de brazos y agarrando la imitación de Mjölfnir con fuerza.

Noah observó su atuendo e hizo una mueca con los labios al mirarle la cabeza. Llevaba un casco plateado con dos alas doradas en las sienes que se alzaban hacia arriba.

—Supongo que al ser hijo de Odín hay que tenerte un respeto. La pena es que parezcas un hortera con esas mallas azules y las botas doradas. ¿Y esa capa roja? ¿Se la has quitado a Superman?

—Y me lo dice un tío que tiene unas alas de mariposa en la cabeza. Las mías son más grandes —sonrió vanidoso—. Igual que mi polla.

—A ti te desterraron por creído gilipollas, ¿me equivoco?

—Y a ti te congelaron, ¿verdad? Oye, ¿y todavía eres virgen?

Noah sonrió y estudió su escudo con la estrella blanca en el medio.

—¿Sabes lo que saldría si Thor deja embarazada a una Thortillera? Tendríais una Superthortilla. No dejes nunca embarazada a Miz. El chiste hizo gracia a Cahal; pero lo miró de refilón, perdonándole la vida. —Miz no es tortillera, te lo aseguro.

—Lo sé. Apestáis a sexo heterosexual los dos —confesó sin ningún ápice de vergüenza—. La científica tiene las hormonas tan disparadas que está a punto de hacer que un montón de hombres se colapsen a su alrededor.

Cahal se giró y lo encaró. No le gustaba que otros husmearan a Miz. Ella era suya, no tenía por qué olerla el berserker de los ojos amarillos. —Chucho, vete a cazar comunistas y déjame tranquilo. ¿Qué coño haces aquí? Tú debes de estar en el otro lado, joder. —Miz me gusta —añadió resuelto, ignorando si ofendía o no con sus comentarios—. ¿La has visto con el traje? —le preguntó picajoso.

No. Cahal todavía no la había visto. Las chicas estaban en otra zona, vigilando a la avalancha que salía del cine. Aquella fiesta tenía la pinta de ser una discoteca improvisada, con podios y zonas vips. Puede que en un momento dado necesitaran la distracción que los bailoteos de Ruth o el descarro de Aileen podían provocar al personal. La joven Cazadora y la híbrida estaban preparadas para cualquier cosa.

Pero no. No había visto a Miz, ya que, para no levantar sospechas, habían llegado al IMAX los unos separados de los otros.

Ahora solo quería cubrirla con una sábana y llevársela de las miradas de los demás. Pero no podía. Ella quería estar ahí e intentar ayudar. Y él tenía que dividir su atención entre controlar al personal, que iba todo disfrazado sin excepción, y cuidar de su cabreada y despechada cáraid.

—La científica no se toca —le amenazó con el martillo—. Te lo advierto, Noah.

Noah sonrió y sus ojos amarillos se aclararon.

—Ella ha cambiado. Y tú también —confesó el berserker—. Antes, estar a tu alrededor era como estar con un espectro. Podías fingir con los demás, podías mentir y afirmar que todo iba bien... El cachondo de Cahal —espetó, pasando la mano por su escudo—. Pero nada iba bien. No sentías ni una puta cosa. Eras como un fantasma.

El vanirio levantó la barbilla, se recolocó el casco alado y cuadró los >hombros.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Soy un ser empático —se encogió de hombros; y al hacerlo el hombro herido lo fustigó. Colocó su mano sobre la herida—. En cambio, ahora eres todo emoción. Como un volcán visceral y emocional que no sabe cuándo ni cómo explotar.

El latehadevueltoelcorazónylasensibilidad en los huevos.

Cahal rechinó los dientes. Joder con el chucho. Tenía toda su atención ahora.

—Y tienes a la cachorra completamente acojonada —añadió mirando a través de la multitud—. Miz tampoco sentía, tampoco disfrutaba de lo que la rodeaba. Tenía miedo de todo. Pero ahora solo te teme a ti.

Eso él ya lo sabía. Su listilla no sabía lidiar con el despertar de sus sentidos y con reconocer que él le gustaba tanto que estaba a punto de entregarle su corazón.

—No la presiones más —ordenó Noah.

—Tengo que hacerlo —zanjó él secamente—. Mira dónde estamos. Seguramente esta noche peleemos, nos pondremos en peligro y nadie sabe lo que nos va a suceder. ¿Seguiremos vivos? ¿No lo haremos?

—Las nornas sabrán lo que dice su tapiz. —Las nornas pueden seguir hilando tanto como quieran. Yo decido mi propio destino. No ellas. Tengo prisa. No me quiero perder...

—Tienes miedo de que uno de los dos muera sin haberos dicho lo que de verdad sentís el uno por el otro. Estás necesitado de cariño, deseando que te acepten, que ella lo haga. Estás tan pillado... —apuntilló afinando la voz—. Mi personaje pasó cincuenta años congelado. Pero... Dos mil años muerto es demasiado tiempo.

Cahal abrió la boca y luego la cerró de golpe. Noah soltó una carcajada.

—¡Vaya putada, tío! ¡Si en el fondo eres un romántico!

Cahal apretó los puños y tuvo ganas de arrancarle la cabeza rapada de pelo casi blanco de un martillazo. El berserker se reía de su aflicción. —¿La A blanca que llevas en la frente es de

«anormal»

? —le preguntó provocador. Noah le dedicó una perfecta sonrisa de dientes rectos y brillantes, disfrutando de su malestar.

—Te deseo suerte —le hizo un saludo militar con dos dedos—. Ojalá solucionéis vuestro problema, porque es muy incómodo estar a vuestro alrededor, tío —se hizo sitio para caminar entre la gente y dirigirse hacia su posición, pero el druida lo detuvo amarrándolo del antebrazo.

—¿Por qué no cicatriza tu herida? —preguntó con retintín.

—¿Qué herida? —sus ojos amarillos se oscurecieron.

—La de tu hombro. Veo una especie de fuga en tu campo etérico y sale de tu hombro.

¿Por qué? Los berserkers os regeneráis como nosotros.

Noah retiró el brazo de un tirón.

—No lo sé.

—Yo podría ayudarte —se ofreció humildemente—. Ya sabes, no te voy a pagar por esta consulta amorosa, pero podría restablecer esa herida. —¿Con tus nuevas dotes de peluquero? —preguntó sin inquina. —Con mis dones de druida, perro. Si quieres, claro. Noah movió el hombro herido. No era una herida aparatosa pero sí incómoda.

—Es una herida sin importancia. Ya cicatrizará. Aun así, gracias... DocThor —sonrió alejándose de él y mezclándose entre el gentío—. ¡Ah, por cierto! —le gritó mientras se camuflaba con la gente—. Miz se va a dar cuenta de que la estáis utilizando como cebo. No es

precisamente tonta, ¿sabes? Atará cabos y se dará cuenta de que está aquí para ver si Lucius se muestra y va a por ella.

Claro que lo sabía. Y contaba con que se diera cuenta y estallara.

Cahal entrecerró los ojos. ¿Quién le había hecho esa herida y por qué no quería sanarla? Al parecer, todos tenían secretos vergonzosos. Él estaba desesperado por obtener la rendición de Miz. Noah, en cambio, quería seguir manteniendo una herida abierta en vez de cerrarla.

El secreto mejor guardado era el nunca revelado.

Miz se tocaba el antifaz negro que llevaba amoldado a la parte superior de las cejas y a los pómulos. Estiró con elegancia la punta de sus guantes de cuero negro que le llegaban cinco dedos por encima del codo. Su body negro de cuello alto y sin mangas, con un rayo amarillo en el centro del pecho, se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Al menos, podía llevar aquel extraño pareo rojo que le cubría las nalgas y no la exponía tanto como ella se imaginaba. Llevaba el pelo rubio suelto, y unas increíbles botas negras con tacón que le llegaban hasta medio muslo.

Daanna McKenna, que era Wonderwoman, se colocó a su lado y la miró de arriba abajo.

—Te queda muy bien el traje, novata.

Miz puso los ojos en blanco. Todo el mundo la llamaba novata. Mataría a Daimhin.

Daanna estaba espectacular. Era una belleza exótica y deslumbrante. Esa mujer estaba embarazada, admitía hablar con su feto, y se hallaba ahí dispuesta a luchar.

—¿Por qué no te quedas en el RAGNARÖK? —preguntó Miz, visiblemente preocupada.

Daanna parpadeó confusa al detectar el desasosiego de Ms Marvel.

—¿Estás angustiada? ¿Por mí? —Daanna no salía de su asombro.

—Tienes a un niño en tus entrañas. No entiendo qué haces aquí.

—Menw, Beatha, Gwyn y yo nos encargaremos de inducir mentalmente a los humanos que hay aquí, en caso de que la intervención sea necesaria. Los controlaremos.

—Pero... Pero te pondrás en peligro.

El rostro de Daanna se suavizó. Miz era una vaniria, tenía colmillos y era la pareja de su cuñado. Se estaba esforzando por encajar; y admiraba su determinación y que no se escondiera. —Tu hijo... Aodhan es importante para el clan y para el Ragnarök, ¿verdad? —Aileen le había hablado de ello.

—Sí. Así es.

—Entonces, ¿por qué te expones?

—Porque me he pasado toda la vida recluida. Me han sobreprotegido y me he hartado. Y soy una guerrera, está en mi naturaleza —puso sus dos manos sobre su vientre plano—. Aodhan lo sabe; y él me dice que tengo que estar aquí. Me protege —sus ojos verdes eléctricos se tiñeron de calidez y amor incondicional—. Y Menw no permitiría jamás que me sucediera nada.

—Eso espero. Me... Me pone nerviosa pensar que hay una guerrera embarazada entre nosotros. —Tranquila. No me va a pasar nada —Daanna carraspeó y tragó

saliva—. Tú procura no exponerte demasiado. Abre bien los ojos y busca a Lucius entre la multitud. Ya sabes lo que nos toca hacer a los demás. No te metas en peleas, y observa. Nos avisas de cualquier movimiento. Traerán a Iron Man en un helicóptero. Nosotros manipularemos a los presentes y les haremos creer que la entrega de la estatua está sucediendo con normalidad.

—Sí, señora. Ya sé lo que tengo que hacer. Daanna sonrió. Miz odiaba las órdenes porque estaba acostumbrada a darlas. —Yo me quedo con ella —Daimhin apareció tras ellas como una adorable Supergirl.

Miz sonrió al verla. Casi les igualaba en altura. Miz y Daanna eran igual de altas; a Daimhin le faltaba dos dedos para alcanzarlas. Delgada, de suaves formas, atlética y con unas espléndidas abdominales; su top de manga larga azul y con el escudo rojo y amarillo con la S grabada en el medio; la falda era roja y extracorta, con el cinturón dorado; llevaba unas botas rojas hasta las rodillas y tenía su recién recuperado pelo rubio sujeto con una pequeña diadema roja brillante. La capa ondeaba a su alrededor, como una auténtica heroína. Daimhin iba de intrusa, porque era un personaje de DC Cómics y no de Marvel. Pero eso ya daba igual.

—Supergirl y Ms Marvel —comentó Ruth, disfrazada de Viuda Negra, buscando a Adam con sus ojos ámbar. —Sabéis que yo soy vuestra líder, ¿verdad? —Miz habló con petulancia.

—En tus sueños húmedos, guapa —contestó Ruth echándose a reír—. Seguro que nunca has visto a tanta mujer bonita por metro cuadrado y tus rayos X se lo están pasando pipa.

Miz arqueó una ceja rubia y le echó una vistazo a través del antifaz.

—Lo que mis rayos X están detectando es demasiada silicona —confesó viendo a todas las modelos contratadas por la productora para hacer las delicias del personal—. Y Scarlett Johanson tiene mucho más pecho que tú, Ruth.

—Cierra la boca, Cyborg. El ego y el orgullo de la científica se puso a dar palmas, y miró a Daimhin con simpatía.

—Vaya, vaya... Daimhin. ¿Me vas a hacer compañía?

—Alguien tiene que cubrirte las espaldas, novata —Daimhin se encogió de hombros y oteó a la multitud: todo hombres que las rodeaban embobados.

—¿Y tu katana? —preguntó Daanna.

—Oculto tras mi capa —contestó la joven.

Aileen, en el papel de Electra, alejaba a todos los hombres con una mirada desafiante de sus ojos lilas. Las chicas llamaban la atención masculina, y era inevitable. —El helicóptero llega en dos minutos —informó apretando el

comunicador de su oído—. Lo custodian cuatro helicópteros más de seguridad. Dejarán la figura en la plataforma central. Ojos avizor, chicas. Y a vuestras posiciones.

Menw, que iba disfrazado de Spiderman, saludó a todas, se colocó tras Wonderwoman y le susurró al oído:

—Gwyn y Beatha ya están listos. Arriba, pantera —entrelazó sus dedos con ella y se fueron a una esquina, retirada de los demás, para dar un salto y alzarse por las nubes.

Un impresionante Batman, ahuyentó a los machos disfrazados de Greenlanterns, Spiderman fofos, Supermans con entradas y Lobeznos sobrehormonados. Cubrió a Ruth, protegiéndola de los ojos de los demás y le dijo:

—El puto piercing me está matando, nena. La máscara me va pequeña.

Ruth sonrió a su Adam y le acarició la mandíbula.

—Lobito, estás impresionante de murciélago.

Adam tiró de ella y se la llevó de allí, rezongando y gruñendo divertido. Tenían que rodear la zona y cubrir todas las entradas y salidas. Se oían las hélices del helicóptero aproximarse al IMAX. Miz miró alrededor, nerviosa, esperando ver a Cahal. Le habían dicho que iba de Thor, pero ella no lo había visto todavía.

Después de su discusión en las nubes, se había ido tan afectada y mal que no quiso verlo

en lo que quedaba de tarde. Cerró su mente a su intrusión mental y la alejó de ella.

En realidad, el vanirio la había destrozado con sus palabras. Ella fingía estar bien y tenerlo todo bajo control, pero su estado anímico distaba de ser el idóneo.

Cahal la había herido como nunca nadie lo había hecho. Le había dado donde más le dolía. Sabía que era una persona fría, que le costaba expresar sus sentimientos, que no sabía cómo hacerlo, y se había metido precisamente con eso. Pero la imposibilidad de hablar de sus emociones, no quería decir que no sintiera nada. Sentía. Sentía más de lo que podía, y por eso sus acusaciones la habían rajado como cuchillos.

Pero tenían un plan que seguir: Aileen había dado las órdenes a las guerreras. Y Caleb a los guerreros; y todos tenían órdenes precisas. Ella intentaría localizar a los enemigos entre la multitud, pero allí había miles de personas, y todos disfrazados a raja tabla.

No era fácil. Se concentró, dispuesta a alejar la desolación del rechazo del druida, y decidida a ayudar a su clan.

—Novata —Carrick apareció al lado de su hermana. Era Cíclope. Vestía de azul y amarillo, con un mono ajustado que marcaba su cuerpo fibrado. Las gafas futuristas y amarillas con el cristal rectangular negro le daban un aspecto desafiante y muy serio—. No te alejes de nosotros.

No lo iba a hacer. Sabía luchar, pero no controlaba su cuerpo tanto como lo hacían ellos. Todavía no. Por eso los dos hermanos serían sus guardaespaldas. Y, al parecer, Beatha estaba de acuerdo con ello, ya que permitía que sus dos hijos recuperados estuvieran junto a ella, defendiéndola y apoyándola.

De repente, se escuchó un fuerte clamor. Los paneles que cubrían el IMAX se apagaron. La multitud rugió, todos inmersos en sus papeles de superhéroes.

En ese momento nada le preocupaba. Ni los conflictos en su planeta, ni la crisis, ni siquiera que muchos de ellos no pudieran llegar a final de mes. Nada tenía importancia cuando vivían sus sueños y estaban inmersos en la realidad que les gustaría experimentar.

Miz los miró con lástima y también con comprensión. Todos tenían derecho a vivir sus sueños, ¿por qué no? Y nadie debía decirles cómo hacerlo. Así que los admiró por disfrazarse, por reírse de la sociedad que no los comprendía, por ponerse el mundo por montera y soltar unas cuantas carcajadas. Pero todos querían ser superhéroes, y sin embargo, no eran lo suficientemente valientes como para encarar a los villanos. Por eso su mundo iba tan mal.

Un foco central alumbró la plataforma metálica en la que iría la famosa estatua del escultor Christian Bolsö. Un regalo a Londres.

El regalo le iba a salir muy caro.

La música atronadora emergió de los potentes altavoces. Where have you been.

Daimhin y Carrick se miraron el uno al otro, como dos asesinos a sueldo que no iban a permitir que nadie se acercara a la científica.

I've been everywhere,

Looking for someone

Someone who can please me

Love me all night long

—Mira bien, Ms. Marvel —susurró Daimhin—. Lucius tiene que estar por aquí. Si te ve, vendrá a ti.

Miz recibió esas palabras como un jarro de agua helada. ¿Por qué no se había dado cuenta? No creían que fuera a luchar; tampoco tenía grandes dotes como para presentar batalla y ayudarles. En teoría solo estaba ahí para detectar a Lucius o a cualquiera de la organización en la que había trabajado.

Pero la verdad era que la usaban como señuelo.

Miró a su alrededor. Los berserkers y los vanirios que estaban ahí miraban hacia donde ella estaba, no cuidándola, sino controlando quién se acercaba a ella.

Cahal también lo sabía.

La ira la barrió por dentro y provocó que temblara.

La multitud empezó a dar palmas al ritmo de la música mientras el helicóptero con el Iron Man de iridio hacía acto de presencia. Sostenía la estatua con unos cables negros, y esta estaba cubierta por un manto negro y plateado.

Para cuando el helicóptero, rodeado por los de seguridad, se posicionó sobre la plataforma, la gente ya estaba completamente loca, haciendo todo tipo de gestos con las manos, vitoreando a su ídolo de metal.

Por Dios, el ser humano estaba loco.

Miz vigilaba a todos. Pero en caso de que Lucius y los demás estuvieran ahí, ¿cómo iba a reconocerlos? ¿Su olor? Si llevaba desodorizante iba a oler una mierda. ¿Por su aspecto? Si tenía una máscara, ya la habían cagado. Ella y todos.

A su parecer, allí podía haber cien vampiros; y ahora gracias a la terapia Stem Cells y a los disfraces no iban a detectar a ninguno. Le entró la ansiedad y se puso nerviosa. Miró a todos y cada una de las personas que la rodeaban. Sintió miedo, ellos podrían ser cualquiera. Carrick se acercó a ella y, voluntariamente, cosa que nunca hacía, le puso una mano sobre el hombro. La tocó.

—Tranquila —le dijo—. Estamos contigo.

Ella asintió y se concentró de nuevo.

¿Por qué hacía eso? ¡Ellos la querían como carnaza para la bestia! La habían puesto ahí en medio para ver si venía Hummus, Lucius, Patrick o cualquiera de ellos en su busca.

El helicóptero se quedó suspendido sobre la plataforma durante unos segundos. Entonces, sucedió algo increíble. Dos de los cuatro helicópteros de seguridad se lanzaron contra los otros dos restantes, y colisionaron, explotando en el aire.

El helicóptero con la estatua esquivó las explosiones y salió a toda prisa, dirección a algún lugar que nadie conocía.

Miz abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

El pánico se apoderó de los asistentes y empezaron a correr los unos contra los otros, chocándose y pasando por encima de los cuerpos que quedaban en el suelo.

—¡No pueden caer! Los helicópteros van a matar... ¡No pueden caer sobre la gente! —gritó mientras los señalaba estupefacta. Y en ese momento, una figura de un guerrero de capa roja, armadura metálica y casco plateado, con el pelo largo y rubio y un martillo en las manos, levitó entre las naves en llamas. Cerró los ojos, y un viento frío y poderoso en forma de tornado, se llevó los helicópteros y los alejó de la zona en la que había la gente.

Where have you been

All my life

All my life

Where have you been all my life

—¡No te preocupes por ellos! —gritó Daimhin—. Mis padres, la Elegida y el sanador están asegurándose de que nadie salga herido. ¡Los están guiando para que salgan de aquí!

Pero Miz no miraba a la gente. Miz solo tenía ojos para Cahal. Thor, el dios del Trueno, estaba trabajando para proteger a los humanos.

Cahal, el druida, quería que Lucius la encontrara. Su supuesto cáraid... Tenía el pelo rubio, largo como cuando lo había conocido, y algo en su interior, en cuanto lo vio, estalló en mil pedazos. Era tan hermoso. Y lo quería. Pero él a ella no. Sino, ¿por qué iba a exponerla como un trozo de carne con ojos?

Él abrió los ojos y su brillo azulado y mágico se clavó en ella.

Miz tragó saliva y sus ojos se llenaron de lágrimas sin derramar.

Bum. Bum. Bum.

Su corazón enloqueció. Pero poco pudo hacer para seguir admirando su perfección. Cahal hizo como si no la viera y se lanzó a por el helicóptero que había huido. A él se le unió Daredevil, que no era otro que Caleb McKenna.

Ambos iban a recuperar la estatua.

Ella quería seguirlo. Anhelaba ayudarlo. Demostrarle... ¿Qué pretendía demostrar? ¡Lo que quería era patearle su bonita cara por no explicarle las cosas! ¿Tanto habría costado decirle lo que querían de ella? «Miz, queremos que Lucius te vea. Y que se acerque a ti. Y entonces, ¡zas! Lo apresamos y todos contentos».

Dio un paso adelante, decidida a volar junto a él; pero un grupo formado por varios Hulk con colmillos se interpuso en su camino. Daimhin sacó su katana, y Carrick inclinó la cabeza hacia un lado.

Ahí estaban los vampiros.

Miz levantó la mirada. Había algo que no iba bien. Sentía la presencia negativa y oscura del mal a su alrededor. Y no era por los nosferatus.

Se trataba de algo putrefacto, algo mucho más negro que cualquiera de esos chupasangre.

Dio una vuelta sobre sí misma y se encontró con un humano; uno corrompido disfrazado de Iron Man que venía a por ella con un cuchillo en mano. El individuo intentó cortarle en la cara.

—¡Mierda! —Se agachó y esquivó el navajazo; pero cuando iba a responderle con una patada en el estómago, una flecha iridiscente se clavó en la frente del zombi.

Miró por encima de su hombro y halló a Ruth lanzando flechazos a todo el que se moviera. ¿Qué pasaba? ¿Los humanos también iban en contra de ellos? Parecían poseídos.

—¡Magia seidr! —exclamó Ruth—. ¡Posesiones! ¡Todos contra todos, novata! ¡Abre bien los ojos! Las flechas de Ruth tocaban el alma. El humano estaba paralizado en el suelo, echando espuma blanca por la boca.

Carrick y Daimhin se encargaban de los vampiros con una frialdad y una precisión apabullante. Eran impresionantes guerreros y, por lo que sabía, su instrucción empezó hacía poco, justo después de rescatarlos.

Ella se levantó lentamente del suelo. También podía luchar, no tenía por qué esconderse. Algo sabía.

Se lanzó a por un vampiro; le dio un rodillazo en la cara y clavó sus dedos en su tráquea. Ellos lo hacían así, ¿no? Y ella sabía muchísimo de anatomía. Por eso tenía también la licenciatura en Medicina. Se la extirpó con fuerza, y este cayó al suelo desplomado. Conocía la teoría de todo, ¿por qué no podía ponerlo en práctica?

Se había salpicado con la sangre putrefacta del vampiro. Tenía las mejillas manchadas y el top moteado con gotas rojas.

La guerra se desató sin cuartel.

Y mientras ella y los demás peleaban, solo pensó en que eso no serviría de nada si Patrick, Lucius y Hummus conseguían el iridio y el osmio antes que Cahal y Caleb. El centro electromagnético estaba a pocas horas de activarse en toda su plenitud; y Newscientists no iba a perder el tiempo. Lo necesitaban ya si no querían perder la oportunidad de abrir un portal permanente. Heimdall no estaba en el Asgard, y si entraban allí.. ¿quién iba a detenerlos?

Cahal y Caleb alcanzaron al helicóptero, que esta vez sobrevolaba la zona del Hyde Park. Caleb se sacó el antifaz de Daredevil y dejó su melena negra al viento. Sus ojos verdes divisaron el interior de la cabina de vuelo.

Los dos pilotos eran una pareja de vampiros. Habían asesinado a los pilotos militares y pretendían hacerse pasar por ellos. Estaba todo orquestado. Los helicópteros colisionados habían levantado la humareda en el ambiente y provocado la confusión y la histeria en los participantes del evento. Los nosferatus y los lobeznos actuaban mejor en medio del caos, y eso lo habían conseguido. Pero no contaban con que ellos estuvieran ahí.

—¡Cahal! Suelta la maldita estatua y llévatela de aquí —ordenó el líder del clan vanirio—. Yo me encargo de estos dos.

Los vampiros sonrieron y dispararon a Caleb con balas de luz diurna. Este las esquivó, dio un par de volteretas en el aire y aterrizó de cuclillas sobre el cristal de la cabina. Alzó el puño y atravesó el cristal, para agarrar del pescuezo al vampiro que pilotaba y sacarlo de la butaca de pilotaje.

El vanirio le enseñó los colmillos y gritó como un animal. Hundió el puño en su pecho y arrancó su corazón podrido y palpitante, lanzándolo tan lejos como pudo.

El nosferatu cayó en picado y, mientras lo hacía, su cuerpo se desintegró en el ambiente.

Cahal, por su parte, desataba las cuerdas metálicas pero, al hacerlo, sus manos se quemaron. Miró sus palmas y después estudió los cordeles que sostenían el Iron Man de iridio. Los habían rociado con ácido.

Sostuvo la estatua por la base; pesaba unos quinientos quilos de iridio y osmio hibridado, pero estaba hueca por dentro.

Al horizonte, levitando en el cielo, un grupo de unos veinte vampiros vestidos de negro esperaban la recepción de la estatua. Pero al ver que el helicóptero daba tumbos y que un tío disfrazado de Thor la intentaba liberar, se dirigieron hacia ellos, dispuestos a atacar a Cahal.

Caleb entró por la puerta derecha de la cabina y dio una patada en la cara al copiloto. El vampiro lo atacó, olvidándose de los mandos de la aeronave. El keltoi le hizo una finta hacia a la izquierda, eludió la garra afilada del no muerto, y le asió la muñeca para partírsela con un

movimiento seco. Después lo sujetó de la nuca, sacó su puñal distintivo keltói y se lo clavó en el corazón.

Entró en la cabina y tomó el control de los mandos.

Los vampiros se les echaron encima.

—¡Vuelan más rápido que nosotros! —gritó Caleb—. ¡Haz algo, maldita sea! ¡No pueden hacerse con el iridio!

Cahal pensó cuál era la mejor opción. Veinte vampiros contra dos vanirios sería una lucha digna de ver; pero no estaban en igualdad de condiciones, ni mucho menos. Podían llevarse el metal.

Cahal cerró los ojos y musitó poniendo la mano sobre los pies de Iron Man:

—Ni nosotros, ni vosotros, cabrones. Blàths an teine. La calidez del fuego. Deshace lo sólido y lo convierte en líquido —murmuró concentrándose en sus dones. El poder de decretar, la cualidad de actuar sobre la materia. Manipulación cuántica.

Al decretar su orden, la estatua del superhéroe empezó a deshacerse, convirtiéndose en líquido y escurriéndose como un helado a través del cielo. Parecía que llovieran gotas de acero negro.

Los vampiros le atacaron y le mordieron, pero él no podía dejar de mantener el contacto con el iridio si quería que siguiera deshaciéndose. Aguantando el dolor de las acometidas, dejó que ese poder suyo, que hasta ahora no había puesto en marcha, saliera a la superficie.

Su piel se calentó, su cuerpo empezó a arder y sus ojos se aclararon. Sí, la sangre de Miz le había regalado una fuente de energía interna que no sabía para qué servía. Pero la iba a utilizar.

—Ceò tiugh! ¡Fina ceniza!—gritó—. ¡Sois ceniza!

Los vampiros se apartaron de él, pues destilaba una energía que los estaba arrasando, les chupaba la vitalidad y hacía que sus rostros se volvieran cerúleos. Algunos intentaron huir, pero no pudieron; el magnetismo de Cahal los atraía.

Caleb miró anonadado lo que estaba sucediendo. Los cuerpos de los vampiros se deshacían por arte de magia, convirtiéndose en polvo, en ceniza y desapareciendo en el cielo.

El keltói buscó con sus ojos a Cahal. Su amigo druida seguía en contacto con la figura, deshaciéndola, intentando que no quedara nada de ella para que no tuvieran tiempo de abrir ningún portal.

Miz golpeaba igual de fuerte que Daimhin y Carrick. Pero no había ni rastro de Lucius ni de su querido padre adoptivo por ningún lado. Tenían que dar con ellos, ¿acaso esa no era su función?

Se impulsó sobre los talones y dio un espectáculo a los asistentes: vampiros, lobeznos, humanos poseídos y humanos histéricos. Un espectáculo digno de una película de Los Vengadores. Querían ficción y efectos especiales; pues ella les iba a dar una buena dosis.

Se elevó por encima de todos y dirigió su mirada desafiante hacia todos lados.

—¡Miz! —gritó Supergirl elevándose y colocándose a su lado.

—Ve abajo, Daimhin —le ordenó secamente—. ¡Ayuda a tu hermano! Lucius tiene que verme y con tanto barullo es imposible que se fije en mí.

—Pero, Miz...

—¿No se trata de eso? —espetó furiosa—. ¡Soy un maldito señuelo, niña! ¡Ve abajo y deja que haga mi trabajo! Daimhin frunció el ceño y negó con la cabeza. —¡No puedo! — ¡Daimhin! —le gritó—. ¡Haz ahora mismo lo que te digo o te juro

que nunca más volveré a hablarte! La orden fue tan clara y precisa que la chica apretó los labios, asintió con la cabeza y bajó de nuevo para mezclarse con la multitud.

Miz miró al frente e hizo un barrido entre el público. Los encontraría. Se acordaba de su estatura exacta y de su pose. Lucius era un hombre que guardaba la calma y Patrick era un palmo más bajito que él.

Una mano la rodeó por el tobillo y tiró de ella hacia abajo.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo, novata?

Oh, no. Capitán América al rescate.

—¡Suéltame, Noah!

—Muerta no nos sirves ni a nosotros ni a ellos.

A ella le tembló la barbilla. Noah era demasiado fuerte y la estaba forzando a descender, hasta que lo consiguió.

—¡Déjame en paz! —Intentó liberarse, pero no pudo.

—Escúchame —gruñó Noah en su oído—. Cahal no quiere que mueras, ¿me oyes? No quiere exponerte como un maldito perrito caliente. ¡Te estamos protegiendo por algo! ¡Sino, ya te habríamos dejado atada a un poste de luz para que Lucius fuera a por ti!

—¡Y una mierda! Un vampiro chocó contra ellos, pero Noah lo apartó con el escudo del Capitán y lo lanzó diez metros por los aires. Miz se quedó en blanco y parpadeó un par de veces, sin apartar la mirada de un punto unos veinte metros más hacia su derecha.

—¡Eh, reacciona! —la zarandéó Noah—. ¿Qué coño estás miran... ?

Noah miró hacia el mismo lugar. Al berserker se le aclararon los ojos y gruñó como un salvaje. La piel se le erizó y cubrió a Miz con su cuerpo. Él ya había tenido esa misma sensación antes. En las cuevas de CapelleFerne. Entonces tuvo un encontronazo con Hummus.

—Es él. El lobezno está ahí —aseguró Noah.

—Y Lucius —aseguró Miz sin apartar la mirada. Lo sabía. Sabía que el de al lado era él porque todo su cuerpo se había puesto en guardia. En una tarima, un poco más alzados que el resto, había un tipo disfrazado de Muerte y otro de Loki, cómo no.

Loki era Hummus.

La Muerte era Lucius.

Miz sintió un fuerte pinchazo en el cuello y empezó a perder movilidad motriz. Se le durmieron los brazos y se agarró a Noah asustada. —Noah... —susurró relamiéndose los labios. El berserker la cargó sobre el hombro, dispuesto a salir de ahí con

ella. La científica no podía caer en manos de los jotuns. Pero justo cuando se iba a ir, les rodearon un grupo de humanos poseídos que obedecían a Lucius y a Hummus.

Carrick se cruzó en su camino y, con la ayuda de la katana de Daimhin, alejaron a los humanos.

Ruth se lió a atravesarlos con sus flechas. Adam, a cortar cabezas de lobeznos con su oks; y la híbrida, a usar sus poderes telequinésicos y a lanzar todo tipo de cristales rotos que encontraba por el suelo húmedo de bebidas y alcohol. No fallaba. Los dirigía al corazón de los nosferatus y de los lobeznos. Pero habían tantos...

—¡Noah! —gritó la híbrida—. ¡El estimulante! —Y le señaló la riñonera que lucía en la parte trasera de su traje—. ¡Inyéctaselo! ¡Os necesitamos a los dos! —Y de ese modo no podían disponer de ninguno de ellos.

Noah la dejó en el suelo, sacó la jeringa de su pequeña riñonera y se la clavó en la nalga a Miz, que gimió indefensa ante el agujonazo.

La científica abrió los ojos y esperó paciente a que su cuerpo respondiera al estímulo. Daimhin, Carrick y Noah la rodearon mientras ella se levantaba renqueante y se ponía las manos en la cabeza, desorientada.

Loki y la Muerte seguían ahí, y tenían los ojos clavados en ella y en Noah.

Pero, entonces, Loki se puso una mano en el oído, como si recibiera un mensaje a través de un intercomunicador. Le dijo algo a la Muerte y ambos bajaron de la tarima y huyeron. Dos berserkers se interpusieron en el camino de ambos, con los oks en mano. Pero Hummus esquivó el primer hachazo y, aprovechando la fuerza de su impulso desgarró el cuello del berserker; Lucius atravesó el pecho del otro con una espada curvada que tenía atada a la espalda.

Miz intentó correr hacia ellos, señalándolos. ¡No podían escapar! ¡¿Y la estatua?! ¡¿Y Cahal?! ¿Qué estaba pasando? Noah la agarró del codo y la inmovilizó a su lado, igualmente concentrado en Hummus y en Lucius.

—No. No te muevas de aquí —alzó sus ojos amarillos al cielo, y divisó entre las nubes a los cuatro vanirios que, concentrados, controlaban las mentes de los humanos implicados alrededor—. Está pasando algo.

Miz cogió aire y respiró con nerviosismo. Su pecho subía y bajaba descontrolado. ¿Qué era lo que le habían inyectado? —¡No dejes de moverte, Miz! —la apremió Noah—. Si lo haces, el

veneno te provocará alucinaciones y te causará un choque anafiláctico.

La científica obedeció al berserker de ojos amarillos, ¡como para no hacerlo!

¿Qué estaba sucediendo?

—¡Cahal! —gritó Caleb—. El radar del helicóptero está detectando un misil que se dirige a nosotros. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Nos persiguen con otra aeronave!

—¡No puedo deshacer toda la estatua! —replicó él—. ¡Necesito unos minutos más! ¡No tengo suficiente...!

¡Plas!

Cahal abrió los ojos y se quedó sin respiración. Inclino la cabeza y vio la punta de una espada curvada que le atravesaba el pecho desde la espalda. Escupió sangre y miró hacia atrás para encontrarse con el rostro de La Muerte, cuyos ojos eran sospechosamente claros.

—Lu... Lucius... —gruñó perdiendo el contacto con el iridio y sosteniendo el filo cortante de la lija metálica. Le estaba cortando las manos y sangraba profusamente.

—Miz está a punto de decir adiós. Ella y todo el que se encuentre en el IMAX —susurró el vampiro—. Me acaban de decir que has matado a veinte vampiros, pedazo de cabrón. Pero yo voy a acabar con todos tus amigos. Todos, druida —murmuró en su oído—. Ya no os necesitamos para nada. El vórtice se abre, tenemos el iridio —miró el medio tronco que quedaba de aquella estatua—, y tú vas a morir en cuanto la puta lo haga —cortó el cable de un espadazo y sostuvo la estatua entre sus brazos.

—¡Cahal! —Caleb dejó los mandos y saltó en busca de Lucius, que huía volando con Iron Man. Su amigo druida caía como un peso muerto con una espada atravesada en el pecho y luchaba por sacársela. Dejó que Lucius se escapara y fue a por su brathair. Lo cogió en el aire y le ayudó a extraer el sable.

—¡Hijo de puta...! —gruñó taponándose la herida y escupiendo sangre—. El IMAX... —¿Qué pasa?

—Lucius ha dicho que van a morir todos —y eso solo quería decir una cosa. Había una

bomba escondida en algún lugar e iba a detonar inmediatamente.

Miz daba patadas voladoras a diestro y siniestro. Codazos en barbillas, puñetazos en estómagos, patadas en rodillas... Ahí donde golpeaba se oía un crujido. Por el amor de Dios, estaba frenética. Necesitaba la lucha de verdad, el cuerpo a cuerpo; el veneno, o lo que fuera que le habían inyectado, hacía que sudara profusamente, que le hormigearan las manos y que su piel despertara a otro tipo de sensibilidad, demasiado descarnada, demasiado salvaje.

Noah degollaba el cuello de un vampiro con el filo del escudo mientras Daimhin se agachaba para hacerle la cama a un humano con cara de loco. Una vez en el suelo le golpeó en la frente con el mango de su katana y lo dejó inconsciente. Lo levantó y se lo mostró a Ruth, para que la joven arquera le atravesara con una de sus flechas iridiscentes. Al parecer, había algunos humanos que eran estupendos receptáculos para ese tipo de entes oscuros que los poseían. Ruth era la encargada de devolverlos a su lugar, y de guiar a las almas perdidas al origen.

Carrick, con aquellas gafas futuristas de cristal rojo y ese pelo rapado tan claro, parecía un vengador del futuro. No cogía rehenes. No perdonaba a nadie. Con la expresión uniforme, un rictus sereno sin tics, mataba, golpeaba o degollaba como le parecía.

Miz levantó la mirada y vio que podía utilizar la tela blanca de la carpa. Ruth, Adam y la híbrida estaban rodeados y, aunque sabía que ellos podían salir de ahí solos, decidió ayudarlos. Mediante su telekinesia, arrancó la tela blanca de una de las carpas más pequeñas que estaba rodeada de humanos desquiciados, los cuales huían en avalancha, dirigidos por los elegidos y los padres de Daimhin y Carrick.

Jodida locura.

Miz hizo levitar la tela blanca y la dejó caer sobre el grupo de vampiros y lobeznos que estaban acechando a la Cazadora, al noaiti y a la híbrida.

La híbrida miró a su alrededor para ver de donde había caído esa ayuda del cielo. Sus ojos y los de Miz conectaron. Aileen sonrió e hizo un movimiento con su cabeza que podría haber sido tanto un saludo como una afirmación.

Miz miró de reojo la carpa que había dejado desnuda y en los huesos, con su estructura metálica blanca a ojos de todos. Pero lo que nunca se imaginó fue que aquella elección al azar revelara el paradero de uno de sus traidores más odiados.

Patrick Cerril, su padre adoptivo, el cabecilla de los experimentos de Newscientists y uno de los fundadores de la secta Lokasenna, se hallaba atado al palo central de la carpa, con los ojos vendados y vestido de ejecutivo, como si aquella fiesta no fuera con él. Totalmente fuera de lugar.

Miz se quedó paralizada al verlo.

Patrick era el hombre que la acogió cuando los vampiros y Lucius acabaron con la vida de su familia. Se encomendó a él inocentemente, pensando que Patrick podría cuidar de ella; que a su lado podía sentirse segura. Aunque su relación no había sido nada emocional, sino más bien profesional, siempre pensó que él era de su familia.

Pero se había equivocado, para variar. En realidad, él la estaba utilizando. Estaba usando aquella inteligencia superdotada que la naturaleza le había dado para usarla en su favor. Miz O' Shanne dejó de existir bajo sus miedos, sus traumas y su control. Y mediante su batuta nació Miz Cerril, una mujer que no sabía quién era y que temía cualquier cosa que inmiscuyera las palabras deseo y afecto.

Él la había convertido en el robot emocional que era. Él y Lucius.

Rechinó los dientes; y toda la impotencia que sentía, toda la indignación que ahora experimentaba, explotaron creando una onda de expansión de despecho a su alrededor. Se alzó, volando como una auténtica Ms Marvel y corrió hacia él, pisando las cabezas de los enemigos que encontrara a su paso, esquivando sus manos, sus garras y sus colmillos, gritando de rabia y dolor a cada taconazo que daba.

Había sido todo tan injusto.

Tan horrendo.

Tan malo.

Aunque estaban en medio de una contienda, la música no cesaba. Loreen y su Euphoria animaban cada golpe.

Miz se desesperó. Por culpa de ellos había hecho daño a Cahal. Por culpa de ellos, ahora, ese increíble clan de guerreros inmortales estaba en peligro; por su culpa, por jugar a ser Dios, el mundo estaba a punto de vivir un apocalipsis que iba a arrasar la existencia de la Tierra y del ser humano.

Se encaramó a la barra en la que estaba Patrick atado. Lo rodeó como una depredadora y clavó sus increíbles ojos, que rebosaban ansias de venganza, en los de él, vendados con una cinta negra.

Miz se la arrancó de un tirón. Patrick parpadeó y miró a su alrededor, intentando enfocar la vista hacia el hermoso rostro salpicado de sangre que tenía ante él.

—¿Mizar? —preguntó sorprendido.

—No. No soy Mizar —le dio un puñetazo en toda la cara que hizo que la parte trasera de su cabeza golpeará contra el poste. Le rompió la nariz, provocándole una hemorragia—. Soy Miz, cabrón manipulador. ¡Malnacido! —le dio otro puñetazo que le partió el pómulo.

Patrick escupió dos dientes y gruñó de dolor. La miró de reojo.

—La niña está enfadada —murmuró relamiéndose los labios ensangrentados—. Tienes las pupilas dilatadas, los colmillos relucientes y expuestos, preparados para morder... Ya no eres humana.

—¿No me digas? —Clavó su rodilla en su estómago, dejándolo sin respiración y con los ojos fuera de órbita. Hundió los dedos en su pelo y tiró de él con fuerza.

—Lo sabía —se echó a reír—. Sabía que detrás de esa fachada de científica incorrompible, había una mujer violenta y cruel. Tan fría, tan metódica... ¿De verdad crees que ese hombre te quiere?

La rubia no le quiso hacer caso, pero las palabras de Patrick daban donde más le dolía.

—¿Y tú qué sabes? —¿Por qué estaba atado ahí?

—Mucho más de ti de lo que tú te crees. Te conozco. Sé quién eres.

Ese vanirio no te va a querer precisamente por lo dulce y buena que eres. Porque tú no sabes qué son esas cosas. Estás helada por dentro, Mizar. —¡Cállate!

—Oh, vaya... ¿Estás enamorada de él? —preguntó fingiendo pena—. Pobre niña huérfana que nadie quiere...

—¿Te han abandonado los vampiros, Patrick? —preguntó dándole un tirón—. ¿Sabes que voy a matarte?

El humano la miró con desdén.

—Sabes que estás en el bando equivocado. Tanta inteligencia desperdiciada...

Miz lo sostuvo por el cuello, echó el puño hacia atrás y estiró los dedos como si se trataran de una daga. No quería oír su voz nunca más. No sentía nada por él. Absolutamente

nada.

Se suponía que ese hombre la había adoptado. Pero jamás la había amado, nunca la quiso. Solo anhelaba su cerebro. Nada más. Se sorprendió al darse cuenta de que ni siquiera iba a derramar una lágrima por él. —Adiós, Patrick. Que Loki te reciba con los brazos abiertos y te la meta por el culo —susurró a punto de atravesarle el pecho con la mano.

Patrick cerró los ojos y murmuró:

—Loki far flaerdar tima... Loki lleva el tiempo del engaño.

—¡Quieta!

Una mano enorme con una serpiente en el dorso la detuvo por la muñeca.

Miz abrió los ojos sorprendida y miró a Cahal de arriba abajo. El guerrero estaba sangrando por el pecho. El protector metálico estaba agujereado y la armadura teñida de rojo. Ya no llevaba el casco alado y su pelo largo y rubio, como a ella le gustaba, le llegaba a la altura de los hombros.

Su olor, su sangre, su presencia... hicieron que entrara en un bucle donde solo existía él; pero la vaniria en ella no entendía por qué la detenía. Patrick era el enemigo.

Quiso soltarse de su amarre, pero el druida apretó sus dedos alrededor de su muñeca como tenazas de hierro. —¡Quieta, Miz! ¡Está atado aquí por alguna razón! Lo han dejado ellos como cebo. —¡Igual que tú me has dejado a mí! —le gritó golpeando la armadura con fuerza, a la altura de la herida. —Mira, maldita sea —Cahal desgarró la camisa de ejecutivo de

Patrick y encontró una malla recubierta de esponja de color crema. Tras ella, había varios explosivos conectados mediante un cable que se internaba dentro del pecho, al corazón. Directamente al órgano motriz—. ¡Lucius me ha atacado pensando que no íbamos a llegar a tiempo, que no encontraríamos el explosivo! ¡Me ha dicho que iban a morir todos! Caleb ha rastreado la zona con la aplicación de su teléfono a través de los rayos X de los satélites y no ha encontrado nada por culpa de esta espuma que aísla el explosivo. Pero te he visto...

Sí, la había visto entre la multitud. Se sentía débil y mareado debido al gasto de energía que había realizado para deshacer parte del iridio, convertir a los vampiros en cenizas y sobrevivir al sable de La Muerte. Pero a ella, a Miz, siempre la vería, siempre sabría donde estaba. Su pelo rubio y aquel porte sereno eran fáciles de localizar. Su olor a fresón lo mataba. Incluso cuando golpeaba y estaba dispuesta a matar, no perdía la calma. Lo hacía todo con auténtica rigurosidad.

—¿Me has visto? —repitió ella, enfadada con él por muchas razones, pero preocupada también porque sangraba como un cerdo—. Devuélveme la mano. ¿Y qué si me has visto? ¡¿Te has preocupado por mí?!

Él apretó los dientes y frunció los labios.

—Para ser superdotada, no piensas mucho. Lo han dejado a la vista a sabiendas de que iríamos a por él. —La soltó y la apartó a un lado. Se agachó llevando la mano tatuada a su pecho herido y le levantó los pantalones. El cable salía del cuerpo de Patrick y se internaba en la base de la tarima—. Joder han creado un cierre. Un circuito cerrado. Se detona si apartas al mierda este de la tarima o si lo matas y detienes su corazón.

Miz se abrazó a sí misma, presa de los temblores que le provocaba la droga y sintiéndose culpable por lo que hubiera sucedido si lo hubiera matado tal y como deseaba.

—Llama a tu hermano para que desactive este trasto —ordenó ella con voz cortante—. Él es más inteligente que tú.

Cahal se tragó la pulla pero replicó:

—Yo inventé los explosivos, listilla. Por eso decían que los pictos hacíamos magia. Noah la tomó del brazo y la urgió a que se moviera. —Vamos, novata, sigue peleando; lo estás haciendo muy bien. —

estudió a Cahal, que lo miraba con cara de pocos amigos al ver cómo tocaba a Miz—. Le he dado un estimulante, druida. Le han dado en el cuello con un dardo paralizante. Necesita moverse... La pelea está casi controlada y la droga puede hacerle daño si no la expulsa.

—Entonces, llévatela de aquí. No puedo pensar con ella alrededor. Patrick tiene un explosivo en su cuerpo y tengo que desconectarlo o morirá mucha gente.

Miz lo encaró humillada.

—¿No puedes pensar si yo estoy cerca? ¿Te molesto, druida? ¡¿Te habría importado algo si Lucius hoy me hubiese llevado con él?! ¡¿Si me hubieran matado?! —le recriminó superada por las emociones—. ¡A lo mejor no tendrías que utilizar el jodido tippex! ¡Odio que seas mi cáraid! ¡Odio lo que me has hecho y en lo que me has convertido! —le gritó con los ojos llenos de lágrimas. Ms. Marvel no lloraba, pero ella no era una superheroína. Era una mujer que estaba enamorándose de un hombre que la había manipulado—. ¡Tú me convertiste y tú tendrías que acarrear conmigo! ¡Yo... ! ¡Yo... no te quiero!

Cahal se levantó y la encaró, intimidándola con su cuerpo. Él tampoco era Thor, pero era igual de amenazante. Los ojos cobalto del druidh brillaron vejados por la acusación pública. Los preciosos ojos de Ms Marvel, rodeados por el antifaz de goma negra que tan sexy le quedaba, hablaban de dolor y de una sinceridad descarnada. Pero su cuerpo cantaba sobre hogueras, fuego, y una necesidad primitiva de que la tocaran.

No podía seguir mirándola sin cargársela al hombro y hacerla suya como se merecía.

—Apártala de mi vista —ordenó Cahal a Noah, dándose media vuelta y centrándose en Patrick. Era eso o ceder al ruego y a la desesperación de su pareja. Y el explosivo primaba—. Llévatela a mi casa.

—¡Te lo he dicho, Mizar! ¡Este hombre te ha utilizado! —exclamó Patrick con la cara ensangrentada e hinchada.

Cahal escuchó el gemido desgarrador de Miz y se acusó por ser él el motivo de su desolación. ¿Eso le había dicho Patrick? ¡Qué equivocado estaba! ¡Y qué tonta era ella si se lo creía! Aunque él mismo era responsable de sus dudas.

Se centró en el explosivo, pero antes dejó inconsciente a Patrick. El aparato se activaba si el corazón del humano dejaba de palpar.

No decía nada de activarse si se echaba un sueñecito.

XIX

Miz se quedó en el salón de su nueva casa de Notting Hill, sentada sobre el sillón orejero, con las rodillas recogidas y la barbilla sobre ellas. Noah le había dado una botella de hidromiel de las que tenía Cahal en la cocina, en su botellero, y la chica estaba bebiendo como una tabernera.

Nunca había bebido. En las rondas de tequila con Laila ella solo bebía agua. Nunca se había emborrachado. Nunca había tenido colmillos y jamás fue rechazada. Bueno, siempre había una primera vez para todo.

El berserker de ojos amarillos la había llevado hasta allí porque Cahal así se lo había ordenado; pero esa mujer era un auténtico peligro en su estado y tenía que adormecer sus sentidos. Una psicópata hiperactiva quería poseerla, una psicópata sexual, pero Miz luchaba contra ella e intentaba mantener la calma, aunque le doliera todo el cuerpo, aunque los pechos se le hincharan y le palpitara la entrepierna... Ella luchaba.

Y Noah, que no dejaba de admirarla, tampoco dejaba de mirar por la ventana, inquieto por ver llegar al vanirio.

El berserker sentía las hormonas de Miz bailotear a su alrededor, y se estaba poniendo nervioso. Él era un hombre y ella una chica hermosa y muy, muy, excitada... Pero, al parecer, la científica no le hacía ningún caso. Tenía los ojos verdes y amarillos clavados en la puerta de la entrada, esperando a que el vanirio regresara.

—¿Lo han deishconectado ya? —preguntó Miz sorbiendo a morro del hidromiel Vanir D' Melis, al ver que Noah no dejaba de mirar su iPhone—. Yo... mi teléfono —señaló la planta de arriba—. A mí no me cabía en eishto — «eishto% era el body negro de Ms Marvel.

—Sí. Lo acaban de hacer. Él viene hacia aquí.

—¿Han matado a Patick, alias «hijoputa»?

Noah asintió con la cabeza, en silencio.

—El muy deissshgraciado se iba a inmolar... ¿Porpor qué lo hacen? ¿Por qué venden su alma así? Buena pregunta, pensó Noah. Pero demasiado fácil de contestar. —Porque la conciencia no es fácil de sobrellevar. Pesa demasiado. Así que, mejor ser un «hijoputa». ¿No crees?

Miz deslizó sus ojos por su cuerpo, sin contestar a su pregunta. El alcohol hacía su efecto, y la tranquilizaba vagamente.

—El eiissstimulante lleva... frodisiáco, ¿cierrrrto? —su voz sonaba derrotada.

—Cierto. ¿Estás pensando en morderme? —preguntó oteando la calle oscura y solitaria.

Miz se estremeció y negó con la cabeza. Ese hombre era el Capitán América más sexy y enorme que había visto nunca; aunque, tal y como estaba, bien podría tirarse a cualquier cosa que se meneara. Pero no lo haría. Su cuerpo solo necesitaba a uno. El único que no la quería a su lado.

Soltó una carcajada.

—¡Eishto es tan grrracioso! ¡Nunca me había embourrachado!

—Oye, científica —se giró y la encaró—. Lucius se ha llevado el trozo que quedaba de Iridio. Cahal ha deshecho parte de la estatua, pero lo poco que han apresado, ¿será suficiente?

Miz se encogió de hombros.

—No sé cuánto pesa el trozo que se han llevado, pero espero que no. De todos modos, no harán nada hasta que el portal se active totalmente y —señaló el teléfono del berserker—, se supone que el programa que ha instalado el hacker en nuestros teléfonos tiene una alarma para advertir el despertar del vórtice. No abrirán el portal hasta entonces. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—La harás igualmente. —¿El qué? ¿Qué haré? —preguntó súbitamente confundida—. ¿Qué estaba diciendo? —Que me vas a preguntar lo que te dé la gana, aunque yo te diga que no.

—Puesí —contestó levantando la botella a su salud—. Cuando vi a Lucius, tú también percibiste a Hummus. El modo en que lo miraste... Fue extraño. Como si hubiera algo pendiente entre nosotros —otro sorbo más largo que el anterior.

Noah achicó los ojos y se pasó la mano por la cabeza rapada. Miz era observadora como requería su profesión, y también era buena en detectar el lenguaje verbal hostil.

—Da igual —exclamó Miz levantándose del sillón orejero y poniéndose una mano sobre el pecho izquierdo. Le dolían los pezones y quería que alguien se los mordiera—. Porrr Dioish... —se acercó a él, adorablemente abandonada, dejando su rigidez y su altivez a un lado—. ¿Tú no tieneis carai?

Noah parpadeó y la miró como si fuera algo divertido y especial.

—Los berserkers no tenemos cáraids.

—Aaaahhh... ¿Tenéis perris? ¿Chuchis?

Noah le dedicó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Tenemos cones.

—Y, ¿por qué un tío como tú no tiene? —Hizo un escáner visual de su persona. —Porque espero a la única. Igual que el druida te ha esperado a ti. —¡Ja! —exclamó dando vueltas sobre sí misma. El pareo rojo de Ms

Marvel se enrollaba en sus esbeltas piernas—. ¿Y la esperas como hizo él? ¡Beneficiándose a todo lo que tuviera tetas? ¡Yo no soy la única para Thorrr! Creo... Yo creo que no hay una mujer en Londres que haya mentanido las piernas cerradas cuando él ha paishado por su lado... ¡Y el caibrón se las ha tirado! ¡Estoy tan taaaannnn enfadadaaaa! —canturreó secándose las lágrimas de los ojos. Lloraba como una Magdalena y no lo podía evitar—. Y ha dicho... ¿sabeis qué?

Noah negó con la cabeza, afectado por verla llorar.

—¡Que me va a boirrar con tippex! —hizo un puchero. Se quedó en silencio y dio otro sorbo largo al hidromiel—. ¡Eh, mira! —se detuvo y le dirigió una sonrisa ladina—. ¡Mira esto! ¡Payphone! —gritó con fuerza—. ¡Más volumen! —Al momento, la canción de Maroon 5 se empezó a escuchar en toda la casa, a altos decibelios. Miz cerró los ojos y empezó a menear las caderas siguiendo el ritmo de la música—. ¡I'm at the payphone trying to call home...! Este hombre tiene casas inteligentes para dishimular que su cerebro es así de pequeñito —juntó el índice y el pulgar y le guiñó un ojo al berserker.

Noah se aproximó a ella, decidido a quitarle la botella, pero Miz dio un salto y se agazapó en el techo, boca abajo, como un murciélago. Lo señaló con el dedo y negó con el índice.

—El Hidromiel eish mío. Tú no tocarr, pequeño Padawan.

Noah saltó y se colocó en el techo de igual modo. Quedaron los dos de pie a la inversa. Ella se rio y el berserker sonrió a su vez, comprendiendo su dolor y sintiéndolo como suyo.

—Siento cuánto te duele. Lo lamento, pero todo se arreglará.

Miz miró hacia otro lado. Su pelo rubio caía hacia abajo como una cascada; el pareo rojo hacía lo mismo y las puntas sobrepasaban sus hombros.

El Capitán América, increíblemente prieto metido en aquel mono azul, alargó el brazo para arrebatarse el alcohol.

—Ahora dámela.

—¡Nop! —Miz se dio la vuelta y Noah la rodeó con los brazos para cogerle la botella.

Miz bebió de ella. No podían quitarle su elixir, era lo único que adormecía el dolor de su cuerpo. La droga la estaba matando y Cahal no venía, ni tampoco la aceptaba como había dicho... Pero ella sí que lo quería.

Lo quería. Lo había decidido. Bueno, en realidad esas cosas no se decidían; se sentían o no se sentían. Y ella, al ver lo mal que estaba en ese momento, supo que había caído en ese hoyo del amor. Y que Cahal no la dejaba salir; incluso le echaba tierra encima.

—Ya has bebido suficiente. —¿Poir qué no sssshhiento nada cuando tú me tocaish? No hueles a cañela —gimió perdida por las emociones.

Noah estuvo a punto de soltar un exabrupto cuando ella se dio la vuelta y se pegó a él para olerlo a la altura del pecho y rozarlo con la nariz. El berserker de As alzó los ojos y clavó la mirada en el druida, que los miraba rabioso, muriéndose de celos.

Noah se apartó de golpe y levantó las manos en señal de indefensión.

—Necesita que estés con ella —le aseguró, intentando poner paz.

Miz inclinó la cabeza a un lado y su pelo rubio se movió a su alrededor con parsimonia. Su ojos de hada herida parpadearon y se centraron en su persona. Thor estaba allí, en el recibidor; de brazos y piernas abiertas, no se movía del sitio. Pero la miraba. Cómo la miraba... —Vete, Noah —gruñó el druida.

El berserker bajó del techo de un salto y cayó sobre sus pies, como los gatos. Al pasar por el lado de Cahal, sonrió y le dijo:

—Toda tuya. Tienes una pareja muy divertida.

—¡Eisho es! ¡Huye, cobairde! —exclamó Miz dando un sorbo desin-

teresado al hidromiel y mirando de reojo a su vanirio. —Vete, Noah —repitió, con las riendas de su autocontrol que pendían de un hilo. El Bengala se encogió de hombros; le dirigió una mirada de apoyo a Miz y huyó de la casa, antes de que las feromonas le asfixiaran.

Cahal sabía que lo que sentía eran celos. Injustificados, porque Miz era suya. Pero verla con Noah no le gustaba.

También sabía que la amalgama de sensaciones destructivas que pinchaban a la altura del pecho se debía a la humillación que experimentaba el vanirio cuando su pareja de vida le rechazaba públicamente, como había hecho Miz en el IMAX. «¡Yo no te quiero!», había gritado ella a los cuatros vientos.

Joder; había desconectado el explosivo, y apenas se podía concentrar en ello por lo mucho que le dolía el corazón. Aquella mujer podía destruirlo con un No. Además, su fuente de energía era la sangre de Miz. Estaba agotado por el poder que había utilizado; pero ahora necesitaba que ella lo alimentara otra vez. Le dolían la espalda y el pecho. Lucius lo había ensartado bien. Pero había fallado a propósito el muy cretino. Lo había hecho pensando que

alguien habría localizado a Patrick a esas alturas y lo habría matado. Y, entonces, Miz y todos los humanos y amigos que tuvieran allí, habrían muerto o resultado muy heridos. Y él habría muerto también de pena; en un agónico y deplorable adiós.

Miz lo habría hecho. Habría matado a Patrick con sus propias manos si él no se lo hubiera impedido. Su guerrera, pensó orgulloso.

Era un druida, conocía todas las artes mágicas de la naturaleza; los ciclos de la vida y el efecto que tenían las leyes universales en su realidad. Esa era la consecuencia de haber provocado a Miz en las nubes, de haberle insinuado que podría ser que no fueran pareja.

Sabía que su acción conllevaría una reacción. ¡Y ahí estaba! En forma de Ms Marvel colgada del tech; tan bonita que dolía verla, con su larga melena dorada cayendo hacia abajo, las mejillas rojas y la cara llena de churretes por las lágrimas que él le había provocado. Su barbilla, con el hoyuelo marcado hacía adorables mohínes. Su body negro tenía un rayo dorado en su pecho. Un rayo como el que había caído sobre él cuando la vio por primera vez en el Ministry. Sus ojos tan extraños y mágicos lo miraban carentes de confianza.

No creía en él. No confiaba en él.

Caminó hacia ella. Con su capa de Thor ondeando a cada paso y su pelo rubio suelto. Esa misma noche, se había pasado las manos por la cabeza y había hecho que su pelo creciera porque a Miz le gustaba más así.

Su armadura agujereada todavía chorreaba en sangre.

—Siento comunicarte que tu padre adoptivo ha muerto.

—Me aleigro. Ya eira hora. ¡No deish un paso más!

La botella de Vanir D'Melis salió volando en dirección a su sexy cabeza. Cahal la cogió al vuelo, le dio la vuelta y bebió un largo sorbo. —¿Estás borracha, cielo? —el líquido ambarino le acaloró por dentro y la mirada de Miz le hizo arder por fuera.

Ella no contestó. Cerró y abrió los dedos de las manos y lo miró como un animal salvaje a punto de ser cazado. Con miedo, pero también dispuesta a atacar para luchar por su vida, por la conservación de su alma, por el derecho de amar y ser amada.

—¡No te... No vengas! —gritó acuclillándose en el techo.

—Nada puede alejarme de ti, Miz. Nada. ¿Cuándo lo vas a entender? —subió los dos escalones que daban al salón. Sus botas plateadas y tuneadas golpeaban el parqué con fuerza —. No quiero verte nunca más cerca de Noah. Jamás.

Miz apretó los dientes y siseó como una gata salvaje.

—Eisho te da igual.

—¿Eso crees?

—¡¿Y tu tippex?!

—¿Quieres que lo utilice? ¡Podría tacharte de mi vida así de fácil! — la provocó él chasqueando el pulgar y el corazón. El último arreón y tendría el resultado final a toda su ofensiva.

Ella cogió aire, herida por la afirmación. Los pulmones se le oprimieron y los ojos volvieron a llenarse de lágrimas, que se deslizaban por el antifaz negro, caían por su frente y se colaban entre su pelo rubio. Cahal no podía eliminarla así como así. Era imposible que esa relación pudiese borrarse de ese modo cuando ella sentía tanto por él. No se lo quería creer.

Sus ojos se aclararon por la ira y la rabia que hervía en su interior.

—¡No me mires así! ¡Estoy cansado! ¡¿Qué?! —le gritó él abriendo los brazos—. ¡Míranos! ¡No tenemos tiempo, Miz! ¡En unas horas se abrirá un vórtice en Inglaterra y nadie

sabría si seguiremos vivos! La guerra no hace prisioneros, nena. Y el amor es algodif cil de encontrar. Deberías valorarlo. Valorarnos. Joder,   intento hacerte ver que nos pertenecemos, que te... te necesito!

— Mientes!   Vanirio hijo de pera! — No! —espetó el colocándose enfrente de ella, cogiéndole la cabeza invertida con desesperación y ternura—.  Te he tratado muy bien!

— Cu ndo?! —apartó la cabeza y lo empujó—.  Cu ndo me dejabas medio desnuda ante el clan y me mordiash?!  Cu ndo me convert iash a la fuerza?!  Cu ndo me follabas entre las nubes y me dec iash que a lo mejor te habías equivocado conmigo?!

— Y lo he hecho, nena? —se arrancó la capa roja del cuerpo, y quedó frente a ella como un guerrero vikingo del Asgard—.  Me he equivocado? —Ambos se miraron el uno al otro. Furia de titanes—.  Eh? —agarró todo su pelo rubio y tiró de él hasta acercar el rostro de Miz al de él—.  Est s cabreada?  Te he hecho daño? Demu str melo.

Miz intentó escapar de su amarre. Cerró los ojos con fuerza, y retiró la cara frunciendo los labios.

—No necesito tippex —susurró el vanirio sobre su mejilla—.  No lo ves, mo sitíchean? Te necesito a ti —la zarandeó agarr ndola por los pelos—.  A ti! Que te muestres ante a mí. Que me reclames. Quiero todo el sexo duro que me puedas dar. Todo, Miz. S  qu n eres, s  lo que eres, cuánto ans as el control. Te lo doy, mo dolag. Cada deseo, cada suspiro de pasión, cada orgasmo, cada palabra cariñosa; todo es mío. Me perteneces. Solo demu str me que te vuelvo tan loca como t  a mí y dejar  de presionarte. Entrégate a mí.

Ella abrió los ojos, consternada.  Qu  había dicho? El dorado de sus ojos se comió el azul y sus pupilas se dilataron.

— H blame, Miz!  No te quedes callada!  Haz...! —La mir  a sus preciosos ojos y suplicó con trito—.  Hazme algo, joder! Necesito sentirte. Ens ame que no eres un robot ni un corazón helado.

Por Dios. El Polo Norte se deshar a con las palabras de ese hombre, con su sinceridad. Cahal el lig n, el druida, el hombre más poderoso del clan vanirio, de verdad quería que lo quisieran. Que ella lo quisiera y lo aceptara.

 Era verdad?  La quería a ella?

La fiera reprimida en su interior arañó su piel, luchando por salir a la superficie. Y ella, tal y como estaba, ya no tenía modo de mantenerla a raya ni encerrarla. La devoradora quería salir, y Miz decidió darle carta blanca, espoleada por las declaraciones del vanirio.

 C mo no iba a sincerarse ella? Lo intentaría.

Le tom  de la cara y lo acercó a ella, del mismo modo en que él lo hacía, como si de verdad pelearan. Hundió sus dedos en su pelo y tiró de su cuero cabelludo.

— De verdad me quieres a mí, o quieres mi sangre?! —gru o mordiéndole en la barbilla sin delicadeza—.  Sabes lo que me estás haciendo? No me puedes engañar más.

Cahal abrió la boca y lamió sus labios. —Lo he esperado desde hace siglos, Miz. Tellevoesperandodemasiado tiempo. S , sí lo que estoy haciendo. —P deme perdón por lo que me hais dicho, por toido lo que me hais heicho... —le ordenó agarrando más pelo entre sus dedos.

Cahal sonrió y asintió.

—Perdóname.

Miz tragó saliva y lo observó con atención, valorando si era o no era sincero.

—Ahora, recl mame si te atreves, nena —sonrió, sexy hasta decir basta. Intentó

apartarse, jugando con ella al gato y al ratón. Él era el ratón. Miz dejaba de ser su ratita, y se convertía en la depredadora mayor de todas las especies. Una vaniria descontrolada y muerta de deseo—. Te huelo, el veneno es muy malo... Deja que telochupe —élacercósucuello a su boca, pero Miz lo retuvo de los pelos y negó con la cabeza.

—No.

—¿No?

Ella negó de un lado al otro. Sus ojos gatunos llamaban mucho la atención rodeados de aquel antifaz negro. Acercó su boca a la suya, y lo besó sin medir su fuerza. Coló la lengua entre sus labios, empujó a través de sus dientes y apresó su lengua entre sus comillos. Succionó como si mamara de ella y Cahal colapsó. Era el beso más erótico de su vida. Miz lo chupaba como si se tratara de su pene.

Ella parpadeó. Invertida como estaba, veía su nuez y el lento palpitar del corazón en su garganta tan masculina. La desinhibición era peligrosa, pero ya nadie podía detenerla. Necesitaba enseñarle a Cahal lo que él hacía en su cuerpo, en su sangre y en su alma. Soltó su lengua, rascándola con los colmillos y saboreando las gotas de sangre que dejaba a su paso. Gimió de placer al saborearlo.

—Ven arriba —ordenó ella tirando de su pelo y obligándole a que levitara. Estaba demasiado cómoda colgada del techo y no quería moverse.

La nuez de Cahal se movió compulsivamente y su animal interior gritó: ¡Aleluya! Esa era Miz. Esa era su mujer. Dominante, controladora, pero muy apasionada. Así la quería; porque solo una mujer así podría combatir con su monstruo interior.

Miz nunca lo supo, oculta como estaba, reprimida en su sensualidad y su sexualidad; no sabía que su personalidad era dominante. Era poderosa, inteligente y estaba acostumbrada a mandar. Le gustarían los juegos de dominación solo si ella era la que marcaba las pautas. Él dejaría que lo dominara pero, después, las cartas se intercambiarían, porque el druida también era un ser dominante para con su entorno.

Sería una batalla interesante.

Así que, obedeciendo el tirón de pelos de su pareja, levitó hasta que apoyó las manos en el techo. De ese modo, su paquete, más duro que una vara de hierro, quedaba en frente del rostro invertido de Miz.

La joven se relamió los labios y hundió el rostro en la entrepierna de Cahal. Inhaló y cerró los ojos. Olía a hombre, a almizcle, a canela y a Cahal. Su olor estaba en todos lados y se declaraba una adicta irremediable a él. Maldita sea; le había hecho tanto daño con sus palabras que todavía temblaba de resentimiento. Pero, esta vez, parecía ser sincero con ella.

Él cerró los ojos y clavó los dedos en el techo.

Miz levantó las manos, desabrochó el cinturón metálico de color oro y bajó las mallas azules y el slip azul más oscuro. Los quitó de golpe y su impresionante y grueso miembro salió disparado hacia arriba. Era suyo. Cahal era de ella. No sabía lidiar con sus celos, pero aprendería y, mientras tanto, lo marcaría a él para siempre.

Lo dejó completamente desnudo de caderas hacia abajo.

Tenía hambre. Lamió sus rodillas, sus muslos musculosos, sus cuádriceps y el interior de sus ingles. —Oh, nena... —murmuró con voz ronca—. Me vas a matar. Miz apresó sus nalgas con las manos y las amasó, disfrutando de lo

duras que estaban. Ese hombre era todo potencia y fuerza física. Pero también inteligencia y corazón. Sí. Un gran pack de testosterona. Presa de los temblores de la droga y

deseosa de enloquecer al vanirio, abrió la boca y lamió la cabeza de la erección, que ya goteaba y estaba húmeda.

—Joder —él dio un brinco, puso una mano sobre su cabeza para guiarla, pero Miz lo mantuvo en su lugar clavándole las uñas en el trasero como advertencia.

—Las manios en er techo —ordenó, mirándolo a través de sus testículos—. Nunca he hecho eisto... —se centró en su pene, abrió más la boca y lo introdujo como pudo en su interior. Era grande y no le cabía; pero estiró los músculos de la boca tanto como le fue posible y empezó a succionarlo en su interior.

Él cogió aire y se mordió el labio inferior. Cada vez que visualizaba los colmillos de esa mujer, goteaba sobre su lengua. Lo estaba mamando, y lo masajeaba como una auténtica experta. Vio el cielo cuando le cogió los testículos con la otra mano y jugó con ellos.

Miz saboreaba la canela en él. Su piel era suave y estaba caliente. Pero la dureza tras la piel la noqueaba. Ida, y totalmente excitada por lo que le estaba haciendo, empujó más hasta que el prepucio atravesó su campanilla, y lo alojó en el interior de la garganta. Las vanirias no morirían por asfixia, y se sentía tan poderosa que incluso quería tragarlo con más intensidad.

Y durante largos minutos lo martirizó.

Cahal murmuró una imprecación e impulsó las caderas hacia adelante.

—Relaja la garganta, nena —aconsejó sin aire.

Ella no lo hizo, y empezó a chupar con más fuerza, al tiempo que magreaba sus bolas, y acariciaba sus nalgas con la otra mano.

Esto es mío.

Solo tuyo, preciosa. Me voy... Me voy a correr. No voy a durar nada.

¿No?

Miz clavó las uñas en sus nalgas, rotó la lengua sobre su pene y tragó con la garganta.

Cahal echó la cabeza hacia atrás, apoyándose con las manos en el techo para no golpearse la cabeza con él. Se corrió como un semental. Y Miz no desaprovechó ni una gota de su semen. Se lo quedó todo para ella. Tragó y tragó, sumida en el placer de él, inmersa en lo que acababa de hacerle.

Soltó su erección con un lametazo y lo rodeó después con los dedos, besándolo y excitándolo de nuevo.

Sabes tan bien. Y tengo tanta hambre...

Él le abrió las piernas, y apoyó sus muslos en sus hombros. Retiró la parte del body negro que le cubría el sexo y hundió la nariz en su entrepierna.

—Ven aquí, Ms Marvel —gruñó abriéndole los labios inferiores con los pulgares. Miz, sin dejar de acariciarlo con la mano, apoyó la mejilla en su muslo robusto; y dejó que él le hiciera lo que quisiera.

El druida hundió la lengua en su interior, sacándola y metiéndola, moldeando su parte más íntima, resiguiendo sus formas; se concentró en su clítoris, y lo succionó durante largos minutos, hasta dejarlo hinchado y expuesto.

—Me encanta cómo respondes a mí —murmuró colando los pulgares en su interior, preparándola para lo que vendría después. Sacó la lengua y golpeó su botón de placer sin piedad, mientras utilizaba los pulgares para ensancharla—. Eso es. Tiembla para mí.

—Mmm... —sollozó ella.

—Sí, mmm —abrió la boca y cubrió toda su vagina con sus labios.

Mordiéndola delicadamente, y lamiendo todo lo que formara parte de esa zona tan

sensible. Estaba tan húmeda y tan excitada, que toda su boca sabía a fresa y a mujer—. Eres deliciosa...

—Oh, Dios...

—Ahora verás. —Clavó los colmillos entre sus labios al tiempo que introducía la lengua en su interior y succionaba con intensidad.

Miz se corrió y, avivada por su mordisco, giró la cabeza, apretó su pene con fuerza con los dedos y lo mordió, chupando como él hacía con ella.

Bebiendo el uno del otro, cayeron poco a poco al suelo, desmontados, destruidos y desmadejados, pero sin dejar de tomar de su esencia.

Miz se quedó encima de él, con las piernas abiertas y su sexo en la boca de Cahal y el de él en la de ella. Corriéndose, inmersos ambos en un orgasmo que los resarcía y los hundía uno en el otro.

Pero la joven no se detuvo, seguía chupándolo y temblando sobre él.

Cahal tuvo ganas de golpearse el pecho a lo KingKong, eufórico por la respuesta de ella. —Voy a comerte un poco más —dijo él—. Ven encima de mí, nena. Miz levantó lo cabeza y lo miró por encima del hombro. No había ni una pizca de duda en su mirada.

El druida retiró la tela y rasgó el body negro por la parte de abajo. No quería que nada se interpusiera entre su lengua y el festín que Miz tenía entre las piernas, tan liso, brillante y rosado que se iba a correr de nuevo con solo mirarlo.

—¿Ya no te sientes tan borracha? —le preguntó, colando sus enormes manos entre las tiras de su body roto y subiéndolas hasta sus pechos. Los cubrió y los amasó como si fuera un panadero—. Mi sangre te está quitando el pelotazo, nena.

Ella se mordió el labio inferior y después lo lamió con la lengua. Antes, la palabra nena le parecía vomitiva. No le gustaba. Pero cuando la pronunciaba él de un modo tan oscuro y sexy, no podía hacer otra cosa que apretar las piernas. Negó con la cabeza.

—Ese antifaz me está haciendo polvo, ¿sabes? —gruñó deslizando las manos por todo su cuerpo y dirigiéndolas a su trasero. Ella tenía el cuerpo tan sensible que las caricias le dolían. Solo necesitaba que él, su rubio mágico, se centrara en ese punto espiritual que hacía que todo tuviera sentido. Miz agarró sus manos y se las subió por encima de la cabeza, entrelazando los dedos con los de él, inmovilizándolo.

—Eres mi esclavo —gruñó mostrándole los colmillos.

¡Por todos los dioses celtas! Cahal quería ponerse de rodillas y dar gracias al cielo. Miz estaba tan desinhibida que daba gusto escucharla. —Haz conmigo lo que desees, sitíchean —sonrió y miró su vagina expuesta—. Acércame eso, por favor. Voy a venerarte como te mereces.

Ella se inclinó hacia adelante y acercó su sexo a la lengua, los dientes y la boca de Cahal. Mientras la probaba y la succionaba, no le soltó las manos en ningún momento. Era tan maravilloso sentir que una tenía el poder. Cahal le doblaba en peso y tamaño, pero era ella quien mandaba. Los roles se habían intercambiado. Sus cuerpos reaccionaban el uno al otro porque se pertenecían, pero era ella quien decidía cómo y qué le hacía.

Su cabeza era un hervidero de pensamientos perversos que Cahal estaba liberando. No se consideraba ni sádica ni dominante, pero las ideas que le pasaban por la cabeza eran tan atractivas... No obstante, sabía que el ejemplar de macho viril que tenía comiéndole el fresón era tan dominante o más que ella. Oh, y eso la encendía más. Mucho más.

La lengua de Cahal entró tan profundo que tuvo que gritar y lloriquear como una desesperada, culebreando sobre él. Observó el tatuaje de la serpiente negra y roja que rodeaba todo su musculoso brazo. La cabeza quedaba sobre el dorso de su mano y los ojos verdes la miraban como diciéndole: «¿Ya has despertado?».

Miz tembló ante los insistentes lametazos. Tenía la zona muy sensible debido al mordisco, pero le daba igual. Necesitaba eso. Necesitaba el dolor y el placer.

—Yo soy la serpiente —susurró con la voz entrecortada.

Cahal sonrió y habló sobre su clítoris.

—Eres mi serpiente. Tú eres ella. Una mujer que se ha enrollado en mi cuerpo y en mi alma. Un símbolo de sabiduría e inteligencia. Mi pareja eterna, la única que quiero, Miz.

—Sí. Me gusta.

—Me alegra.

—Yo me tatuaré a Panorámix, el druida de Astérix, en tu honor. — Le estaba tomando el pelo.

Él le azotó la nalga y ella le enseñó los colmillos, desafiantes.

Miz se incorporó, le soltó las manos, pero enredó los dedos en su pelo rubio, disfrutando del tacto y de la suavidad de sus mechones, y fijándolo en el sitio para que no se moviera.

—¿Te lo has dejado largo por mí, druidh? —Por supuesto, nena —Oh, qué cachondo le ponía verla en plan nazi—. Por ti. Todo lo que haga a partir de ahora será por ti. Por nosotros.

Ella inclinó la cabeza a un lado y los ojos se llenaron de lágrimas, vidriosos y rebosantes de esperanza. ¿Tendría ella esa oportunidad? ¿Podría amarla? ¿La quería ya?

Cahal gruñó y hundió la lengua en su interior, provocándole un nuevo orgasmo.

Ella colapsó sobre él y dejó caer la cabeza hacia atrás; mostraba su garganta dibujando un arco perfecto, meciéndose sobre su boca, tirando de su pelo rubio y gritando liberada.

—No puedo, Cahal... No lo aguanto. Necesito más —gimió ella llevándose una mano a su sexo dolorido y frenético por la droga. Cahal se incorporó y la cogió en brazos para llevarla a la piscina de agua climatizada que entraba parcialmente al salón.

Ms. Marvel se retorció sobre él, pero dejaba que la cargara.

Miz no era muy diferente de su personaje. Ms. Marvel era una mujer que fue manipulada por el hijo de Inmortus y la llevó al Limbo; la malvada Rogue absorbió sus poderes y le robó la memoria, dejándola en coma; después, el doctor Charles Xavier la ayudó a recuperar esa parte de ella perdida, pero no así sus emociones, con lo que Ms Marvel sentía cosas ajenas a ella. Por eso decían que era fría, porque no podía empatizar con sus sentimientos.

Miz había sido manipulada por Lucius y Patrick, y la llevaron a Newscientists para que utilizara sus dones a su favor; el malvado Strike la hechizó para que no viera la verdadera naturaleza de las personas que la rodeaban; y ella misma creció en una especie de crisol falto de emociones reales.

Hasta ahora. Hasta que él la encontró y la convirtió en vaniria, abriéndole los ojos a aquella increíble realidad llena de emociones y sentimientos que la dejaban desnuda por dentro y por fuera. Pero les haría

frente. Porque era una jodida valiente.

—Ponme música, Cahal —pidió frotando su cara contra su hombro—. Me gusta. El druida apoyó la mejilla sobre su coronilla. —¡Sweet harmony! —gritó el vanirio. Miz sonrió indulgentemente y él se inclinó buscando sus labios. —Bésame, Miz. Dame un beso de esos que me cruzan los cables. Era tan dulce... Cahal era tan... tan... él. Zalamero, cariñoso, atento

y tan sexy que no había manera de apartar los ojos de él.

Ella le besó mientras se internaban en la piscina paso a paso. Las luces azuladas iluminaban el agua. Le quitó las botas y acabó de sacarle el body y el pareo, lanzándolas fuera del agua climatizada.

Ambos se quedaron el uno enfrente del otro; ella totalmente desnuda, excepto por el antifaz, y él todavía con la parte superior de la armadura de Thor. La luz de la piscina teñía sus pieles de un tono añil claro.

Miz le arrancó el atrezo plateado y lo lanzó a la otra punta del salón. —Así... —Deslizó el índice por sus abdominales—. Sin nada entre tú y yo. Estaban gloriosamente desnudos ahora. Él era enorme. Un guerrero celta de verdad. —No —dijo Cahal retirando su antifaz— Ahora sí estás desnuda, Miz. Ahora me muestras tu verdadera identidad.

Ella parpadeó inocentemente.

—Lo que ves, no siempre es lo que es, Cahal. Todos tenemos máscaras. —Lo sé, nena. Pero ya te las he quitado todas, ¿verdad? Ella se mordió el labio y lo miró con los resquicios del dolor sufrido. —¿Y a las demás también? ¿Con las demás hacías estas cosas? No lo

llevo nada bien... —negó avergonzada—. Estoy con una especie de Casanova. No me gusta lo que hiciste con ellas. —Con ellas no disfrutaba, Miz. No sentía nada. Porque no eran tú, ¿comprendes eso? —Es muy desagradable esta sensación. —Se puso la mano en el pecho y lo miró desconsolada. —¿Tus celos? A mí me encantan, mo dolag. Me demuestran que te

importo y que me quieres solo para ti. Quiero demostrarte lo diferente que eres de ellas. Dame la oportunidad de quererte.

Exhaló, rendida a su belleza, y dio un paso para hundir su cara en aquel pectoral tan definido.

—Mi pequeña hada —murmuró cautivado por su comportamiento—. Haces que me tiemblen las rodillas —su mano abarcó la cabeza de la joven y la acarició.

—Me gustas tanto... —murmuró lamiendo la sangre que se había secado de su herida del pecho—. Tanto que me aterra, Cahal...

—¿Te gusto?

—Sí.

—¿Y eso es malo?

—No lo sé... Adoro esta sensación —lamió su tetilla y disfrutó de su dureza—. Adoro que reacciones a mí así. Lugar en el que te toco —coló una mano entre sus cuerpos y abarcó parte de su erección, lo que podía—, lugar que se pone duro. Me enloquece... —susurró apretando las piernas y llevándose la mano a su entrepierna para darle calor—. Y esto me duele mucho...

El druida la abrazó y flexionó las rodillas.

—Rodéame con las piernas. Voy a quitarte ese dolor, ban priunnsa.

—Sí... —Ella le obedeció y se abrió completamente a él. Cuando sintió los dedos de Cahal entrando en ella, se echó a llorar por la hipersensibilidad—. Esto tiene que desaparecer... —se quejó—. Yo no podré vivir así...

—Chist. —Cahal la colocó en posición y entró en ella, llenándola hasta el límite y golpeando en el cérvix, queriendo sobrepasarlo también. La mantuvo en su lugar y notó cómo ella se corría en sus brazos. No había nada más hermoso en el mundo que aquella hembra explotando y deshaciéndose en sus brazos. La abrazó con fuerza y, rendido a su perfección y

a todo lo que ella le daba, dijo—: A mí no solo me gustas. Yo te quiero. No tienes que contestarme ahora, Miz. No tienes que decirme nada — caminó con ella ensartada y la apoyó en la pared de la piscina—. Solo te digo lo que hay. No puedo engañar a mi corazón, ni tampoco lo puedo callar. —Adelantó las caderas y la penetró con más fuerza. Ella abrió los ojos y lo miró a caballo entre el miedo y la incredulidad—. Ya no me puedes apartar. Ya no, Miz.

Ella negó con la cabeza, superada por sus palabras y por el calor que desprendían sus cuerpos. —Cahal yo... no quiero apartate... Pero... —Bien. Suficiente, mo ghraidh. Ahora calla, que me toca mandar a mí, nena.

La sacudió como un auténtico salvaje, arrollándola y creando una marea de olas en el agua de la piscina. Ella se abrazó a él y cedió a su dominio. La estaba sometiendo, y también le gustaba. Le gustaba todo de Cahal. Que mandara, que tuviera iniciativa, que fuera tan poderoso y listo y que atesorara tanta ternura y magia en su corazón.

Era mucho más que atracción física. Era más de lo que la palabra gustar podía abarcar. Ya no lo podía negar. Solo debía encontrar el valor de expresarlo sin miedo a que él desapareciera de su vida.

Se despertó tan insultantemente irritada que no se atrevió a moverse. Todavía tenía la sensación de que él estaba ahí metido, marcándola en su interior. Iba a estar deliciosamente escocida, pensó.

Latía algo bajo su oreja. Era el corazón de Cahal. El corazón que le había entregado durante la noche y que ella había aceptado. Frotó su nariz contra su pecho y miró hacia el exterior de la cristalera.

Todavía era de noche. Intentó levantarse, y entonces se dio cuenta. Claro que sentía que él estaba dentro. ¡Es que no había salido! Oh, y ni siquiera estaba del todo relajado. Caray, aun así intimidaba. El vanirio era un superdotado.

—¿Estás mejor, nena? —Cahal la miraba con ojos azules cómplices y divertidos. Se incorporó, obligándola a levantarse con él y a quedarse sentada sobre su erección.

Se hallaban en una cama chill out de la piscina. Los cojines blancos seguían húmedos de sus cuerpos chorreantes, así como el esponjoso colchón.

—Tienes que estarlo —sugirió él—. Te has corrido tantas veces que ya he perdido la cuenta. Miz levantó una ceja rubia. Debería sentirse avergonzada por esas palabras pero, para su alegría y total satisfacción, no fue así.

—No me avergüenzas —le aseguró con las mejillas rojas.

—Claro que no —Cahal le robó un beso y pegó su frente a la de ella—: eres una desvergonzada, ¿lo sabías? —imitó su voz—:

«Por favor, por favor no pares... No te salgas... no...»

" Miz lo empujó por los hombros e intentó salirse de él, pero el druida le apresó las nalgas y la fijó en su sitio. —¿Adónde crees que vas? —arqueó las caderas y sonrió—: Dame los buenos días.

Ella negó con la cabeza y suspiró.

—¿Más? Me duelen las ingles y creo que tengo una rampa en el trasero.

—Sitíchean... —le masajeó la nalga—. ¿Te duele aquí?

Ella dio un respingo ante el pellizco sutilmente doloroso, y él aprovechó para moverse en su interior de nuevo.

Miz amarró su pelo rubio con los dedos y se movió encima de él.

—Esto es una locura —musitó mirándole a los ojos—. No puedo decirte que no...

Él se echó a reír y la besó mientras la tumbaba en la cama y se colocaba encima de ella para hacerle el amor lentamente y darle los buenos días a su manera.

Bip. Bip.

Una hora después, sus iPhone recibieron un mensaje, y los dos se levantaron de la cama a la vez. Estaban sudorosos y hartitos el uno del otro. Pero no olvidaban lo que había sucedido ni en qué lugar se encontraban. La guerra se había desatado en pleno Londres y sentía

curiosidad para ver cómo habían manipulado la información de los medios Daanna, Beatha y compañía.

Cahal sabía que Caleb le había dado ese espacio de tiempo para que se ocupara de su Miz. El líder vanirio conocía el efecto que provocaba esa droga y le había ordenado que fuera a por ella para calmar el dolor de su cáraid. Pero no podían estar haciendo el amor eternamente; así que, en cuanto solventaran el conflicto entre ellos, debían volver a la acción.

Se levantó gloriosamente desnudo para coger el iPhone que había dejado en la espaciosa recepción. Miró el mensaje:

De:ConsejoWicca

agnaRök inmediatamente.Tenemosvisita.

Miz se incorporó en un codo y lo miró con decisión. ¿Era el vórtiz?

—Nos vamos, nena.

—¿Es la alarma del vórtiz? —Se levantó caminando hacia él a toda prisa—. ¿Ya se ha activado?

—No, todavía no —contestó él enseñándole el mensaje—. Pero han llegado la valkyria y el vanirio samurái.

Si no eran ellos, ¿qué otra visita esperaban?

Tenía un Mercedes Benz 300 SL y ni siquiera lo sabía. Cahal se lo había comprado, junto con algunos otros juguetitos de cuatro ruedas que esperaban en su garaje subterráneo, pacientemente, a que los sacaran.

Estaban preparados para salir, y aunque todavía era de noche, prefirieron ir en coche, ya que, si durante el día tenían que ir a algún sitio, necesitaban un caparazón para que los rayos del sol no les hirieran.

—¿Pero de verdad esto es mío? —preguntó aturdida.

Él puso sus manos en sus caderas, cubiertas con unos tejanos impecables y la besó en la nuca. Le gustaba mucho el estilo de Miz. Llevaba una camiseta blanca que tenía estampada las palabras «Divide y Vencerás». Era un lema que utilizaban los científicos para hablar de algoritmos y divisiones atómicas. Pero también era el lema de los alquimistas, aquellos que lograban dividir la materia y simplificarla hasta encontrar la auténtica piedra filosofal. Para Miz, la piedra filosofal sería una partícula de antimateria. Y ella la había logrado haciendo divisiones atómicas. Sí, era una alquimista contemporánea y esas camisetas le quedaban como un guante. Ruth, Aileen y Daanna tenían un sentido del humor muy retorcido. Pero aquel estilo iba tanto con Miz que no podía rebatirles nada. La científica tenía muchas otras camisetas sin mensaje pero, por lo visto, le gustaban esas.

—Claro que sí, Huesitos. Te gustaba tu antiguo escarabajo; y pensé que ya que sientes predilección por las cosas viejas, al menos, que sean elegantes —le dio las llaves y la invitó a entrar—. Conduces tú.

—¿Así que siento predilección por las cosas viejas? —levantó las dos cejas y lo miró como si fuera un mosquito. —Yo tengo dos mil años y me has dicho que te gusto tanto... —canturreó, bromeando con ella.

Ella puso los ojos en blanco.

El Mercedes era gris oscuro y tenía el tapizado interior de piel roja.

El volante era liso y suave al tacto. Las puertas eran estilo alas de gaviota, de las que se abrían de abajo arriba.

La científica apretó las llaves en sus manos.

—Es un coche precioso, pero... No sé si es bueno que me estés comprando cosas continuamente.

—¿Por qué no? —preguntó él, apoyándose en el techo de ese precioso vehículo. Miz pensó que lo iba a abollar y lo miró inquisitivamente—. Es un coche muy resistente. Está blindado, nena, y tiene un chasis multitubular...

—Podría acostumbrarme a esto —murmuró contrariada, sin hacer caso a las especificaciones técnicas del druida—. A que me compren cosas...

—¿Quién no? —replicó Cahal guiñándole un ojo—. Vamos — palmeó el techo y esperó a que ella quitara el seguro de las puertas. Una vez dentro, solo pudo admirar su nuevo deportivo. Sí, era suyo. Iba a aceptar el regalo. ¡Uy, vaya, no le había costado nada! Cahal le había instalado un ordenador de abordo, lector de CDS, GPS... Era como una nave espacial.

—Druidh —dijo metiendo la llave en el contacto y dándole al acelerador.

—¿Sí, preciosa? —preguntó cruzado de brazos y sonriendo. Sabía que Miz acababa de adoptar al Mercedes. —Agárrate bien.

El RAGNARÖK estaba en silencio, a excepción de las televisiones de plasma que emitían los partes informativos ingleses, repitiendo las imágenes de los helicópteros colisionando y de la gente corriendo por la rotonda en plena histeria colectiva.

Aseguraban que la estatua de iridio se había roto y que el siniestro se había cobrado unas cuantas víctimas.

Miz y Cahal escucharon la noticia con interés.

Los guerreros se estaban reorganizando en sus compartimentos, preparándose para entrar en acción. —No dicen nada de los vampiros ni de los seres con pelo y garras... —apuntó Miz asombrada.

—No. Daanna y Menw son excelentes en la manipulación mental.

—¿Y nosotros no? —Beatha apareció tras ellos y los miró sin ocultar su crispación.

Miz se incomodó al verla. No sabía si esa mujer seguía juzgándola o no.

—Maru Beatha, no seas tan susceptible.

Beatha le sonrió y después clavó los ojos en Miz, buscando algo en su piel, algo que no hallaba. La científica aguantó estoica su escrutinio. ¿Qué estaba haciendo? La Maru de Dudley frunció el ceño y miró acusatoriamente al druida. Después suavizó los ojos y se dirigió a la rubia.

—Vamos adentro. Tenemos mucha prisa y algo muy importante de qué hablar. Ellos la siguieron hasta el reservado de reuniones. Allí estaba el Consejo Wicca al completo; acompañado de As y de

una mujer de pelo rojo y orejas puntiagudas, y un japonés vanirio con una katana colgada a la espalda. No les conocía.

Miz los estudió a ambos: la mujer era sexy y explosiva y vestía toda de negro, como él; sus ojos celeste parecía que miraban a todos por encima del hombro y, a su lado, el vanirio, serio e impasible, estaba pendiente de todos sus movimientos, de todas sus necesidades. Marcaban territorio el uno en el otro, como una perfecta unidad.

Eran pareja, claro. En su cuello tenían un tatuaje. Ese era el comharradh del que le habló Aileen, el sello de las parejas vanirias, el que tenían la híbrida y Caleb en el interior de la muñeca: Era el símbolo de las almas que se anudaban definitivamente. Entonces, cayó en la cuenta. Era el sello lo que estaba buscando Beatha hacía un momento.

—Cahal, Miz —les saludó Caleb—. Estos son Róta y Miya. Han venido desde Escocia

urgentemente porque tienen noticias importantes para nosotros.

Róta y Miya los saludaron con un gesto de sus cabezas.

—¿Eres una valkyria? —preguntó Miz, maravillada al ver sus orejas puntiagudas.

—Sí, guapa —contestó la del pelo rojo, resuelta y orgullosa de su condición.

—Vaya... ¿Y vienes del Asgard?

Róta frunció el ceño y le dijo a Miya en voz baja:

—Esta nació ayer.

—Casi —contestó Miz, escuchando perfectamente lo que Róta había dicho—. Hace poco que soy vaniria.

—Ah... —La valkyria sonrió—. Pues bienvenida al caos.

—Gracias —contestó, Miz.

—En fin. No tenemos tiempo para presentaciones —argumentó Róta—. La información que os voy a dar solo la sabemos mi samurái y yo —colocó el puño cerrado sobre la mesa—. Si alguien más tuviera esta información en mente, lo más probable es que Lucius, Hummus o Cameron, vete a saber, acabarían haciendo una redada y descubriéndolo. Y creedme, no nos interesa en absoluto.

—Como sabéis —intervino Miya—, desde portal de Colorado entraron en el Asgard y robaron tres tótems.

—Sí. Lo sabemos —aseguró el druidh.

—Pero también sabéis que Heimdal —continuó Miya—, el hijo de Odín, descendió a la Tierra y está oculto entre nosotros, ¿verdad? —Sí —repitieron todos. —Hummus no solo quería llevarse los tótems —explicó el samurái

de ojos grises—, quería robarle a Heimdal el cuerno Gjallarhorn, el que convoca a todos los guerreros de Odín a luchar en el Ragnarök. Es un cuerno de marfil, oro, titanio y mercurio, muy bonito —señaló—. Hummus quiere utilizar el conocimiento de Heimdal para abrir todos los reinos del Asgard, incluidos los reinos oscuros. Por eso intentó secuestrarlo y arrebatarse el cuerno, pero no lo logró; aunque consiguió coger un trozo del tótem. —Miró a la valkyria y esta abrió los dedos de la mano para mostrar el trozo de marfil.

—¿Por qué tienes tú ese trozo? —preguntó Caleb entrelazando sus dedos. Miya y Róta procedieron, con una compenetración envidiable, a explicarles toda la historia sobre Seiya, la profecía de los Futago, sobre

quién se suponía que era Róta y sobre lo que intentaron hacerle en Gannet Alpha; cómo Seiya le incrustó el trozo de marfil en la palma de la valkyria para que ella, con su don de la psicometría, pudiera hallar al hijo de Odín en la Tierra.

—Seiya me mordió y me quedé inconsciente —continuó la valkyria—. Pero Kenshin lo mató antes de que pudiera decir nada de lo que había visto en mi sangre. Después de recuperarme, gracias a mi vanireinherjar, invoqué mi don. Y esta vez sí que vi donde se encontraba Heimdal. No le quise decir nada al Engel sobre lo que yo sabía porque la información es muy delicada y nos están persiguiendo continuamente. Y... la situación en Escocia es muy crítica —sus ojos celestes se opacaron.

—Te entendemos perfectamente, Róta —dijo Daanna admirando el temple de aquella mujer—. Agradecemos que hayas venido personalmente a comunicarnos lo que has visto.

—¿Qué fue lo que viste? —preguntó Caleb.

—Bueno —suspiró cansada—. Te vi a ti, Caleb, con una capucha negra, y a tu pareja

Aileen, por eso supe que Heimdal se encontraba en la BlackCountry con vosotros. Pero había muchísima gente a su alrededor, y no creí conveniente dar la voz de alarma, porque los demás no tenían que saber que él estaba aquí. Toda la gente, incluido él, prestaba atención a ese rubio —señaló a Cahal—, pero tenía la cabeza rapada entonces. Estabas mordiendo en la teta a la neófita, y la tenías colgada de una madera —sonrió a Miz—. Ahora te he reconocido.

Miz agrandó los ojos. No comprendía nada. —Lo que estoy insinuando es que yo vi lo que Heimdal estaba viendo en ese momento —especificó la valkyria—. —Joder —Cahal se pasó las manos por el pelo—. ¿Heimdal está aquí?

—Sí. Pero eso no es todo... Después de localizarlo, al día siguiente intenté ubicarlo de nuevo para asegurarme de que no se había movido del lugar y de que seguía ahí. Y ya no pude encontrarlo. Había desaparecido.

Cahal y Miz fruncieron el ceño a la vez. ¿Cómo podía desaparecer? ¿Lo habían matado? —Pero, y esa es la razón por la que estoy aquí ahora mismo, esta noche he vuelto a encontrarlo —confesó Róta con ojos victoriosos—; por

eso hemos venido urgentemente, pues el grupo de acción con el que estaba Heimdal esta vez era mucho más reducido; y preguntando directamente a esas personas podríamos averiguar de quién se trata.

—Dinos, Róta —As achicó los ojos y se inclinó sobre ella—. ¿Dónde está? —Sigue aquí. Lo sé porque estaba en una charca de esas de piedra, como las que tenéis ahí afuera.

—Los Jacuzzis naturales —especificó Miya.

—Sí, y después dirigía los ojos a las letras plateadas que hay en la pared en las que pone: RAGNARÖK. Estaba acompañado de una mujer morena con ojos negros. Pelo largo...

As se envaró y Aileen carraspeó.

—¿Morena? ¿Morena cómo, exactamente? —preguntó la híbrida.

—Pues morena, de piel bronceada... Y había una mujer de pelo blanco y largo con ella... —¡Joder! —gritó As poniéndose de pie y mirando a María. La sacerdotisa abrió los ojos estupefacta: —¿Estás segura de lo que dices? —preguntó María. —Completamente —contestó la valkyria—. Mi don no falla. —¿Qué... qué pasa? —Miz estaba asombrada por la reacción tan visceral que había tenido lugar allí.

Beatha se llevó la mano a la boca y dijo.

—Heimdal estaba con María, la kone de As —precisó—, y con una de las tres sacerdotisas ancianas. María se encarga de cuidar a los niños y anoche se quedó con ellos, así que... Entonces, ¿Heimdal estaba ahí, en el RAGNARÖK? ¿Por qué no se había mostrado? ¿Por qué no les había pedido ayuda? ¿Era un niño? —Pero no puede ser... —refutó María—. Ayer decidimos tomar un chapuzón con algunos críos, porque estaban un tanto intranquilos y...

—¿Quiénes, kone? Nómbramelos —exigió As.

—Muchos... Mmm... Jared, Liam, Eon, Nora, Enok...

—No es suficiente —Róta negó con la cabeza—. La clave está ahí, Heimdal es uno de ellos. Recuerda, María. —Se tomaron un chapuzón y... Y después Dyra y yo nos quedamos con... Oh, por la Diosa —María palideció y miró a Miz y a Cahal—. Si viste eso tal y como dices... Cuando salimos del jacuzzi..., solo Eon estaba con nosotras. El druida entrelazó los dedos con Miz, que se había quedado helada.

¿Que ese niño renacuajo de pelo naranja y ojos azules era Heimdal? ¿Pero qué locura era esa? ¡Si era un crío inofensivo y enfermo! —¿Creéis que Heimdal es Eon? —replicó Cahal—.

¿En serio? Es imposible. Ese niño está enfermo y...

—De hecho, ayer sufrió un nuevo vahído —argumentó María—. Después de salir del Jacuzzi. Lo llevamos a la habitación con los demás niños, y se quedó ahí dormido.

—¿Otro vahído? Si yo le hice una protección cuántica... —murmuró contrariado. —No creo que sea Heimdal. Sé que es Heimdall —señaló Róta—. Lo es. Mi don de psicometría es exacto, vanirio.

Cahal se frotó la cara con la mano y atrajo a Miz hacia él.

—Que lo traigan —ordenó el druida.

María se levantó con As y fue a buscar a Eon.

—Pero, Cahal... —protestó Miz—. Estamos hablando de Eon... Ese crío no habla, no dice ni una palabra. Está débil. ¿Cómo va a ser hijo de un dios?

—Bueno, Heimdal no habla —argumentó Róta acariciando el marfil de su mano—. Él es... Muy fino de oído; dicen que incluso puede oír a las hormigas caminar y tiene una vista de lince. Pero no es conocido por su don de palabra. Sin embargo, su cuerno hablará por él en el día señalado. No le hace falta hablar —se encogió de hombros sin darle importancia.

Miz resopló y se apartó de Cahal, caminando de un lado al otro. ¿Por qué sentía esa ansiedad? Ella adoraba a Eon. Le encantaba ese niño. —¿De dónde fue rescatado Eon? —preguntó Cahal, visiblemente afectado. —Llegó con los niños de CapelleFerne —explicó Daanna, igualmente sorprendida.

—Beatha —el druida se acercó a ella y le puso una mano en el hombro—, trae a Daimhin y a Carrick. A ver si ellos nos ayudan a entender esto.

—¿Por qué tanto drama? Es algo muy bueno que tengamos localizado a Heimdal —apuntó Róta mirándose las uñas—. Si él regresa al Asgard y vuelve a ser su guardián cerrará todas las fugas y las puertas por las que haya entrado Hummus. Y de nada servirán los vórtices ni los aceleradores. Heimdal no permitirá que nadie entre esta vez; pero para ello, tiene que estar allí y cerrar todas las fugas.

¿Podría ser? Miz encaró a Róta, afectada por esas últimas palabras. ¿Podría ser que Eon estuviera con ella porque sabía que estaba montando el acelerador? ¿Que ella sería la llave para que él regresara al Asgard?

Pero Eon era tan cariñoso, tan bueno... Tan de azúcar. ¿Cómo un dios tan poderoso iba a tomar el cuerpo de un vanirio enfermo y necesitado de protección? ¿Y por qué sabiendo lo de los portales no había dicho quién era? Ah, claro. Que no hablaba. ¡Pero había otros medios!

Según indicaban los paneles de la Nasa, la energía electromagnética de Inglaterra se estaba concentrando en el vórtice cerca de Wiltshire. No obstante, todavía no estaba activado del todo.

—Miz —Cahal la tomó de los brazos, girándola hacia él y exigiendo toda su atención—. Preciosa, concéntrate. ¿Puede ese microacelerador que tienes en tu sala abrir un portal hasta el Asgard?

—Imposible. No... No tengo suficiente iridio que lo estabilice, ni la fuerza ampérica necesaria para... para poder activarlo...

—¿Qué necesitas? Dímelo, nena. Si Eon es Heimdal, tenemos que enviarlo al Asgard antes de que Lucius y Hummus abran el portal. Hay una oportunidad para nosotros. Pero si no llegamos antes que ellos, sin su guardián, el Asgard está vendido.

—¡Necesito iridio! —replicó ella impotente. Eon era Heimdall... ¿Lo era? ¡¿A qué mierda jugaban ahí?! Cahal la abrazó y le acarició el pelo, y ella agradeció un poco de seguridad en

aquella locura.

—¿Iridio y qué más? —Miz estaba tan sorprendida y afectada como él.

—Y... Una fuente de alto voltaje para la polarización —se secó las lágrimas de los ojos. Eon iba a ser de ella... ¿Por qué no se lo podía quedar?—, para... para que interactúen los campos eléctricos... y...

—¿Una fuente de alto voltaje? —preguntó Róta con voz más suave al ver el malestar de la científica—. ¿Cómo de potente?

—La máxima potencia. Hablo de kilowattios —contestó ella.

María y As aparecieron de nuevo sin Eon.

Cahal y Miz los miraron, y lo que percibieron no les gustó nada.

—Eon no está en su cama —dijo As—. No sabemos dónde está. Lo están buscando por todo el RAGNARÖK, pero no damos con él.

—¿Un niño de tres años ha desaparecido? —murmuró Miya irritado—. ¿Qué tipo de seguridad tienen aquí?

As habló con Caleb para preparar un equipo de recuperación. No sabían dónde estaba el pequeño, pero tendrían modo de hallarlo.

—Después de lo de Goro, ayer por la tarde insertamos a todos los miembros de los clanes unos transmisores médicos de telemetrías —reveló el sanador—, para que nos informen en cada momento sobre su estado físico y mental. Cuando el cerebro se empieza a corromper, la sangre cambia de composición: se vuelve más ácida y espesa. Los transmisores nos revelarán si hay o no hay más guerreros rotos. El transmisor lleva un sistema de localización vía satélite y eso nos puede ayudar a encontrar a Eon... Heimdal —rectificó.

—Entonces, activa su transmisor y dinos donde está —ordenó Cahal sin concesión.

Miz salió disparada, con un nudo en la garganta. Si se tenía que poner a llorar como una descosida, lo haría a solas, no con todos mirándola. Cahal salió tras ella y la alcanzó en la puerta de entrada de su sala, su lugar de trabajo, su pequeño santuario; blanco, impoluto y con todo tipo de herramientas y aparatos que ella sabía manipular. Sin rastro del ataque sufrido el día anterior.

—Miz —El druida la siguió al interior. No soportaba sentir el descontrol de la científica. Sabía cuánto cariño había tomado a Eon en muy poco tiempo, como para que ahora le dijeran que no era un niño y que además había desaparecido. Joder, incluso a él le sentaba mal—. Mírame. —La tomó del brazo y la giró hacia él.

Ella no quería hacerlo. Si se centraba en el acelerador y lograba ponerlo en marcha, a lo mejor recuperaría la normalidad y la calma. Si ocupaba su cerebro, con datos y fórmulas que podía manejar, podría dejar de sentir ese vacío en su estómago... Pero se imaginaba a Eon, dios o no, solo por ahí, con ese cuerpo delgado, pequeño y vulnerable... Y le entraban los mil demonios. ¿Y ella qué había estado haciendo mientras Eon se ponía enfermo de nuevo y desaparecía? Emborracharse y follar como una loca. Eso había hecho.

—¡Eh! —Cahal la tomó por la barbilla, irritado con sus pensamientos—. ¡Corta ahora mismo lo que estás pensando! No manilles lo que hemos vivido esta noche, nena. No lo hagas —le advirtió—. Eon ha desaparecido y lo encontraremos. Pero nada de esto es culpa tuya, ni mía.

Miz no lo creía. Cuando mataron a su madre y a su hermana; cuando las violaron y torturaron ante sus ojos, ella no pudo hacer nada para evitarlo. Solo retirarse mentalmente del infierno que estaba presenciando, y ocultarse en su cabeza, haciendo variables del número Pi.

Se alejó del dolor y no las salvó. No hizo nada para...

—¡Miz! ¡Nena, no hagas esto! Eras una niña. No podías hacer nada. Nadie puede en esas circunstancias, cariño. —Le limpió las lágrimas con los pulgares—. ¡A veces suceden cosas que escapan a nuestro control! No las vemos venir.

—¿No? ¿Tú no eras druida? ¿No has visto venir que Eon no era normal? —sabía que estaba siendo injusta con él, pero no podía reprimirse—. ¿Qué es lo que hace tu magia exactamente, además de hacer crecer el pelo?

Cahal sonrió con frialdad, herido por su acusación. Qué zorra era cuando quería.

—¿Y tú, Miz? ¿No eres la persona más inteligente del planeta? ¿Por qué no has resuelto el enigma de Eon? No me ataques gratuitamente. Sé que estás preocupada, nena... —acercó su rostro al de ella—. Pero vamos a solucionar esto juntos. No me vas a dejar de lado.

—Perdón.

La voz de Daimhin interrumpió la discusión. La joven entró vestida con su camiseta blanca de tirantes, sus pantalones negros ajustados, con los Manolos y la katana a la espalda, y un rimmel muy oscuro en los ojos. Vaya, Daimhin estaba encontrando su estilo «Ángel de la muerte». Su glorioso pelo rubio lucía recogido en dos trenzas.

—Mi madre me ha dicho que queríais preguntarme sobre Eon. Cahal soltó la cara de Miz, a la que no sabía si besarla o zarandearla, y se centró en Daimhin. —¿Cuánto hace que conocéis a Eon?

Daimhin parpadeó y se relamió los labios.

—Fue de los últimos en llegar. Él no pasó mucho tiempo en CapelleFerne.

—¿De los últimos en llegar? —repitió Miz con la piel de gallina.

—Sí, eh... Había muchos niños allí, ya lo has visto —se explicó la vaniria—. Pero a Eon lo vi por primera vez dos días antes de que nos rescataran. Como no hablaba y era tan silencioso, le pusimos ese nombre... Como los eones... los espíritus, ¿sabéis? —preguntó incómoda.

Cahal cerró los ojos e hizo cuentas. Sí, las fechas cuadraban con la del robo de los tótems y la apertura del portal. Se sentó en el taburete y meditó sobre lo acontecido. ¿Sería cierto que lo habían tenido delante de las narices y no se habían percatado de ello?

Daimhin y Miz se miraron la una a la otra; y la de las trenzas se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—Novata, Eon va a estar bien —le pasólamanoporlaespaldacariñosamente—. Acabo de oír lo que decíais... Lo siento por escuchar. Yo... no sé si es o no Heimdal, pero si lo es... Has tenido a un dios enganchado a la pierna todo este tiempo. Te vas a convertir en toda una leyenda —lo dijo con sinceridad y sin dobles intenciones.

Miz se echó a reír entre lágrimas, aunque no las tenía todas con ella. Pasó el brazo por encima de los hombros de Daimhin y le dio un beso en la cabeza.

—Eh, no te pongas empalagosa —repuso la hija de Beatha, sin apartarse del abrazo.

—Cállate, Supergirl —contestó Miz.

Daimhin era toda luz. Y la adoraba. Habían personas a las que no les hacía falta mucho para ganarse a otras. Daimhin era una de esas personas; y Miz sabía que la iba a querer y a respetar nada más verla. Igual que lo supo cuando vio a Eon. La conexión con él fue tan fuerte y auténtica que lo quería tener a su lado siempre. Pero esa opción ya no era factible.

—Eon es Heimdal —resolvió Cahal levantándose de la silla—. Lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Creo que todo cuadra... Nos necesita, por eso se ha quedado con nosotros. Putas las nornas y su telar... Pero ha huido por alguna razón. Se ha ido de aquí por algún motivo. —¿Qué tienen que ver aquí las nornas? —preguntó Miz, exasperada.

—¡Todo! —Cahal se rio de sí mismo—. Siempre tienen que ver, Miz. Siempre. El destino es una entidad viva. Hila y deshila a cada acción y decisión que emprendemos.

—Explícate —pidió, poniendo todos sus sentidos en su argumentación. Cahal sacó su puñal distintivo con el sello de Awen, y rozó la hoja con los dedos. Anduinedruidh. El hombre druida, rezaba su hoja.

—Hace dos mil años los dioses me arrebataron las emociones. Me dejaron muerto y mi magia desapareció —se sentó sobre la mesa de pruebas y siguió concentrado en la manufacturación de su puñal—. Mi vida no ha tenido nada de especial hasta que me secuestraste en el Ministry —miró a la científica—. Hace ya un mes y medio de eso. Por alguna razón, la vida de los clanes ha cambiado en este tiempo. Tú conoces la alineación planetaria que habrá dentro de poco; sabes que es un evento único, y que una energía que llegará del cosmos abrirá todos los portales de la Tierra, y aquello que hasta ahora los humanos no han visto, entonces será revelado. En este tiempo, antes de que esa alineación se dé, han pasado muchas cosas: Caleb puede caminar bajo el sol; hay un híbrida vanir y berserker que resulta ser la nieta del líder de Wolverhampton; la amiga de Aileen, Ruth, es la famosa Cazadora de Almas, y su pareja, es el noaiti del clan berserker, que justo después de recuperar a Ruth de la muerte, recibió una profecía de las nornas, que indicaba paso a paso lo que debía suceder para que las cartas se pusieran a nuestro favor en el Ragnarök; la profecía habla de Liam y Nora, sus sobrinos y lo importante que son para nosotros; habla de unos elegidos, Daanna y Menw, que traerán un alma nonata que puede ayudar a proteger el Midgard, y Daanna ya está en cinta de Aodhan; mataron a Gabriel, pero ha regresado como líder de los einherjars, comandando a las valkyrias que tanto nos están ayudando; y, de repente, la profecía habla de un magiker, que es un mago, un druida, que tiene que expulsar el veneno de su corazón. Y la humana concedora de nuestro mundo nos debe ayudar —se levantó y quedó en frente de las dos chicas—. Está claro. Las nornas ponen el tablero de ajedrez, pero nosotros movemos las

fichas.

—Yo ya no soy humana —repuso, Miz.

—Pero lo fuiste. Y ahora eres una de las nuestras —contestó Cahal—. La cuestión es que debemos hacer algo; y hasta ahora no sabíamos qué era —aseguró—, pero Eon entró en escena hace un par de días y puede que nos aclare todo.

Miz y Daimhin parpadearon las dos, empezando a comprender por dónde iban los tiros.

—Eon —continuó Cahal— llegó a CapelleFerne un par de días antes que se produjera el rescate. Descendió obligado tras el ataque de Hummus y tuvo que cambiar su imagen. Ahora, ¿dónde podía ocultarse un dios para que nadie se imaginase donde estaba? ¿Dónde pasaría desapercibido? Vamos, cerebritito. Lo sabes tan bien como yo —la animó Cahal.

Miz se rodeó con los brazos y afirmó pensativa con la cabeza.

—Él mismo se puso en la boca del lobo... —Caviló la astrofísica—. ¿Quién se iba a imaginar que ese niño era Heimdal y que estaba en los túneles con los niños perdidos? Había tantos...

Daimhin rechinó los dientes y sus ojos se enfurecieron. Heimdal, el hijo de Odín, había

visto las perrerías que les hicieron... Y no hizo nada.

—Se realizó el rescate y Eon fue liberado. Pero Heimdal venía enfermo y se quedaba inconsciente a menudo. Sufría vahídos, desconexiones mentales, las cuales todavía no sabemos a qué se deben. Pero sí que teníamos constancia del metal en su sangre. Róta nos ha dicho que el cuerno de Heimdal está hecho de marfil, oro, titanio y mercurio. Justo los tres metales que encontramos en la sangre de Eon. ¿Casualidad?

—Por supuesto que no —resopló Daimhin disgustada.

—Entonces —prosiguió Cahal—, tú y yo entramos en escena. Eras mi cáraid, mi pareja de vida, la mujer que me devolvería las emociones, y con ello, mis dones. Te transformé. Tú eras la científica más brillante de Newscientists y sabías cómo abrir un portal permanente; abrirlo y cerrarlo a tu antojo, aunque todavía no habías puesto tus conocimientos en práctica. Con mis dones recuperados, Menw nos trajo a Eon y me pidió ayuda y yo... Yo... —se quedó en shock y sonrió.

—Tú le hiciste una protección cuántica, supuestamente, para que se recuperara; y decretaste que era invisible, que nadie lo podía ver. Inaccesible —continuó Miz colocando todas las piezas—. ¿Por qué? ¿Por qué Heimdal pidió eso?

—Porque necesitaba estar oculto a ojos de los demás mientras tú probabas el acelerador para abrir el portal —concluyó el druida—. Van tras él, ¿recuerdas?

Los dos se miraron, con los ojos brillantes y muy abiertos.

—Y porque Hummus puede localizarlo —aseguró la voz grave del vanirio samurái, que había aprecido tras ellos silencioso como un fantasma.

Miya entró, con Róta cogida de la mano, que curioseaba todo lo que había en esa sala. Necesitaban hablar urgentemente con la novata.

—Disculpad la intromisión. —Los ojos rasgados de Miya eran muy sinceros y se veía incómodo por la situación—. Pero nos han dicho que tú —aludió a Miz—, eres capaz de abrir una puerta para Heimdal.

—¿Tú trabajas aquí? —preguntó la valkyria con cara extrañada. La miró de arriba a abajo y se quedó prendada de sus zapatos de calaveras—. No tienes aspecto de mujer de ciencia.

—Gracias —contestó Miz poniendo los ojos en blanco.

—Y te voy a robar los zapatos.

—Graci... ¿Qué? ¡No! —exclamó la vaniria observándola como si estuviera loca.

Róta se encogió de hombros, peinándose el pelo rojo con los dedos. Sus orejitas puntiagudas se movieron y los ojos celeste se tornaron rojos en un nanosegundo, aunque luego retomaron su color natural, preciosos, por cierto. Miz achicó los ojos, y pensó que se lo había imaginado.

—Es Einstein con pechos —respondió Daimhin defendiendo a su amiga—. Yo quería ver a una valkyria —murmuró maravillada acercándose a la del pelo rojo—. Vaya... Eres...

—Voy a cobrar por cada miradita —aseguró Róta—. Cincuenta libras y te enseño donde tengo un piercing. —¿En serio? —Daimhin abrió los ojos como una niña de cinco años, emocionada por verlo.

Miya puso los ojos en blanco.

—Es broma, Miyamoto —le dijo divertida al ver su reacción. Le encantaba provocarlo, ¿cuándo iba a aprender?—. Kenshin tiene razón — La valkyria sonrió cuando él la miró de reojo—. Los hijos de los dioses se reconocen entre ellos. Y Newscientists tiene a alguien que puede hacer eso. Sabían que Gunny, mi nonne preciosa, era hija de Thor. Lo pueden sentir.

—Por eso Eon buscaba la protección que tú le podías dar —dijo Miz encarando a Cahal—, porque él sabía que podías ocultarlo.

—Pero la protección pudo desaparecer ayer por la noche —murmuró el druida—. Me hirieron y perdí mucha energía. El escudo protector que le hice iba ligado a mi energía cuántica. Al estar débil y perder tanta, su escudo, posiblemente, se debilitó.

—Probablemente —apuntó Miya—, Hummus lo ha estado asediando.

—Sí —susurró Cahal—, esa sería la energía agresiva que sentía alrededor de Eon, parecida a la magia seidr. Intentaba chupar su energía vital.

—Pero Eon se encontraba ayer noche en el RAGNARÖK y pensó que si el escudo desaparecía; su ubicación sería revelada —sugirió Daimhin—. Y temió ponernos en peligro, por eso se fue.

—Sí, eso sería más típico del bueno de Heimdall —apoyó Róta, manipulando un cristal de color azul. —Pero sigue estando débil —protestó Miz—. Es un vanirio y la luz del día... —No es un vanirio —refutó Cahal—. Ha tomado esa apariencia, pero creo que Eon, o sea Heimdall, puede caminar bajo la luz del sol.

—Sufre vahídos —repuso Miz, desorientada.

—¿Y si se los provoca él mismo? —pensó Cahal—. ¡Puede ser! Se queda como en coma; a lo mejor, si hace como que está muerto y su cerebro y su cuerpo se desconectan, Hummus no lo puede detectar.

Miya entornó los ojos, tomando como válida la suposición de Cahal.

—Si su protección ha desaparecido —opinó el samurái—, Eon debe de estar en algún lado, sin conocimiento. De lo contrario, le rastrearán. Cahal afirmó con la cabeza. Trabajaría en su cúpula cuántica desde la distancia. Súbitamente, una alarma sonó en toda la instalación.

Miz salió escopeteada, dirigiéndose al salón central. Todos lasiguieron, y se apoyaron en la barandilla que hacía de balcón, y a través del cual se podía ver todas las pantallas satélites de la sala.

—Se están rebasando los límites —musitó con inquietud—. El vórtiz se está preparando para activarse. Deberíamos... —miró a Cahal—, deberíamos hablar con Liam. Si él ve antes cuál es el punto exacto del portal nos puede dar un margen de tiempo que puede resultarnos muy valioso. Yo intentaré dejar listo el acelerador —se mordió el labio con nerviosismo—. Pero debemos encontrar a Eon, y necesito más iridio, Cahal, o no podré estabilizarlo y... Después está el riesgo de las tormentas eléctricas. Los portales crean tormentas eléctricas alrededor... Los humanos podrían ponerse en peligro.

—¿Los aceleradores crean tormentas eléctricas? —repitió Róta mirando a Miya con interés—. Mmm...

Cahal se acercó a su mujer.

—Chist —él puso ambas manos en sus mejillas—. No te preocupes por lo que pueda o no pueda provocar la puerta. Vamos a encontrar a Eon. Tú prepara el acelerador y yo hablaré con As. Despertaremos a Liam.

—¿Necesitas ayuda, alquimista? —preguntó Beatha apoyada en la compuerta de su sala. En su rostro se reflejaban las ganas de ayudar. Ya no había recelo ninguno. Aileen y Caleb la acompañaban.

Miz se aclaró la garganta. ¿La querían ayudar? Ella no estaba acostumbrada a trabajar con tanta gente; de hecho, siempre había sido muy individualista, pero, al parecer, ese clan no tenía ni idea de lo que era la intimidad. Hacían las cosas en equipo.

¿Quería decir que ella ya formaba parte de ellos?

—No hacen falta tantas manos, pero...

Aileen entró sin hacer caso a sus excusas.

—Relájate un poco, novata. Dinos qué necesitas para que este trasto funcione —tocó el medidor de amperios. Qué manía tenían todos con tocar las cosas, pensó sin malicia. —Está bien —Miz asintió finalmente—. Vamos a revisar que todo

esté correcto. Pero... ¿Y el iridio? —preguntó a Cahal desesperada—. Lucius seguramente tiene más iridio que nosotros. —Sí, se llevó toda la cabeza de Iron Man —le sonrió con dulzura,

ocultando un secreto en sus ojos azules, y revelando a la vez lo mucho que la quería y la adoraba.

Miz tragó saliva y tuvo un extraño presentimiento.

—¿Cahal?

—Yo me encargo del puto metal, nena. Tú deja el acelerador preparado para trasladarlo al vórtiz. Todo va a salir bien.

AS Landin observaba con gesto incrédulo la pantalla de la telemetría que indicaba que Eon estaba en Wiltshire. Menw y Daanna no podían creer lo que veían sus ojos. El punto intermitente se había detenido en Frome, que estaba a caballo entre Glastonbury, uno de los posibles cónclaves donde se activaría el vórtiz, y Amesbury, el otro más que probable vórtiz.

El líder berserker se pasó la mano por la cara y se frotó el inicio de la barba corta que siempre le gustaba llevar.

—¿Amore? —preguntó María poniéndole una mano en la espalda. Ella no sabía interpretar muy bien lo que veía en la pantalla. Tantas luces, líneas, puntos intermitentes... Prefería que su mann le explicara las cosas—. ¿Qué pasa?

As levantó la mirada y observó a la pareja vaniria.

—¿Qué coño hace ahí? —dijo Menw con un gruñido—. ¿Cómo un niño de tres años se ha ido de aquí sin enterarnos? La telemetría indica que no le late el corazón.

—Por la Diosa —susurró la sacerdotisa afectada por aquellas palabras.

—No quiere decir que esté muerto. Eon... O Heimdal, quien sea, se desconecta. Sufre ataques de inconsciencia y se queda en coma, como muerto. El corazón se le detiene, pero... por alguna extraña razón, sigue vivo.

—¿El corazón no le va y sigue vivo? —repitió María horrorizada.

—Si es un dios y está utilizando ese cuerpo como tapadera —explicó As para tranquilizar a su mujer—, puede manipularlo a su antojo. La pregunta es... ¿Cómo ha salido?

—Las chicas aseguran que no han visto a nadie salir de aquí —confirmó María—, a excepción de Noah, Ruth y Adam, cuando han regresado de la reyerta del IMAX de Waterloo.

El berserker se ató su larga melena chocolate en una cola baja. Cogió su iPhone, decidido a hacer una llamada. Había mandado a Adam y a Noah a Wiltshire para que vigilaran la zona; y si había algún movimiento extraño, debían avisar a los clanes para que se movilizaran.

¿Sería posible que Heimdal hubiera establecido contacto? ¿Lo sabría? ¿Cómo demonios se había atrevido?

—¿A quién vas a llamar, leder? —María entrelazó las manos y se llevó la punta de los dedos a los labios. ¿Por qué As se veía tan nervioso?

El Hummer de Noah había aparcado en Frome, Somerset. Un precioso pueblo inglés construido alrededor del río que llevaba el mismo nombre. Las casas de estilo victoriano, unas pegadas a las otras, de diferentes colores y con todo tipo de flores en los balcones, conferían al pueblo un estilo gótico muy especial y, a la vez, lleno de encanto. Muchas de esas casas se habían utilizado para el comercio y el consumo, y ahora eran restaurantes y cafeterías con maravillosos escaparates. A uno le apetecía pasear por ahí, impregnarse del olor a panadería recién abierta y caminar imaginándose con un traje de chaqueta, un sombrero de copa, un bastón y una hermosa mujer con el pelo recogido y un vestido de época de esos que levantaban los pechos desafiando a la ley de la gravedad. La mujer de ojos color whisky, pelo castaño oscuro y largo, y rostro de pillina incorregible, a poder ser.

Noah sacudió la cabeza. La imagen de esa valkyria lo perseguía hasta en sueños. ¿Cómo podía ser? Fácil. Nanna era de él. —Nanna... —repitió su nombre en voz baja, para comprobar que era real, que no se la había imaginado. ¿Cuándo volvería a verla?

No obstante, no era momento de pensar en ella.

Después de haber atendido a Miz y dejarla con Cahal, un grupo de berserkers entre los que se hallaban él y Adam como líderes, se había dirigido al RAGNARÖK a coger todo tipo de cargamento para dejarlo preparado en los emplazamientos de Glastonbury y Amesbury, las dos zonas que competían para que se abriera el vórtiz definitivo.

Noah tenía hambre y necesitaba llenar el estómago. Desde el día anterior no había comido nada; por eso salía de Cheap Street, la calle más concurrida de Frome, con un montón de bolsas de cartón a rebosar de cafés y bollería.

La cafeína les daría el estimulante necesario para seguir en pie. ¡Los dioses no habían inventado el café, y solo en eso eran superados por los humanos!

Dando un sorbo a su extralargo, llegó al Hummer y abrió las puertas con el mando automático. Dejó los paquetes en los asientos de atrás y acabó de tomarse la bebida apoyado en la puerta del piloto, mientras observaba los cielos, llenos de nubes. Esa maldita semana había hecho un tiempo de pena.

De hecho, el clima acompañaba el estado del conflicto en el Midgard. Se decía que en unas horas se abriría un vórtiz en Inglaterra. Si Lucius y Hummus llegaban al vórtiz y hacían impactar el haz del acelerador, abrirían una puerta perfecta que les llevaría al Asgard. Y, sin guardián, no habría nadie que protegiera el reino de los dioses.

No lo podían permitir. Todo se acabaría.

La música de Still Standing de The Rasmus de su iPhone lo sacó de sus pensamientos. Lo tomó del bolsillo trasero de su pantalón oscuro y contestó: —Dime, leder. —Noah, ¿ya habéis redado los cónclaves? —Sí —dio otro sorbo a su café—, hemos movilizado a los guerreros en las dos zonas. Hemos minado la zona con detonantes, por si la situación se nos va de las manos.

—Bien. ¿Dónde estás ahora?

—Me he acercado a Frome para comprar provisiones y reponer fuerzas para las guardias. La línea se quedó silenciosa. Noah entrecerró los ojos amarillos y su instinto berserker se despertó.

—¿Sucede algo, As?

—Joder, sí. ¿Estás con tu Hummer?

—Sí.

—Noah, escúchame bien. Eon no está en el RAGNARÖK.

—¿Cómo que no está? ¿El pequeño pelirrojo? —Pero si ese niño solo tenía tres años. ¿Dónde estaba? —Sí. Ayer por la tarde Menw introdujo a todos los guerreros rescatados de Newscientists un transmisor médico de telemetrías para comprobar

su estado físico y mental y que no volviera a pasar lo vivido con Goro. El transmisor tiene un GPS y nos está dando la señal exacta de donde está Eon.

—Bien, ¿y dónde está? —Dejó el café sobre el capó y apoyó la mano libre en su cadera.

—En Frome.

Noah no supo qué decir. Abrió y cerró la boca alternativamente. ¿En Frome?

Se dio la vuelta y clavó los ojos en el maletero. Ellos habían tomado lo que necesitaban de la sala de armas y material informático del RAGNARÖK. Habían cargado las cajas en los

coches y se habían ido.

—Espera un momento —dijo el berserker de pelo platino caminando lentamente hacia su maletero. En el maletero tenía tres cajas. Una de ellas no la había abierto, y era la que estaba abajo del todo, soportando el peso de las otras tres, que ya estaban vacías. Noah retuvo el iPhone con el hombro, mientras procedía a sacar las dos primeras enormes cajas, y clavó los ojos en la que quedaba. Era una caja profunda, de un metro de largo por otro de ancho. En esa caja había dos portátiles militares, recordó. Noah sacó la caja y la dejó en el suelo. Abrió los pestillos de seguridad, y levantó la tapa.

—¡Joder! —exclamó cerrándola de golpe.

—¿Noah? ¿Noah? ¿Está ahí? —preguntaba As.

—¡Claro que está aquí! —se pasó la mano por la cara con frustración—. ¿Qué hace este crío aquí? ¿Por qué...? —Noah, escúchame atentamente. —Te escucho —detuvo su retahila de golpe. —Por nada del mundo dejes a Eon. Quiero que te lo lleves, que lo protejas y lo resguardes hasta que nosotros te digamos lo que debes de hacer.

—Un momento, As. ¿Quién coño es este crío? ¿Cómo se supone que debo cargarlo? Es un vanirio... ¿no? —Fijó sus ojos amarillos en la tapa de madera. No comprendía nada—. No tengo impermeables protectores para su piel y...

—Eon no es un vanirio. Ha tomado la apariencia física de uno de ellos, pero... No, no es un vanirio. ¿Está despierto?

Noah abrió la caja de nuevo. Eon estaba hecho un ovillo, con un chándal gris que le iba un poco grande. El nacimiento de su pelo teñía su cráneo de rojo. Sus cejas, finas y diminutas, le daban un aspecto entrañable. Noah se puso en cuclillas y colocó el índice y el corazón sobre su vena aorta, en el cuello.

—No le late el corazón. No respira...

—Está bien. Creemos que él mismo se induce los comas para que no detecten su energía divina. Por eso ha tenido tantos vahídos. Para que Hummus no lo localice.

Noah sacó los colmillos. Hummus le repateaba el estómago y él también sentía cosas extrañas cuando el jotun estaba cerca. Cuando se enfrentó a él en CapelleFerne, el lobezno le dijo cosas que no le gustaron nada. Lo llamó niño perdido y le dijo que As sabía quiénes eran sus padres.

As se lo había negado rotundamente. Hummus solo quería confundirlo, le había asegurado. Pero el líder berserker, aunque tenía todos sus respetos y toda su lealtad, sabía muchas más cosas de las que admitía. Y Noah ya no se fiaba de nadie.

—¿Energía divina? ¿Entonces?

—Noah, Eon es Heimdall. Y tenemos que enviarle de vuelta al Asgard. Si lo logramos, no tendremos que preocuparnos de los portales hasta el día señalado.

Noah se envaró y se quedó de piedra.

—¿Lo sabías? ¿Sabías quién era Eon desde el principio?

—No, joder.

El berserker de pelo platino alzó el rostro al cielo y gruñó, deseando tirar el teléfono al otro lado de la calle. No se creía nada. —Leder. —Sí. —Yo cargaré con Heimdall. Pero cuando todo esto acabe, tú y yo hablaremos largo y tendido. Siempre tienes sorpresas, joder.

As solo le dijo:

—Mantente localizable. Te necesitaremos en el vórtiz indicado en el momento en que se active definitivamente. —Quiso añadir algo más, pero al final dijo—: Protege a Heimdal como si

fuera algo tuyo. Cortó la comunicación.

Noah miró el teléfono. ¡Qué cabrón! Al leder siempre le gustaba dejar a los demás con la palabra en la boca.

Agarró al pequeño dios, lo cargó en brazos y guardó las cajas de nuevo en el maletero. ¿Qué debía hacer? ¿Se ocultaba? ¿Huía a la zona del bosque? Frome estaba justo en medio de Glastonbury y Amesbury.

—Nos quedaremos aquí —le dijo a la cara de ojos cerrados del pequeño—, hasta que nos avisen. ¿Te parece? —Volteó los ojos—. No hace falta que contestes.

En el RAGNARÖK, Miz había recibido la ayuda de todos para acabar de preparar el acelerador. Solo le faltaba la fuente de energía y más cantidad de iridio. Lucius tenía más opciones pues contaba con el material necesario y eso la cabreaba profesionalmente. El vampiro hijo de perra partía con ventaja. Era como una carrera espacial, pero adaptada a las puertas intergalácticas.

Sin embargo, con lo estricta que había sido ella en relación a su trabajo, ahora se encontraba con que una valkyria, un vanirio samurái, dos Marus del consejo Wicca, una superviviente de CapelleFerne y un druida, que le había robado la mortalidad y el corazón, la estaban ayudando. Y lo hacían muy bien.

—Apartaos un momento —ordenó Miz encendiendo el interruptor. El haz de luz del puntor colisionó en el plato, con el mismo éxito que lo había precedido la primera vez.

La científica miró a Cahal con orgullo.

—El ataque de Goro no ha sido fructífero. El acelerador funciona.

Los presentes respiraron más tranquilos. Al menos, tenían un acelerador que podían usar.

—Pero —apuntó Miz—, no podemos cantar victoria todavía. El sistema es muy precario. No sé cómo funcionará al salir de aquí. Si no tenemos una fuente potente en el exterior no adquirirá la fuerza necesaria. Y en caso de que la adquiera, necesito más iridio para estabilizarlo o la puerta se cerrará en un instante.

Aileen le puso una mano sobre el hombro y la apretó con indulgencia.

—Prefiero tu actitud de «soy la mejor y esto es imposible que falle» —le guiñó un ojo—. Nos da más tranquilidad.

Cahal entrelazó los dedos con ella, la retiró del grupo y la acercó a su cuerpo.

—No sé como va a salir esto, pero tengo que decírtelo, Miz: ¿Sabes lo que supone para mí saber que estás aquí, rodeada de mis amigos y de mi familia? Que quieres formar parte de esto... Quiero arrancarte la ropa ahora mismo —bajó el tono de voz y disfrutó de su incomodidad.

—Ah. Bueno... Yo quiero ayudar. Quiero, yo... —murmuró bajando la mirada y sonrojándose. Qué difícil era soltar la lengua sin el hidromiel—. Yo no quiero que os pase nada malo. Nada. Me gusta lo que sois como clan. Os protegéis los unos a los otros, os ayudáis en lo que podéis... —se encogió de hombros—. Y tocáis lo que os da la gana sin mi permiso y me movéis las cosas de lugar. Y debería estar tomándome un tranquilizante, porque soy muy obsesiva con esas cosas, pero... Me... Me encanta.

—Dioses... Miz, yo... —Cahal ronroneó, la tomó de la cara para besarla, pero los interrumpieron.

Liam y Nora venían de la mano de Caleb McKenna, As Landin y María. Nora arrastraba a un conejo de trapo por la oreja, y tenía el rostro húmedo por las lágrimas. Liam la miraba preocupado y también acongojado. Pero ambos pequeños, la brújula y la que soñaba con

Lokito, tenían a todo el clan pendientes de ellos.

Liam se acercó a Miz y la tomó de la mano, tirando de ella para llevarla hasta el balcón a través del cual verían las pantallas de la Nasa, y Nora le dio el dibujo que había hecho a Caleb.

—Enséñale al druidh lo que he visto —pidió cogiendo la mano de Miz. Si Liam lo hacía, ella también. ¿Qué tenían todos los niños con la científica? Era como una especie de imán.

El pequeño moreno levantó la mano y señaló el panel de la Nasa.

—Es ese —aseguró. Bostezó y se apoyó en la pierna de la joven. Todavía tenía los ojos pegados. Pero su tío Adam le había dado la orden de que, en cuanto soñara de nuevo con la Tierra y sus puntos de luz, se fijara en el punto más grande de todos. Lo había hecho; y por eso quería decírselo a Miz.

—Un momento, Liam —tomó el mando remoto del bolsillo trasero de su pantalón y con el zoom acercó la imagen de la pantalla—. Señálame ahora qué punto es.

Liam lo hizo de nuevo.

—Ese, el que está a la derecha.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Bingo. Miz acarició la cabeza de Liam, y se giró para mirarlos a todos. —Es el vórtiz de Amesbury. —¿Qué zona de Amesbury? —preguntó Caleb. —La matriz del vórtiz, donde más energía hay, se ubica bajo la igle

sia Cristo el Rey. Ellos ya conocen esos cónclaves; así que en cuanto vean que la balanza entre los dos puntos de Glastonbury y Amesbury se decanta a favor del segundo, irán allí directamente. Dirigirán el haz al edificio.

As cogió su teléfono y dijo: —Voy a avisar a mis guerreros. Que los que estén en Glastonbury vayan a Amesbury y rodeen la iglesia. Noah está con Eon. —Gracias a Dios... —exhaló la joven liberando el peso de sus hombros.

—Gracias a Odín. Eon huyó esta madrugada y aprovechó el viaje que hicieron Noah y Adam para recoger provisiones para la ofensiva. —Explicó el líder berserker con voz seca—. Se introdujo en una de las cajas de armas e informática y esperó a que lo sacaran de ahí.

—¿Está bien... Heimdal?

—Está... desactivado. En cuanto el vórtiz esté en su punto álgido, Miz, le diré a Noah que traiga al dios. Estarás protegida permanentemente. Se desatará la guerra —aseguró el berserker—. Tú ocúpate de hacer funcionar el acelerador y abstráete de lo que te rodee. Tienes que guiar a Heimdall de vuelta a casa. Es imprescindible e imperativo.

—De acuerdo —asintió Miz—. Lo intentaré. —No. No lo intentarás, científica —la coartó As—. Lo harás. Porque detestas fracasar y, porque si esto falla, la Tierra se irá a la mierda. Moriremos todos.

La mirada que intercambiaron As y Miz fue digna de estudio.

—Me encanta trabajar sin presión —refutó Miz sarcástica.

—En realidad, leder —María riñó a As con sus ojos negros—, lo hará porque ninguno de nosotros tenemos idea de cómo abrir un portal hacia el Asgard —la defendió—. Tenéis suerte de que Miz haya caído en vuestras garras en este momento preciso, ¿no os parece?

La aludida sonrió a María. Dios, adoraba a esa mujer y no la conocía de nada. —Como sea —refutó As, que odiaba que lo corrigieran—. Tiene que funcionar.

—Nora ha localizado al practicante de seidr —anunció Cahal agitando el papel que tenía en la mano—. No hay mucho que sacar de la imagen...

Mostró a todos el dibujo de Nora. A Miz le ponía la piel de gallina ver cómo dibujaba esa cría. Parecía que las ilustraciones salían como imágenes en 3D.

El dibujo reflejaba un hombre de espaldas anchas y pelo largo, en una especie de calle ascendente. Parecía un mercadillo, con tiendas de panes caseros, frutas y verduras. Tras una de las paradas, había un local en el que se mostraba un cartel en el que ponía: Alex Scott, Hairdressing.

Miz arrebató la hoja de las manos del líder vanirio. Ella sabía qué calle era. Laila le había hablado de esa peluquería... Una de sus «amigas especiales» se cortaba el pelo a lo chico ahí. Decía que tenía buenas estilistas.

—¿Huesitos? —Cahal se inclinó sobre la hoja, intentando averiguar qué era lo que había visto su pareja. —Esta es la calle Catherine Hill —miró al druida—. ¿Qué hace ese hombre en Frome?

Hummus sonreía. Había salido de Glastonbury respondiendo a la señal de su tótem. La hoja de su puñal Guddine ardía, y eso era muestra de que había otro puñal Guddine cerca de donde él se encontraba. Siguió el rastro, observando la punta del puñal como si fuera una varilla de zahorí que buscara agua en las inmediaciones. El único puñal Guddine que había visto en el Midgard, además del suyo, era el del berserker moreno de pelo blanco y ojos amarillos: el niño perdido.

Y eso quería decir que él estaba ahí.

Hummus jamás infravaloraría a sus enemigos, por eso sabía que si el berserker se encontraba en ese pueblo, era porque ellos manejaban la misma información sobre el vórtiz. O se abría en Amesbury o se abría en Glastonbury y, entre medio de ambas localidades, se hallaba Frome.

Se sorprendía de que Noah fuera tan poco inteligente como para acarrear un tótem divino encima y no saber que los tótems desprendían señales electromagnéticas; y que los puñales Guddines, además de ser una de las pocas armas que herían a aquellos que tenían sangre divina, tenían la peculiar característica de que se llamaban los unos a los otros como imanes: auténticos localizadores.

Ahora, el puñal ardía; las incrustaciones de piedra negra se removían como si fueran la piel de una serpiente y el filo cortante de la hoja brillaba como hierro candente.

Estaba a punto. A punto de lograr lo que él quería. Abrirían el vórtiz, con el iridio lo mantendrían estable; y él podría entrar al Asgard y horadar las puertas que no había podido abrir de los demás mundos; los necesitaba a todos para el Ragnarök. Con los elfos oscuros, los enanos malolientes, los gigantes y los muertos de Hel nadie podría detenerles. Y lo más importante: sin Heimdal de guardián, sin que pudiera utilizar su cuerno para avisar a Odín y a Freyja, ¿quién vendría a proteger a los humanos? Nadie.

El Midgard sería de Loki, y los reinos del Universo sucumbirían a su poder. Pero, para ahorrarse problemas, necesitarían hallar al hijo de Odín y matarlo.

Y, por ahora, no había señal del guardián mudo. Pero lo encontraría. Todas las ratas acababan saliendo de su madriguera, y los predadores siempre las aniquilaban.

Acarició la serpiente dorada metálica que rodeaba su muñeca; un pequeño recuerdo que había robado de la sala de los Elfos de la Luz en la que se hallaba Seier. Esos brazaletes eran mortíferos, una de las armas de sus principales enemigos, los elfos oscuros, y las tenían en su cámara de tesoros como trofeo. Hummus acarició la serpiente de oro y esta se movió cobrando vida. Jugaría al gato y al ratón con él, y después le lanzaría su esclava.

Significó el temblor del arma afilada y la dirección del puñal y se desvió hasta Cheap Street. Seguramente, el guerrero de As Landin ni siquiera era consciente de lo que tenía encima.

Noah desprendía una energía especial, era como un niño perdido en medio de una caza de brujas, como un pececillo rodeado de tiburones. Se lo dijo la última vez que lo vio, y se lo diría cuando lo encontrara esta vez, porque tenían un tema pendiente; lucharía contra el niño bonito de As Landin; y por haber sido un auténtico grano en el culo durante todo ese tiempo, mataría a su guerrero máspreciado.

Había llegado la hora de saldar cuentas. Noah sería la cabeza de turco.

Un relámpago iluminó los cielos encapotados y las primeras gotas de lluvia precipitaron, preparando la antesala de un día glorioso para los suyos.

Noah encendió el parabrisas del coche. La lluvia arreciaba con fuerza y los truenos y los relámpagos iluminaban los cielos.

La alarma de la aplicación satélite que había creado Caleb todavía no se había activado. Noah agarró la pantalla, le dio a la aplicación, y al momento surgió un mapamundi con dos puntos en Inglaterra con varios círculos concéntricos iluminados de color amarillo. Amesbury o Glastonbury. Alcanzando su cuota de energía más alta, uno de los dos cónclaves se activaría en breve, y él estaba entremedio de los dos.

—Casi lo tenemos —le dijo al pequeño—. Tío, si eres Heimdal de verdad, ahora mismo te vas para casa.

Se llevó la mano a la cinturilla trasera del pantalón. El puñal de Nanna le ardía y vibraba como un puto teléfono móvil. Se inclinó hacia adelante, con Eon encima, muerto plácidamente, y cogió la preciosa arma por el mango. Las piedras brillantes, blancas y rojas, se movían alrededor de la empuñadura, como si de repente tuvieran ganas de hacer ejercicio.

Un halo rojizo rodeaba el acero plateado... Los ojos amarillos de Noah se dilataron. No tenía ni idea de lo que significaba aquello, pero salió del Hummer, puesto que no le daba buena espina.

Arrancó el cinturón de seguridad del copiloto y se ató a Eon a la espalda, como si llevara un auténtico fular portabebés, y estiró el brazo hacia adelante, con la hoja rojiza de la daga señalando al frente.

El brazo hizo un semicírculo perfecto y acabó señalando el lado contrario al que se había dirigido, imitando un excelente movimiento de esgrima.

—Joder, ¿qué demonios...? —murmuró siguiendo la punta del cuchillo, que no dejaba de temblar. Las piedras preciosas del mango se movían y le raspaban el interior de la piel de la mano.

En ese descampado solo estaba él aparcado. No había nadie más.

Pero, repentinamente, a unos cincuenta metros, vio un hombre de pelo largo que medía al menos dos metros. Vestía todo de negro con ropa holgada como él. Joder... Hummus.

Y recibió otro whatsapp.

De:As Landin

Hummus está en Frome.

Ven hacia Church Abbey. Liam nos ha dicho que el portal se abre aquí. Dateprisa.

Mierda.

Noah se transformó delante de Hummus.

El lobezno arqueó las cejas y sus ojos negros brillaron divertidos cuando lo vio.

El berserker solo pensó que tenía a Heimdal con él y que no podían encontrarlo. Pero

Hummus hizo lo propio, realizando la conversión en lobezno; más pelo, más colmillos, más garras y más grande que su enemigo; saltó por encima de un coche que entraba a Frome y, con sus más de dos metros en transformación, unas zancadas gigantes, todo músculo y potencia, fue a por ellos.

Miz y Cahal iban juntos en el pequeño Mercedes 300 SL, liderando la fila que formaban los dos Cayenne negros, el Hummer y un pequeño trailer con el acelerador.

Estaban a punto de llegar a Amesbury.

As había mandado a sus berserkers que salieran de Glastonbury y todos se dirigieran al otro cónclave. El plan era destrozarse el acelerador de ellos y, de algún modo, extraer el iridio para instalarlo en el suyo propio.

Quien llegara antes y fuera más tenaz ganaría aquella carrera.

O devolvían a Heimdal a su lugar, o impedían que Lucius y Hummus abrieran el portal. Aunque la lucha por los portales permanecería hasta que el guardián del Asgard regresara a su lugar y cerrara todas las fugas. Y no podían estar persiguiéndose por todo el mundo cerrando todos los vórtices de la Tierra. No era una salida viable ni sana, pensó Cahal.

La única solución que veía él era devolver al dios a su lugar. Eso les cerraría aquel frente. No había otra opción. Y sería el modo de joder a Lucius de verdad.

Miz tenía un codo apoyado en la ventana, y se rozaba los labios con el índice, mientras conducía ansiosa por la carretera. Hacía un momento habían dejado atrás Basingstoke, y ahora visualizaban el cartel de bienvenida a Andover. La siguiente localidad sería Amesbury, y allí se decidiría todo: todo por lo que había luchado, todos sus años invertidos en sus estudios; los quarks, los protones, las otras realidades... Y, aun así, nada la ponía más ansiosa que saber que habría un enfrentamiento, un todos contra todos, un vida o muerte. Cahal lucharía también, la defendería mientras instalaba el acelerador; todos la protegerían, y ella solo tenía que dirigir el haz a la matriz del vórtiz, a esa iglesia de piedra, y esperar a que Cahal consiguiera el iridio y la potencia suficiente como para crear un choque de protones y antiprotones descomunal y controlado.

—¿Temes por mí? —preguntó el druida poniéndole una mano en la rodilla.

¿Temer? No. Estaba a punto de sufrir un taquicardia pensando en que algo pudiese herir a su hombre hermoso. Pero no temía. No. Por supuesto.

—Eres muy egocéntrico... —contestó suavemente—. Pero temo por ti. Sí —tragó saliva y lo miró de reojo—. ¿Contento?

—No, Miz —replicó él mirando al frente—. Tu miedo no me pone contento. —¿Crees que... Crees que Eon y Noah estarán allí? —Eso espero. Vamos a abrir el portal, nena. Y ellos no pueden fallar. Miz se exasperó y le miró irritada. —¿Por qué estás tan seguro de que vamos a abrirlo? ¿Qué sabes tú que yo no sé?

—¿Yo? —subió y bajó los hombros—. Sé que quiero verte feliz — contestó sin subterfugio alguno, con toda la sinceridad de su corazón—. Sé que te preocupa mucho que piensen de ti que has fracasado. Y odio que te sientas mal. Por eso voy a hacer lo posible para que los dos clanes, incluso los dioses, te estén eternamente agradecidos. Túhassidounaayudadivina para nosotros, Miz. Tu mente privilegiada va a ayudarnos a cerrar el Asgard hasta el día señalado, de modo que solo tengamos que preocuparnos de lo que tenemos en la Tierra. Has sido mi luz. Nuestra luz.

Miz negó con la cabeza. Sentía un pinchazo extraño en el corazón, una opresión; una

sensación que hacía que le entraran ganas de llorar y reír a la vez. Cahal notemía expresar sus sentimientos. Él hablaba sobre ellos con total libertad; y ella se encontraba desarmada y desamparada ante tanta sinceridad.

Sentía tantas cosas y tan locas por él... Pero no se lo diría. No le diría lo que sentía. Porque si no se lo decía, eso lo mantendría vivo. Y no había nada más importante para ella que que Cahal estuviera a salvo.

—Cahal... ¿Qué... en qué estás pensando? —preguntó asustada. No le gustaba nada lo que estaba sintiendo respecto a las emociones del druida—. No me gusta cómo hablas.

—¿Y cómo hablo, mo cáraid? —la tomó de la barbilla y le giró la cara hacia él. —Estoy conduciendo... Yo —intentó retirar la cara para centrarse en la autovía—, necesito mirar la carretera. Nos vamos a matar.

—Eres vaniria, puedes conducir como te dé la gana. Y si provocas un accidente y nos matas a todos, moriríamos juntos, amor. ¿Eso te haría feliz?

—¡No! Morir no me haría feliz —No. Ya no. Hace unos días lo creyó la mejor salida, pero todo había cambiado—. ¿Sabes qué me gustaría de verdad?

Cahal la besó en los labios, tan profundamente y con tanta fuerza que la magulló. Cuando la soltó, la científica se pasó la lengua por las comisuras y le dirigió una mirada acerada.

—¿A qué ha venido eso?

—A que me apetecía. A eso.

Los ojos de la joven se llenaron de calor y sacudió la cabeza para salir del encanto del druida.

—Lo que de verdad me gustaría sería que todo esto acabara. Las persecuciones, la lucha, la guerra, el estar inseguro... Me gustaría la paz. Un mundo en paz.

—Pides cosas imposibles. ¿Acaso crees que sin dioses, sin Loki ni Odín, el ser humano estaría en paz? —Reflexionó retirándole el pelo de la garganta, rozándole la piel con la nariz—. Esta especie es competitiva y está llena de ego y de miedo. Los dioses no tienen la culpa de que haya habido guerras mundiales, de que se hayan permitido dictaduras; no tienen nada que ver con los campos de concentraciones, ni con que medio mundo muera de hambre y nadie haga nada; ni Odín ni Freyja son responsables de la indiferencia de los demás. El ser humano es culpable de todos sus cargos, sobre todo de su ignorancia y de su involución.

—Pensaba que habías montado esos centros espirituales para guiar a las personas hacia la iluminación. ¿No ha funcionado? Cahal sonrió. Su Miz era muy observadora. Y le empezaba a conocer muy bien.

—No. No va a funcionar nunca. La gente va ahí, se relaja, hace yoga, estudia sobre la psicología evolutiva de las personas —besó suavemente la piel en la que latía su vena—, pero cuando salen de ahí siguen siendo igual de egoístas. No entienden que si quieren mejorar tienen que tomar la decisión a tiempo completo. Pero es tan difícil ser bueno... —murmuró lamiendo su garganta.

Miz gimió. Cahal hilaba como una araña, y ella caía en sus redes. Tan fácil. Tan subyugante. ¿En qué se había convertido? En una mujer inteligente que se moría porque ese hombre la tocara, la mordiera, la succionara y abrazara a cada momento.

—¿Tú eres malo, Cahal? —preguntó con voz temblorosa, cerrando los ojos ante la caricia de su lengua.

—Soy el más malo de todos —gruñó mordiéndole la piel—. Por eso hacemos tan buena pareja. Los villanos se pertenecen.

Cahal necesitaba su sangre, necesitaba beber. Desde la noche anterior se había protegido ante la intromisión mental de Miz. Y la joven ni siquiera se había dado cuenta porque, sencillamente, no lo había rozado con la mente. Ella no quería ese tipo de vínculo, y no hacía a los demás lo que no quería para ella; aunque eso supusiera violar uno de los lemas de los cáraids, los cuales necesitaban ese tipo de comunicación entre ellos.

En cambio, ahora lo agradecía. Saber que Miz no quería meterse en su cabeza, le facilitaba las cosas.

La mordió y bebió de ella, sin importarle las débiles quejas de Miz.

Cahal necesitaba beber porque su sangre le otorgaba el don. Era como gasolina para su motor; y cuando bebía de ella, toda su esencia, todo su poder despertaba, y se iba haciendo una pelota en su interior hasta que estallaba como una supernova. Era como un pez que se mordía la cola. Bueno y malo a la vez.

Si acumulaba demasiado poder, se podía volver loco; porque empezaba a ver borroso, se sentía mareado y voluble. ¿Cuándo había desaparecido esa sensación? Después de una pelea en la que se había desgastado mucho. Y, sobre todo, después de hacer el amor con Miz. El sexo era un catalizador para esa acumulación energética, y le ayudaba a liberarla. Era como si la joven fuera una esponja y chupara parte de ese desasosiego y ese poder descontrolado. Y la científica era tan buena en eso...

Pero ya no temía a su don. Si lo tenía era por una simple razón y esta vez iba a explotarlo. Había llegado su hora; y por eso se estaba bebiendo a su mujer, porque sabía que iba a darlo todo por los demás.

Pero, ante todo, lo daría todo por ella, una super heroína atípica que sabía a fresa, y era tan ignorantemente dulce y honesta que lo desarmaba.

*Amesbury***Amesbury Abbey Church**

Lucius observaba cómo manipulaban su particular acelerador. Poco le importaba en qué lugar se abriera el vórtiz. El iridio que le había robado al druida le sirvió para utilizarlo en dos proyectores diferentes. Uno estaba en Glastonbury; el otro en Amesbury. Ninguno visible.

Ubicaron el de Glastonbury bajo tierra, en Glastonbury Tor, en una de las grutas subterráneas que había utilizado el fallecido Samael para organizar los aquelarres.

El de Amesbury estaba en el mismo interior de la iglesia.

El cura de la iglesia de Abbey yacía a sus pies, inconsciente, con una fea brecha en la frente. El olor de su sangre le estimulaba los colmillos. Se acuclilló delante de él y lo observó con ojos de predador.

—¿Y tu dios? —se echó a reír. Encontraba al ser humano muy estúpido—. ¿Esperas que ese de ahí —señaló al Cristo—, te salve? Antes tendrían que desclavarlo de la cruz, ¿no te parece? Está un poco indispuerto... —El rostro cetrino del cura permanecía impassible a sus puyas.

—¿Señor? —preguntó uno de los científicos calvo y con gafas, a su espalda—. Está listo, señor.

Por fin. La gloria para él.

Se levantó y apretó el comunicador de su oído.

—Hummus. Están los dos aceleradores preparados.

—¿Dónde estás tú? —preguntó.

—En Amesbury. En la iglesia.

—¡Estoy con el niño perdido, el querido de As! —gritó.

—¿¿Qué coño estás haciendo con él?!

—Lo he detectado en Frome. Tiene un puto puñal Guddine y quiero saber por qué. Le estoy persiguiendo...

—¿Donde estás?

—¡Estamos llegando a Amesbury! ¿Por qué va hacia allí? ¡Es veloz el hijo de puta! ¡Tiene un crío muerto cargado a la espalda y corre más que yo!

Lucius se pellizcó el puente de la nariz con impaciencia.

—Síguelo —si el ojito derecho de As, el niño perdido, se dirigía hacia donde ellos estaban, solo quería decir una cosa: el vórtiz se iba a activar en esa puta iglesia. —No me des órdenes, Lucius —increpó Hummus con voz de ultratumba.

El vampiro frunció los labios.

—Lo siento, mi señor.

—¡Enciende la maldita máquina! Voy a matar dos pájaros de un tiro.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Lucius cerró la comunicación. Miró al científico, que se acomodaba las gafas sobre la nariz, y le dijo: —Enciéndelo ya. —Pero, señor... el vórtiz todavía no se ha despertado. Si lo encen

demos perderemos potencia y tiempo. Deberíamos esperar a que llegue a su punto álgido y entonces...

Lucius le tapó la boca con la mano y lo agarró de la garganta. Odiaba la incompetencia. Y detestaba a los medicas. Ese hombre era ambas cosas. —Te he dicho que lo enciendas ahora. Y eso es lo que vas a hacer. ¿Me has oído?

El agredido asintió nervioso, y trastabilló cuando el vampiro lo empujó hacia atrás. —Aparta de mi vista, parásito. Así que estaba en el momento justo y en el lugar adecuado. ¿Quién

construyó esa iglesia supo en algún momento que lo hacía sobre un centro de poder de la Tierra? Poco importaba ya. Si el berserker corría hacia su posición era porque él y el acelerador estaban bien ubicados.

Los putos clanes de la BlackCountry habían vuelto a frustrar sus planes la noche anterior. Patrick no había estallado como ellos esperaban, y los vanirios y los berserkers lograron liberar a las personas del IMAX. Sin embargo, él ganó su partida: la Muerte derrotó a Thor, y le robó de las manos la llave de todo el Asgard.

—Cahal McCloud —susurró con una sonrisa diabólica—. El descendiente del filidh vencerá al druidh. Voy a ganarte.

Los coches aparcaron alrededor de la iglesia. Ubicada en un jardín verde y perfectamente cuidado, con algunas lápidas ovaladas de piedra alrededor, la iglesia de Abbey era una perfecta representación gótica de la inmortalidad del tiempo. Su piedra blanca y grisácea contrastaba con los tejados rojizos; tenía una torre central cuadrada, en la que se suponía, según la leyenda del rey Arturo, que había residido y muerto la reina Ginebra después de que descubrieran su idilio con Lancelot y murieran todos los caballeros de la mesa redonda. Sus arcos eran de tipo apuntados, con forma de punta de flecha, característica que dotaba a la construcción de una falsa altura.

La tormenta se precipitaba con fuerza, pero facilitaba que los vanirios pudieran salir al exterior. No había ni un rayo de sol y las nubes estaban tan negras que parecía que era de noche.

Los Hummer de los berserkers se hallaban aparcados tan disimuladamente ocultos como lo podían estar unos todoterrenos de esa magnitud.

Adam y Ruth se habían ocultado dentro de la copa de un árbol; y los demás guerreros rodeaban la zona, con la intención de hacerse pasar por simples peatones.

Incluso Miz, que no sabía nada sobre camuflaje, puso los ojos en blanco cuando los vio. No pasarían desapercibidos jamás. Eran hombres muy grandes y corpulentos.

Abrieron las puertas del tráiler y sacaron el acelerador con cuidado. No podía sufrir ningún golpe.

—Menw y Daanna se quedarán protegiendo la mente de los residentes —le informó Caleb con gesto adusto—. Aileen y yo estaremos delante de ti, Miz. Ruth quedará resguardada bajo aquel árbol, lanzando flechas a diestro y siniestro. Adam estará con ella. Daimhin y Carrick cubrirán tus laterales, y As y Cahal tu frente trasero. Beatha y Gwyn se unirán al trabajo

psíquico de Menw y Daanna. Róta se quedará contigo, dentro del círculo. Y Miya se unirá al ataque con los berserkers, y los vanirios que ha recuperado de su clan. Y tú... Tú haz lo que tengas que hacer e intenta desconectar de lo que pase a tu alrededor. El acelerador es lo importante, ¿entendido?

Miz asintió y se secó el sudor de las manos en los pantalones tejanos.

—¿Y qué vas a hacer tú conmigo, Róta? —preguntó Miz dubitativa.

La valkyria sonrió, sus ojos se enrojecieron y levantó las manos rodeadas de hebras azuladas de electricidad.

—Yo soy la fuente de energía, nena —un relámpago cayó sobre la iglesia—. Pero la verdadera fuente de energía está en camino —añadió enigmática—. Espero que llegue a tiempo. Tenemos suerte, porque hoy... —alzó la mirada al cielo—, hoy es uno de esos días que me gustan tanto.

El interior de la iglesia se iluminó. Las vidrieras góticas refulgieron con luz azulada. Todos miraron hacia el resplandor.

Miz abrió los ojos asustada. ¿Estaban ahí adentro? ¿Ya? ¡No habían esperado a la total activación del vórtiz! Acababan de encender el acelerador antes de tiempo, y si provocaban a la energía que latía en el lugar, podría haber o una fuga o una reacción contraria a la que esperaban, como, por ejemplo, una explosión de largo radio que podría arrasarse con todo Amesbury y alrededores. Los pasos a seguir estaban claros. ¿Por qué tenían tanta ansiedad?

—¡Están adentro! —gritó Cahal señalando la iglesia—. Miz, pon en marcha el acelerador —ordenó Cahal poniéndose al mando—. As, ¿y Noah?

As miró hacia el largo camino de arena que llevaba hasta la iglesia. Noah aparecería por ahí en cualquier momento. Podía oler su presencia, al igual que olía el hedor de un lobezno cerca de él. Debería tratarse de Hummus. Nora lo había visualizado en Frome, justo donde él estaba. Maldita sea, la situación se estaba poniendo cada vez más complicada.

—Hay un lobezno pisándole los talones. Pero está al caer.

—¿Trae a Eon? ¿Seguro? —preguntó el druida recogiendo el pelo en una cola alta y dirigiéndose al camino de arena. —Sí. —Bien.

—¿Cahal? —Miz lo miró suplicante—. ¿Adónde vas?

—Voy a por Eon, mo dolag.

—¿Ten... Tendrás cuidado? ¿Ahora vienes?

Cahal sonrió dulcemente a su mujer. Su inteligente, terca y preciosa mujer.

—Ahora mismo vuelvo. Solo voy a hacer una carrera de relevos. ¿Tienes el trasto preparado, listilla? —señaló el acelerador.

—Claro —contestó—. Valkyria.

—¿Sí? —Róta sonreía ante la actitud de Miz y Cahal.

—Dale caña a esto.

—Por supuesto. Apártate, rubia.

Róta se frotó las manos, que crearon grandes bolas eléctricas de casi medio metro de diámetro cada una. Miz se echó hacia atrás, así como los demás guerreros, que miraban anonadados a la valkyria.

—Presumida —murmuró Miya con un tono de admiración.

Róta le guiñó un ojo y siguió a lo suyo.

Y de repente, las vidrieras de la iglesia estallaron. Los vampiros y los lobeznos que había en el interior de la iglesia, salieron decididos a plantar batalla, atravesando los cristales,

enseñando garras y colmillos, volando y saltando hacia los vanirios y los berserkers. Decididos a que Miz no encendiera su acelerador.

La científica miró a la valkyria. Debía acabar con aquello.

—Róta, dirige tu electricidad a esta parte de aquí —señaló la fuente del aparato, la que debía tener un cable acoplado de máxima potencia para que fluyera la electricidad a través de él; y, en vez de eso, tenía a una valkyria de la diosa Freyja. Increíble y maravilloso a la vez. Róta obedeció sus órdenes y el acelerador se encendió—. No sé si tendré suficiente iridio para ello, pero si le das más energía...

En ese momento, la aplicación que había instalado Caleb en sus iPhone, conectada directamente al satélite de la Nasa, indicaba que el vórtiz de Amesbury estaba definitivamente activado. Ahora era el momento.

Miz se giró para encarar a la valkyria.

—¿Puedes hacerlo? ¿Puedes imprimir más fuerza a tus rayos?

La valkyria resopló y le puso una cara de «¿con quién te crees que hablas?». Añadió más energía eléctrica a las hebras que salían de sus dedos, y el haz del puntor se iluminó y dirigió el rayo contra la torre de la iglesia.

Los vampiros y los lobeznos intentaban ir a por ella; pero cuando no era Daimhin con su espada quien detenía a uno, era Carrick con sus puñales quien lo hacía; esos dos hermanos eran dignos de admirar. No había visto nada más frío y letal que ellos.

Un lobezno saltó por encima del círculo de protección, dispuesto a destrozarla, a ella y a la valkyria. Pero una flecha iridiscente le atravesó la cabeza. Ruth, la arquera y Cazadora del clan, tenía una puntería envidiable, y estaba en cuclillas en un tronco de un árbol, con aquel arco blanco de líneas élficas, cogiendo con sus manos esas flechas de luz y disparándolas a todo el que osara acercarse al acelerador y a ella.

Adam, el berserker, cogía de la cabeza a un vampiro y se la retorció hasta arrancársela. Madre mía, ¿le había crecido el pelo? Tenía una melena negra increíble, lisa y brillante, y parecía que pesara casi el doble. Era todo músculo. Sus ojos amarillos... Sí, estaban amarillos. Y daban miedo. Enemigo sobre el que ponía los ojos, enemigo que moría.

Los demás berserkers y vanirios de los respectivos clanes, se unieron para luchar contra aquel ejército de jotuns. Muchos de ellos intentaban recuperarse de las torturas sufridas a manos de Newscientists y su vía de escape para aquel odio incontenido era la lucha. La guerra. Querían morir con honor. De pie y peleando.

Pero lo mejor era que, tanto unos como otros, luchaban juntos. ¿Juntos en nombre de la humanidad? No. Luchaban porque se defendían los unos a los otros. Sabían lo que estaba bien y lo que no, y era obvio que no querían que Loki y sus discípulos ganaran aquella batalla interdimensional. Pero no lo hacían por preservar la Tierra. Lo hacían por preservar aquello que amaban: a esa mujer, hombre, amigo, hermano o hermana, hijo o hija que tenían al lado. Y eso les hacía más humanos y más dignos que cualquier persona que Miz había conocido en su corta vida. Y ella los respetaba y quería darles aquella oportunidad.

Miró por encima de su hombro. Cahal había ido en busca de Noah y no había ni rastro de él.

El acelerador empezaba a colisionar contra la fuerza electromagnética del vórtiz. Nadie la veía a simple vista, pero estaba ahí. Por eso el haz creó una onda expansiva al chocar contra la piedra; y en su centro, en medio de esa honda, empezó a nacer una especie de agujero negro.

La nada. La antimateria. Un portal a través del cual poder moverse entre universos. Y ese les llevaría al Asgard, porque la vibración del vórtiz era la correspondiente a aquella dimensión.

Hummus corría como el demonio. Alcanzaría a ese berserker. Lo haría porque necesitaba saber y quería su puñal Guddine. El niño perdido era un rompecabezas para él. Según le había informado Julius, uno de los topos que ya había perecido del clan berserker de As, Noah había sido adoptado por el leder.

Y antes de entrar en el portal, que al parecer ya se estaba abriendo, a tenor de las nubes negras y los rayos que se divisaban al horizonte, quería dar ese golpe de gracia a Landin y a los suyos.

Acarició su brazalete y lo sacó de su muñeca. La serpiente dorada se removía como un auténtico reptil entre sus garras; sus ojos rubíes se abrían y cerraban.

Hummus concentró los suyos, negros y enormes, en las piernas de Noah. Lo tenía a más de cien metros de distancia, pero sabía que daría en el blanco. Era la peculiaridad de los brazaletes de los elfos oscuros. Nunca fallaban.

Arrojó la serpiente metálica hacia su objetivo; se retorció en el aire pero no caía al suelo si adquiría velocidad. La cabeza de la serpiente se inclinó hacia adelante y sus dos ojos rubíes se centraron en Noah.

Lo alcanzó. Se enrolló en su pierna izquierda, en el muslo. La serpiente abrió la boca y le clavó las fauces.

Noah gritó y cojeó, perdiendo velocidad. Intentó quitarse aquello dorado que le rodeaba la carne, pero no lo logró. Quedaba poco para llegar a su destino, no más de cincuenta metros. Estaba justo en el camino de grava que le llevaría a la parroquia. Sacando fuerzas de flaqueza y pundonor, hizo el último sprint; pero Hummus le ganaba terreno a pasos agigantados.

No pensó en él, pensó en Eon. En la supervivencia de todos los reinos. Si Heimdal era la clave, tenía que liberarlo y alejarlo de Hummus.

Renqueante y muerto de dolor por los diminutos colmillos de aquella serpiente de oro, se arrancó la correa que sujetaba al niño y lo hizo rodar por el suelo justo en el instante en que Hummus placó sus piernas, desplomándolo precipitadamente.

Los dos inmortales rodaron por la grava y la arena.

Hummus levantó un puño e impactó en su mejilla, cortándole el pómulo. El berserker sacó su puñal Guddine pero el inmenso lobezno lo zarandeó de un lado al otro, lanzándolo por los aires y haciendo que chocara contra el tronco de un árbol.

—Niño perdido —gruñó revelando sus caninos—. La última vez no tuve tiempo de hablar contigo —apretó su cuello con su antebrazo velludo.

Noah no entendía cómo aquella cadena dorada que estrujaba su pierna podía ocasionarle tantísimo dolor, hasta el punto de hacer que se mareara. ¿De dónde la había sacado?

—¿Lo sientes? —murmuró Hummus, golpeándole en el estómago con la rodilla, dejándole sin respiración—. Es el mordisco de la serpiente de los Svartálfar, los elfos oscuros. Su mordisco es conocido entre los asgardianos.

Noah le dio un cabezazo en toda la barbilla, y Hummus echó la cabeza hacia atrás. Se echó a reír, alzó la mano y en su palma se materializó el puñal Guddine con piedras negras incrustadas y filo serrado. En la hoja había escrito símbolos rúnicos.

—El veneno te va a dejar inmóvil en unos minutos —alzó su brazo izquierdo y rasgó su pecho moreno con aquellas garras con ponzoña.

Ni siquiera le había dado tiempo a protegerse con los brazos, cuando le llegó el segundo

golpe en la cara y lo tiró al suelo. Aquella lucha era indigna para un berserker como él. Si lo dejaban inhabilitado, ¿qué honor tendría en la guerra? No podía defenderse...

—Verás —Hummus se sentó sobre él, buscando con los ojos al niño que había liberado Noah—. Me muero de curiosidad por saber qué haces con un niño vanirio muerto.

—Muérete, entonces. Un increíble rayo, más grueso que todos los anteriores, cayó a cien metros, justo sobre la iglesia. El lobezno sonrió.

—¿Quién te ha dado tu puñal Guddine?

—Tu madre mientras me la chupaba.

—No lo dudo. Mi madre era una puta. —Hummus pasó la punta del puñal por el pecho del berserker y lo cortó en diagonal, desde el hombro izquierdo a la cadera derecha—. ¿Sabes? Las heridas de los puñales Guddine son prácticamente incurables. —El corte sanguinolento era profundo—. No sé si devolver tu cuerpo sin vida a As, o dejarte desgraciado para toda la eternidad. ¿Eh? ¿Qué prefieres, guapito? —¡Zas! Clavó toda la hoja entre las costillas del berserker y la retorció.

Noah se curvó hacia arriba y gritó con fuerza. La lluvia mojaba sus cuerpos y se colaba dentro de su boca abierta, cegando sus ojos y llevándose la sangre que chorreaba por su piel.

—Quien fuera que te diera el puñal no te avisó de que los puñales Guddine se localizan entre ellos. ¿No lo sabías? La cuestión es la siguiente: no todo el mundo puede tocarlos, ¿por qué tú sí?

Noah, que oía la voz de Hummus como si estuviera muy lejos de allí, pensó en aquella pregunta. Nadie se lo había dado. Nanna lo había lanzado contra él por tocarla; y él simplemente se lo quedó una vez lo extrajo de su hombro.

No sabía por qué podía tocarlo y desconocía qué quería decir eso. —Solo As sabe quién eres. Solo él. ¿Todavía no se lo has preguntado, niño perdido? Noah parpadeó, intentando mover poco a poco la mano que amarraba su propio puñal. ¿Qué sabía Hummus sobre él y As?

—¿Tú sabes quién soy, hijo de perra?

Hummus levantó su puñal.

—¿Acaso importan quiénes son los muertos? Me encantará ver la cara de As cuando entre en el portal con su hijo predilecto muerto entre mis brazos.

El lobezno hizo descender el arma hasta su pecho, a la altura del corazón, pero antes de que el filo se clavara en su piel, Noah depositó la punta del suyo a la altura de la cadera; y con un último empuje, lo clavó en su interior.

El druida vio la escena a la perfección. El momento exacto en que Hummus iba a matar a Noah Thöryn y la respuesta del berserker a aquel acoso. Le había herido con su puñal, y ahora Hummus había salido de encima de él, taponando con una mano la herida de la cadera, decidido a llevarse al crío que, tirado como un trapo, yacía en medio del camino.

Cahal buscó algo que lanzarle al lobezno para retrasarlo y poder coger así a Heimdal. Localizó una piedra de esquinas puntiagudas, detrás de la copa de un árbol, de unos treinta kilos de peso. Con una orden mental la lanzó contra la cara del lobezno, al mismo tiempo que voló para recoger a Eon y elevarse por los cielos.

Hummus, aturdido, se llevó la mano a la cara, ahí donde le había golpeado la piedra. Buscó al misterioso niño muerto, pero ya no estaba en el suelo. Alzó sus ojos negros y demoníacos y vio la figura de un vanirio de pelo rubio cogido en una coleta alta, húmedo por la lluvia, con unos ojos tan claros que casi desprendían luz. Vestía todo de negro, como un

SWAT. Sus botas militares estaban desabrochadas, y una serpiente tatuada rodeaba todo su brazo izquierdo, y acababa en el dorso de su mano.

Rodeaba al diminuto pelirrojo con sus enormes brazos.

—Druidh —rugió Hummus como un salvaje.

El druida miró el cuerpo de Noah y lo elevó, haciéndolo levitar; no tenía buen aspecto. Su cuello caía hacia atrás y su pelo largo y rubio blanquecino parecía una cortina de agua. La camiseta blanca de tirantes estaba rasgada y manchada de sangre, y los pantalones negros y anchos que llevaba tenían algo dorado alrededor de uno de sus muslos.

Lo mantendría en el aire todo el tiempo que pudiera. O, al menos, lo dejaría oculto en algún lugar. Noah estaba muy mal herido y Hummus quería matarlo antes de entrar en el portal que estaban abriendo en el interior de la iglesia.

Y lo estaban consiguiendo. El ambiente estaba cargado de electricidad; la energía cambiaba a su alrededor. Hummus salió corriendo en dirección a la iglesia. Él lo sabía. O ahora o nunca.

Otro increíble rayo cayó sobre el edificio gótico.

Cahal observó a Eon. El pequeño tenía todavía la protección cuán

tica que él le había hecho, pero ya no era tan fuerte. Al haber sido herido por Lucius la noche anterior, su escudo protector, el que él mantenía uniforme, se debilitó. Por eso Eon decidió huir e inducirse el coma. Porque temía que, si lo encontraban por lo que irradiaba su energía divina, pondría a todo el RAGNARÖK en peligro.

Y entonces escapó, colándose en uno de los coches de los berserkers. El de Noah. Y ahora estaba en sus brazos; y él tenía la misión de llevarlo al punto de origen. Con sus ojos mágicos movió el cuerpo del berserker malherido y lo ocultó entre las copas de un abeto. Cargando al crío, voló a toda velocidad para avisar a sus compañeros que su idea funcionase.

Tenía que hacerlo. O estarían perdidos.

Siguió a Hummus con los ojos. El lobezno era una máquina de guerra casi perfecta si no fuera por la herida que le había infligido Noah. Algunos vanirios intentaron cerrarle el paso yendo a por él, pero Hummus no tardó nada en deshacerse de ellos.

El samurái, Miya, se desesperaba cada vez que alguno de los debilitados guerreros de su clan eran abatidos por Hummus. Pero ni él ni nadie podía hacer nada por ellos. Querían estar ahí. Querían luchar y desahogar toda esa frustración vivida durante tanto tiempo. El druida no tenía dudas; si morían, la muerte los liberaría del sufrimiento.

Caleb y Aileen protegían a Miz como si se tratara de una joya preciosa. Y lo era. Su científica era única entre todas las mujeres. Estaba en medio de un campo de batalla, dando órdenes a la valkyria que no cesaba de electrocutar el acelerador.

Hummus entró en la iglesia, empujando y chocando contra todo aquel que osara ponerse en su camino; pero antes de entrar buscó con aquella mirada salvaje al líder de los berserkers.

As se agachó para esquivar los colmillos de uno de los lobeznos. Apoyó una mano en el suelo, acuclillado como un felino. Y se transformó con los ojos fijos en Hummus.

Hummus dibujó una mueca diabólica con sus labios y pasó su pulgar de extremo a extremo por su desarrollada garganta, deletreando con los labios: «He matado a tu niño».

As se levantó como un resorte y sacó su oks de la funda de su espalda. Gritó dirigiéndose hacia él.

—¡Hummus! —aulló con la mirada llena de dolor.

Cahal estudiaba todo desde las alturas. As entró en un frenesí histérico, matando y

golpeando a cualquiera que le impidiese llegar hasta el lobezno y acabar con él.

La batalla campal estaba descontrolada.

Los dos aceleradores seguían en pie.

Hummus había entrado en la iglesia.

Cada vez más vampiros y más lobeznos estrechaban el cerco de protección que había alrededor de Miz. Era el momento. Cahal descendió como un ángel oscuro caído de los cielos. Miz se llevó la mano al corazón cuando lo vio tras ella.

—¡Por Dios! —Sin poder evitarlo, se lanzó a sus brazos, rodeando a su guerrero y al pequeño personaje que decían que era un dios—. El portal... Ellos nos llevan ventaja. No tengo iridio suficiente, ¡no sirve para crear la escalera al cielo porque el portal no estará estabilizado y se cerrará en cualquier momento! —gritó frustrada con lágrimas en los ojos—. ¡No... no va a funcionar!

—Toma a Eon; no permitas que nadie se acerque a él —Cahal le entregó al pequeño y, antes de alzar de nuevo el vuelo, tomó la cara de Miz y la besó con pasión y desesperación—. ¡Pase lo que pase, mantente a salvo! ¡¿Entendido?!

Ella puso sus manos sobre las de él y asintió, mordiéndose el labio inferior sin poder ocultar sus lágrimas.

Cahal le puso los dedos sobre los labios. Sonrió de ese modo tan único que hacía que le temblase todo el cuerpo, y susurró pegando su frente a la de ella:

—Cuando vuelva, muñeca. Cuando vuelva... —¡¿Y si no vuelves?! —le gritó llorando entre hipidos como un niña pequeña—. ¡No te atrevas a abandonarme! ¡No me... No me dejes sola!

El corazón de Cahal se saltó varios latidos. La emoción en sus palabras, la rabia, el miedo y la desesperación que esa belleza intentaba reprimir, le iluminaron y le dieron alas. Miz acariciaba la espalda de Eon, sin perderle la mirada, húmeda por la lluvia y las lágrimas.

—Regresaré a ti, siempre —prometió acariciándole el labio con el pulgar, admirándola como si fuera una diosa. Su diosa—. Tú eres mi hogar, Miz. Tú eres el único corazón que quiero que siga palpitando, y mientras lo haga, siempre tendré un lugar al que regresar. Mo chridhe, mae. Para siempre mi corazón.

Y con eso, Cahal saltó por encima del círculo de guerreros que cuidaban de ellos, y se dirigió volando hacia la iglesia de Abbey.

Su don estaba descontrolado por completo. Veía los objetos desdoblados; la iglesia hacía movimientos extraños, como si su imagen no estuviera bien sintonizada. Cahal observó a Miz por última vez, toda llena de luz, de amor... Una visión mariana con un niño en brazos. Y ese crío tenía un halo a su alrededor que era mucho más grande que el de Miz.

Sí. Sí, podía verlo todo. Las auras, los halos, los éteres, la energía, el prana... Él era un druida. Uno que estaba en sintonía con las leyes de la vida y la energía de la Madre Tierra. Y lo supo la noche anterior. Cuando pudo cambiar el estado del iridio, deshaciéndolo. Era un druida cuyas palabras, cuya vibración, afectaba a la materia. Un gutuari.

Él era el rey de los Ormes. Único en su especie. Y Miz, su cáraid, era directamente responsable de ello.

Y lo iba a demostrar a todo el clan.

Alzó su musculoso brazo y miró al cielo, a las nubes negras rodeadas de rayos que presagiaban un apocalipsis.

Juntó el índice y el anular, como si saludara a los dioses; y entonces, de entre los nimbos, como si hubiera estado esperando esa señal, emergió Menw McCloud para unirse a su

hermano, al que jamás dejaría solo.

Y juntos, a través de las vidrieras rotas, se internaron en la iglesia.

Miz negaba con la cabeza cuando los dos hermanos celtas desaparecieron tras los ventanales góticos. Iba a echar el corazón por la boca.

Su portal se abría, pero no era estable; necesitaba más iridio. Mucho más del que disponía. Eon seguía muerto en sus brazos. Y si había algún modo de detener el portal que pretendía abrir a su vez NewsScientists, sería impactando una fuerza electromagnética igual o mayor que la que ellos utilizaban para crear la antimateria.

Róta no dejaba de iluminar el acelerador con su fuerza eléctrica; el haz cada vez era más potente, pero inestable. Sería demasiado arriesgado entrar a través del portal. Podrían perderse en algún lugar entre el tiempo y el espacio. Necesitaba el iridio con urgencia.

—¡Llega mi caballería! —gritó Róta aullando como un lobo—. ¡Asynjur! —exclamó con los ojos fijos en una bola de electricidad que levitaba entre las nubes—. ¡Mira, científica! —le ordenó eufórica—. ¡Ahora verán lo que es electricidad de verdad a la máxima potencia!

De aquella bola eléctrica azulada aparecieron dos chicas y dos guerreros. Una era morena, con el flequillo largo y liso; la otra era rubia y tenía el gesto adusto y severo. A ambas las acompañaban dos inmensos guerreros, vestidos con ropas negras y extrañas hombreras y pectorales de titanio.

El más grande, que tenía pinta de gótico, con el pelo recogido en dos trenzas, cayó directamente al suelo, casi de rodillas, creando un boquete en el césped. Levantó la mirada caramelo, pintada con una línea de kohl; los rayos refulgían en sus piercings; agitó sus esclavas y de ellas salieron dos espadas afiladas y brillantes.

Lanzó un grito, chocó las hojas en el aire y se unió a la batalla.

La del pelo moreno y liso se unió a la reyerta, lanzando un martillo volador, moviéndose a través de las lianas eléctricas que podía manipular como si fuera Tarzán.

El rubio con cara de ángel cayó justo al lado del acelerador.

—¿Problemas? —le preguntó a Caleb.

—¡Principito, has tardado mucho, pedazo de cabrón! —le reprendió Caleb cubriendo a Aileen del ataque de un vampiro.

—Yo también me alegro de verte —contestó Gabriel. Miró por encima del hombro y clavó los ojos en Róta. Le guiñó un ojo y sonrió—. ¿Lo tienes todo controlado, Róta?

—Ni por casualidad, Engel —observó a la mata de pelo rubio que parecía que era la reina de las tormentas y añadió—: pero mi Generala va a freírlos a todos. Tú dijiste que los vórtices creaban tormentas eléctricas, ¿verdad? —gritó al oído de Miz. Los truenos eran ensordecedores. El viento arremetía con fuerza, y la lluvia dificultaba la visibilidad.

—¡Sí! —contestó Miz apartándose el pelo de la cara.

—Mi Gunny puede viajar a través de la antimateria que se crea en las tormentas. Ella es una valkyria especial. Y las tormentas se conectan entre ellas, ¿lo sabías? Las avisé para que nos echaran una mano.

Miz negó con la cabeza, desconcertada.

—¡No sé quién es Gunny!

Róta entornó los ojos rojos y soltó una carcajada para, acto seguido, darle más fuerza eléctrica al aparato.

—¡No sabe quién es Gunny dice! ¡Y la rubia que hay ahí arriba es la valkyria más temeraria de toda la historia del Asgard! ¡Sus rayos son tan potentes que incluso atemorizan a

los dioses!

Miz abrazó a Eon con fuerza. La tormenta les estaba rodeando e iba a achicharrarlos a todos. El ruido era estruendoso. La situación se les iba de las manos. Observó a Bryn con interés.

—¡Bryn va a joderles el plan! ¡Ya verás! —exclamó Róta con una deslumbrante sonrisa en los labios. Aquella valkyria de pelo rojo era increíble y sensual; pero le daba la impresión de que estaba como una auténtica cabra.

—¿De verdad puede hacer eso?!

—¡Espera y verás!

Si Bryn creaba una fuerza contraria igual de potente que la que emitía el acelerador de Lucius, el acelerador reventaría debido a la resistencia, y el portal se cerraría.

Pero aun así, faltaba lo más importante.

Tenía a Heimdall en sus brazos y ese no era su lugar. No era su mundo. Al menos, uno de los aceleradores tenía que seguir en pie para poder devolverlo a su hábitat y cerrar de una vez por todas la posibilidad de que Hummus y los demás regresaran de nuevo al Asgard.

¿Lo lograrían?

Amesbury

En el interior de Amesbury Abbey Church

Cahal y Menw entraron en estampida. El acelerador estaba abriendo un impresionante vórtice justo a la altura del altar. A Hummus le faltaba un paso para internarse a través de la puerta dimensional, pero la cadera no dejaba de sangrarle.

Lucius controlaba el acelerador, franqueado por cuatro bestias peludas, y dirigía el haz, manteniéndolo estático y en su sitio. El vampiro se giró hacia ellos y les sonrió.

—¡Los McCloud! ¡Os doy la bienvenida! —sonrió, falsamente, y mandó a los cuatro lobeznos que protegían el aparato a por ellos.

Cahal utilizó las banquetas de la iglesia, haciéndolas levitar. Su poder seguía en aumento y presentía de nuevo que podía estallar en cualquier momento. Dos de los lobeznos atacaron a Menw. El sanador saltó hasta quedarse pegado al techo y los esquivó.

Cahal se concentró en las maderas de las banquetas. Él tenía el don de decretar. La materia podía responder a él con el pensamiento como vanirio, y con el verbo como druidh.

—La madera se convierte en estacas —murmuró con voz asesina.

Los clavos que unían las partes de los bancos salieron disparados hacia arriba y las banquetas se dividieron en pedazos alargados de madera, que levitaban inmóviles en el ambiente, como una nube de vigas delgadas y puntiagudas.

Los lobeznos gruñeron al ver lo que se les avecinaba. Uno de ellos arañó a Cahal en el pecho; pero la energía del druida llegaba a un punto en que apenas sentía dolor. Tal era su poder y su determinación: sabía perfectamente lo que tenía que hacer y cómo lograrlo.

—Atacad —ordenó Cahal a las vigas.

Los trozos de madera se avalanzaron sobre los lobeznos, atravesándolos por todas partes y clavándolos a la pared.

Menw no podía creer lo que veían sus ojos. Su brathair estaba como poseído, en sintonía con todo aquello que le rodeaba. Todo le poseía.

Hummus miró a Lucius.

—¡Date prisa, maldito!

El vampiro no entendía de donde salía el caudal de poder de Cahal; y nervioso al comprender su situación, concedió más fuerza al acelerador, el cual temblaba.

—¡Filidh! —gritó Cahal dirigiéndose al vampiro—. ¡Tú y yo! ¡Ahora!

Lucius, nervioso e inseguro, miró a Hummus, su supuesto señor, que daba un paso, dos, tres, hacia atrás...

Menw se lanzó a por el lobezno, golpeándole en la nuca con los dedos, presionando sus puntos sipalki. Hummus se quedó momentáneamente inmóvil con los ojos abiertos como platos,

pero pronto recuperó la movilidad.

—¡Date prisa, Cahal! —ordenó su hermano, entreteniéndolo a Hummus.

Cahal se concentró en el iridio del acelerador, que en forma de cubo metálico, estaba ubicado en el motor propulsor del haz, como un estabilizador, como un seguro que abrir y cerrar en el momento idóneo.

Sí, él era un druida estudioso. No un simple guaperas como creía su adorada mujer. Durante su etapa de estudios orientales y técnicas de meditación, Cahal había oído hablar sobre los ormes: unas formas atómicas que se derivaban de algunos metales de transición, entre los que se incluían el codiciado iridio y el osmio.

Los ormes se conocían en la antigüedad como maná; los alquimistas lo llamaron la Piedra Filosofal. Él podía ver los ormes en todas partes. Era exactamente ese éter, ese halo que veía alrededor de todo ser vivo; lo veía en las plantas, en los elementos, en las personas... Y lo veía en ellas porque, precisamente, el cuerpo humano estaba compuesto por un setenta por ciento de agua. Y los ormes residían sobre todo en el agua.

Por eso podía modificar el estado físico de las personas. Por eso había podido recuperar el pelo de Daimhin y de los demás guerreros que se prestaron a sus cuidados.

Los ormes estaban en todo. Y él podía controlarlos a su antojo.

Al principio no sabía lo que eran; estaba confundido y la energía en él y a su alrededor le intranquilizaba. Pero después de la anterior noche con Miz, meditando mientras seguía en el interior de su cuerpo y ella dormía, agotada por su constante asalto sexual, le vino la iluminación.

Los veía a su alrededor, veía ese maná como un fino polvo blanco.

Y él tenía el don de manipular cuánticamente esas formas atómicas que nadie veía.

Como en ese momento.

Oteaba los potentes ormes en Hummus, y muy pocos en la persona de Lucius; pero estaban ahí, a su alrededor. Y, sobre todo, veía los ormes en el cubo de iridio y osmio. Y estaba decidido a deshacer el puto cubo que tantos problemas causaba en manos de los jotuns y que, en cambio, tanto podría ayudar en manos de Miz.

Se concentró en el cubo metálico mientras Lucius lo miraba inquisitivamente. —¡Ya no puedes hacer nada! —gritó el vampiro corriendo hacia él, dispuesto a golpearle en la cara. Cahal se imaginó que el metal se deshacía mientras Lucius no dejaba de darle puñetazos.

Hummus acechaba a Menw. Se escuchó un chasquido huesos que crujían y se removían por sí solos; y entonces Hummus aulló como un lobo salvaje.

Miró a Menw de soslayo y sonrió.

—Voy a por ti, y después a por tu mujercita.

El sanador arqueó las cejas rubias y se lanzó a por el lobezno malherido, placándolo y alejándolo momentáneamente del portal.

Mientras tanto, el cubo se deshacía poco a poco, de un modo discreto de forma que los jotuns no se dieran cuenta de ello. El haz seguía emitiendo el rayo atómico con la misma fuerza que al principio, pero el estabilizador, el iridio, se deshacía como si fuera mercurio y se convertía en polvo plateado, que se dirigía como si se tratara de una nube de moscas, hacia el druida.

Aguantaría cada golpe del vampiro; le haría creer que ellos tenían el poder cuando, en realidad, se la estaban jugando de un modo inteligente, aunque con tácticas arriesgadas.

Nadie veía los ormes volando hacia él. Nadie veía el brillo que le rodeaba. Solo él.

Menw gritó, vaciando sus pulmones. Hummus acababa de morderle en la pierna, atravesándole la carne como si le hubiera empitonado un toro.

El grito de su hermano alertó al druida. Lucius iba a asestarle otro golpe más mientras reía como un desequilibrado. Todos los jotuns eran unos piscóticos.

—Siempre creíste que eras el druida más importante. Siempre pensaste que eras especial. ¿Y quién está abriendo las puertas del Asgard? ¡Yo! —Lucius le asestó otro puñetazo en la cara—. ¿Quién será reconocido por Loki? ¡Yo! —Sacó su puñal distintivo keltoi, que aún conservaba, y lo levantó contra Cahal, que le dio un puñetazo para sacárselo de encima.

La cabeza de Iron Man modelada en forma de cubo estaba a punto de deshacerse por completo.

Lucius se limpió el labio lleno de sangre y echó su melena de color carbón hacia atrás, enseñándole el blanquecino rostro y los ojos de invidente.

—¿Recuerdas cómo me comí a Miz en Chapel Battery? ¡La mordí por todos lados, Cahal! ¿Te dijo cuánto disfrutó?

Al escuchar esas palabras sobre su cáraid, toda la paciencia mostrada hasta ese momento se esfumó. Miz no disfrutó ningún mordisco. La había dejado muy debilitada y dolorida el condenado.

Le enseñó los colmillos y sacó su puñal distintivo, el del hombre druida. Si había algo que odiaba era que personajes como Lucius todavía se atrevieran a llevar con honor el puñal keltoi. Iba a hacer que se lo tragara. Literalmente.

Había llegado el momento de salir de la iglesia. Ya tenía lo que quería. El acelerador seguía funcionando, pero sin iridio; eso quería decir que la puerta seguiría abierta, aunque se cerraría en cualquier momento.

Miya le había hablado de la valkyria de fuerza eléctrica descomunal; y si estaban allí ya, debía empezar a hacer su trabajo en cuanto su hermano y él salieran de ahí.

Pero se iba a llevar a Lucius. El filidh nunca fue un auténtico guerrero. Nunca tuvo más poder que los demás; y en ese momento no era un digno contrincante para él. Pero se lo llevaría a alguien muy especial, como regalo.

—¡Menw! —alertó a su hermano, que acababa de liberarse de los colmillos del lobezno, y ahora esquivabaelzarpazodesusponzoñosasgarras.

El sanador voló, huyendo del lobezno.

Cahal agarró a Lucius por el pescuezo y murmuró:

—Vamos a saldar cuentas.

Salieron por las mismas ventanas por las que habían entrado, cayendo de pie en el suelo, y dejando a Hummus solo ante el vórtiz. La lluvia era una gloriosa cortina de agua que adornaba la batalla de una forma épica y única.

El druida levantó el rostro al cielo negro y apocalíptico y divisó a una mujer de pelo rubio con los brazos estirados hacia adelante y las palmas abiertas, esperando una orden para dar una demostración de todo su poder.

—¡Cahal, esa es Bryn! —anunció Miya en cuanto vio salir a los hermanos rubios, al tiempo que atravesaba el estómago de un lobezno con su katana.

Si esa era Bryn, la Generala del ejército de las valkyrias, que lo demostrara. La valkyria desvió losojos rojoshaciaeldruidayCahallevantó el brazo y lo bajó de golpe:

—¡Ya! —le ordenó.

Bryn ni siquiera parpadeó. Miró al frente, hacia la iglesia gótica iluminada por los rayos y los relámpagos y por el portal que abría el acelerador; y, de forma fulgurante, dos increíbles y gruesas hebras eléctricas salieron de sus palmas y rodearon toda la construcción.

Menw y Cahal llegaron hasta Miz, con Lucius inmovilizado por los puntos Sipalki del sanador.

Miz protegió a Eon al verlo tan cerca del vampiro. Se puso furiosa y le entraron ganas de arrancarle la cabeza. Ese hombre había jugado con ella durante muchos años. Y esta vez, lo tenía postrado a sus pies, de rodillas e inmóvil.

—¡Te he traído un regalo para más tarde! —anunció Cahal tirando de los pelos a Lucius—. ¡¿De cuánto tiempo disponemos?! —preguntó a Miz.

La científica miró a Bryn y a la iglesia alternativamente.

—¡No lo sé! —contestó negando con la cabeza—. ¡Pero si Bryn es tan fuerte como decís y su energía iguala la potencia del acelerador, creará una resistencia y el portal no se abrirá! ¡Y esa resistencia podría hacer que todo volara por los aires! ¡Tendremos que salir de aquí!

—¡Entonces, intentaremos abrir nuestro portal antes de que eso suceda!

—¿Dónde? ¡¿Cómo?! Y... ¡¿Cahal?!

—¡¿Qué?!

—¡¿Por qué brillas?!

Él no supo qué contestar. ¿Acaso Miz podía ver los ormes también? ¿Podía ser que su conexión de pareja permitiera que ella también pudiera visualizar las formas atómicas cuánticas como él hacía?

—¡¿Me puedes ver?! ¡¿Ves lo que tengo alrededor?!

—¡Claro que sí!

Dioses, esa mujer era una fuente inconmensurable de sorpresas para él. Pero le explicaría el motivo de su refulgir por el camino. —Ven —la tomó entre sus brazos—, ahora te lo cuento. Su idea llegaba a su fin. Hummus estaba en Abbey Church, intentando entrar en el portal, sin saber que una valkyria de fuerza descomunal estaba creando una resistencia alrededor, de igual potencia eléctrica, que impedía que los antiprotones y antielectrones produjesen la antimateria debida.

Él había conseguido el iridio. Lo tenía a su alrededor y no perdía la concentración por ello. Lo mantendría con él hasta el final.

Tenían el acelerador de Miz.

Y a Heimdal.

Funcionaría.

—¡Róta, Menw! —pidió alzando la voz para que lo oyeran—. ¡Llevaos el acelerador!

—¡Novata! —gritó Daimhin moviendo la katana por encima de su cabeza, defendiéndose del ataque de un vampiro. Miz la atendió al tiempo en que se elevaban del suelo—. ¡Deja el pabellón bien alto! —le sonrió.

A Miz le pareció una de las chicas más bonitas que había visto en su vida. La más adorable y, a la vez, la más fría y mortal. Ella asintió, despidiéndose mentalmente de todos esos guerreros que luchaban anónimamente en nombre de la Tierra y de los humanos. Ellos eran superhéroes de verdad.

Caleb McKenna alzó el índice y el dedo corazón juntos, y se despidió así de Cahal.

—¡Contamos contigo, druidh!

Él copió el gesto del líder vanirio y desapareció entre las nubes con Miz y Eon en brazos. Tenían que irse de allí, y hacer ese trabajo en un lugar en el que nadie les molestara. La batalla seguía en pie y todos tenían su particular misión.

La de él era abrir un portal en Stonehenge y devolver al dios al hogar de los dioses, antes de que Hummus intentara traspasar la puerta, antes de que incluso la valkyria Bryn se agotara.

Stonehenge quedaba a pocos kilómetros de Abbey Church, con lo que llegaron en un par de minutos, volando como balas, con un crío de tres años, un acelerador, una valkyria de pelo rojo que mantenía el aparato en marcha, y un sanador que acompañaría a su hermano hasta el fin del mundo.

Las piedras de Stonehenge eran una leyenda para los vanirios. Allí los dioses Vanir los transformaron dos mil años atrás. Y allí regresaban Menw y Cahal para devolverle a Odín a uno de sus hijos. Bajo la tormenta, el círculo mágico tenía más misticismo y magia que de costumbre. Los círculos se cerraban.

Cuando Miz tocó el césped del centro de la construcción megalítica con los pies, se giró hacia Cahal con Eon acurrucado sobre su hombro. Tenía muchas preguntas que hacerle y, además sentía esa sensación desagradable en el pecho. Una repentina intuición que no le gustaba nada.

—¿Por qué brillas?! —repitió.

—Dejad ahí el acelerador —ordenó a Róta y a Menw mientras tomaba del codo a Miz y la retiraba de ellos—. ¿Sabes lo que son los ormes?

Miz frunció el ceño y agitó la cabeza. Los demás luchaban en Abbey Church; ellos se encontraban en Stonehenge; ¿y Cahal le hablaba de los ormes?

—Espera, espera... ¿ormes?

Cahal observó su camiseta y asintió con la cabeza, recordando las palabras de su athair: «Lee. Invoca, invoca, invoca, hijo mío. Ábrela». Las palabras de su padre cobraban un nuevo y esperanzador significado para él. Uno que daba sentido a toda su vida. El último mensaje de su padre era, sin lugar a dudas, una orden: la clave que solucionaría la apertura de una puerta dimensional como la que les urgía abrir a ellos. Como solo él con su don podía hacer.

—«Divide y vencerás». La regla básica de los alquimistas era «dividir, dividir y dividir»! como tú has hecho con los átomos, tus quarks y el acelerador. Como lo que dice tu camiseta —observó las letras estampadas. No, no era una casualidad—. Eres una alquimista, Miz. Pero yo soy otro. Puedo hacer la división atómica de microclústeres y cambiar su aspecto externo.

—¿Crees que no sé lo que son los ormes?! —inquirió perdida—. ¡Maldita sea, Cahal! ¡Tengo a un crío de tres años en brazos, muerto; y necesita regresar a casa! Estamos en Stonehenge, lejos del iridio y de Hummus. ¡Nos... Nos van a ganar! ¡Y tú brillas y me hablas de... de ormes!

—¡Sí, Miz! Lo que ves a mi alrededor es polvo de oro, ¡maná! ¡El maná de los dioses!

—¿La piedra filosofal?! —Cahal brillaba tanto que dolía a los ojos.

—¡Sí! ¡Ormes en estado puro! Heextraídoeliriodelacelerador sin que se dieran cuenta y he cambiado su estado. Ahora... ahora está en mí — explicó tomándola de la cara y obligándola a entender, a que escuchara. Su piel brillaba como diamantes y solo ella podía verle.

—¿Por qué solo puedo ver yo cómo brillas?! —Porque eres mi pareja. Porque tú y yo podemos compartir nuestros dones. Miz negó, mirando a todas partes menos a él. ¡Ormes! ¡Ormes! ¡Su

druida seductor y Casanova manipulaba los ormes! Increíble...

—Miz —la tomó de la barbilla—. Tengo un campo cuántico de ormes a mi alrededor. Son superconductivos y generan un campo de Meissner con ausencia total de resistencia eléctrica. Eso quiere decir que, si diriges el haz de tu acelerador contra mí y me coloco en medio de las piedras de Stonehenge, que absorben toda la energía del vórtex de Abbey Church, crearemos un vacío cuántico. ¡Abriremos otro portal!

La científica sacudió la cabeza. ¿Pero cómo sabía todas esas cosas Cahal? ¿Cómo tenía tanta información sobre los elementos ormes? ¿Le estaba proponiendo que lo utilizaran de portal? ¿Era eso? ¿A él? ¿A su... cáraid? Acongojada, con el cuerpo chorreando por la lluvia, fría y destemplada debido al giro de la situación, gritó:

—¿Qué... Qué estás diciendo?! ¡¿Que quieres hacer de punto de choque?! ¡No, ni hablar!
—negó en rotundo, temerosa por él—. ¡¿Te has vuelto loco?!

—¡Miz! —la zarandeó, riñéndola por ser tan obtusa—. Sabes tan bien como yo lo que está pasando, ¿verdad?! ¡Bryn no va a estar así permanentemente! No sé cuánto tiempo de vida les queda a su acelerador sin su iridio, ¡pero puede durar horas! Hummus puede tener una oportunidad y, si la tiene, la utilizará. ¡Tengo que hacerlo, Miz!

Ella ya no podía controlar la situación. Y aquella fue la primera vez que odió su trabajo: porque acababa de facilitar la herramienta necesaria para que aquel hombre se pusiera en peligro. Apretó los labios y se mordió la lengua, pero al final explotó:

—¡No quiero que lo hagas! ¡No... no quiero! —El rostro del rubio se relajó y la observó con cariño y compasión, pero eso la enervó más—. ¡No me mires así! ¡No quiero que hagas eso! ¡¿Qué crees que hará el haz cuando impacte en tu cuerpo?! Cambiará tu composición molecular, ¡te hará daño! Podrías... podrías desaparecer... —Dos lágrimas se deslizaron por su largas pestañas y recorrieron sus mejillas sonrosadas.

—No voy a irme a ninguna parte.

—¡Sí lo harás, maldito seas! ¡Te irás y yo... yo me quedaré... sola!

Él gimió y la intentó abrazar, murmurándole todo tipo de palabras para tranquilizarla. — Siempre regresaré a ti, Miz. Confía en mí —suplicó abatido.

—¡Mentira! —lo empujó, con Eon en brazos. Haciendo mohínes y pucheros desgarradores—. ¡¿Por eso querías que te dijera lo que sentía?! ¡¿Para hacer esto?! ¡¿Para irte?! —tragó saliva. Menw y Róta les observaban tensos, intentando dejarles intimidación. Pero ella... Ello no lo quería dejar ir. Era muy arriesgado, y Cahal le pertenecía. ¿Por qué quería arriesgarlo todo de ese modo? ¿Es que no se quería quedar a su lado?—. ¡Dime! —exigió, enfrentándose a él.

—¡Hago esto porque quiero quedarme contigo, Huesitos! —concedió con tono suplicante—. Pero no habrá paz para nosotros si entran en el Asgard antes que...

—¡No la hay ahora! —replicó ella, dejándose la garganta entre gritos.

—¡Quiero hacerlo sabiendo que el Asgard está a salvo! Miz, escúchame, por favor; solo así podremos respirar tranquilos, hasta que llegue el día señalado.

—¡¿Pero por qué lo haces?! ¡¿Por qué tienes que ser tú?! —¡Porque soy el druidh keltoi más poderoso que haya pisado esta jodida Tierra! ¡Por eso! ¡Y, sobre todo, hago esto porque te quiero!

Ella frunció el ceño, intentando controlar el temblor de su barbilla y su llanto tan desesperado. Era tan injusto que la manipulara así. Tanto. ¿Acaso no sabía cómo le afectaban esas palabras?

Cahal esperó a oír, en retorno, las mismas palabras de su boca. Anhelaba escuchar que ella también lo amaba. Pero Miz no quería decírselo. Rendido, con dolor en el corazón, alargó los brazos:

—Dame a Heimdal, por favor. Miz ocultó el rostro en la cabecita pelirroja del dios y lo abrazó con fuerza. No los quería dejar ir, ni a Heimdal ni a Cahal. —¡Tu hermano va a arriesgar su vida por vosotros! —gritó Miz a Menw, que observaba la escena consternado—. ¡¿Se lo vais a permitir?! Menw, entristecido por el desamparo de ella y por la ansiedad de su brathair, negó con la cabeza. Él no podía prohibirle nada al druida.

—A mi hermano no lo detiene nadie. Es un druidh, y su palabra es ley. Pero todo lo que está haciendo, puede que lo haga por nosotros, por supuesto, pero sobre todo lo hace por ti, Miz. Ahora dale a Eon.

—Dame a Eon, listilla —espetó con frialdad—, ¿o tienes pensado retrasarnos más para que Hummus se lleve el gato al agua?

Miz lo miró impasible. En otro momento, ese tipo de comentario le habría hecho daño. Pero, en ese instante, el dolor de pensar que podía ser la última vez que veía a Cahal le estaba arrancando el corazón a tiras, dejándola ovillada en una esquina de su mente, donde nada la pudiese herir más.

Pero si eso quería él, eso le daría. ¿Qué podía hacer contra un hombre que se iba a poner voluntariamente en peligro y al que no le importaba lo mal que ella lo pudiera pasar?

El druida iba a lucirse en Stonehenge. Pues que se luciera bien. Derrotada, le entregó al pequeño.

—Toma. —Sus ojos de hada reflejaban tanto dolor que era imposible no quedarse enganchado a ellos. Miró a Róta con frialdad y dijo—: Dale energía al acelerador.

—Miz... —Cahal meció a Eon, esperando que ella al menos le dirigiera una caída de ojos o una mirada acerada. Pero se desentendió de él. —Déjame en paz. ¿Te quieres largar? Lárgate —contestó, preparando el aparato.

Él resopló y caminó hacia el centro de Stonehenge. Su pareja sentía que la iba a abandonar, que la iba a dejar. Pero no era así. No iba a desaparecer, lucharía hasta el final por regresar adonde ella estuviera.

—¿Sabes lo que tienes que hacer, brathair? —preguntó Menw tomándolo de los hombros con cariño, mientras los rayos caían sobre las piedras de Stonehenge.

—Sí, hermano.

—¿Estás seguro de que va a funcionar? —preguntó preocupado.

—Athair nos dijo algo antes de morir, ¿te acuerdas? —Menw inclinó la cabeza a un lado y asintió—. A ti te dijo: «Reclama siempre lo que es tuyo».

—Sí —contestó Menw, asombrado.

—A mí me dijo: «Lee. Invoca, invoca, invoca, hijo mío. Ábrela% — explicó acongojado—. Creo que, antes de morir, padre vio algo de nuestro futuro y nos dio la clave para que nos liberásemos de esta maldita eternidad loca que hemos vivido tú y yo durante tanto tiempo. A ti te exigió que reclamaras lo que era tuyo; y nada te pertenece tanto como Daanna. Esa mujer y tú sois indivisibles —sonrió, admirando la buena pareja que hacían—. Tenías que unirte a ella tarde o temprano. Y a mí me dio la clave para comprender qué era lo que podía hacer para ayudar a los dioses y al clan. Al parecer, supo cuál iba a ser mi don verdadero —tragó saliva y puso su mano libre sobre la nuca de su hermano—. Tengo el don de decretar, de actuar sobre los estados moleculares y cuánticos. La flor, Menw.

—La flor, hermano —afirmó afectado con los ojos llenos de lágrimas. Le asió por la nuca y lo zamarreó con cariño, pegando su frente a la de él—. Siempre supe que eras grande, Cahal. Siempre.

Los dos hermanos se emocionaron. Habían pasado mucho juntos. El tiempo había hecho mella en sus caracteres, pero el vínculo entre ellos era indestructible. Hermano mayor y hermano pequeño. Amigos eternos y auténticos.

Menw siempre decía que la familia no se elegía, y que podía tocarte a un amigo o a un enemigo en ella. Él siempre tuvo en Cahal un hombro en el que apoyarse. Esperaba haber sido igual de válido para él.

—¿Lo dudas, brathair? Tú has sido mi reflejo —aseguró Cahal, leyéndole la mente.

—Y tú el mío.

—Voy a abrir una puta puerta, Menw. Y voy a devolver a Eon a su lugar de origen. Lo hago por ti, por mi cuñada, por el clan, y por esa mujer que me vuelve loco y me ha robado el condenado corazón. Cuídala mientras yo no esté.

—¡No te puedes ir! —Menw tenía los ojos rojos y desolados—. Prométeme que vas a regresar, sea de donde sea. —No sé adonde iré... —contestó sincero—. Pero, hasta que regrese —miró a Miz y esta le retiró la cara—, cuídame.

—Lo haré. Pero tú vuelve a casa, ¿de acuerdo?

—Tengo un motivo de piernas largas, pelo rubio y una lengua demoledora. Ella es mi casa —le guiñó un ojo—. Volveré solo para ver cómo me echa la bronca por haberme ido —pero no engañaba a nadie, y menos a su hermano. Estaba devastado por dentro. Sabía que iba a hacer daño a Miz si él desaparecía ante sus ojos. Y eso era lo que iba a suceder. No obstante, ese era su sino, no lo iba a obviar. Y Miz debía comprenderlo.

—¡El impacto se hará en diez, nueve... ! —empezó a gritar Miz, sin perder ojo de aquella conversación entre los dos rubios. Parecía una despedida. Estaba llorando como una Magdalena, pero aguantaría el tipo.

Menw se alejó de Cahal, caminando hacia atrás, sin perder de vista a su hermano.

Róta añadió más carga eléctrica a la fuente del acelerador.

—¡Ocho! —siguió la cuenta Miz, alzando los ojos y mirando a su druida. Brillaba; y era tan precioso que agradeció ser la única en poder verlo, celosa de esa belleza y de quererla solo para ella—. ¡Siete! —Cahal debía regresar a ella. Miz tenía muchas cosas que decirle y que hacer con él. Y él tenía mucho que enseñarle. El cielo se iluminó, y cayó un rayo cerca de donde estaba su rubio—. ¡Seis! —la electricidad crepitaba en el ambiente. Cahal no parpadeaba, permanecía con la vista fija en ella—. ¡Cinco!

¿No me vas a decir lo que quiero oír? Puede que no regrese, amor.

—¡Cuatro! —Miz apretó los dientes. ¿por qué la provocaba así? ¿Por qué le gustaba presionarla?

Ni siquiera eres capaz de mirarme. Yo podría pasarme toda la vida mirándote, mo dolag. Eres lo más mágico de mi vida.

—¡Tres! —La estaba abandonando. Iba a esfumarse ante sus ojos en cuanto el rayo contactara con su cuerpo y creara el vacío cuántico debido. ¿Si le decía que lo quería, se quedaría? El druida la empujaba para que ella se abriera emocionalmente. Si expresaba, en medio de la tormenta, en Stonehenge, que estaba agradecida a los dioses por haberle alargado la vida dos mil años para que así pudieran encontrarse, ¿se quedaría?

No me he ido a ver a los dioses todavía y ya te estoy echando de menos.

Cahal echó una mirada a Eon y pasó sus manos por encima. Deshizo el campo cuántico debilitado, que aún lo protegía y le hacía invisible e indetectable, y pudo ver la verdadera aura de Eon, tan grande que lo sobrepasaba a ambos en altura. Era el campo cuántico de un hombre, no el de un niño.

Eon abrió los ojos azules y los enfocó en el druida. Ya no tenía escudo a su alrededor. —Hola, Heimdal —lo saludó el druida.

—¡Dos! —Miz dio un paso y luego otro, y otro, alejándose de la máquina y de Róta y acercándose al hombre que brillaba como si fuera un ángel caído del cielo.

Él levantó la cabeza y la vio correr hacia él, tropezándose y desplomándose sobre el césped enfangado. La joven se incorporó, apoyando sus manos, llenas de barro y briznas verdes, en su pantalón tejano.

—¡Cahal! ¡Si te lo digo, sales de ahí! ¡No te vas! —ordenó ella con el corazón en un puño. Dioses.

—No hay tiempo, mo dolag. ¡Así es como debe de ser! —contestó él.

—¡No! Yo... Cahal, yo... ¡Te quiero! ¡Te quiero, Cahal! ¡Quédate! — le pidió de rodillas, con el pelo rubio pegado a la cara y a la cabeza, y el rostro lleno de ruegos que caían en saco roto.

—¡Uno! —exclamó Róta mirando el contador y manteniendo el acelerador en su sitio, apuntando al druida. El rayo iba a salir disparado contra él de forma inminente.

—Miz... —susurró Cahal inclinando la cabeza a un lado y cerrando los ojos con pena y alegría. Ella lo quería. Pero él tenía que hacer eso.

—¡Cahal! —La científica cogió un puñado de arena y hierba se lo lanzó, pensando que así le alcanzaría todo su dolor—. ¡Quédate conmigo! ¡¿Qué más quieres que te diga?!

Te amo, Miz. Is caoumh lium the, mo creadh. Te amo, mi corazón. —¡Cero! —La valkyria sostuvo el acelerador al tiempo que el haz de luz impactaba en el pecho del druida. Cahal dejó caer la cabeza hacia atrás y emitió un grito descomunal. Las rodillas cedieron por el dolor.

—¡Cahal! ¡No! ¡No! —Lloró Miz llevándose las manos al pecho y arrugando su camiseta. Se quedó doblada sobre sí misma. No quería ver lo que le hacía el rayo a su vanirio. Su alma se partía, se dividía; y era tan doloroso que no sabía si alguna vez iba a respirar sin que le doliera.

El druida tuvo el honor suficiente como para mirar a Eon, que estaba de pie tomándole de los hombros. El dios mudo miró por encima del hombro: a Miz, a Menw, a Róta y al acelerador.

El silencioso niño estaba tomando parte del rayo y lo compartía con Cahal.

«Lee. Invoca, invoca, invoca, hijo mío. ¡Ábrela!».

Róta decidió imprimir más potencia a sus rayos. El acelerador se movía de un lado al otro.

—¡Menw! —gritó la valkyria.

Menw corrió para ayudarla a sostener la máquina.

Cahal cerró los ojos. El rayo estaba dividiéndolo a niveles moleculares. Los ormes de su alrededor abrían el portal a través de su cuerpo, y estabilizaban la escalera hacia el cielo.

—¡Soy Cahal McCloud, druidh de la tribu keltoi casivelana! ¡Y en mi poder de decretar, crearé aquello que creo! —sus palabras actuaban sobre la composición cuántica de todos los átomos que lo rodeaban, de los ormes invisibles. Su decreto y su convicción modificaban todo lo que ordenaba. Era un escultor, un hombre de magia. Ya no era cuerpo, solo luz. Lo único que todavía se podía divisar de él eran sus ojos mágicos, los cuales se centraron en Miz.

Ella clavó su mirada en él, ambos de rodillas; diciéndole con su rendición todo lo que no le había dicho, aunque estuvieran tan lejos y tan cerca... Él se iba de su lado, pero le dejaba tanto que atesorar... Cahal era un guerrero, un hombre que se sacrificaba por los demás.

—A laocháin... (mi héroe)—susurró echándose a llorar.

—¡Divido mi cuerpo, mi alma y mi sangre y tomo lo que me rodea como una puerta al cielo! ¡Yo soy polvo, y como polvo viajaré al origen del universo! ¡Que este polvo viaje a Bifröst, el arcoíris que lleva a la puerta guardiana de los nueve reinos! —su cuerpo se volvió translúcido. El polvo dorado de los ormes del iridio lo absorbió—. ¡Es momento de retornar a los dioses lo que de los dioses es! ¡Yo abro la puerta al Asgard! ¡Que Awen me acoja!

Eon se iluminó por completo y el haz de luz se hizo largo y ancho, hasta que, a través del resplandor, se pudo divisar la imagen de un hombre de unos dos metros de altura, de pelo largo y pelirrojo. Desvió la mirada a Miz, y le dedicó una sonrisa mezcla de disculpa y de concilio.

Eon no era un niño. Ella lo había cuidado, le había dado su cariño y su compañía; y ahora el niño se había vuelto un hombre, literalmente.

Miz no tuvo fuerzas para devolverle la sonrisa.

Del pecho de Heimdal emergió algo abultado... Su carne se abrió, su pectoral se iluminó, y a través de él apareció una especie de corneta; un cuerno de marfil, y metales dorados.

La científica abrió la boca, anonadada, y negó con la cabeza. Heimdal había tenido siempre a Gjallarhörn con él. Era su cuerno, creado de titanio, metal y marfil. El cuerno estaba provocándole esos efectos en su metabolismo. Increíble por lo que veía, le dedicó una mirada de reproche.

Heimdal sonrió disculpándose.

Y Miz vio a Eon en ese hombre. Los ojos azules e inocentes, el pelo rojo... Un dios tímido y mudo. No lo pudo odiar. No podía. No lo odió cuando Cahal y él se iluminaron tanto que crearon una

onda de expansión que los dejó cegados.

Tampoco lo pudo odiar cuando el dios y el druida estallaron, dejando todo tipo de partículas luminosas, ormes a su alrededor, una nube de oro que cualquier alquimista habría pagado por ver.

Ni siquiera lo odió cuando ambos desaparecieron en medio del círculo de piedras mágicas de Stonehenge, dejándola sola y abatida, tirada en el suelo, con el rostro hundido en el fango y la hierba, el alma embarrada y el corazón hecho trizas.

Hummus tocaba la puerta cuántica que tenía delante de él. Su ejército de vampiros y lobeznos le estaba protegiendo. Nadie había podido entrar en la iglesia de nuevo.

Él tenía la oportunidad de regresar el orden del universo a su estado caótico, su estado natural. Su padre estaría tan orgulloso de él... No obstante, la puerta no acababa de mostrar el puente de Bifröst. El ambiente estaba cargado de electricidad, algo normal por la energía del acelerador, pero... ahí había algo más.

El lobezno se inclinó para mirar a través de las ventanas. La tormenta era descomunal; los rayos iluminaban el interior de la construcción y lo que quedaba de las vidrieras y la cúpula de colores.

Tocó el portal de nuevo. ¿Por qué no se abría? En Colorado no tardó tanto.

De repente, el vello de le puso de punta. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, y sintió el despertar de alguien muy poderoso: parecía la activación de un sol en la Tierra.

Hummus se giró y encaró la puerta de entrada de Abbey Church. Él reconocía esa energía divina. Era Heimdal. Heimdal estaba en algún lugar, cerca. El hijo de Odín se mostraba, y no quedaba muy lejos de Abbey Church.

¡Joder! Iría a por él. Heimdal tenía el cuerno, y ese tótem debía de estar en sus manos. Pero, por otra parte... Se detuvo. Si estaba ahí, quería decir que no había encontrado el modo de llegar al Asgard; con lo cual, él podría entrar antes que el mudo y obrar su magia.

Se dirigió al portal. Miles de hebras eléctricas, azuladas y amarillas, salían de aquella puerta luminosa de plasma, que cambiaba su consistencia y se volvía transparente... Bien. Ahí empezaba a abrirse el agujero de gusano.

Hummus sacó su puñal Guddine y sonrió, dando un paso, y luego otro, hacia el pórtico dimensional.

Y, de repente, la energía eléctrica a su alrededor creció. Su pelo se movía, azotado por la energía electrostática. Intentó dar otro paso más, queriendo alcanzar su ansiado objetivo, pero él y el portal parecían imanes del mismo polo, se repelían.

La cruz de Cristo fue arrancada de la pared. Los lobeznos ensartados, y las maderas de las banquetas que había alrededor volaron por los aires en círculos perfectos, como en un remolino de un tornado.

Hummus luchó por dar otro paso hacia el vórtice... Veía el universo y un puente de muchos colores que viajaba a través de las estrellas; era Bifröst: Lo tenía ahí, en la punta de los dedos.

Gruñó como un animal, clavando los talones en el suelo, haciendo fuerza para seguir avanzando. Los músculos se tensaban bajo su ropa y la piel le ardía. Sentía que lo estaban electrocutando. Los vampiros, incómodos, se miraban los unos a los otros, levitando y agarrándose a las columnas de piedra del interior para no salir disparados ni ser absorbidos por aquel extraño remolino.

Y, de repente, la electricidad cesó. Todo lo que flotaba en el ambiente cayó a causa de la ley de la gravedad. El portal se contrajo, convirtiéndose en un pequeño punto de luz diminuto.

Hummus levantó su mirada oscura y la clavó en la bóveda del edificio. Un silencio abrumador cayó sobre todos los allí presentes. El lobezno negó con la cabeza y murmuró:

—Qué hijos de puta.

¡Boom! El punto de luz se convirtió en una supernova que arrasó con todo lo que tenía a su paso a varios metros a la redonda. Los cristales de la iglesia volaron por todos lados, en mil pedazos.

Hummus apretó el puñal con fuerza y desapareció mientras la onda explosiva lo atravesaba.

XXIV

Bryn miraba la destrucción que acababa de provocar con sus rayos.

Ella había sido bendecida con la fuerza. Con la agresividad. Era la Generala.

Desde el cielo se veía todo con más perspectiva. La iglesia había acabado arrasada. Por suerte, había dado la señal a Caleb y a As para que se retiraran, pues ella sabía en qué momento iba a producirse la explosión.

Los vampiros y los lobeznos habían muerto.

Los vanirios y berserkers en retirada resultaron, algunos, malheridos por la fuerza de la explosión; pero como les había dado tiempo de alejarse, no había ninguno afectado de gravedad.

Esa era ella. La madre de la destrucción. Pero siendola mujer, probablemente, más fuerte y mortífera del Midgard, no tenía el poder de su destino, y su futuro estaba sujeto a dos palabras. Dos sencillas palabras que Freyja le había dicho al hombre que más había amado y que ahora era su peor enemigo. Su torturador.

Ardan la estaba mirando. Todo él lucía sudoroso, manchado de sangre. Sus ojos caramelo y tatuados la observaban con una mezcla de hastío y de deseo furioso. Llevaba dos días con él en el Midgard. Dos días angustiosos y llenos de palabras dolientes. Dos días como su... esclava.

—Baja aquí —le ordenó él sin apenas mover los labios—. Ahora. Bryn tuvo la apremiante necesidad de desafiarle. Odiaba lo que se estaban haciendo el uno al otro. Pero la venganza se servía así: cruda y fría. No podía desobedecerle, así que descendió lentamente de los cielos hasta acabar en la planicie arrasada por la explosión.

El einherjar la miró con interés.

—¿Por qué no te has apartado en la explosión? —le preguntó crudamente. Ella no le contestó, con sus ojos celestes clavados en los de él. Ardan la tomó del brazo y la acercó a él con fuerza. Un músculo palpitaba en su barbilla y sus ojos color whisky la evaluaban con furia helada.

Bryn tenía un corte en la mejilla provocado por una astilla voladora.

—Mi mercancía no puede dañarse —dijo con voz ronca, pasando el pulgar por la herida y limpiando la sangre.

Bryn intentó retirar el brazo, pero él no se lo permitió.

—Ya te encargas tú de dañarla, ¿verdad, isleño?

Él frunció los labios y desvió los ojos por todo su cuerpo.

—Tenemos que regresar a Escocia. Allí te daré la lección que mereces, Iceberg.

—Estoy harta de tus lecciones —replicó enfadada. Ardan era muy duro con ella; y sabía a ciencia cierta que no trataba así a sus sumisas. Él las llamaba así, pero a ella la llamaba esclava—. No entiendo cómo les puede gustar lo que les haces.

Ardan sonrió, y la cicatriz que deformaba su labio se estiró hacia arriba cáusticamente. — Ellas me muestran respeto. No se han reído de mí, como tú. Además, a ellas les doy lo que

necesitan.

A las demás, sí. Menos a ella.

¿Cómo? Ni hablar.

—En cuanto regresemos, te lo mostraré.

—Si crees que voy a estar delante mirando cómo...

—Oh, sí —se rio como un desalmado—. Lo harás, o ya sabes lo que haré, Generala — señaló el cielo encapotado y tormentoso con el índice—. Le diré a Freyja que te relegue de tu cargo. Y tú, que eres todo ego, no lo soportarás.

Las cosas en Edimburgo se habían descontrolado mucho. Cameron no daba señales de vida y Gungnir seguía desaparecida.

Los lobeznos y los vampiros actuaban cada vez más con menos discreción y apenas hacían prisioneros. Sabía que la Tríada y Steven intentaban dar con el paradero del escurridizo Anderson.

Estaba tan cansada de aquello... Solo había pasado dos días con él. En realidad, no habían estado mucho tiempo juntos, no de ese modo en que al highlander le gustaba estar. Pero cuando se había puesto en sus manos, Bryn sentía que quería doblegar su orgullo, y aborrecía su comportamiento. Siempre supo que Ardan era cruel y metódico. Un sanguinario. Pero cuando estuvieron juntos en el Asgard, las necesidades de ella siempre iban por delante de las de él.

Todo había cambiado.

Ahora su brutalidad se había pronunciado más, convirtiéndolo en un hombre implacable y frío.

Y Bryn soportaba el trato que él le dispensaba porque sabía que parte de la culpa de que él fuera así, era de ella.

Pero también era la Generala, y tampoco soportaría ese comportamiento mucho más tiempo.

Él había sufrido. Y ella también.

¿Cuánto tiempo más tenía que pagar por algo sucedido en otro mundo, en otro tiempo y en otra dimensión? Lo que pasa en el Asgard, en el Asgard se queda. —Me muero de ganas de enseñártelo —murmuró, con sus ojos llenos de una lasciva oscuridad—. Seguro que lo disfrutas.

—Suéltame el brazo, Ardan. —Lo desafió con los ojos.

—¿Quieres que te ponga sobre mis rodillas y te vuelva a azotar, esclava? ¿Aquí? ¿Delante de todos? Sabes lo que me gustan los escándalos, así que no me provoques. Tienes las nalgas al rojo vivo. Siento el calor que desprenden desde aquí. Llámame como debes, o te prometo que no podrás sentarte en una semana.

Ella frunció los labios y dibujó una falsa sonrisa en ellos. Ese hombre tenía la increíble habilidad de ponerle los pelos de punta con su voz. Y sí, estaba muy escocida. Ardan la había azotado sin remisión, el muy condenado. Ah, pero se vengaría. No sabía cómo. Pero lo haría.

—¿Me puede soltar el brazo, señor? Me está haciendo daño. El einherjar miró su mano morena y grande, llena de cicatrices, amarrando con fuerza el brazo delgado y pálido de Bryn. Ardan la soltó poco a poco. Iba a replicarle cuando aparecieron de entre las nubes, Róta y el sanador, que cargaba con Miz en brazos. Róta la buscó con los ojos. Su nonne estaba siendo sobreprotectora con ella desde que se habían sincerado unos días atrás.

Róta sabía ahora de los sacrificios que había hecho en su nombre. Y su temperamental

hermanita estaba agradecida y, a la vez, avergonzada por su propio comportamiento. Pero Bryn no la podía culpar. No sabía nada sobre la orden de Freyja ni sobre quién era ella en realidad.

Por ese motivo, Róta intentaba estar cerca de ellos dos, vigilando la actitud de Ardan y reprendiéndole cuando consideraba que se sobrepasaba con su Generala. No quería que el einherjar le hiciera daño, sobre todo, sabiendo lo mucho que Bryn le había amado. Y todavía lo hacía.

Los ojos turquesas de la valkyria de pelo rojo conectaron con los celestes de Bryn. Bryn puso los ojos en blanco y Róta gruñó, azorada por la incomodidad de su amiga.

Menw llevaba a Miz en brazos. La joven vaniria se había quedado hecha un ovillo sobre el césped al ver desaparecer a Cahal tras el rayo y no se había podido levantar de ahí.

Tocada. Hundida. No tenía ganas de nada. No tenía fuerzas ni para caminar. Cahal había muerto. Ya no estaba; y ella sentía que ya no le latía el corazón.

Su vida, su ilusión por seguir adelante, se había esfumado. Le costaba respirar y estaba en shock. Daanna corrió hacia Menw y Miz, y retiró el pelo rubio de la cara de la científica.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la pantera, estudiando a la vaniria y a su amado cáraid con sus ojos verdes. Menw negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de nuevo de lágrimas. Daanna se quedó sin respiración—. No... —murmuró acariciando la mejilla de Menw—. No... Cuéntame qué ha pasado.

—Desaparecieron los dos tras el haz. Eon se transformó en Heimdal ante nuestros ojos... El rayo impactó en el pecho de Cahal y simplemente se... esfumó —explicó el sanador consternado—. En un momento estaba y al otro no.

Daanna tenía ganas de llorar. ¿Su cuñado bromista había perecido? ¿Así sin más? —Pero nos dijo que iba a abrir un portal. No sabíamos que... Que su vida estaba en peligro. Miz... —la llamó con voz dulce—. Él...

—No está —contestó ella—. No está... —emitió un doloroso sollozo.

Aileen y Caleb trajeron a Lucius, que seguía inmóvil en el suelo con toda la piel llena de cortes debido a la explosión. Caleb, tenso y acongojado por la noticia que le estaban dando, se obligó a hablar:

—Cahal me dijo que Lucius era para ti, Miz. Que fueras tú quien acabara con su vida y que, cuando lo hicieras, acabaras de exorcizar tus miedos. Que lo tomaras a modo de terapia.

Miz tardó en comprender lo que Caleb le decía. Con serenidad, pidió que Menw la bajara al suelo.

¿Cahal había pedido eso? ¿Y de qué servía ahora exorcizar nada si él no estaba? Le regalaba a Lucius como si fuera una terapia, el muy cretino... ¿Pero de qué iba? ¿Se estaba riendo de ella?

Con las piernas temblorosas y un dolor emocional más fuerte que cualquier herida física que hubiera recibido, caminó renqueante hasta el vampiro.

Lucius la miraba aterrorizado. Los nosferatus eran seres cobardes ante la muerte. Lucius se mantenía más joven debido a los avances realizados con la terapia Stem Cells, pero irradiaba una sensación de fría inmortalidad y hueca alma que era ineludible para ella.

Él había jugado con su cabeza. Él mató a su familia. A su hermana. A su madre. A las personas que quería.

Debería rebosar odio hacia él por todos los poros. Pero se descubrió ajena a ese sentimiento. El alma le dolía. Solo dolor. Ni odio, ni inquina. Solo aflicción y angustia porque

Cahal ya no estaba. Pensó que se volvería loca.

—¿Qué quieres hacer con él, Miz? —preguntó Aileen tomándola de la barbilla.

—¿Y Cahal? —preguntó Ruth sin aliento, con su arco élfico en una mano y con Adam a su espalda. Parecía que los dos venían de una pelea de barro. De hecho, todos estaban igual.

—Ya no está. —Miz dirigió sus ojos a la del pelo caoba.

Ruth dio un paso atrás, impresionada. ¿Cahal? ¿El rubio más zalamero que había conocido nunca? —No —gimió Ruth, tapándose la cara con las manos. —¿Y Noah? —preguntó un transformado As, con heridas y cortes

en sus brazos y el oks en su mano escurriendo sangre—. ¿Dónde está?

—No lo sabemos —contestó Caleb.

As apretó los dientes y salió corriendo de ahí, en busca del berserker.

Miz se centró en el vampiro. Muchos de los guerreros que seguían en pie habían sido víctimas de todo lo que Lucius y los suyos les habían hecho; otros habían muerto en sus salas, y algunos más, ese mismo día, en la batalla de Abbey Church.

Por eso, no debería ser ella la que tomara la venganza por su mano. De hecho, si ella lo hiciera, Lucius quedaría en nada; y, pensando metódicamente, el nosferatu se merecía una muerte lenta y dolorosa. Y ella ya no era tan fría para ejecutarla.

Buscó a Daimhin y a Carrick.

La joven estaba consternada al ver el dolor reflejado en los ojos de la novata. Carrick aguantaba estoico la marea emocional en la que todos se veían sumergidos; pero le afectó igual. El druida había dado mucho, y su gesto altruista sería recordado siempre.

—Aquí tenéis a Lucius —dijo Miz con voz temblorosa—. Haced lo que queráis con él.

Daimhin dio un paso, y luego otro, hasta llegar a Miz. Odiaba a Lucius, pero lo sentía mucho más por ella. La científica y el druida se querían tanto como se respetaban. Y Daimhin estaba enamorada de la pareja que hacían. Y, ahora, esa pareja se había roto por la muerte de uno de ellos. La de él. No se lo podía creer.

—Lo siento, novata. —La abrazó con fuerza y agradeció que su amiga no la apartase—. Lo siento mucho. Todo saldrá bien. Te cuidaremos entre todos. No estarás sola.

Miz se echó a llorar desconsoladamente. Se sorprendió al oírse a sí misma. ¿Alguna vez había llorado así?

Carrick tomó a Lucius por el pelo y murmuró:

—Gracias, Miz. Le daremos buen uso a su cuerpo.

Y se lo llevó a rastras de allí, mostrando a Lucius a los cabezas rapadas como un trofeo. Beatha, Gwyn y Daimhin se ofrecieron para llevar a la científica a su casa y quedarse con ella. La madre y la hija la rodearon de forma protectora y se la llevaron de allí. Un cariacontecido Gwyn las seguía con la cabeza gacha.

Menw recibió el abrazo de Daanna, y no se soltó de ella hasta que lloró cada una de las lágrimas por su hermano desaparecido.

Caleb y Aileen hicieron lo mismo, como Ruth y Adam.

Al final, los seis se abrazaron e hicieron una piña.

Su amigo se había ido. Cahal había entregado su vida por ellos.

Era un héroe. El más grande del clan keltói.

Que los dioses lo tuvieran en su gloria.

Noah no se podía mover de la copa del árbol. Las heridas sangraban profusamente, y el cuerpo le dolía como nunca. El puñal Guddine de Hummus era mortífero.

Intentó bajar del árbol, dar un salto y salir de ahí. Lo único que él había hecho había sido llevar a Eon hasta ellos. Después, por poco caía muerto en la pelea contra Hummus.

Eso le avergonzó. Hummus era más fuerte que él. Más poderoso. Y había estado a punto de matarle.

Niño perdido, lo llamaba el hijo de perra.

Tosió y escupió sangre por la boca. Vaya, tenía un corte profundo en la mejilla. Esperaba que las heridas leves sí cicatrizaran. Pero, si las heridas del puñal del lobezno eran igual de incurables que la que le hizo Nanna, entonces, no sobreviviría a eso.

El agua de la lluvia torrencial se colaba entre las hojas de los árboles y le mojaban de arriba abajo, salpicándole en los ojos y provocando que él los cerrara.

Mierda. Estaba jodido.

Un relámpago cayó sobre el árbol y lo electrocutó.

—¡Me cago en la puta! —gruñó a punto de caerse del tronco, medio desmayado.

Pero entonces, unas manos lo sostuvieron contra un cuerpo blando y frío, igual de mojado que él. Un aroma fascinante, picante, despertó sus sentidos. Pero estaba muy debilitado para moverse. Había perdido mucha sangre.

—Chopinno... —murmuró una voz conocida a su oído—. He venido a ayudarte. Recuerda que no me puedes tocar, ¿sí? —advirtió con dulzura.

Era ella. La valkyria. La mujer que protagonizaba sus sueños tórridos. La única que había hecho que su instinto despertara después de varios siglos de vida. Nanna.

—Nanna —murmuró girándose hacia ella.

—¡No, Noah! ¡No me toques! —exclamó. Levantó su cabeza rubia con ternura y la puso sobre sus rodillas—. Voy a intentar curarte esto que te han hecho pero, te ruego que no me toques —suplicó con ternura.

—¿Qué haces aquí?

Buena pregunta. Freyja la había mandado al Midgard diciendo que cargara a los guerreros caídos en batalla. Pero no quedaba nada que recoger. La explosión de la iglesia había arrasado con todo. Y no pensaba cargar con pedazos de carne incompletos. Ni hablar.

Pero entonces, Freyja le dijo que se encargara de sanar al berserker de ojos amarillos. Que estaba en un árbol y que lo habían herido con un puñal Guddine.

La diosa nunca antes le había dado órdenes tan explícitas.

—Pero si no puedo tocar...

—Que él no te toque. Asegúrate solo de eso —señaló la diosa—. Que no ponga sus manos sobre ti, Nanna. Tú eres una valkyria; tienes el hellbredelse...

—Para mi guerrero; el día que lo encuentre, claro —puntualizó Nanna—. Pero como solo recojo hombres muertos, no sé cuándo lo encontraré.

—Utilízalo con él. A ver qué sale —sugirió la diosa, llena de secretismo, riéndose de su comentario—. Y vuelve en cuanto lo hayas hecho.

—Sí, señora. Y cuando vuelva, tal vez me expliques por qué Noah puede tocar tu puñal Guddine sin morir por ello. No es un dios —carraspeó—. ¿No?

—¿Mi puñal Guddine? ¿El que te regalé, nonne? —gritó Freyja fingidamente ofendida—. ¿Lo perdiste? —¡Él... Él intentó tocarme! —se defendió, apretando los puños a ambos lados de sus caderas—. Y créeme, prefiero perder el puñal a dejar que ese hombre me toque y que tú me castigues por ello.

En ese momento, ella había descendido al Midgard, y nada importaba más, pues Noah necesitaba su ayuda.

Él. El Bengala estaba herido.

No había hecho falta buscarlo demasiado. Su cuerpo y su instinto la habían guiado como una brújula. Y ahora lo tenía entre sus brazos. —He venido a sanarte. Freyja me ha pedido que te recupere. Noah achicó sus ojos amarillos y estos se volvieron rojos por com

pleto. Nanna era tan bella como recordaba. Tenía un rostro en forma de corazón precioso, unos labios suculentos, la nariz chata, las cejas sexys y arqueadas, y unos ojos rojizos tan expresivos como los de una niña. Pero no había nada de niña en su cuerpo de mujer. Le entraron ganas de rodear su cintura y hundir el rostro en su vientre, pero la valkyria se lo negaba.

—Quiero tocarte, Nanna. Pero huyes cada vez que lo intento. ¿Por qué?

—Chist... —susurró ella concentrada en sus heridas—. ¿Quién te ha hecho esto? ¿Un carnicero? ¿Tiene otro puñal Guddine por aquí? Estas heridas serradas son de otra arma como la que tú tienes.

—¿Cómo la que tú me lanzaste? —replicó mareado.

Nanna sonrió. Deseaba tocarlo. Anhelaba acariciar su rostro con la punta de los dedos. Tocar su nariz, su barbilla, sus pómulos... Dioses, era muy hermoso.

Pasó las manos por sus heridas y, sorprendentemente, estas se iluminaron, y cerraron el corte que lo cruzaba en diagonal. Después rozó la incisión del hombro. Esa se la había hecho ella, pensó arrepentida.

—Lo siento —murmuró.

Noah abrió los ojos rojos y se clavaron en el hermoso rostro de mujer que lo observaba contrita. Nanna sintió la tensión del cuerpo del berserker. Se estaba recuperando y estaba decidido a atacarla.

—Gracias por sanarme.

—Noah, por favor, por favor —repitió pasando los dedos por su pelo—. No me pongas las manos encima. Freyja ha prohibido que me toquen, y si lo haces, sufriré mucho dolor.

—Cada vez que te veo tienes el pelo más largo. Te has hecho trenzas.

Sí. Tenía el pelo lleno de trencitas pegadas al cráneo, sueltas y largas por la espalda.

—Y tú —contestó ella, peinando su pelo largo y rubio pálido con los dedos—. Es tan suave. No me lo imaginaba así. Y tienes bello en la piel, y es fino y agradable al tacto —pasó sus dedos por su desarrollado pectoral y sus abdominales—. Me hace cosquillas.

—Nanna... —¿Mmm? —dijo ensimismada, acariciando sus hombros, su cuello y después su rostro. —Si no quieres que te toque, lárgate ahora mismo, porque puedo romper mi palabra con facilidad.

—Yo no he dicho...

—Ya. No has dicho que no quieres que te toque, sino que no puedo, ¿es eso? —la acusó con crueldad—. Vete. Nanna se tensó. Pero no se quería ir. Dioses, le gustaba ver a Noah. No sabía lo que tenía ese hombre para

ella. Pero si su hellbredelse había actuado en él, ¿quería decir que era su einherjar? Pero era imposible. Los einherjars debían morir para encomendarse a las valkyrias. Y, de todos modos, a ella no la podía tocar ningún hombre. Jamás. Era una orden de Freyja. Contrariada, meneó la cabeza y poco a poco retiró la de Noah de sus piernas, dejándole estirado tal y como estaba cuando lo había encontrado.

El berserker la seguía con los ojos como un depredador. Los brazos muertos caían por los laterales del tronco. Pero su mirada roja solo la tenía a ella en su punto de visión.

—Lárgate, Nanna —gruñó, levantándose poco a poco, sin dejar de mirarla—. Ve a poner cachondo a otro y deja de jugar conmigo.

Aquellas palabras la abofetearon.

—No estoy jugando. Te lo prometo.

—Vete. De. Aquí. Ahora.

Nanna entrecerró los ojos. Su cuerpo se despertó, como si justamente deseara que él la atacara. Pero no podía. Estaba prohibida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tragó saliva.

—¡Que te largues, valkyria! —gritó Noah más tosco de lo que le hubiera gustado.

—¡Vale! —replicó ella, alejándose de él, asustada por su beligerancia. Los labios le temblaron. Quería que él la tocara, pero el hombre se pensaba que jugaba con él—. ¡Asynjur!

—gritó alzando una mano entre las ramas de los árboles.

Noah ya sabía lo que venía. Un rayo con forma de liana rodearía su antebrazo y ella se colgaría de él y desaparecería entre las nubes.

Y eso mismo sucedió.

Se encontró solo y muy contrariado. Nanna le había curado las heridas, pero lo dejó con una insatisfacción sexual mucho más dolorosa. Cada vez que la veía era como un puñetazo en el estómago. Lo dejaba sin aire.

—¿Noah? ¡¿Noah?!

Esa era la voz de leder, llamándolo. Apretó los dientes. Era momento de encarar a As y de obligarle a revelar la verdad. Dio un salto y cayó de pie en el suelo. Ya no había dolor. Su cuerpo estaba perfecto.

As respiró más tranquilo al verlo. Parecía que estuviera bien.

—Me alegra que estés bien.

—Gracias a Nanna.

As palideció.

—¿A Nanna?

—¿La conoces?

—No —negó apresuradamente.

—Es una valkyria. Hummus me atacó y me hirió con un puñal Guddine. ¿Sabes lo que es?

—Sí —contestó As cada vez más nervioso—. Un puñal de los dioses — revisó su cuerpo, pensando en la herida que Hummus podría haberle provocado.

—No busques. Ya te he dicho que Nanna me ha ayudado. Ha hecho cicatrizar mis heridas.

—Oh... Bien. —La confusión cruzó su rostro—. Las heridas de los puñales Guddine son muy dolorosas —se aclaró la garganta—. Vamos con todos, Noah. Hay malas noticias. Cahal ha desaparecido con Heimdal. Ha abierto el portal.

—Lo siento mucho por Cahal, espero que esté bien allá donde esté... —dijo sinceramente turbado—. Él me protegió de Lucius — explicó con tranquilidad—. Pero no pienso esperar más. Hummus me ha dicho que tú sabías quien soy. Que conoces a mis padres. Habla As.

Asgard

Bifröst, el puente arcoíris

Entre el Midgard y el Asgard, hay un puente multicolor; un tubo de luz que une ambos mundos. Ese puente es tremendamente caliente, para que los gigantes de hielo del Jotunheim nunca puedan escalarlo.

Cahal había leído muchas veces las eddas y las enciclopedias nórdicas con la esperanza de comprender mejor a aquellos seres que los habían transformado y otorgado una eternidad tan larga; para algunos menos dolorosa que para otros. Y sabía que la puerta dimensional que estaba abriendo lo dirigía hasta Bifröst, el puente arcoíris.

El druida flotaba en medio de sus pensamientos, observando todo lo que acontecía en aquel viaje estelar que estaba realizando junto a Heimdal.

La verdad era que Bifröst podría verse perfectamente desde la Tierra como si fuera la vía láctea. ¿Se trataba de lo mismo? ¿O era su mente figurativa la que hacía esas asociaciones? ¿Era cuerpo o solo polvo lo que viajaba a través del puente? ¿Seguía siendo él mismo o había desaparecido por completo?

Sentía que ardía. Su piel picaba y quemaba a partes iguales. Ya no sentía el corazón, desde luego, ¿cómo iba a sentirlo si acababa de abandonar a su cáraid y la lejanía ya lo estaba torturando?

Había funcionado. La manipulación de los ormes le dio la posibilidad de abrir una puerta dimensional, de ser un recipiente perfecto para ello.

Un fuerte golpe en la espalda le reveló que era cuerpo, que seguía siendo materia sólida, y que había llegado a su destino. Heimdal lo miró con curiosidad. Sus ojos azules claros seguían siendo los de un niño, pero su cuerpo era el de un guerrero adulto. Tenía el

cuerno entre las manos, y se lo pasaba entre los dedos, pensativo. Se acuclilló ante Cahal para estudiarlo, como si fuera una rareza.

El druida se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor, ¿cuándo había pasado de ver los planetas y las estrellas a encontrarse en un claro de un bosque, rodeado por un manantial en el que empezaba o finalizaba, según se mirase, uno de los extremos de un arcoíris? En el centro del claro había una columna dorada, con inscripciones nórdicas y rúnicas grabadas en toda la base. A mano derecha, como si no fuera con él, había un majestuoso caballo blanco con un casco alado de oro; comía de las hierbas que crecían entre las raíces del árbol más hermoso y grande que Cahal había visto jamás.

Heimdal se alejó del druida y, caminando con el porte de un dios, vestido con hombreras metálicas doradas y una especie de taparrabos parecido al de los egipcios, igualmente

dorado, colgó el cuerno en una de las ramas del árbol; y se dirigió a la columna dorada. Se agachó para abrir una puerta metálica que solo él veía y extrajo una espada centelleante.

Clavó la hoja en la parte superior de la columna, la insertó hasta la empuñadura y, después, giró el mango como si el arma se tratase de una llave y la columna de oro, una cerradura de una puerta.

Se escuchó el sonido de unas bisagras crujir y cerrarse y, después de ese sonido, como si fuera el principio de una nueva era, cientos de pájaros multicolores empezaron a cantar y a sobrevolar el manantial.

Heimdal cerró los ojos, exhaló y relajó los hombros, sabiendo que acababa de cerrar todas las puertas de entrada al Asgard. Que ni aceleradores ni nada por el estilo podrían violar la relativa paz de su mundo, y que permanecería cerrado hasta el día señalado. Su espada Hofud era la llave que cerraba la puerta y que borraba del plano dimensional su reino tanpreciado.

Él había sido el encargado de vigilarlo; y Loki había estado a punto de dejarlo en ridículo delante de todos los dioses. Cahal se levantó poco a poco, llevándose una mano a la cabeza. Se sentía mareado.

—¡Oye, mudo hijo de puta! —gritó el vanirio señalándolo con el dedo—. ¡No creas que me he olvidado de que has estado rozándote con mi mujer con la excusa de que eras un niño pequeño! ¡La has engañado!

Heimdal entornó la mirada, sonrió y enseñó su dentadura dorada al druida. Coño, tenía los dientes de oro... Pero Cahal entendió que no le sonreía a él.

—¡No te atrevas a reírte de mí, cabrón!

—Me está sonriendo a mí, druida.

Cahal se dio la vuelta y se encontró con el origen de todos los males vanirios.

Freyja estaba apoyada en el árbol. La diosa, bella e intimidante, se cubría con un vestido blanco y holgado con escote de palabra de honor y un cinturón dorado que pronunciaba su figura, de curvas femeninas. Su pelo rubio estaba recogido en lo alto de la cabeza y tenía un brazalete negro que rodeaba la parte alta de su brazo. Unas sandalias doradas, atadas hasta el gemelo cubrían sus pies.

Cahal admiró a Freyja, porque no podía haber un hombre que no lo hiciera. Esa diosa era tan guapa que daba miedo. La diosa lo miró de arriba abajo, valorando si merecía pisar o no pisar su mundo. Y Cahal sonrió, sabiendo que estaba de vuelta de todo.

—Magiker —lo saludó la diosa, pasando de largo y abrazando a Heimdal con cariño—. ¡Mudito! ¡Estábamos muy preocupados, pero sabía que lo lograrías!

Heimdal se echó a reír y la levantó del suelo mientras la abrazaba. —Entonces... —dijo Cahal interrumpiendo su reencuentro—. ¿Estoy muerto? —¿Muerto? —repitió Freyja pensando la respuesta—. No, no lo estás. —Heimdal no habla —apuntó Cahal—. ¿Me explicas tú en qué punto estoy?

—Es genial, ¿verdad? —repuso Freyja, acariciando la mejilla del hijo de Odín—. Un hombre guapo que nunca podrá llevarme la contraria — Heimdal puso los ojos en blanco—. Me encanta.

Cahal levantó las cejas y no pudo evitar sonreír ante el comentario. Pero sentía la necesidad de irse corriendo y regresar a casa. Al lado de Miz.

—Parece que tienes prisa por irte —notó la diosa Vanir.

—Ya he hecho lo que tenía que hacer. He cumplido la profecía del noaiti. Me gustaría

volver.

Heimdal y Freyja lo estudiaron con atención.

—A Odín le gusta mucho tu don. Eres como una puerta dimensional andante. Te quiere aquí —se encogió de hombros.

Cahal palideció y negó con la cabeza.

—No. No voy a quedarme aquí.

Freyja se ofendió ante la respuesta.

—Has traído al hijo de Odín. Heimdal ha sido muy inteligente al buscar tu protección, pues sabía que en cualquier momento tú despertarías. Y así ha sido. Eres el magiker. Tu destino está con los dioses.

—No es verdad. Mi destino lo decido yo, diosa. —Su destino no estaba ahí. Estaba al lado de una listilla, que había dejado rota, en el centro del círculo de piedra de Stonehenge. Y quería regresar con ella.

Freyja caminó hacia él, moviendo las caderas de un lado a otro. Lo tomó de la barbilla y le miró a los ojos.

—Hace dos mil años te quitaron el don porque temían que pudieras utilizarlo en nuestra contra si seguías bajo la influencia de Lucius. No creo que ahora las cosas sean diferentes.

—¿Temíais mi don? —preguntó asombrado.

—Te temíamos a ti. No muestras respeto por los demás, haces lo que te da la gana y osas reírte de las nornas que hilan el destino. Crees que tienes el poder para hacer y deshacer a tu antojo. Eras un rebelde en potencia —exclamó riéndose en su cara—. Los dioses lo sabemos todo. Todo.

—Un día esa soberbia os pasará factura. —Claro, ¿como te pasó a ti? Después de que Frey os castigase, tú tuviste una cura de humildad.

—Dos mil años de cura —siseó con voz asesina—. ¿Me quitasteis mis dones por que os daba miedo que los pudiera utilizar en vuestra contra?

—Sobre todo, te los quitamos por violar la ley de los vanirios. No podías utilizar tu poder para alterar la historia de la humanidad, a no ser que luchárais directamente contra vampiros y nosferatus. Pero no tardásteis ni un día en matar a los romanos. Aun así no te mentiré, guapo. —Caray, ese hombre tenía una estructura ósea perfecta—. Nos fue bien que la cagaras de ese modo, porque teníamos la excusa perfecta para mantenerte a raya. Lucius y Seth no lo soportaron y se fueron con Loki. En cambio, tú te quedaste en nuestro bando. Y lo agradecemos.

La diosa tenía una curiosa forma de dar las gracias. Primero te increpaba y, después, te daba las gracias con la boca pequeña.

—Pero a Odín le fascina tu poder, y está dispuesto a ofrecerte un lugar aquí, entre nosotros.

—No me interesa. No puedo quedarme aquí, Freyja.

—¿Por qué no? —Freyja entrecerró sus ojos grises e inclinó la cabeza a un lado—. Dame una buena explicación para mediar en tu nombre. Odín está asegurándose que todos los reinos se mantienen cerrados después de vuestra llegada, pero estará aquí en nada. Él está dispuesto a quitarte la ansiedad vaniria por tu pareja para que puedas vivir aquí con tranquilidad y serenidad. Te tocará, y te olvidarás de ella. De... ¿Miz? Es así como la has bautizado, ¿verdad?

—No... —susurró Cahal asustado, dando un paso atrás—. Él no puede hacer eso. —¿No?

—Freyja arqueó una ceja rubia—. Dame un motivo convincente. Cahal abrió los ojos sorprendido ante la audacia de la diosa. ¿Estaba dispuesta a desafiar a Odín por él? —¿Por ti? —la diosa le leyó la mente—. No, por ti no. Es solo que... Me encanta desafiarle —reconoció ella. Heimdal, que estaba acariciando a su caballo blanco, asintió con la cabeza. Daba fe de ello.

—Pero tiene que valer la pena. Esfuérzate —ordenó la mujer.

Cahal tragó saliva y se acarició el dorso de la mano tatuada.

—Porque quiero sufrir —dijo él llanamente—. He pasado dos mil años sin sentir nada. Y esa mujer, que vosotros habéis utilizado a vuestro antojo, me ha devuelto las emociones. Voy a pasarlo fatal, voy a sufrir con ella, vamos a pelear, y vamos a luchar... Pero prefiero eso a vivir en el olvido, ignorante de que una vez fui capaz de amar tanto como la amo a ella.

—Dioses... Mis vanirios sois tan apasionados —murmuró con los ojos brillantes, llenos de orgullo.

—Por favor, diosa. No me prives de mi mujer. Por favor. Mi clan y mi pareja me necesitan. Y yo les necesito a ellos. Mi don funciona a través de la pasión; y yo siento pasión por mi gente. Siento tanta pasión por mi cáraid que creo que voy a morir —agachó la cabeza con humildad—. Y si me la arrebatas, ¿cómo seguiré obrando mi magia? Aquí no os sirvo de nada si soy un cuenco vacío.

—El amor es muy doloroso, ¿cierto? Es como el mordisco de una serpiente. —Admiró el tatuaje que el guerrero tenía en todo el brazo.

—Sí. Lo es. Pero también es redentor.

Freyja dio un paso atrás y dibujó una línea fina de frustración con sus preciosos labios rosados. —¿Lo es, druida? ¿El amor lo perdona... todo? Los elegidos se perdonaron, ¿verdad?

Aquella fue la primera vez que Cahal vio a la diosa como lo que era: una mujer. Una mujer con inquietudes, cuyo poder y soberanía habían hecho que tomara decisiones arriesgadas y no siempre al gusto de todos. Pero para tomar esas decisiones se debía ser una líder valiente; y Freyja lo era de pies a cabeza.

No obstante, la mujer, no la líder, sentía pesar por algo.

La mujer, no la diosa, tenía el corazón roto.

—Sí, Daanna y Menw nos dieron una lección —reconoció admirando su repentina vulnerabilidad. Aquella fragilidad desapareció en décimas de segundo. Sus ojos grises y rasgados parpadearon, saliendo de un espejismo que solo ella veía. El druida esperó impaciente el veredicto de la diosa, con el alma en un puño.

—Entra ahí —le ordenó Freyja señalando el manantial—. Date prisa —urgió, mirando a su alrededor y sonriendo maliciosamente—. Odín está a punto de llegar.

Cahal se apresuró a entrar en el agua cristalina. Peces luminosos y de colores diversos nadaban en círculo alrededor de sus piernas. Freyja admiró el trasero de ese hombre y chasqueó los dedos para dejarlo desnudo.

—Oh, sí... —Le guiñó un ojo—. Soy toda una diosa.

Cahal gruñó y se tapó las partes nobles.

—¿Me desnudas? ¿Por qué?

—No. No te desnudo —aclaró ella. Chasqueó los dedos de nuevo, y sus partes íntimas se cubrieron con un bañador short negro y muy ajustado—. Lo necesitarás.

Cahal oteó su única prenda de vestir y pensó en decirle tres o cuatro cosas sobre ello;

pero prefirió permanecer en silencio como un chico bueno.

—Druida —se acuclilló y tocó el agua con los dedos—: has dicho que amas tanto a esa mujer que sientes que te mueres. En realidad, tienes razón. Tu cuerpo es como un condensador de energía, y podrías explotar y convertirte en polvo. Tú lo llamas ormes. Yo llamo a ese polvo: «muerteporexplósión». Tu don también es tu debilidad. Miz es la única que puede rebajar ese caudal de energía y mantener tus niveles en condiciones. Su sangre te dará el poder; su cuerpo te lo reducirá. Dependes de ella al cien por cien. Sin ella, druida, estás perdido. Ella siempre —sonrió de oreja a oreja— tendrá poder sobre ti.

—¿Y cuándo no ha sido así?

Cahal sonrió y cerró los ojos agradecido. Freyja siempre otorgaría poder a sus mujeres. Era toda una feminista. Él ya se lo imaginaba. Ya había notado los cambios que había producido la sangre y el sexo con la vaniria en su cuerpo.

—¿Nadie más podrá entrar ni salir del Asgard? —preguntó Cahal dejándose llevar por la marea.

—Solo mis valkyrias —aseguró—. Ellas son independientes y siempre pueden regresar a mí. Pero nadie que esté en la Tierra podrá volver a pisar nuestro mundo. Las puertas de entrada están selladas. —Echó un vistazo a Heimdal, que acariciaba una de las ramas del árbol Yggdrasil.

—¿Y cuando llegue el día señalado? Los portales en la Tierra se abrirán, eso fue lo que nos dijo Miz. Nadie podrá evitarlo.

—Ese día todo puede pasar —meditó la diosa—. Y ya queda poco... Pero, hasta entonces, cuidado de los vuestros. Todavía queda Gungnir por recuperar. Eso es ahora lo más importante. Estás en deuda conmigo, druida.

—Lo estoy, diosa. —Bien. Recuérдалo —ordenó mirándolo con soberanía—. Dile a Noah que observe la hoja de su puñal. Freyja movió la mano que tenía inmersa en el agua, y se empezó a formar un remolino, cada vez más grande, con la fuerza suficiente como para atraer a Cahal hasta su epicentro.

—¿Noah? —repitió él extrañado.

—Sí. Noah. Y recuerda: eres como un portal dinámico y andante. Te activarás en cuanto tu energía se desborde, y podrías llamar la atención de los jotuns. Obra tu magia druidh para que ellos nunca puedan localizarte; y usa a tu mujer para disminuir tu poder; si no lo haces, morirás.

El druida, al que el agua del remolino cubría ya su garganta, sonrió y alzó una ceja.

—Tranquila, diosa. No tengo ninguna intención de desaparecer. La dejaré bien satisfecha. —Su cabeza se hundió por completo pero alzó el brazo y abrió los dedos de la mano en señal de despedida.

Freyja y Heimdal observaron cómo el druida vanirio desaparecía en el agua del manantial. El agua dejó de ondear y los pájaros retomaron su canto. El caballo relinchó, y trotó hasta colocar su cabeza sobre el hombro de la diosa.

—A tu padre no le va a gustar nada esto, Heimdal —murmuró ella, acariciando la crin del caballo con una sonrisa de arrepentimiento y, a la vez, de expectación. Adoraba los castigos de Odín.

Heimdal se encogió de hombros, moviendo la cabeza arriba y abajo.

—¡Freyja! ¡Perraaaaa!

La atronadora voz del dios Aesir retumbó entre las ramas de Yggdrasil e hizo vibrar el

agua calmada del manantial. Odín se materializó tras la diosa y hundió su inmensa mano en el pelo de la mujer.

Freyja se quejó y sonrió con el cuello echado hacia atrás, mirándolo entre sus pestañas doradas y su kohl negro. Odín era un estimulante para su vida eterna. Ya no luchaba contra ello, simplemente lo disfrutaba. Solo él podía medirse con ella. Llevaban toda la vida provocándose.

Medía más de dos metros; tenía el pelo rubio largo y suelto, y siempre lucía esa barba de días tan bien recortada; era musculoso hasta decir basta; y ella había llegado a agradecer que le faltase un ojo, porque ya entraba en combustión cuando la miraba solo con uno, como para morir si tuviera dos.

—¿Qué has hecho, bruja? —Una obra de caridad —musitó disfrutando del tirón doloroso de su pelo. Sonrió maliciosamente y dijo—: Hola, tuerto.

Notting Hill

Ladbroke Road. Dos

días

después de la batalla de Abbey Church

No era ella. No lo era.

Después de la batalla en Abbey Church, las valkyrias se habían ido inmediatamente, tal y como habían llegado. En Escocia la situación era muy crítica, y la búsqueda de Gungnir estaba causando muchas bajas.

Repasaba lo que había vivido dos días atrás. La valkyria de pelo chocolate, hija de Thor, viajaba a través de la antimateria de las tormentas. Gúnnr podía teletransportarse entre ellas, y el viaje de una tormenta a otra era fulgurante y eficaz.

En otro momento se mostraría ansiosa por estudiar ese fenómeno electromagnético. Pero no ahora.

Ese caparazón vacío en el que se había convertido se distanciaba mucho de la Miz que había sido los últimos días: tan llena de vida, emociones y calor. Con tantas ganas de aprender, con tanta curiosidad... Un mundo nuevo que explorar se abría ante sus ojos y la excitación y también el miedo la arrollaban sin comparación. Pero ya no.

Sí. La habían mordido, quemado, matado; se había reencarnado. Volaba, bebía sangre, era más inteligente que nunca y tenía a inmortales que se preocupaban por ella.

Beatha y Daimhin se habían quedado el día anterior. La primera le había ofrecido su amistad y se había disculpado con ella por su beligerancia. Miz la había aceptado; y ahora Beatha la adoraba y la quería y cuidaba como si fuera su puñetera hermana mayor. Y Daimhin siempre estaba ahí. Con aquella lengua que tenía, sin pelos ni reproches; intentando darle una patada en el culo para que no decayera. Pero las vanirias sabían lo que era perder a una pareja, y poco podían animarla; por eso ellas también estaban tan tristes.

Después vinieron Daanna, María, Ruth y Aileen.

Las cuatro mujeres se encargaban de que se alimentara y le preparaban termos enteros con sobres de hierro diluido. Y mucha compañía. Mucha. María la invitaba a hablar y la escuchaba, después daba su punto de vista, más maduro, sobre lo que le estaba sucediendo. Aileen, Daanna y Ruth la apoyaban y no le quitaban el ojo de encima. Las pobres se pensarían que iba a quitarse la vida en cualquier momento.

Y tal vez lo hiciera.

A Daanna le pidió un favor personal:

—Házmelo —le había dicho Miz.

La Elegida la miró con admiración.

—¿Quieres que te lo haga yo?

—Si me muero, quiero irme con ello —sentenció desanimada. Necesitaba tener en su piel un símbolo que indicara a todo el mundo que había pertenecido al druida keltoi. Que era de él. No iba a tatuarse el nudo perenne, porque no los habían sellado todavía; así que decidió honrar a Cahal de ese modo.

—No te vas a morir. No lo vamos a permitir.

Menw se aseguraba de que tomara las pastillas con saborizante para disminuir la ansiedad de sangre. Sabían a canela de verdad y la engañaban. Engañaban a su mente, no a su corazón.

Ver a Menw era lo peor de todo. Veía a Cahal en él: algunos gestos, y, sobre todo, su sonrisa. Y era una prueba viviente de lo que había perdido. No lo soportaba, no lo aguantaba más. Y el pobre sanador estaba tan abatido como ella.

Ambos se habían quedado huérfanos de amor; él del fraterno, y ella, del de vida.

Nada de eso importaba. Nada.

Había pedido a todos que la dejaran sola. Prometió que no iba a cometer ninguna locura, pero ya no estaba tan convencida. La soledad era una arma cortante en manos de una mujer que pensaba demasiado. Cahal ya no estaba con ella y, Dios, cómo dolía eso... Se moría en vida. ¿Cómo podía haberlo querido tanto y tan rápido, incluso cuando más lo odiaba?

Él era el amor de su vida, su alma gemela. Ahora entendía lo que eran los cáraids; justo ahora cuando ya no lo tenía. ¿Y por qué había pasado eso?

Porque ella había dicho las dos palabras malditas.

¡Te quiero! Le había gritado. Había sido tan subyugante: ella en medio de la lluvia rogándole al hombre que iba a abandonarla que por favor no lo hiciera.

Apoyó la mejilla sobre sus antebrazos.

Estaba en la piscina, refrescándose. La música de Anggun laceraba su alma. Pero era exactamente lo que necesitaba sentir ahora mientras recordaba cómo había hecho el amor allí con él.

I can count stars in the sky, or climb the mountains.

I can even swim all the seas

But I know, absence is unfair

Nothing can replace what I miss

—Cause I'm breathing, far away from you... And every second feels like thousands more without you. —Tomó aire y una nota desgarrada y destrozada emergió de sus cuerdas vocales —. I'm breathing, for this love to live. Believe that one day life will take me there beside you...

La vida, o tal vez la muerte, una de las dos debería acercarla a él. Quería estar a su lado, arrullada por su cuerpo, los dos descansando en paz; porque si no podían vivir juntos, al menos, el destino debería haberlos dejado morir a la vez, el uno al lado del otro. Sin embargo, a Cahal se le había acabado el tippex; y a ella se le habían caído todas las máscaras.

Todavía podía oler el aroma a canela de su cuerpo. Estaba en el ambiente. En los ormes,

habría dicho él.

Cerró los ojos y se hundió en el agua.

Debería quedarse inconsciente un rato. No pensar. Los pulmones se le llenarían de líquido y dejaría de respirar. La angustia se iría por un rato. ¿Sería eso suficiente para desconectar a un vanirio?

Le había dicho que lo quería, por eso él se había ido. Era su maldición. No podía querer a la gente, porque tarde o temprano desaparecían de su vida.

Y había luchado tanto por no sentir nada por él... Había luchado en los túneles cuando lo tuvo preso; lo había hecho cuando él la secuestró; peleó contra sus sentimientos cuando la tenía atada en su cama y la tocaba sin su permiso; lo intentó cuando la mordió y la convirtió; pero dejó de combatir cuando se besaron por primera vez.

Ahí, ella se rindió. Aunque luego siempre había algún chispazo de resistencia, y aun así, no se iba a engañar: estaba tan enamorada de él, eran tantas cosas de él las que la enloquecían, que era inútil y absurdo batallar contra ello.

El amor llegaba como un vendaval. Lo veías venir, pero no podías evitar que lo volara todo por los aires. Arrasaba. Y al druida no le había hecho falta casi nada para arrasarlo con ella.

Él solito había abierto una puerta dimensional. Él era una puerta. Un druida que tenía tanta magia, que podía abrir otras dimensiones y realidades.

Dios, había sido tan fascinante verlo ... Y tan impotente perderlo.

Lo había amado tanto cuando comprendió que se sacrificaba por los demás... Su imagen en Stonehenge con el niño en brazos la perseguiría siempre, hasta su muerte. Tenía sentimientos encontrados. Lo amaba por eso y lo odiaba por dejarla sola. No era justo que él le enseñara el sol para luego quitárselo.

¡Había sido un manipulador!

Gritó su nombre bajo el agua. Ahí podía gritar, ahí podía chillar. Desahogarse. Todo ganado. Todo perdido. El cielo y el purgatorio. Había amado y se lo habían arrebatado. Tan crudo e injusto como eso.

And I will keep believing one day life will take me beside you, cantó mentalmente.

Se hundió en lo más profundo, esperando que el abrazo de la inconsciencia la cobijara.

Y los brazos de la inconsciencia lo hicieron.

La tomaron de las caderas con manos duras y la impulsaron hacia la superficie. La inconsciencia la abrazó con tanta fuerza que no la podía soltar.

Ella siempre había creído que era incorpórea; una emoción, no algo de carne y hueso como lo que sentía. Sería magia. Magia. Había cosas que no tenían explicación, se había rendido a ese dogma en cuanto conoció al druida. La canción que sonaba ahora era la de Signs of destiny de la misma que cantaba antes. —Abre los ojos, bella mía, y dime por qué estabas en el fondo del abismo —dijo la inconsciencia.

Miz abrió los ojos al escuchar aquella voz; y lo que encontró enfrente de ella, sosteniéndola entre sus brazos, aplastándola contra su pecho, no era el desfallecimiento: era el motivo de su pena y de su desesperación.

Cahal, su druida, estaba ahí. Mojado como ella, solo con un bañador negro ajustado. Piel morena, pelo rubio, ojos azules y rostro de pecado; nacido del fuego del infierno más seductor.

Miz parpadeó y apoyó sus manos sobre sus hombros. La había levantado tanto que su

tronco superior estaba todo fuera del agua. Y ella solo llevaba unas braguitas negras; por tanto, sus pechos erizados decían «hola».

—Por todos los dioses, nena... No llores, amor.

Miz parpadeó de nuevo.

—Estoy teniendo una alucinación.

—No. Soy yo. Tu cigoto.

Ella alzó la mano temblorosa y pasó los dedos por su cara. Con suavidad. No osaba creerlo. Pero estaba ahí. Ahí de verdad. Cahal había vuelto. Después de todo el sufrimiento, él... ¿Había vuelto?

¡Plaf! La primera bofetada le giró la cara hacia la izquierda.

—¡Hijo de puta! —gritó ella con las venas del cuello hinchadas. ¡Plaf! La cara esta vez hacia la derecha—. ¡¿Qué te has creído que soy?! ¡Te vi desaparecer!

Cahal detuvo la tercera torta, sosteniéndola con el otro brazo y deteniendo su mano en el aire, a punto de alcanzar su objetivo.

—Chist, Miz...

—¡No te imaginas...! ¡Tú no te imaginas lo que me has hecho pasar! —se removió entre sus brazos, peleando contra él, queriendo que la liberara. Cuando vio que no podía salir de ahí y que Cahal no tenía intención de soltarla, le golpeó varias veces en el pecho con el puño cerrado—. ¡Me has roto el corazón! ¡Me lo has roto! ¡Sentía que me moría!

—Miz, por favor... Tranquilízate, nena. Estoy aquí... ¡Soy yo! — Cahal necesitaba tocarla tanto como ella quería huir de él y reñirle.

—¡No quiero! —repuso ella, llorando a raudales—. ¡No me dijiste en ningún momento que tenías pensado hacer eso! ¡Te lo pregunté...! — Los hipidos no le dejaban hablar con tranquilidad—. ¡Pero tú... tú se lo dijiste a todos, menos a mí! ¡Todos sabían que ibas a arriesgarte así! ¡Menos yo! —¡Plaf! Otra bofetada más fuerte y rápida que las anteriores—. ¡Y yo... yo... Yo soy tu pareja!

—¿Lo eres? ¿Lo eres, Huesitos?

—¡Soy tu pareja! —recalcó ella hundiendo las manos en su pelo y tirando de él de un modo dominante—. ¡Te reíste de mí! ¡Me hiciste decir esas palabras y luego te fuiste! ¡Jamás volveré a hacerlo! ¡Jamás! —gruñó sollozando—. ¡Nunca!

Lo mordió en el cuello y bebió de él para resarcirse de esos dos días que habían parecido una maldita eternidad. Su amor por él resurgió; su sangre la alimentó y su cuerpo la iluminó. Nada era más perfecto que él. Nada encajaba mejor en su vida que el druida.

Cahal se emocionó al ver el dolor de ella. Estaba siendo tan descarnadamente sincera que todo su amor por Miz se disparó, haciéndole más poderoso, más grande: mejor.

—Miz, abrázame —suplicó él, sosteniéndola contra su cuerpo, acariciando su espalda mojada con las manos. —Te odio —susurró, desclavando los dientes y enseñándole los colmillos, con los lagrimones deslizándose por sus mejillas y su barbilla.

—No es verdad.

Miz tiró de su pelo, apretando los succulentos labios en una fina línea, sin saber si pegarle o abrazarle.

—Sí —volvió a tirar de su cuero cabelludo—. Te odio.

—Abrázame. Y déjame pedirte perdón por abandonarte.

Ella se rindió, plena de alegría por verle ahí. Apoyó la frente en el hueco entre el cuello y su hombro, soltó su pelo, y rodeó su nuca con los brazos, dándole un apretón poderoso, un

mimo redentor. Un abrazo auténtico, de alegría y de reproche. De amor.

Los gemidos y el lloriqueo de la joven destrozaron el alma de Cahal, que después reunió todos los trozos para hacerla más limpia y pura. Pura porque el amor de una mujer como Miz lo llenaba de luz.

Cahal salió con ella de la piscina y tocó de pies en el suelo. Buscó su cara y su boca con desesperación, hundió los dedos en su pelo rubio y la obligó a mirarlo.

—Te prometí que jamás te dejaría. Que siempre regresaría a ti.

La besó con todo el calor de su regenerada alma. Introdujo la lengua en su boca y la arrasó sin compasión, saboreando su propia sangre. Se arrancó el bañador y desgarró a Miz sus braguitas.

Pasó las manos por su cuerpo y murmuró:

—¿Te puedo violar, o es consentido? —intentó bromear, pero estaba igual de acongojado que ella. Se quedaron desnudos. Ella seguía acongojada, haciendo mohínes y pucheros. La obligó a rodearle su cintura con sus largas piernas. —Está bien. Aquí estoy, mo dolag. Aquí —flexionó las rodillas, y con

una mano guió la punta de su erección a la entrada de su chica, acariciándola de arriba abajo—. ¿Me has echado de menos?

Miz estaba sedienta. Igual que él. Su cáraid, su hombre. Aquel que la complementaba estaba con ella. No había muerto. No había desaparecido. La abrazaba, la tocaba y quería hacer el amor con ella.

Lo tomó de las mejillas y lo acercó a su boca.

—No. No te he echado de menos. —Pero su beso decía todo lo contrario, rebosante de ternura y alegría. Cahal sonrió y la empaló poco a poco. —Me lo imaginaba. Por eso estabas bajo el agua disfrutando del baño, simulando que eras una ameba.

—Ni siquiera sabes lo que quiere decir ameba —murmuró cerrando los ojos y saboreando la deliciosa y dolorosa invasión.

—¿No? —Una estocada más profunda.

—¡Ah! No... —rio y lloró a la vez como una auténtica y feliz bipolar—. No.

—Bésame.

Ella no tardó ni un segundo en probar sus labios, dominando y controlando el beso en todo momento, succionando su lengua, acariciándola con la suya y mordiéndola a la vez. Y Cahal se hizo dueño de su cuerpo. La llevó a una hamaca de madera y cojines blancos, y la colocó sobre ella boca abajo. Y fue cuando lo vio.

Se detuvo, abriendo los ojos consternado.

Pasó la mano con ceremonia por encima del tatuaje, sobre el coxis, justo donde finalizaba su columna vertebral; y gruñó de gusto al ver que se lo había hecho por él. Era un círculo concéntrico con tres palos en el centro. Cada uno de esos palos, que en realidad eran rayos, estaban coronados por un círculo negro.

—Dime, nena, ¿esto también te lo has hecho porque no me echabas de menos? Miz se apoyó sobre las manos y lo miró por encima del hombro. Sus ojos seguían claros por el deseo, pero sus lágrimas no cesaban.

—Sí —contestó provocándolo.

Cahal la penetró por detrás a la vez que la tomaba por los hombros y la incorporaba. Los dos estaban de rodillas y hacían el amor con furia.

—Listilla, mentirosa. Te has tatuado a Awen —susurró rozándole la nuca con la nariz y

cubriendo su sexo con toda la mano. La acarició en el botón de placer—, la runa de los druidas. Representa la energía de Ceridwen, diosa maga y patrona de los bardos, cuyo caldero era la fuente de la inspiración y la sabiduría. Los tres rayos son tres gotas de prana, maná o ormes... Como quieras llamarlo. La energía mágica del caldero que serviría para iluminar a los filidhs, los druidhs y los brehons. Este es mi símbolo, Miz. Soy yo —gruñó, doblegándola con el placer de su cuerpo—. ¿Por qué te lo has hecho? —Le hizo el amor con fuerza y con sentimiento. Estaba feliz por estar ahí, por llegar a ella, por ver que su mujer se había marcado con su símbolo. Y él sabía por qué, pero Miz iba a aprender a decirle siempre lo que sentía.

—Mmm...

—¿Por qué? —La aplastó con su cuerpo, taladrándola sin descanso—. Dime que lo has hecho por mí.

—No... —gimoteó ella.

—Dímelo.

Ella hundió las uñas en los cojines blancos y los agujereó. El relleno salió por doquier, llenando el ambiente de plumas blancas, flotantes de luz y suavidad. —Dímelo o me detengo y alargo esto hasta el fin del mundo. Te juro que no me importaría...

—¡Sí! ¡Es por ti! No tengo una marca que me diga que he sido tuya... No... —Lloró concentrándose en su orgasmo—. No tengo el comharradh. ¡No nos sellaron! —exclamó agarrándose a la madera de la amaca—. Y yo...

—¿Y tú qué?

—¡Yo quería tener algo tuyo! ¡Algo que demostrara a los demás que tú me habías pertenecido! ¡Cuando desapareciste, gritaste que Awen te acogiera! —gritó liberando sus emociones—. Yo quería que me acogiera también. Quería tener algo que me recordara que habías sido real.

Cahal cerró los ojos, agradecido por la concesión y la mordió en el hombro, manteniéndola en el lugar, bebiendo de ella.

Miz llegó al orgasmo entre sus brazos y gritó quedándose afónica por completo. Cahal la siguió y se clavó profundamente en ella, vaciándose en su interior, entregándole su semilla, su alma y su corazón.

Al cabo de unos minutos, el druida levantó la cabeza del hombro de su saciada mujer y la besó con delicadeza, cerrando las incisiones de los dientes y retirando el pelo rubio de su nuca, para lamerla y mordisquearla ahí.

—No te vayas... No te vas a ir, ¿verdad? —preguntó ella apretándolo muy adentro de su cuerpo.

—Nunca más. ¿Sabes qué, sitíchean?

—¿Qué? —preguntó disfrutando del peso del vanirio.

—Tu tatuaje me pone cachondo. Y me has hecho feliz, nena.

—Pfff. No me había dado cuenta —rebufó ella.

—Pero tú me pertenecerás siempre, Miz. Con marca o sin marca.

¿Sabes dónde?

Miz sorbió por la nariz, y entrelazó los dedos de su mano con los que Cahal tenía sobre su vientre. Le ataría a ella para que nunca volviera a abandonarla.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? Daba igual. Lo que importaba era que él estaba ahí.

—Dímelo —pidió con una sonrisa absurda y tonta en los labios.

—Aquí —alzó una mano y la apoyó sobre su pecho izquierdo, donde estaba el corazón—. Tú y yo nos pertenecemos aquí.

Cahal la urgió a vestirse mientras le explicó todo lo que había sucedido.

Su encuentro con Freyja y su pacto; la función que tenía el cuerpo de Miz para rebajar su energía, cosa que a la joven le pareció perfecto; el mensaje que debía darle a Noah sobre su puñal... Se lo contó todo de pe a pa. Cómo era Yggdrasil y cuál era el aspecto de Bifröst, el puente arcoíris; cómo era Heimdal en realidad. Le explicó que los dioses querían que se quedara con ellos. Él era un portal andante y tenía mucho poder, un don que Odín quería para él. Pero su poder podía volverse en su contra y acabar con su vida si bajaba al Midgard de nuevo.

—Pero si me chupas la energía a diario tan bien como lo haces, nena, seguro que no tendremos problema —le guiñó un ojo, acabó de recojerse el pelo húmedo en una coleta alta y le palmeó el culo, tirando de ella para salir corriendo de la casa.

—Eres un psicópata sexual —y le iba absorber la energía casi a cada hora. La fiera dominatrix de su interior había despertado por completo y ya nadie podría hacerla dormir de nuevo—. ¿Estás en mis manos, druidh?

—Claro. Siempre —contestó sincero.

Miz sonrió con malicia.

—Pero, ¿adónde me llevas? ¿Qué pasa? ¿Por qué vas tan rápido? — Daba saltitos mientras se calzaba el zapato Iron Fist con una calavera blanca estampada en la punta y todo moteado de rombos rojos y negros. Esta vez llevaba una camiseta negra con un buen escote; pero en el vientre había dos palabras con relieve. Up and Down. Una flecha que señalaba sus pechos y otra que señalaba su entrepierna. Cahal se echó a reír y ella contestó—: Obviamente, son los tipos de átomo de positrones que hay. Tipo Up, o tipo down —sonrió con malicia.

—Por supuesto.

—¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa —contestó Cahal, cargándola en brazos y volando a través de la noche londinense. Las estrellas brillaban con fuerza. El cielo estaba despejado y la temperatura había bajado varios grados. Hacía frío.

Sin embargo, su cuerpo no lo notaba. Su druida la llevaba en brazos.

Sus cuerpos, huérfanos de abrigo, se arrullaban con sus pieles.

—¿Saben que estás aquí?

—Me he comunicado mentalmente con mi hermano y... le he dado unos pequeñas directrices. —¿Directrices? ¿De qué? Cahal la besó en los labios y susurró sobre ellos: —Ya lo verás, sitíchean.

El Tótem estaba iluminado por pequeñas velas ubicadas a los pies de la base de madera. De hecho, habían alumbrado el bosque privado del clan berserker con antorchas y cuencos de cristal con agua y velitas de colores y diferentes tipos de lamparillas.

Parecía un bosque de cuento de hadas.

Todos los vanirios y berserkers, los amigos más cercanos estaban ahí; el Consejo Wicca al completo, Adam y Ruth, As, María y Noah, Daimhin y Carrick, las humanas, las sacerdotisas, Liam, Nora y los demás niños... Los que formaban parte de la vida de ella y de él. Cuando los vieron llegar sonrieron de oreja a oreja, felices de ver a su amigo con vida y a la novata feliz. El druidh había vuelto con vida de la muerte.

Miz tragó saliva al verlos a todos juntos. ¿Qué pasaba? Ellos eran como un par de estrellas invitadas a un gran evento. Y era extraño.

Los asistentes llevaban camisetas: negras, las chicas, y blancas los chicos. Estaban todos de espaldas a ellos, formando dos columnas; y en medio de esas columnas un pasillo hueco por el que Cahal la arrastraba.

Las notas de un piano empezaron a sonar con dulzura; y la voz que cantó acompañando la melodía les tocó el alma.

*When I look into your eyes
It's like watching the night sky
Or a beautiful sunrise
Theres so much they hold*

Cahal entrelazó sus dedos con los de Miz y le señaló un árbol un tanto retirado. Bajo su copa, Daanna tocaba el piano y cantaba. Su camiseta negra lucía el siguiente mensaje: «¡Abajo las drogas! Firmado: los del sótano».

La vaniria alzó la cabeza y les sonrió a ambos.

Cahal se hinchó de orgullo. Esa era su lawpiuthar, en su vientre cargaba a su sobrino. Su admirada y adorada hermana para toda la vida les estaba regalando esa canción.

Miz frunció el ceño y se echó a reír. ¿Qué hacía la elegante Daanna llevando una de esas camisetas?

—Cahal... —gimió Miz nerviosa y asustada—. ¿Qué... ?

—Todos llevan ese tipo de camisetas por ti —contestó él con voz penetrante, mirándola con un amor tan profundo que hacía que quisiera volar—. En tu honor. Te quieren, Miz. Y este es nuestro momento.

El corazón de Miz se disparó. Parecían felices de verdad al verlos. Tanto, que le entraron ganas de llorar. Todos querían compartir su reencuentro.

Al final del pasillo había un roble con un pequeño altar cubierto por un arco de madera blanca. Atada a la parte superior del arco colgaba una rama de muérdago. Y, custodiando ambas cosas, se hallaba Menw McCloud con una camiseta con mensaje; «¿Qué mierda pasa entre nosotros? Firmado: Los cachetes del culo».

Miz puso los ojos en blanco al leer su mensaje. Cuando llegaron ante él, Menw y Cahal se fundieron en un abrazo de oso inmenso. Los dos brathairs se emocionaron. Cahal y Menw eran un

tándem formado por caracteres diferentes, pero tenían un corazón noble, un mismo corazón de sangre. Y se querían.

—Me alegro de verte, brathair —murmuró Menw orgulloso de él. Después tomó la mano de Miz y le besó el dorso—: Piuthar.

—Brathair —contestó ella acongojada—. No te creía capaz de llevar este tipo de ropa. Te tenía por un hombre inteligente.

—Si tú la llevas —contestó Menw sonriendo con pillantería—, yo también. —Su mirada se oscureció y la miró con un respeto cautivador—. Mi hermano es un hombre muy querido en el clan. No hace falta que te diga lo que significa para mí. Tuvimos unos inicios amargos, científica, pero nos has ganado a todos con tu honestidad y tu dulzura innata. Hablo en nombre de todos cuando digo esto: no hay otra mujer que yo desee para mi hermano, Miz. Solo tú. Tú

eres nuestra elegida para Cahal. Eres nuestra mujer alquimista. La que se ha pulido y ha pasado de ser una piedra oscura y negra a una preciosa y brillante. Gracias por lo que has hecho por nosotros. Te estaremos eternamente agradecidos, alquimista.

Ella hizo un puchero y sus ojos se llenaron de lágrimas de agradecimiento.

De pequeña había amado muchísimo, pero lo perdió todo.

De adulta, nunca la habían aceptado. Siempre intentó encajar en los demás sitios y con las demás personas, pero nunca cuadraba. Se obligó a ser fría, a centrarse en aquello que la hacía feliz, alejada del contacto con la gente que le hacía más mal que bien. La ciencia le había dado cobijo. Pero ahora, los brazos abiertos de esa gente la adoptaban sin reservas.

—Taing dhut. Gracias.

—De nada, hermana. Ponte esta, Cahal —le ofreció una camiseta blanca con una calavera estampada en la espalda, como los famosos zapatos de Miz. En el frente tenía estampado: «Estoy hecha una vaca. Firmado: un toro gay».

El druida arqueó las cejas y Miz soltó una carcajada.

Él la acercó a su cuerpo con una sonrisa de oreja a oreja y levantó sus manos entrelazadas. La de él la derecha y la de ella la izquierda. Menw sacó una cinta roja de seda y les ató las manos con ella. —Este es el ritual de eternidad de los celtas —le explicó el sanador.

I won't give up on us

Even if the skies get rough

I'm giving you all my love

I'm still looking up

La luz de las velas y las lámparas iluminaban el roble y el altar; sus rostros estaban acongojados uno en frente del otro.

—Mírame, sitíchean —Cahal le levantó la barbilla y se la comió con los ojos—. Por todos los dioses, eres la mujer más bonita que he visto en mi vida.

Miz bajó la mirada, inundada; las lágrimas no la dejaban ver bien.

—No, nena. Este es nuestro momento. No te lo pierdas.

Ella se forzó a alzar los ojos y disfrutó de la adoración que veía en los de él. Su druida, bromista y zalamero, estaba tan abrumado como ella. Pero si el amor era el que los ponía tan contritos y desnudos, que así fuera.

—Cahal...

—Chist. —Él pegó su frente a la de ella—. No quería perder ni un momento más, Miz. Necesitaba unirme a mí así. Cuando estuve con Freyja entendí que no había un don más importante que el don de poder amarte y pertenecerte; cuidarte y respetarte el resto de mis días. Ese es el mayor poder que tengo, y me lo has otorgado tú. Así que, no quería quedarme con los dioses porque la única diosa a la que debo mi adoración y mi vida, es a ti, sitíchean. La diosa de mi corazón.

Las mujeres se secaron las lágrimas con los dedos, y los hombres se reían y las abrazaban, orgullosos de esa pareja inmortal que se unía en ese momento tan lleno de hermandad.

—Ahora es cuando tú deberías decirme algo —susurró Cahal en voz baja—. Ábrete a mí, Miz. Aquí. Ante la luna y las estrellas. Ante toda esta gente que solo nos quiere bien. Dime lo que quiero oír.

Miz tembló. Ese era su momento.

Cuando era pequeña, se prometió que nunca iba a querer a nadie ni a decir las palabras malditas porque después se los arrebataban de su vida y ella se quedaba sola y destrozada. Pero Cahal le había demostrado que no había más prueba de amor que dar la vida por los demás.

Su madre y su hermana hicieron eso mismo. La quisieron proteger aquella noche maldita en que lo perdió todo.

Cahal hizo lo mismo en Stonehenge. Se sacrificó por ella y por todos los que quería.

Ella debía sacrificar su miedo por él o nunca sería feliz.

Sin miedos, sin reservas. Debía amar abiertamente o la vida sería una pérdida de tiempo. Su druidh le estaba mostrando el camino.

—Cahal, yo... No siempre fui así.

—Lo sé, amor —dijo él, aguantando la respiración—. Pero a mí me encanta como eras, antes y ahora. Eres tú. Simplemente tú.

—¿Si te digo lo que quieres oír, te quedarás a mi lado para siempre? ¿Me cuidarás? No me... No me abandones nunca más, druidh... Soy tu vaniria, tu pareja de vida. Dilo.

—Sí. Eres mi vaniria, mi pareja de vida —repitió enamorado de su mujer. Miz cerró los ojos un momento, tomó aire profundamente y los abrió para decir:

—Is caoumh lium the, mo ghraid. Te amo, mi amor —las lágrimas caían directamente al suelo—. Te quiero por no perder la esperanza y por creer que había un alma gemela para ti. Te quiero por revelarme quien soy; por secuestrarme, por mostrarme tu noche. Te quiero porque no me diste por imposible; porque luchaste por mí, porque no te rendiste hasta que me encontraste. Te quiero por ser tú, druidh, porque ese tú es lo que le hace falta a mi yo.

—Dioses, Miz —exhaló asombrado y lleno de luz. Menw tuvo que carraspear porque el nudo en la garganta no le dejaba respirar. —¿Sabes lo que pasa cuando dos átomos comparten su energía? —preguntó Miz sorbiendo por la nariz.

Cahal negó con la cabeza. Ya no podía hablar.

—Que se trata de enlaces covalentes. Uno necesita del otro para existir. Yo necesito de ti para vivir, rubio —lo besó en la mejilla—. Tú eres mi enlace covalente.

Un inmenso «Oooohhhh% inundó el bosque.

Daimhin se acercó a ellos con una cajita dorada con un nudo perenne en el centro. Su camiseta decía: «Mi padre es un viejo verde. Firmado: el increíble Hulk».

La chica miró a Miz y sonrió con alegría. Detrás de un gran hombre siempre debía haber una grandísima mujer. Y su amiga novata era de las más grandes.

—Os traigo las alianzas, novata. Se llaman claddagh —le explicó la joven, abriendo la cajita. En ella había dos alianzas. Eran dos manos que sostenían un corazón de brillante—. Pero también quería hacerte mi regalo, mujer calavera —reconoció Daimhin con las mejillas sonrojadas—. Sé que nos conocemos desde hace poco; pero tú me has ayudado, incluso sin saberlo —la joven cogió una bolsita de seda negra y se la dio—. Eres valiente y has sabido mostrarte ante los demás, con tus defectos y con tus virtudes, sin miedos y sin vergüenzas. Por todo lo que he aprendido de ti estos días, te entrego esta pulsera —Miz tomó la bolsa. Las manos le temblaban de la emoción. Metió el índice y el pulgar y sacó un brazalete

hermoso, con piedras de ónix negro y brillantes blancos. Había dos calaveras metálicas doradas enfrentadas. La pulsera tenía tres piezas colgando: un candado con una llave, un zapato de tacón y una fresa—. Es una «virgensitanomelleves»"

—Daimhin, yo... No sé qué decir...

—La calavera es por tu alma de castigadora, porque te tomas la justicia por tu mano —continuó la joven mirándola con cariño—. El zapato de tacón es porque tú no caminas por la vida de puntillas, vas con la cabeza alta con ese mensaje de «aquí estoy yo», pero no lo haces con soberbia: lo haces con seguridad y honestidad, y me gusta; y el candado con la llave es... Bueno, es... —le tembló la voz—, no solo porque sabes abrir puertas estelares, novata, sino porque has abierto la puerta de mi corazón y de mi amistad. La de todas —señaló a las demás; y todas, incluido Daanna, alzaron sus muñecas, con aquellas pulseras que tanto tenían que decir—. Te doy la llave para que la guardes siempre, Miz. Atesórala como yo te atesoraré a ti... ¿Guim? ¿Trato?

La científica se secó las lágrimas de los ojos y le dijo:

—Ven aquí, sádica. —La abrazó con tanta fuerza, que el alma de ambas se iluminó. Miz querría a esa chica para siempre, ya no como una amiga, sino como una hermana—. Guim, piuthar. Trato, hermana.

La vaniria se alejó de la tarima, carraspeando por la emoción, y permitió que continuara la ceremonia.

Cahal tomó el anillo de Miz y pronunció: —Con estas manos, te entrego mi corazón y lo coronó con mi amor —decretó Cahal poniéndoselo en el dedo corazón de su mano libre. Miz hizo lo mismo, tomando el anillo de acero con el mismo dibujo pero sin brillante; y repitió las mismas palabras. —Con estas manos te entrego mi corazón y lo coronó con mi amor —y se lo puso en su dedo corazón, mucho más grueso que el suyo.

El druida y la alquimista no esperaron a que Menw les diera permiso.

El uno se avalanzó sobre la otra.

I won't give up on us

God knows I'm tough, he knows

We got a lot to learn

God knows we're worth it

Se besaron con ternura y pasión, y hartos de amor como estaban, se elevaron sobre el bosque de Wolverhampton. El Tótem, Menw, Daanna al piano y todos sus amigos les vitoreaban mientras quedaban abajo volviéndose cada vez más pequeños a la vez que ellos tomaban altura.

Cahal y Miz se besaban con desesperación, unidos como estaban por la cinta roja, con su claddagh en sus dedos corazones, y sus almas plenamente entrelazadas.

Y allí, en el cielo nocturno del territorio de los berserker, los dioses les sellaron. Un precioso nudo perenne en el dorso de sus manos atadas. El de Miz, con una piedra azul clara. El de Cahal, con una piedra con tonos amarillentos y verdes claros.

—Oh, vaya... —murmuró Miz resoplando por lo que quemaba la marca—. El comharradh... —murmuró maravillada. Era precioso—. Duele una barbaridad...

Pero Cahal no atendía al sello, solo la miraba a ella. A su hada, su alquimista, su científica... su cáraid.

—El amor duele, nena. ¿Miz?

—¿Sí?

—La guerra está muy cerca. Debemos aprovechar nuestro tiempo, para luchar sin arrepentirnos por nada. Miz sonrió, desató la cinta roja y la dejó caer a la tierra. La cinta voló y se elevó hasta perderse entre las estrellas. Entrelazó sus dedos detrás de su nuca y lo besó en los labios.

—Pues no perdamos el tiempo, druida.

—¿Lucharás a mi lado?

—Lucharé a tu lado. Lucharé en tu nombre, mo ghraidh —reconoció emocionada. Él gruñó y murmuró. —Doy gracias a los dioses por tener a un enlace covalente tan sexy como tú.

Y siguieron besándose y disfrutando de su especial enlace entre las estrellas, ante un futuro incierto e inminente. La batalla final estaba demasiado cerca. Pero incluso en la guerra, había espacio para el más puro y verdadero amor. Uno tan especial en el que un druida lleno de magia y una científica empírica, que no creía en nada que no se pudiera ver, llegaron a la conclusión de que la magia sí existía. Pero la más auténtica residía en la aceptación y en el amor que había entre los dos.

FIN

Epílogo

Noah observaba la hoja de su puñal Guddine mientras miraba al cielo, sentado en lo alto del Tótem. Todos se habían ido. Excepto él.

Cahal y Miz se habían ido felices, después de que entre todos les regalaran un ejemplar ilustrado de MARVEL edición coleccionista: el número cincuenta del cómic de Ms. Marvel. En su portada, estaba la heroína en brazos de la Muerte y, tras ellos, los superhéroes Daredevil, Thor, Capitán América, Hulk y algunos más yendo a su rescate. Les pareció un buen regalo de última hora para ellos, uno que recordaría la increíble lucha del IMAX.

La llegada de Cahal les había tomado a todos por sorpresa. Tuvieron que darse mucha prisa para conseguir el número del cómic y organizar la celebración que el druida había pedido mentalmente a su hermano Menw.

Lo firmaron entre todos; y a ambos les encantó.

Pero antes de que los amantes se fueran, Cahal se acercó a él, y retirándolo un poco del resto, bajo la atenta mirada de As, le dio un mensaje de parte de Freyja.

—La diosa me ha dicho que mires la hoja de tu puñal.

—¿Cómo?

—No me ha dicho nada más. Solo que la mires —dijo Cahal encogiéndose de hombros. Noah estaba en silencio observando el acero. Sabía que el puñal lo alertaba si había otra arma igual cerca, porque era un puñal muy especial.

La discusión que tuvo con As no fue nada fructífera. El leder no quería hablarle claro. Decía que no había nada que ocultar. Que él era hijo de dos berserkers fallecidos y que como leder adoptó y le dio cobijo. Nada más importante que eso.

Noah resopló irritado, y se pasó la mano por el pelo que de nuevo había afeitado. Estaba tan confundido. No entendía lo que pasaba con él.

Y después estaba ella: Nanna.

La valkyria no dejaba que la tocara. Ella le había salvado, le había sanado. Y él se lo agradecía gritándole, molesto por las distancias que le obligaba a tomar.

Nanna era un imán. Y estaba agotado de pensar en ella a cada segundo. Y, para colmo, ahora el druida vanirio decía que mirase la hoja del puñal Guddine, como si tuviera que aparecer un genio o algo por el estilo.

—Menuda mierda...

La hoja del puñal se iluminó.

Noah abrió los ojos amarillos con asombro.

Unas letras en Futhark antiguo, el alfabeto rúnico, se iban grabando en el puñal con luz dorada, hasta crear una inscripción.

«Nanna está en Edimburgo recogiendo guerreros caídos. Reclámala»

. La hoja de acero se apagó de golpe. Noah la movió de un lado al otro, pensando que así las palabras

podrían revelarse de nuevo. Pero no pasó nada. El acero estaba frío. Joder, ¿se estaría volviendo loco? El berserker se colocó de pie sobre la cabeza del Tótem con cara de lobo, dejó caer la cabeza hacia atrás y dejó ir un rugido salvaje. Si Freyja era la diosa de las valkyrias y ella le daba permiso para ir a por la preciosa guerrera, eso haría. La encontraría.

SAGA VANIR VI

Alfather: el Padre de todos.

Álfheim: reino de los elfos.

Asgard: reino que compone Vanenheim, Alfheim y Nidavellir.

Asynjur: grito de guerra de las valkyrias cuando quieren convocar a los rayos.

Atharheimhe: serpiente

Banpriunnsa: «princesa» en gaélico.

Bue: Muñequeras anchas de metal que llevan las valkyrias. De ellas salen los arcos y las flechas.

Cáraid: «Pareja» en gaélico.

Dísir: Diosas menores.

Dolag: muñeca.

Dorchadas: oscuridad.

Dryade: mujer druida.

Druht: Don que otorga Odín a los einherjars.

Druidh gutuari: druida invocador.

Duine diablhaidh: hombre del diablo.

Duine dradidheach: hombre mágico.

Dvelgar: enano.

Eudhмор: celosa.

Geasa: magia

Guim: trato.

Gjallarhorn: Cuerno que anuncia el Ragnarök.

Guddine: De los dioses.

Folkvang: Las tierras de Freyja.

Furie: Furia de las valkyrias.

Hanbun: «Mitad» en japonés.

Heimdall: Guardián del Asgard.

Hildskalf: Trono de Odín a través del cual se asoma a todos los reinos.

Hjelp: Remedio de los enanos que suple a la cura de las valkyrias.

Helbredelse: La cura de las valkyrias. Funciona con sus einherjars.

Hrmithur: Raza de gigantes.

Jotunheim: Reino de los jotuns y los gigantes.

Katt: Significa «gatita» en noruego.

Kompromiss: Es el vínculo que se crea entre la valkyria y su einherjar.

Kompis: Significa «Compañero» en noruego.

Kone: Significa «Mujer o esposa» en noruego.

Konfrontasjon: duelo entre valkyrias. Enfrentamiento.

LAWpiuthar: «cuñada» en gaélico.

Leder: Significa «Líder» en noruego.

Magiker: mago en noruego.

Muspellheim: Reino de los gigantes de fuego.

Nidavellir: Reino de los enanos.

Niflheim: Reino de los infiernos.

Nig: Magia nigromante oscura.

Noaiti: Significa «chamán» en noruego.

Nonne: nombre cariñoso que se da entre mujeres. Significa «hermanita».

Saechrimner: cerdo inmortal del Asgard.

Seidr: Magia negra.

Seidrman: Es el brujo que utiliza la magia seidr para oscuros objetivos.

Sessrúmnir: Palacio de Freyja.

Sitíchean: «hada» en gaélico.

Soster: Hermana

Svartalfheim: Reino de los elfos oscuros.

Valhall: Tierra de las valkyrias y de Freyja.

Vanenheim: Reino de los Vanir.

Víngolf: Palacio de quinientas cuarenta puertas en el que residen las valkyrias y sus einherjars.

LA SAGA VANIR EMPIEZA CON:

EL LIBRO DE JADE

EL LIBRO DE LA SACERDOTISA

EL LIBRO DE LA ELEGIDA

EL LIBRO DE GABRIEL

EL LIBRO DE MIYA

EL LIBRO DE LA ALQUIMISTA

VANIRÍZATE Y SIGUE LA SAGA EN:

WWW.SAGAVANIR.COM

FORO SAGA VANIR

FORO ROL SAGA VANIR

FORO SAGA VANIR ARGENTINA

FORO SAGA VANIR CHILE

SAGA VANIR FANS FACEBOOK

LENA VALENTI FACEBOOK

EDITORIAL VANIR FACEBOOK

WWW.EDITORIALVANIR.COM

FANCLUB OFICIAL SAGA VANIR